14673

LA REVOLUCION.

EL RENACIMIENTO.

LA REVOLUCION.

EL RENACIMIENTO.

LA REVOLUCION,

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

SOBRE

EL ORIGEN Y PROPAGACION DEL MAL EN EUROPA,

DESDE EL RENACIMIENTO HASTA NUESTROS DIAS,

escritas en francés

POR MONSEÑOR GAUME,

Protonotario Apostólico, Vicario general de Reims, de Montauban y de Aquila, Doctor en Teología, Caballero de la órden de S. Silvestre, individuo de la Academia de la Religion Católica de Roma, de la de Ciencias, artes y bellas letras de Besançon, etc.,

y traducidas al castellano

POR

D. JOSE MARIA PUGA Y MARTINEZ,

Caballero de la Real y distinguida órden española de Cárlos III, é individuo del ilustre colegio de Abogados de Madrid.

Quæ enim seminaverit homo, hæc et metet.
(S. PABLO, *ad Galat.* VI, 8.)

TOMO VI.

EL RENACIMIENTO.

Madrid: 1859.

LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI, CALLE DE LA PAZ, NÚM. 4.

IMPRENTA DE DON ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
calle de la Colegiata, núm. 6.

INTRODUCCION.

Un padre de familias, despues de haber leido los dos últimos volúmenes de *La Revolucion*, nos ha escrito lo siguiente: «Habeis demostrado hasta la evidencia la invasion general de la antigüedad pagana en los siglos XVI, XVII y XVIII, de modo que, convirtiendo en axioma la espantosa historia que habeis puesto de manifiesto á los ojos de la Europa, podemos decir: Durante doscientos cincuenta años á ningun cristiano *regular* le fué permitido nacer, desarrollarse, contraer matrimonio, alojarse, comer, divertirse, vivir ni morir, sin estar rodeado de paganismo greco-romano, y el negar esto sería negar la luz del sol.

»Oigo, sin embargo, decir en torno mio, que ya no estamos en ese caso; que todos han renunciado á tales exageraciones; que la república literaria ha recobrado el juicio, y que por lo tanto el estudio de los autores profanos está lejos de ser hoy tan peligroso como lo fué en otro tiempo. Con este motivo los perezosos y los optimistas duermen tranquilos en el lecho de la rutina, y tanto unos como otros se creen debidamente autorizados para patrocinar ó continuar el sistema de enseñanza que ha causado nuestra perdicion.»

Tan estraña es una objecion de esta naturaleza, que bien podemos afirmar que no creen en ella los mismos que la hacen. Mas bien es una venda con que los sistemáticos se tapan los ojos para tener derecho de decir que

no ven la evidencia, pues no quieren confesar que en el Paganismo hay dos cosas: el fondo y la forma, el espíritu y la letra. Durante los tres últimos siglos, la Europa se apasionó mas de la forma que del fondo, y ya antes de ahora hemos aducido mil pruebas irrecusables de su fanático entusiasmo. Convengo hasta cierto punto en que hoy dia ha dejado de ser moda en ciertas obras artísticas la forma pagana y el colorido mitológico que antes las caracterizaba; que ya no es de buen gusto hacer que Apolo, Minerva y las Musas intervengan en la poesía, ni citar á cada momento los ejemplos y máximas de los capitanes de Roma y de los sábios de la Grecia en las arengas y hasta en los sermones, y que la república literaria se ha desilusionado algun tanto; pero dejando á un lado estas escepciones, preciso es confesar que la forma pagana no está tan en desuso y olvidada como se dice. ¿Qué sello, decidme, llevaban impreso la mayor parte de los efectos presentados en las esposiciones de Londres y de Paris? ¿No abundaban las escenas impuras del Olimpo en los bronces, obras de platería y muebles de gran precio? ¿Qué asuntos representaban, por lo comun, los mosáicos, camafeos, estátuas, pinturas y tapices? Recorred tambien nuestras esposiciones anuales, visitad los almacenes de cosas de bronce ó de obras de talla, y dirigid de paso la vista á las tiendas de joyas, estátuas, estampas y fotografías, y decidnos cuántos asuntos cristianos y nacionales veis en ellas. Señalad entre estas últimas uno solo que el arte pagano no haya deshonrado con su pincel materialista ó su desnudez repugnante.

Tan cierto es que la forma pagana en pintura, grabado y escultura apenas ha dejado de ser moda, que los artistas predispuestos á ser *cristianos* se quejan de que, á pesar de su legítima repugnancia se ven precisados, *para poder vivir*, á trabajar en asuntos griegos y romanos.

¿Cuáles son realidad las obras artísticas que llaman la atencion de la multitud, que merecen los elogios de los periódicos, y que van á adornar las mansiones de los ricos en Francia y en el estranjero? ¿Qué forma veis dominar en las modas, en los bailes y en la decoracion de los tocadores, salas y habitaciones preparadas al gusto del dia?

Pero si la *forma* artística y literaria del Paganismo tiende á desaparecer, ¿podemos decir lo mismo de su *espíritu?* Si el Paganismo es racionalismo en filosofía, naturalismo en religion, cesarismo en política y sensualismo en literatura, artes y costumbres públicas, ¿no habrá que confesar que hoy dia, tanto ó mas que nunca, somos en cuanto al espíritu Griegos y Romanos, é hijos legítimos del Renacimiento y de la educacion de colegio? Escuchad lo que se dice, observad lo que pasa y meditad á sangre fria las tendencias generales de la Europa, y me direis si el espíritu pagano, ese espíritu de soberbia y sensualismo no adquiere nuevas fuerzas cada dia en vez de debilitarse.

¿No es, estudiándolo en un solo punto, el alma de lo que se llama literatura? ¿No es él quien asegura el triunfo de las trajedias, comedias, zarzuelas, melodramas, canciones, novelas y folletines del dia? Para conseguirlo emplea los mismos medios de que se valió entre los paganos en la época de su decadencia. El atractivo, harto irresistible en su abominable sencillez, de la literatura actual, y sobre todo del teatro, consiste especialmente en descorrer todos los velos del vicio y en ofrecerlo á la vista con todas sus impúdicas desnudeces. El vicio, sí, y sobre todo el vicio sensual que ostentan las estátuas paganas desnudas de los vendedores de figuras de yeso, de las bañistas desnudas de los estamperos, y de las bailarinas peor que desnudas de las funciones coreográficas del teatro de la Opera.

«Dadme un punto de apoyo, decia Arquímedes; y yo desquiciaré el mundo, y Satanás decia en la antigüedad pagana, y lo repite hoy tambien: dadme la desnudez, y yo haré que los hombres todos se condenen: y el Renacimiento se la ha dado bajo todos sus aspectos. El Cristianismo no restituyó al hombre su primitiva inocencia, sino que la suplió cubriéndole con una gracia inefable, y revistiendo de pudor, castidad y modestia al hombre físico y moral. De todo esto vino á despojarle la literatura actual, con la que no necesita ya tener talento, pudiendo estar seguro de llamar la atencion y pasar por escritor sublime. Por esta razon creo que si Virgilio, Horacio, Ovidio y todos los demás poetas de la clásica antigüedad se hubiesen limitado á celebrar modestamente la castidad, y si Ciceron y Demóstenes hubiesen escrito homilías piadosas, en vez de acaloradas arengas democráticas, hubieran pasado y pasarian por hombres de talento cincuenta veces menor del que se les supone.»

Es, pues, una verdad que si la forma pagana se va borrando, nos queda en cambio el espíritu que nos mata; pues despojado de su forma clásica, es tanto mas peligroso cuanto menos conocido es y mas general, formando como forma la atmósfera en que nacemos, crecemos y morimos. ¿Cuántos individuos conoceis, por no decir ciudades y familias, que esten libres de su influencia? ¿Cuántos cristianos contais que juzguen cristianamente de todas las cosas? Y sin embargo, escrito está que no pertenece á Jesucristo el que no está animado de su espíritu: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus.*

Ahora bien; ¿dónde está el foco de ese espíritu pagano, que en filosofía, en política, en religion y en literatura continúa produciendo con redoblada energía, generaciones de naturalistas, blasfemos, regicidas, materialistas, indiferentes y jóvenes díscolos é imposibles de gobernar?

¿Cuál es el principal laboratorio de todas esas doctrinas salvajes, que amenazan á las modernas sociedades con un cataclismo sin ejemplo? ¿En qué escuela aprende la juventud literaria que puede el hombre ser grande, tener virtudes sublimes, llevar á cabo la civilizacion mas brillante, y elevar los pueblos al mas alto grado de prosperidad y de gloria sin recurrir para nada de ello al Cristianismo? ¿No es ante todo en las casas de educacion, en medio de los hombres y de los pueblos paganos presentados sin cesar á su admiracion? ¿Os atrevereis, pues, á decir, en vista de lo que pasa, y á pesar de los avisos repetidos que cada dia os dan las víctimas de la enseñanza clásica, que el estudio de los autores paganos es hoy dia menos peligroso de lo que ha sido en tiempos anteriores, y que puede sin temor continuarse un sistema que condujo á la Europa al borde del abismo, y que segun vosotros no puede hundirla en él?

Lo repetimos, imposible es que así lo crean los que lo dicen.

Pasando ahora á otro punto que se nos ha propuesto, tenemos que examinar «cómo es que al cabo de quince siglos de Cristianismo se dejó la Europa fascinar por el Renacimiento, hasta el estremo de sustraerse, en cuanto le fué posible, del imperio de la redencion para volverse á sujetar al de Satanás.» Este es de todos los fenómenos del mundo moral el mas temible y el mas digno de ser estudiado (1).

Si el árbol se conoce por su fruto, ¿qué habremos de pensar del Renacimiento? La historia, fundada en hechos indestructibles, le atribuye á la *Revolucion francesa*, madre y modelo de todas las demás; el *Volterianismo*,

(1) Hablaremos de él con brevedad en atencion á que ya lo hemos examinado en los volúmenes anteriores, y especialmente en el del *Racionalismo*.

con su impiedad y lujuria; el *Protestantismo* con su fanatismo sangriento; el *Cesarismo* con su centralizacion monstruosa, y el *Racionalismo* con su apoteosis del hombre en el órden intelectual, en el órden moral y en el órden político (1).

De aquí dos hechos eternamente dolorosos: el primero la suspension del progreso del mundo occidental por medio del Cristianismo, pues se han roto las dos grandes líneas de la civilizacion evangélica y nacional, y, merced al Renacimiento, la Europa de Carlo Magno y de S. Luis, de las Cruzadas y de las maravillosas trasformaciones sociales, se parece á una gran catedral sin concluir; y el segundo, el haber querido unir á los sillares del edificio construcciones de estilo diferente, que, no haciendo juego con el plano primitivo, carecen de armonía y solidez.

Consecuencia de ese trabajo anormal, ha sido todo lo que estamos viendo de cuatro siglos á esta parte; es decir, una civilizacion coja, mitad cristiana y mitad pagana, y por esta razon corrompida y corruptora, que enerva las naciones, las estravía y las hace indignas del bautismo que han recibido, y que obligándolas á oscilar constantemente entre Jesucristo y Belial, las condena en lo presente á caminar de revolucion en revolucion, y para lo porvenir acumula sobre sus cabezas calamidades infinitas que no nos es dado calcular.

Tales son los frutos del Renacimiento. Ahora bien; ¿qué viene á ser este, en sí mismo considerado, y cómo le definiremos? *El Renacimiento*, dice Mr. Cousin, *es un gran desquite del Paganismo greco-romano sobre el Cristianismo;* segun expresion de Balzac, *es el enlace adulterino de dos civilizaciones y de dos religiones con-*

(1) Desde luego se ve que aquí, como en toda nuestra obra, tratamos de la causa primera y no de las secundarias.

trarias: es, como dice Jorge Sand, *la resurreccion de la carne;* es, segun Mr. Michiels, *una nueva edicion del Paganismo depurada é ilustrada*, y es, por último, dice Mr. Alloury, *la madre de todo lo que vemos.*

El Renacimiento, pues, no es, como han querido suponer ciertos católicos, un *magnífico movimiento*, sino un deplorable retroceso de la Europa cristiana hácia el Paganismo. Los protestantes, los revolucionarios y los volterianos conocen muy bien su genealogía; todos ellos se proclaman hijos del Renacimiento, y declaran con orgullo que su padre es la antítesis del Catolicismo, y aun hoy dia escriben lo siguiente: «La Iglesia dejaria de ser lo que es, y abjuraria sus creencias, si aceptára el derecho público, el arte, la industria y la ciencia, tales como salieron del seno del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolucion (1).»

Todo esto, en el lenguaje católico, significa, salvo error, que el Renacimiento podria muy bien ser la reaparicion, predicha por Dios, del *Príncipe de este mundo* en medio de las naciones cristianas, llevando en pos de sí el numeroso cortejo de impiedades, blasfemias, artes, teatros, modas, bailes, libros, costumbres, usos corruptores, y hasta oráculos y sortilegios de que iba acompañado en la antigüedad pagana, y que aun hoy caracterizan su imperio en el seno de las naciones modernas. Si no hay fenómeno mas terrible que este, tampoco hay otro que sea mas digno de ser estudiado.

¿Cómo ha llegado Satanás á lograr tan brillante triunfo? Seduciendo á la Europa. ¿Y cómo la ha seducido? De la misma manera que sedujo á los padres del género humano, á quienes es sabido que atacó á la vez en su razon y en sus sentidos. Sereis como dioses, les dijo: *eritis*

(1) *La Presse*, 30 de Setiembre de 1858.

sicut dii: ved aquí la tentacion de la razon; es decir, la soberbia. Deslumbróles despues con la belleza y bondad aparente del fruto prohibido: *bonum ad vescendum aspectuque delectabile*; ved aquí la tentacion de los sentidos, es decir, el deleite. En el mismo lazo ha cogido á la Europa moderna (1).

El Renacimiento hace relucir á sus ojos la independencia de que disfrutaba el mundo antes de haberse sometido al yugo de la fe cristiana, y la belleza de la forma literaria, artística, social y política que el hombre emancipado supo imprimir á todas sus obras. Para probarlo, no ha cesado de presentar las repúblicas de Roma y Grecia, producto esclusivo del genio del hombre, como las mas brillantes creaciones conocidas en la historia, como la patria esclusiva de los grandes pueblos, de las grandes cosas, de las grandes virtudes y de los grandes capitanes, poetas, oradores, historiadores, artistas, filósofos y políticos (2). Gracias á su educacion, la Europa así lo ha creido, ha hecho lo que sabemos y ha llegado á ser lo que vemos.

Ocasion es esta de examinar las pomposas afirmaciones del Renacimiento; de estudiar de buena fe esos grandes pueblos y grandes hombres; de ver lo que hemos ganado y lo que ganamos todavía en su escuela; de saber si hemos aprendido al menos ese bello latin y escelente griego, para cuyo estudio y adquisicion parece que hemos sido criados é instalados en el mundo; y ha llegado, en fin, el momento de que disipemos el encanto fascinador que ha seducido á la Europa, y de que presentemos al descubierto esa antigüedad pagana por la cual hemos tenido

(1) Acerca de las causas de la facilidad asombrosa con que la Europa abrazó el Renacimiento, véase nuestro tratado del Racionalismo.

(2) Véanse todos nuestros volúmenes anteriores, y sobre todo el último.

la desgracia de abandonar las aguas vivas y riquezas incomparables del Cristianismo (1).

Nadie está mas inmediatamente interesado en saber á qué atenerse sobre este punto capital, que los padres y madres de familia; pues no habiendo nada tan apreciable para ellos como sus hijos, nada hay que deba importarles tanto como el conocer los hombres que se les dan por maestros en las casas de educacion, las doctrinas que se les enseñan, la compañía en que viven durante los años decisivos de su vida, y por consiguiente el porvenir que se les prepara á ellos, á la familia y á la sociedad.

Ah! el dia en que los padres, y sobre todo las madres cristianas, esten enterados de todo esto; el dia en que conozcan mas que por solo de oidas la cuestion de la reforma de los estudios, y se convenzan de que por ellas principalmente nos hemos resuelto á luchar; ese dia quedará asegurado el triunfo de nuestra sublime y santa causa, que es tambien la suya. Por esta razon os hablamos hoy directamente á vosotras, esposas y madres cristianas, que fuisteis las primeras en acudir á las catacumbas, y que sois las últimas en permanecer al pié de los altares. Leed, pues, á vista de la cuna y del sepulcro de vuestros hijos las siguientes cartas, escritas poco ha á una sola madre, y que en esta ocasion enviamos á todas.

(1) *Jerem.*, XI, 13.

la desgracia de abandonar las aguas vivas y riquezas incomparables del Cristianismo (1).

Nadie está mas inmediatamente interesado en saber á que atenerse sobre este punto capital, que los padres y madres de familia; pues no habiendo nada tan apreciable para ellos como sus hijos, nada hay que deba importarles tanto como el conocer los hombres que se les dan por maestros en las casas de educacion, las doctrinas que se les enseñan, la compañía en que viven durante los años decisivos de su vida, y por consiguiente el porvenir que se les prepara á ellos, á la familia y á la sociedad.

Ah! el dia en que los padres, y sobre todo las madres cristianas, estén enterados de todo esto, el dia en que conozcan mas que por solo de oidas la cuestion de la reforma de los estudios, y se convenzan de que por ellas principalmente nos hemos resuelto á luchar; ese dia quedará asegurado el triunfo de nuestra sublime y santa causa, que es tambien la suya. Por esta razon os hablamos hoy directamente á vosotras, esposas y madres cristianas, que fuisteis las primeras en acudir á las catacumbas, y que sois las últimas en permanecer al pie de los altares. Leed, pues, á vista de la cuna y del sepulcro de vuestros hijos las siguientes cartas, escritas poco ha á una sola madre, y que en esta ocasion envidamos á todas.

(1) Jerem., VI, 16.

LA REVOLUCION.

EL RENACIMIENTO.

CARTA PRIMERA.

Motivo y objeto de estas cartas. — Inquietudes maternales. — Lo que vienen á ser los maestros de la juventud. — Dos clases de maestros. — Los maestros antiguos. — Se desea conocerlos.

Roma 28 de Enero de 1858.

SEÑORA:

Al llegar á esta, he hallado la carta que habeis tenido la bondad de escribirme. Para contestarla necesito llenar un volúmen muy regular, y desde luego os amenazo con él; con el bien entendido de que, si os asusta lo difuso de mi contestacion, á nadie debeis culpar mas que á vos misma, puesto que me consultais acerca de un asunto de suma estension, pero que al propio tiempo es para vos de un interés capital. Esta circunstancia os hará tolerable mi prosa, que supongo recibireis pronto y sin interrupcion; pues á pesar de los asuntos harto urgentes que me han traido á la capital del orbe cristiano, creo que no me faltará tiempo para ello, una vez que Roma es, segun dicen, la ciudad *eterna*. Por temor, pues, de que se me halle desprevenido, no quiero perder un solo instante, y voy por lo tanto á principiar.

Me permitireis, señora, que evoque desde luego un recuerdo que os hace mucho honor. Antes de dar nodriza á vuestros hijos, tuvisteis sumo cuidado de informaros, con escrupulosa exactitud, acerca de la salud, temperamento, hábitos y costumbres sobre todo, de las mujeres que para dicho objeto se os indicaron. Vuestros solícitos cuidados nunca podian ser escesivos en esta materia; pues en primer lugar es muy fácil esponerse á mil chascos en punto á las personas á quienes se encarga el cuidado de los hijos, y en segundo hay que tener en cuenta la gran influencia que la primera alimentacion ejerce en la salud física y aun en la salud moral de los niños.

Estos seres, pues, tan amados, á los cuales habeis rodeado en sus primeros años de tan solícitas atenciones, necesitan nuevas nodrizas y estais en vísperas de dárselas. Entiendo por estas los maestros y libros, cuyos ejemplos y doctrinas son, con relacion á la vida del alma, lo que la leche de las madres y nodrizas con respecto á la vida del cuerpo. Vos, señora, así lo comprendeis tambien, y por esta razon se aumenta vuestra inquietud. La educacion hace al hombre, y sobre todo la educacion pública, que comprende todo el período de la adolescencia, y esto mismo os hace temblar al pensar en la eleccion que teneis que hacer. «No quiero, decís con mucha razon, que nadie destruya lo que yo he edificado, ni que se alimenten mis hijos con una leche viciada, ni que se les den por maestros hombres de malas costumbres.»

En su consecuencia quereis adquirir noticias completas y exactas acerca del carácter, ideas y costumbres, y en una palabra, acerca de la salud moral de los que han de educar á vuestros hijos.

Los maestros son de dos clases: los *profesores* eclesiásticos ó legos, y los *autores*, cuyas obras han de constituir, durante ocho años, el alimento habitual de vuestros hijos.

Respecto de los primeros, nada tengo que decir, pues os son tan conocidos como á mí, y vienen á ser mas bien los pasantes de vuestros hijos que sus verdaderos maestros, aunque añadiré que por lo general tienen las cualidades necesarias para el desempeño de su delicado y difícil cargo.

Falta ahora saber, y este es el punto capital, si los segundos ofrecen iguales garantías. Si prestais vuestra atencion, oireis á las cien voces del mundo literario deciros que los autores que se dan por maestros á vuestros hijos, son los hombres mas eminentes del mundo, los mas bellos genios de la antigüedad, los filósofos mas célebres, los oradores mas elocuentes, los moralistas mas puros, los poetas mas amables y divinos, los historiadores mas elegantes, todos ellos la flor de los siglos de oro de la literatura, y unos hombres, en fin, de tan admirables cualidades y virtudes, que una vez impotentes, como lo somos, para poder igualarnos á ellos, estamos en el deber de *adorar sus reliquias* (1).

En efecto, entre los latinos se nos citan: Cornelio Nepote, Quinto Curcio, César, Ovidio, Ciceron, Salustio, Tito Livio, Horacio, Virgilio, Séneca, Juvenal, Terencio, Plinio el antiguo y Plinio el jóven, Tácito y otros varios; y entre los Griegos: Demóstenes, Eurípides, Sófocles, Homero, Píndaro, Aristófanes, Hesíodo, Platon, Sócrates y sus numerosos émulos. El elogio de estos maestros se ha repetido durante estos cuatro últimos siglos, con mucha mas frecuencia que el de los Profetas y Apóstoles, por boca de los hombres mas respetables. Permitidme por lo tanto, Señora, os diga que sois muy delicada y escrupulosa, y que debeis tranquilizaros completamente. ¿No es por ventura ese elogio, sostenido constantemente,

(1) Véase la primera parte del tomo V.

el que hace que los padres todos duerman tranquilos, y el que los llena de orgullo y satisfaccion luego que ven á sus hijos en la escuela de tan admirables maestros?

«Seré, me escribis, todo lo delicada que querais; pero mi solicitud de madre y mi curiosidad de mujer, no me dejarán descansar de noche ni de dia, hasta que tenga en mi poder certificacion auténtica de la buena doctrina, vida y costumbres de los maestros de mis hijos.» Ya que estais resuelta á ello os obedeceré, presentándoos en las siguientes cartas el elogio abreviado de cada uno de esos hombres eminentes, elogio que sirve de fundamento á la opinion pública, y yo completaré con algunos detalles biográficos, tomados esclusivamente de autores paganos, los cuales, si no me engaño, habrán de escitar vuestra curiosidad de mujer y vuestra solicitud de madre.

Aceptad, señora, la respetuosa adhesion de vuestro atento servidor

J. Gaume.

CARTA II.

Los niños entran en un mundo nuevo en el momento que atraviesan los umbrales del colegio.—¿Y para qué? Para hacerles vivir en medio de la bella antigüedad.—Elogios.—Palabras de M. Thiers.—Se desea hacer la autopsia de la bella antigüedad.

Roma 29 de Enero.

SEÑORA:

Vuestros hijos, cobijados por vos en el seno del hogar doméstico, han vivido hasta aquí en un mundo cristiano y francés á un tiempo. La enseñanza que han recibido en vuestro regazo, la Historia sagrada en la cual les habeis enseñado á leer, el Catecismo que han estudiado, las vidas de los santos y mártires que quisisteis darles á conocer, y hasta las conversaciones en que han oido muchas veces nombrar al Papa y á los obispos que gobiernan la Iglesia, y á los príncipes que estan á la cabeza de las naciones, han contribuido á desarrollar en ellos la doble cualidad de cristianos y franceses, sin que hayan intervenido para nada la antigüedad pagana, ni la mitología, ni los Griegos, ni los Romanos. Pues bien, este desarrollo normal va á suspenderse ó á modificarse notablemente.

Desde el momento en que atraviesen vuestros hijos el umbral del colegio, se hallarán en un mundo nuevo, el cual, desde la época del Renacimiento, se conoce con el nombre de *bella antigüedad*, compuesta esencialmente de tres repúblicas: la romana, la griega y la espartana, que

habrán de ser durante ocho años consecutivos la mansion de vuestros hijos. En ella solo accidentalmente se hablará del Cristianismo, de la Iglesia y de la Francia, y el Paganismo, con sus dioses, capitanes, idioma, religion é historia, absorberá diez horas diarias. Roma, Atenas y Esparta; Esparta, Atenas y Roma, serán el asunto constante de las versiones, temas y composiciones en verso y prosa, los paises que limitarán el horizonte intelectual de vuestros hijos, y los nombres que resonarán sin cesar en sus oidos como sinónimos de heroismo, de sabiduría, de luces, de patriotismo, de virtudes, de libertad, de civilizacion y de gloria.

Si preguntais por qué se estravía así á la juventud, se os responderá que para sacarla de la barbarie ó impedir que caiga en ella; para enseñarle las bellas letras y la elocuencia, y para *humanizarla*, pulirla y hacerla digna de su religion, de su país y de su época. Si no acertais á comprender la relacion que existe entre el fin y los medios, se os dirá que no es necesario que la comprendais, que el negocio es superior á la inteligencia de las mujeres, y que basta que vuestros hijos la comprendan. En efecto, ellos la comprenderán muy pronto, pues sus preceptores, eclesiásticos y legos, les hablarán siempre con profundo respeto de los Griegos y Romanos, y todos los dias, y en todos tonos, les repetirán directa ó indirectamente, hasta fijarlos en su mente, los siguientes axiomas:

«En medio de las tinieblas universales en que se halla envuelta la humanidad, solo se descubren tres puntos luminosos: Roma, Atenas y Esparta. En ellas todo es admirable; su religion es la mas lisonjera, la mas apropiada á la naturaleza del hombre, y es en fin, la religion de los grandes genios, de los grandes pueblos y de las grandes civilizaciones. Su política es la mas bien entendida de cuantas se conocen, y en ninguna parte se goza de una

libertad como la suya. Allí cada ciudadano es miembro activo del Estado y toma parte en los negocios públicos, que son los suyos propios. Nada hay que iguale la perfeccion de sus instituciones sociales y domésticas, y las ciencias, letras y artes no han tenido mas patria que aquellas inmortales comarcas, donde despiden una luz incomparable. Los Griegos y Romanos fueron mas que hombres, fueron unos semidioses cuyas virtudes nos desesperan mas de lo que nos alientan sus ejemplos. Todo se lo debemos á ellos, y solo cesaremos de ser bárbaros á medida que nos vayamos haciendo Griegos y Romanos. Ya que no podemos imitarlos, admiremos al menos á tan ilustres muertos, y adoremos sus reliquias, pues hasta la hez misma de dichos pueblos es preciosa.»

Tales son las testuales palabras de los maestros mas célebres de la juventud, sacerdotes, religiosos y legos, y de sus mas ilustres discípulos de cuatro siglos á esta parte (1).

Aun hoy dia son moneda corriente en la república literaria, pues recordareis que M. Thiers en su famosa Memoria sobre la instruccion pública, leida en 1844, resumia, ó mas bien rejuvenecia todos los referidos elogios diciendo en medio de los aplausos de una Cámara francesa: «*La antigüedad*, preciso es decírselo á un siglo envanecido de sí mismo, *la antigüedad es lo mas bello de cuanto ha existido en el mundo.* Dejemos, señores, que la infancia viva en medio de la antigüedad como en un asilo sano, tranquilo y apacible, destinado á conservarla *fresca y pura* (2).» ¿No habrán, pues, de tranquilizaros estos elogios y otros muchos que no os cito? La antigüedad es lo mas bello de cuanto ha existido en el mundo, y en su seno

(1) Todos ellos pueden verse en los anteriores volúmenes de *La Revolucion*.

(2) Véase el Monitor del 14 de Julio de 1844.

habrán de vivir vuestros hijos los años que deben decidir de su vida: ¿qué mas quereis?

«Quiero, me decís, tener á la vista la justificacion histórica de esos pomposos elogios, segun los cuales es incomparablemente bella la antigüedad: para ello quiero que se me haga su autopsia.»

La operacion es delicada; pero á fin de no comprometer á nadie, aplicaremos el escalpelo á la historia, y mañana y los demás dias nos mostrará qué es lo que constituye la belleza incomparable de la antigüedad.

Aceptad, señora, etc.

CARTA III.

En qué se funda el aserto de que la antigüedad clásica es la cosa mas bella de cuantas ha habido en el mundo. — Exámen de la misma en su conjunto, en religion, en politica, en instituciones sociales y domésticas, y en costumbres públicas. — Cita del conde de Maistre.

Roma 30 de Enero.

SEÑORA.

Lo bello es el reflejo brillante de lo verdadero: *pulchrum splendor veri*. Llegará, pues, una época á ser incomparablemente bella, cuando la verdad domine en todas partes y la ilustre con sus luces, como el sol radiante, en un cielo sin nubes ilumina con sus rayos todos los puntos del horizonte. Dios, pues, es la verdad, y por consiguiente, si Dios es conocido de una época y si siempre está presente en sus pensamientos, así como en la realidad de las cosas, diremos que esa época es incomparablemente bella. «De este conocimiento fecundo nacen para el hombre todas las luces, virtudes y bienes, y para la sociedad todas las libertades, garantías y glorias (1).»

Sentados estos precedentes, veamos qué viene á ser la antigüedad pagana. La falta de la idea de Dios: *Dei ignoratio;* la supresion del verdadero Dios en religion, en politica, en instituciones sociales y domésticas, en costumbres públicas, en filosofía, en historia, en artes y

(1) Discurso pronunciado el 8 de Agosto de 1858 por el abate Vervorst, fundador del Colegio católico de Auteuil, p. 49. Al corregir estas cartas hemos utilizado varias veces este trabajo notable, así como otros documentos.

en literatura, y el reinado de las tinieblas en vez del de la luz, puesto que es el reinado de Satanás sustituido al de Dios (1). Así, pues, la supresion general del verdadero Dios es el sello que caracteriza á la antigüedad pagana. La religion es con respecto á la sociedad lo que la cabeza con relacion al cuerpo, y por consiguiente será justo que principiemos á hacer la autopsia de la antigüedad por la religion. ¿Podremos afirmar que en esta parte es incomparablemente bella, ó como dice M. Thiers, lo mas bello de cuanto en el mundo ha existido? Esto es lo que va ahora á ser objeto de nuestro estudio.

La bella antigüedad es en materia de religion, segun nos lo revela la historia, lo mas horrible y monstruoso de cuanto ha habido en el mundo; pues es el culto del demonio que se ofrece á la adoracion de los hombres bajo los títulos mas impíos y los nombres mas ridículos, presentándoseles bajo las figuras mas lascivas y repugnantes: es en fin la obscenidad, la crueldad y la mentira permanente. Los actos y conducta de los dioses de la bella antigüedad son tales, que si hoy dia vivieran estarian todos en presidio, y la mayor parte de ellos son tan horribles en sus formas, que segun Varron pondrian miedo y ahuyentarian al hombre mas intrépido, si por acaso llegára á tropezar con ellos al entrar en un bosque.

Sus templos son carnicerías siempre llenas de sangre humana, y lupanares á cual mas impuros (2). La mas popular de todas sus diosas, la grande Isis, es la Progéneta por escelencia (3). Las prostituciones religiosas for-

(1) *Tempora ignorantiæ.—Notus in Judea Deus.—Princeps hujus mundi. Deus hujus seculi.—Potestas tenebrarum, etc.* La Escritura está llena de espresiones de esta clase para caracterizar la antigüedad pagana.

(2) *Isis, lena conciliatrix. Schol.*, Juv., VI, 488.

(3) Lucian., *De dea Syra;* Herod., I, 182, 199, etc.; Euseb., *Vit. Const.*, III, 55; S. Agust., *De civ. Dei*, etc. etc.

man una parte esencial del culto público, y las vemos siempre en Roma, en Grecia, en Africa, en Siria, en Egipto, en Babilonia y hasta en las Indias (1). Cuéntanse infinitos lugares célebres *santificados* por el vicio: la isla de Chipre, el monte Eryx en Sicilia, Gnido y sobre todo Corinto, en la que mil cortesanas consagradas á Venus por la piedad de sus devotos, velaban en el templo de la diosa y vendian sus atractivos á los peregrinos, creyendo todos en su proteccion en pago de tan vergonzoso tráfico, como lo prueba el hecho de leer públicamente en el templo los versos de Simónides, en los que la Grecia, libre del poder de Jerjes, daba gracias á las prostitutas, suponiendo deberles su salvacion (2).

No me atrevo á hablar de sus misterios, y lo único que me permito decir, es que las doncellas y matronas, que debian ser castas y permanecer recatadas bajo el techo del hogar doméstico, hacian en los misterios lo que apenas se atrevian á ver en el teatro á las cortesanas.

En política, la bella antigüedad es el Cesarismo ó la absorcion de todos los poderes humanos y divinos en manos de un hombre, que personifica la ley y la justicia: *Quidquid placuit principi vim habet legis;* es el derecho de la fuerza sustituido al de la razon y la ley; es el despotismo mas duro y arbitrario, y por consiguiente la esclavitud mas lamentable de cuantas se han conocido; es el patriotismo salvaje, que no respeta ni aun los vínculos de la sangre; es la guerra sin piedad; es el desprecio del hombre por sus semejantes en toda su barbarie, y es en fin el odio llevado al estremo: *Ubi solitudinem faciunt pacem appellant.*

En instituciones sociales, la bella antigüedad es el

(1) Justin., XVIII, p. 5; Strab., VI, 2; Athen., XIII, 4.
(2) Cleomed., *De meteoris*, II; Herodoto, Plutarco, Diodoro Siculo.

régimen del capricho y del privilegio en favor de unos cuantos y en perjuicio de los demás; el antípoda de la fraternidad, la negacion de la igualdad y el ludibrio de la libertad. Esparta se componia de diez mil ciudadanos voluptuosos, insolentes y brutales, servidos por un pueblo entero de esclavos, á los que cazaban y mataban como si fueran fieras; en Corinto habia treinta mil holgazanes y viciosos, que poseian cuatrocientos sesenta mil esclavos, regidos como los de Esparta: Atenas contaba veintiun mil ciudadanos vanos y habladores, que tenian bajo su dominio á cuatrocientos mil esclavos de igual condicion que los de Esparta y Corinto. En Roma uno solo de sus ciudadanos, soberbios y ladrones, poseia veinte mil de esas bestias de carga desollándolas á latigazos, marcándolas el rostro con un hierro candente, alimentándolas con pan y sal, y ejerciendo con ellas su derecho de vida y muerte de un modo mas bárbaro que con sus animales domésticos (1).

Las instituciones sociales de la bella antigüedad, fundadas en la esclavitud y en la esplotacion del hombre por el hombre mismo, son por este solo concepto radicalmente incompatibles con el principio de libertad, igualdad y fraternidad universal, que es el alma de las naciones cristianas. Os dejo, pues, que penseis cuál puede ser el mérito de una educacion que forma empeño en hacer que la juventud las admire.

En instituciones domésticas, la bella antigüedad es la autocracia del marido y la esclavitud de la mujer; es el

(1) Corinthiorum oppidi fuisse tantam felicitatem ut servorum myriadas quadraginta sex possiderent..... Atheniensium incolas duas myriadas fuisse ac insuper mille, servorum autem quadraginta myriadas..... Romanos quamplurimos servos possedisse, ex illisque permultos habuisse mancipiorum et decem millia et viginti atque etiam plura..... Servi punctis inusti.—Athen., *Conv.*, lib. VI, p. 272; et lib. XV, p. 658.

divorcio, la poligamia, el concubinato y hasta la promiscuidad; es el aborto, la esposicion, la venta y el asesinato legal de los hijos, y en una palabra el derecho de vida y muerte concedido al ser mas fuerte contra el mas débil. En Atenas hacian los magistrados quitar la vida á los niños mal configurados; y los éforos de Esparta los mandaban arrojar á la sima del Taygetes. Numa recomendaba á los Romanos que criáran á sus hijos varones y á las hijas primogénitas, y si aquellos eran disformes les permitia esponerlos, despues de habérselos presentado á cinco de sus mas próximos vecinos. Todo esto lo califica Montesquieu, uno de los oráculos de la república literaria, con el nombre de *buena medida de policía* (1).

En costumbres públicas, la bella antigüedad es el reinado de la carne, de Venus, de las cortesanas y de otras cosas peores todavía. La adoracion de la carne es el término hácia el cual se inclina en todo y siempre la humanidad degenerada, y la bella antigüedad clásica así lo revela en sus festines, en sus juegos, en sus teatros y en su conducta general.

Por lo que hace á sus festines, observad la vida de los nobles del *bello* siglo de Augusto y de Pericles, y los vereis constantemente en banquetes, haciendo de la noche dia, comiendo para vomitar y vomitando para comer, dando los unos cenas por valor de cien millones de sestercios, y atormentando los otros su imaginacion para hallar medio de gastar en un solo festin las contribuciones de tres provincias (2).

(1) Grandeza y decadencia de los Romanos, lib. XXIII, cap. XXII.

(2) Cátulo, 26, v. 15.—Vomunt ut edant, edunt ut vomant; et epulas quas toto orbe conquirunt, nec concoquere dignantur. Caius Cæsar quem mihi videtur rerum natura edidisse, ut ostenderet quid summa vitia in summa fortuna possunt, centies sextertia (1.758,719 *libras*) cœnavit uno die; et in hoc omnium adjutus ingenio, vix tamen invenit quomodo trium provintiarum tributum una cœna fieret. — *Senec. Consol. ad Helviam.*, cap. IX, et ep. 122.)

El trágico Esopo sirvió un plato que costó 19,405 francos, y Clodio mandó disolver una perla en vinagre y bebió de una sola vez el valor de 194,500 francos.

Harto conocidas son las cenas de Lúculo y de Antonio, y muy conocido es tambien aquel Apicio que, despues de haber consumido en comer muchos millones, se suicidó diciendo que un romano no podia vivir con doscientas mil libras de renta. Toda aquella sociedad, que se nos presenta en los colegios como tipo de la mas brillante civilizacion, tenia por regla de conducta la siguiente máxima de la filosofía de Epicuro: «*vivir mañana es vivir demasiado tarde: haz por vivir hoy, pues es muy prudente el haber vivido* (1).» Una postrera pincelada viene á completar el cuadro: «Los convidados, blandamente reclinados en sus asientos de rosas, en sus *triclinios* de oro y mármol, hacian que les sirvieran varias jóvenes completamente desnudas (2).

En los juegos, en los pueblos de la Grecia, los jóvenes de ambos sexos se entregaban juntos, en un estado de completa desnudez, á los ejercicios gimnásticos, y este espectáculo, dicen muy serenos los historiadores, era uno de los mas agradables (3).»

En el teatro, en él se representaban las pantomimas mas obscenas, las cortesanas bailaban desnudas; en él no solo se celebraba el crímen, sino que se practicaba materialmente en presencia de los espectadores, y en una palabra, en él tenian lugar escenas, cuyo solo recuerdo basta hoy para ruborizar al cristiano menos delicado.

En la conducta general, ¿qué refieren los historiado-

(1) Marcial, I, 16, V, 59.

(2) .....Etiam ancillas, quousque adultæ sint, nudas ministrare.—Timœus, *Hist.*, lib. I.

(3) Jucundissimum est stadia gymnasiaque adire et juvenes aspicere colluctantes cum virginibus.—Athen., lib. XIII, pág. 566.

res de las repúblicas de la Grecia? «Así como nosotros, dicen, preferimos las mas robustas terneras y potras, así tambien aplaudimos la costumbre de los Espartanos, de enseñar á sus huéspedes y á los estranjeros sus hijas completamente desnudas.» En Atenas no salian los jóvenes de los lupanares: los viejos pasaban el tiempo jugando á los dados y persiguiendo á las cortesanas, y todo aquel pueblo tan encomiado gastaba mas dinero en desórdenes y francachelas que en la administracion del Estado. Un dia los celebrados Griegos, trasformados en bandoleros, se reunieron para saquear el templo de Delfos, y habiéndoles correspondido á los Atenienses sesenta mil talentos (1.200,000 reales), los gastaron en un banquete, que tuvo lugar en la plaza pública. La inmunda Phryne llegó á reunir tan considerables sumas, traficando con su cuerpo, que ofreció edificar á su costa las murallas de Tebas. Habiendo sido acusada de un delito, compareció ante los magistrados, y para salir airosa del proceso, se *desnudó* delante de ellos y la absolvieron (1).

No es esto solo: en aquella nacion, flor y nata de la bella antigüedad, jóvenes, adultos, ancianos, legisladores, poetas, oradores y filósofos se entregaban públicamente á un vicio abominable que no tenemos valor para nombrar (2). «En las ciudades griegas, dice Montesquieu, dominaba de un modo desenfrenado un vicio ciego: el amor no tenia mas que una forma, que no me atrevo á decir (3).» Montesquieu es el eco de la historia (4). El *divino* Platon contribuyó mas que ningun otro á fortificar

(1) Ea fuit Atheniensium in victu lascivia, ut juvenes apud mulierculas tibicinas et meretrices assidui forent..... Populus autem universus in epula et visceratione plus pecuniæ dissiparet quam in civitatis gubernatione. — Athen., *id.*, lib. XII, pág. 530.

(2) Athen., lib. XIII, pág. 564.

(3) *Grandeza y decadencia de los Romanos*, lib. VII, cap. XV.

(4) Athen lib. XIII, pág. 601 y 602.

y difundir tan abominable vicio. «Este filósofo, dice Plutarco, habia asegurado que la desnudez de los gimnasios no ofrecia ningun peligro; pero el hecho es, que desde que se adoptó la costumbre de que los jóvenes se desnudáran para ejercitarse en los juegos gimnásticos, se introdujo furtivamente el amor á los adolescentes en nuestros gimnasios, y se ostentó despues sin rebozo en los lugares públicos (1), sin que haya sido posible contenerlo. Como que necesita un pretexto honroso para acercarse á los jóvenes, cuya belleza le atrae, se cubre con el velo de la *amistad* y de la *virtud;* hace esteriormente ostentacion de filosofía y de continencia: pero cuando llega la noche y todo está silencio

Que la nuit le défend des regards importuns,
Sa brutale fureur s'empare de sa proie (2).....»

Todos esos grandes hombres de la Grecia, que nuestra educacion de colegio nos presenta como modelos acabados de virtud, se deshonraban públicamente por medio de mil abominaciones del amor infame, y lejos de avergonzarse, se gloriaban de ello (3), como lo prueban numerosos ejemplos. Os citaré solamente los nombres de Sócrates, Platon, Aquiles, Meleagro, Cimon y Epaminondas. Este último, segun Ciceron, fué el varon mas eminente de cuantos produjo la Grecia, y Plutarco, para esplicar porqué no llegó nunca á casarse, nos dice que «tenia dos jóvenes amantes, á los que siempre profesó gran cariño, llamados Asópico y Cafisodoro. Este último pereció con Epaminondas, y fué enterrado junto á este general (4).»

Las mismas costumbres reinaban entre los Romanos.

(1) ¡Escelente sociedad! ¡Antigüedad magnífica!
(2) *Tratado del amor*, p. 31.
(3) Corn. Nep., *Prefacio*.
(4) Plut., p. 82.

«En la gloriosa república romana era permitido el comercio amoroso con los esclavos y libertos. La ley *Escatinia* lo prohibió entre hombres libres, y conminaba al culpable con multa de mil sestercios. Pronto, sin embargo, llegó á desaparecer este ligero obstáculo; la opinion misma dejó de proteger al hombre libre, y quedó admitido el que todos pudieran entregarse sin escrúpulo á tan perniciosa inclinacion, y así se verificó hasta el reinado de Antonino y de Trajano, que dieron en el trono ejemplo de ese mismo crímen (1). Podeis vos misma juzgar del estado á que en este punto llegaron las costumbres de los Romanos por las cartas de Ciceron. Estas nos dicen que en un proceso político se ofrecieron varios hermosos adolescentes, hijos de senadores y de las principales familias de Roma, á los jueces que en él entendian, y de este modo se ganaron los votos de aquellos que no habian podido ser sobornados por el oro (2).

En su biografía veremos que no hubo uno solo de esos ilustres Romanos, *cuyas reliquias tenemos que adorar*, de esos genios inimitables y de esos semidioses, como se llaman en los colegios, desde Ciceron hasta Plinio, é inclusos el *casto* Virgilio, Augusto, Horacio y todos los demas, que no haya pertenecido á la mas vergonzosa categoría del rebaño de Epicuro, y que de ello no se haya gloriado. *Nos autem*, dice Ciceron, *qui concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur.*

Para satisfacer su brutal pasion, no hay crueldad que los arredre, y de ello citaré un caso entre otros muchos. El senador Lucio Quincio, hermano de Tito-Flaminio, vencedor de Filipo, rey de Macedonia, tenia en su casa un jóven de estraordinaria belleza, que nunca se separaba de él. Cuando mandaba los ejércitos le daba mas crédito

(1) Johan. Christius, *Hist. leg. scatin.*, 1727. In 4.°
(2) Walckenaer, *Vida de Horacio*, t. I, p. 105.

y poder que á sus mas íntimos amigos. Un dia, pues, hallándose en su provincia consular el referido jóven, sentado junto á él á la mesa, segun costumbre, dijo á Lucio: «Te amo tanto, que al salir de Roma dejé por ti un combate de gladiadores, á pesar de no haber visto todavía esa clase de espectáculos; y aunque es muy grande mi deseo de ver degollar á un hombre, todo lo he abandonado por seguirte.»

«No te dé pena, le contestó Lucio, yo procuraré indemnizarte.» Dicho esto, hizo traer á la sala del festin un desertor galo, y mandó venir un lictor con su hacha. Luego que llegaron ambos, preguntó al jóven si queria ver dar el golpe; y habiendo contestado que tenia vivísimos deseos de presenciar el acto, mandó Lucio al lictor que cortára la cabeza al prisionero, añadiendo algunos que no fué el lictor quien lo hizo, sino Lucio mismo (1).

No hablaré de los Césares cuyas abominaciones causan espanto, y añadiré tan solo que la monstruosa brutalidad de que hablo, tenia lugar sin perjuicio de la mas horrenda lujuria con respecto á las mujeres. Veamos entre otras mil pruebas que pudiéramos citar, lo que dicen las comedias de Plauto, consideradas por la república literaria como fiel pintura de las costumbres romanas. «Plauto, dice uno de sus panegiristas, nos reproduce las formas de la vida romana, pues presenta en la escena cortesanos y cortesanas descarados, nos refiere sus amores infames y la grosera osadía de sus palabras y acciones. Vemos en ellas á las mujeres é hijas de los ciudadanos, relegadas á los gineceos; vemos tambien las relaciones amorosas con esas queridas mercenarias públicamente toleradas por los hombres de bien; la embriaguez y la crápula en los lugares de prostitucion, convertidas en hábitos de la buena sociedad y hasta favorecidas por las madres indulgentes

(1) Plutarco, *in Caton.*, p. 25.

con sus hijos. El teatro, en fin, de Plauto, es la historia secreta y anecdótica de la vida romana (1).»

De Plauto á Séneca las costumbres romanas adquieren mayor *belleza*. La moral de la religion y de los poetas introduce el adulterio en el Olimpo, la de César y Augusto le coloca en el trono, y la del mundo le acepta y le fomenta. El pérfido lenguaje de los salones modernos, que tan decentemente viste la corrupcion y decora el vicio con el aire del buen tono, no era en manera alguna estraño á los de Roma. En ellos se ridiculizaba á los maridos feroces y mal educados, que no consentian á sus mujeres presentarse en público de una manera que no fuese permitida en sus casas (2); á la juventud de la corte, de mal tono, porque no tenia intrigas amorosas sino con mujeres esclavas; y á la de las provincias, de atrasada, porque no juzgaba el vínculo del adulterio tan sagrado como el del matrimonio (3).

Permitidme, señora, que concluya esta carta, ya de suyo larga, con una cita del conde de Maistre, que resume en pocos renglones los detalles que en beneficio vuestro y de todas las madres algun tanto cristianas, he creido necesario reproducir sobre las costumbres de la bella antigüedad. «Un sábio geógrafo inglés, dice, ha escrito con motivo de las costumbres de Oriente las siguientes líneas: En los paises orientales se hace muy poco caso de la castidad, acerca de la cual es tan relajada su moral, que en ellos se considera en el mismo caso el comercio de los dos sexos, que el uso de ciertos manjares.» Ahora bien; esas costumbres de los orientales son precisamente las de los antiguos, y serán siempre las de todos los paises no cristianos. Los que las han estudiado

(1) M. Naudet, individuo del Instituto, traduc. de Plauto, 1831.

(2) Si quis nulla se amicam fecit insignem..... hunc matronæ humilem et sordidæ libidinis ancillariorum vocant.—Id., id.

(3) Infirmita et antiqua est quæ nesciat matrimonium vocari unius adulterium.—Id., III, 16; y los *Césares*, por M. de Campagni.

en los autores clásicos y en ciertos monumentos artísticos que se conservan entre nosotros, comprenderán que no es exagerada la asercion del abate de Feller, cuando dice que *medio siglo solo de Paganismo presenta muchísimos mas escesos enormes, que todas las monarquias cristianas desde que reina en la tierra el Cristianismo.*

Plauto nos ha pintado en seis versos estremadamente curiosos la moral de un hombre de bien de su época; la moral que un padre de familia de los mas severos trataba de inculcar á su hijo. Leedlos, y vereis que nuestras leyes podrian aun hacer que fuera quemado vivo un santo de semejante especie:

..... *Nemo hic prohibet nec vetat*
Quin, quod palam est venale, si argentum est, emat.
Nemo ire quemquam publica prohibet via,
Dum ne per fundum septum facias semitam,
Dum te abstineas nupta, vidua, virgine,
Juventute et pueris liberis, ama quid lubet.

CURCUL., l. V, v. 33 y sig.

Observad que los pecados de este género no se reputan tales sino en cuanto atacan á la propiedad; por consiguiente el hombre que se abstiene de pasar por una *heredad cercada* (*per fundum septum*), se considera irreprensible. Observad tambien que los mas de los esclavos no son otra cosa que una presa de la lubricidad de sus señores, muy inferiores en número á ellos (1).

Para completar bajo el aspecto de las costumbres el elogio de la virtuosa antigüedad, basta citar las cosas que ésta ha elogiado. Ella ha ensalzado hasta las nubes al primer Escipion, porque respetó el honor de una ilustre prisionera, y ha honrado á Cenon con el siguiente elogio: *Adolescentibus abstinuit* (2).

Aceptad, Señora, etc.

(1) *Del Papa*, t. II, p. 465.
(2) *Diog. Laerc.*, lib. VIII. Todavía esto no es exacto.

CARTA IV.

Continuacion de las bellezas de la antigüedad clásica. — En costumbres. — En filosofía. — En historia general y particular.

Roma 31 *de Enero.*

SEÑORA:

No hay en Francia una sola madre de familia, cristiana ó simplemente razonable, que no tiemble al pensar que sus hijos tendrán que separarse algun dia de su lado para ir á concluir sus estudios en París, y ciertamente son muy fundados sus temores. Sin embargo, en punto á costumbres, París no puede compararse á la bella antigüedad, y menos á Atenas y Roma, las cuales son la verdadera reproduccion de Sodoma. Despues de los dogmas revelados no hay verdad mas incontestable que esta; por consiguiente ¿qué sensacion no esperimentareis, y con vos todas las madres, al reflexionar que vais á enviar vuestros hijos á Sodoma? Sé muy bien que se dice para calmar vuestra inquietud, que se cubren con un velo las abominaciones de las referidas ciudades; que se ocultan á vuestros hijos las infamias de los grandes paganos que van á ser sus maestros; pero esto no quita que sea impura la atmósfera en que viven, y que no exhalen ningun olor de vida cristiana y francesa las cosas que ven en el mundo en que habitan, ni los libros en que estudian, ni los ejemplos de los maestros que se les dan.

Todavía no hemos acabado de hablar de las costum-

bres antiguas, las cuales vienen á reducirse á *deleite* y *crueldad*. Bajo este último aspecto la bella antigüedad puede muy bien definirse: *la sed de sangre*. Sed universal que devora igualmente á los hombres y á las mujeres, á los grandes y al pueblo; sed abrasadora, que con nada puede saciarse, y que bastaria ella sola para probar que el Paganismo no fué mas que el reinado del demonio y el *homicidio permanente*. Los Romanos derramaban la sangre como agua, y aquel pueblo feroz hallaba al presenciar este espectáculo un refinado placer, que no vacilaban en comprar aun á costa del honor. Así es que se advierten vestigios de la ferocidad nacional *en los hombres mas eminentes, y aun en aquellos que la historia celebra como mas clementes y humanos*. Julio César mandó matar á sangre fria, despues de la victoria, á L. Ligario, L. César, Afranio y Fausto Sila. Bruto, viéndose embarazado con una porcion de prisioneros que entorpecian su marcha, los hizo asesinar á todos. Germánico gritaba á sus soldados vencedores de los Cheruscos: *Esterminad, esterminad, pues solo obtendreis la paz destruyendo la nacion entera* (1).

Las matronas rivalizaban con los guerreros, y en las primeras gradas del anfiteatro se veian sentadas las vestales y las mujeres casadas. Entre estas últimas nos ha conservado la historia el nombre de Pomponia, hermana política de Ciceron, la cual, teniendo motivos de queja contra un jóven llamado Filólogo, que habia hecho traicion al célebre orador, hizo que Antonio se lo entregára, y despues de hacerle infinidad de tormentos, le obligó á cortarse á sí mismo sus carnes á pedazos, á hacérselas freir despues y comérselas (2).

(1) Dureau de la Malle, *Traduccion de Tácito, discurso preliminar*, p. 135 y sig.

(2) Plut., *In Cicer.*, núm 64.

Este carácter de crueldad se nota en los *mas sábios y virtuosos escritores*. Tácito habla en sus *Costumbres de los Germanos* de sesenta mil Brúcteros que se degollaron á vista del campamento romano, y la idea de semejante espectáculo, de que disfrutaron los soldados del país, hace á Tácito prorumpir en una esclamacion de alegría salvaje.

No eran solos los nobles y los guerreros los que tenian sed de sangre; pues las grandes ruinas que me rodean, prueban que tambien la tenia el pueblo. Veo desde mi cuarto el monstruoso Coliseo, donde durante muchos siglos se vieron millares de hombres devorados por las fieras para recreo de algunos tigres de figura humana. Era tan insaciable la sed de sangre entre los *Quirites*, que el que aspiraba á ejercer cargos públicos, por mala fama que tuviera, podia estar seguro de obtener los sufragios del pueblo rey si prometia dar una funcion de gladiadores. César, que conocia muy bien á aquellos hombres, dedicaba, para hacerse popular, una parte de su fortuna á comprar gladiadores; lo cual le valió el dictado glorioso de *Lanista del pueblo romano*.

A las sangrientas carnicerías públicas se agregaban las particulares. He oido decir, señora, que uno de los cuidados de nuestras amas de gobierno, cuando reciben convidados, es preparar con gusto y disponer con arte los postres del festin; pero otros eran los cuidados de los Romanos y Romanas que daban convites. El uso exigia que al fin de la comida se presentára un par de gladiadores, pues sin ellos no habia ninguna buena: por consiguiente tenian cuidado de comprar un número mas ó menos considerable de estos desgraciados, los cuales se presentaban completamente desnudos en el comedor, para mezclar su sangre con el vino que los convidados habian dejado de sobra.

Un solo hecho os probará hasta qué punto esta san-

grienta costumbre estaba arraigada entre los Romanos. La historia de la Edad media, época de barbarie, como se dice en el mundo literario, habla de un noble cristiano que legó una parte de su fortuna para mejorar la comida de los enfermos de los hospitales; y la de la bella antigüedad refiere que un potentado romano ordenó en su testamento que las mas bellas de sus esclavas se destináran á degollarse unas á otras en su *triclinio*, para rociar con su sangre los festines de sus herederos. Otro tambien legó para igual uso los tiernos objetos de sus infames pasiones (1).

Terminaré este ligero bosquejo de costumbres romanas con dos citas nada sospechosas: «Los Romanos, dice Federico de Prusia, eran en los *venturosos* tiempos de la república los mas sábios *bandidos* de cuantos desolaron la tierra. Ellos conservaban con prudencia lo que adquirian con injusticia; pero al fin le sucedió á aquel pueblo lo que á todo usurpador, y fué que él á su vez se vió tambien oprimido (2).» Voltaire, ridiculizando á los ciegos admiradores de los Romanos, dice: «Todos nuestros recopiladores honran con el título de virtuosos á unos hombres, que en realidad no fueron nunca mas que bandidos animosos y valientes. Todos ellos nos repiten que el lujo y las riquezas llegaron á corromper su virtud, como si mereciera este nombre el saquear las naciones, y como si solo fuera vicio el disfrutar de lo robado. Si han querido componer un tratado de moral, mas bien que una historia, debieron haber inspirado mas horror á las depredaciones de los Romanos, que al uso que hicieron de los te-

(1) Romanos post cœnam gladiatorum paria commitere solitos..... Itaque nonnullos ex amicis ac necessariis et aliis de causis ad cœnam invitant et ac potissimum ut gladiatorum paria duo triave dimicantia conspiciant..... Quidam testamento jussit formosissimas mulieres quas emerat eo pugnæ genere inter se confligere: alius impuberes pueros quos vivus in deliciis habuerat. NICOL. DAMASC., *Hist.*, lib. CX.

(2) *Exámen del Príncipe*, cap. III.

soros robados á tantas naciones como despojaron, unas en pos de otras (1).»

He aquí, Señora, en el *órden de los hechos materiales* el mundo nuevo, en medio del cual han de pasar vuestros hijos los años decisivos de su educacion. Supondreis ahora que ese mundo á que aludo, os presentará en el órden intelectual sobrado fundamento para tranquilizar vuestra solicitud alarmada. Continuemos preguntando á la historia, y pidámosla que nos diga lo que era la bella antigüedad en punto á filosofía.

La bella antigüedad, nos responde, es en materia filosófica el caos, la duda, la incertidumbre, el sí y el no en todas las cosas, la negacion, la contradiccion y la inconsecuencia multiplicadas por sí mismas; la apología de todos los errores y de todos los vicios mezclada con algunas verdades que no han sido halladas por la filosofía; de algunas buenas máximas de humana sabiduría que brillan de vez en cuando en medio de un tejido de principios subversivos, cual perlas en un monton de estiercol, y que no constituian la regla habitual de la vida de ningun filósofo, ni aun de los mismos que las propalaban. «Los filósofos paganos, dice S. Francisco de Sales, predicaban algunas veces la virtud; pero jamás la practicaban. Eran en esta parte como las campanas que tocan á Misa y no van á ella (2).»

Para decirlo de una vez, la bella antigüedad es, en materia de filosofía, la madre de todas las herejías y el laboratorio de todos los errores; es una loca frenética, que parece haberse propuesto no dejar en pié una sola verdad, y es en fin una vieja caduca, que parece haberse encargado de no omitir ningun absurdo, por enorme que

(1) *Reflexiones sobre el modo como está escrita la historia.*
(2) *Espir.*, t. II, p. 10, sect. XIV.

sea, sin apropiárselo ni defenderlo: *Nihil est tam absurdum*, decia Ciceron, *quod non dicatur ab aliquo philosopho.*

En historia general la bella antigüedad es por escelencia la supresion absoluta de Dios y de su gobierno en las cosas de este mundo. Al paso que en la historia bíblica aparece Dios como agente de todos los sucesos y como dispensador único de los bienes y de los males, la historia clásica no reconoce al Criador, y el mundo, segun ella, es eterno; no reconoce tampoco la revelacion, suponiendo que la ciencia lo ha descubierto todo, y cree que el hombre se ha hecho lo que es.

Preséntale primero salvaje, removiendo la tierra con sus manos para proporcionarse un mezquino alimento; llama luego á sus semejantes por medio de signos inarticulados, y despues de haber aprendido á tenerse de pié y á hacer uso de sus manos, edifica cabañas y hace vestidos con que cubrirse; inventa en seguida el lenguaje, la sociedad y la moral, y crea un órden de cosas en el que, como señor absoluto, no depende sino de sí mismo. No pregunteis á la antigüedad cuál es el fin último de los pueblos y de las sociedades, ni qué medios han de emplear para ponerse en armonía con sus destinos: pues tanto en esto como en todas las cuestiones de la filosofía d la historia, permanece siempre muda.

En historia particular la bella antigüedad es por lo comun la mentira, la credulidad y el espíritu de partido, colocados en el lugar de la verdad y de la justicia; el panegírico perpétuo de la patria del autor y la denigracion de todos los demás pueblos; la falta de elevacion del pensamiento, circunscrito á la narracion material de los hechos é ignorante de la accion suprema de la Providencia.

Oigamos ahora á algunos testigos. «En punto á historia la Grecia es una embustera, dicen secamente los Romanos; no admira mas que á sí misma, ni tiene mas ala-

banzas en sus labios que las suyas propias: conculca igualmente la religion y la buena fe, y no merece confianza alguna (1).»

A los ojos de los Romanos sus propios historiadores no les merecen mucho mas crédito. Segun Asinio Polion, los Comentarios de César están llenos de inexactitudes y de mentiras. Quinto Curcio escribió mas bien una novela que una historia, segun sus mismos admiradores. Tertuliano no teme calificar á Tácito de solemne impostor: *mendacissimus*. Leed sus Anales, y podreis apreciar su erudicion y buena fe tratando de los cristianos y judíos que hacia dos siglos se hallaban en Roma, y abrian á todos sus libros traducidos al griego (2).

Oigamos ahora á Voltaire, por lo que respecta á los demás historiadores romanos: «La historia de Roma, dice, está aun por hacerse entre nosotros. Podia muy bien perdonarse á los historiadores romanos el ilustrar los primeros tiempos de la república por medio de fábulas que no era permitido trascribir ni refutar. Principian ellos diciéndonos que Rómulo, despues de haber reunido 3,300 bandidos, edificó la ciudad de Roma de 1,000 pies cuadrados, los cuales apenas bastarian para dar cabida á dos casas de labranza cuanto menos á 3,300 hombres. ¿Cuáles eran los llamados reyes de aquella reunion de bandidos? ¿No eran por ventura unos verdaderos jefes de ladrones, que ejercian un poder tumultuoso en union con una pequeña cuadrilla feroz é indisciplinada? ¿No debe, pues, hacerse notar, al escribir la historia antigua, la grande diferencia que hay entre aquellos capitanes de bandoleros y los verdaderos reyes de una nacion poderosa?

(1) Et quidquid Græcia mendax audet in historiis. *Juv.*—Græci, qui sua tantum mirantur. *Tacit.*—Genus hominum in suas laudes effusissimum. *Plin.*—Testimoniorum religionem et fidem numquam gens ista coluit. *Cic.*, etc. etc.

(2) Mr. Vervorst, *ubi supra*, pág. 163.

»Todos los sucesos romanos, hasta el tiempo de Pirro, son, generalmente hablando, tan insignificantes y oscuros, que fué preciso realzarlos por medio de prodigios increibles ó por hechos inverosímiles, principiando por la aventura de la loba que dió de mamar á Rómulo y Remo, siguiendo por la de Lucrecia, la de Clelia y la de Curcio, y concluyendo por la supuesta carta del médico de Pirro, que, segun se dice, ofreció á los Romanos envenenar á su señor (1).»

Ninguno contribuyó tanto como Tito Livio á confirmar estas fábulas romanas, cuya nomenclatura sería muy fácil prolongar. «La política sabia y debia sacar partido de este poderoso recurso: por eso Tito Livio y los demás historiadores se consideraban obligados á no atestiguar lo que creian, *y no se cuidaban de desengañar á nadie* (2).» No se contentó con esto Tito Livio, sino que llegó tambien á desnaturalizar la verdad. Constante admirador de los Romanos, exagera siempre sus hazañas, sus victorias y virtudes, disimulando al propio tiempo sus vicios y sus defectos (3).»

Y aunque la supongamos verídica, ¿qué viene á ser la historia de la bella antigüedad? ¿Por qué razon es materia constante de los estudios clásicos? Entre los acontecimientos que refiere, las formas sociales que preconiza, las ideas que ensalza, y el desarrollo intelectual y moral de un jóven cristiano y francés del siglo XIX, no hay punto alguno de semejanza. En la Grecia la historia forma en general un espectáculo monótono de veinte pequeñas repúblicas, orgullosas, envidiosas, egoistas, disipadas, preconizadoras de la libertad y ansiosas del despotismo, en guerra siempre unas con otras y consigo mismas, que se injurian, se saquean, se baten y degüellan por

(1) *Reflexiones sobre el modo de escribir la historia*, etc., ubi supra.
(2) La Harpe, *Curso de literatura*.
(3) Rollin, *Historia romana*.

cortesanas. La causa de la guerra de Troya y del Peloponeso fueron dos mujeres; Helena y Aspasia.

La historia romana ofrece por espacio de cinco ó seis siglos la narracion fastidiosa de los zelos y luchas incesantes de los patricios y plebeyos; de hechos de un republicanismo salvaje; de guerras mas ó menos justas y siempre bárbaras, seguidas de triunfos, en los que el orgullo iba unido á la crueldad, sin que apenas un rasgo de humanidad venga á aliviar el ánimo fatigado del niño cristiano, y á infiltrar en él los nobles sentimientos de que debe estar adornado.

No quiero yo dar á entender con esto que sea malo el estudio de la historia del Paganismo: lo que digo es que ninguna razon hay que pruebe la necesidad de su estudio en los primeros años de la juventud, cuando para ella puede ser orígen de seducciones y de falsos juicios, y cuando puede estudiarse en edad en que ofrezca menos peligro y sea mas provechosa. Escuso, señora, repetíroslo: yo no proscribo la historia del Paganismo, así como la Iglesia no proscribe los autores paganos, ni proscribe el opio y los licores de que se abusa, y así como Dios no proscribe las sustancias venenosas.

Prescindiendo de algunas verdades que contienen y sirven para atestiguar la divinidad de nuestra fe, los libros paganos son la historia del hijo pródigo escrita por él mismo, y hay que tener cuidado de no perderla. Así como la justicia conserva los procesos de los que ha condenado como reos, y cuando algun acusado comparece ante sus tribunales, sabe por este medio sus delitos anteriores, así la Iglesia no ha querido que se quemáran esos archivos de la justicia divina. «El eclecticismo, el panteismo, el materialismo y el racionalismo, que tan soberbio se muestra hoy dia, es un envenenador que comparece vigésima vez en el banquillo de los acusados, dis-

frazado con nombres nuevos, y bueno es que se sepa su historia. Esto esplica y disculpa la tolerancia de la Iglesia. Sin Tibulo, Ovidio, Propercio, Cátulo, Tácito y Juvenal no creeriamos en el grado de abyeccion á que llegó el siglo de Augusto, ni apreciariamos cual se merece el beneficio de la Redencion. Los paganos subsisten, como los judíos, para testigos de Jesucristo, y sus continuadores y admiradores se ven confundidos al traer á la memoria estos antecedentes: *Jacent ii testibus suis.*»

Estudiémoslos, pues, pero no olvidemos nunca que cada cosa tiene su tiempo: *Omnia tempus habent.*

Aceptad, señora, etc.

CARTA V.

Continuacion de las bellezas de la antigüedad clásica. — En literatura general. En elocuencia. — En poesía. — En artes. — En virtudes. — Razon y valor de los elogios de la bella antigüedad.

Roma 1.° de Febrero.

SEÑORA:

En mi carta de ayer creí terminar el cuadro de las bellezas de la antigüedad clásica; pero como son tan numerosas, debo todavía dedicar á consignarlas la que hoy os escribo. Continúo, pues, sin mas preámbulos.

¿Es cierto que la antigüedad clásica es incomparablemente bella en materia de literatura general? La historia acaba de decirnos que la bella antigüedad es una dilatada disipacion de la humanidad degenerada, y una época de lágrimas y sangre. Si es cierto que la literatura no es ni puede ser mas que la espresion del hombre y de la sociedad, dejo á vuestra consideracion lo que puede pensarse de la literatura antigua, *considerada en conjunto.*

Digo considerada en conjunto, porque es indisputable que los autores paganos tienen páginas muy bellas y escelentes. Muchos de ellos habian recibido muy buenos dones naturales, de los que no siempre hicieron mal uso. Repito, pues, que aquí hablo de la literatura pagana tomada en su conjunto. Siendo, pues, la sociedad pagana, y sobre todo la gran ciudad de Roma, lo que todos sabemos (*meretrix magna*), las formas literarias, por buenas

que se supongan, no son ni pueden ser, hablando en general, mas que una brillante gasa tendida sobre una cloaca ó arrebol aplicado al rostro de una cortesana. Ahora bien: la inmundicia, por mas que se perfume, no deja de ser inmundicia.

La literatura bíblica es un homenaje perpétuo, un cántico de agradecimiento al Dios criador y monarca del universo. La literatura pagana, por el contrario, glorifica el mal, la guerra, la discordia y la efusion de sangre; inventa las palabras altisonantes de gloria, victoria, triunfos y trofeos; cubre de púrpura los campos de la matanza, ensalza á los hombres que mejor y mas ámpliamente llevan á cabo la obra satánica de esterminacion, dándoles el dictado de héroes, conquistadores y semidioses, estimulando por medio de esta brillante recompensa á todos los verdugos de la raza humana.

Emplea tambien otro agente destructor mas terrible todavía, el deleite; presenta sonriendo el brevaje homicida en una copa de oro de bordes de miel; es la gran cómplice de todos los atentados contra Dios y la humanidad, y la sirena corruptora, á la que Satanás, príncipe de este mundo, adorna con todo género de seducciones. Ella ultraja á Dios á su antojo, uniendo su nombre adorable á la madera y á la piedra, al animal estúpido, á la planta, á todos los vicios personificados, á todos los misterios infames y á todas las impurezas de la tierra y del infierno (1).»

Tal es la literatura pagana considerada en su conjunto, que dió lugar al siguiente dicho de S. Gerónimo: «La filosofía, la poesía y la elocuencia paganas son pasto de los demonios: *Secularis philosophia, carmina poetarum, rethoricorum pompa verborum, cibus dæmoniorum.*

(1) M. Vervorst., p. 51.

En elocuencia la bella antigüedad es ante todo el culto de la frase, el deseo de la gloria y el prurito de hablar. «La arenga se empleaba en todas ocasiones, en todo género de asuntos, en la vida de familia y en la vida política.» Germánico, próximo á morir, arengó á sus amigos, y Séneca dirigió á Neron una arenga en toda regla para pedirle su retiro, á la cual contestó Neron en estos términos: «No temo contestar sin estar preparado á un discurso meditado durante largo tiempo, etc.» El retórico Albucio arengó á sus amigos antes de suicidarse. El abogado romano era un fabricante de palabras, que vertia sofismas con elegancia, que injuriaba con frases poéticas, que enviaba con gracia á su adversario á los dioses infernales, que proferia maldiciones armoniosas, y que lloraba en la peroracion (1).

La elocuencia pagana, considerada en sí misma, es tersa como el mármol y fria como el hielo: carece de uncion, porque carece de humildad y de caridad, y emplea formas que no pueden adaptarse á los pueblos modernos. ¿Quién sufriria hoy en un orador el tono de Ciceron ó de Demóstenes?

En poesía la bella antigüedad es la personificacion del hombre degenerado con todas sus pasiones y de los dioses con todos sus vicios; ó la descripcion materialista de las bellezas del mundo físico; ó bien el cuadro ridículo y comunmente obsceno de las metamorfósis fabulosas, verdaderos cuentos propios para hacerle á uno dormirse de pié; ó el canto de la incredulidad y de la venganza; ó la adulacion de los grandes y la deificacion de la fortuna; ó la representacion de crímenes espantosos, de situaciones forzadas y sentimientos exagerados; ó la enseñanza de una filosofía meramente humana; ó la invitacion á gozar de la

(1) De Champagny, *Los Césares*, t. I, p. 211.

vida y á satisfacer todas las inclinaciones de la naturaleza, inclusas las mas vergonzosas.

«La poesía, dice un crítico grave, se ha inventado para honrar á Dios, y los primeros que hicieron uso de ella la emplearon solo en cantar sus alabanzas; pero habiendo los hombres erigido sus pasiones en divinidades, los poetas sacrificaron á estas sus pasiones, inventaron un *nuevo sistema* de poesía, sustituyeron á la verdad la mentira; y conociendo que despues de semejante licencia les era todo permitido, creyeron que si podian entonar las alabanzas de sus dioses y celebrar sus amores brutales, odios y debilidades, les sería tambien permitido hacer su propio elogio y publicar sus amores y enemistades.

»Como que ellos se han erigido en maestros del arte, han querido persuadirnos por su práctica y por las reglas que han establecido, que no hay verdadera poesía sin fábulas y sin amores. Hallándose conformes todas estas alteraciones con las corrompidas inclinaciones del hombre, lejos de hallar obstáculo para establecerse en el mundo, se fueron afianzando cada vez mas, á medida que el género humano se iba civilizando; de manera que podemos decir que los siglos mas florecientes, fuera de la religion y del culto de Dios, fueron aquellos en que la poesía estuvo plenamente corrompida, contribuyendo mas que ninguna otra cosa á difundir y fomentar la idolatría y á hacer reinar en el corazon humano muchas clases de espíritus inmundos (1).»

En artes la bella antigüedad es lo mismo que en literatura. Para juzgarla bien, es preciso estudiarla aquí en los museos de Roma ó en los frescos de Pompeya. La carne que se ve y la que no se ve, es la que las inspira siempre. Si el arte no tiene mas objeto que copiarla; si

(1) *Juicio de los sábios*, t. IV, parte I, pref., p. 108. Edicion en 12.°

el taller del artista es un anfiteatro de anatomía; si la cortesana de hermosas mejillas, como dice Homero, se considera como el verdadero tipo de la belleza (1), y si las legítimas exigencias del arte consisten en obligar al artista á saciar sus ojos en la contemplacion de desnudeces para esponerlas luego á la vista del público, habrá entonces que encomiar el arte greco-romano, pues ningun otro reune esas condiciones, ni nunca se ha presentado mas al descubierto y con menos decoro y pudor que en la bella antigüedad aquello que hasta entre los mismos salvajes ha querido siempre la decencia tener encubierto.

El arte antiguo, pues, es mas bien la verdadera profanacion del arte mismo, y los artistas fueron, en union con los poetas, los corruptores mas activos de las costumbres públicas, y sus obras presentadas en el siglo de Augusto á la vista de todos, debilitaron la idea del pudor hasta el punto de convertir en escollos de la juventud los ornatos de los templos y habitaciones, segun lo demuestran infinitos monumentos de todos géneros. Propercio, testigo nada sospechoso, hace notar esta desastrosa influencia, y maldice el arte corruptor de las vírgenes, cuyos ojos hace cómplices de su perversidad (2).

En punto á virtudes, la antigüedad greco-romana es, segun sus panegiristas, incomparablemente bella, pues la creen madre de los grandes hombres y héroes que escitan la admiracion de los siglos: *Tuvo*, dicen, *virtudes de que nuestro siglo no es capaz* (3). Esto, señora, se dice en la actualidad á quinientos mil jóvenes europeos.

(1) Léese en Ateneo, lib. XIII, p. 588: «Adeo porro formosa Laïs fuit, ut pictores illam adirent, ubera petusque delineaturi.» —Frine servia de modelo á su amante, el *divino* Praxiteles, para sus estátuas de Venus.

(2) Lib. II, *eleg. VII*, v. 27–34; Valckenaer, *Vida de Horacio*, t. I, p. 123.

(3) Balzac, *Revol.*, lib. IX, p. 135.

Hablemos primeramente de los héroes antiguos, y estudiemos su número, calidad é importancia. Nadie se admira de ver flores en la primavera y frutas en el verano; pero si bajo una espesa capa de nieve vemos brotar flores en el invierno, ú observamos que un árbol cubierto de témpanos de hielo da un fruto suculento y lozano, todos nos admiramos, y desde luego tenemos buen cuidado de consignar tan estraordinario fenómeno en los fastos de la historia natural. Lo que acontece en el órden de la naturaleza tiene tambien lugar en el órden moral. Todos hablan con énfasis de las heróicas virtudes de Escipion, Régulo, Cincinnato, Fabricio, Caton y otros astros del cielo pagano, y los admiradores del heroismo de los antiguos en nada aprecian el heroismo cristiano que á cada momento hallan en infinitas personas.

Para un Escipion que respeta á una mujer, tenemos millones de cristianos que conservan, no solo sus cuerpos, como Escipion, sino tambien sus almas, libres de toda impureza. Para un Cincinnato, pobre en medio de la gloria y de los honores, tenemos millones de hombres y mujeres, que habiendo sido opulentos, renunciaron á todo y abrazaron la pobreza por amor á Jesucristo. Para un Régulo (1) que se presenta á arrostrar espantosos suplicios antes que faltar á su palabra, tenemos millones de mártires, hombres, mujeres, niños y tiernas doncellas, que llegaron á cansar al infierno, empeñado en atormentarlos con toda la rabia y furor de que es capaz.

Sin ir, señora, mas lejos, y puesto que es una verdad palpable, diremos que por cada héroe del Paganismo tenemos millones de héroes cristianos; que los primeros fueron fenómenos estraordinarios en medio de la corrupcion universal, al paso que los segundos son comunes

(1) Cuya historia es dudosa.

en la Iglesia, y pueden considerarse como frutos de toda estacion en el jardin del Señor; que aquellos pasaron, sin que de ellos haya quedado mas que lo que plumas elocuentes escribieron acerca de los mismos; mientras los héroes cristianos viven en la memoria de los pueblos, por mas que su vida se haya escrito en libros que causan repugnancia á los sábios y literatos del siglo. Esto por lo que hace al número.

Por lo que respecta á la calidad, Dios me libre, señora, de comparar los héroes paganos con los del Cristianismo. La historia nos enseña que los mas celebrados entre los primeros fueron los menos dignos de aquel nombre. No enumeraré ahora los vergonzosos vicios de un Caton, tipo de la moral pagana, ni de un Ciceron, el mas eminente de los filósofos del Paganismo, ni en general de todos aquellos hombres tan encomiados, pues pronto conocereis detalladamente la biografía de todos. Todos saben que difícilmente se halla entre los mejores de todos ellos una sola virtud sin ir acompañada de infinitos vicios, y que sería mucho mas fácil hallar en el simple pueblo pagano actos de verdadera virtud natural, que en aquellos pretendidos grandes hombres que publicaban por todas partes sus acciones, y que se hacian elogiar por sus parásitos y aduladores. Esto por lo que hace á sus cualidades.

Por lo que respecta á su importancia, quiero conceder que fueran los gigantes del Paganismo; pero, como suele decirse vulgarmente, *en tierra de ciegos el tuerto es rey*. En efecto, ¡cuán pequeños son los héroes paganos comparados con los del Cristianismo! Los que entre los primeros parecian tocar con la cabeza en las nubes, no son mas que enanos y pigmeos al lado de los cristianos, y no habria madre católica que no se creyera humillada si su hijo fuera solo un héroe pagano.

Pasemos de los héroes á los hombres simplemente virtuosos. Para caracterizar con una sola espresion las virtudes de los paganos, puramente humanas y naturales, basta decir que nunca pudieron guiar á ningun hombre á su fin último (1). Así que la virtud pagana, por celebrada que sea, es ante la virtud cristiana lo que la sombra ante la realidad: «Es, segun palabras de S. Francisco de Sales, la luz que despide la luciérnaga comparada con la del sol; pues las virtudes paganas solo merecen el nombre de tales cuando se comparan con los vicios, pero de ningun modo cuando se ponen en parangon con las de los verdaderos cristianos (2).»

Además, señora, para quien conoce la flaqueza humana, ¿qué pueden ser las virtudes de los paganos, de aquellos hombres que tenian la orgullosa pretension de ser virtuosos sin la ayuda de Dios y por sus propias fuerzas? «Dadme, oh Júpiter, riquezas y vida, que la virtud yo la adquiriré por mí mismo: *Det vitam, det opem, animum æquum mihi ipse parabo.*» ¿Cuál ha sido el resultado de este soberbio lenguaje? ¿Poseyeron los paganos esas virtudes puramente humanas, ó como se dice en nuestros dias, esas virtudes *legas*, que se vanagloriaban de poder adquirir por sí mismos y que tenian precision de practicar *aliqualiter?*

Téngase presente que el acto pasajero, aun cuando sea inspirado por un motivo laudable y no por el genio, el capricho, la vanidad ó el interés, no constituye virtud; pues ésta (hablo de la adquirida) la forma el hábito.

(1) Opera infidelium, quæ tibi eorum videntur bona, non tamen eos ad salutem sempiternam regnumque perducere. S. Aug. *contra Julian.*, *t. X, lib. IV, p.* 1060, *n.* 33; *id.*, *verbo Paganus; id. Enarrat. in psalm.* XXXI, *t. V, p.* 246, *n.* 4; *id.*, S. Thomas, 2, 2.°, *c. IX, X, art.* 4, que añade: Tamen bona opera ad quæ sufficit bonum naturæ aliqualiter operari possunt.

(2) *Tratado del amor de Dios*, lib. XI, cap. X.

Supone, en efecto, contínuos esfuerzos del hombre sobre sí mismo, coronados por medio de victorias duraderas. Ahora bien; hay tres grandes virtudes morales: la humildad, la castidad y la caridad para con el prójimo; y quiero que se me diga qué grandes y constantes ejemplos de humildad, de castidad y de caridad del prójimo dieron al mundo los paganos. Rogad, señora, al director de la casa de educacion á la que vais á enviar vuestro hijo, que os diga cuál fué la caridad, humildad y castidad de Virgilio, Horacio, Ciceron, Salustio, César, Demóstenes, Plâton y de todos los hombres que van á ser maestros de vuestros hijos. El asunto es muy importante, pues ya conoceis el proverbio que dice: *Dime con quien andas y te diré quien eres.*

Un solo rasgo acabará de completar el cuadro de la antigüedad pagana, poniendo en evidencia que fué el reinado del demonio (*princeps hujus mundi*). La humanidad, bajo su influencia homicida, principió por el suicidio del alma; pero como este no está lejos del suicidio del cuerpo, pronto llegó á la gran conclusion práctica del reinado de Satanás. La muerte, despojada de todos sus terrores, se propuso como el bien supremo del hombre. Ciceron autoriza el suicidio; Caton, Demóstenes, Séneca y otros muchos dan ejemplo de él. Plinio lo considera como el bien supremo del hombre, y Lucano reputa ese acto de desesperacion como el colmo de la virtud. El suicidio, pues, se hizo contagioso; unos se suicidaban por temor á la muerte, otros por fastidio de la vida, otros por el deseo de descansar, otros por moda.

Séneca, como si quisiera pintar nuestra época, formada en la escuela de la antigüedad, nos dice lo siguiente: «Hay una singular mania, un capricho de morir y una aturdida inclinacion al suicidio, que hace que unos se quiten la vida porque la desprecian, y otros porque estan

cansados de ella. Muchos se hallan hartos de ver y hacer siempre las mismas cosas, no porque les sea penosa la vida, sino porque les sobra: *Quibus non videre durum sed superfluum.*» Finalmente, el suicidio es un hecho que se discute y se adopta por mayoría de votos, y que es por punto general una de las condiciones esenciales de la bella antigüedad (1). Así debia suceder.

Reemplazando el panegírico con la historia, os he trazado, señora, los principales rasgos del mundo nuevo en el que han de criarse vuestros hijos, y aunque el tiempo no me ha permitido sondear todas las úlceras, la autopsia hecha os demuestra que la obstinacion con que se ensalza la antigüedad pagana es una conspiracion permanente contra la verdad, contra la sociedad y contra la juventud. El mas hábil artificio de Satanás y el mas profundo de todos sus cálculos, es el concierto perpétuo de alabanzas que hace ejecutar en honor de la época en que él reinó como soberano.

Por consiguiente, la verdad indisputable es, que la bella antigüedad fué el reinado del demonio (*princeps hujus mundi*); que éste, hecho á su imágen, fué el reinado de la mentira y de las ficciones, de las falsas luces, de las falsas glorias y de las falsas virtudes (*mendax et pater mendacii*); el reinado de todas las maldades y crímenes (*spiritus nequitiæ*); el reinado de la crueldad y de la soberbia (*spiritus superbiæ, homicida ab initio*); el reinado del deleite y de toda clase de impurezas (*spiritus immundus*); reinado exento de todo bien, porque Dios no estaba en él, y en el cual solo se hallaba el mal, el vicio y los sufrimientos; reinado, en fin, tan abominable, que el Hijo de Dios, los apóstoles y los mártires tuvieron que derra-

(1) Hor., *Satyr.*, lib. II, sát. III, v. 36; Séneca, *Consol. ad Marc.*, 22; epist. 23-70; Tácit., *Annal.*, XI, 37 y XVI, 26; Corn. Nep., *In Attic.*; Suet., *De Rhet.*, 6; Plin. Jun., lib. XII, etc.

mar su sangre para destruirle en el mundo antiguo, así como nuestros misioneros derraman hoy la suya para aniquilarle en los paises en que subsiste todavía. Tal es, pues, despojada de sus oropeles la incomparablemente bella antigüedad, en la cual educa la Europa cristiana á sus hijos.

Aceptad, señora, etc.

CARTA VI.

Situacion de los niños cristianos en medio de los autores clásicos del Paganismo.—Consecuencia de semejante situacion.—Palabras de M. Alloury.—Primeros maestros de los jóvenes latinos: *Epítome historiæ sacræ*.—Papel que desempeña la Sagrada Escritura en la educacion.—El *Appendix de diis*.—Palabras de Napoleon.—El *De viris*.—Proclama italiana.

Roma 2 de Febrero.

SEÑORA:

Conoceis los principales rasgos característicos del mundo nuevo en que vuestros hijos tienen que pasar los años decisivos de su vida, y la bella antigüedad, á pesar de los elogios que se le prodigan, os parece bastante fea y harto malsano el aire que en ella se respira; pero á esto os dicen sus panegiristas: «Los jóvenes escolares estan solamente en contacto con los grandes hombres de aquella época, y todos ellos son modelos de virtudes y oráculos de la sabiduría; tanto que la juventud no solo no pierde nada en su escuela, sino que por el contrario gana mucho.» Busquemos, pues, para calmar vuestra inquietud el verdadero sentido de esta tranquilizadora afirmacion.

Por mas virtuosos que se supongan los grandes hombres de la bella antigüedad, el hecho es que no fueron cristianos, y con esto está dicho todo. Vuestros hijos, pues, van á encontrarse en su escuela en la misma situacion que el niño que pertenece á una familia en la que el padre y la madre profesan religiones distintas, y que al

principiar á hacer uso de su razon, ve que su madre ora y su padre no; que la primera le habla de Dios, y el segundo jamás se le mienta; que aquella frecuenta las iglesias, y éste no pone jamás los piés en ellas; que la una se confiesa y comulga, y el otro no hace nunca nada de esto; y que á pesar de todo, oye decir que su madre es una mujer piadosa, y su padre un completo hombre de bien.

El desgraciado niño, impelido en contrarias direcciones por tan opuestos dichos y ejemplos, no sabe qué pensar ni á qué atenerse; la duda principia á turbar su fe, hasta entonces tan completa é ingénua, y aunque desde luego no llega á creer que la religion sea falsa, supone al menos que puede no ser tan necesaria como ha pensado; y en todo caso opina porque si es indispensable para los niños y las mujeres no lo es para los hombres, puesto que sin practicarla, pueden ser como su padre muy honrados, pasar por tales, y como tales ser muy respetados en el mundo. Vos conoceis, señora, y con vos millones de madres de familia, la conclusion práctica de este raciocinio, que no por ser instintivo deja de ser completamente lógico.

Tal será, señora, exactamente la situacion de vuestros hijos en la escuela de los grandes hombres de la antigüedad. Al lado de su sala de estudio verán la capilla, en la que tendrán precision de entrar cada dia, ó cuando menos una ó dos veces á la semana, y en ella verán á su superior, profesores ó capellan celebrar la Misa, y oirán repetir en el púlpito que el Cristianismo renovó todas las cosas; que la religion cristiana es verdadera, necesaria y superior al politeismo; que es la madre del heroismo y de la virtud, y el fundamento de la felicidad de las sociedades y de los indivíduos.

Vuestros hijos pasarán luego desde la capilla á la clase, y allí oirán á sus venerables maestros hablarles con admiracion de la bella antigüedad, de sus artes, luces y

civilizacion, y del heroismo y virtudes de sus grandes hombres, los que, á las cualidades del corazon, unen las glorias del genio. En prueba de su conviccion, darán á sus discípulos por libros de estudio los escritos de los paganos, diciéndoles: estas son las obras maestras del ingenio humano, y fuera de ellas todo es mediano ó bárbaro, lo mismo en pintura y arquitectura, que en poesía y en elocuencia.

Los discípulos dirán entonces por lo bajo: luego el Cristianismo no renovó todas las cosas, ó si las renovó, no fué para perfeccionarlas, sino para degradarlas. La antigüedad produjo todos los mas grandes genios y los mas eminentes artistas, y el Cristianismo solo medianías. ¿Es, pues, tan cierta como se nos asegura la divinidad de esa religion? ¿Es cierto sobre todo que sea necesaria? La bella antigüedad no creia en el Cristianismo, ni oia Misa, ni se confesaba, ni ayunaba, ni comulgaba. Ciceron, Horacio, Tito Livio, Arístides, Epaminondas y todos los demás hombres notables del Paganismo, no eran cristianos, y esta circunstancia no impidió que la bella antigüedad fuera lo mas sublime de cuanto ha habido en el mundo, y la época mas brillante y de la mas completa civilizacion, ni que los hombres antiguos fueran unos varones sobresalientes y justos, *cuyas reliquias tenemos necesidad de adorar*. La religion cristiana no es, pues, tan necesaria como se dice, y si el mundo se pasó sin ella durante dos mil años, no hay razon para que hoy le sea indipensable.

Ya podreis comprender la impresion que tan terrible sofisma hará en el ánimo de los niños en la época en que principian á germinar las pasiones.

Es muy de temer que, ya que no lleguen á la incredulidad en materia de dogmas, se contenten la mayor parte de ellos en la práctica con las virtudes de los grandes hombres de la antigüedad, y que digan con uno de

sus compañeros: «Sócrates, Zenon, Ciceron y Séneca profesaron principios de la mas sana moral. Entre esta y la cristiana, entre la moral de Sócrates y la del Evangelio, no hay diferencia alguna esencial y característica. La moral de Sócrates es la moral humana por escelencia, la moral de este mundo y de esta vida; la moral del Evangelio es la moral sobrehumana y la moral de otro mundo y otra vida. La una tiene por objeto la virtud lega; la otra la perfeccion mística; aquella forma hombres, ésta santos. ¿Está escrito por ventura que todos los hombres sean vasos de eleccion? No, pues el Evangelio mismo nos dice que son muchos los llamados y pocos los escogidos.» De aquí se deduce que los deberes y virtudes legas son para los legos, y para los místicos los deberes y virtudes místicas (1).»

Dirigid, señora, la vista en torno vuestro, y examinad cuál es la conducta que en general observan las clases literarias. Pero no es esto solo, pues como vamos á demostrar, los grandes hombres de la antigüedad, incapaces de enseñar á la juventud las virtudes *místicas*, es decir, las virtudes cristianas, tan necesarias para las sociedades como para los individuos, no son tampoco en su conjunto modelos formales de virtudes puramente *legas*.

La primera obra latina que espera al niño al entrar en el colegio, es el *Epitome historiæ sacræ*, la cual al menos no es pagana; pero ahora vais á ver, que como dice el proverbio, por todas partes se va á Roma. Despues de haber recorrido este pequeño compendio de historia sagrada, escrito en buen latin del siglo XVIII, época en que, dice el P. Judde, jesuita, costaba gran trabajo á los mas hábiles profesores formar un tema *que valiera alguna cosa*, entran ya vuestros hijos en la bella antigüedad

(1) Mr. Alloury, en el *Diario de los Debates* del 30 de Abril de 1852

para no salir de ella nunca. Despues de haber visitado la Palestina, la Mesopotamia y demás lugares célebres de Oriente, en los que han oido hablar al Dios de Adan, de Noé, de Abraham, de Isaac y de Jacob, se les hace pasar, por via de recompensa, al *Appendix de diis et heroibus poeticis*.

Esta obra los conduce al Olimpo, en el cual ven obrar y oyen hablar á Saturno, á Júpiter, á los dioses y diosas y á los padres y madres de los héroes griegos y romanos, comparables por el brillo de sus acciones prodigiosas á los patriarcas y profetas. Háceles despues bajar á Grecia y Roma, puntos ilustrados por la presencia de dichos dioses y héroes, y allí estudian sus genealogías, sus obras y las de sus gloriosos adoradores, referidas en el *Epitome historiæ græcæ*, y en el *De viris illustribus urbis Romæ*.

«Para los principiantes viene á ser todo esto un resúmen completo de la antigüedad. La historia sagrada abre, á no dudarlo, el panorama; pero aparece en un punto de vista tan lejano, que viene á ser como un mito mas allá de los tiempos heróicos y fabulosos, y se presenta como si dijéramos para llenar un vacío en una época anterior á todo documento; de modo que la Biblia parece haber sido llevada, á traicion como Abel, á ese terreno clásico, para ser en él la víctima vilipendiada. ¿Cuál es, en efecto, la medida de la importancia de una doctrina en el ánimo de un escolar? La importancia que se le da en las aulas, y el grado de desarrollo intelectual en que se la coloca en la escala de los conocimientos. Ahora bien; la *Historia santa* y el *Epitome historiæ sacræ* se relegan, al principiar los estudios, al desden y al olvido. La sagrada Escritura sufre en esto un ultraje, y mas vale no figurar en un festin, que ocupar en él un puesto que á uno no le pertenece (1).»

(1) M. Vervorst, p. 80.

Pero volvamos al *Appendix*, cuyas obscenidades son capaces de chocar aun á los que frecuentan los teatros del *Ambigú* y de la *Porte-Saint-Martin*. En las setenta y seis páginas de que el referido librito se compone, no se habla mas que de hechos *divinamente infames*, y vuestros hijos, señora, aprenden en él, tal vez en vísperas de su primera comunion, bajo cuántas formas y cuántas veces fué Júpiter adúltero; cómo robó su hermano á Proserpina; cómo hilaba Hércules á los piés de Onfalia, vencido por el Amor; las relaciones impúdicas de los dioses y semidioses, y las aventuras de Teseo y Ariadna, de Edipo y Yocasta, de Helena y Páris, de Agamenon y Briseis y otras «aventuras variadas y dramáticas, que vienen á ser gratos emblemas para las almas sensibles,» como se dice en la edicion espurgada de 1851; y todavía hay valor para añadir: «Preciso es reconocer el servicio positivo que se hace á la infancia al poner á su alcance esa mitología atractiva.»

La educacion clásica le hace otro tambien, pues desde el Olimpo la conduce á la Grecia, y el *Epitome historiæ græcæ* enseña á los niños que los Griegos, que adoraban y hasta procuraban imitar á los dioses y diosas, cuya edificante historia se le hace estudiar, fueron célebres y grandes. «Virtudes civiles y militares, sábia administracion, conquistas, victorias, gloria en las artes, todo lo poseian aquellos Griegos que prescindian del verdadero Dios. Vivian para sí, independientes y despreciando toda autoridad, y por este medio llegaron á ser la primera nacion del mundo. ¿Hemos tenido nosotros su grandeza? ¿Estamos ciertos de que debemos algo al Cristianismo? Todas las religiones parecen buenas; y si los sacerdotes de nuestros dias *predican por la suya*, los de otros tiempos hicieron sin duda lo mismo (1).»

(1) M. Vervorst, p. 83.

El *De viris* viene despues del *Epitome historiæ græcæ* y conduce vuestros hijos á la antigua Roma, en la cual se ven rodeados de una pleyada de *hombres ilustres*, cuya fama é importancia cuidan bien de realzar sus maestros. Ya se les da á conocer al ilustre Rómulo amamantado por una loba, jefe de bandidos y asesino de su hermano; ya al celebrado Numa, padre de la idolatría romana y confidente de la ninfa Egeria, que autorizó en sus leyes el divorcio, la promiscuidad y el infanticidio; ya al renombrado pueblo de Roma, que despreciando la fe jurada, roba las hijas de los Sabinos, y quieran ó no, las toma por esposas; ya al ilustre Escévola, que por odio á los tiranos se quema heróicamente la mano en un fabuloso brasero; ya al célebre Bruto, «romano notable por su amor á la libertad, que no vacila en condenar y enviar al patíbulo á sus propios hijos por haber conspirado para restablecer en el trono á los Tarquinos (1);» ya, en fin, otros infinitos hombres ilustres cuyas acciones, reales ó imaginarias, estan por lo comun muy lejos de ser ejemplos de virtudes, ni aun de las meramente legas.

Lo que los jóvenes colegiales vienen á sacar de ese contacto con los ilustres personajes de la antigua Roma, es el amor á la república, el odio á los reyes, la aversion instintiva á la autoridad, calificada con el nombre de tiranía; aversion feroz, que hoy tiene atemorizada á la Europa; que mil veces ha sido negada en su orígen, y que otras tantas se ha afirmado en él del modo mas convincente. Dignaos añadir el siguiente hecho, que es, por decirlo así, de ayer, á todos los demás referidos en la *Revolucion*.

Proclama al ejército napolitano. — «Hermanos: de vuestras filas salió el valiente que en nombre de la Italia

(1) *Diccionario de Bouillet*, obra clásica en todos los colegios.

se sacrificó por salvar la patria. Mucio Escévola, que se lanzó sobre Pórsena, no fué superior á Agesilao Milano. Ambos erraron el golpe, si bien Pórsena era un valiente, y Fernando es un vil cobarde. El primero perdonó la vida á Escévola y alzó el sitio de Roma; el segundo, por el contrario, hizo levantar un cadalso para Milano, diezmó vuestras filas é inundó de nuevo luto el país. La historia agradecida no sabe cuál fué mas grande, si Pórsena ó Escévola; pero nadie pondrá en duda que Fernando *Capeto* es un cruel y atroz tirano. Soldados, Milano os ha legado una formidable herencia; recogedla pues, ofreced un holocausto á su sombra, y librad de un solo golpe á la patria de tan grande tiranía. La Italia os llamará sus hijos muy amados, y el mundo entero admirará vuestros hechos sublimes. — *Los Italianos de las Dos Sicilias.*»

Que tengan esto muy presente los reyes, y que los padres y madres de familia que tengan oidos para oir, oigan.

Aceptad, señora, etc.

CARTA VII.

Nueva estancia en la Grecia. — Los hijos de los cristianos en la escuela de los grandes hombres de aquel país. — Elogio histórico de Cornelio Nepote. — De Milciades. — De Epaminondas. — De Aristides. — De Temistocles. — De Licurgo. — Dos palabras acerca de Plutarco.

Roma 3 de Febrero.

SEÑORA:

Vuestros hijos, despues de haber adquirido una idea general de los dioses y hombres de la antigüedad greco-romana por medio del *Appendix de Diis*, del *Epitome historiæ græcæ*, y del *De viris illustribus urbis Romæ*, van á principiar otros estudios mas profundos; y al efecto, tomándolos la educacion por la mano, los lleva de nuevo á la Grecia, y para familiarizarlos con los grandes hombres de aquel país, se los confia á *Cornelio Nepote*.

La historia solo ha conservado algun que otro detalle acerca de la vida de este nuevo maestro de la juventud cristiana. Debió ser sin duda muy pura, cuando el grave historiador Rollin nos dice: «Lo que para mí merece grande estima en Cornelio Nepote es su inclinacion especial á los elevados principios de honor, probidad y virtud (1).» Sí, en el papel, pues Plinio el jóven nos dice que Cornelio Nepote fué autor de ciertos escritos que ruborizaban á los mismos romanos (2).

(1) *Historia antigua.*
(2) Epistola 3.ª, lib. V.

De todos modos el niño cristiano aprende en la escuela de Cornelio Nepote á admirar y venerar á Epaminondas, Aristides, Alcibiades, Temistocles, Licurgo, Solon, Pericles y sus dignos émulos, especies de gigantes de la virtud, á los cuales apenas se atreve á mirar, y de los que no habla jamás sin decir: *nunca hubo hombres del temple de estos* (1).

Fiel ante todo Cornelio á sus grandes principios de virtud, pone gran cuidado en *formar* las ideas de sus discípulos, dándoles una nocion de la moral del país en que habitan. Al efecto les enseña que todas las religiones son buenas; que la moral es una institucion puramente humana, que varía segun los grados de longitud, y que los sábios, al propio tiempo que practican la de su país, deben abstenerse de criticar la de los demás. Lo decoroso y lo indecoroso, el bien y el mal dependen de lo instituido por nuestros abuelos, tanto que lo que es infamatorio entre los Romanos, es honroso entre los Griegos. Así, pues, en la Grecia era tanto mas aceptable cierto género de amor, cuanto mas generalizado estaba; y en Lacedemonia no habia viuda, por noble que fuera, que no traficára con su cuerpo, sin perder nada de su consideracion. Por el contrario, la mayor parte de las cosas que son gloriosas entre los Romanos, son ignominiosas entre los Griegos: «*Non eadem omnibus honesta atque turpia, sed omnia majorum institutis judicari... Laudi in Græcia ducitur adolescentulis quamplurimos habere amatores, etc.* (2)

¿Qué os parece, señora, de esta leccion de catecismo dada á vuestros hijos por Cornelio Nepote, el hombre de los grandes principios de honor y de virtud?

Al conocimiento de las cosas sucede el de las perso-

(1) *La Revolucion*, t. V, pág. 101.

(2) Prefacio. Véanse las ediciones *espurgadas* de 1852.

nas. Milciades es el primero cuyos relevantes hechos deberán admirar vuestros hijos. ¿Cuáles son sus méritos? Hélos aquí: 1.° Los Atenienses, corsarios del Archipiélago, ó argelinos de su época, tuvieron necesidad de establecer una factoría, por decirlo así, en los dominios del rey de Persia, y Milciades fué su cónsul. El referido monarca confia un cargo á su lealtad, y él propuso un medio para hacerle perecer. «El plan no se realizó, pero no por eso deja de merecer nuestros elogios,» dice el honrado Cornelio Nepote (1). 2.° Irritado Darío por las piraterías de los Atenienses, los castiga del mismo modo que Barbaroja, Carlos V y Luis XIV castigaron á los Argelinos. Los Griegos se vengaron con fanfarronadas. Maraton fué su cancion de Malborough, y Milciades, que derrotó á unos cuantos persas rezagados, fué el héroe que necesitaron. 3.° El héroe, sin embargo, hizo traicion á su patria ó esta fué ingrata y estúpida: de todos modos el hecho es que murió en una prision (2).

En pos de Milciades viene *Epaminondas*, al cual deberán vuestros hijos admirar cuando menos tanto como á Bayardo ó á Turena, pues se les presenta como modelo de todo género de virtudes. Su elogio no lo traza solamente la pluma de Cornelio, sino que lo pronuncian tambien los ciudadanos todos, grandes y pequeños, de la república literaria. «Epaminondas, célebre general tebano, dió el ejemplo de todas las virtudes (3).» Este es el anverso de la medalla, único que se enseña: ved aquí ahora el reverso, que se tiene buen cuidado de ocultar. Epaminondas, segun refieren sus compatriotas, fué un vil esclavo de la lujuria, entregado hasta el fin de su vida

(1) Cujus ratio, etsi non valuit, tamen magnopere est laudanda.—C. III.
(2) Mr. Vervorst, pág. 86.
(3) Diccionario de Bouillet, segunda edicion.

á abominaciones que no nos es lícito nombrar. «Fué, dice Clearco, poco honesto con las mujeres: *eum in congresu feminarum parum honestum* (1).» Ya podemos calcular lo que esto significa dicho por un griego; y sin embargo, esto solo puede considerarse como una falta ligera, pues sus amores contra la naturaleza fueron el colmo de la infamia (2).

No trataré, señora, de los vergonzosos misterios en que Cornelio Nepote inicia á los jóvenes, al hablar de *Dion*, y paso á la vida de otro grande hombre, ó sea *Arístides*. Este nuevo tipo de virtud griega nos le presenta como mas perfecto que el anterior, y Arístides es llamado por sobrenombre *el justo*. Este es el elogio que de él se hace: ved ahora lo que la historia nos cuenta: «Arístides, dice Plutarco, fué enemigo de Temístocles, el cual le aborrecia á su vez. Su mútuo rencor, segun refiere Ariston de Chio, fué producido por el amor, y esto fué causa de que su enemistad llegára á ser irreconciliable; pues prendados ambos del jóven Estesileo, de Ceos, cuya gracia y belleza eran superiores á las de todos los demás de su edad, fueron ambos estremados en su pasion, y aun despues de haberse ajado la hermosura de aquel, continuaron los celos de entrambos (3).»

Este edificante detalle me suministra ocasion para deciros algo acerca del virtuoso *Temístocles*. Este, despues de haber sido libertino desheredado, se hizo arengador, y pasó por hombre de Estado. Fué ministro de hacienda, y se apoderó de los fondos públicos bajo el pretesto de que iba á administrarlos por sí mismo; propuso en plena paz que se pusiera fuego á los buques es-

(1) *De Epam. Thel.*
(2) Plutarco: *Tratado del amor.*
(3) *In Aristid.*

partanos; sostuvo tratos con Jerjes con dobles fines, fingiendo despues que habia obrado asi para engañarle, y aquel hombre sin conciencia llegó al fin á ser espulsado de su patria, sin quedarle mas amparo que el mismo Jerjes. Entonces ya varió de lenguaje. «Sabeis, dijo á aquel príncipe, que yo deseaba serviros, y mi patria, á la cual hacia para ello traicion, ha llegado á desterrarme, y por esto es necesario que me indemniceis (1).» El *bárbaro*, estraño enteramente á la civilizacion, cayó en las redes del diplomático, le concedió una pension alimenticia, y no pudo menos de admirar, dice Cornelio Nepote, su grandeza de alma, y desear tener á su servicio á un hombre semejante (2).

Volvamos ahora á Arístides. Cierto dia, este justo por escelencia hizo que los Griegos se juráran una alianza mútua, verificándolo él en nombre de los Atenienses, y pronunciando maldiciones contra los infractores. Pero sucedió que los Atenienses creyeron despues que les convenia violar su juramento, y Arístides, como verdadero diplomático de su época, les aconsejó que así lo hicieran, y que le culpáran á él de su perjurio (3). Teofrasto elogia su probidad en los asuntos privados, pero le acusa de frecuentes injusticias en los negocios públicos. Deliberando un dia el Consejo sobre la propuesta hecha por los de Samos de hacer conducir á Atenas, á pesar de estar estipulado lo contrario en un tratado, todo el dinero depositado en Delos, Arístides dijo que, si bien consideraba injusto el acto que se proponia, en cambio era muy útil (4).»

(1) Corn., cap. IX.

(2) Hujus rex animi magnitudinem cupiensque talem sibi conciliari, etc., cap. X; M. Vervorst., pág. 86.

(3) Plutarco, *in Aristid.*, núm. 41.

(4) Id. ibid.

La pintura que acabamos de hacer de Aristides puede serviros para conocer á todos los demás *ilustres capitanes* griegos *(illustrium imperatorum)* celebrados por Cornelio Nepote, y por esta razon me abstengo de hablaros de ellos. Tales son, pues, los hombres de los cuales se dirá á vuestros hijos, luego que formen parte de la república de las letras, «que es una especie de sacrilegio el no apreciarlos como se merecen; que no incurrieron en faltas, y que si algunas cometieron, fueron bellas; que no tuvieron vicios, y que si de algunos podemos tacharlos, estos fueron mas bien virtudes imperfectas, y que por último, es preciso venerarlos y adorar sus reliquias (1).»

Hay tambien otros personajes, de los que es imposible dejen vuestros hijos de oir hablar con grande elogio. «Ante todo se les hará mencion de los legisladores de las dos inmortales repúblicas de Esparta y Atenas, ó sean Licurgo y Solon, genios profundos y sublimes, que educaron á sus pueblos en la virtud y los elevaron á la grandeza y á la gloria. Los Espartanos, discípulos del primero, y los Atenienses, discípulos del segundo, querian, como héroes que eran, morir libres. ¿Qué sociedad ofreció jamás á la razon mas noble y sublime espectáculo que Lacedemonia? ¿Qué pueblo hubo mas apegado á las virtudes que el espartano? La Grecia merece el elogio especial de haber producido los mas grandes hombres, de aquellos cuyo recuerdo debe conservar la historia. ¿Quién podrá ponerse en parangon con un Licurgo, un Solon, un Temístocles, un Cimon y un Epaminondas?»

Ved aquí, señora, el testual resúmen de los elogios que vuestros hijos oirán de boca de sus maestros, ó leerán en sus libros clásicos (2).

Prestemos ahora atencion á la historia. Como que na-

(1) *La Revolucion*, tomo V, pag. 110.

(2) Véanse todos los cuadernos de la *Revolucion*.

die puede dar lo que no tiene, debemos esperar ver reunidas todas las virtudes en Licurgo, que formó el pueblo mas virtuoso de la tierra «y dotó á su patria de una legislacion que constituyó por largo tiempo su gloria (1).» Ahora bien; hasta que se pruebe lo contrario, creeremos siempre que el respeto á la libertad, á la vida del prójimo y á la castidad son virtudes *legas*. Licurgo, pues, hace resaltar estas virtudes en los siguientes artículos de su gloriosa legislacion: «Licurgo, dice Plutarco, imprimió al celibato una nota infamante, y fijó dos castigos para los célibes. El primero consistia en escluirlos de los espectáculos en que las jóvenes bailaban completamente desnudas, y el segundo en hacerles dar una vuelta desnudos al rededor de la plaza en tiempo de invierno (2). Estableció que los jóvenes que quisieran casarse, tuvieran precision de robar sus mujeres (3). Acostumbró á las doncellas á presentarse en público desnudas en union con los jóvenes, y á cantar y bailar en ciertas solemnidades en presencia de aquellos y de todos los ciudadanos (4).»

Justificando el casto Licurgo esta costumbre, impropia hasta de hotentotes, decia que los bailes y ejercicios, á que las jóvenes se dedicaban delante de los jóvenes, incitaban á estos al matrimonio, no por efecto de una necesidad geométrica, sino por otra mas poderosa todavía (5). Segun, pues, cree el mismo Plutarco, esta costumbre contribuyó mas que nada á corromper á los Griegos y á hacerlos caer en la esclavitud, que fué orígen de los mas infames vicios (6).

(1) Diccion. de Bouillet.
(2) *In Lycur.*, núm. 22.
(3) Ibid., núm. 23.
(4) Ibid., núm. 20.
(5) Ibid., núm. 22.
(6) *Quæst. rom.*, tomo III, pág. 399.

Dominado Licurgo por tan grosero materialismo, dió sobre el matrimonio leyes y reglamentos, que no me atrevo á citar en nuestro idioma, y ni aun en latin los reproduciria, si no temiera dejar de ser creido de mis lectores (1).

Constituyendo Licurgo su república en un establo de cerdos, quiso que los padres no fueran mas que productores en beneficio del Estado, y por consiguiente que los hijos pertenecieran á la república. Ella era en efecto la que decidia sobre su vida y muerte, y la que los educaba, alimentaba y formaba, no al gusto de sus padres, sino á su antojo, y para hacerlos valientes y animosos mandaba el virtuoso Licurgo que se les enseñára á robar hasta las jóvenes con quienes quisieran casarse: así que el rapto era condicion esencial del matrimonio. Los de mas edad estaban autorizados para tener amantes, y las mujeres lo mismo para elegirlas entre las jóvenes.

¿Quién, pues, no reconoce aquí al espíritu inmundo *(spiritus immundus)* convertido en legislador de la humanidad seducida y esclavizada por él? Pero Satanás es tambien homicida y cruel por escelencia: *homicida ab initio*; y para que no nos quede ninguna duda de que él era quien legislaba por conducto de Licurgo, nos basta ver las crueldades legales de Lacedemonia, pues no solo se preceptuaba allí que se quitára la vida á todos los

(1) Viro natu grandiori, cui florens ætate erat conjux, si quem probum et prudentem adolescentem earum haberet probaretque, jus erat eam huic jungere, et cum impleta esset egregio semine, sibi vindicare partum. E diverso liberum erat bono viro, si qua ei casta mulier quæ elegantes pueros ederet, alteri nupta cordi esset, agere cum viro, ut copiam sibi ejus faceret atque ita tanquam frugiferum arvum conserere... Reliquos notavit legislatores oppido insulsos et vanos fuisse, qui canes et equos ad optimos emissarios agant, conjuges vero inclusas quas ex solis volunt ipsis parere, custodia sepiant, sive amentes, sive decrepiti, sive valetudinarii.—*Ibid*, núm. 24, pág. 79, *edic.* en 12.°, 1561.

recien nacidos débiles ó disformes, sino que en ciertos dias se diseminaban por los campos los jóvenes Espartanos para matar, como si fueran animales salvajes, á cuantos ilotas encontraban; obligaban á aquellos á quienes habian perdonado, á embriagarse, y á que en este estado fuesen conducidos á los salones en que tenian lugar los banquetes públicos, obligándolos allí á entonar canciones lúbricas y á ejecutar bailes obscenos « para hacer ver, dice el legislador, cuán ignominiosa es la embriaguez.» Si esto no es una burla de Satanás, digasenos qué es entonces.

La muerte de Licurgo fué digna de su vida, es decir, del genio que le inspiraba, pues acabó por suicidarse. El anciano sacerdote de los ídolos, cuyas obras constituian en el siglo XVI el breviario universal de los hombres instruidos, y en los siglos XVII y XVIII el manual de los republicanos (1), manual que es cosa corriente, aun en la actualidad llamar mentor de la juventud; el *sábio*, el *juicioso* y el *excelente* Plutarco no deja de afirmar que el suicidio de Licurgo fué un buen ejemplo « en atencion á que la muerte de los hombres de Estado debe ser su última leccion de virtud (2).»

No es esta, señora, la primera vez que Plutarco espresa esta opinion, tan propia para formar las ideas de vuestros hijos: conviene que sepais que no desperdicia ocasion de elogiar el suicidio hasta el estremo de hacerse fastidioso á sus mismos admiradores (3). No creais tampoco que afea los ultrajes á las costumbres que halla en la vida de Licurgo; al contrario, á semejantes abominaciones, que apenas se ven entre los antropófagos de la

(1) Meyer, *Hist. Philos.*

(2) Mortem sibi inedia conscivit virorum rempublicam tractantium nec mortem otiosam, nec inertem vitæ exitum, sed eum quoque participem virtutis et actionis esse ratus debere.—Pág. 93.

(3) Véase la traduccion de Barrette.

Oceanía, las califica de excelentes medios de política, y en el parangon que hace de los dos *Moisés* de la bella antigüedad, se contenta únicamente con hacer notar sus variantes.

«Licurgo y Numa, dice con gran formalidad, al admitir la comunion de mujeres, quisieron *(recte et prudenter)* desterrar los zelos del matrimonio; pero cada uno siguió para ello distinto camino. Los maridos romanos que tenian bastantes hijos, cedian su mujer á los ciudadanos que, deseando tenerlos tambien, iban á pedírselas para cierto tiempo; siendo dueños de entregárselas para siempre ó para tiempo determinado. En Lacedemonia guardaba siempre el marido á su mujer en la casa, y dejando que subsistiera el matrimonio en su totalidad, la prestaba al ciudadano que queria tener hijos, y muchas veces tambien, como ya lo hemos dicho, llevaba el marido á casa al hombre de quien esperaba tener hijos hermosos, y lo introducia junto á su mujer (1).»

Ese Plutarco, pues, señora, del cual oirán vuestros hijos hablar con elogio á sus maestros, fué, por punto general, en todas sus obras clásicas, apologista cínico del sensualismo, panegirista infatigable del suicidio y del asesinato político, y predicador de una moral puramente humana. «En los escritos de Plutarco, les dirán ufanos, se echa de ver una instruccion fácil y variada, una honradez y una *moral suave*, que hace encantadora su lectura. Estas cualidades se hallan en grado eminente en las *Vidas de los varones ilustres*, y por lo mismo se lamenta amargamente la pérdida de los que el tiempo nos arrebató (2).» Así se escribe la historia, y así se forma el juicio de la juventud!

Aceptad, señora, etc.

(1) Pág. 121.
(2) Diccionario de Bouillet.

CARTA VIII.

Solon: elogio histórico. — Pausanias. — Lisandro. — Alcibiades. — Cimon. — Pericles y su siglo: elogio histórico. — Guerra de Samos. — Guerra del Peloponeso. — Proceso de Aspasia.

Roma 4 de Febrero.

SEÑORA:

Vuestros hijos oirán pronunciar el nombre de Solon en Atenas con iguales elogios que el de Licurgo en Esparta. Una sola espresion bastará para hacer su elogio: *Solon, legislador de Atenas, fué uno de los siete sábios de la Grecia.* ¡Solon, uno de los siete únicos hombres que merecieron el nombre de sábios en aquellas inmortales repúblicas tan fecundas en sabios, grandes hombres y héroes! ¡Qué gigante fué Solon! Vuestros hijos le mirarán con respeto, y su imaginacion infantil se lo figurará superior á los hombres eminentes de su religion y de su pais. Tal es el elogio que se hace de Solon; veamos ahora lo que de él nos dice la historia.

Esta nos revela que Solon fué el cantor, el héroe y el legislador de los crímenes mas abominables. A la manera que la mayor parte de los *grandes* paganos de Roma y Grecia, principió su vida haciendo versos infames que revelaban el género de concupiscencia que abrasaba su alma. Esclavo despues públicamente de un amor, que no nos atrevemos á nombrar, llevó su ciega pasion á escesos tales, que no pudieron menos de causar escándalo en la

república; pero él convirtió en gloria una ignominia, prohibiendo en sus leyes á los esclavos que amáran á los jóvenes, y reservando solo á los ciudadanos este privilegio (1).

Solon, consagrador del adulterio, del incesto y de la crueldad, autoriza en ciertos casos á la mujer para vivir con el pariente de su marido que le agrade, y al hijo á dejar morir de hambre á su padre (2).

Apologista del perjurio y de la mala fe, dice que las leyes son como las telas de araña, que solo sujetan á las moscas (3); escelente frase tomada de uno de sus ilustres compatriotas, cuya máxima era: «Que se entretiene y divierte á los niños con juguetes, y á los hombres con juramentos.»

Fomentador del rapto y venta de las mujeres, incurrió en inconsecuencias que demuestran la debilidad de su espíritu ó la instabilidad de sus pasiones. Así es, que permite matar al sorprendido en adulterio, y condena en una simple multa al raptor de una mujer libre, aun cuando hubiere sido violentada. Si el rapto ha sido para prostituirla, la multa es insignificante. Prohibe despues á los atenienses vender sus hijas y hermanas, á menos que hubieren sido sorprendidas en falta antes del matrimonio. Plutarco, en vista de estas inconsecuencias, aunque poco escrupuloso en materia de costumbres, no puede, sin embargo, menos de hacer esta pregunta: ¿No es absurdo castigar un mismo delito unas veces con el mayor rigor, y otras con escesiva lenidad (4)?

Propagador insolente de la prostitucion, compró cortesanas para los jóvenes atenienses, edificó un templo á

(1) Plut., *in Solon.*, núm. 1.°
(2) Ibid., núm. 26-30.
(3) Diog. Laerc., *in Solon.*, núm. 31.
(4) Plut., *in. Solon*, núm. 12.

Venus vulgar, y puso en él mujeres de mala vida, autorizadas para traficar con su cuerpo (1).

Plutarco mismo se muestra no menos inconsecuente y culpable que Solon. En efecto, despues de citar las palabras con que este legislador prohibe á los esclavos amar á los jóvenes, añade con gran cinismo: «No conviene efectivamente que un esclavo tenga relaciones amorosas con un jóven, pues estas son propias de los hombres libres y no producen consecuencias peligrosas, como las que se sostienen con las mujeres.»

Solon, pues, fué dominado en su juventud por el amor á los jóvenes, y en la vejez por el vino y las mujeres. He aquí el gran legislador. Y sin embargo, por el solo hecho de haber proferido alguna máxima pomposa, ó ejecutado alguna accion mas ó menos brillante, se le designa con el nombre de sábio y de hombre eminente, y se le propone por modelo á la juventud cristiana.

Aun cuando ya se les hablará largamente á vuestros tres hijos, no os haré mencion, señora, del gran Pausanias, que tuvo el mérito de hallarse en la batalla de Platea, en la cual los Griegos pretenden haber derrotado con poca gente á trescientos mil Persas, segun unos; á doscientos veinte mil, segun otros, y á cien mil, segun algunos; lo cual da una idea de lo seguros que estan de la verdad. El honrado vencedor dejó que se escapáran los prisioneros, y aun propuso á Jerjes que le entregaria á Esparta y á Grecia en cambio de la mano de su hija. Arreglado así el negocio, Pausanias anduvo harto ligero, y esto produjo su destitucion. El destierro á que se condenó llegó á aburrirle, y se decidió á volver á Esparta: los incorruptibles éforos no se mostraron insensibles al oro;

(1) Solonem juvenum ætate vigentium libidini emptas mulierculas in ganeis objecisse; vulgaris templum Veneris extruxisse, ac præterea meretrices ut prostitutæ argentum mererent constituisse. — *Philem. in Delphis.*

pero una vez agotado éste, dejaron á Pausanias morir de hambre en un templo.

Tampoco haré mencion del gran Lisandro, tirano atroz, segun Cornelio, traidor y perjuro, que engañó á los hombres y quiso seducir á los dioses; ni del gran Alcibíades, juguete de las pasiones infames del virtuoso Sócrates, segun el mismo Cornelio, y de otros Griegos no menos virtuosos; libertino, impío, campeon de todos los partidos, lanzado de todas partes y haciéndose en todas el necesario, hasta que terminó su vida aventurera por medio de una muerte violenta (1); ni del grande y virtuoso Cimon, desterrado por sus infamias y restituido á su patria por medio de otras nuevas (2). ¡Singulares personajes que escandalizarian nuestros establecimientos penales! Pero como dice un autor, el género abundaba poco, y los Griegos son los Griegos, es decir, segun Plinio el jóven y Ciceron, el pueblo mas embustero y charlatan del universo.

¿Quereis, señora, conocerlos á todos? Venid con vuestros hijos á estudiarlos en el mas bello siglo de su historia, y en el hombre que tuvo la gloria de darle su nombre. A decir de la educacion de colegio, el siglo mas célebre de la Grecia fué el de Pericles, así como el de Augusto lo fué de Roma. ¿Qué digo? Los siglos mismos del Cristianismo solo son grandes por su semejanza con aquellos, y tanto mas lo son cuanto mas los imitan, segun la escala de proporcion que se usa en la república literaria desde la época del Renacimiento.

Pericles, personificacion del siglo mas bello de la mas

(1) Ineunte adolescentia amatus est à multis more Græcorum, in eis à Socrate..... Robustior factus non minus multos amavit.—C. II, *in fin.*

(2) Cum Cimon Elpinice sorore, quam post nuptum Calliæ dedit contra leges abuteretur, exilioque donatus fuisset, ejus reditus mercedem Pericles accepit Elpinicis concubitus.—Athen., lib. XII.

bella de todas las repúblicas, se presenta á la admiracion de la juventud como tipo de grandes hombres. «Era apasionado por las letras, las artes y el lujo (1).» Sin embargo, como hasta en los astros hay manchas y lunares, añaden: «*Dícese* que su administracion financiera no fué intachable.»

Ved aquí al grande hombre ataviado con su manto de gala: hele aquí ahora despojado de su traje. Pericles fué escándalo vivo para su patria y baldon para la humanidad. Esclavo, en efecto, de un desenfrenado libertinaje, tuvo trato ilícito con su nuera, y su propio hijo es quien revela la infamia paternal (2). Pericles no paró aquí, y su amigo Fidias vino á ser su tercero, pues con pretesto de enseñarle sus obras, atraia á su taller las damas de Atenas y las entregaba á su amigo Pericles (3). Disgustado éste de su mujer, de la cual habia tenido dos hijos, la repudió, se la cedió á otro, y se casó con la gran cortesana de Atenas, Aspasia, la cual le hizo gastar la mejor parte de su fortuna.

Aquella prostituta, que habia sido amante de los hombres mas eminentes de la bella república, incluso el virtuoso Sócrates, llegó á dominar de tal manera á Pericles, que los autores cómicos contemporáneos le dieron los nombres de nueva Omfalia, Deyanira y Juno (4). Una república gobernada por una cortesana no podia menos de hacerse notable por sucesos y hazañas dignas de su

(1) *Diccionario* de Bouillet.

(2) Fuit quidem ille ad venerem multo propensus ut qui cum uxore filii coierit, quod scripsit Stembrotus Thasius, qui vixit ejus seculo et eum vidit. *Apud Athen.*, lib. XII, p. 589.—Infamiam per Xanthippum memoriæ prodit vulgatam.—Plut., 259-275.

(3) Plut., ibid.

(4) Uxorem habebat quæ genuit in matrimonio Periclis Xanthippum et Parolum.... collocavit eam alteri non invitam. Inde Aspasiam uxorem duxit, etc. Plut., p. 266.—Heracl. pontic., *lib. de volupt.*

gobierno. La historia cita dos principales, llevadas á cabo por Pericles, bajo la inspiracion y tutela de Aspasia: la guerra contra los de Samos y la del Peloponeso.

La primera fué desastrosa para los habitantes de aquella ciudad y para los Atenienses; pero al fin Pericles, despues de nueve meses de sitio, se apoderó de Samos, hizo arrasar sus murallas, exigió sumas considerables y llevó consigo varios cautivos. La historia le acusa de haber mandado conducir á los capitanes de los buques y soldados de Samos á la plaza pública de Mileto y hécholos esponer allí atados á varios postes, y mandádolos acabar de matar á palos, cuando ya estaban próximos á espirar, prohibiendo luego que se les diera sepultura.

Los de Samos, para devolver á los prisioneros atenienses el ultraje que los suyos habian sufrido, les marcaron en la frente un *mochuelo* con un hierro ardiendo (1), asi como los Atenienses habian marcado en la de aquellos la figura de una *Samina* (2). Una vez sabido que la crueldad es siempre la compañera de la liviandad y del sensualismo, semejantes actos de feroz barbarie nada tienen de estraños.

Pericles acabó de cubrirse y de cubrir á la Grecia entera de eterna ignominia por medio de la guerra del Peloponeso. La ciudad de Megara poseia una cortesana famosa llamada Simetha: unos jóvenes Atenienses, embriagados hasta mas no poder (*cottabismo ebrii*), se propusieron robarla, y realizaron su intento. Llenos de dolor y poseidos de rabia los habitantes de Megara, se presentaron en Atenas y robaron á su vez dos cortesanas de Aspasia. Esta entonces se enfureció; Pericles tomó su defensa, puso en pié de guerra todas las tropas de la re-

(1) Ave de Minerva, diosa de Atenas.

(2) Especie de buque plano. — Plut., p. 268.

pública para ir á rescatar las dos nobles cautivas, y todas las demás repúblicas de la Grecia tomaron partido, unas por Atenas y otras por Megara. La conflagracion se hizo general, y jamás la sangre griega corrió con tanta abundancia desde la guerra de Troya, otra cruzada emprendida tambien por el mismo pueblo en favor de la hermosa Helena (1).

Vemos, pues, á las prostitutas convertidas en reinas é ídolos de ambas repúblicas, y á todas las demás, inspiradas por Pericles, batiéndose por aquellas hasta esterminarse unas á otras.

¡Qué gran pueblo, qué hombre tan eminente y qué gran siglo!

Todavía, señora, no es esta mas que una parte del cuadro, pues la Grecia, gracias á la influencia de Pericles y de su amante, se plagó de prostitutas, y Aspasia la *Socrática*, como la llaman los historiadores, sostuvo á su costa gran número de aquellas para uso de los Atenienses (2), lo cual os dará fácilmente á conocer lo que eran las costumbres de aquella república modelo; pero si esto no os basta, el siguiente hecho fijará de una vez vuestra opinion. En los últimos tiempos de su administracion hizo promulgar Pericles una ley, por la cual solo se reconocian como verdaderos ciudadanos de Atenas los nacidos de padre y madre atenienses. Hecho el recuento de la poblacion, resultó que entre catorce mil y cuarenta ciudadanos,

(1) Peloponnesiaci belli causam omnem in Aspasiam detorquent et Periclem. Plut., *in Pericl.*, *Ath.*, lib. XIII, p. 569.—Ob amorem Aspasiæ et raptas a Megarensibus ejus ancillas, Periclem decretum luctuosum illud de bello Megarensibus, indicando, velut ignem flavello excitasse et accendisse. *Id.*—Aspasiæ causa, non quidem junioris, sed ejus quæ non Socrate versata est, Græciam totam Pericles perturbavit.—Clearch., lib. I, *Amatorior.*—Hinc initium belli prorupit universis Græcis, ob tres mulierculas.—Aristoph., *in Acharn.*

(2) Aspasia Socratica formosas mulieres, et eas quidem multas, Athenis præbuit. Jam inde scortis abundabat Græcia.—*Athen.*, ubi supra.

se contaban cinco mil hijos naturales. El pueblo ateniense, apiadado de Pericles, harto humillado entonces, le permitió inscribir á su hijo ilegítimo en los registros de su tribu y darle su nombre. Para suministrar una prueba mas de la moralidad pública de Atenas, baste decir que todos los referidos hijos bastardos fueron vendidos en pública subasta (1).

He dicho que Pericles se hallaba harto humillado, y voy á referir el motivo. Aspasia fué acusada de impiedad para con los dioses, y de recibir en su casa mujeres de condicion libre que entregaba á Pericles, y por este doble crimen fué presentada ante los tribunales. Esta circunstancia hizo llegar á su colmo el dolor de Pericles, y entonces se vió al ilustre presidente de la mas ilustre república acudir dos veces al dia al lado de la ilustre cortesana para consolarla. Cuando llegó el dia de la vista del proceso, viósele suplicar y llorar ante los jueces, con mas interés que el que pudiera tomarse si su vida y fortuna estuvieran en peligro, y Aspasia debió su salvacion á sus ruegos y lágrimas.

No quiero hablar de la dilapidacion de los fondos públicos de que Pericles se hizo culpable; pues en su país todos los hombres de Estado fueron reos del mismo delito, robando primero y negando despues sus robos con el mayor descaro. Solo haré mencion sobre este punto de las palabras de un autor griego, que conocia perfectamente á sus compatriotas. «Si en la Grecia, dice Polibio, confiais un talento (21,109 rs.) á los que manejan fondos públicos, aunque tengais diez fianzas, otras tantas promesas y doble número de testigos, no lograreis que cumplan sus compromisos (2).»

(1) Plut., p. 278.
(2) *Hist.*, lib. VI, c. XXXVI.

Por todos estos hechos, elegidos entre otros infinitos, podeis, señora, formar idea de los grandes hombres y del gran siglo de la Grecia, y admirar el buen sentido de la educacion moderna, que da á la juventud por maestros y modelos á los primeros, y al segundo por tipo de la perfeccion social.

Aceptad, señora, etc.

CARTA IX.

Quinto Curcio. — Idea de un gran capitan. — Qué debemos pensar de Alejandro. — Peligros de estudiar á Quinto Curcio. — Helvecio. — Cárlos XII de Suecia.

Roma 5 de Febrero.

SEÑORA:

Sobre todos los grandes hombres de la Grecia se eleva Alejandro, rey de Macedonia, y vuestros hijos entrarán en la escuela de *Quinto Curcio* para estudiarle y admirarle. El lenguaje pagano prodiga todo género de elogios al hijo de Filipo, al vencedor de Darío, y al conquistador del Asia. Sus victorias, discursos, sentencias y heróicas acciones, mas ó menos auténticas, son cuidadosamente anotadas y comentadas sábiamente, de modo que para la juventud de los colegios Alejandro es el tipo del hombre guerrero y el sueño de su ambicion. Ahora bien: ¿es fundado semejante entusiasmo?

Voy, señora, á deciros francamente lo que siento, aunque me esponga á concitar contra mí á toda la república literaria. La idea de un *gran* capitan envuelve ante todo, segun creo, la idea de justicia en las guerras que emprende. Si estas no son justas, ó si aun cuando lo sean, van acompañadas de crueldades, depredaciones y estragos, que á nada conducen, el gran capitan no es mas que un gran asolador de paises, un azote del universo, un hábil matador de seres humanos, ó como se lo decia aquel caudillo de Escitas á Alejandro mismo, un ilustre jefe de

bandidos, mil veces mas digno de la horca que los ladronzuelos que asaltan á los viajeros á la entrada de un bosque. ¿Está, pues, por ventura demostrado que fueran justas las guerras de Alejandro? ¿Se ha probado que no fueron sus móviles la vanidad, la ambicion y el deseo de riquezas y de gloria? ¿Se han justificado los robos, los incendios y los horrores de todas clases que las acompañaron?

Creo tambien que la habilidad para matar hombres y tomar ciudades no constituye por sí sola la idea completa de un *gran* capitan; pues esta supone otras cualidades y otras virtudes, que elevan al hombre fuera del nivel comun y de sí mismo, y le hacen verdaderamente grande. Preguntemos, pues, á la historia, y veamos de qué virtudes fué acompañada la habilidad militar de Alejandro.

Ella nos muestra al hijo de Filipo esclavo del orgullo, hasta el punto de querer pasar por hijo de Júpiter; esclavo de la embriaguez mas crapulosa, dirigiéndose despues de una orgía con sus generales y un enjambre de mujeres públicas á poner fuego, en compañía de unos y otras, al palacio de la ciudad real de los Persas (1); esclavo de los placeres sensuales, entregándose públicamente durante trece dias al vicio con la reina de las Amazonas; y todo esto lo veo referido friamente por su historiador, que no profiere una sola espresion para afear semejantes infamias (2). Muéstranosle tambien la historia postrado á los pies de Rojana, y figurando al frente de trescientas sesenta concubinas seguidas de un gran número de eunucos (3), y esclavo de un amor mas infame todavía, hasta el estremo de abandonar su cetro en manos de Bagoas y de hacer decir al Oriente escandalizado: «Que las mujeres habian

(1) Quinto Curcio, lib. V, c. XXII.

(2) *Id.*, lib. VI, c. XIII.

(3) Pellicer trecentæ et sexaginta..... quas spadonum greges sequebantur. *Id.*, edic. *espurgada* de Hachette, 1852, p. 173.

reinado anteriormente en el Asia; pero que en tiempo de Alejandro pertenecia á los eunucos el imperio (1); y nos lo muestra, por último, muriendo en la flor de su edad, gastado por los desórdenes mas bien que por las fatigas de la guerra.

Tales eran, señora, con otros muchos que no tengo tiempo para hacéroslos notar, los hábitos y costumbres de Alejandro. Cierto que ese fondo general se halla alguna que otra vez salpicado de varios rasgos de virtud, y harto triste sería que así no sucediera; pero esos actos aislados y poco costosos no bastan para hacer á un hombre digno del nombre de grande. Se concibe muy bien que la antigüedad diera este dictado á Alejandro y á sus semejantes; pero el cristiano no debe ser tan pródigo. Quiero, pues, que se me diga si tiene verdadero fundamento el entusiasmo por aquellos Griegos ilustres, que la educacion se ha propuesto inspirar á la juventud en nuestros dias, y si no ofrece aquel ningun peligro. ¿Os parece bien, es decir, os parece justo y cristiano el hacerles entender que la gloria lo cubre todo, y el presentar á su admiracion unos hombres, de los cuales se ha dicho: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt?*

El estudio de Quinto Curcio ofrece para los jóvenes otro peligro, consecuencia del primero, cual es el hacerles soñar en batallas, alejándolos de las carreras civiles, y trastornándoles á veces la cabeza. Esto último lo vemos, entre otros, en la vida de Helvecio. Este jóven alumno de los jesuitas se dejó entusiasmar de tal manera por la narracion, comunmente novelesca (2), de las hazañas de Ale-

(1) Quinto Curcio, lib. X, c. IV y V.

(2) Los mismos admiradores de la antigüedad clásica convienen en que Quinto Curcio fué mas bien novelista que historiador, y que cometió graves errores tanto en geografía y cronología como en política y en estadística. — *Diccionario de Bouillet.*

jandro, hecha por Quinto Curcio, que su carácter sufrió de repente una gran trasformacion; pues de tímido que era, se hizo audaz, perdió la aficion al estudio, no respiraba mas que guerras, y quiso seguir á todo trance la carrera de las armas (1).

Otro hecho mas notable aun viene á confirmar mi aserto.

Federico II, rey de Prusia, despues de haber criticado enérgicamente á Maquiavelo por el hecho de presentar como modelos de política á los Griegos y Romanos, dice las siguientes juiciosas palabras, que tienen gran aplicacion al estudio entusiasta de todos los autores profanos: «La vida de un Agatocles, ó de un Oliverotto da Fermo es capaz de desarrollar en un hombre de malos instintos el gérmen de maldad que abriga sin conocerle bien. Muchos jóvenes se han maleado con la lectura de novelas, y solo ven y piensan como Gandalino ó Medoro. *Hay cierta cosa epidémica en la manera de pensar*, si me es permitido espresarme asi, *que se comunica de una alma á otra* (2).»

Aplicando este principio, añade despues: «Aquel hombre estraordinario, aquel rey aventurero, aquel héroe vagamundo, cuyas virtudes todas, llevadas á cierto estremo, degeneraron en vicios, aquel Cárlos XII, en fin, llevó siempre consigo desde su mas tierna infancia la *Vida de Alejandro Magno;* y muchas personas, que particularmente conocieron á aquel Alejandro del Norte, nos aseguran que Quinto Curcio fué quien asoló la Polonia; que Estanislao fué rey á imitacion de Abdolónimo, y que la batalla de Arbella ocasionó la derrota de Pultawa.

Montesquieu añade: «Cárlos XII no se amoldaba á las circunstancias de su época, y seguia únicamente un mo-

(1) Véase la noticia que encabeza sus obras.

(2) *Exámen del príncipe*, c. VIII.

delo determinado que se habia propuesto imitar, y que imitaba muy mal. No era él Alejandro; pero hubiera sido el mejor soldado de aquel héroe de la Grecia (1).»

Es indudable, señora, que las conquistas de Alejandro ocupan un gran lugar en el plan de la Providencia y en la historia general de la humanidad, y por consiguiente todo cristiano instruido debe conocerlas; pero referidas por Quinto Curcio, vienen á ser letra muerta. Si la educacion tuviera al menos cuidado de iluminarlas con los rayos de la verdad bíblica, supliendo de este modo lo que le falta al historiador de Alejandro, sería mas provechosa su lectura; pero desgraciadamente no es así. Leed todas las ediciones clásicas de aquel autor, y no hallareis en ellas una sola nota que eleve á la juventud sobre el pensamiento pagano; de modo que el estudio de Quinto Curcio ofrece para aquella todos los peligros que os he hecho notar, sin proporcionarle la única ventaja sólida que pudiera de ella resultarle. Lo mismo sucede con los demás autores paganos, y de aquí podreis inferir el estado del desarrollo intelectual y moral de las generaciones de los colegios.

Aceptad, Señora, etc.

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. X, c. XIII.

CARTA X.

César. — Elogio histórico.

Roma 6 de Febrero.

SEÑORA:

Antes de abandonar la Grecia, á la que volveremos mas tarde, permitidme que os refiera una escelente máxima de Sócrates. «Si nos hallásemos próximos á morir, decia aquel filósofo, ¿elegiriamos á un hombre vicioso para educar á nuestros hijos en la virtud y á nuestras hijas en el honor? ¿Confiariamos nuestros rebaños y nuestros almacenes á la custodia de un hombre dado á la embriaguez (1)?» Comunicad esta máxima á vuestras amigas, y juntas podreis hacer su aplicacion.

Al volver vuestros hijos á Italia, solo salen del campamento de Alejandro para entrar en el de César. Los *Comentarios* del grande hombre les harán seguirle en sus conquistas, así como Quinto Curcio les hizo seguir á aquel en las suyas: de manera, que bien sea que habiten en el Oriente, ó en el Occidente, tendrán siempre que vivir en medio de batallas, sangre, atrocidades, crímenes, saqueos é incendios. Esto es, digámoslo así, una necesidad de la educacion clásica, pues la bella antigüedad no es otra cosa bajo el aspecto social.

Sobre un pedestal semejante al de Alejandro Magno se eleva el divino César, y vuestros hijos deberán postrarse,

(1) Xenofonte: *Memorabil.*, lib. I.

poseidos de admiracion, ante ambos semidioses. César no se les presenta solo como un gran capitan, un elocuente orador, un escritor eminente y un profundo hombre de Estado; sino como un perfecto hombre de bien, un escelente ciudadano y un modelo de virtudes en el que casi no se descubre un solo lunar. Es tal la estimacion que se le profesa en la república literaria, que su vida se ha escrito *para que sirva de ejemplo á la jóven nobleza de Francia*, así como entre el clero se ha escrito la de S. Cárlos Borromeo para modelo de los seminaristas.

«La casa de César, se dice en aquella obra, estaba regida con un órden, cuidado y arreglo tales, que nos parecerian estraordinarios en el estado de nuestras costumbres..... El era muy sóbrio, político, afable y obsequioso. Difícil sería querer disculparle de su tendencia á la galantería; pero esta no llegó nunca á esclavizarle, y *tuvo talento bastante para acomodar su razon á la filosofía epicúrea* de que hacia profesion. Si esta le permitia entregarse á los placeres, aquella cuidaba de que su corazon no fuera por ellos esclavizado. Como detestaba la crueldad, jamás hizo sufrir tormento alguno á aquellos de quienes tuvo que deshacerse, y hasta que murió, hizo tantos progresos en la virtud como Alejandro en el vicio (1).»

Si estos elogios os parecen muy exagerados, ved aquí otros que merecerán toda vuestra confianza: «Verdad es que César, guerrero el mas invencible, político el mas hábil, genio incomparable y eminente hombre de Estado, se apoderó del mando por la fuerza de las armas; pero no por esto fué tirano, sino verdadero y legítimo monarca. Tuvo ambicion, vanidad y amor á las mujeres; pero es-

(1) *Vida de César*, por de Bury, dedicada á Mma. de Pompadour; t. II, p. 220.

los vicios fueron compensados por infinitas virtudes dignas del trono. Julio César escitó siempre nuestra admiracion por la superioridad de su genio, por la intrepidez de su valor y por cierta mezcla poco comun de dulzura y de firmeza, pareciéndonos uno de esos hombres estraordinarios que *el cielo deja ver raras veces en la tierra*. Siempre hemos meditado los *Comentarios* de César con cierto temor respetuoso, pues vienen á ser como aquellos cuadros perfectamente acabados, que los mas hábiles pintores no se atreven á retocar.»

Acabais de oir en estas palabras sobre César y sus obras á los RR. PP. de la Compañía de Jesús (1).

Aquí, señora, repito mi frase, *salva la debida venia;* este es el elogio, ved ahora lo que dice la historia. Principiemos por los *Comentarios*. Esta obra, que los hijos de S. Ignacio llaman cuadros acabados y perfectos, que solo se atreven á mirar con respetuoso temor, ó sea poco mas ó menos como el libro de los Evangelios, ha sido calificada del siguiente modo por un ilustre contemporáneo de César, gran orador y guerrero como él: Los *Comentarios* estan escritos con poco cuidado, y en ellos, sea por voluntad ó por error, ha sido poco respetada la verdad (2).»

¿No equivale esto á decir en otros términos que los *Comentarios* de César estan llenos de inexactitudes y errores? El elogio que de ellos hace Ciceron prueba ante todo, y tal vez esclusivamente, que el orador romano elogió durante toda su vida, y sin escepcion, á todos aquellos á quienes tenia ó necesitaba, incluso el mismo Antonio.

(1) *Historia romana*, por los PP. Catrou, Rouillé, etc., t. XVII, p. 364, prefacio; t. XVII, p. 8, y t. XXII, prefacio, p. 45.

(2) Asinius Pollio parum diligenter parumque integra veritate compositos putat, cum Cæsar pleraque et quæ per alios erant gesta temere crediderit, et quæ per se vel consulto vel etiam memoriæ lapsu perperam ediderit. — Suet., *In Cæs.*, c. LVI.

Pasemos ahora al hombre. César, que no tenia religion, fe, ni costumbres, fué un ambicioso que no retrocedió ante ningun medio para subir al poder, sin esceptuar el perjurio, el robo, la crueldad ni el sacrilegio. «En César, dicen Plutarco y Suetonio, no se nota respeto á la religion, ni verdadero conocimiento de ella, pues cuando se le presentaba ocasion, se burlaba públicamente de la de su país. Su opinion en la conspiracion de Catilina demuestra claramente que no creia en la existencia de otra vida, verdad sin la cual no puede haber moral en la tierra (1).» Así se explica el no haber nunca tenido mas moral que la de sus pasiones. Durante su juventud vivió entregado á los deleites y vicios mas ignominiosos. El dicho tan conocido, á que él dió lugar, de que era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos, prueba hasta qué extremo llevó los escesos y el libertinaje (2). No contento, sin embargo, con corromper las costumbres públicas con sus malos ejemplos, las ultrajó tambien con versos tan infames, que escandalizaron á sus conciudadanos (3).

En él fué la ambicion compañera de los deleites, pues antes de cumplir los veinte años y de haber obtenido cargo alguno público, devoró su fortuna y contrajo deudas por valor de cinco millones y medio, habiendo empleado esta suma fabulosa en sostener sus desórdenes y crearse partidarios. Conociendo que era perdido si no obtenia el cargo de pontífice soberano (4), recurrió á todo género de adulaciones viles para asegurar su eleccion: «Nunca, dice Apiano, hubo hipócrita mas hábil (5).»

(1) Plut., *In Cæs.*, n. 11. In religione ulla à quocumque incepto absterritus numquam vel retardatus est. — Suet., *In Cæs.*, c. XLIX.

(2) Plut., *Paralelo entre César y Alejandro*, n. 5.

(3) Plin. Jun., *Epist.*, lib. VII, epist. IV.

(4) ¡Lindo pontífice!

(5) Lib. II. — Plut., *In Cæs.*, n. 3.

Durante el tiempo en que fué edil, halagó servilmente las dos grandes pasiones del populacho romano, pues le dió trescientos veinte pares de gladiadores, y pidió para él el repartimiento de tierras. Para hacer que se sancionáran sus leyes sediciosas, se unió con los hombres mas perversos de la república, y entre otros con Catilina, cuya defensa hizo ante el Senado (1).

La popularidad que César adquirió por tan honrados medios, supo conservarla por otros enteramente iguales. Sabiendo que lo que el pueblo romano quería era sangre, estableció á su costa una escuela de gladiadores, lo cual le valió el dictado de *Lanista del pueblo romano* (2); y entonces, fuera para agradarle ó para vivir, se vieron entrar en dicha escuela y hacerse gladiadores varios senadores y caballeros arruinados, con el estipendio de nueve mil ochocientos ochenta reales (3). El robo y el saqueo servian para sufragar los gastos, y César robaba á manos llenas por cuantos lugares pasaba. En Tyro robó los inmensos tesoros del templo de Hércules; hizo que varios caudillos y reyes le dieran coronas de oro; bajo el título de donativos voluntarios ejerció las mas odiosas exacciones en todas las provincias, y en Roma misma saqueó el tesoro sagrado del templo de Saturno: «La violencia, el sacrilegio, todo era bueno para él tratándose de amontonar dinero, y nunca se hallaba saciado (4).» Un dia, sin embargo, pudo hacer algunos ahorros, y prestó á la república una suma equivalente á ciento ocho millones de reales (5).

(1) Plut., n. 14.

(2) Sueton. *In Cæs.*, c. XXVI.

(3) Dion. Cas., lib. XLII. — Flor., IV, 2. — Plin., XXXIII, 3.

(4) Fana templaque Deum donis referta expilavit, urbem diruit, sæpius ob prædam, quam delictum..... evidentissimis rapinis ac sacrilegiis onera bellorum civilium sustinuit. — Suet., c. LIV.

(5) Lapid. ancyr.

que al veinticuatro por ciento de interés venia á producirle una crecidísima renta.

Para César el oro no era mas que un medio, pues el fin á que aspiraba era el poder soberano ejercido sin rival. Atravesando un dia por un miserable pueblo de los Alpes: «Mas quisiera, dijo, ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma (1).» Sin cesar repetia el siguiente verso de Eurípides: «*Si alguna vez conviene faltar á la justicia es cuando se trata de reinar.*» «Si los sicarios me hubiesen prestado algun servicio, los hubiera hecho cónsules.» Estas palabras revelan una desmesurada ambicion y un alma sin fe ni ley. «El poder, dice Ciceron, es su único Dios.»

El pueblo, al que habia adulado; los grandes, á quienes habia engañado con halagos, ó diezmado con la espada; y los soldados, á quienes hizo perjuros, debian servirle de escalones para obtener el mando. A fin de adquirir la poderosa amistad de Pompeyo, le dió en matrimonio á su hija Julia, prometida ya á Servilio Cepion. En cambio prometió á éste la hija de Pompeyo, ofrecida antes á Fausto, hijo de Sila. El mismo César repudió á su mujer Pompeya para casarse con Calpurnia, hija de Pison, á quien hizo elegir cónsul para el año siguiente. «De este modo, dicen los historiadores contemporáneos, prostituia César el Imperio por medio de matrimonios, y todos se distribuian los honores y cargos de la república traficando con mujeres (2).»

¿Qué pensais, señora, de todos estos honrados personajes, que se llaman grandes hombres de la república romana? No os hablaré del porte de César con su ejército, al cual le obligó á pasar el Rubicon, despreciando los mas

(1) Plut. n. 14.
(2) Id. ibid.

sagrados juramentos; ni de las guerras civiles que suscitó, y que ensangrentaron el Oriente y el Occidente en pró de su egoismo.

Para terminar el retrato del divino César, diré que en él, como en todos los grandes paganos, la crueldad fué inseparable compañera del sensualismo. Celebró un tratado de paz con los Germanos, y luego los atacó de improviso matándoles cien mil hombres (1). En otra ocasion hizo cortar las manos á dos mil prisioneros galos, que le estorbaban en su marcha, y despues de la victoria mandó degollar á Lucio César, á Lucio Ligario, á Afranio y á Fausto Sila. Continuó haciendo que corriera en Roma á torrentes la sangre de los gladiadores para conservar el favor del pueblo, y la historia hace subir á un millon ciento noventa y dos mil el número de los que hizo perecer en los campos de batalla, sin contar las numerosas víctimas de las guerras civiles suscitadas por su ambicion (2).

La sangre que bebia en abundancia no era suficiente á estinguir en él el fuego de la concupiscencia; y era tal, á pesar de los años, la fiebre de lujuria que le devoraba, que en la época de su muerte tenia el tribuno Helvio Cinna el encargo de presentar una ley, redactada por César, en virtud de la cual se autorizaba á éste para tener tantas cuantas mujeres quisiera y de cualquier condicion que fuesen; pues aunque tenia mas de cincuenta años, añade Plutarco, seguia relacion con varias mujeres, entre las que figuraba Servilia, hermana de Caton. Un dia, estando en pleno Senado, recibió César un billete, cuyo contenido pudo leer Caton que estaba junto á él; billete que le dirigia

(1) Plut., ibid.

(2) Dio., 43, 23; Suet. *Cæs.*, c. XXXIX. Præter civiles victorias undecies centena et XCII millia hominum occisa præliis ab eo.—Plin., lib. VII, c. XXV.

Servilia, á quien habia seducido. Caton se apoderó de él, y arrojándoselo á César, dijo en alta voz: «Toma, borracho; bebe (1).»

No puedo, señora, pasar en silencio una particularidad que constituye una prueba mas de que un abismo llama á otro abismo, y de que la justicia de Dios castiga muchas veces el crímen por el crímen mismo. César prohibió que fuese muerto Bruto, despues de la batalla de Farsalia, aunque era partidario de Pompeyo, solo por complacer á Servilia. Además, segun hemos visto ya, César habia estado perdidamente enamorado de ella, y como Bruto nació durante la época en que estaba en toda su fuerza su pasion, creyó aquel que era su padre. Tal era la opinion generalizada en Roma (2). ¡Y, sin embargo, Bruto fué el asesino de César!

Como si no le bastáran á aquel mónstruo de lujuria las cortesanas, las hijas y las mujeres de los Romanos, buscó víctimas tambien en todo el imperio, y hasta en los tronos estranjeros. El *gran* Pericles habia emprendido la guerra del Peloponeso por Aspasia, y César emprendió la de Egipto por Cleopatra. Esta no tardó en dar á luz un hijo, al cual los habitantes de Alejandría dieron el nombre de *Cesarion*. Olvidando á los piés de Onfalia hasta los intereses de su ambicion, le dejó tomar tal imperio sobre su alma que poco faltó para que arruinára su fortuna (3).

A fin de que nada le faltára para hallarse al nivel de los grandes genios de Roma y de la Grecia, solo le quedaba el ser esclavo del amor contra la naturaleza. Fuélo, en efecto, desde su juventud, y hasta en sus últimos triunfos le gritaban sus soldados al acompañarle al Capitolio:

(1) Ad pedes Cæsaris projecisse his verbis: Cape, ebrie. — Plut., n. 28.
(2) Plut. *in Brut.*, n. 6.
(3) Id.; n. 54.

« *César domó á los Galos, y Nicomedes á César* (1).» Por mas que juraba que era una calumnia, sus legiones, que sabian el aprecio que hacia del juramento, gritaban mas fuerte todavía, repitiendo las mismas palabras.

Si á estos rasgos característicos añadís algunos actos aislados de generosidad, siempre favorables y nunca contrarios á las miras de su ambicion, tendreis el verdadero retrato moral del divino César. Héle aquí ahora en miniatura: « César fué impío, disipador, ambicioso, ladron, libertino, desenfrenado y hombre sin honor. Su siglo, mas corrompido que él todavía, le colmó de inauditos honores. El Senado servil le proclamó libertador; el Senado corrompido le nombró regulador de las costumbres; el Senado sin fe le colocó en el número de los dioses. César, gastado antes de la vejez, César el impúdico, tuvo durante su vida altares, templos, sacrificios y todos los privilegios de Júpiter. ¡César se denominó *Jupiter Julius*, y su estátua se colocó con las de los dioses en el Capitolio (2)! »

Continuemos enviando á los jóvenes á respirar el aire de la antigüedad, pues esta fué la cosa mas bella de cuantas se han conocido en el mundo; ¡y nada hay mas útil para las almas bautizadas que el comercio con sus grandes hombres!

Aceptad, señora, etc.

(1) Xiphil. et Dio., p. 19.
(2) De Champagny, *Los Césares*, t. I. p. 198.

CARTA XI.

Ovidio: elogio histórico.

Roma 7 de Febrero.

SEÑORA:

Los cantos poéticos van mezclados con el estruendo de las armas; y vuestros hijos, que por la mañana contemplan las dulzuras de la guerra pagana, asisten por la tarde al edificante espectáculo de la religion y costumbres de la bella antigüedad. Podrá ser que este nuevo maestro de la juventud cristiana os parezca sospechoso y no de buena fama; pero vuestra solicitud maternal debe tranquilizarse. Escuchad:

« La fama de Ovidio llenaba el mundo civilizado; sus versos escitaban el entusiasmo de los Romanos, y su carácter hacia las delicias de sus amigos. Amante de los placeres (1), pero noble en sus gustos; padre afectuoso y tierno, amigo fiel, opulento sin orgullo, émulo sin envidia, sóbrio como un anacoreta, enemigo del vino, cortesano amable, filósofo profundo, poeta ilustre, dotado de todos los sentimientos generosos desconocidos en las córtes corrompidas, y lleno de candor, de sensibilidad y de agradecimiento, aquel grande hombre unia las cualida-

(1) Bagatela!

des amables y los brillantes dones del genio á todos los sentimientos del hombre honrado (1).

¡Cuánta tranquilidad, señora, debe inspiraros á vos y á todas las madres el saber que teneis por maestro de vuestros hijos, y por guardador de su inocencia, á un hombre honrado y á un anacoreta, que no bebia mas que agua! Examinemos, sin embargo, mas de cerca á ese santo de la bella antigüedad.

Roma era en el siglo de Augusto, lo mismo que en el de Pericles, el albañal del mundo, segun espresion de Séneca. La corrupcion universal se exhalaba por medio de las artes y de la poesía. Las plazas, el foro, los teatros, las calles, los palacios, las casas y las quintas de recreo estaban pobladas de estátuas, que revelaban los sentimientos de los corazones; y de todas partes se elevaban voces para celebrar la felicidad inmunda de la esclavitud y del deleite. En una palabra; Roma se habia hecho artista, y tenia la pretension de que sus pinturas y cánticos eran mejores que los de la Grecia:

Venimus ad summum fortunæ, pingimus atque
Psallimus et luctamur Achivis doctius unctis (2).

El furor de versificar se apoderó de todos los nobles. Jóvenes y ancianos, doctos é ignorantes se coronaban de hiedra, y recitaban versos en sus convites, en el baño y en el foro. Una poblacion entera de poetas, burlándose de los dioses, de la religion, de sus ascendientes y de las costumbres, fijaba sus madrigales en la puerta del palacio, y acudia á leer sus versos al levantarse el emperador de su lecho (3).

(1) *Repert. de literat.*, artic. *Orat.*, p. 3.
(2) Horac., II, ep. 1, p. 103.
(3) *Repert. de literat.*, artic. *Orat.*, p. 3.

Unense las voces, y fórmanse dos grandes escuelas de libertinaje. La una arrostra las peligrosas consecuencias del adulterio, con menosprecio de las leyes: la otra se limita á las obscenidades *permitidas*, al trato con los esclavos y libertos: la una canta las doncellas; la otra los adolescentes. Ovidio figura al frente de la primera; Horacio, Cátulo y Petronio pertenecen á la segunda: Virgilio á entrambas. Ovidio, jefe de escuela, desempeña con notable celo sus honrosas funciones, y si no sigue desde luego la bandera opuesta á la suya, no vayais por eso á creerle mas contenido ni mas casto, pues en unos versos, señora, que por respeto á vos dejo en latin, esplica sin rubor los motivos de su eleccion:

Odi concubitus qui non utrumque resolvunt,
Hoc est cur pueri tangar minus amore (1).

«Si esceptuamos á Ovidio, dice un autor moderno, no hallaremos *un solo gran poeta* del siglo de Augusto que se limitára en sus amores á un solo sexo; y si Ovidio no siguió esta costumbre, fué por cálculo y no por pudor (2).» Sus obras son una conspiracion permanente contra las costumbres: las *Metamorfosis* conducen al *Arte de amar*. Este libro clásico, esceptuadas algunas páginas, es un difuso tejido de cuentos para hacerle á uno dormirse de pié, y de infamias unas mas y otras menos repugnantes, atribuidas á los dioses, con lo cual no hay creencia religiosa posible, ni temor ni respeto á la divinidad. Además, las obscenidades olímpicas, espuestas detalladamente en mil cuadros variados, habrán de servir al hombre de modelo, y al poeta de punto de apoyo y de justificacion anticipada.

(1) *De art. aman.*, lib. II, v. 683.
(2) Walckenaer, *Vida de Horacio*, t. I, p. 105.

Así que, cuando Ovidio dé reglas de libertinaje en una de sus obras, la mas odiosa de cuantas se conocen, tendrá buen cuidado de autorizarlas remitiendo al lector á las *Metamorfosis*, con los ejemplos de los inmortales dioses, héroes y semidioses.

Quod Phœbum decuit quem non decet, etc (1).

He dado á la *Metamorfosis* el nombre de libro clásico, pues esta obra se halla en manos de todos los niños que estudian, y voy ahora á enseñaros una muestra de lo que contiene y se halla aun en las mismas ediciones *espurgadas y aprobadas*. Una metamorfosis del libro primero enumera detalladamente los atractivos de la ninfa Dafne, huyendo de la persecucion de Apolo; y suponiendo á éste admirando su belleza, dice: «Ve flotar sus cabellos sueltos, que serian mucho mas seductores si estuvieran cuidadosamente peinados: ve su tez y su boca, imágen de la rosa, pero tiene que contentarse solo con verla: contempla sus brazos alabastrinos y sus delicados piés, y todo lo que ve embellece todo aquello á que su vista no alcanza (2).»

¡Si qua latent meliora putat! Calculad ahora lo que la imaginacion de los niños trabajará despues de semejante lectura. Sin embargo, Ovidio se apresura á enseñarles lo que no se ve; pues, continuando el retrato de la ninfa, añade: «Cuanto mas ligera marchaba, mayor parecia su hermosura: el céfiro amoroso, con sus trémulas alas, levantó los ligeros pliegues de su túnica..... y el amor del dios que la perseguia se escitó mas y mas.»

¿No se escitará tambien hasta el mas alto grado la imaginacion de los jóvenes? Conténgase, sin embargo; pues,

(1) *De art. aman.*, lib. II., v. 241.
(2) Traduc. de Saint-Ange.

gracias á las *Metamorfosis* del honrado Ovidio, no le faltarán nuevos objetos que la esciten.

Cuando vuestros hijos, señora, hayan formado su gusto, espíritu y corazon con el libro primero de las *Metamorfosis*, se les presentará el segundo á su cándida meditacion. Para haceros apreciar aquel en lo que vale, os citaré solo un pasaje, ó sea la entrevista de Júpiter y Calisto: «Júpiter, viéndola en un sitio retirado y sin testigos, dijo: Aprovechémonos de los favores que la casualidad nos proporciona. Juno no puede ver ni saber nada, y aun cuando lo supiera, nada deberian importarme á este precio sus celosas reconvenciones..... Imprime en sus labios un ósculo, cuyo criminal ardor desmiente el sexo de Diana y revela un amante..... Ella opone cuanta resistencia puede emplear; pero contra Júpiter no hay resistencia posible. En vano, pues, se defiende, y el inmortal seductor, ufano y victorioso, vuelve á remontarse al Olimpo.»

Ruégoos, señora, me disimuleis que os ponga ante la vista semejantes cuadros, que solo os muestro para que sepais de una vez, y con vos todas las madres de familia, el precio á que se vende la educacion de vuestros hijos. «No se vende, dice un padre de familia, despues de haber citado este pasaje de Ovidio, por un poco de oro, sino por el mas exorbitante precio, cual es el de la inocencia y costumbres de generaciones enteras. ¿Y por qué así? Por rendir homenaje á la costumbre infernal de exhumar, bajo el pretesto de buen gusto y de buen latin y griego, todas las inmundicias que contienen las pestilentes sentinas del politeismo para presentárselas á la juventud. ¡Lo que se ruborizarian de darle á leer en francés, no se avergüenzan de inculcárselo en griego y en latin; y lo que apenas se les permitiria entrever en las innobles producciones de Crevillon, hijo, de Louvet y de Laclos, se la obliga á aprenderlo en Ovidio y Virgilio. ¿La opinion pública será

tan miserable que continúe por mas tiempo sancionando semejantes descuidos por no decir escesos (1)?»

Despues de la introduccion viene el cuerpo de la obra: á las *Metamorfosis* sigue el *Arte de amar*. Lo único que me es permitido decir acerca de esta obra, es que debe intitularse el arte de seducir. Como si no fueran bastantes los abominables preceptos que contiene, Ovidio, «á quien convenia, en su cualidad de profesor de libertinaje, predisponer á las jóvenes á mostrarse accesibles á un amante amable, les compuso una biblioteca de obras elegidas por él, señalándoles, entre los Griegos, las de Calímaco, Anacreonte y Safo; y entre los Latinos, las de Propercio, Galo, Tíbulo, Varron Aticino, y sobre todo las del casto Virgilio en las aventuras de Eneas y Dido; y, por último, las suyas propias ó sea el *Arte de amar*, las *Heróidas* y los tres libros de *Elegías*, intituladas *Mis amores* (2).»

Por escandalosas que sean, señora, las obras de Ovidio, es mas escandaloso todavía el elogio que de ellas han hecho los cristianos. Uno de ellos se atreve á decir estas palabras: «Las *Metamorfosis* son una de las obras mas memorables é ingeniosas de la antigüedad, y la suavidad y soltura que con admiracion se echa de ver en sus *Elegías*, han hecho á Ovidio acreedor, en concepto de muchos sábios, á ser contado el primero entre los poetas elegíacos. Algunos le prefieren á Propercio y á Tíbulo, por ser mas natural, mas tierno y *mas apasionado*..... No es posible dejar de elogiar el órden y método del *Arte* y del *Remedio del amor*, lo grave de las sentencias y la belleza de la narracion (3).»

En las *Metamorfosis*, dice otro sugeto, pinta Ovidio

(1) M. Monval, *Eco de la instruccion pública*, n. 16.

(2) Walckenaer, *Vida de Horacio*, t. II. p. 368.—Véase el tomo V de *La Revolucion*, art. *Virgilio*.

(3) Luis Moreri, sacerdote y doctor en teología! *Diccionario*, art. *Ovidio*.

los amores de los dioses y celebra sus aventuras. Su estilo es alternativamente vivo y delicado, voluptuoso y tierno, sublime y gracioso. Tiene el secreto de pintar y de dar animacion á todo..... Nuestro célebre profesor Tissot, digno sucesor de Delille, mas versado que La Harpe en el conocimiento de la literatura antigua, dice en sus *profundos* estudios sobre Virgilio: «Ovidio inventa todavía cuando Virgilio parece haber llegado á agotar los recursos de su asunto..... Su *Biblis* y *Mirra* pueden, segun creo, sufrir el paralelo con la *Fedra* de Racine..... Las obras de Virgilio y de Ovidio debian esplicarse siempre juntas (1).»

Queriendo otro lavar á su ídolo de las infamias que le deshonraron, sostiene que Ovidio no estaba libre cuando compuso su *Arte de amar*, y que no pueden menos de elogiarse las bellezas que en dicha obra se hallan (2). ¿Cómo la juventud no se ha de dejar seducir cuando oye ó lee estos elogios?

Ovidio, lo mismo que todos sus compañeros en poesía, unió el ejemplo á los preceptos, practicando públicamente las lecciones que él daba á los demás. Así es que, habiendo sido casado tres veces, repudió á sus dos primeras mujeres, y aunque no se divorció de la tercera, corria noche y dia tras de las cortesanas y las celebraba en sus versos. Insaciable en sus vergonzosos placeres, llevó el cinismo hasta el estremo de encomiar las fuerzas que en esta parte habia recibido de la naturaleza y el uso que hacia de ellas, y de manifestar su deseo de morir en el acto mismo del crímen (3).

Permitidme, señora, que, antes de concluir de hablar

(1) *Diccionario de lit.*, art. de M. de Porgeville.
(2) Heinsius, *Epist. dedic. ad Blyemburg.*
(3) *Eleg.*, lib. III; *Eleg.*, 7, lib. II; *Eleg.* 10.

de Ovidio, os diga dos palabras acerca de la escuela opuesta á la suya y mas infame todavía que ella; pues este nuevo rasgo pondrá fin al bosquejo general de los grandes poetas del siglo de Augusto, maestros admirados por la juventud cristiana. Mientras Ovidio y su escuela celebraban y practicaban sus preceptos, la escuela rival celebraba y practicaba tambien los suyos, sirviéndole de autoridad á los ojos del público el ejemplo de los ilustres Griegos. Epaminondas el grande, Alejandro el inmortal, Arístides el justo, Sócrates el sábio y Platon el divino, tuvieron amantes. Píndaro tuvo á Teógenes (1); Anacreonte á Batilo (2); Horacio á Ligurino; Virgilio á Alexis; Cátulo á Juvencio (3), y Tíbulo á Maratho (4). Todos, en fin, tuvieron sus ídolos; y Ciceron, perla de la virtud antigua, siguió el mismo camino con el virtuoso Escipion. La fama acusó á Julio César y á Octavio; el bello Antinóo tuvo altares en el reinado de Adriano; Trajano, citado como modelo de emperadores, y Plinio su panegirista, no fueron mas escrupulosos: el torrente se desbordó por todas partes, y nada hay que pueda pintar con sus verdaderos colores las costumbres de la sociedad pagana (5).

Sin embargo, Ovidio fué repentinamente detenido en medio de sus desórdenes y composiciones poéticas: una órden de Augusto le desterró de Roma y le relegó á las riberas del Ponto Euxino. ¿Cuál fué la causa de esta desgracia? Todavía está en duda, á pesar de todas las disertaciones de los sábios del Renacimiento, que consumieron

(1) Valer. Maxim.; IX, c. XII, p. 7.

(2) Car., XXII, XXIX.

(3) Car., XLVIII, LXXXI, XCIX.

(4) Eleg., I, IV y VIII, v. 89.

(5) Véanse *Los Césares*, traducidos por Spanheim, p. 68, 72, 73 y 209 de la edicion de 1728.

mil veces mas vigilias para aclarar este importante secreto, que para dilucidar un acontecimiento cualquiera de la Historia sagrada. Los unos pretenden que el *Arte de amar* provocó la cólera de Augusto, porque dicha obra habia corrompido á su hija Julia; y los otros dicen que, habiendo sido testigo Ovidio de un crimen imperial, fué estrañado para salvar así la reputacion de los culpables.

Sea de esto lo que fuere, Voltaire, que se inclina á la primera de estas opiniones, esclama: «¿Cómo es creible que Augusto, que escribió versos llenos de obscenidades, que todavía conservamos, desterrára á Ovidio á Tomes por haber dado, muchos años antes, á sus amigos copias del *Arte de amar?* ¿Cómo habia de tener cara para reprender á Ovidio por haber publicado una obra, escrita con algo de modestia, en una época en que aprobaba los versos en que Horacio prodiga todas las espresiones de la mas infame prostitucion (1)?»

«El *Arte de amar*, añade Weber, tuvo tan escandalosa aceptacion y boga, que Augusto quiso hacerle servir de pretesto para destierro del autor; y la prueba de que no fué mas que un pretesto, está en que Augusto permitia que los libros eróticos mas infames, como las *Milesiacas* de Arístides, la *Sibarítides* de Eubio, y las poesías obscenas de Filenis y Elefantis figuráran en las bibliotecas públicas, establecidas por él y Polion en la ciudad, y que estuvieran á disposicion de los lectores (2).»

Ovidio se mostró tan débil en su destierro, como audaz se habia ostentado en los desórdenes, y nunca Augusto tuvo adulador mas servil. Las cartas en que Ovidio, humillado y dando á Augusto pruebas de adoracion, solicita volver á Roma, son un monumento de los mas humillan-

(1) *Quæst. enciclop.*
(2) *Corp. poet.*, p. 541.

tes de la vileza de caractéres en la época mas gloriosa de la bella antigüedad. Tal fué Ovidio.

¿Qué os parece, pues, de ese *hombre honrado*, que pasó su vida sembrando la turbacion y la deshonra en las familias, y reduciendo á sistema una ciencia de la cual da hartas lecciones la naturaleza corrompida? ¿Qué os parece de ese *grande hombre*, que fué constantemente esclavo vil de las pasiones mas vergonzosas, y de ese *anacoreta* que no bebia mas que agua y estuvo siempre embriagado por el deleite? Al pensar, señora, que es uno de los maestros admirados por la juventud cristiana, acordaos de la máxima de Sócrates antes de ahora citada.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XII.

Virgilio: elogio histórico.

Roma 8 de Febrero.

SEÑORA:

Vuestros hijos pasaron desde la escuela de Ovidio á la de Virgilio, uno de los mas eminentes santos de la antigüedad. Publio Virgilio Maron, llamado por el P. Galluzzi, de la Compañía de Jesus, el *altar de la sabiduría*, es á sus ojos una especie de arca de la alianza, á la cual solo pueden tocar los mas sublimes mortales, es decir, los filósofos: es el mas perfecto de los poetas, teólogo sublime y ascético perfecto Su compañero el P. Rapin le llama genio admirable, en el que todo es grande, justo, oportuno y acabado, mayor aun que el espíritu humano, igual á la naturaleza: refiere los amores de Eneas y de Dido, con tal reserva, que no deja que observar nada de lo esencial al deber y á la honestidad (1). Para el P. Tomassino, del Oratorio, es un respetable doctor, que enseña la existencia de Dios y de los ángeles, que nos dice que todos los grados de luz y de sabiduría nos los envia el cielo, y que los hombres mas virtuosos y agradables á Dios (2) se

(1) *Comparacion*, etc., p. 17.
(2) Como Eneas, por ejemplo.

duermen algunas veces y necesitan que Dios los despierte; que profesa una teología llena de grandes sentimientos favorables á la divinidad y á la religion (1). Segun Julio Escaligero, es el maestro de la vida activa y contemplativa (2); segun otros, un oráculo cuyos versos todos son sentencias y que no podemos leer sin hacernos buenos (3); y finalmente, para todos los profesores es el *Virgilio casto;* casto en sus costumbres, hasta el punto de haberle dado el epíteto de virginal (Parthenius), y casto en sus escritos, tanto que Virgilio es el único entre los demás poetas del siglo de Augusto, cuyas obras tienen el privilegio de hallarse íntegras en manos de los jóvenes.

No se tolera que se critique su persona ni sus obras, y si alguno se toma esta libertad, la república literaria se cubre de luto, llora y gime como lo haríamos nosotros si se hicieran ultrajes á alguno de nuestros santos; y despues de haberse enojado con el abate de Fontaines, se consuela piadosamente diciendo con Baillet: «Para los poetas desgraciados es un gran consuelo el ver al jefe de su profesion víctima de contradicciones (5).»

¿Qué va á ser de mí, señora, si me permito desvanecer las nubes de incienso de que Virgilio se halla rodeado, y mostrároslo tal cual fué y tal cual es? Solo la historia puede defenderme, y por lo tanto, poniéndome bajo su escudo, principio dando cuenta de una malhadada carta de Plinio el jóven, poco conocida y menos estimada en

(1) *Manera de estudiar*, etc., primera parte, lib. II, c. VIII.

(2) *Poetic.*, lib. III, c. II.

(3) Landin, *Alleg. platon.*, in 12.°, Æneid., *Jug. des sav.*, p. 192.

(4) «Otros, dice Malebranche en sus *Investig.*, lib. II, c. IV, han descubierto en Virgilio una porcion de bellezas en las que sin duda no pensó jamás.»

(5) *Jug. des sav.*, p. 87.

la república literaria, por la sencilla razon de que descorre el velo que cubre al gran poeta latino de la bella antigüedad.

Ante todo conviene indicar que el virtuoso Plinio se entretenia en c mponer poesías tan obscenas que escandalizaban á los mismos Romanos; que asistia á espectáculos de repugnante lubricidad, y que se complacia en leer versos sotádicos, especie de poesía tan infame que Quintiliano consideró como ignominioso el fijar solo las reglas para su composicion (1). Uno de sus amigos, ó sea Ariston, le escribió haciéndole presente el mal efecto que hacian en el público sus versos y conducta, y Plinio le dirigió en contestacion la siguiente carta: « Verdad es que algunas veces escribo versos poco castos, asisto á los espectáculos mímicos, leo los líricos y comprendo los *sotádicos* (2). Poco me importa la opinion que tienen acerca de mis costumbres los que ignoran que los personajes mas sábios, graves y *santos* compusieron versos de aquella clase; y me glorío de que, los que conocen los nombres y el número de mis modelos, me perdonarán fácilmente que me estravie imitando su conducta (3). No quiero nombrar á nadie entre los vivos para que no se crea que adulo (4);

(1) Los versos *sotádicos* debieron su origen á Sotades, poeta licencioso, á quien Marcial afeó con el nombre de *Cinedo* (v. 2, epig. 86). Quintiliano habia dicho que aquel género de poesía era tan obsceno que no era conveniente el enseñar las reglas para componerlos: 1, 8, 6. *Advertencia de la trad. de Panckoucke.*

(2) Facio nonnumquam versiculos severos parum, specto mimos, et lyricos lego et sotadicos intelligo. — Epist., lib. 5, epist. 8.ª

(3) Nec vero molesto fero hanc esse de moribus meis existimationem, ut qui nesciunt talia doctissimos, gravissimos, sanctissimos homines scriptitasse, me scribere mirentur, ab aliis autem quibus notum est quos quantosque auctores sequar, facile impetrari posse confido ut errare me sed cum illis sinam. —*Ibid.*

(4) Esto quiere decir que era objeto de vanidad el hacer lo que se le reprendia á Plinio.

pero no creo que deba avergonzarme de hacer lo que Ciceron, Cayo Calvo, Asinio Polion, Messala, Hortensio, Bruto, Sila, Cátulo, Scévola, Sulpicio, Varron, los Torcuatos, Memmio, Léntulo, Getúlico, Séneca, y en nuestros dias Virginio Rufo, hicieron y practicaron.

»Si no bastan los ejemplos de los particulares, citaré al divino César, al divino Augusto, al divino Nerva y al divino Tito. No haré mencion de Neron, pues si bien un gusto no deja de ser legítimo porque sea algunas veces peculiar de hombres malvados, es indudable tambien que hay cosas que son honrosas por el mero hecho de haber dado ejemplo de ellas los *hombres de bien*. Entre estos merece ser citado con preferencia Publio Virgilio, Cornelio Nepote, y antes de estos Ennio y Accio. Verdad es que no eran senadores, pero la *santidad de costumbres* no admite distincion ni gerarquía (1).»

¡Qué cinismo, pero qué revelacion tan importante! Todos aquellos santos de la antigüedad fueron unos infames y corruptores, y al frente de ellos figuraba Virgilio *(inter quos præcipue numerandos P. Virgilius)*. Plinio el jóven celebró en sus versos á los adolescentes y cantó todas las torpezas del amor deshonesto (2); y lo mismo habian hecho los sapientísimos y santísimos personajes que cita, ¡y mas que todos el santísimo Virgilio! Muchos profesores, eclesiásticos y legos, se escandalizarán al leer semejante juicio; y vos misma, señora, os admirareis, pues nunca oisteis hablar del cisne de Mántua en este sentido,

(1) Sed ego verear ne me non satis deceat quod decuit M. Tullium, etc. Honesta manere quæ sæpius á bonis fiunt. Inter quos præcipue numerandus P. Virgilius, Cornelius Nepos, et prius Ennius Acciusque. Non quidem hi senatores: sed sanctitas morum non distat ordinibus.—Ibid.

(2) *Epist.*, lib. VII; *epist.* 4, *ad Pontium*.

y por lo tanto se me preguntará en qué se funda aquel. La historia responderá por mí.

Ella nos dice desde luego que semejante revelacion estriba en el testimonio de Plinio, testigo harto competente y cuya declaracion no puede tachar nadie en la actualidad: nos dice despues que se funda en el conjunto de los hechos contemporáneos, pues en la bella antigüedad, lo mismo en Roma que en la Grecia, no era menos comun el amor á los adolescentes que á las doncellas, en lo cual Plinio está enteramente de acuerdo con San Pablo (1); y os dice, por último, que la afirmacion de Plinio está probada por los escritos y vida de Virgilio.

Entre los libros inmundos que nos legó el Paganismo, hay uno mas inmundo que todos, intitulado las *Priapeyas*. Ahora bien, los comentadores mas acreditados se lo atribuyen á Virgilio (2); pero si es dudosa la paternidad de Virgilio en esta parte, no lo es la de las *Eglogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*, y con documentos á la vista se ha probado que las primeras estan plagadas de obscenidades, y que las segundas, segun palabras de Ménage, abundan en cosas deshonestas (3).

La Eneida misma canta y celebra infamias tales que causan gran rubor. La epopeya del casto Virgilio es en ciertos pasajes tan lasciva y peligrosa, segun opinion de un hombre inteligente en la materia, que es imposible aconsejar á las que quieran ser seducidas otra lectura mas propia para encender en su corazon el fuego del amor

(1) Véase la *Epist. á los Rom.* Ateneo, Luciano, Baile, art. *Virgilio*, y todos los historiadores.

(2) Reliquit autem Virgilius Priapeia, lascivum admodum carmen.—*Cattaneo in Plinium, epist.*, lib. V; epist. *ad Arist.*, p. 290, edic. en 4.°, 1601. —Donato y Servio afirman lo mismo.

(3) Véanse nuestras *Cartas al obispo de Orleans*, y el *Anti-Baillet*, t. I, p. 229.

deshonesto. El que esto dice es Ovidio. Este gran profesor de libertinaje quiere que sus discípulas tengan en sus librerías y en sus tocadores la *Eneida* de Virgilio, al lado de las obras mas corruptoras de la antigüedad griega y latina, y que lean el libro cuarto de aquel poema: recomendacion supérflua, pues ya en el siglo de Augusto buscaba en él su alimento la concupiscencia y era el que con mas avidez se leia (1).

No solamente puede la Eneida ser funesta para las doncellas y casadas, sino tambien para los jóvenes, pues San Agustin confiesa que ella le hizo perder su inocencia; y por lo tanto tenia razon mil veces el P. Possevin, uno de los mas ilustres varones de la compañía de Jesus, para decir: «Preciso es estar ciego para presentar la Eneida á los niños como modelo, y nunca he podido comprender que se les esplique el libro VI (2),» aunque menos peligroso que el IV. No diré nada mas acerca de la obra maestra del casto Virgilio, de la cual tengo intencion de daros algun dia un análisis, así como de la *Iliada* y *Odisea* del divino Homero.

Volvamos ahora á las *Eglogas* que vuestros hijos habrán de esplicar al mismo tiempo que las *Metamorfosis* de Ovidio. Virgilio, fiel al espíritu de la doble escuela á que pertenecia, canta en sus *inocentes pastorales* á las doncellas y á los adolescentes. Por lo que hace á las primeras Ovidio halla á Virgilio tan culpable como él, y se

(1) Nec legitur pars ulla magis de corpore toto
Quam non legitimo fœdere junctus amor.

De arte amandi, lib. III, 330; *Eleg.*, lib. II; *Eleg. unic.*, v. 497 y siguientes.

(2) Quamvis certe numquam mihi probatum fuerit ut adolescentibus prælegeretur.—*Biblioth. selecta*, etc., p. 501, Romæ, 1592.

queja de ser esclusivamente castigado por un crímen de que era tambien reo el favorito de Augusto (1).

Por lo que respecta á los segundos, todo el mundo literario conoce el *Formosum pastor*, una de las mas infames composiciones de la poesia latina. «Nada hay, dice un autor moderno, que mejor demuestre el imperio que ejercia el politeismo en los sentimientos é ideas de los antiguos que la publicacion de la égloga II de Virgilio, quien seguramente no habria dado á luz semejante produccion si no hubiera sabido que habia de ser bien recibida por muchos... Si ha de servir de disculpa para Horacio, diremos que Virgilio y Tibulo, sus amigos, fueron aun menos decorosos y reservados (2).» Por mas, señora, que me sea repugnante, os voy á hacer leer ciertos detalles de la referida égloga II, pues conviene que sepais, como todas las madres, el pasto intelectual que da á vuestros hijos la educacion clásica, y la manera que tiene de desarrollar en ellos los gérmenes sagrados de las virtudes que infundió en sus almas el bautismo.

Virgilio se habia dado á conocer por medio de diferentes composiciones poéticas, como fueron las *Priapeyas*, el *Mosquito*, las *Eglogas* y las *Geórgicas*. Mecenas fué su protector, y admitido despues á la mesa y familiar trato de Augusto y de su ministro, no tardó mucho en nadar en riquezas. Entre otros regalos le hizo Mecenas el de un jóven, que despues de haber sido sus delicias, vino á ser las de Virgilio (*delicias domini*). El fué el hermoso jóven á quien dió el nombre de Alexis, dándose á sí mismo el de

(1) Phyllidis hic idem teneræque Amaryllidis ignes
Bucolicis juvenis luserat ante modis.
Nos quoque jam pridem scripto peccavimus isto;
Supplicium patitur non nova culpa novum.
Eleg., ubi supra.

(2) Walckenaer, *Vida de Horacio, ubi supra.*

Coridon, y aquella infeliz víctima de su vergonzosa lubricidad es la que Virgilio celebra en su égloga. ¡Escelente asunto de traduccion para niños cristianos! La posesion de aquel tesoro escita de tal modo la vena poética del casto Virgilio, que hace pedazos sus instrumentos rústicos y renuncia á la poesía pastoril para embocar la trompa épica y componer la *Eneida*. Por haber Elena inflamado á Homero, tenemos la gran epopeya de los Griegos, y por haber Alexis inflamado á Virgilio, tenemos la gran epopeya de los latinos. ¿No os parece que debe ser muy pura, noble y sobre todo á propósito para la instruccion de la juventud cristiana, la poesía que busca sus inspiraciones en tales objetos?

Me urge, señora, daros la prueba de lo que establezco: felizmente para mí yo no soy mas que traductor de los autores paganos; pues, si así no fuera, correria gran riesgo de incurrir en escomunion lega y acaso en eclesiástica tambien. Encomiando Marcial la generosidad de Mecenas con los poetas de su época, y con Virgilio en particular, refiere el efecto que producia para escitar su inspiracion poética. Insiste sobre todo en el regalo que hizo Mecenas á Virgilio del jóven Alexis, añadiendo que desde esta ocasion entró en la carrera de la poesía heróica. « Recibe estas riquezas, le dijo Mecenas, y procura ser el mas eminente de los poetas; ama tambien á nuestro Alexis, el mas hermoso de cuantos me servian á la mesa, y el que con su mano, blanca como el mármol, me presentaba las anchas copas en que bañaba sus labios de rosa, dignos de los ósculos de Júpiter. » Admirado entonces el poeta renunció á cantar los pastores y los campos, y poco tardó en concebir la *Eneida*.

Excidit attonito pinguis Galatea poetæ,
Thestilys et rubras messibus usta genas:

Protinus Italiam concepit et arma virumque
Qui modo vix culicem fleverat ore rudi (1).

Apuleyo refiere esto mismo, y no pone en duda la *virtud* del casto Virgilio con respecto á Alexis (2).

Imposible me sería decir aquí todo cuanto han ideado los adoradores de Virgilio para lavar la mancha que le deshonra. Los unos, como el buen P. Catrou, jesuita, han sostenido con gran formalidad que Virgilio habia recibido á Alexis en su compañía para enseñarle la música y la poesía, y que le amaba como un padre ama á su hijo; y otros, con Donato, al propio tiempo que reconocen el amor que Virgilio profesaba á Alexis, pretenden justificarle comparándole con el de Sócrates á Alcibíades. La esplicacion caritativa del padre Catrou es una inocentada que no merece contestarse, y la de Donato una torpeza que le confunde: «Dícese, escribe, que Virgilio amaba á los adolescentes; pero los *buenos* han pensado siempre que los amaba como Sócrates á Alcibíades (3). » Ahora bien: veinte autores nos revelan la clase de amor que á Alcibíades profesaba Sócrates (4), y de ellos solo citaremos á Cornelio Nepote, uno de los oráculos de los colegios: « Alcibíades, dice, fué amado en su juventud, *al uso de los Griegos*, por un gran número de personas, y entre otras por Sócrates (5). »

(1) *Epig.*: lib. VIII, *epigr.* 56.

(2) Quanto modestius tandem Mantuanus poeta qui ibidem, ut ego, puerum bucolico ludicro laudans, et abstinens nominum, sese quidem Corydonem, puerum vero Alexim nominat. — *Apul., edit.* Panckoucke, 1838, p. 25.

(3) Fama est eum libidinis pronioris in pueros fuisse; sed boni ita eum pueros amasse putaverunt ut Socrates Alcibiadem. — Donat., *In vit. Virgil.*

(4) Véase el *Socrates sanctus pœderasta* de Jo. Matth. Guesner, in 8.°, 1789.

(5) Ineunte adolescentia amatus est à multis more Græcorum, in eis à Socrate. — *Vit. Alcib.*, c. II; edit. Perisse, 1844.

Digan lo que quieran Donato y los *inocentes* adoradores de Virgilio, todo el mundo sabe lo que era el amor griego; y por consiguiente queda bien consignado que en Virgilio, pederasta y padre de la pederastia, tienen los niños cristianos por profesor y guardador de su inocencia á un hombre que haria ruborizar á nuestros presidiarios.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XIII.

Ciceron: elogios.

Roma 9 de Febrero.

SEÑORA:

Hasta aquí he sido siempre desgraciado, pues entre todos los santos de la bella antigüedad no he hallado un solo hombre de bien; pero sin duda el de quien voy á hablaros, y que es el mas célebre de los que figuran en los colegios, será en esta parte una escepcion. Apenas bastarian muchos tomos en folio para copiar los elogios prodigados á Ciceron de cuatro siglos á esta parte; pues él solo ha recibido de la república literaria mas que los que ha tributado á todos los doctores de la Iglesia; y para que os envanezcais con la idea de tener á vuestros hijos en la escuela de aquel divino maestro, voy á referiros algunos.

Ya en la aurora misma del Renacimiento esclamaba Erasmo, sacerdote y religioso: «Desde que voy acercándome á la vejez, esperimento mas placer en leer á Ciceron que en los primeros años de mi vida. No es solo el giro divino de su estilo lo que me encanta, sino su *moral* y la *santidad de su corazon*. El ha inspirado mi alma y mejorado mi ser, y por lo tanto no vacilo en instar á nuestra juventud á que lea sus obras y las aprenda de memoria (1).»

Sadolet, obispo y cardenal, escribia en aquella misma época las siguientes palabras á un jóven, que estaba desti-

(1) *Epist. ad Jo. Vlatt.* — In Cicer., *Quæst. tuscul.*

nado al estado eclesiástico: «Debes leer á Ciceron ahora, en lo sucesivo y siempre; y no solo leerle, sino devorarle y absorberle por todos los medios y por todas tus potencias..... No hay virtud que no se halle en él, y que en él no brille, y es, por decirlo así, un torrente que inunda al lector con todo género de goces (1).»

Algunos años despues Dionisio Lambin, célebre profesor de la Universidad de París, declara que Ciceron es el oráculo universal del mundo, el manantial inagotable de todas las ciencias, el maestro obligado del jóven y del anciano, del pobre y del rico, del militar y del paisano, del soldado y del jurisconsulto, de los reyes y de los sacerdotes; que no hay entre los millones de personas que viven en el globo una sola, de cualquier edad, país y condicion que sea, que no pueda hacerse mejor y mas sábia en la escuela de Ciceron (2). Lambin agrega á los elogios de las obras la canonizacion del autor. «Ese Ciceron, dice; ese hombre *el mas sábio, el mas elocuente, el mas integro, el mas casto y el mas santo de todos*, es el que presento al público: *Hunc igitur illum Ciceronem doctissimum virum, eloquentissimum, integerrimum, castissimum, sanctissimum, in publicum edendum curavi* (3).

El R. P. Causin, jesuita, profesor no menos célebre que Lambin, enseña á la juventud del siglo XVII que en el mundo latino solo hay *un* buen maestro de elocuencia, es decir, que nada valen, comparados con él, todos los oradores profanos, y mucho menos los oradores y autores cristianos como Lactancio, S. Leon, S. Gregorio y S. Bernardo. Por consiguiente quiere que los maestros tengan el

(1) Hic enim tibi et nunc, et postea et semper legendus est; nec legendus solum sed omnibus intimis sensibus et modis devorandus, etc.—*De puer. instit.*

(2) Cic., *Vit. ad Car. IX, fr. reg.*, p. 273.

(3) *Ibid.*

mayor cuidado en destilar gota á gota las doctrinas de Ciceron en el alma de los niños: *In latinis unus est Cicero qui certissimus dux ad eloquentiam esse possit: quem ideo adolescentulum mentibus instillari quam studiosissime oportet* (1).

El P. Brunet habla como su compañero, aplaude el elogio de Lambin, y añade: ¿A qué me esfuerzo en balbucear las alabanzas de tan *grande hombre?* Para elogiar á Ciceron era preciso que uno fuera Ciceron mismo. ¿Qué diré de sus obras filosóficas, en las cuales trata tan ámpliamente y con tanta elegancia las cuestiones mas importantes, que no se sabe qué es lo que más se aprende en ellas, si el arte de bien decir ó la ciencia de la *naturaleza y de las costumbres?* ¿Dónde habrá palabras bastantes para elogiar el tratado *De officiis*, que segun Plinio no debe dejarse nunca de las manos, y antes bien debe aprenderse de memoria? *Quos non modo de manibus nunquam deponendos, sed addiscendos etiam Plinius censet* (2).»

El mismo panegírico pasa de generacion en generacion. Lo que los jesuitas de los siglos XVI y XVII enseñaban acerca de Ciceron, lo repiten los del siglo XVIII á los jóvenes confiados á su piadosa solicitud: «Marco Tulio Ciceron fué uno de esos genios superiores *que el cielo deja ver raras veces en la tierra*. El reunia *en grado eminente* los talentos que hacen estimable al hombre de Estado y al literato. Todos los grandes genios que la Grecia vió nacer en su seno, parecian reunidos y confundidos en su persona..... ¿Dónde hay hombre sin defecto? A este solo se le tacha de escesiva vanidad en la fortuna próspera, y de demasiado abatimiento en la adversa; y sin embargo, supo borrar esta última *preocupacion* por medio

(1) *De eloquen.*, lib. III, p. 169, *edic.* de 1636.
(2) *Juvent. sancta*, 1664, in 4°, p. 765-809.

de la constancia que mostró en la escena que terminó sus dias (1).»

Los discípulos de tan respetables maestros, convertidos despues en ciudadanos de la república literaria, repiten ante el público, bajo la palabra de aquellos, los elogios de Ciceron. Voltaire, apasionado por tan grande hombre y eminente santo, admirado por él en el colegio, considera como un deber el hacerlo popular en el mundo. Los jóvenes no necesitan que los entusiasme, pero teme que sus hermanas no conozcan como es debido al libertador de la república, y que no le reserven en su estimacion el lugar que se merece. «Hemos tenido por objeto, dice en el prefacio de *Catilina*, dar á conocer á Ciceron á las jóvenes..... Se enseña con respeto la casa en que aquel vivió; su nombre lo pronuncian los labios de todos, y en manos de todo el mundo estan sus obras. Los que ignoran quién era en su patria el jefe de la magistratura hace cincuenta años, saben en qué época estuvo al frente de los Romanos el ilustre Ciceron. Las obras de este grande hombre sirven para nuestra educacion literaria, pero no se sabia *hasta qué punto era respetable su persona;* y las luces que hemos adquirido, nos han enseñado á no comparar con él á *ningun hombre de cuantos se han ocupado en la ciencia de gobierno y aspirado á la elocuencia*. César era un hombre eminente; pero *Ciceron fué un hombre virtuoso* (2).»

La opinion se va formando, estendiendo y consolidando. «Ciceron, dice el académico Thomas, virtuoso en un siglo de crímenes, defensor de las leyes en medio de la anarquía, republicano entre los grandes que se disputaban el derecho de tiranizar y oprimir, se fijó mas bien en elo-

(1) *Hist. roman.*, por los PP. Catrou, Rouillé, etc.; t. XVIII, p. 79. — Véase tambien la *Bibliot. rhetor.*, pref., p. 5.

(2) P. 3, *edic.* de Palissot.

giar á los grandes hombres que en imitarlos (1).» «Si logro, dice otro escritor, dar una idea elevada del mérito de Ciceron, habré hecho un gran beneficio. *El hombre imita fácilmente lo que escita su admiracion*, y así creo que no es posible aficionarse á Ciceron sin concebir al propio tiempo afecto *á todo lo que es digno de elogio*..... Ni un solo acto de galantería se advierte en la vida de Ciceron, y su carácter fué un ejemplo vivo y brillante de *todas las virtudes* (2).»

Los traductores de Ciceron añaden: «La instruccion pública y particular tiene por objeto formar hombres *sábios* y buenos ciudadanos, mas bien que hombres doctos; y se propone, para valerme de la espresion de Montaigne, forjar las almas antes que amueblarlas, aunque es verdad que las amolda y adorna á un mismo tiempo. *Sus medios son los ejemplos y principios de los antiguos* (3), *pues ofrecen un manantial rico y fecundo* (4)..... Tomando por guia á Ciceron, sobre todo en su tratado *De officiis*, *nadie se espone á errar ni á estraviar á la juventud*..... Esta obra es, por confesion de todos, uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad. Las reglas que da en ella Ciceron para el modo de conducirse en la vida son tan profundas y estensas, que en ella se encuentra una *moral completa* y tan pura, que apenas habrá cristiano que pueda sostener el exámen de su corazon por dichas reglas..... ¿Quién no se figurará que Ciceron es un cristiano, y de los mas perfectos y santos (5)?»

Sus elogios los reproducen hoy tambien las obras mas clásicas: «Se le ha echado en cara á este grande hombre

(1) *Ensayo sobre los elogios.*
(2) Middleton, *Vida de Ciceron*, pref. y t. IV, p. 345.
(3) ¿Y se nos ha refundido á imágen de la antigüedad?
(4) ¿Y el Evangelio? ¿Y el Cristianismo?
(5) Barret, tradue del trat. *De officiis.*

cierta debilidad de carácter y una vanidad escesiva, pero no es posible negarle ninguna *de las virtudes* que constituyen un buen *ciudadano*. Ciceron contribuyó muchísimo, como filósofo distinguido, á introducir en Roma la filosofía de los Griegos.»

Los periodistas, hijos de su educacion de colegio, se enojan contra los que no adoran á Ciceron, y jurando *in verba magistri*, esclaman con una seguridad que parece conviccion: ¿Qué diferencia existe entre la moral de Ciceron y la de Jesucristo? El tratado *De officiis* es la obra de moral mas perfecta de cuantas ha trazado la mano del hombre. Ciceron era *el mejor, el mas honrado y el mas amable de los humanos*. Podrán achacársele errores; pero no *bajezas*, ni capitulacion alguna contraria al honor ni á los principios, ni ninguna apostasía política. Para amar á Ciceron y admirarle, basta leer, estudiar y comprender sus escritos (1).»

Ved aquí, pues, señora, una ligera muestra de los elogios que de cuatro siglos á esta parte se han tributado en la Europa cristiana á M. T. Ciceron. El es *el oráculo universal del género humano; el mas eminente de los oradores; el mas distinguido de los filósofos; el mas hábil de los hombres de Estado; el verdadero padre y maestro de la juventud; el modelo de todas las virtudes; el mejor, el mas honrado y mas amable de los hombres; y un cristiano, en fin, y de los mas perfectos y santos*. Si se esceptuan los milagros, *que son poca cosa*, ¿qué mas hallais en las bulas de canonizacion? ¿Por qué, pues, no incluís á Ciceron en la letanía, y le decis como Erasmo á Sócrates: *Sancte Cicero, ora pro nobis?*

Sin embargo, ya sabeis que en los procesos de cano-

(1) Esta es la mejor prueba de que el autor no los ha leido, estudiado, ni comprendido. — M. Alloury, *Diario de los debates* del 4 de Setiembre de 1858.

nizacion no recae decision alguna, sino despues de verificado el juicio contradictorio. De aquí la necesidad de un defensor de la fe, vulgarmente llamado *abogado del diablo*. El nombre es poco lisonjero, si bien la mision es necesaria; y precisado yo á desempeñarla con respecto á Ciceron, procuraré llevarla á efecto en las siguientes cartas.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XIV.

Ciceron filósofo. — Su principio filosófico. — *Los Académicos.* — Su filosofía religiosa. — *El tratado de la naturaleza de los dioses.* — *Las Tusculanas.* *El tratado de la adivinacion.* — Su filosofía social.—Origen de la sociedad. — Doctrina del regicidio.

Roma 4 de Febrero.

SEÑORA:

Al anunciaros que litigaria contra Ciceron, me espliqué mal; pues en el proceso de su canonizacion, lo mismo que en el de la de todos los *santos de la antigüedad*, yo no soy ni quiero ser mas que relator; el abogado del diablo es la historia. Oigámosla, pues, y para proceder canónicamente, estudiemos á Ciceron bajo todos sus aspectos, es decir, como *filósofo*, como *moralista*, como *retórico*, como *orador*, como *hombre público* y como *mero* ciudadano.

CICERON FILÓSOFO.—El punto de partida y el fin de la filosofía de Ciceron es el escepticismo, y como buen discípulo de Carnéades, sostiene en todos sus escritos el prinpio de su maestro, de que el hombre no puede conocer nada con certeza, que para él todo está reducido á conjeturas, verosimilitudes y probabilidades cuando mas. En el libro intitulado *Los Académicos* espone su teoría filosófica, resumiéndola en estos términos: «Me inclino siempre á

la opinion de mi padre, que decia ser la de Carnéades, y creo que no es posible tener nocion cierta de nada: *Sententiæ, nihil esse quod percipi possit, vehementer assentior.* Este es tambien el parecer de la Academia: *Ista Academiæ est propia sententia* (1).»

Semejante principio es el alma de todas las obras filosóficas de Ciceron, el cual, para justificarlo y difundirlo, cuida de ponerlo en práctica, y su método se reduce á hacer que luchen entre sí los diferentes sistemas; mas, despues de haber asistido hasta el fin á tales justas filosóficas, no pregunteis á Ciceron qué es lo que opina de ellas, pues Marco Tulio no deduce en esta parte consecuencias: «Yo soy, dice, discípulo de la Academia, y esta tiene por costumbre disputar y no sentar ninguna conclusion: *Mos patrius Academiæ adversari semper in disputando* (2).»

Notad, señora, que Ciceron no aplica su funesto principio á verdades poco importantes, sino á los mismos dogmas que sirven de fundamento á la religion y á la sociedad: «En estas materias, dice, lo verdadero y lo falso suelen estar amalgamados de tal manera, que la adhesion completa á una verdad es siempre un acto temerario. ¿Qué es lo que sabemos con certeza respecto al bien y al mal? *¿Quid habemus in rebus bonis et malis explorati* (3)?»

Despues de discutir largamente en el *Tratado de la naturaleza de los dioses* sobre la divinidad, su existencia, naturaleza y providencia, y de haber defendido ó hecho defender el pro y el contra, concluye diciendo: «En las cuestiones que hemos entablado, me he circunscrito á simples discusiones, sin permitirme emitir juicio alguno. En este estado nos separamos, Veleyo en la persuasion de

(1) Lib. II, *c. ultim.*
(2) *De orat.*, lib. I, c. XVIII.
(3) *Acad.*, 13, 24, 26, 28, 33, 42.

que Cotta se habia aproximado á la verdad, y yo en la inteligencia de que Balbo se habia acercado mas á la verosimilitud: *Hæc cum essem dicta, ita discessimus, ut Vellejo Cottæ disputatio verior, mihi Balbi ad veritatis similitudinem esse propensior* (1).»

¿Habla Ciceron en sentido mas afirmativo acerca de la inmortalidad del alma? Veamos. Escribiendo á Catón, dice que cree en ella, que esto hace su felicidad y que nada habrá capaz de apartarle de semejante creencia (2). En otra ocasion escribe en *Las Tusculanas* escelentes páginas en favor del mismo dogma. Sin embargo, añade despues, «no se os figure que al oirme á mí, escuchais á Apolo en su trípode, ni vayais á tomar lo que digo por dógmas indubitables, pues yo busco la verosimilitud sin que mis conocimientos puedan aspirar á mas: *Probabilia conjectura sequens: ultra enim quo progrediar, quam ut veri videam similia, non habeo* (3).»

Ciceron, despreciando la tradicion del género humano, que general y constantemente ha creido en las penas y recompensas futuras, toma su razon por guia y solo admite dos hipótesis acerca del estado del alma despues de la muerte, á saber: la felicidad ó el aniquilamiento. «La muerte no tiene nada que la haga temible, pues ó es el principio de la felicidad ó la nada: *Aut in æternam et plane nostram domum remigremus, aut omni sensu molestiaque careamus* (4).»

Ciceron olvida la tercera hipótesi, ó sea la de una desdicha eterna, motivo importante para temer la muerte. Digo mal; Ciceron la conoce, pero se burla de ella y la

(1) Lib. III, c. *ultimo*.
(2) *Ad Cat.*, 23.
(3) Lib. I, c. IX.
(4) Id., lib. I, c. XLIX.

impugna muchas veces, como que su recuerdo le importuna; y para alejarla de su pensamiento emplea (cosa notable) los mismos sofismas que sus admiradores los incrédulos de nuestros dias. «El poder á quien debemos nuestra existencia, dice, no se tomó la molestia de criarnos y conservarnos la vida para reducirnos á una muerte seguida de una desgracia eterna, despues de habernos hecho esperimentar todas las miserias de este mundo: *Nec id gimneret aut aleret, quod, cum exaltavisset omnes labores, tum incideret in mortis malum sempiternum* (1).»

En otro lugar añade: «El decir que los muertos son dignos de lástima, es querer que hayamos nacido para una desdicha sin límites..... ¿No es verdad que os infunde terror la imágen de los infiernos? Un cancerbero de tres cabezas, las inquietas olas del Cócito, el paso del Aqueronte y los jueces inexorables son sueños, en los cuales no creais que vaya yo á engolfarme, pues es muy fácil probar que los tormentos de los infiernos son meras visiones de la imaginacion, y no creo que en ellos haya nadie (2).»

Preocupado Ciceron con esta idea, que parece perseguirle como una pesadilla, no solo la rechaza en sus tratados de filosofía, sino que la combate tambien en sus cartas familiares, en sus arengas y en sus tratados de moral. «No veo mas recurso, dice, que tener paciencia, puesto que la muerte es el aniquilamiento de todas las cosas: *Cum omnium rerum mors sit exterminium* (3).»

Defendiendo á Cluencio, acusado de haber asesinado á Oppiniaco, y condenado á la pena de destierro, dice: «Si Cluencio abrigaba un odio implacable hácia Oppiniaco, no debia desearle larga vida. ¿Habria de adelantar el

(1) Lib. I, cap. XLIX.
(2) Id., c. VI.
(3) *Epist. famil.*, 21.

enemigo de Oppiniaco una muerte, que era el único término de sus infortunios? ¿Qué mal, en una palabra, ha podido resultarle de dejar de existir? Ninguno, á menos que, dejándonos guiar de simplezas y cuentos pueriles, vayamos á creer que está sufriendo en los infiernos los suplicios de los impíos: *nisi forte ineptiis et fabulis ducimur, ut existimemus illum apud inferos impiorum supplicia perferre.* ¿Si, pues, todas estas cosas son otras tantas falsedades, como todos lo conocen, qué le ha quitado la muerte mas que la sensacion del dolor? *¿Quæ si falsa sunt, id quod omnes intelligunt, quid ei tandem mors eripuit præter sensum doloris* (1)?

Igual doctrina hallareis en los tratados de la *Vejez* y de la *Amistad* (2).

No creo necesario, señora, haceros notar lo peligroso é inconsecuente de semejante doctrina, porque el separar el dogma de la inmortalidad de la idea de las penas futuras, es quitar el freno á todas las pasiones, hacer irresponsable al malvado y marchar derechos al ateismo. Si existe un Dios, este tiene que ser sumamente perfecto, y por lo tanto sumamente bueno y justo. Como bueno, debe recompensar con magnificencia á los buenos; y como justo, debe tambien castigar con terribles penas á los malos. ¿Si el ser la filosofía de Ciceron tan apreciada por los hombres de letras de nuestra época consistirá en que niega el castigo de la otra vida?

La negacion, pues, y la duda constituyen en resúmen la filosofía de Ciceron por lo que respecta á Dios y al hombre, es decir, á las bases mismas del órden moral. Veamos ahora si tiene acerca del mundo ideas mas fijas y

(1) N. 61.

(2) *De senect.*, 3, 7, 9, 18. — *De amicit.*, 3 y 4.

exactas. ¿Ha sido criado el mundo, ó existe *ab œterno?* ¿Le dirige una Providencia infinitamente sábia, ó se gobierna por sí mismo? Nada de esto sabe Ciceron. «¿Podemos, dice, al ver el espectáculo que nos presenta el universo, dudar que existe un Ser que ó ha formado el mundo, supuesto que haya sido creado, segun opina Platon, ó que le dirige y gobierna, dado caso que, segun la opinion de Aristóteles, exista desde la eternidad (1)?»

No vayais á figuraros que Ciceron cree en alguna de estas dos opiniones, pues él mismo ruega que no se le impute semejante pecado contra el escepticismo que profesa. «Como la Academia, dice, tiene el sistema de no enunciar su parecer sobre ninguna cosa, nosotros seguiremos esa costumbre tomada de Sócrates: *Tenebimus hanc consuetudinem ex Socrate traditam* (2).»

Insistiendo en otra ocasion en esta duda relativa á la creacion del mundo y á la Providencia, dice: «No se debe atribuir *á Dios, mas bien que á la naturaleza*, todo lo que observa un curso regular y constante; pues, como decia Crisipo, si una casa es hermosa, desde luego comprendemos que ha sido edificada por hombres y no por ratones; por consiguiente debemos suponer que el mundo es la mansion de los dioses.—Así lo supondria, respondió Cotta, si creyera que el mundo ha sido creado y no *formado* por la naturaleza, como os lo habré de enseñar. — Yo escuchaba, oh Balbo, con placer lo que decias de la armonía del mundo, pero sin admitir por esto un *espíritu* que la conserve, pues se sostiene y existe *por las fuerzas de la naturaleza* y no de los dioses: *Permanet naturæ viribus, non deorum* (3).»

(1) *De Divinat.*, c. LXXII.
(2) *De nat. deor.*, lib. III, c. II.
(3) *De nat. deor.*, ibid.

Despues de consignar la duda respecto de la creacion, la consigna tambien respecto de la Providencia. «La casualidad ó Dios, escribia á Atico, decidirán si hay un Ser que cuida de nosotros: *Sed de illa sors viderit, aut si quis est qui curet Deus* (1).»

Igual escepticismo le guia, como es natural, en materia de religion, pues en el libro intitulado *De divinatione*, dice, segun su costumbre, el pro y el contra, y concluye por ridiculizar toda especie de adivinacion por medio de los sueños, vuelo de las aves y demás: *Exploratur hæc quoque somniorum divinatio pariter cum cæteris* (2).»

Ciceron une las burlas á los argumentos contra los augures y arúspices y contra sus funciones, asegurando que dos de aquellos no pueden mirarse el uno al otro sin reirse. Debeis, pues, suponer con certeza que no cree en ninguno de ellos: de otra manera no sería escéptico. «En materia de religion, dice, no me fijo en la doctrina de Zenon, ni en la de Cleanto ó de Crisipo, sino en lo que dicen los grandes sacerdotes Coruncano, Escipion y Escévola; y oigo de mejor gana al *augur* Lelio que á ninguno de los jefes de la escuela de los estóicos. Nunca he creido que sea conveniente despreciar parte *alguna* de la religion del pueblo romano, y he pensado por el contrario que, habiendo sido fundadas á un tiempo nuestra república y nuestra religion, es preciso que esta mereciera y merezca *la aprobacion de los dioses;* pues de otro modo aquella no hubiera llegado á ser tan poderosa como ha sido. Estas son mis opiniones, y por lo que hace á nuestros antepasados me fio ciegamente en ellos, y sin que haya necesidad de que se me demuestre la razon de mi creencia: *Majoribus*

(1) *De nat. Deor.*, lib. III, c. II.
(2) *De dinat.*, lib. II, c. LXXII.

autem nostris, etiam nulla ratione reddita, credere (1).»

Para acabar en fin, señora, de edificaros, es preciso que sepais que Ciceron fué á par que sacerdote ordenado por Pompeyo y Hortensio, augur, en cuyo concepto, revestido con su traje sacerdotal y el *báculo* en la mano, practicaba con gran formalidad ante el Senado y pueblo uno de los géneros de adivinaciones de que se burlaba: *quo enim tempore me augurem à toto collegio expetitum Cn. Pompeius et Q. Hortensius nominarunt* (2).

De estas contradicciones y de otras muchas semejantes á ellas resulta que Ciceron era en materias religiosas un libre pensador, que sobre todo disertaba y en nada creia, y que en punto á dogmas y prácticas era, como todas las personas notables de su época, un gran cómico, para el cual la religion solo era un instrumento de reinado *(instrumentum regni)*. Por lo tanto los augures y arúspices con sus vanas ceremonias, de que Ciceron filósofo se burla, deben ser y son en efecto aquellos religiosamente respetados, y estas gravemente practicadas ante el pueblo por Ciceron sacerdote, doble papel que por una parte mantiene al pueblo en la sumision, y por otra hace omnipotente á la aristocracia vinculada en los grandes sacerdotes. ¿No os parece, pues, que Ciceron es un escelente maestro para jóvenes cristianos?

¿Es por ventura Ciceron un guia mas seguro en filosofía social? Desde la época del Renacimiento existe en Europa una filosofía, que considera la formacion de la sociedad como un hecho puramente humano; por consiguiente la sociedad, obra del hombre, descansa esclusivamente en la voluntad del hombre mismo, manifestada por medio de un contrato sinalagmático, en virtud del cual el género

(1) *De nat. deor.*, lib. III.
(2) *II Philipp.*, n. 11.

humano, de salvaje que era, se hizo sociable. Esta teoría, tan absurda como infame, reproducida por Maquiavelo y esplicada por Hobbes, vino á ser parte integrante de la filosofía volteriana, base de las obras de Rousseau y punto de partida de la revolucion francesa; y despues de haber hecho correr arroyos de sangre, concluyó por triunfar en París en la *fiesta de la naturaleza*, y por simbolizarse en todo el territorio de la república en el *árbol de la libertad*, siendo tambien hoy dia el alma de la revolucion.

Esa desastrosa teoría, igualmente contraria á las doctrinas de la fe y á las luces de la razon, es de orígen greco-romano, y vuestros hijos, señora, la leerán palabra por palabra en los escritos de Ciceron, que se la apropia, y parte de ella para elogiarse á sí mismo elogiando la elocuencia. «Hubo un tiempo, dice, en que los hombres, errantes por los campos como los animales, se alimentaban como ellos. La fuerza, mas bien que la razon, lo decidia todo; aquellos salvajes no tenian idea alguna de sus deberes para con la divinidad ni para con sus semejantes; no se conocia el matrimonio legal, ni nadie sabia quiénes eran sus hijos, ni se conocian las ventajas de la equidad. En medio de las tinieblas del error y de la ignorancia las pasiones ciegas y brutales esclavizaban las almas, y abusaban, para satisfacerse, de las fuerzas corporales, armas en estremo perniciosas.

»En aquella edad de barbarie apareció un hombre dotado de una sabiduría y virtud de primer órden, que reconoció cuán á propósito era el ingenio humano para las grandes empresas perfeccionándolo é ilustrándolo. Los hombres dispersos por los campos ú ocultos en el centro de los bosques, se juntaron y se reunieron despues en un mismo punto. El inspiró entonces inclinaciones honrosas y útiles en aquellos corazones feroces, que al pronto quisieron sacudir un yugo nuevo para ellos; pero que sensi-

bles á la elocuencia de la sabiduría, llegaron á civilizarse y á hacerse humanos (1).»

En la filosofía social de Ciceron hallamos otra teoría no menos falsa que la que acabamos de esponer, y acaso mas peligrosa todavía; es decir, la teoría del regicidio. Ciceron era republicano, como lo eran todos en su época, como lo han sido y como lo son todavía los hombres de los pueblos paganos. Privado del tribunal saludable establecido en las sociedades cristianas para juzgar en último recurso los altercados entre reyes y pueblos, el republicanismo antiguo no veia mas que el puñal entre el opresor y el oprimido. Este, pues, era la *ultima ratio* de Ciceron, y es preciso oir con qué calor recomienda y ensalza esa decision de la fuerza, con qué entusiasmo aplaude á los regicidas, y con qué devocion santifica el puñal teñido en la sangre de aquellos á quienes da el dictado de tiranos.

Acúsale Antonio de haber aconsejado el asesinato de César, y dice al saberlo lleno de entusiasmo: «Bruto, blandiendo sobre su cabeza el puñal ensangrentado, se dignó nombrar á Ciceron y atribuirse el honor de haber contribuido al recobro de la libertad (2).» Oid ahora su defensa: «Dices que César ha sido asesinado por consejo mio, y yo principio á temer, padres conscriptos, que sospecheis que he pagado á Antonio, no solo para celebrar mis elogios, sino tambien para que me atribuya otros ajenos. ¿Quién podrá asegurar que me ha oido nombrar entre los participantes de esa accion inmortal (*gloriossimi facti*)? Ellos no han necesitado de mis consejos; les ha bastado su amor á la república, y tanto para esta como para ellos mismos, ha sido una gloria el haberse hallado tantos en número.

(1) *De invent.*, lib. I, c. II.
(2) *II Philipp.*, c. II.

»Tú añades que Bruto con el puñal en la mano, teñido en sangre, nombró en alta voz á Ciceron su cómplice, (*eum conscium fuisse*), y yo voy á escribir á Bruto y á sus cómplices para que, en caso de que se les pregunte si es cierto lo que aseguras, no digan jamás que no, pues creo y tomo á Júpiter por testigo, que ni en Roma, ni en el mundo entero ha habido nada mas grande, glorioso y digno de grabarse eternamente en la memoria de los hombres. Tú, pues, me incluyes en esa gloriosa confederacion con esos héroes, como en el caballo de Troya, y yo consiento en ello y te doy además las gracias: *non recuso, ago etiam gratias*. La accion á que me asocias es tan bella, que el honor que me haces, es muy superior á la odiosidad que quieres hacer recaer sobre mí. Si la posteridad es agradecida y la historia justa, habrán de consagrar la gloria de dichos héroes por medio de un eterno recuerdo. Inclúyeme, pues, en el número de ellos: *adscribe me talem in numerum* (1).»

En sus cartas particulares no cesa de ensalzar á Bruto y Casio, llamándolos sus amigos, y dándoles el dictado de héroes y hombres divinos. No pudiendo hacer mas, los canoniza, añadiendo que la muerte justa del tirano le ha llenado de gozo inesplicable. «Tratais, escribe á Atico, de justificar á Bruto y á Casio, como si yo los condenára, siendo así que no creo haya palabras bastantes para elogiarlos. Celebremos los idus de Marzo que abrieron el cielo á nuestros amigos, hombres divinos. Si despues de haber muerto al tirano podemos matar la tiranía, me envaneceré con la idea de haber recobrado la libertad; pero si no lo logramos, nada habré ganado con variar de señor mas que haber visto por mis propios ojos al tirano asesinado como lo merecia (2).»

(1) *II Philipp.*, c. XIV.

(2) Véanse entre otros escritos las *Epist. famil.*, lib. XI, epist. V y VIII; libro XII, *Epist. II*; y una buena parte del libro XII, *Ad Cassium*.

Las muchas cartas dirigidas por él á los mismos asesinos, estan llenas de elogios parecidos á estos; pero he aquí lo que es mas grave todavía: la legitimidad del asesinato político es para Ciceron un dogma de su fe republicana, y acerca de él no son bastantes á hacerle variar de opinion ni la edad, ni el estudio, ni ninguna otra cosa. En una obra, fruto de su vejez, compuesta con toda la calma de la reflexion, para servir de regla de conducta á su hijo, vuelve nuevamente á la cuestion del regicidio, y trata de ella en estos términos: «¿Dónde habrá mayor crímen, se me dirá, que el matar, no á un hombre cualquiera, sino á un amigo? Sin embargo, el que mata á un tirano á quien ama y de quien es amado, no es culpable, y antes al contrario el pueblo romano considera una accion de esta especie como el colmo de la virtud. Entre nosotros y los tiranos no hay sociedad posible, sino un odio implacable y á muerte. La naturaleza os lega los despojos de aquel á quien tan glorioso es matar, y por consiguiente es un deber esterminar esa raza impía y feroz. Preciso es hacer que desaparezcan de la sociedad esos monstruos crueles revestidos de forma humana: *Ista in figura hominis feritas et immanitas belluæ, à communi tanquam humanitate corporis segreganda est* (1).»

Tales son, señora, algunas de las máximas sociales de Ciceron, y ya supondreis si son á propósito para contrarestar con buen éxito las teorías salvajes que nos amenazan, y si pueden considerarse como un específico escelente contra la epidemia del regicidio que ha invadido la Europa.

No me estenderé ya en tratar de la filosofía de Ciceron, pues éste, á decir verdad, carece de filosofía, en atencion á que en la mitad de sus obras dice *sí*, y en la otra mitad

(1) *De officiis*, lib. III, c. IV et VI; edic. in 8.°, 1818.

no, viniendo á dar por resultado *cero*. Su sistema se reduce á combatir todas las opiniones, á dejar el ánimo indeciso en las cuestiones todas, y á destruir sin edificar jamás; de modo que su filosofía merece este nombre, como el Protestantismo el de religion.

Ciceron, por otra parte, no tiene idea filosófica propia, atendido á que solo es eco de otros y nada mas. En sus esposiciones, mas ó menos completas, da á conocer á los Romanos la filosofía de los Griegos: *Philosophiam latinam fecit*, como se ha dicho de él, lo cual es para el mismo, segun sus modernos admiradores, un título de gloria ante la posteridad, y de agradecimiento por parte de su patria. ¿Me será permitido decirles que en Roma y en la familia misma de Ciceron no se creia esto así? Bien saben ellos que Caton echó de Roma á los filósofos, y especialmente á Carnéades, ídolo de Ciceron, porque el escepticismo de sus doctrinas atentaba al órden de la república, destruyendo las antiguas creencias del pueblo romano. Lo que tal vez ignoran es que el padre de Ciceron le decia á éste: «Nuestros Romanos de hoy son como los esclavos sirios, que cuanto mas griego saben, menos honrados son: *Nostros homines similes esse syrorum venalium: ut quisque optime græce sciret, ita esse nequissimum* (1).»

Mañana hablaré de Ciceron moralista.

Aceptad, señora, etc.

(1) *De orat.*, lib. II, c. LXVI.

CARTA XV.

Ciceron moralista. — Su principio filosófico sirve de base á su moral. — Esta carece de base, de regla y de sancion. — Es además incompleta, falsa, peligrosa y contradictoria. — Ciceron destruye toda moral y religion.

Roma 11 *de Febrero.*

SEÑORA:

CICERON MORALISTA. — La moral descansa en el dogma como el edificio en su base, y todo decálogo supone un símbolo, pues las costumbres no son mas que las prácticas de las creencias. Ciceron, como acabamos de ver, no tiene dogma fijo, y hasta se esfuerza en probar que el hombre sábio no puede ni debe tenerlo; para él todo está reducido en materia de creencias á conjeturas, verosimilitudes y probabilidades, y el pretender fundar sobre tales cimientos una moral fija y sólida, es querer escribir en el agua.

Desde luego comprendereis por lo tanto que la moral de Ciceron, sea la que fuere, tiene que ser un edificio construido en el aire, que á nadie puede prestar asilo, y una tela de araña que al menor esfuerzo de la mas insignificante pasion debe hacerse mil girones; y comprendereis tambien que Ciceron mismo, elegante discutidor, no es mas que un bronce sonoro y un címbalo retumbante (*æs sonans, cymbalum tinniens*); y que su *Tratado de los deberes*, llamado poco ha *el mas escelente libro de moral de cuantos ha trazado la mano del hombre*, es una pura pa-

labrería sin autoridad, inclusa la del mismo autor, y que cada uno es libre en seguir ó desechar.

El mismo comprendió que su moral pecaba por la base, y que al señalar reglas de conducta, se ponia en contradiccion con su filosofía de verosimilitudes y probabilidades; pero un filósofo abogado no puede dejar nunca de tener razon, y Ciceron menos que nadie. Examinando, pues, esta objecion que se le hace, cree refutarla victoriosamente diciendo: «Impugnaré el defecto de contradiccion que ciertas personas ilustradas pudieran echarme en cara, preguntando cómo es que establezco ahora preceptos acerca de los deberes, despues de haber dicho que nadie puede tener seguridad de nada. Quisiera que conociesen bien mi opinion, pues no soy de esos hombres que dicen que hay cosas ciertas é inciertas, sino que apartándome de ellos, manifiesto que hay cosas probables é improbables. ¿Qué razon hay, pues, para impedirme que siga lo que me parece probable y deseche lo que no lo es, así como que evite el tono presuntuoso y afirmativo, y la temeridad que tan contraria es á la sabiduría (1)?»

Esta esplicacion demuestra terminantemente que la moral de Ciceron no tiene en su ánimo mas fijeza que su filosofía, y que es una moral de conjeturas, verosimilitudes y probabilidades, tanto que, si nadie puede impedir á Ciceron el seguirla, tampoco este tiene derecho para privar á nadie de no practicarla. Así que, señora, para saber el valor de las afirmaciones de Ciceron en punto á moral, es preciso ponerlas en relacion con su principio filosófico y recordar lo que él mismo nos dice: «Mi moral vale tanto como mi filosofía.»

Sentado este precedente, traduciremos algunos párrafos de su tratado *De officiis*. En él se dice: «Lo honesto y

(1) *De officiis*, lib. II, c. II.

lo útil es la base de todos los deberes;» lo cual significa: *puede admitirse, es verosímil, es probable* que lo honesto y lo útil constituyen la base de todos los deberes.

«Las cuatro fuentes de la honradez son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza:» esto quiere decir: *puede admitirse, es verosímil, es probable* que la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza son las cuatro fuentes de la honradez.

En él se añade: «Cuando despues de haber prestado juramento el juez ha de dictar sentencia, recuerde entonces que tiene á Dios por testigo, ó mas bien á su conciencia, que es lo mas divino que aquel ha dado al hombre;» lo cual significa: *puede admitirse, es verosímil, es probable*, que el juez, despues de haber prestado juramento, debe recordar que *puede admitirse, y es verosímil y probable*, que tiene á Dios por testigo, ó mas bien á su conciencia; pues *puede admitirse, es verosímil y probable*, que esta es lo mas divino que Dios ha dado al hombre.

Dícese tambien en él: «Si consideramos la escelencia y dignidad del hombre, comprenderemos cuán ignominiosa es una vida muelle, afeminada é invertida en la disipacion, y cuán honrada, por el contrario, es una vida casta, frugal y austera;» lo cual significa: *puede admitirse, es verosímil, es probable*, que una vida muelle, afeminada é invertida en la disipacion es ignominiosa, y que por el contrario es honrada una vida casta, frugal y austera.

Aproximad á esta piedra de toque todos los demás preceptos que Ciceron consigna en los tratados *De officiis*, *De senectute* y *De amicitia*, y todas sus demás obras, así como las pomposas máximas que sienta en sus cartas y arengas, y vereis su moral desvanecerse por completo. He aquí, pues, señora, demostrado que la moral de Ciceron carece de base.

Carece tambien de regla. El camino del bien, segun

él, es la naturaleza: «Seguir en todo á la naturaleza, dice, que segun los estóicos es el supremo bien, es lo mismo, á mi ver, que seguir la virtud (1).» Ya lo veis, tampoco aquí está seguro de nada, pues su regla de moral es una opinion que no se atreve á afirmar. ¿Qué entiende además por naturaleza? ¿Quién es esta señora? ¿Cuáles son sus oráculos? ¿Son siempre justos? Esto supondria que la naturaleza no habia sido degradada. ¿Son invariables? ¿De donde viene, pues, el creer Epicuro, que seguia los oráculos de la naturaleza, que el bien supremo consiste en el placer? ¿Qué puede ofrecerle en cambio Ciceron mas que conjeturas y verosimilitudes, á las que contesta Epicuro con otras verosimilitudes y conjeturas?

¿No se desarma el mismo Ciceron cuando dice que es bella sin duda alguna la fórmula de cómo conviene obrar entre hombres honrados y sin fraude: *quam illa aurea: ut inter bonos pene agere oportet, et sine fraudacione?* Pero la gran cuestion, añade, está en saber qué significa obrar bien y ser honrados: *sed qui sint boni, et quid sit bene agi, magna quæstio est* (2). Ciceron no se toma el cuidado de resolver esta cuestion fundamental, y la deja en tal estado de incertidumbre. ¿Qué significan entonces su regla de costumbres, y por consiguiente su moral misma?

Carece esta asimismo de sancion. «Tus máximas son muy bellas, podemos decir á Ciceron con Juan Jacobo Rousseau; pero te ruego que me muestres su sancion.» Menos que ningun otro puede Ciceron mostrarla. Suponiendo que invoque la autoridad de Dios, solo será como mera conjetura, verosimilitud ó probabilidad; pero el hecho es, que ni aun esa sancion problemática invoca. «La

(1) *De officiis*, lib. III, c. XIII.
(2) Lib. III, c. XVII.

moral de Ciceron, dice uno de sus panegiristas, peca en un punto esencial, cual es el de no hacer mencion de un Dios que remunere ó que castigue, y faltando este principio, que da la sancion á todos los demás, la probidad nada significa ni á nada conduce; la conciencia es una preocupacion, y basta para ser hombre de bien, no incurrir en las penas establecidas en las leyes y evitar el escándalo (1).»

Es asimismo incompleta. El hombre tiene deberes para con Dios, que son los primeros y mas sagrados de todos, y la base de los deberes sociales, tanto que todos los pueblos los han reconocido y practicado con mayor ó menor exactitud. Ciceron, sin embargo, no habla de ellos para nada en su tratado *De officiis;* para él no existen tales deberes, y aun cuando existieran, solo serían como todo lo demás, conjeturas y verosimilitudes. Me equivoco: Ciceron habla en uno de sus libros de la oracion y accion de gracias á los dioses; pero es únicamente para revelar patentemente el orgullo humano y poner de manifiesto toda su fatuidad. «Todos los hombres, dice, estan persuadidos (leed: *es probable ó verosímil*) de que los bienes esteriores los reciben de los dioses; pero á nadie se le ocurrió nunca pensar que la virtud proviene de ellos. ¿Quién dió gracias jamás á los inmortales por ser hombre de bien? Dánseles aquellas por las riquezas, los honores, ó la salud, bienes todos que se impetran de Júpiter; pero ninguno les pide ni ha pedido la justicia, la templanza ó la sabiduría. Segun opinion de todos, debe uno solicitar de los dioses la fortuna y esperar de sí mismo la virtud (2).»

Es igualmente falsa. Vuestros hijos, señora, aprenderán en el libro *De officiis* que el hombre puede en todas ocasiones elogiarse á sí mismo. Ciceron habia compuesto

(1) Barret, prefacio del *De officiis*.
(2) *De nat. deor.*, lib. III, c. XXXVI.

un poema entero en alabanza suya, intitulándolo: *De temporibus meis libri tres*, y en él se leia el pésimo verso siguiente, del que segun Plutarco, toda Roma se burlaba:

Cedant arma togæ, concedat laurea linguæ.

Reprodújolo en el tratado *De officiis*, y á despecho del público se obstinó en calificarlo de escelente, pasándolo por el tamiz de la crítica y haciendo salir de aquí nubes de incienso para sí y para su consulado. Sí, dice, es un verso escelente, digan lo que quieran los envidiosos y malvados. ¿Por ventura, no cedieron las armas á la toga durante mi consulado? Nunca corrió mayores riesgos que entonces la república, ni nunca estuvo sin embargo mas tranquila, y por mis prudentes medidas hice caer las armas de las manos de los ciudadanos mas audaces. ¿Hubo acaso en la guerra accion mas grandiosa? ¿Qué triunfo puede compararse á ella? *Illud autem optimum est, in quod invadi solere ab improbis et invidis audio: cedant arma togæ* (1).»

Vuestros hijos, discípulos del que dijo: *No matarás*, aprenderán en la escuela de Ciceron que los combates, ó mas bien carnicerías de los gladiadores, si no intervienen en ellos mas que los criminales, son una escelente escuela para aprender á despreciar el dolor y la muerte: *nulla fortior contra dolorem et mortem disciplina* (2). Que vuelvan, lo que Dios no quiera, las luchas de gladiadores, y se verá cómo acuden á semejante escuela de fuerza y de valor muchos ciceronianos, y sobre todo ciceronianas.

Vuestros hijos, honrados negociantes, aprenderán en Ciceron que el comercio es un oficio ú ocupacion vil, y

(1) Lib. I, c. XXI; lib. III, c. III.
(2) *Tuscul.*, lib. II, c. XVII.

que no hay en ningun almacen un hombre honrado. Oid al gran moralista: «La ganancia de los mercenarios y de aquellos que viven del trabajo de sus manos y no son artistas, es vil y baja, y su salario un título de esclavitud. El comercio es sórdido cuando se compra para volver á vender, pues solo se obtienen ganancias á fuerza de mentir. Todo oficio es vil y despreciable, y no puede haber nobleza en ninguna tienda ni taller. *Opificesque omnes in sordida arte versantur, nec enim quidquam ingenuum potest habere officina* (1).»

¿Qué os parecen estas máximas? ¿Qué habrán de pensar de ellas los artesanos, comerciantes é industriales, cuyos hijos pueblan los seminarios y los colegios? ¿Por ventura pagan aquellos á precio de sus sudores la educacion clásica de estos últimos, para que se les inculquen semejantes principios? No; *la ganancia de los obreros*, que les hace vivir honradamente, no es vil ni despreciable, pues lo único vil y digno de desprecio es el vicio y la bajeza de alma. *¡El salario título de esclavitud!* Sí, pero para nosotros todos, lo mismo que para el simple artesano; pues si él tiene necesidad de nuestro dinero, nosotros necesitamos de sus brazos. Decir á los comerciantes y mercaderes que no pueden ganar sin mentir, es ponerles la mentira como regla de su profesion. Declarar que *el comercio es sórdido y que en ningun establecimiento comercial puede haber un solo hombre honrado*, es enseñar á los hijos á despreciar el estado de sus padres y á estos despues, y escitar á abolir la desigualdad de clases, leccion que por cierto no puede ser hoy menos oportuna.

Ved, pues, señora, hasta qué punto es cierta la máxima tan repetida de que Ciceron no puede estraviar á la juventud que estudia su libro *De officiis*, y que su moral

(1) Lib. III, n. 150, edit. in 8.°

es lo mas bello que ha producido el talento del hombre.

Es peligrosa además, no solo por las falsas máximas que acabo de indicar, sino porque directamente enseña el mal. Veinte veces repite Ciceron en el tratado *De officiis* y en todas sus demás obras, que la accion mas bella que puede ejecutar un hombre en este mundo, y la mas gloriosa, meritoria y divina, es el asesinar á un tirano. Enseña tambien que el jurar en falso no es perjurio en muchas ocasiones, y que solo se incurre en él cuando el juramento, espresado en la fórmula legal, va acompañado de intencion acorde con las palabras. Por eso dijo con razon Euripides: «He jurado con los labios y no con el corazon (1).»

Esta es la moral del malvado, pues mal se ha de obligar al hombre á llenar sus compromisos, reparar sus errores y respetar sus juramentos, desde el instante en que pueda deciros; juré con los labios y no con el corazon: *juravi lingua, mentem injuratam gero.*

Hay mas todavía: los pueblos todos han considerado el perjurio como un crímen contra la divinidad, que le castiga de una manera terrible, y en esta creencia descansa la sociedad. Ciceron, por el contrario, dice que aquella es una patraña; que el juramento no es acto religioso, que el perjuro nada tiene que temer de Júpiter, el cual nunca se enoja ni hace mal á nadie, y que el juramento solo tiene el valor é importancia que le da la buena fe de las partes contratantes: *Non fuit Jupiter metuendus, ne iratus noceret: qui neque irasci solet, neque nocere* (2).

Es, por último, contradictoria. En primer lugar, todos

(1) Non enim falsum jurare perjurare est, sed quod ex animi tui sententia juraris, sicut verbis concipitur more nostro, id non facere perjurium est. Scite enim Euripides: juravi lingua, mentem injuratam gero. — Lib. III, c. XXVIII.

(2) Lib. III, c. XXVIII et XXIX.

los preceptos que Ciceron pretende *imponer* son una contradiccion permanente con su propio principio, que no admite mas que conjeturas y probabilidades. Además, esas mismas probabilidades y conjeturas varian con la edad y los sucesos, y Ciceron enseña alternativamente el pro y el contra en unas mismas materias. Si vuestros hijos oyen á Ciceron en el tratado *De la vejez*, nunca se harán reos de suicidio; pues lo prohibe fundado en la doctrina de Pitágoras. Si estudian el *De officiis* verán que es permitido, y él les indicará los casos, en los cuales podrán suicidarse, no solo sin incurrir en delito, sino hasta con gloria. Si son de un carácter suave y de costumbres fáciles y sencillas, es verosímil y probable que se conformen con los sucesos, y que tal vez hagan mal en quitarse la vida; pero, si por el contrario, son de costumbres austeras, de carácter firme é inflexible, y se ven víctimas de un gran infortunio ó de un enorme pesar, entonces deben morir.

Así, pues, vemos que todo depende del carácter. «La diferencia que este establece es tal, dice el hábil moralista, que en igualdad de circunstancias una persona debe darse muerte y otra no. Catón se halló en Africa en igual situacion que los que se entregaron á César, y al paso que estos hubieran *tal vez* sido culpables si se hubieran suicidado, en atencion á que su vida habia sido menos austera y mas fáciles sus costumbres, Catón, que habia recibido de la naturaleza una firmeza inflexible, fortificada por una constancia no interrumpida, y que habia permanecido siempre inalterable en sus principios y deberes, debió quitarse la vida antes que sufrir la vista del tirano. *Catoni autem..... moriendum potius, quam tyranni vultus adspiciendus fuit* (1).»

(1) Lib. I, c. XXXI.

Si vuestros hijos leen *Las Tusculanas*, verán que Ciceron es mas esplícito en ellas todavía, y que les dice: «Cuando el hombre no tiene valor para sobrellevar los golpes de la fortuna, debe abandonar este mundo: *Injurias fortunæ, quas ferre nequeas, defugiendo relinquas* (1).» En la *Oracion en defensa de Cluencio*, no les dejará lugar para vacilar, añadiendo que el suicidio es una accion honrosa: «Cuando el hombre es desgraciado y tiene algun tanto de virtud (*siquid virtutis*), se suicida siguiendo el ejemplo de los varones mas animosos (2).»

¡Escelentes lecciones para la juventud, y especialmente para la de nuestros dias!

En una palabra, señora, Ciceron destruye de raiz toda moral y religion. Cuando nació la filosofía griega reinaba la tradicion, que venia á ser la Biblia de los gentiles, y sabido es lo que hicieron los filósofos griegos. Hasta la época de Ciceron continuó la tradicion reinando en Roma; habiendo conservado, sobre todo entre los romanos mas avanzados en edad, un cierto número de verdades religiosas, dogmáticas y morales, que todos reverenciaban con razon como ciertas; tales eran: la existencia de Dios, la providencia, la inmortalidad del alma, las penas y recompensas futuras y varias prescripciones concernientes al matrimonio y á las relaciones de la vida civil. Esto constituia el patrimonio que el hijo pródigo habia sacado de la casa paterna, y aunque muy escaso por cierto, bien ó mal, con él vivia.

¿Qué hizo Ciceron? En vez de tomar la tradicion por punto de partida y de consagrar su talento á defender dicho patrimonio, á fortificar la creencia en aquellas verdades

(1) *Tuscul.*, V, c. XLI.
(2) C. LXI.

fundamentales, brújula de la vida, supremo consuelo en la muerte y base necesaria de la religion y de las sociedades, siguió las huellas de los filósofos griegos y consumió su erudicion, su palabra, su ingenio y sus vigilias en destruir aquel patrimonio y en echar por tierra aquellas verdades. De dogmas que eran, se esforzó en trasformarlas en simples probabilidades, verosimilitudes y conjeturas, fijando por principio que la fe es la herencia del vulgo y que el sábio no puede ni debe creer en nada: *Nihil est quod percipi possit* (1).

¡Desventurado! Tú quitas al pobre su último pedazo de pan y le despojas de su postrer harapo. Esto es lo que hizo Ciceron, con su escepticismo *probo y moderado*, en favor de sus compatriotas, popularizando entre ellos la filosofía de los griegos: *philosophiam latinam fecit.* ¡Y tiene valor para gloriarse, en cada ocasion que se le presenta, de haber salvado á su país! Si su vida se hubiera prolongado algunos años mas, habria visto Ciceron el fruto de sus saludables doctrinas; habria visto á sus compatriotas, fieles á sus lecciones, abjurar toda creencia y pudor y convertir su existencia en una prolongada y repugnante orgía; y habria visto al imperio mismo sumido en la cloaca de sus costumbres. Lo que hizo, pues, Ciceron en favor de sus compatriotas, continúa haciéndolo, en cuanto de él depende, en los pueblos cristianos desde la época del Renacimiento. Y nosotros le canonizamos y nos atrevemos á llamarle el moralista mas perfecto de la

(1) Se nos dirá tal vez que cómo calificamos á Ciceron de destructor de la moral, siendo así que escribió tan bellas páginas acerca del hombre, de su dignidad y de sus deberes. Conocemos esas páginas, que consideradas en sí mismas, y como espresion de la tradicion primitiva, tienen gran autoridad; pero la pierden en cuanto es posible las verdades que contienen, escritas por Ciceron, para quien no son mas que conjeturas y verosimilitudes.

antigüedad, y le convertimos en maestro indispensable y ayo de nuestros hijos (1)!

Mañana hablaremos de Ciceron retórico.

Aceptad, señora, etc.

(1) Esta apreciacion de Ciceron filósofo y moralista la hizo antes que nosotros un hombre nada sospechoso: «Ciceron, dice Marmontel, sostiene la opinion de Carnéades que nada admitia que el hombre pudiera percibir distintamente y conocer de un modo indudable. Hacer esta duda estensiva á las verdades mas seguras, y pretender que lo verdadero no tiene carácter alguno que lo falso no pueda tener tambien, esto es lo que, segun creo, le ofrecia tanta dificultad creer á Ciceron, como destreza y artificio empleó para sostenerlo.» — *Lógica*, leccion última.

CARTA XVI.

Ciceron retórico. — Precepto escelente que enseña. — La educacion clásica lo viene conculcando desde la época del Renacimiento. — Palabras notables de Erasmo. — Otro precepto enteramente distinto del primero. — Ciceron enseña á mentir, y él mismo miente. — Defensas y acusaciones de Sila, Milon, Manacio, Marcelo y Verres. — Ciceron ultraja la moral.

Roma 12 de Febrero.

SEÑORA:

CICERON RETÓRICO. — Marco Tulio es á la vez retórico y orador: en el primer concepto establece preceptos de retórica, y en el segundo los aplica: de modo que tenemos que estudiarle bajo estos dos aspectos con la historia en la mano, como siempre.

Ciceron dejó escritos varios tratados sobre el arte oratoria (1), que todos los profesores de retórica se creen obligados á leer, gloriándose de haberlos leido y teniendo á gran mérito el enseñarlos. Entre los mejores preceptos de Ciceron hay uno que me complazco en citároslo, que es el fundamento de la elocuencia, que ha sido consagrado por el sentido comun de todos los pueblos, y que es tan evidente que rivaliza con la luz del sol. Ciceron exige ante todo que el orador sea muy instruido; quiere que no solo posea la ciencia peculiar de su estado, sino que sus conocimientos se parezcan por lo numerosos á un espacioso bosque (*silva rerum*), y que sobre todo sepa á fondo la historia de su época, de su país, de sus instituciones re-

(1) Entre otros los intitulados *De inventione*, *De oratore*, *Brutus*, etc.

ligiosas, civiles y políticas, y en una palabra, todo lo que próxima ó remotamente dice relacion con los intereses que tiene que discutir ó defender.

«¿Cómo es posible hablar con buen éxito si no se conoce á fondo la política, los intereses de los pueblos, las leyes, los usos, la jurisprudencia y las pasiones humanas?.... La exactitud de las palabras depende de la de los pensamientos, y para adornar debidamente un asunto cualquiera, es preciso haberlo profundamente meditado: *Dicendi enim virtus, nisi ei, qui dicit ea, de quibus dici percepta sint, extare non potest* (1).» En otro lugar añade: «Por esta razon, si alguno quiere dar la definicion verdadera y completa del orador, dirá como yo, que para que un sugeto sea digno de nombre tan grato, es preciso que sepa hablar en todas materias con exactitud y elocuencia, y que tenga seguridad de memoria y dignidad en la accion (2).»

Este principio, repito, es escelente; pero desgraciadamente la educacion clásica que se viene dando á la juventud desde la época del Renacimiento, no lo ha tenido en cuenta para nada, y tan monstruoso contrasentido escitó el numen de Erasmo, quien desenvolviendo el pensamiento de Ciceron, dice: «Estais completamente equivocados y poseidos de un grande error; pues el querer hacer á vuestros jóvenes Cicerones, es decir, grandes oradores y escritores eminentes, obligándolos á estudiar los autores paganos, es un monstruoso contrasentido. Con semejante método formareis címbalos sonoros, habladores en verso y prosa, sublimes, si quereis, pero siempre habladores, y nunca oradores ni escritores eminentes.

»La palabra supone el pensamiento ó la idea, y para

(1) *De orat.*, lib. I, c. II.
(2) *Ibid.*

formar Cicerones, es preciso principiar por el trabajo formal que aquel mismo se tomó, trabajo que vosotros no os tomais ni haceis que se lo tomen los demás, puesto que practicais todo lo contrario. Será un Ciceron aquel que estudie la religion y sociedad cristiana, y los hombres y cosas de su país y de su época, con el mismo ardor que empleó el orador romano en estudiar la religion, filosofía y sociedad de los paganos. Llegará tambien á ser un Ciceron el que beba en el manantial de los Salmos, de los Profetas y de la poesía cristiana con la misma avidez que aquel bebió en la fuente de la poesía pagana. Será asímismo un Ciceron el que consagre á estudiar los orígenes, las leyes, las glorias cristianas y nacionales, y el principio y propagacion del Cristianismo, tantas vigilias como dedicó Marco Tulio á estudiar la historia, costumbres, leyes y usos de las ciudades, provincias, municipios y naciones aliadas de la república romana. Así es como Ciceron llegó á ser Ciceron.

»¿Por qué milagro, pues, llegaremos á ser Cicerones nosotros, que gracias á nuestra educacion clásica, no miramos siquiera por el forro las leyes del Cristianismo, base de nuestra sociedad, ni nuestros profetas, historiadores y comentaristas, y hasta los despreciamos y miramos con hastío? *Qui tandem erimus Ciceroniani* (1)?»

¿Qué vemos, en efecto, desde que la educacion viene siendo una retórica contínua y pagana al mismo tiempo? Nubes de habladores en verso y prosa; diluvios de doctrinas insensatas, masas de discursos, libros y artículos de periódicos diseminados con profusion entre el público, llenos todos de enormes desatinos de todas clases. ¿Cuál es el origen de este siglo de sofismas, precursor infalible del de los bárbaros? El querer hablar antes de haber apren-

(1) P. 91.

dido á pensar, ó lo que es lo mismo, el enseñarnos nuestra educacion á pensar como los paganos de Roma y Atenas en filosofía, en literatura y en política, y el no conocer sériamente el Cristianismo ni las cosas que hizo en el mundo y que hace todavía.

Volvamos á Ciceron, cuyos preceptos todos de retórica estan muy lejos de parecerse al primero que acabamos de mencionar. Para formar discípulos dignos de él, es decir, paladines que en las luchas oratorias aspiren mas bien al triunfo de la vanidad que al de la verdad y de la justicia, no teme Ciceron enseñarles á mentir; pues la mentira es para él una de las reglas del arte oratoria, como lo es en hacienda la aglomeracion de guarismos. «Si hay, dice, en el asunto que defiendo algun flanco vulnerable, trato de cubrirlo con el conjunto de pruebas y galas retóricas que empleo para embellecer la parte ventajosa de mi asunto: *A malo vicioque causæ ita recedam, non ut id me defugere appareat, sed ut totum, bono illo ornando et augendo, dissimuletur obrutum* (1).»

En otro lugar dice tambien: «Si tenemos precision de referir hechos, guardémonos bien de insistir en nada que pueda revelar el crímen ó la sospecha, ó sernos contrario, y tengamos cuidado por lo tanto de suprimir todo lo que se pueda (2).» Añade igualmente en otra ocasion: «Es preciso tratar de introducir la perturbacion en el ánimo del juez, y no la luz: *Quæ non cognitionem, sed magis perturbationem requirit* (3).» Finalmente, temiendo no ser bastante claro, dice sin rodeos: «Conviene sembrar el discurso de mentiras livianas: *Mendaciunculis adspergendum* (4).»

(1) *De orat.*, lib. I, c. LXII.
(2) Id., lib. II, c. LXXXI.
(3) *Ibid.*
(4) Id., lib. I, c. XXXII.

¿Qué decís, señora, de este gran moralista que enseña sin rebozo á vuestros hijos y al mundo entero á mentir, y legitima la mentira siempre que pueda servir á cualquiera para lograr su objeto? ¿Qué dirán á esto las madres cristianas, que fundan su especial cuidado en que la mentira no venga nunca á profanar los labios de sus hijos?

Ciceron autoriza con su ejemplo el precepto que consigna, y aunque en teoría no permite al parecer mas que las mentiras leves, legitima en la práctica las *medianas* y las *mayúsculas*. Ejemplos: un dia en pleno Senado se le echó en cara una falta que no podia negar, y era que deseando comprar una casa en el monte Palatino y careciendo del dinero necesario para ello, pidió prestado secretamente á Publio Syla, acusado en aquella época, un millon de sestercios; pero antes de la adquisicion se supo y divulgó el secreto. Ciceron entonces viéndose acusado, negó el proyecto de compra y la peticion del dinero; pero habiendo en lo sucesivo comprado dicha casa y sido acusado de mentira ante el Senado, salió del mal paso por medio de un chiste (1).»

Conoceis ya una mentira ciceroniana de la segunda clase, y ahora vais á conocer otra de la tercera. Milon habia contribuido á que Ciceron volviera del destierro á que habia sido condenado á propuesta de Clodio, tribuno del pueblo. Milon y Clodio se aborrecian de muerte, y habiéndose encontrado un dia fuera de Roma y venido á las manos los de su comitiva, fué Clodio herido. Trasladáronle á una casa, Milon se dirigió entonces á ella, forzó la puerta y asesinó vilmente á Clodio. Esto dice la historia (2).

(1) Aul. Gel., *Noct. attic.*, lib. XII.

(2) Milo ut cognovit vulneratum Clodium, cum sibi periculosius illud etiam, vivo eo futurum intelligeret, occiso autem magnum solatium esset habiturus, etiam si subeunda pœna esset, exturbari tabernam jussit. — Ita Clodius latens

En su consecuencia Milon fué acusado de asesinato voluntario. Ciceron tomó á su cargo la defensa, y mintiendo á la conciencia pública y á la suya propia, se esforzó en probar que si Milon habia matado á Clodio, lo habia hecho en defensa propia. «Oyendo los esclavos de Milon á Clodio mismo que su amo habia sido muerto, y creyendo en efecto que no existia, hicieron entonces, no lo diré para eludir la acusacion, sino *para referir el hecho tal cual fué*, hicieron, digo, *sin que Milon lo supiera, lo viera ni lo mandára*, lo que todos quisiéramos que nuestros esclavos hicieran en casos semejantes. Jueces, las cosas han pasado de la manera que acabo de esponer: *Hæc sicut exposui, ita gesta sunt, judices* (1).»

Mentira descarada, pero inútil; pues los jueces, menos prevaricadores que Ciceron, condenaron á Milon á la pena de destierro, aunque despreciaban á Clodio; y «Ciceron salió del tribunal con una ancha brecha en su manto de filósofo y de hombre honrado.» No lo creereis, señora, pero esta bajeza, este desprecio público de la verdad, de la justicia y del honor, no impiden á los maestros de retórica decir á sus discípulos: «Este discurso ha sido considerado siempre como una de las obras maestras de Ciceron, pues en él son de admirar la modestia y dulzura del exordio, el calor y energía de la refutacion, *la destreza y claridad de la narracion*, y el método, soltura y fuerza de los argumentos (2).» Lo cual quiere decir: todo se halla en el citado discurso, menos la verdad de los hechos y la probidad del orador. ¡Escelente modelo para los jóvenes retóricos, que si llegan á ser abogados, quer-

extractus est, multisque vulneribus confossus est.—*Ascon. argum. in Milon.*, Dio, lib. LX, c. XLVIII; Middleton, c. II, p. 457; Rolin; P. C. Guéroult, consejero de la Universidad, traduc. de Cicer., etc.

(1) C. X.

(2) M. Guéroult, etc., *Trad. de Cicer.: In Milon.*

rán hacer que se absuelva al culpado y se condene al inocente!

Por lo demás, no es esta la única ocasion en que el honrado orador romano hace uso de su precepto *mendaciis adspergendum*, pues leemos en Plutarco lo siguiente: «Munacio, á quien Ciceron habia defendido consiguiendo que se le absolviera, perseguia en justicia á un amigo de Ciceron, llamado Sabino, lo cual irritó á Ciceron de tal manera que dijo á Munacio: «¿Crees por ventura que debiste á tu inocencia el ser absuelto, y no á mi elocuencia que logró fascinar el ánimo de los jueces (1)?»

Otro dia, en pleno Senado, Marcelo se echó á los piés de César, pidiéndole que alzára el destierro á su hermano, partidario de Pompeyo. El Senado unió sus ruegos á los de aquel; César concedió en el acto lo que se le pedia, y Ciceron entonces, en nombre de la asamblea, tomó la palabra y dió las gracias á César, empleando todas las pompas y galas de la retórica para encomiar su dulzura, su moderacion y todas las virtudes reunidas en su persona. «No hay ¡oh César! genio tan fecundo, ni orador ó escritor tan sublime y elocuente que sea capaz, no digo de adornar y embellecer, sino solo de referir dignamente tus hazañas. Tú eres completamente semejante á un Dios (*simillimum deo*). En virtud de los derechos que da la victoria, pudimos todos, como vencidos, ser legítimamente condenados á perecer, pero tu clemencia nos ha conservado á todos. Disfruta, pues, de tus virtudes; no es culpa tuya el que algunos te hayan temido. Tú eres el salvador de la república, y velar por tu salud es velar tambien por la nuestra..... (2).»

Anatematizando despues á los enemigos de César, añade: «Libre ya de los peligros de la guerra, es ingratitud

(1) *In Cic.*, n. 23.
(2) *Pro Marcell.*

é injusticia conservar odio en el corazon. Todos debemos tener una sola voluntad, por poca que sea nuestra prudencia, nuestro buen sentido y nuestra razon. Nosotros no podemos vivir ya si tú no vives: *Cesar, nisi te salvo, salvi esse non possumus.* Así, pues, nosotros todos, que queremos la conservacion de la república, te rogamos que veles por la seguridad de nuestra vida. Y puesto que crees tener que ponerte á cubierto de algunas maquinaciones ocultas, te prometemos (digo á nombre de los demás lo que mi corazon me inspira), no solo velar noche y dia por tu defensa, sino formar, si es preciso, un muro con nuestros cuerpos: *non modo excubias et custodias, sed etiam laterum nostrorum oppositus et corporum pollicemur.* Yo por mi parte te doy gracias ¡oh César! por haberme conservado y honrado con distinciones lisonjeras, colmándome de numerosos beneficios: *tua in me unum innumerabilia merita.*»

Pues bien, señora, la víspera del dia en que pronunció esta arenga, tal vez á pocas horas de haberla pronunciado, ese mismo Ciceron escribió á sus amigos íntimos cartas sobre cartas, en las que da á César los nombres de tirano, Fálaris y Pisístrato; en las que dice que la noticia mas agradable para él sería la de que César se habia ahorcado, y en las que, por último, exhorta á Bruto para que le dé de puñaladas, temiendo solo que no lo consiga á causa de las precauciones de que acostumbraba á rodearse el tirano. Y despues de cometido el asesinato, lo proclamará como la accion mas noble de cuantas puedan ejecutar los mortales; se gloriará de no haber sido estraño á ella, y dirá que él, como todos los hombres de bien, mataron á César por mano de Bruto: *omnes boni quantum in ipsis fuit Cæsarem, occiderunt* (1). Nuestro idioma solo

(1) *II Philipp.*, lib. XII; *ad Attic.* lib. XIII, ep. 40; *id.*, lib. XIV, ep. 14.

tiene dos palabras para caracterizar á semejante hombre, que son: hipócrita y cómico.

Al decir M. de Talleyrand que la palabra le ha sido dada al hombre para disfrazar sus pensamientos, no ha hecho mas que copiar á Ciceron. Siempre que su interés lo exige, el gran moralista hace uso de su máxima *Mendaciunculis adspergendum;* y miente sin rubor y con gran serenidad en los asuntos y circunstancias mas graves lo mismo que en las menos importantes. Hubo un hombre entre los romanos, á quien Ciceron acriminó mas que á ningun otro, relegándolo á la infamia y convirtiéndolo en sinónimo de todos los crímenes; y ese hombre fué Verres. Ahora bien; ¿podreis creer que Ciceron le llama santo? ¡Verres un santo! ¡Verres canonizado por Ciceron! Eso no es posible, eso no es cierto, me direis, y sin embargo lo es.

Siendo Verres pretor, Ciceron tuvo que defender ante él á Cluencio, acusado de envenenamiento; y habiendo tenido ocasion de hablar de Verres en el curso de su defensa, le califica de hombre diligente y santo: *C. Verres, prætor urbanus, homo sanctus et diligens* (1). Bien, me direis, sería antes de haber sido pretor en Sicilia, pudiendo muy bien haber sido entonces un hombre honrado, digno de los elogios del gran orador. Oid á Ciceron y él os dirá que mientras aquel desempeñó el cargo de pretor en Roma fué un bandido, un infame, cuya juventud vino á ser un gran tejido de desórdenes y torpezas (2).

Mas no es esto solo; pues á esta vehemencia contra Verres, que ponia á Ciceron en contradiccion consigo

(1) *Pro Cluent.*, c. XXXIV.

(2) Cujus prætura urbana, ædium sacrarum fuit publicorumque operum depopulatio; simul in jure dicendo, bonorum possessionumque contra omnium instituta, addictio et condonatio..... Cujus ut adolescentiæ maculas ignominiasque prætream. — *In Verr.*: Act., I, c. IV.

mismo, atribuye la historia otra causa distinta del interés de la moral pública. Ciceron, envidioso de la nobleza, hacia causa comun con los caballeros romanos, en provecho de los cuales atacaba á todos los nobles en la persona de Verres, preparando á aquellos y á sí propio el acceso á ciertos cargos que hasta entonces habian sido patrimonio esclusivo de la aristocracia. De aquí la frase que la verdad hizo pronunciar á Mably, uno de los mas fanáticos admiradores de Ciceron: «Ciceron exageraba ó disminuia los peligros de la república, á medida que en ello estaba mas ó menos interesado (1).»

No solo era para Ciceron un juego el mentir á la verdad y á la justicia, sino tambien á la moral pública. Celio, caballero romano, le habia confiado á su hijo Marco Celio Rufo, el cual, educado en casa de Ciceron, vivia maritalmente con una matrona romana llamada Clodia, viuda de Metelo Celer. Ocurrió una disension entre ambos: Clodia acusó á Celio de haber querido envenenarla, y produjo su correspondiente queja ante los tribunales, lo cual dió lugar á una causa célebre, es decir, á un enorme escándalo por la índole del delito, la clase de los acusados y la defensa del abogado.

Ciceron, defensor de Celio, trató de justificar las malas costumbres de su discípulo por medio de frases chistosas, muy poco oportunas: «Por lo que respecta á la acriminacion que se le hace relativa á las costumbres, dice, nadie creerá que Celio sea tan poco franco que vaya á suponer deseos de haber nacido disforme (*ut eum pœniteat non deformem esse natum*).» En seguida, con una ligereza imperdonable en un padre de familias, por no decir con cinismo digno de un discípulo de Epicuro, añade: «Todos permiten *algunos placeres* á la juventud; la naturaleza

(1) *Observac. acerca de los Rom.*, p. 149; edic. en 12.°

misma da á esa edad pasiones impetuosas; y con tal que sus estravíos no atenten contra la vida y fortuna de sus conciudadanos, pasan siempre por dignos de disculpa é indulgencia (*faciles et tolerabiles haberi solent*).»

Justificando luego esta especie de fatalismo de libertinaje, dice: «Si se hallára alguna vez un hombre de tal temple de alma que llegára á despreciar todo género de placeres, diria que habia recibido dotes superiores á la naturaleza humana.» ¿Sería esto una felicidad ó un infortunio para él? Ciceron no se atreve á decidirlo. «Algunos, como yo, le considerarian el favorito de los dioses; pero la mayor parte solo verian en él un objeto de la ira del cielo (*huic homini ego fortasse et pauci, deos propicios, plerique autem iratos putabunt*).» En vez de defender la moral, defendiendo su opinion, tiene valor para decir: «Abandonemos esta senda desierta; no se lo neguemos todo á los placeres; no permitamos que domine siempre la recta razon, y dejemos que triunfen alguna vez el deseo y el deleite (*non omnia voluptatibus denegentur; non semper superet vera illa et directa ratio; vincat aliquando cupiditas voluptasque rationem*).»

Si no sabeis qué decir respecto á lo que acabo de consignar, ¿qué direis de lo que voy á citaros? Cuando lo lean, ¿qué opinion formarán con vos las madres cristianas, de Ciceron, maestro de sus hijos y de la bella antigüedad que es su constante mansion? «El vedar á los jóvenes, dice, que tengan trato con las cortesanas, entra en los principios de una moral severa; pero esos principios no estan en armonía, ni con la licencia del siglo, ni con los usos y tolerancia de nuestros antepasados. Dicha tolerancia ha existido siempre, nunca se ha condenado y constantemente ha sido concedida: *¿Quando enim factum non est? ¿Quando reprehensum? ¿Quando non permissum?*»

Tiene razon el orador: el virtuoso Caton aconsejaba á

los jóvenes que visitáran á las mujeres de mala vida, y al dar tales consejos era tan infame como Ciceron al aprobarlos.

No solo Ciceron retórico enseñaba á mentir, y él mismo mentia siempre que convenia á sus intereses, sino que exhortaba á los demás á que mintieran á toda costa. Sabiendo, en efecto, que Lucio Luceyo se proponia escribir una historia contemporánea, le escribió al momento una estensa carta, en la cual le dice sin ruborizarse que le domina una gran pasion de verse celebrado y colmado de elogios en los escritos, y que para satisfacerla, le ruega y suplica (*te plane etiam atque etiam rogo*), que, para elogiarle, mienta y no haga caso alguno de las leyes de la historia ni de los derechos de la verdad: *ut ornes vehementius, leges historiæ negligas, amorique nostro plusculum etiam quam concedat veritas, largiare* (1).

Al trazar Ciceron estos renglones, no solo incurre en una bajeza, sino que se pone además en contradiccion consigo mismo, puesto que en el *Tratado del orador* proclama la siguiente máxima: «La principal ley de la historia es no mentir: *¿Quis nescit primam esse historiæ legem, ne quid falsi dicere audeat* (2)?» Sin embargo, tratándose de los intereses de su vanidad, quiere que la historia desconozca sus leyes, y que la mentira usurpe los derechos de la verdad. Confesad, pues, que vuestros hijos ganarán mucho estudiando la retórica bajo la direccion de tal maestro.

Aceptad, señora, etc.

(1) *Epist. famil.*, lib. V, epist. 12; *Ad Attic.*, lib. IV, epist. 9.
(2) Lib. II.

CARTA XVII.

Ciceron orador. — Definicion del orador. — Opinion de los antiguos acerca de Ciceron. — Exámen de su elocuencia bajo el punto de vista de las costumbres. — Exámen de la filípica II, calificada de obra *divina*. — Detalles históricos acerca de Antonio y Ciceron. — Análisis de la filípica II bajo el punto de vista de la forma.

Roma 13 de Febrero.

SEÑORA:

CICERON ORADOR. — La retórica pagana define al orador: un hombre de bien, hábil en el arte de hablar: *vir bonus dicendi peritus* (1). Esta definicion, dada por Caton y reproducida por Quintiliano, es en cuanto á la idea la misma de Ciceron; pues apoya en gran manera la filosofía de los estóicos que definen de este modo la elocuencia: *eloquentiam virtutem esse: la elocuencia es la virtud* (2).

La cualidad, pues, fundamental del orador es, segun el mismo Ciceron, la de ser hombre de bien, y el hombre que careciendo de ella habla en público, sea la que quiera la facilidad de su locucion y la elegancia de su estilo, no es mas que cómico y charlatan: *mimus et nugator*.

Confieso, señora, que esta definicion me desconcierta; pues, á pesar de mis buenos deseos, no sé cómo aplicarla á Ciceron; porque para que se le adapte, es decir, para

(1) *Quintil.*, lib. XII, c. I; Plin, IV, epist. 7.
(2) *De orat.*, lib. III, c. XVIII.

que pueda ser considerado como orador y no como fabricante de períodos, es necesario ante todo que sea un hombre de bien: *vir bonus*. Para desvanecer mis escrúpulos me dirijo á vos, á los profesores todos de retórica, al mundo entero y á Ciceron mismo, y pregunto si es hombre de bien un sugeto que propone la mentira como regla del arte oratoria; que miente en sus mismos discursos por vergüenza, jactancia ó adulacion para conseguir la absolucion del culpable y la condenacion del inocente; que exhorta vilmente á los demás á mentir en su provecho; que autoriza el libertinaje y reputa como meros entretenimientos las vergonzosas conquistas del seductor. Pregunto tambien si es honrado un hombre que al poco tiempo de salir de su aldea llega á adquirir una fortuna colosal, que no rinde culto mas que al *yo*, gloriándose siempre de ello; que escribe y practica mil bajezas para obtener honores; que repudia sus mujeres para pagar deudas con su dote; que tiene malas costumbres; que celebra sus infamias y pasa su vida adulando á todos los partidos y haciendo traicion á todos.

Mientras viene la contestacion, paso á la segunda cualidad del orador, ó sea la *habilidad en el decir*. A nuestros ojos posee Ciceron esta habilidad en grado eminente; pero á los de sus contemporáneos, mas competentes para juzgarle, no sucedia así. Los unos, como César, le llaman secamente *charlatan;* otros, con Caton, orador *ridículo*, y con Bruto orador *astuto;* y otros retórico *asiático*, redundante, bajo y afeminado. Algunos hay que son todavía mas severos con él, como Asinio Galo, Licinio Largo, Messala Corvino, Quinto Caleno, y otros muchos citados por Quintiliano, Asinio Polion, Séneca, Aulo Gelio y Dion Casio (1).

(1) Véase tambien el prefacio del Schott: *Cicero à calumniis vindicatus.*

¿Quién y hasta qué punto tiene ó deja de tener razon? La lógica parece inclinarse en favor de los antiguos; pero yo no quiero debatir esta cuestion, bastándome haberla indicado. Otra hay que está con ella íntimamente unida, y que por ser mas práctica, me parece mas importante. ¿Será cierto, como se cree en la academia, en los colegios y aun en algunos seminarios eclesiásticos, que Ciceron es el modelo mas propio para formar en los pueblos modernos verdaderos y perfectos oradores? No hablo de las ideas, que indudablemente exigen grandes modificaciones; me refiero esclusivamente á la forma, á ese prisma fascinador que todos los profesores se esfuerzan en hacer brillar á los ojos de sus discípulos.

¡A tiempos nuevos, costumbres nuevas, y por consiguiente lenguaje nuevo! Nuestras costumbres exigen ante todo de parte del hombre que habla en público, menos en ciertos clubs, una cultura de formas y una urbanidad de lenguaje que vedan, aun con respecto á un adversario, todo epíteto desatento, y con mayor motivo toda injuria. Los murmullos de las asambleas, los llamamientos al órden y algunas veces las querellas de injurias y hasta los duelos, son las consecuencias de la mas ligera infraccion de esta ley cristiana.

¿Es por ventura en esta parte un modelo Ciceron? Entre sus escritos oratorios hay uno mas célebre que todos los demás, del cual se ha dicho: que es un monumento de *elocuencia* que *nunca* ha tenido igual, y ha sido considerado por la posteridad como una *obra divina*. «Seguramente habria merecido todos los elogios que se le han tributado, si no hubiera sido causa de la muerte de su autor.» Ese monumento es la filípica segunda. ¿Quién, pues, señora, es el que así habla? Os lo diré mas tarde: ahora tratemos de examinar dicho elogio.

Ya sabeis que la filípica segunda está escrita contra

Antonio, consul, lugarteniente de César y uno de los triunviros; y sabeis tambien que no llegó á pronunciarse, y que Ciceron tenia mas de sesenta años cuando la compuso; por consiguiente, ni el ardor de la juventud, ni el calor de la lucha oratoria pueden alegarse para disculpar los defectos en la forma y en la urbanidad, si es que los hay; pues Ciceron, que escribia en toda la madurez de su talento y en la calma de su retiro, quiso dejar á la posteridad un modelo perfecto. No se engañó, en efecto, pues su composicion, como acabamos de ver, es una obra divina.

Para que podais apreciar mejor todas las bellezas que contiene en la forma y aun en el fondo, citaré algunos detalles históricos. Antonio era un ambicioso, un hombre pródigo y relajado, un miserable como los muchos que abundaban entre los ilustres Romanos del bello siglo de Augusto, y á pesar de esto Ciceron habia sido durante mucho tiempo amigo de Antonio, y colmádole varias veces de elogios ante el Senado (1). Antonio, por su parte, habia prestado servicios á Ciceron, salvándole la vida despues de la derrota de Farsalia y reconciliándole con César.

Ciceron se complacia en confesarlo así, y escribió á Antonio diciéndole que le profesaba gran amistad, y que los favores que le habia otorgado y lo hecho por él en pro de la república habian aumentado su estimacion hasta tal punto, que nadie en el mundo le era tan querido como él (*ut cariorem habeam neminem*). Le llama su amado Antonio (*mi Antoni*), le repite que siempre ha sido su amigo, y que puede estar bien persuadido de que hará en obsequio suyo todo aquello que le pida: *Hoc velim tibi penitus persuadeas.*

Despues de la muerte de César se indispuso Ciceron con Antonio, bajo el pretesto de que era un ambicioso, y

(1) *Epist. famil.*, lib. XIV, *init.*

quiso que sin dilacion fuera condenado. El Senado se opuso diciendo que era contrario á la costumbre de los Romanos condenar á un ciudadano sin oirle, é indecoroso tambien querer hacer pasar por enemigo público á un hombre que acababa de ser cónsul y habia sido colmado de elogios por el mismo Ciceron. La deliberacion duró hasta la noche, y nada se decidió hasta el dia siguiente, que volvió Ciceron á pronunciar un nuevo discurso, haciendo él y los suyos tanto que, á no ser por la oposicion de Silvio, Antonio hubiera sido condenado. La faccion de Ciceron se irritó contra Silvio y recorrió las calles, vomitando injurias contra él y pidiendo que se le juzgára, mientras su jefe declamaba en la tribuna contra el mismo Silvio y contra Antonio, dando lugar á una enérgica refutacion de Pison, que le llamó acusador fogoso: *accusator vehementissimus.*

Antonio no fué condenado; pero Ciceron y sus adictos le obligaron á rehusar el gobierno de las Galias, empleando toda clase de medios para indisponerle con Octavio. Ciceron, encargado de intimar á Antonio que saliera de Módena, se tomó la libertad, para satisfacer su resentimiento, de alterar la intencion del Senado, y le escribió una carta de sultan (1).

Indignado Antonio declaró que no obedeceria, y entretanto que se le declaraba enemigo de la patria, Ciceron incitó á los Romanos contra él, preparó armamentos, recaudó tributos é impuso á los partidarios de Antonio mil exacciones á cual mas duras: *vexans Antonianos potissimum gravissimis exactionibus.* Para acabar pronto, Antonio envió á Roma á Ventidio, antiguo general, con órden de que se apoderára de Ciceron, el cual se puso en fuga luego que lo supo.

Antonio, sin embargo, sufrió un revés, y entonces

(1) *Appian.*, lib. III, c. LXI.

Ciceron entró en Roma, subió á la tribuna, y fué tal su furor contra Antonio, que faltando á todas las consideraciones, solicitó cincuenta dias de rogativas para dar gracias á los dioses por la derrota de Antonio. Llevó á tal estremo la estravagancia, que pidió que á las dos legiones que habian desertado de las banderas del triunviro, se les diesen veinte mil sestercios de gratificacion, y tuviesen el privilegio de llevar perpétuamente coronas de oliva en los dias festivos: *tanto furore, præter omne decorum, concitatus erat in Antonium* (1).»

A pesar de todo, la fortuna le fué á este favorable, y llegó á ser omnipotente. Ciceron quedó nuevamente eclipsado, y oculto en una de sus casas de campo, compuso contra Antonio la filípica II. Las circunstancias no le permitieron pronunciarla en la tribuna; pero se la entregó á varios de sus íntimos amigos, y una indiscrecion hizo que fuera á parar á manos de Antonio. Examinemos, señora, *esa obra divina y ese monumento de elocuencia que jamás tuvo igual.*

Antonio habia salvado la vida á Ciceron, y aunque este no lo niega, conviene admirar las formas divinas que emplea para reconocer aquel beneficio y dar las gracias á su autor. «¡Dices que me has prestado un servicio! ¿Cuál? El de haberme salvado la vida en Brindis. Tú no tenias entonces derecho para mandarme matar, porque el jefe de bandidos que te gloriabas de tener á tus órdenes, me habia asegurado ya que no perderia la vida. Y aun cuando fueras dueño de hacerlo ¿de qué beneficio, ilustres senadores, puede uno ser deudor á los foragidos, á menos que pretendan habernos dado la vida cuando no nos la han quitado? ¿Qué te debo yo por no haberte hecho reo de un crimen abominable (2)?»

(1) *Appian.*, lib. III, c. LXXXIV.
(2) C. III.

Antonio se habia burlado, como todos, del desairado verso de Ciceron: *Cedant arma togæ, etc.*, y haciendo él resaltar este crímen capital, se espresa en estos términos: «Solo te faltaba el ser burlon, y esto lo has ensayado tambien. ¡Qué mal se aviene eso contigo, santos dioses! Sin embargo, siendo como es cómica tu mujer, debió haberte comunicado algo mas de gracia. *¡Que las armas cedan á la toga!* Y bien; ¿no han cedido por ventura? Mas nada te hablaré acerca de este verso; diré solamente que no lo entiendes, que eres muy ignorante para entenderlo, así como todo lo demás, y añadiré que por mi parte no he desperdiciado ocasion de ser útil á mi patria y á mis amigos, y que por medio de las obras inmortales que en todos géneros he compuesto en mis ratos de ocio (*omni genere monumentorum meorum*), he sabido hacer mis vigilias útiles para la instruccion de la juventud y para gloria del nombre romano (1).»

Antonio mostró la carta tan lisonjera y honrosa que le habia escrito Ciceron, y este en su vista principia por poner en duda su autenticidad, segun el principio de *mendaciunculis adspergendum*, y añade luego que dicha carta fué una pura burla, y que de todos modos habia cometido Antonio una accion fea en el mero hecho de haberla enseñado, desafiándole por último á que probára que era suya. «¿Qué podrás contestarme si niego yo haberla escrito? ¿Por qué medios habrás de convencerme? ¿Por mi firma? Es verdad que en este punto posees una ciencia muy lucrativa; pero no por eso conseguirás tu objeto. Ya voy teniendo envidia á tu maestro de retórica, al cual has pagado generosamente para que te enseñára á no tener sentido comun: *Jam invideo magistro tuo, qui te tanta mercede, sapere docuit* (2).»

(1) C. IV.
(2) *Ibid.*

Dice luego Antonio que Ciceron habia aconsejado el asesinato de César. — Defiéndese el orador por medio de piruetas oratorias, y declara que está siempre dispuesto á hacer otro tanto. «Si Bruto me ha nombrado, dice, fué porque habiendo practicado una accion semejante á las mias, se apresuraba á darme á conocer que la gloria que me rodeaba habia escitado su emulacion. ¿Qué importa que yo haya deseado el asesinato de César ó contemplándolo con placer? Si se te esceptúa á ti y á los que como tú se alegraban de ver á César reinar, ¿qué romano no deseaba su muerte ó ha dejado de aplaudirla? Todos los hombres de bien han dado á César la muerte en cuanto dependia de ellos, y lo único que temo es que no puedas probar que yo entraba en el número de los conjurados. Si hubiera sido uno de ellos, habria realizado la tragedia por completo, matando al tirano y á la tiranía: *si meus styllus ille fuisset, totam fabulam confecissem.*»

Despues de haber hecho el orador, de la manera que acabamos de ver, su elogio completo como hombre, como poeta y como republicano, pasa á la confesion de su adversario, y al efecto echa mano de todas las flores del arte oratoria, esparciéndolas con profusion sobre Antonio. Califícalo, en efecto, de *bandido, jefe de ladrones, vil tirano, gladiador, borracho, lujurioso, malvado, impúdico, libidinoso, mas vicioso que Clodio, mas descarado que Catilina, insensato, imbécil, ignorante,* (stultitiæ qua vincit omnes), *marido de una cómica, infame, estúpido, hombre crapuloso, ladron, falsario y sacrílego.*

Ciceron, que tenia flores para todo el mundo, arrojó algunas á los amigos de Antonio, olvidando que él habia sido uno de ellos: « *Tus amigos*, le dice, *son una masa infecta de gusanos, á quienes pagas con los caudales de la república para que te enseñen á no tener sentido comun.*

Mal podia ser de otro modo, siendo como eres un *perdido, pederasta, prostituido, miserable, que paseas el desórden en litera por toda Italia, bebedor de sangre, borracho del peor género, que bebiste tanto vino en las bodas de Hippias, que no pudiste menos de vomitarlo todavía al dia siguiente en presencia del pueblo reunido.* En medio de una asamblea del pueblo romano vomitaste los pedazos de carne infestados con el olor del vino, y manchaste con ellos tu toga y las de los que tenias á tu lado. *Borracho siempre*, vomitabas en Narbona encima de las mesas de los que te convidaban, y *eternamente ébrio, bebes, juegas y vomitas* desde por la mañana, inundas los pisos de vino y manchas las mesas y las paredes.

»Eres *impío, furioso, enemigo de los dioses, hombre sin alma ni corazon.* Cuando dices: Yo el cónsul Antonio, es como si dijeras: *Yo cónsul, el mas infame de los hombres, etc. etc.*»

Aquí teneis, señora, por lo que hace al fondo y á la forma, una muestra de la filípica II. En cuanto al fondo, es la glorificacion inmoderada de Ciceron por Ciceron mismo, la confesion general de Antonio, y sobre todo la pomposa apología del asesinato político. En la forma, es el lenguaje de las plazuelas y el vocabulario completo de las mas groseras injurias. Recordad ahora la definicion del orador: *Vir bonus dicendi peritus;* y decidme, si es aplicable á Ciceron. Por mas dudas que se os ofrezcan, debeis tener por seguro que «la filípica II es un monumento de elocuencia *sin igual*, considerado por la posteridad como una *obra divina*, y hubiera merecido todos los elogios que se le han tributado, si no hubiera causado la muerte de su autor.»

Este es un artículo de fe clásica, y no puede haber para vos salvacion literaria si no creeis en él; pues el oráculo emana de los mas respetables maestros de la ju-

ventud, ó sea de los PP. de la Compañía de Jesús (1).

Continuemos enseñando como enseñaron nuestros padres, pues bien hecho está cuanto ellos hicieron; nada hay que variar, y el que critica su enseñanza, infiere una injuria á la Iglesia.

(1) *Historia romana*, por los PP. Catrou, Ronille, Rothe, etc.; t. XVII, p. 470.

CARTA XVIII.

Ciceron hombre de Estado. — Es en política lo que en moral y filosofía. — Esclavo de la vanidad anda vacilando entre todos los partidos. — Contemporiza con César y calumnia á Craso. — Quiere asesinar á César y á Pompeyo. — Déjase engañar por César. — Habla mal de todo el mundo, menos de sí mismo. — Adquiere numerosos enemigos. — Es débil en la adversidad. — Historia de Filasco. — Hácese instrumento de Pompeyo. — Imprudencia política. Llega á ser engañado por César y por su ambicion. — Lleno de irresolucion, da seguridades á Pompeyo y á César. — Inconstancia y palinodias continuas. Ciceron engañado por Octavio. — Despreciado por todos los partidos, y por último asesinado.

Roma 14 de Febrero.

SEÑORA:

CICERON HOMBRE DE ESTADO. — «Todos los hombres de Estado, enseñan los maestros de la juventud, deben ir á la escuela de Ciceron.» «Ningun hombre de cuantos se han dedicado á la ciencia del gobierno, dicen sus discípulos, puede ser comparado con Ciceron.» Sin duda, pues, querreis saber lo que pensamos de tales elogios.

Ya lo hemos visto; en punto á creencias Ciceron filósofo lo reduce todo á conjeturas, á verosimilitudes y á lo sumo á probabilidades. Sus principios morales son un trasunto de los filosóficos, y los vemos además reproducidos por Ciceron como hombre político. ¿Cómo no habia de ser así? El hombre que hace profesion de no tener creencias fijas sobre nada, debe tomar por única regla de su vida las circunstancias, y estudiar esclusivamente el medio de sacar de ellas el mejor partido posible en provecho de su fortuna y pasion favorita. Si se halla entre dos es-

tremos, no tendrá nunca adoptada de antemano resolucion alguna; antes de dar ningun paso, mirará á derecha y á izquierda; examinará, bajo el punto de vista personal, las ventajas de los partidos, pasará de unos á otros, adulará y combatirá alternativamente á todos, concluyendo por hacerse odioso á ellos, y vendrá por último á meterse en laberintos, de los cuales no sabrá cómo salir. ¿Son estos principios aplicables á Ciceron como hombre de Estado? Preguntémoslo á la historia.

El dios de César, decia Ciceron, es el poder y no conoce otro alguno. El dios de Ciceron, pudo responder César, es tambien el poder sin que conozca ningun otro. La diferencia consiste en que César camina al poder con las armas en la mano y aniquilando á sus rivales, y Ciceron aspira á él por medio de la tribuna y acariciando á todos los partidos. El orgullo y la fuerza constituyen el carácter de César, y el de Ciceron lo forman la vanidad y la falta de energía; César cree en su espada, Ciceron en su palabra; el primero tiene fe en su fortuna, el segundo en la de otro; aquel se impone á los demás, este se insinúa. «Ciceron, nos dice la historia, aspiraba á gobernar la república: *Rempublicam regere affectans;* y envanecido de sí mismo, queria hacer ver á los grandes y al pueblo que daba una fuerza considerable al partido que él abrazaba, y pasaba de unos á otros, adoptando alternativamente intereses opuestos para hacer que todos los partidos le buscáran. Despues de haber hecho causa comun con la aristocracia y preferido por lo tanto el cargo de edil al de tribuno, se le vió unirse á la hez del pueblo: *fœci plebis se adjunxit* (1).»

Estas líneas resumen toda la vida pública de Ciceron, y forman, por decirlo así, un libro de partida doble que

(1) Dio. Cass., *Hist.*, lib. XXXVI, p. 249; edit. de Leipsick, 1824.

nos muestra á aquel hombre político con un pié en el campo de César y otro en el de Pompeyo, amigo y enemigo de Antonio, panegirista y calumniador de Craso, hablando bien y mal de todos, incluso Verres; descendiendo, segun el interés del momento, á concesiones reprobadas por la conciencia, á violencias de lenguaje y á adulaciones que deshonraron su memoria; víctima de la vanidad que le ciega, juguete de los partidos que le esplotan, siempre irresoluto, pasando de un escesivo temor á una estremada confianza; pero sin perder nunca de vista su deseo de dominar, y repitiendo constantemente que si él estaba en el poder, la república se salvaria. Descendamos á los hechos.

Cuando el proceso de Catilina el rumor público acusó á César de haber sido cómplice, ó cuando menos confidente de la conjuracion, y Caton mismo lo dijo así públicamente: *Cato manifeste jam in suspicionem vocans Cæsarem.* Sin embargo, César era muy popular y poderoso; y Ciceron, que podia necesitar de él, no solo no le nombró, sino que dominado por el temor de que los partidarios de Catilina atentáran contra su vida (*ipse sibi metuebat*), procuró abreviar los debates é impidió á Craso hablar en defensa de los culpables. Para ello hizo correr la voz de que este último, eminente orador, pertenecia al número de los conjurados: «Yo, dice Salustio, oí al mismo Craso decir públicamente que Ciceron se habia permitido calumniarle de aquel modo: *Ipsum Crassum ego postea prædicantem audivi tantam illam contumeliam sibi à Cicerone impositam* (1).» Aplicacion del principio: *mendaciunculis adspergendum.*

Igual temor le hizo atropellar la ejecucion, tanto que se le acusó de que no habia observado las prescripciones

(1) *Catil.*, c. XLVIII.

de la ley. El pueblo se irritó por este hecho, y pronto veremos que el tribuno Clodio halló en este cargo motivo para condenar á Ciceron al destierro.

Entre tanto César y Pompeyo buscaban por todas partes apoyos para su poder, lo cual irritó á Ciceron, á quien no podia convenir por sus miras ambiciosas la importancia que aquellos iban adquiriendo. Confió á Lúculo su encono contra ellos, y ambos se concertaron para hacer asesinar á César y á Pompeyo. La trama, sin embargo, fué descubierta por denuncia del asesino L. Vettio, y á no ser porque Bíbulo fué implicado en la acusacion, hubieran corrido riesgo de perecer como los cómplices de Catilina (1). Ciceron, sospechoso para César y Pompeyo, tuvo la imprudencia de confirmar él mismo las sospechas y provocar mas el odio de aquellos. Defendiendo á Antonio atacó con calor á César y llegó hasta insultarle públicamente; pero este nada contestó, pues veia que la vanidad era la que movia á Ciceron á obrar de aquella manera. «En efecto, Ciceron no buscaba tanto el ofender á César, como el oir de su boca algunas espresiones injuriosas por el deseo que tenia de ser reputado como su igual (2).»

César eligió secretamente á Clodio por instrumento de su venganza contra Ciceron, haciendo que se le nombrára tribuno del pueblo; y dirigido por él, tendió un lazo al orador, que consistió en adularle y proponerle que contribuyera á la aprobacion de una ley que mas adelante habia de serle funesta. Engañado Ciceron por su propia vanidad, procuró apoyar el proyecto de Clodio, quien aprovechándose de la autoridad de su cargo, indispuso no solo al

(1) Dio. Cass., lib. XXXVIII, c. IX. — Clavelli cree que Ciceron alude á este asesinato cuando dice á Atico: «Sic enim video ne duobus his vivis nec uno nos unquam rempublicam habituros.» — *Ad Attic.*, lib. IX; *Antico Arpina*, p. 107.

(2) *Ibid.*, c. X, XI.

pueblo, sino á una gran parte de los senadores contra Ciceron, «cuyo crédito é importancia tenian por base el temor y no el aprecio (1).» La tempestad que debia arrebatar á Ciceron se iba formando de una manera visible, sin que él se apercibiera de ella, y diríase que él mismo tomaba á su cargo el hacerla mas formidable.

La necesidad de hablar, y de hablar de sí mismo, no le abandonaba nunca; y así es que hablaba en el Senado, en el foro y en todas partes. «Con sus discursos indisponia á muchísimos ciudadanos y se creaba enemigos implacables, tratando siempre de elevarse sobre los hombres mas eminentes, abusando hasta la saciedad de una licencia de lenguaje que nada respetaba, y tratando de aparecer como hombre honrado, mas bien que de serlo en realidad. Por efecto de semejantes pretensiones llegó Ciceron á hacerse odioso aun á los mismos que le estimaban (2).

Llegó el fin de su consulado, y segun costumbre quiso dar cuenta de su administracion. El pueblo solo le permitió que prestára el juramento prescrito por la ley; pero él, atormentado por el deseo de hablar, y de hablar de sí mismo, añadió que habia salvado á Roma. Esta espresion levantó una tormenta, y Clodio se aprovechó de ella para acusar á Ciceron de haber infringido las leyes condenando á muerte á Léntulo y á Cetego: *quod contra leges publicas indemnatos sustulisset Lentulum Cethegumque* (3).»

Ciceron, como herido por un rayo permaneció confundido y sin saber qué decir. Abandonóle todo su valor, salió del tribunal, dejó su toga, y horriblemente desaliñado y descompuesto el semblante (*sordidus et squalore horridus*), recorrió suplicante las calles de la ciudad de-

(1) Dio. Cass., c. X, XI.
(2) *Ibid.*, c. XII.
(3) Appian., lib. II, c. XV.

teniendo á cuantos pasaban, fueran ó no conocidos, para referirles su desgracia: *Suppliciter per vias urbis sollicitabat obvios quosque, non veritus ignotis quoque hac de causa negotium facessere.* Olvidó hasta tal punto lo que se debia á sí mismo, que queriendo aparecer desgraciado, consiguió hacerse ridículo: *Adeo nullo respectu decori, ut dum miserabilis vult videri, ridiculus fieret.* Desesperado al fin, en vez de luchar contra la fortuna, se condenó espontáneamente al destierro: *Rebus omnibus desperatis sponte in exilium abiit* (1).

Aprovechándose Clodio de la ley que Ciceron contribuyó á hacer votar, convocó la asamblea del pueblo, en la que César declaró que habian sido ilegales las medidas tomadas por Ciceron contra los conjurados, y en su consecuencia se le condenó al destierro sin oposicion y hasta con el concurso de un gran número de ciudadanos y aun de aquellos mismos que se conceptuaban como los mejores amigos del orador. Señalósele la Macedonia como punto de residencia, y se le conminó con la pena de muerte si osaba presentarse á menor distancia de Roma de 3.750 estadios.

Ciceron se encontró en Macedonia con un cierto Filasco, á quien habia conocido en Atenas, y le comunicó todas sus cuitas. Como esta confesion es muy curiosa, me permitireis que os diga acerca de ella dos palabras. Ciceron, que enseñaba que el sábio es feliz siempre, estaba continuamente sumido en una profunda tristeza, lloraba y se quejaba á cada instante. ¿No te avergüenzas, le decia Filasco, de conducirte como una mujer? Nunca hubiera yo creido, al verte tan animoso para sostener á los demás, que ahora te mostráras tan débil. — «Mas fácil es, respondió Ciceron, dar consejos á los demás, que ser uno

(1) Appian., lib. II, c. XV.

sufrido en la desgracia.» Sobre esto le predicó Filasco una moral estóica, y le dijo entre otras cosas: «¿De qué te quejas? Los bienes que echas menos no los habias recibido en herencia de tus padres para darles tanta importancia. Los adquiriste por medio de tu lengua, y esta te los hizo perder; y por consiguiente no debes quejarte de haberlos perdido del mismo modo que los ganaste. Procura, pues, tener la serenidad de los armadores, y di con ellos: el mar nos dió estas riquezas, y el mar nos las ha quitado.»

Este discurso *consoló* á Ciceron; al menos asi lo dice la historia (1).

El destierro de Ciceron duró diez y siete meses; y Pompeyo que habia contribuido á él mas que ningun otro, hizo que se le alzára por vengarse de Clodio. Ciceron abrazó el partido de Pompeyo sin hostilizar por esto á César, y á pesar de la opinion de los mas graves individuos del Senado, apoyó en favor del primero la famosa ley *Manilia*, que llegó á ser fatal para la república. Pompeyo, á quien Ciceron habia querido hacer asesinar y habia sido causa de su destierro, era despues á los ojos del orador el hombre mas grande y perfecto; el único que podia rehabilitar la gloria del nombre romano; un guerrero que habia dado mas batallas que las que otros habian leido, y formádose en el arte de la guerra por medio de victorias y nunca á consecuencia de derrotas; una persona irreprensible en su conducta, moderada en sus deseos, fiel á su palabra, afable y virtuosa sin igual, y por último un genio cual nunca habia visto Roma: *Virtuti Cn. Pompeii quæ potest par oratio inveniri?*

Ciceron añade al decir esto: «Debo protestar que no hablo en este asunto sino en pro de los intereses de la re-

(1) Dio. Cass.., lib. XXXVIII, c. XXI.

pública, pues lejos de haber tratado de proporcionarme amigos útiles, sé muy bien que me he granjeado numerosos enemigos. Colmado, ó romanos, por vosotros de tantos y tan grandes beneficios, me creo siempre en el deber de sacrificar mis intereses personales en favor vuestro y en honor de la república: *Mendaciunculis adspergendum.*»

En efecto, señora, esta es la forma: ved ahora el fondo. Ciceron y César se habian puesto de acuerdo para hacer que la ley *Manilia* se votára, no porque la creyeran ventajosa para la república, sino porque César queria tres cosas: halagar al pueblo, cuyo ídolo era entonces Pompeyo; escitar cada vez mas contra este la envidia de la nobleza, y abrirse camino para obtener algun dia los poderes estraordinarios que por dicha ley se le conferian á Pompeyo. Ciceron por su parte, engañado por César y por su propia vanidad, queria, en el hecho de proponer la adopcion de dicha ley, hacer ver que dominaba la república por medio de su palabra y halagar á Pompeyo, con cuya hija tenia pretension de casarse. El orador perdió sus esperanzas, y César logró su objeto; pues el Senado le concedió estensos é ilimitados poderes que le colocaron en la misma línea que á Pompeyo, y gracias á la imprudencia de Ciceron tuvo la república dos competidores, cuyas fuerzas, iguales durante mucho tiempo, inundaron el imperio de sangre de sus ciudadanos, hasta que uno de los dos llegó á entronizar su despotismo sobre las ruinas de la libertad (1).

En esta situacion en que colocó á su país, ó á la que contribuyó al menos en gran manera, y en presencia de dos poderes rivales, creados ó engrandecidos por él, ¿qué iba á ser Ciceron? El mas desgraciado de los hombres: iba

(1) Dio., lib. XXXVIII, c. XLI. — De Pompeii magni filia tibi rescripsi, nihil me hoc tempore cogitare. — *Ad Attic.*, lib. XII, ep. II; Middleton, t. III, p. 237.

á permanecer perplejo, irresoluto, agitado como una caña por el viento, siempre vano, víctima siempre del engaño de sí mismo y de los demás, y condenado á ver la agonía de la república, que segun él, no podia esperar salvacion sino con el auxilio de su elocuencia en la tribuna de las arengas, y esta acababa de ser derribada. «Ah! escribia á Casio, si me fuese permitido subir con frecuencia á la tribuna, nada costaria restablecer la libertad de la república: *Quæ si sæpius uti liceret, nihil esse negotii, libertatem et rempublicam reciperare* (1).»

Conociendo al fin, aunque tarde, que por una necia imprudencia habia contribuido á acrecentar la fortuna amenazadora de César, vino á cometer otra nueva que le indispuso con él, al opinar que se le prohibiera la continuacion por cinco años en el gobierno de las Galias, y que se desechára la ley que le dispensaba de solicitar en persona el consulado. Sopló despues el fuego de la discordia entre César y Pompeyo, y llegó á gloriarse de ello, diciendo: «Has sostenido, dijo contestando á Antonio, y en esta parte has sido muy estenso, que yo induje á Pompeyo á romper con César, dando así lugar á que se encendiera la guerra civil, en lo cual no te has equivocado del todo: *In eo non tu quidem tota re..... errasti* (2).»

Fuéle, pues, preciso á Ciceron optar entre César y Pompeyo; pero él no era capaz de abrazar por sí partido alguno: «Te escribo carta tras de carta, decia á Ático, para saber á qué debo atenerme. ¿Me entregaré á Pompeyo sin reserva? No me detiene para ello el peligro, sino el despecho (3).» ¿Cuál es la causa de este último? Como ciertos periodistas y hombres de Estado de nuestros dias,

(1) *Ad famil.*, lib. XII, ep. 2.
(2) C. IX.
(3) *Ad Attic.*, lib. VII, ep. 12.

Ciceron lo previa todo..... despues que habia sucedido. Así es, que dice: «¡Qué conducta! ¡Cuántas faltas se habrian cometido si se hubieran seguido mis consejos! Pero en fin, ¿qué me dices? ¿He de contemporizar con ambos partidos, y adherirme despues al mas poderoso? Necesito que me ayudes á salir de este apuro (1).»

Entre tanto, y despues de haber hablado mal de Pompeyo y de su partido, le escribió en estos términos: «Siempre he mostrado un celo estraordinario por tus intereses. He sabido que Labino ha dejado el partido de César....., al cual debe significarle mucho el ver que un hombre que le era tan adicto, no ha creido poder seguir su bandera sin hacer traicion á su patria. Por lo que hace á César, puedo decir que es un Fálaris, cuyos horrores debemos temer. ¿Y matará á este tirano ó á Pisistrato? Nada puedo decir, pero si afirmo que si llega á triunfar, tendremos que presenciar mil matanzas y un despotismo oriental: *Cædem video si vicerit et regnum non modo romano homini, sed ne Persæ quidem tolerabile* (2).»

Al propio tiempo que esto escribia, daba seguridades á César: «Estoy comprometido con César y con Pompeyo, y ya puedes calcular el apuro en que me veré: *Vides ne ut sim utrumque complexus*. Me he conducido con ambos de tal manera, que ninguno de los dos tiene mayor amigo que yo; los dos van á romper sus relaciones, y no sé qué partido habré de seguir (3).»

Decidese por último, pasa á Oriente, y se presenta en el campamento de Pompeyo. Queda este vencido en Farsalia, y Ciceron cree no tener mas remedio que el de hacer la corte á César (4). Con este fin, pues, se

(1) *Ad Attic.*, lib. VII, ep. 12.
(2) *Id.*, lib. X, ep. 12, 20, etc. etc.
(3) *Id. ibid.*
(4) Plut., *In Cicer.*, n. 51.

presenta en Brindis, le pide humildemente perdon por haber seguido el partido de su adversario, y le hace mil protestas de adhesion. César le dispensa buena acogida, y desde este momento varia enteramente la escena, en términos de tener siempre Ciceron algo nuevo y halagüeño que decir del divino Julio (1): «Es, dice, un vencedor lleno de bondad y moderacion admirables: al mandar que vuelvan á levantarse las estatuas de Pompeyo, ha afirmado las suyas; César es el salvador de la república, de su vida depende la de todos los ciudadanos, y mi cuerpo le servirá de baluarte (2).»

«Las estraordinarias consideraciones que ha tenido César conmigo, escribia á Léntulo, así como con mi hermano, me ponen en el deber de ayudarle en todas sus empresas..... Te confieso desde luego que despues de ti, á quien debo mi salvacion, no soy deudor á nadie de tantos favores como á César; así me complazco en manifestarlo: *Neminem esse cujus officiis me tam esse devinctum non solum confitear, sed etiam gaudeam* (3).»

Para dar Ciceron una prueba de ello, abandona vilmente á sus propios amigos. César publica un libelo contra Caton, antiguo é íntimo amigo del orador, y habiéndole enviado un ejemplar, ensalza hasta las nubes la obra y el autor, y despues escribe á Atico en estos términos: «Tengo en mucha estima esta obra contra Caton, tanto que no debe creerse adulacion lo que he dicho y escrito acerca de ella (4).»

Ciceron, como si esto no bastára, se hizo tambien amigo de los amigos de César, á quien mas tarde debia dar el dictado de *jefe de bandoleros*, y al cual *quisiera haber*

(1) Plut., *In Cicer.*, n. 51.
(2) *Ad Attic.*, lib. IV, 4; *pro Marcell.*; *ad Famil.*, lib. VII, ep. 5.
(3) *Ad Famil.*, lib. I, ep. 9.
(4) *Ad Attic.*, ep. 51.

visto ahorcado. Aceptó presuroso los servicios de Antonio, *jefe de la gavilla de César*, y cenó mil veces con sus individuos. ¡Qué he hacer! escribia, es preciso amoldarse á las circunstancias: «*Non desino apud istos qui nunc dominantur cœnitare: quid faciam? tempori serviendum est* (1).» Así se procede en nuestros dias. Ciceron se hizo tambien cortesano de las queridas de César, pues tan luego como llegó á Roma Cleopatra, Ciceron fué de los primeros que se presentaron á rendirla homenaje, llevando la adulacion hasta el estremo de pedirle para memoria algunas curiosidades de su país.

Esta vergonzosa palinodia duró hasta la muerte de César, y volvió á tener lugar con Octavio, que á la edad de diez y nueve años supo engañar al gran hombre de Estado Ciceron, como César le habia engañado antes. Octavio habia venido á Roma para recoger la herencia de César, es decir, el imperio; y Ciceron subió á la tribuna, desde la cual, lleno de amor propio, creia siempre gobernar la república. Octavio, que le miraba como instrumento útil para la realizacion de sus proyectos, le atacó por su flanco, le aduló y le hizo creer que tendria una gran participacion en el gobierno del Estado.

Mareado Ciceron con este incienso, preparó una arenga en la cual hizo una patética descripcion de las necesidades de la república, y dijo al Senado: «Tengo el hombre que necesitais..... César, aunque jóven todavía, ó casi niño, reune una prudencia divina y un valor estraordinario: *Cæsar adolescens, pene potius puer, incredibili ac divina quadam mente atque virtute* (2)..... ¿Quién de nosotros, senadores, existiria, si él no hubiera existido? Antonio venia enfurecido contra Roma, y de repente ese jó-

(1) *Ad Attic.*, lib. XI, ep. 9.
(2) *Philipp. III*, c. II.

ven, ese héroe divino levanta un ejército contra él. Preciso es, pues, conceder á Octavio el mando, y el Senado y el pueblo tendrán ocasiones de honrar al jóven romano, al cual pido desde luego que se le permita, á pesar de su edad, formar parte del Senado.

»Sé muy bien que no abusará de su poder, pues conozco demasiado sus sentimientos, y me consta que nada hay para él tan sagrado como la república y vuestra autoridad.» Ofuscado Ciceron con la idea de su poder futuro, concluyó con la siguiente acalorada peroracion: «¿Me atreveré tambien, senadores, á ofrecerme por fiador al Senado, al pueblo y á la república, asegurando, prometiendo y respondiendo de que Cayo César será siempre un ciudadano tal como es hoy y tal como debemos querer y desear que sea? *Promitto*, *recipio*, *spondeo* (1).»

No creais, señora, que Ciceron, cuando así habla, es sincero en sus convicciones y en el interés que aparenta por Octavio, pues su sinceridad consiste solo en el deseo de llegar al poder, sirviéndose de Octavio como de escalon para subir á él. Admirados sus amigos de oir su lenguaje, le escribieron diciéndole que viera bien lo que hacia; pero él, como hombre que se cree dueño del terreno, les dijo: Octavio es un jóven al que hay que enaltecer y halagar para quitarlo luego de en medio: *Laudandum adolescentem*, *ornandum*, *tollendum*. Una indiscrecion hizo que llegáran estas palabras á oidos de Octavio, quien dijo: «Sí, pero este jóven no se dejará quitar de en medio: *Sed se non esse commissurum ut tolli possit.*»

Octavio disimuló, sin embargo, pues aunque era senador, necesitaba ser cónsul, escalon necesario para llegar al imperio; y Ciceron tenia que servirle de pedestal. Octavio, al participarle su proyecto, le habia insinuado

(1) *Philipp.* V, c. XVIII.

la idea de que sería colega suyo y tendría á su cargo, como hombre superior por su edad, talento y esperiencia, la administracion de la república, contentándose él con ser cónsul en el nombre. Cegado Ciceron por su incorregible vanidad, cayó tambien esta vez en el lazo, y fué á repetir neciamente su leccion ante el Senado: *Hac spe elatus, Cicero, potestatis cupidus, persuasit Senatui* (1), pidiendo que se nombrára cónsul á Octavio, dispensándole la edad, y añadiendo para tranquilizar al Senado: «Para evitar que el jóven César haga nada contrario á los intereses de la república, le dareis por colega, de entre los antiguos senadores, un hombre prudente que le sirva al propio tiempo de mentor (2).»

El Senado comprendió al momento el sentido de estas palabras, y la arenga del ambicioso Ciceron fué acogida con estrepitosas carcajadas: *Eam vero Ciceronis ambitionem visit Senatus* (3).»

Gracias á las imprudencias de Ciceron, Octavio logró andar pronto el camino del trono. Lelio culpó de esto á Ciceron en pleno Senado, y Bruto le llamó claramente vil y traidor, acusándole de haber sacrificado los intereses de la república á los de su vanidad, y de haber preparado una tiranía mas insoportable que aquella de que él y Casio habian librado á la patria dando de puñaladas á Julio César: *Dum habeat a quibus colatur et laudetur, servitutem honorificam modo, non aspernatur. Eo tendit, ut sit illi Octavius propitius* (4).

Cuando todo el mundo y hasta sus mejores amigos le

(1) Appian., lib III, c. LXXXII.

(2) Sed ne quid forte ille præter utilitatem Senatûs faceret, hortatus est ut è senioribus prudentem aliquem virum collegam ei darent, tanquam firmum ætatis immaturæ pædagogum.—Appian., lib. III, c. LXXXII.

(3) *Id. ibid.*

(4) Ep. Brut., *ad Attic.*, lib. XV, ep. 4; Plut., *In Cicer.* c. V.

dicen en su cara que ha perdido á la república, Ciceron llega al fin á conocerlo y á ver que ha sido engañado; pero, dominado por su vanidad, en vez de confesarlo con una franqueza que siempre le habria hecho honor, recurrió á razones miserables para justificarse, y escribió á Bruto en estos términos: «Me duele en el alma que la república me haya aceptado como fiador de un jóven ó casi de un niño; pero mal puede acusárseme de imprudencia, pues hice que contrajera deberes para con la república aquel por quien respondia, antes que contraerlos yo: *¿Quæ temeritas est? Magis enim illum pro quo spopondi, quam me, obligavi.*»

La disculpa no tuvo gran acogida, y la historia refiere que Ciceron, lleno de despecho por haber sido burlado por Octavio, tomó el partido de dar fin á todo con un golpe teatral. Quiso ir á la casa misma de Octavio y suicidarse á la vista de sus dioses penates, para hacer patente al universo la iniquidad del hombre de quien habia querido valerse para restaurar la república y la libertad, y que habia abusado de su confianza para destruir una y otra (1).

Octavio entre tanto se habia visto precisado á alejarse de Roma, y Ciceron, creyendo por esto que se habia eclipsado ya su estrella, trató con la ligereza de un jóven, de escitar á los romanos á hacer armas contra él, y á cerrarle las puertas de la ciudad. El pueblo principió á agitarse, y se cubrieron las murallas con algunas cohortes; mas, noticioso de ello Octavio, volvió á entrar en Roma despues de haber triunfado sin trabajo de aquel alarde guerrero. Ciceron se apresuró á pedirle una audiencia, y habiéndola obtenido, pronunció un estenso discurso *(multis verbis prædicavit)* para persuadir á Octavio de su adhesion, y para recordarle lo que habia trabajado para

(1) Clavelli Antico Arpina, p. 134.

hacer que se le nombrára Cónsul. Octavio por toda respuesta se burló de él, y le dijo sonriendo: «Ciceron es entre mis amigos el último que ha venido á verme: *Postremum amicorum Ciceronem sibi occurrisse.*»

En aquella ocasion vió la luz la Filípica II, nueva imprudencia de Ciceron; pues cayendo en manos de Antonio, escitó su furor; y algunos dias despues, proscrito el orador por los triunviros y despreciado por todos los partidos, fué asesinado en una de sus casas de campo.

Mañana hablaremos de Ciceron como simple ciudadano.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XIX.

Ciceron simple ciudadano.—Su apología fundada en la del P. Schott, jesuita.—Pobreza, modestia, constancia, prudencia, fortaleza, agradecimiento y castidad de Ciceron.—Ciceron y los ciceronianos.

Roma 15 de Febrero.

SEÑORA:

CICERON SIMPLE CIUDADANO.—«César fué un varon eminente y Ciceron un hombre virtuoso, íntegro, casto y santísimo.» Si estos elogios y otros muchos mas que habeis leido no son suficientes para tranquilizar vuestra solicitud maternal, abrid un libro intitulado: *Cicero a calumniis vindicatus: Ciceron vindicado de calumnias;* impreso en Amberes en 1613, escrito por el R. P. Andrés Schott, de la Compañía de Jesus, y calcado en el modelo de *Virgilio vengado*, del R. P. Galluzzi, de la misma Compañía. El P. Schott os prueba que Ciceron fué un santo, y que todas las acusaciones lanzadas contra él son solo meras calumnias. Así es, que poco ó nada culpable fué de vanidad, ambicion, avaricia, inconstancia, mala filosofía y depravadas costumbres.

El objeto del autor y la consecuencia de su obra, tienden á demostrar que Ciceron tiene derecho á ser el gran maestro de la juventud cristiana, y que esta debe entrar desde sus primeros años en su escuela y aun aprender de memoria sus lecciones: *Ut juventuti nostræ fidei commissæ Cicero jam inde a teneris in manus traditus, teratur assidue atque ediscatur* (1).

(1) P. 5.

Conocemos ya los escritos y actos públicos de Marco Tulio, y para completar el proceso de su canonizacion, nos falta solo poner de manifiesto sus virtudes privadas, y en esta parte dirigiremos nuestro estudio por el órden que establece el R. P. Schott.

Pobreza de Ciceron.—Nada hay, dice, que revele mejor un alma limitada y mezquina que la pasion de las riquezas: *nihil enim est tam angusti animi tamque parvi, quam amare divitias* (1). Este es el principio, falta ahora ver su aplicacion. Ciceron, nacido en humilde cuna, dejó su aldea de Arpino, con algunos ases en su bolsa, y estableciéndose en Roma, llegó á ser en pocos años uno de los romanos mas opulentos. Era dueño de una quinta que habia comprado á Craso en dos millones próximamente de nuestra moneda, y tenia amueblada con un lujo oriental. Las galerías estaban cubiertas de las mas bellas estatuas y de las mejores pinturas de la Grecia, y la vajilla y otros muebles correspondian á la magnificencia del edificio por la belleza de la materia y por la escelencia del trabajo. «Aquel hombre pobre, dice Plinio, poseia entre otras cosas una mesa de cedro, la primera que se vió en Roma y que existe todavía, valuada en doscientos mil reales (2).

En la falda del monte Aventino era propietario de varias tabernas y tiendas, cuyos alquileres ascendian á ochenta mil sestercios ó sean dos millones y medio, poco menos, de nuestra moneda, y servian para pagar la pension de su hijo, que seguia sus estudios en Atenas. Mas allá del Pomerio, de la otra parte del Tíber y en otros puntos, poseia soberbios jardines. Fuera de Roma se le conocian diez y ocho quintas de recreo, sin contar la de Arpino, que

(1) Cic., *De officiis.*, lib I. c. XX.

(2) Extat hodie M. T. Cicero in illa paupertate, etc.—*Hist. nat.*, lib. XII, c. XV, et. XVI. Middleton, t. IV, p. 303.

habia heredado de su padre, habiéndolas él mismo hecho edificar en los sitios mas agradables del Lacio y de la tierra de Labor. Nada faltaba á la riqueza y elegancia de aquellas mansiones verdaderamente régias, mansiones que Ciceron mismo decia ser las delicias y joyas de la Italia (1).

He aquí los nombres de las principales: *Tusculum*, *Antium*, *Asture*, *Formium*, *Pompei*, *Lanuvium*, *Amalthea*, *Aquinum*, *Frosinum*, *Cumes*, *Venusium* y *Pouzzoles* (2). Casi todas ellas estaban rodeadas de parques, jardines y praderas, llenas de juegos de aguas, preciosas estatuas de marmol, baños, pórticos, mosáicos, teatros, guardadas por esclavos, y bastante capaces para albergarse en ellas Ciceron y su comitiva, que solian detenerse en las mismas muchos dias cuando viajaban.

Solo la de Tusculano, cuyas ruinas he visitado hace poco, constituiria hoy un buen patrimonio, y el modesto Ciceron hizo construir en ella salones, galerías y pórticos semejantes á los de las escuelas de Atenas, y adornarlos con selectas estatuas y pinturas que hizo traer de Grecia á todo coste. Atico, su amigo y corresponsal, le envió muchas de ellas, y conforme las recibia, le encargaba otras nuevas: *Quidquid ejusdem generis habebis, ne dubitaveris mittere* (3).»

No arredrándole gasto alguno para satisfacer su lujo babilónico, le envió el diseño de sus techos, que eran de estuco, para que los artistas de Atenas dibujáran en ellos adornos de pintura y escultura, y hasta de los brocales de sus pozos para hacer que pusieran en ellos figuras en relieve, copiadas de los mejores modelos: *præterea typos ti-*

(1) Cur ocellos Italiæ, villulas nostras non video? *Ad Attic.*; lib. VI, ep. 6. Bene ædificatis et satis amœnis. *Ibid.*

(2) Véase *Antico Arpina* de Clavelli, p. 117; Flav. Blondus, *De reb. Ital.*; Joan. Servilius, *in Epist. ad Attic.*; Fabricius, etc.

(3) *Ad Attic.*, lib. I, 9, 5, 6, 10.

bi mando quos in tectorio atrioli passim includere, et putealia sigillata duo (1)

La quinta de *Tusculum* queda eclipsada ante la de Baia ó de Pouzzoles, llamada la *Academia*, pues era esta tan suntuosa que el Senado mismo, poco rigorista en la materia, se quedó escandalizado.

Además de las quintas suntuosas sembradas en el camino de Roma á Nápoles y en las cercanías de ambas ciudades, poseia Ciceron otras de menor importancia, que denominaba *diversoriola*, y venian á ser puntos de descanso para hacer mas cómodos sus viajes, cuando iba de una á otra de sus grandes posesiones: *Ego accepi in diversoriolo Sinuessano tuas litteras* (2). En sus cartas á Terencia, cartas en las cuales preconiza la pobreza, confiesa que toda la region de *Formium*, en la que tenia una gran posesion de recreo, le pertenecia en propiedad con todas las tierras adyacentes: *Hæc autem regio in qua ego sum, nostrorum est cum oppidorum tum etiam prædiorum* (3).

Todo esto, sin embargo, no constituia mas que una parte de su fortuna. En efecto, durante el año que fué pretor en Cilicia, tuvo ocasion de economizar dos millones de nuestra moneda, y él nos dice que las guerras civiles le ocasionaron una pérdida de veinte millones de sestercios, lo cual no le privó de recibir á César en una de sus quintas, de obsequiarle á lo gran señor y de decir despues: « *Creo que debe estar satisfecho del modo con que le he hecho los honores* (4). » Finalmente, Ciceron era dueño de tres naves, con remos y velas, para trasportarle á él, sus equipajes y comitiva: *Conscendens e Pompeiano tribus*

(1) *Ad Attic.*, lib. I, 9, 5, 6, 10.
(2) *Id.*, lib. XIV, ep. 8.
(3) *Ad Terent.*, ep. 8.
(4) *Id.*, lib. XIII, ep. 32.

actuariolis, decem scalmis (1). ¡Y ha sido él quien ha dicho: Nada hay que revele mejor un alma limitada y mezquina que la pasion de las riquezas!»

Modestia de Ciceron.—El verdadero mérito es y ha sido siempre modesto. Si de las arengas, cartas y tratados de moral, retórica y filosofía de Ciceron quitais las frases con que se inciensa y elogia, habreis suprimido la mitad de sus obras, pues en ellas no se ve mas que el yo, siempre y en todo. A las numerosas pruebas que os he dado ya de la modestia de Ciceron, añadiré solamente algunas mas. «Ciceron, dice Plutarco, habla en sus discursos de sí mismo con una frecuencia y esceso tales, que revelan una pasion inmoderada de gloria, y no satisfecho con encomiar sus actos de gobierno, elogia tambien sus discursos, dando así una prueba de la pequeñez de su alma (2).»

No bastándole el alabarse en prosa, compuso tambien un poema en honor de su consulado, y cualquiera dirá al oirle, que lo aconsejó todo, lo adivinó todo y lo hizo todo en la república, que solo por él podia ser feliz: *¡O fortunatam natam me consule Romam!* Todos los males, por el contrario, que sobrevenian en el Estado, eran ocasionados por no estar él al frente de los negocios públicos: «Es indigno, escribia, dejar en la inaccion á un hombre como yo, que he asegurado la tranquilidad de los ciudadanos (3).» El mismo confiesa que está sediento de alabanzas hasta un estremo increible: *Laudis avidissimi semper fuimus, sum etiam avidior etiam quam satis est gloriæ: incredibili cupiditate teneor, ut nomen nostrum illustretur* (4).

(1) *Ad Terent.*, lib. XVI, ep. 4.
(2) Plut., *Paralelo de Ciceron y Demóstenes*, c. III.
(3) *De offic.*, lib. III, c. III.
(4) *Ad Attic.*, lib. XII, ep. 21.

No hay bajeza en que no incurra para obtener elogios, mendigándolos con humillaciones sin el menor pudor y enojándose cuando no le alaban. «Sin duda, dice, cree Bruto que le debo estar agradecido por haberme dado el nombre de escelente cónsul. ¿Podria un enemigo hacer de mí un elogio mas insignificante? *Quis enim jejunius dixit inimicus* (1)? Sabido es, por último, que pidió con vivas instancias al historiador Luceyo (*rogo atque etiam rogo*), que mintiera para elogiarle.

No era menor su sed de honores. Siendo pretor en Cilicia, logró rechazar á algunos bárbaros, y por esto solo se creyó digno del triunfo. Para conseguir su deseo, escribió cartas y mas cartas á sus amigos de Roma, Atico, Catón y Bruto, é individualmente á todos los Senadores, anunciando en una de sus cartas que los destinos de la república los decidirian grandes tragedias y sobrevendrian en Roma males incalculables; pero todo esto lo decia sin perder de vista los intereses de su vanidad: «Te ruego, dice en esta misma carta, que trates de idear el medio de que he de valerme para introducirme con César, y pensar luego en mi triunfo (*deinde de ipso triumpho*); y no me costará mucho conseguirlo si la república permanece en paz. Te ruego tambien que veas á los senadores que se han opuesto á mi peticion, é indicarme las personas que mas pueden valernos. Yo he escrito á todos los senadores, menos á Hierro y á Crasipedes, pero tambien les escribiré (2).»

Dirigióse sobre todo á su íntimo amigo Catón; pero conociendo éste lo ridículo de su solicitud, votó públicamente en el Senado contra Ciceron (3). Este contratiempo no le desanimó, sin embargo, y escribió á Atico estas

(1) *Ad Attic.*, lib. VII, ep. I.
(2) *Ad Famil.*, lib. XV, ep. 16.
(3) *Ad Attic.*, lib. XV, ep. 16.

palabras: «*No perdonaré medio para conseguirlo y espero que lo conseguiré* (1).»

He aquí, pues, algunos rasgos de la modestia de Ciceron: pasemos ahora á examinar otras virtudes suyas.

Constancia de Ciceron.—Mas fácil sería contar las ondulaciones de la caña agitada por el viento que las inconstancias de Ciceron. Su vida fué en efecto una oscilacion contínua entre todos los partidos; hoy en favor de Pompeyo, mañana en el de César, al dia siguiente en pro y en contra de Octavio; pero siempre en beneficio de su vanidad, de su ambicion y de su tribuna amada.

Prudencia de Ciceron.—Ciceron fué como filósofo, discípulo é intérprete de los sofistas griegos, y por medio de la propagacion del escepticismo, apresuró la ruina de su patria, debilitando todas las creencias; y como hombre de Estado fué desechado por todos los partidos. Sus mejores amigos le achacan las dos imprudencias mas graves que se cometieron en su tiempo: la ley *Manilia*, que abrió á César el camino del poder, y los *senado-consultos* en favor de Octavio, que establecieron el imperio sobre las ruinas de la república.

Fortaleza de Ciceron.—El célebre orador romano dedicó una parte de las *Tusculanas* á probar que el sábio es siempre feliz: *sapientium perpetua bene vivendi facultate*. Acusado por Clodio al dejar de ser cónsul, en vez de hacer frente á la tormenta, faltó á su dignidad y se abismó en su dolor hasta el punto de hacerse ridículo. En su retiro de Macedonia lloró como una mujer, y luego que volvió á Roma, no tuvo valor para adoptar mas que resoluciones á medias, siendo sus amigos los encargados de pensar y decidir por él: «¿Qué he de hacer? ¿A dónde he

(1) *Ad Attic.*, lib. XV, ep. 16.

de huir? Sacadme de este compromiso (1),» eran las frases obligadas de sus cartas.

Agradecimiento de Ciceron. — Colmado de favores por César, y colocado por él en la clase de los patricios, segun él mismo lo confiesa, Ciceron aguzó contra él el puñal de Bruto; y anunciando á Atico la muerte de su padre, le dice solo estas palabras: «*Mi padre* ha muerto el dia séptimo de las calendas de Diciembre (2),» sin consignar una sola espresion de sentimiento.

Ciceron, jóven todavía, se casó con Terencia, mujer de familia ilustre, que le llevó en dote grandes riquezas. Durante el destierro de su esposo le dió las mayores pruebas de abnegacion, llegando hasta querer vender todo cuanto poseia para auxiliarle (3). Ciceron le prodigó las mas vivas espresiones de agradecimiento, los nombres mas cariñosos y los elogios mas completos. «Las numerosas cartas que recibo, acordes con la opinion pública, me dan á conocer tu fortaleza de alma, tu virtud increible, y las fatigas de alma y cuerpo que has arrostrado por mí.» Dolíale el pensar que padecia por causa suya; suspiraba por el momento de volver á verla; decia que olvidaria todos sus males si llegaba algun dia á tener esta dicha, y lamentaba entre tanto la ausencia en que vivia. Dábale los nombres mas cariñosos, y considerábala como mujer sin defecto y como reina de todas las virtudes. *Terentia mea, vita mea, anima mea, anima dulcissima... mea Terentia, fidissima, atque optima uxor, suavissima et optatissima Terentia* (4).

Gracias en gran parte á las gestiones de esta, pudo volver Ciceron del destierro, y lo primero que hizo fué re-

(1) *Ad Attic.*, lib. VII, ep. 12.
(2) *Ad Attic.*, lib. I, ep. 1.
(3) *Ad famil.*, lib. XIV, etc. etc.
(4) *Ad famil.*, lib. XV, ep. ad 24; edic. in 12.°, 1744.

pudiar á su dulcísima y amadísima Terencia. Esto produjo un gran escándalo; pero Ciceron agravó su falta tratando de justificarla, pues acusó á su mujer de que no era buena madre de familias, de que no le profesaba afecto ni habia remediado sus necesidades durante el destierro: *Mendaciunculis adspergendum* (1).

El verdadero motivo de este divorcio fué la necesidad que Ciceron tenia de dinero; pues, á pesar de sus grandes bienes de fortuna, estaba acribillado de deudas, y para pagarlas, ó mejor dicho, para aumentar su opulencia, creyó conveniente hacer á Terencia el ultraje mas sangriento de cuantos pueden inferirse á una mujer honrada. Apenas habia dejado aquella el hogar doméstico, cuando Ciceron se casó con Publilia, jóven, rica heredera y además pupila suya. El virtuoso marido se apoderó de los bienes de su nueva mujer, pagó sus deudas y la repudió despues, produciendo esto un pleito escandaloso entre Ciceron y Publilio. El motivo aparente de este nuevo repudio, fué que Publilia se habia alegrado de la muerte de Tulia, hija de Ciceron: *Quod visa esset Tulliæ morte lætari* (1). ¿Cuál fué el motivo verdadero? La historia nos lo va á decir ahora.

Castidad de Ciceron.—Los panegiristas de Ciceron estan contestes en presentárnosle como intachable en este punto, y los racionalistas de nuestros dias, que se glorian de pertenecer á su escuela, presentan al orador romano en parangon con nuestros santos mas eminentes, con objeto de probar que el hombre puede llegar á ser un modelo de virtudes sin necesidad de practicar los preceptos del Evangelio. Veamos pues, señora, qué es lo que de ello debemos pensar nosotros.

(1) *Ad Attic.*, lib. XII, ep. 21.
(2) Plutar. *In Cicer.*; Fabric., *Vit. Cic.*, p. 186.

Ciceron, imitando á todos los grandes santos de su época (*sanctissimos viros*), como dice Plinio el jóven en la carta que os he citado, principió escribiendo poesias tan licenciosas, que escandalizaron á sus mismos compatriotas. La boca habla lo que siente el corazon, y es muy raro, dice un adagio antiguo, que sea un Caton en sus costumbres el que es un Cátulo en sus versos, y Ciceron no fué en esta parte escepcion de la regla. ¿Sabeis á qué fin repudió á Publilia? Para vivir públicamente en adulterio con Cerelia, á la que deshonró y dirigió cartas que cualquiera creeria haber sido escritas en un lupanar (1).

Tal vez habreis leido las inauditas lamentaciones de Ciceron sobre la muerte de su hija Tulia y las estravagancias con que manifestó su dolor; mas, por si no teneis noticia de ellas, voy á deciros algo. Ciceron, que tan seco se habia mostrado al hablar de la muerte de su padre, aparece inconsolable por la pérdida de su hija; y él, que habia protestado contra los honores divinos que se tributaban á los hombres, quiere levantar un templo magnífico á su hija, y colocarla á todo precio en el número de los dioses: «Quiero, dice, siguiendo la costumbre de los antiguos, erigir un templo á Tulia; pues me parece mas digna de este honor que todas las criaturas que lo han obtenido. Los dioses aprobarán mi pensamiento, y por lo tanto quiero colocarla en su asamblea para que la adoren todos los mortales. *Quod quidem faciam approbantibus diis ipsis, in eorum cœtu locatam, ad opinionem omnium mortalium consecrabo* (2).»

Ciceron, pues, fijó, de acuerdo con su arquitecto, el plano del templo, y trató de adquirir columnas de mármol de Quio y de hacer venir de allí un escultor, puesto que

(1) Cum Cerellia quam stupravisti, ad quam ipsam ejusmodi litteras scribis quales scribi par est a scurra.—Q. Calenus, *apud. Dio*, lib. XLII.

(2) *Ad Attic.*, lib. XIII, ep. 35.

aquella isla tenia fama de producir el mármol mas esquisito y los mejores operarios de la Grecia. «Quiero un templo, escribia, y no un sepulcro, no solo porque aquel no pone límites á los gastos, sino porque quiero hacer la apoteosis de mi hija: *Fanum fieri volo.... ut maxime assequar apotheosim* (1).» La única dificultad estaba en el sitio en que habia de edificarse: «Los bosques y lugares solitarios son los mejores para las divinidades, cuyo nombre y culto se hallan ya establecidos; pero para la deificacion de los mortales conviene elegir parajes abiertos y frecuentados, para que puedan llamar la atencion y atraer gran número de adoradores (2).» No contento con esto, quiere que los poetas y oradores griegos y latinos llenen el mundo de elogios de su hija (3).

¿Qué misterio se oculta bajo todas estas demostraciones? ¿Deberemos ver esclusivamente en ellas los escesos del dolor paternal? Así lo quisiéramos, pero la historia descubre en ellas las locuras y la desesperacion de un amante. Salustio y Quinto Caleno, contemporáneos de Ciceron, le acusan terminantemente de haber tenido trato incestuoso con su hija (4). Tan público era el hecho que Donato (5), intérprete el mas antiguo de Virgilio, no vacila en decir en su *Comentario* que el poeta latino designó á Ciceron en el siguiente verso del libro VI de la *Eneida*:

Hic talamum invasit natæ vetitosque hymenæos (6).

(1) *Ad Attic.*, lib. XII, ep. 35.

(2) *Id. ibid.*, ep. 19, etc. etc.

(3) *Ego quantum his temporibus tam eruditis fieri poterit, profecto illam consecrabo omni genere monimentorum, ab omnium ingeniis scriptorum et græcorum et latinorum.—Ad Attic.*, lib. XII, ep. 18.

(4) .... Filia matris pellex, *tibi* jucundior atque obsequentior quam parenti par est.—Sall., *In Cicer.*; Q. Calen., *apud Dio*, lib. XLVI.

(5) Siglo IV.

(6) V. 623.—No tenemos mas que fragmentos de los *Comentarios* de Donato, conservados sobre todo por Servio.

Dichos historiadores le acusan tambien de haber cometido con Pison mil infamias desde su juventud, y esto lo aseguran como público en toda la ciudad de Roma (1). Además tenemos otros testimonios. El primero es de Plinio el jóven, nuevo santo de la bella antigüedad, como le llama uno de sus panegiristas *(ad summas virtutes pervenit)*, el cual refiere en términos formales que el ejemplo de Ciceron escitó su númen poético, y le indujo á cantar las infamias con que se deshonró. «Un dia, dice, vino á mis manos un epígrama lascivo que Ciceron dirigia á su amado Tyron, y por él supe que aquel grande hombre sabia tambien ocuparse en asuntos ligeros y burlescos. En efecto, el orador romano se queja en dicha composicion de haberse visto privado de su amante que le dió muy pocos ósculos despues de la cena, y le dejó burlado por la noche. «¿Por qué, pues, he de ocultar yo mis amores? ¿Por qué me he de arredrar de publicarlos? ¿Por qué no he de confesar que conozco las astucias de Tiron, sus fugitivas caricias y sus chascos tan á propósito para aumentar el fuego del amor (2)?...»

Segun parece, el virtuoso romano no se contentó con Tiron, pues escribia á Atico acerca de la muerte de otro jóven esclavo, llamado Sositheo, al cual, segun dicen los comentaristas, profesaba igual pasion que Horacio á Valgio (3).

El segundo testimonio es el del mismo Ciceron, que en el *Tratado de la naturaleza de los dioses*, no se avergüenza de decir en prosa, por boca de Cotta, lo que hacia y

(1) ¿An vero Marce Tulli facta tua ac dicta obscura sunt? ¿An non ita à pueritia vixisti ut nihil flagitiosum corpori tuo putares quod alteri collibuisset? ¿An scilicet istam immoderatam eloquentiam apud M. Pisonem non pudicitiæ jactura perdidisti? *Ibid.*

(2) Epist., lib. VII, ep. 4, *ad Pontium*. Edic. Milan., 1601.

(3) *Ad Attic.*, lib. I. ep. 12; Dübner, *In Horac.*

celebraba en verso, añadiendo con repugnante cinismo, que todo ello venia á reducirse á fantasías y caprichos autorizados por los filósofos antiguos: *Deinde nobis qui concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur* (1).

Varios autores paganos, y entre ellos Plutarco, podrian suministrarme otros muchos informes de buena vida y costumbres del virtuoso, castísimo y santísimo Marco Tulio Ciceron; pero debo concluir ya y esplicaros porqué he sido tan estenso en hablar de él.

Ciceron pasa por el mas virtuoso de todos los personajes de la bella antigüedad á los ojos de la república literaria; y por lo tanto, al dárosle á conocer, he querido que os sirviera de modelo para conocer á los otros. Ademas, Ciceron es el rey de los colegios y el autor clásico que mas veneno destila en las generaciones literarias, y por medio de estas en la sociedad. La clase de sus escritos y la naturaleza de sus doctrinas filosóficas, morales y políticas, halagan las pasiones de la juventud que las estudia, celebra y admira mas que las de ningun otro escritor del Paganismo. Los profesores de humanidades y de retórica hablan de él con gran respeto, y su nombre es para los discípulos el del gigante de la elocuencia, del verdadero patriotismo y de la virtud. Finalmente, Ciceron es el autor clásico por escelencia de las escuelas normales, y los futuros profesores de los grandes colegios de la Universidad deben poseerle á fondo, penetrarse de él y alimentarse con sus escritos para infiltrarlos todos en el alma de la juventud; y hasta en el clero secular y regular se recomienda, imponiéndose igual tarea á los regentes de las clases superiores.

Ved ahora los resultados: Ciceron es un escéptico

(1) *De nat. deor.*, lib. I, c. XXVIII.

hombre de bien y moderado, que profesa en frases académicas la duda universal, la conciliacion de todas las sectas y la tolerancia de todos los errores. En este sentido, pues, no nos faltan Cicerones.

Ciceron es un Jano de dos caras, que lleva por máxima: *pensar como filósofo y obrar como político* (1). Dejándose algunas veces inspirar por la tradicion que él destruye, escribe escelentes páginas sobre la religion, de la cual se burla. Como augur, asiste á las ceremonias oficiales y él mismo las ejecuta, y vuelto á su casa, las ridiculiza en union con sus amigos. En este sentido tampoco nos faltan Cicerones.

Ciceron es un moralista nada riguroso, que enseña solo la moral natural y las virtudes naturales; que aprueba que el hombre se suicide cuando le es insoportable la vida, y que sobre todo niega con resolucion la existencia del infierno. En esta parte tampoco carecemos de Cicerones.

Ciceron es en público un hombre honrado, que cuidadosamente evita el dar que hacer al pretor; pero en su casa escribe obscenidades y se entrega á mil vicios infames. Tampoco en esto nos faltan Cicerones.

Ciceron, segun la definicion que él mismo da, no es un orador, sino un charlatan sempiterno que habla con igual facilidad de todo, en favor de todo y contra todo; que miente cuando habla, que enseña á mentir, que destruye la ajena reputacion, y que para dejar triunfante su elocuencia, no teme violar á cada momento los derechos de la justicia, y ultrajar la moral. Tampoco en este particular carecemos de Cicerones.

Ciceron es un republicano fogoso, que detesta á los tiranos y á la tiranía; que considera el asesinato político

(1) Lactancio nos ha conservado esta máxima de Ciceron.

como el acto mas glorioso y meritorio de cuantos pueden realizar los mortales, y que aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para decirlo en alta voz y proclamar héroes y dioses á los que lo ejecutan. Tambien en este punto tenemos Cicerones.

Ciceron es un republicano austero, que en sus libros y arengas truena contra el lujo, la ambicion y el amor á las riquezas, y que sin embargo adquiere una fortuna colosal, ostenta un lujo escandaloso, repudia á sus mujeres para enriquecerse, sueña siempre con el poder y los honores, y no vacila en cometer todo género de bajezas y en cantar toda clase de palinodias para llegar al mando. Tambien tenemos por este estilo Cicerones.

Ciceron es un republicano desinteresado, que solo piensa en defender la causa pública. Si el tirano perece, este es una bestia feroz cuya muerte le llena de gozo, y cuyos honores se apropia al mismo tiempo que aspira á participar de los beneficios de la victoria. Si el tirano por el contrario llega á triunfar, entonces es un grande hombre y el salvador de la patria, y por lo tanto Ciceron le besa los pies, le asegura su adhesion, se pone á sus órdenes y se gloria de merecer sus favores. Tampoco nos faltan bajo este concepto Cicerones.

Ciceron, por último, es un republicano previsor que, preparado constantemente para toda clase de eventualidades, lleva siempre consigo una completa provision de escarapelas: la de Pompeyo, la de César, la de Bruto y la de Octavio. Al primer cambio de escena, esconde la que lleva, sin hacerla pedazos por si en otra ocasion puede servirle. Tambien en esta materia tenemos hoy Cicerones.

Si cuando veis, señora, un campo lleno de zizaña, podeis decir sin engañaros que esta se ha sembrado en él, ¿por qué, al contemplar nuestra sociedad moderna sem-

brada de Cicerones, no he de poder yo decir que se han sembrado en ella las doctrinas, ideas y ejemplos de Ciceron? Queda ahora la eterna cuestion, que nadie quiere examinar á sangre fria y que ninguno tiene valor para decidir resueltamente. ¿Cuándo, por quién y cómo se esparcieron en Europa, y se esparcen todavía, las semillas ciceronianas que tan abundante cosecha han producido y producen?

CARTA XX.

Horacio. — Salustio. — Plauto. — Terencio. — Tibulo. — Cátulo. — Propercio. — Lucano. — Lucrecio. — Juvenal. — Séneca. — Plinio el antiguo. — Plinio el jóven. — Tácito. — Caton. — Bruto.

Roma 16 *de Febrero.*

SEÑORA:

Nuestro dilatado estudio de Ciceron me obliga á ser breve respecto de los demás santos de la bella antigüedad, y por lo tanto me limitaré á indicar los principales títulos que tienen á vuestra veneracion y á la confianza de las madres de familia. Cuando vuestros hijos salen de las manos de Ciceron, vienen á caer en las de Horacio. «Ningun autor, dicen los indivíduos de la república literaria, ha criticado con mas energía que él las pasiones desarregladas, ni escitado á la virtud con mas vehemencia, ni tratado de apartar con mas firmeza del vicio (1).»

Horacio, que no entiende de burlas, se apresura á responder: «Yo soy un puerco del rebaño de Epicuro (*Epicuri de grege porcus*); yo soy un insurrecto, un impío y un escéptico (*parcus deorum cultor et infrequens*); yo celebro cuatro cosas sobre todo: el vino, las mujeres, los adolescentes y Augusto y Mecenas, á quienes soy igual por mis costumbres y á los cuales adulo vilmente en mis versos, á pesar de haber sido partidario de Bruto, á quien abandoné cobardemente (*relicta non bene parmula*).»

(1) Suet., *Vit. Horat.*

Horacio es lo que él dice: bebedor, libertino, pederasta y esclavo hasta tal estremo de las mas abominables pasiones, que no podia trabajar sin tener á la vista sus imágenes: «*Ad res venereas intemperatior traditur; nam speculato cubiculo scorta dicitur habuisse disposita, ut quocumque respexisset, ibi ei imago coitus referretur* (1).» El cinismo de muchas de sus poesias es tal, que causó rubor á Voltaire mismo, autor de la *Doncella de Orleans*.

Despues de Horacio dirige Salustio la educacion de la juventud. Ahora bien: este nuevo santo de la antigüedad fué un lacayo de César, un adúltero público apaleado por Milon, un libertino tan escandaloso que dió lugar á que se le espulsára del Senado; un concusionario que esquilmó el Africa, que vino á devorar en Roma, entre el lujo y los desórdenes, la sangre y los sudores de aquella provincia, y que dedicó los instantes que le dejaron libres sus vergonzosos placeres á declamar contra los vicios de su época.

Vienen despues Plauto y Terencio, y para disipar vuestros cuidados oid el elogio de estos dos apreciables maestros de vuestros hijos. «Examinemos con detencion el modo de pintar las costumbres, de reunir todos los medios para hacer buenos á los hombres, y de desarrollar hábilmente todo lo que la moral y la filosofía tienen de mas puro, y tendremos que convenir en el mérito real y efectivo de Plauto.» Así se espresa M. Levée, profesor de retórica (2), eco en esta parte de M. de Marolles, abad de Villeloin y traductor de Plauto. «Si esta traduccion, dice, hace concebir tanta estimacion de las comedias de Plauto como la que me hizo adquirir su agradable lectura antes de emprender este trabajo, habré conseguido una gran ventaja (3).»

Ahora bien, el mismo Plauto confiesa que su compo-

(1) Suet., *Vit. Horat.*

(2) *Traduc. de Plauto*, 1820, pref., p. 42.

(3) *Ibid.*, pref. p. 1.

sicion dramática intitulada *Los cautivos*, es la única moral (*neque spurci dici insunt versus immemorabiles*). «En efecto, dice La Harpe, en Plauto no se ven mas que jóvenes cortesanas, viejos de ambos sexos que las venden, y enamorados que se valen para sus aventuras de criados bribones (1).» Actores y actrices, cortesanas y progénetas, hablan un lenguaje y se permiten unas chanzonetas y bufonadas, y como dice un autor, consignan unas *lujurias de estilo* que solo se oyen en los lugares de prostitucion. Al desvergonzado desórden de las costumbres se une tambien el de las ideas. El *Anfitrion* es una burla contínua de Júpiter y de los demás dioses. Júpiter, cómico y adúltero, y una mujer que viene á parir en la escena (*Alcmena parturit*) constituyen el fondo de la comedia. En *Asinaira* veis un jóven que se arruina por una cortesana, y que se resigna á sufrir á un rival para continuar poseyéndola; un viejo, marido imbécil y padre corruptor, que se hace cómplice de las maldades de su hijo para participar de sus placeres clandestinos; esclavos que roban, y una cortesana jubilada, que trafica con las gracias de su hija.

El mismo fondo, quitados los adornos, hallareis en la *Marmita*, el *Mercader*, la *Arquita*, el *Gorgojo*, el *Fanfarron* y otras. Falta ahora el *Epidico*. «La importancia que adquirió esta comedia, dice uno de los panegiristas de Plauto, bastaria para probar que los Romanos no consideraban el teatro como escuela de moral; pues en ella se ridiculiza la vejez y la majestad paternal, el libertinaje no recibe mas castigo que la frustracion á medias de sus planes; la mentira y la falta de honradez quedan siempre triunfantes (2).» Agregad á esto, señora, que Plauto fué, como Molière, autor y actor; despues empresario de espectáculos, luego comerciante arruinado, y últimamente

(1) *Curso de literat., etc.*

(2) *Trad. de Plauto*, 1831.

mozo de molino, y formareis una idea acabada del maestro que la educacion clásica da en su persona á vuestros hijos.

Terencio no es menos apreciable. Esclavo africano, juguete de los amores de su señor, del virtuoso Lelio, del casto Escipion y de otros nobles romanos, dejó escritas para formar el gusto de la juventud cristiana seis comedias dignas de sus costumbres y de las de sus patronos. *Andriana*, la mas conocida y acaso la peor, se esplica aun en los colegios (1). Bossuet dice que su Real discípulo se divertia mucho con la lectura de Terencio, y Ovidio incluye sus obras en su *Biblioteca de seduccion*. ¡Oh eminente obispo de Meaux!

Lo que hay de cierto es que Terencio era objeto del amor impúdico de la juventud romana. «Terencio os hace tomar interés no solo por los enamorados, sino tambien por sus amores. Casi todos sus personajes son buenos, y las mismas cortesanas, escepto una sola, tienen sentimientos generosos, estimables y delicados. Así es que los jóvenes salian de tales espectáculos con el ánimo fascinado, poseidos de una efervescencia peligrosa, y dominados por fantásticos ensueños de voluptuosos encantos. Su imaginacion, seducida por aquellas perfecciones novelescas, embellecia á sus ojos sus propias pasiones, y la esperanza de hallar una Thais fiel ó una honrada Baquis, los entregaba sin defensa á los lazos de sus corruptoras, cuya casta abundaba tanto en Roma; las cuales despojaban á los saqueadores del mundo convirtiéndolos en tributarios suyos (2).»

(1) Cum multis nobilibus *familiariter* vixit, sed maxime cum Scipione africano et C. Lælio, quibus etiam corporis gratia conciliatus existimatur. Porcius suspicionem de consuetudine per hæc faciat: dum lasciviam nobilium et fucosas laudes petit, dum se amari ab hisce credit, etc. — Suet., *Vit. Teren.*

(2) M. Naudet, *Traduc. de Plauto*, pref., p. 14.

En ciertas casas de educacion se dan á conocer tambien, aunque en compendio, las obras de Tíbulo, Cátulo y Propercio, queriendo así demostrar que estan á la altura de los estudios y corresponden plenamente á la confianza de las familias. «No queremos, dicen en sus programas, que permanezcan estraños los alumnos á ninguno de los grandes modelos antiguos que contribuyen á formar el gusto, el entendimiento y el corazon.»

Veamos, señora, qué es lo que ganarán vuestros hijos en el trato con estos nuevos maestros. Tíbulo compuso solo treinta y siete elegías, en las que celebra siempre el vino, las mujeres y los adolescentes, y por lo tanto Ovidio las incluye en su *Biblioteca de seduccion*. La vida de Tíbulo, eco de sus versos, fué una contínua disipacion. Poeta de las mujeres, estuvo mas enamorado de Marathо que Horacio de Ligurino (1). «Tíbulo despues de una vida corta, segun se cree, pero *pasada en el seno de los placeres y embellecida por el cultivo de las letras*, murió en Roma en brazos de Nemesis y Delia, dos de sus numerosas queridas. Ambas se disputaron los últimos ósculos del poeta moribundo, quien no pudiendo ya hablar, espiró estrechándolas la mano en señal de eterno adios. *¿Quién no envidiaria tan dulce muerte* (2)?»

El que tales deseos espresa es un cristiano, y por aquí, señora, calcularéis adonde conduce la fanática aficion á los autores paganos.

Cátulo, concubinario público, libre pensador, pederasta y cantor de todo género de lubricidades, es el nuevo profesor que de cuando en cuando ha de dar lecciones á vuestros hijos. Cítanse entre las cortesanas de quienes

(1) Walckenaer, *Vida de Horacio*, p. 337.

(2) Héguin de Guerle, *Noticias acerca de Tíbulo*, en la traduccion de sus obras por M. Valatour, profesor del colegio Real de Borbon. Edicion Panckoucke, 1836.

fué esclavo, Spsitila, natural como él de Verona, y Clodia á la cual dió el nombre de Lesbia, y le escribió infamias tales, que no me es permitido citarlas. No bastándole la lujuria con las mujeres, se enemistó terriblemente por causa de un jóven con sus amigos Furio y Aurelio, y sin embargo hay maestros cristianos que dicen á sus discípulos: «Una docena de trozos de un gusto esquisito, llenos de gracia y naturalidad, han colocado á Cátulo en la categoría de los poetas mas apreciables. Todos ellos son pequeñas obras maestras en las que no hay palabra que no tenga un gran valor. Los aficionados lo saben de memoria....., y para elogiarlos, basta decir que Virgilio tomó de él é insertó en el libro IV de la *Eneida* ideas, giros, espresiones y hasta versos enteros (1).»

Otros añaden: «Cátulo adquirió en la Grecia gracias picantes y sencillas, giros graciosos, un arte especial para tratar con elegancia y *pureza* los asuntos menos puros y mas libres, y ese buen tono de que la Grecia habia dado el modelo..... Ningun poeta tratará nunca con mas arte y al propio tiempo con mas verdad que Cátulo, todas las pasiones que pueden agitar el corazon de una amante sensible y engañada, y su sucesion, mezcla y gradaciones (2).»

¡Qué elocuente exhortacion para leer las obras de Cátulo. Así que podemos afirmar, como testigos de vista, que en las bibliotecas públicas adonde la juventud acude para perfeccionarse en sus estudios, no hay *volúmen mas estropeado, de puro leido*, que el que comprende las poesías de Cátulo, traducidas y encomiadas por los directores de la enseñanza.

Ovidio incluye á Propercio en su *Biblioteca de seduc-*

(1) La Harpe, *Curso de liter.*, *etc.*

(2) *Colec. de clásic.*, publicada bajo la direccion de M. Nisard, 1839.

cion, y seguramente lo merece. Dicho poeta nos legó ciento dos elegías, divididas en cuatro libros. El primero contiene veintidos: *veinte* celebran el amor de Propercio á sus queridas, *una* el amor á los adolescentes, y la otra es insignificante. El segundo comprende veinticuatro, de las cuales *veintitres* celebran el amor en términos que no me atrevo á espresar, y *una* la gloria de Augusto. El tercero contiene veinticinco; *diez y ocho* ensalzan el amor, *cinco* estan escritas sobre asuntos diferentes, y *una* está dedicada á Baco, en la cual el poeta, atormentado por un despecho amoroso, canta la dicha de la embriaguez. El cuarto comprende once, una de las cuales es una verdadera infamia.

Sin embargo, un maestro cristiano, traductor reciente de Propercio, dice: «¡Ojalá que la edicion y traduccion que en este momento ofrezco al público, merezca ser acogida con benevolencia, y llegue á popularizar en el mundo las obras de un poeta, cuya lectura ha estado hasta ahora harto descuidada (1)!» Solo le faltaba al editor recomendarla á las casadas y doncellas, diciéndoles con Ovidio: ¡Ojalá leais tambien los versos del tierno Propercio: *et teneris possis carmina legisse Propertii!*»

¿Es posible que haya quien se ciegue hasta este estremo? ¿Qué furor es ese por lo bello antiguo que en nada estima la fe y las costumbres? ¿Qué sávia de vida cristiana y nacional sale de las obras de Propercio y de los demas clásicos? ¿Respiran sus versos la gracia de Jesucristo, ó el espíritu de Satanás? ¿No serán las escuelas y colegios, con semejantes emanaciones, una especie de invernáculo cuya voluptuosa atmósfera desarrollará prematuramente los gérmenes funestos que fermentan en el corazon de la adolescencia? ¿Cómo habrá de evitarse que

(1) *Coleccion* Panckoucke. 1834.

los jóvenes se hagan semejantes á los autores que estudian? *Dime con quien andas y te diré quien eres.*

Entre esos virtuosos profesores de la juventud cristiana, figuran tambien Lucano, Lucrecio, Juvenal, Séneca, Plinio el antiguo, Plinio el jóven y Tácito, acerca de cada uno de los cuales diré solo dos palabras.

Lucano.—Lucano, conspirador y panegirista de los tiranicidas, escéptico y despreciador de los dioses, vendió á sus cómplices de conspiracion, y llevado del deseo de salvar su vida, delató á su propia madre, y aunque era inocente, la acusó de pertenecer al número de los conjurados. Condenado á muerte, sin embargo, consagró sus últimos momentos á corregir algunos de sus versos, se sació de vino y de manjares, y entregó sus venas al verdugo (1). «Lucano, á pesar de todo esto, pasa por un grande hombre entre los indivíduos de la república literaria.» Lucano, dicen los maestros de vuestros hijos, es entre los poetas de su tiempo lo que un caballo fogoso en medio de una recua de asnos; pues así como no hay animal mas sumiso y propio para la esclavitud que el asno, así tambien en tiempos antiguos no habia entre las diversas especies de sábios una mas aduladora y esclava de los grandes que la de los poetas (2).»

Lucrecio.—Poco ha que un ilustre prelado, á quien no quiero nombrar, le hacia el honor de tomar de sus obras el asunto de las composiciones para la distribucion de premios en sus seminarios, siendo así que Lucrecio es el cantor del ateismo y del paraiso de Epicuro. Habiéndose vuelto maniático por haber bebido un filtro amoroso, se suicidó á la edad de cuarenta y tres años. No obstante, vuestros hijos oirán decir de él: «La lengua romana

(1) Sueton. *Vit. Lucan.*

(2) Barthius, *Adversar.*, lib. LX.

se elevó hasta la altura de la mas rica poesía, cuando halló en Lucrecio un genio bastante vigoroso para prestar el auxilio de los mas sublimes acentos á los objetos mas grandes que pueden ocupar el pensamiento humano, como el orígen del mundo, la causa primera, los fenómenos de la naturaleza, el principio del bien y del mal y el destino del hombre en la tierra (1).» ¿Quién no creerá que Lucrecio celebró todas estas cosas? Sin embargo, no hizo mas que negarlas y consignar en sus versos los mas monstruosos errores.

Oirán asímismo decir: «Lucrecio fué entre los romanos el primero que unió sus cantos melodiosos á los nobles acentos de la moral y de la verdad. Magnífico es el elogio que de él hace Virgilio cuando dice: «Él se inmortalizó antes que yo, conculcando los errores de los mortales y haciéndoles amar la verdad por medio del encanto y atractivo de sus versos (2).»

Juvenal.—Juvenal es, como los demás escritores, filósofos, oradores y poetas del Paganismo, un charlatan de moral, juguete de sus pasiones y semejante, como dice S. Francisco de Sales, á las campanas que llaman á misa, pero que no van á ella. «En vez de inspirar aversion al desórden, dice Vossio, parece que enseña á entregarse á él, y no es estraño, porque no era muy arreglado en sus costumbres para querer apartar á los demás del desarreglo (3).» «Siempre triste y feroz, satisfacia la necesidad de evaporar su bilis y no el deseo de ser útil á su siglo, y por el hecho de haberle fatigado los malos poetas con sus obras insípidas, quiso él hacer versos tambien y usar de represalias. ¡Escelente motivo (4)!»

(1) Walckenaer, *Vida de Horac.*, t. I, p. 9.
(2) De Pongerville, *Repertor. de literat.*, art. Lucrecio.
(3) *Instituc. poet.*, c. XX, párrafo 4.
(4) Geoffroy.

Este lenguaje no será por cierto el del profesor encargado de hacer que Juvenal tenga importancia á los ojos de vuestros hijos, pues les dirá: «Juvenal, armado con la espada de la sátira, corre desde el trono á la taberna, castigando indistintamente á todo el que se aparta de la virtud. Autor incorruptible, austero, y siempre consecuente con sus principios, todo en él es grave é imponente; y si no fuera por los lunares que alarman el pudor y que, mas bien que suyos, son de su siglo, nada habria que reprender en sus escritos (1).» Con esto solo vuestros hijos saldran del colegio con la conviccion de que Juvenal debe ser incluido en el calendario.

Séneca.—La misma opinion formarán del virtuoso Séneca, pues uno de sus mas celebrados maestros les hablará en estos términos: «Séneca es un filósofo, cuyos escritos subliman el alma y cuya muerte es un ejemplo magnífico. Sus libros son el manual de todos los hombres amantes de la filosofía antigua; y tal vez no habrá otros que contengan igual riqueza de observaciones morales, siendo de notar que nadie ha recomendado de una manera mas tierna el perdon de las injurias y la bondad para con el prójimo (2).»

Ved aquí, pues, á Séneca, debidamente colocado al nivel de los Santos Padres y equiparadas sus obras, por no decir mas, con la *Imitacion* y hasta con el *Evangelio*. Séneca por lo tanto es cuando menos un maestro digno de la juventud cristiana. Quitémosle, sin embargo, su manto de filósofo, y contemplémosle despojado de sus oropeles. Séneca, autor de canciones y compositor de diálogos, vivió en adulterio con la mujer de Domicio su bienhechor. Desterrado por esta causa á Córcega, fué llamado por

(1) Dussault, *Repertorio*, etc., art. *Horacio*.

(2) M. Carlos du Rozoir, profesor del Colegio de Luis *el Grande*, 1834: *Noticias sobre Séneca*, p. 17.

Agripina, madre de Neron, con la cual sostuvo trato ilícito, corrompiendo despues á la hija de Germánico, al propio tiempo que se entregaba, como los demás santos de la antigüedad, al amor infame de los adolescentes.

Séneca, maestro de Neron, indujo á su discípulo á este género de vicios, tanto que concibió un amor violento á una liberta llamada Actea. Siéndole luego molesto el estar sujeto á su madre, formó el proyecto de asesinarla, y la opinion pública acusó á Séneca de haber incitado á Neron á cometer el parricidio: *Ut a permultis fide dignis hominibus relatum est, Séneca eum incitavit* (1). Una vez cometido tan horrendo crímen, Séneca escribió una carta en nombre de Neron para justificarle; pero este fué un nuevo delito, y «la opinion pública, dice Tácito, se sublevó terriblemente contra el que de esta manera apoyaba la confesion de un parricidio (2).»

«Séneca reprendia á los aduladores, y él adulaba á los príncipes hasta el estremo de escribir discursos elogiándolos; hablaba contra las riquezas, y poseia cien millones de capital; odiaba el lujo en sus escritos, y tenia en sus espléndidas habitaciones quinientas mesas de cedro, embutidas de marfil, en las cuales daba suntuosos banquetes, y la historia nos dice que para sufragar tan excesivos gastos de lujo, contribuyó á que se declarára la guerra á los Bretones, con el fin de recobrar sumas enormes que contra su voluntad les habia prestado á crecidos intereses (3).»

Hemos hecho mencion de algunas particularidades de la vida de Séneca, y ahora citaremos tambien algunas de sus máximas de moral. Digo de las suyas, pues no me refiero á las que halló en la tradicion ó adquirió en sus re-

(1) Dio, lib. LXI, p. 992.—Edic. de Hamburgo, in fol., 1752.
(2) *Annal.*, lib. XIV.
(3) Dio, ubi supra, p. 1003.

laciones probables con S. Pablo. Él, pues, enseña que el suicidio es un acto de virtud; que para el hombre que teme al rayo, es un consuelo el pensar que su muerte merece causar tanto ruido; que la muerte es el remedio de todos los males, y que el sábio ve á los hombres bajo sus pies y á los dioses sobre su cabeza, todo lo cual merece bien traer á la memoria el siguiente dicho de Voltaire: «En verdad que son chistosos y originales estos filósofos!»

El fin de Séneca fué digno de su vida, pues acusado de haber conspirado con Rufo, prefecto del pretorio, y algunos otros, y condenado á muerte, el modesto filósofo dijo á sus amigos: «Os lego la única hacienda que me queda, pero la mas preciosa de todas, y es el ejemplo de mi vida.» Habiendo manifestado su esposa Paulina deseos de morir con él, Séneca no quiso oponerse á la *gloria* á que aspiraba. «Te he dado á conocer, le dijo, todo cuanto podia inducirte á vivir; pero si prefieres la muerte, no me mostraré envidioso de tu valor. Aun cuando este fuese igual en nuestras dos muertes, el mérito de la tuya sería siempre mucho mayor.» Luego que dijo estas palabras, rasgó á entrambos las venas el acero; pero Séneca que vió que la muerte no se acercaba, rogó á su médico que le propinára la cicuta, mas tampoco el veneno surtió efecto; y en vista de esto, Séneca, se hizo meter en un baño caliente, roció con algunas gotas de agua á sus esclavos, diciéndoles: «Ofrezco esta libacion á Júpiter Libertador;» y en seguida hundió el cuerpo todo dentro del agua, y no tardó mucho en quedar ahogado. Tal fué la muerte que un profesor de la juventud cristiana califica de *bello ejemplo!*

Plinio el antiguo.—Este escritor era un viejo sibarita que, en medio de su colosal fortuna, se burlaba de los dogmas mas sagrados. Habladle de la Divinidad, y una amarga sonrisa asomará á sus labios. Despues de haber

criticado todas las deidades posibles, á escepcion, como es de suponer, de los tres eminentes dioses reinantes Vespasiano, Tito y Domiciano, dice: «El preguntar si ese Ser superior, sea el que quiera, se entromete en los negocios humanos, no puede menos de provocar la risa (1).» Si le hablais de la inmortalidad del alma, redobla sus sarcasmos: «El hombre, dice, cree en su alma y en la existencia de otra vida; adora á los manes y cuida de los restos mortales de sus semejantes. ¡Sueños de niños! Esto querria significar que el hombre no tenia nunca descanso. El mayor bien del hombre es la muerte; la muerte pronta é imprevista, que nos hace volver á la nada: *Mortes repentinæ, hoc est, summa vitæ felicitas* (2). En efecto, el hombre vuelve al lugar de donde salió, y viene á ser despues de su muerte lo que era antes de nacer: *Omnibus a suprema die eadem quæ ante primum; nec magis a morte sensus ullus aut corpori aut animæ quam ante natalem* (3).»

A pesar de esto, el buen Rollin no pronuncia una sola palabra para anatematizar las doctrinas materialistas de Plinio, y otros príncipes de la república literaria dicen en cambio á vuestros hijos: «No hay lectura mas curiosa é instructiva que la de los escritos de Plinio... Su preciosa exactitud va acompañada muchas veces de *pensamientos é ideas* que revelan un talento *eminentemente filosófico* (4)... Nosotros le tenemos por uno de los autores mas recomendables y dignos de ser incluidos en el número de los *clásicos* (5).»

Plinio el jóven.—«Si buscais un héroe en todas las

(1) Lib. II, c. VII.
(2) Lib. VII, c. LIII.
(3) *Id. ibid.*, c. LVI.
(4) Dussault, *Annal. litter.*
(5) Cuvier, *Biografía universal.*

virtudes, un senador escelente, un hábil jurisconsulto, un elocuente orador, un hombre humano, afable, que sepa usar honradamente de inmensas riquezas legítimamente adquiridas, y que os enseñe á vivir bien y á alcanzar la inmortalidad por medio de la virtud, lo hallareis en Plinio el jóven: «*Ad summas virtutes pervenit.. ¿Quæris quomodo immortalitatem virtutibus consequaris? Hic unus satis tibi faciet* (1).» Pocas palabras bastarán para daros á conocer á ese ángel conductor de vuestros hijos, á ese tipo de la perfeccion. Plinio el jóven, mas rico que su tio, vivió como sátrapa oriental, y en aquella época de humillacion de las almas y de vileza de caractéres, se hizo notable por el esceso de sus adulaciones. Inconsecuente consigo mismo, persiguió sin cesar á los mejores súbditos del Imperio ó sea á los cristianos. A pesar de su melosa filantropía, aplaudió las horribles carnicerías llamadas combates de gladiadores, y como libertino y literato se entregó á las infamias de Sodoma, justificándolas en prosa y celebrándolas en verso. Era tal la virtud de la bella antigüedad que los criminales vicios de Plinio, que serian hoy castigados con presidio, fueron puestos en música y cantados en griego y en latin al son de la cítara y de la lira (2).

Faltábame, Señora, hablaros de Tácito, Caton y Bruto, cuyos nombres, repetidos en las clases con mucha mas frecuecia que los de los Apóstoles y Santos Padres, se presentan á vuestros hijos como sinónimos de la virtud llevada hasta el heroismo; pero me falta tiempo y espacio para ello. Sabed solamente que Tácito fué el padre de Ma-

(1) Cattaneo, edit. Plin. — Milan, 1604.

(2) Postremo placuit, exemplo multorum, unum separatim hendecasyllaborum volumen absolvere, nec pœnitet. Legitur, describitur, cantatur etiam, a Græcis quoque quos latine hujus libelli amor docuit, nunc cithara, nunc lyra personatur. — *Epist.*, lib. VII, ep. 4.

quiavelo, el calumniador de los cristianos, el apologista de la crueldad, el panegirista del suicidio y el predicador del escepticismo. Sabed que Caton fué un concubinario, ébrio, aconsejador del libertinaje, un avaro y un libertino, que prestó su mujer á Hortensio; y sabed, por último, que Bruto fué un usurero que prestaba al cuarenta y ocho por ciento, y un regicida y suicida que murió blasfemando!...

Estos son los santos de la bella antigüedad latina, entre los cuales tienen que pasar vuestros hijos los años decisivos de la vida. Mañana hablaremos de los santos de la antigüedad griega.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XXI.

Segundo viaje á Grecia. — Los jóvenes cristianos acaban de conocer á los grandes hombres de aquel pais. — Demóstenes; sus virtudes, valor, integridad, patriotismo, incorruptibilidad, moralidad y muerte.

Roma 17 de Febrero.

SEÑORA:

La educacion, que principia por un viaje á la Grecia, acaba con otra peregrinacion á aquel pais clásico de los grandes hombres. Vuestros hijos, siendo niños, aprenden en la escuela de Cornelio los nombres y hazañas de los héroes de Atenas, Esparta y Tebas, y en llegando á la adolescencia, deben conocer á los oradores, poetas y filósofos que ilustraron aquellas repúblicas. El único medio de que sean cristianos y franceses, hombres de su época y ciudadanos de su pais, es, al decir de la educacion, el hacerles estudiar sériamente y admirar sobre todo á aquellos reyes de la elocuencia, de la sabiduría y de la virtud. Principiaremos por hablar de Demóstenes.

Segun hemos visto ya, la retórica pagana define al orador: *vir bonus dicendi peritus*: *un hombre de bien hábil en el arte de hablar*. Ambas condiciones son muy esenciales, y si falta la primera, el orador desaparece y se convierte en declamador. ¿Por ventura le convenia á Demóstenes, mejor que á Ciceron, la definicion que acabamos de repetir? El ponerlo en duda sería considerarlo como una blasfemia, pues es dogma de la república literaria que Demóstenes fué un modelo de la virtud antigua; republi-

cano generoso, que se olvidó de sí mismo por defender la patria; abogado íntegro, que nunca hizo traicion á los derechos sagrados de la justicia; orador de convicciones, pues con gran desinterés tronó contra Filipo, y hombre de bien incorruptible en su vida, animoso en su muerte y objeto digno de la admiracion de la juventud y de los elogios de la posteridad.

«Demóstenes estuvo durante su vida toda, dominado por la esclusiva idea de hacer constantemente la guerra á Filipo, el cual por espacio de catorce años no pudo dar un paso sin hallar en su camino á aquel terrible adversario, al que, por mas tentativas que hizo, no logró nunca sobornar... Es indudable que su muerte fué honrosa y digna de su firmeza... Su discurso *pro corona* es la obra maestra del ingenio humano, y siempre que lo leo, quisiera no haber escrito cosa alguna... La gran cualidad del orador es la *probidad*, y Ciceron y Demóstenes la poseyeron en tan alto grado que el pueblo los consideraba como dioses tutelares de la patria. Ambos, en efecto, eran en estremo íntegros y honrados, y la mencion frecuente que hacian de los dioses, les granjeó una fama de piadosos que causaba muy buenos efectos en los ánimos (1).» Así hablan los oráculos de la república literaria.

Desechad, señora, todo temor é inquietud, pues vuestros hijos no pueden ser confiados á manos mas puras, ni tener nunca maestro mas perfecto. Demostremos solo la verdad de esos elogios, y pongamos de manifiesto el genio y virtudes de Demóstenes.

Genio de Demóstenes. —Nada mas patente que la pobreza del espíritu político de Demóstenes. Simple ciudadano de Atenas, nada veia mas allá de su ciudad, y solo

(1) Schoell, la Harpe, Fenelon, Boileau, el P. Rapin; veanse la *Histor. de la literat. grieg.*, *Curso de literat.*, *Cartas sobre la elocuenc.*, etc.; *Cartas á Brossette*, t. III, p. 212; *Compar.*, etc.

temia que la Grecia llegára á hacerse demasiado peligrosa por medio de la union de sus pueblos. Sus discursos no revelan mira alguna elevada; su único ideal fué siempre la democracia ateniense, cuyo fin presagiaban todos los talentos sensatos y que fué la que contribuyó á sus triunfos oratorios, y esa estrechez de miras le hizo incurrir en faltas capitales.

Valor de Demóstenes. —Por medio de sus discursos democráticos hizo de modo que logró inducir á las repúblicas de Tebas y de Atenas á tomar las armas contra el *tirano Macedonio*, y en su consecuencia los ciudadanos de entrambas emprendieron la marcha contra Filipo, como los Romanos lo hicieron mas tarde contra Octavio. Escusado es decir que Demóstenes formó parte de la espedicion y siguió animoso á los republicanos griegos, como Horacio á los patriotas romanos, llevando aquel un magnífico escudo en el que habia hecho grabar el siguiente lema: *A la fortuna próspera.* Encontráronse frente á frente los ejércitos en Queronea; pero apenas se oyó la trompeta que daba la señal de acometer, cobró Demóstenes tal miedo, que arrojó precipitadamente su escudo; y como Horacio en Farsalia, huyó á todo correr del lugar del combate: *Relicta non bene parmula* (1).

Integridad de Demóstenes. —El ilustre orador griego, mas valiente en palabras que en hechos, entró en la carrera del foro, y en ella encontró otro enemigo que le hizo flaquear, como flaqueó ante las falanges de Filipo. Entonces traficó á precio de oro con su elocuencia, y la historia le acusa de que componia en secreto defensas para partes contrarias en un mismo litigio (2).

Dignidad de Demóstenes. —Los ciudadanos de Ate-

(1) Plut., *In Demosthen.*, c. XXIII.
(2) *Id.*, c. IV.

nas, en vez de los *revolvers*, que no conocian y de que hacen tan digno uso los hombres libres de los Estados Unidos, protegian á palos su dignidad personal. Así es, que eran asunto frecuente de las causas que defendia Demóstenes los apaleamientos de ciudadanos que por ello pedian una indemnizacion, pues entre los Griegos todo se pagaba con dinero ó con mujeres. Demóstenes mismo no se eximió de tales accidentes, pues estando un dia en la escena dirigiendo una compañía de cantores, llegó un ciudadano llamado Fidias, que le profesaba un odio implacable, se acercó á él y le dió un par de bofetadas, lo cual produjo por parte de aquel una querella y una violenta acusacion. Esta, sin embargo, no pasó adelante; pues Demóstenes, á pesar de su carácter violento y vengativo, desistió de ella, no sin haber puesto precio á su odio y héchose pagar la reconciliacion en monedas contantes y sonantes. Esquines le echa en cara esta bajeza, acusándole de que esplotaba su talento como si fuera una granja (1).

Patriotismo de Demóstenes. —Lo que mas se advertia en los republicanos griegos despues de su eterno charlatanismo y de sus ilustres desórdenes, era su falta de patriotismo. Jefes y soldados se pasaban de un campamento á otro sin el menor escrúpulo, sirviendo unas veces á los Griegos y otras á los Persas, y nada era mas comun y vulgar que la venalidad de los oradores. Demóstenes, sin embargo, estaria al menos exento de este vicio nacional. En efecto, durante muchos años resonaron diariamente en el Areópago sus elocuentes invectivas contra Filipo, y jamás tuvo la Grecia orador mas infatigable, ni ciudadano mas consagrado á defender los intereses de su patria. Así es que fué modelo de sinceridad republicana, y su repu-

(1) Plut., *In Demosthen.*, c. XIV.

tacion fué en esta parte general en toda la Grecia, conservándose aun hoy viva en los colegios, en razon á que lo que menos conocemos, por mas que parezca que se nos enseña á fondo, es la antigüedad.

Ahora bien; Alejandro, hijo de Filipo, con ocasion de haber declarado la guerra á los Persas entró vencedor en la ciudad de Sardes y se apoderó de los archivos de la misma. Grande fué su asombro al hallar en ellos una correspondencia de los gobernadores de la plaza con Demóstenes, las notas de las cantidades remitidas por Darío á este para pagar sus arengas contra Filipo, y los recibos del orador: *Invenit (Alexander) ducum regionum monumenta quibus exprimebatur pecuniæ ei datæ summa.»* Darío, que conocia á los Griegos, pagaba al tribuno republicano para que por medio de sus discursos contra Filipo suscitára á este dificultades á fin de retenerle lejos del Asia.

De este hecho se deduce que la carrera oratoria de Demóstenes fué una continua comedia. ¿Qué vienen, pues, á ser todos los elocuentes periodos que se nos hacen admirar? ¿Qué otra sensacion han de producir en el alma mas que el desprecio, cuando á cada frase hay derecho para decir: eso no es cierto; Demóstenes no es sincero, no le hace hablar la conviccion, sino el oro? Cada discurso que estudio es una bajeza, pues se lo han pagado los enemigos de su país; y como orador venal, hubiera dicho lo contrario si se lo hubieran exigido y pagado á mejor precio.

Incorruptibilidad de Demóstenes. — Despues de la muerte de Filipo, continuó Demóstenes echándola de republicano contra Alejandro, como lo hicieron mas tarde contra Octavio despues de la muerte de César los republicanos de Roma. Entre tanto Darío fué vencido, y dejó de venir el oro de *Suzo* y de *Ecbatana;* pero en cambio

un dia arribó al puerto de Atenas un buque cargado de riquezas, perteneciente á Hárpalo, uno de los generales de Alejandro, que temeroso de la cólera de su señor, como ladron que era, venia á ponerse bajo el amparo de los atenienses.

¿Se le permitirá, pues, desembarcar, ó se le obligará á volver á hacerse á la vela? Los oradores de Atenas, ganados por su oro, aconsejaron que se le pusiera bajo la proteccion de la república. Demóstenes fué de contraria opinion, y probó de una manera elocuente que el admitir á Hárpalo era atraer sobre la república una guerra peligrosa por un motivo injusto é innecesario. La deliberacion se aplazó para el dia siguiente, y Demóstenes anunció que volveria á hablar.

En aquel intervalo ocurriósele al célebre orador ir á examinar las riquezas de Hárpalo; y al recorrer aquel magnífico depósito, fijó su atencion en una copa régia, cuya hechura y trabajo le admiraron. Conociéndolo Hárpalo, le dijo: «Tomadla en la mano para que calculeis el oro que tiene. — ¿Cuánto pesa, le preguntó Demóstenes? — Veinte talentos (400,000 rs. aproximadamente), respondió Hárpalo sonriéndose. Demóstenes continuó su visita, y al volver por la noche á su casa encontró la copa, y dentro de ella veinte talentos. «Admirado de semejante regalo, y como si hubiera hallado un ejército, dice Plutarco, se puso de parte de Hárpalo, y al dia siguiente se presentó en la asamblea con el cuello todo cubierto de vendajes. Pidiéronle que emitiera su parecer; pero comenzó á toser y á hacer señas de que tenia una angina. Varios de los asistentes entonces, adivinando el misterio, contestaron riendo: «No, no es una angina lo que tiene, sino una *argentangina: Non angina, dixerunt, sed argentangina correptum* (1).

(1) Plut., p. 310.

Al otro dia era conocido el lance en toda la ciudad. «Demóstenes se ha vendido, iban gritando por las calles, y él, libre ya de su angina, subió resueltamente á la tribuna, y creyendo arredrarlos á todos, propuso él mismo que el Areópago se encargára de descubrir y castigar á los que resultasen convictos de cohecho. Convencido él el primero de este delito, fué condenado á la pena de prision y á una crecida multa.

Moralidad de Demóstenes. — «El era, dice Plutarco, mas hábil para elogiar las virtudes de los antiguos, que para imitarlas: *Prædicare majorum virtutes præclarissime potuit, imitari non potuit* (1). Avaro además, multiplicaba lo que tan honradamente recibia, poniéndolo á interés sobre las naves. Esta era la usura marítima, la mas criticada de todas y la que producia tan considerables ganancias al virtuoso Caton. Demóstenes, aunque casado, frecuentaba los lugares de prostitucion, y viósele á los piés de Lais en compañía de Arístipo el filósofo, y de Diógenes el perro: *Laidem amaverunt Demosthenes orator, Aristippus et Diogenes canis* (2).» Tuvo de Lais y de otras cortesanas varios hijos, que llevó al Areópago el dia en que fué condenado en el asunto del soborno por Hárpalo, para enternecer á los jueces. «Aun cuando los acusados acostumbraban á presentar en semejante acto sus mujeres, Demóstenes, dice Ateneo, no se atrevió á presentar la madre de sus hijos por temor de agravar su situacion; pues el referido orador era estremadamente libidinoso: *Intemperanter libidinosum* (3).»

El tampoco evitó el incurrir en el postrer esceso de la infamia, como no lo evitaron los demás santos de la antigüedad griega y romana. Así es que vivió con el jóven

(1) P. 303.
(2) Polemon, *Ad Timacum apud. Athen.*, lib. XII, p. 588.
(3) *Convic. sapient.*, lib. XII, p. 592.

Aristarco, cuya posesion le disputó Nicodemo; y enojado un dia contra este por celos, le llenó de injurias y saltó los ojos al objeto de su amor. Otro dia llevó por fuerza á su casa al jóven Cnosion para saciar su pasion brutal: súpolo su mujer, y por vengarse se entregó á su vez á Cnosion. ¡Virtuosos cónyuges! En una palabra, la fama atribuia á Demóstenes tres cosas sobre todas las demás: amor á los buenos manjares, á los adolescentes y á las mujeres: *Circa obsonia, juvenes et feminas sumptuosum fuisse, fama jactatum* (1).»

Muerte de Demóstenes. — Luego que Demóstenes salió de la prision, volvió á presentarse en la tribuna y continuó declamando contra Antípater, como habia declamado contra su antecesor Alejandro. Cansado aquel de las invectivas del incorruptible tribuno, mandó que se le entregáran los oradores que trataban de sublevar la Grecia contra él, y Demóstenes, tan valiente en la vejez como lo habia sido en la flor de su edad, se puso precipitadamente en fuga, se refugió en el templo de Neptuno en Caluria, y temiendo allí caer en manos de los soldados de Antípater, se suicidó. Plutarco hace acerca de este suceso la siguiente observacion, digna de formar el alma y corazon de la juventud cristiana: «No puede menos de elogiarse la precaucion de Demóstenes de tener siempre preparado un veneno, el cuidado que tuvo de llevarlo constantemente consigo, y el valor con que supo hacer uso de él (2).»

Reflexionad esto, señora, con vuestras amigas, y recordad que los paganos definian al orador: *Vir bonus dicendi peritus.*

Aceptad, señora, etc.

(1) *In Demosthen.*, c. VII.
(2) *Id.*, c. VI.

CARTA XXII.

Elogio histórico de Eurípides, Sófocles, Esquilo, Aristófanes, Anacreonte, Pindaro, Jenofonte, Platon, Aristóteles, Zenon, Pitágoras, Epitecto y Sócrates. — Dos conclusiones: la antigüedad pagana fué la cosa mas horrible y fea de cuantas hubo en el mundo. — Sus dioses y grandes hombres eran dignos de vivir en presidio.

Roma 18 *de Febrero.*

Señora:

No es Demóstenes el único grande hombre que vuestros hijos deben admirar en su segundo viaje á Grecia; pues la educacion les muestra una pleyada entera de genios inmortales, que reclaman el tributo de sus homenajes, y ante todos Eurípides, Sófocles y Equilo, poetas ilustres y ciudadanos virtuosos, cuyas tragedias son tan á propósito para formar el alma y corazon de los cristianos, que aun hoy dia se ven sus obras puestas en escena en algunos seminarios eclesiásticos por jóvenes actores con coturno, que muy pronto habrán de interpretar el Evangelio desde el púlpito. Aprended vos misma, señora, á estimar como se merecen á esos nuevos maestros de vuestros hijos.

El orador, nos dicen los autores paganos, segun he manifestado antes de ahora, es un hombre de bien, hábil en el arte de hablar: *Vir bonus dicendi peritus.* Si, pues, el hombre que habla en prosa está obligado á ser hombre de bien, no veo motivo para que el que habla en verso esté dispensado de esta condicion fundamental, y por lo tanto sostendré, mientras no se me pruebe lo contrario, que la

definicion del orador es aplicable tambien al poeta. Pasemos, pues, á hablar del eminente y virtuoso Eurípides. «Sus tragedias son lecciones de virtud casi contínuas, y en ellas hay muchas sentencias conformes con las que leemos en las sagradas Escrituras (1). «En atencion á que inculca con vigor los dogmas importantes de la moral, ha sido contado en el número de los *sábios*, y siempre será considerado como el filósofo de la escena (2).»

Por consiguiente Eurípides os inspirará al menos alguna confianza. Oid ahora: «Mas fácil es hallar verdades morales en la obra del P. Tomassino, que en los escritos de Eurípides y de otros poetas. Se ha tenido el malicioso cuidado de cubrirlas de mil obscenidades y de envenenar hasta sus esterioridades mismas, de modo que á no ser uno tan sábio y esperimentado en las bellas letras, en la filosofía moral y en las Escrituras como el P. Tomassino y otros críticos de nuestros dias, hay que convenir en que la lectura de los poetas profanos es mas peligrosa que útil, sobre todo para los jóvenes (3).»

Hay un punto en el cual se cree que Eurípides no tiene rival, y es en el amor. «Cuando pinta las formas todas del amor, es admirable y sublime (4).» Esta clase de mérito no debe ser muy tranquilizadora que digamos para una madre de familia; pero debe ser real y efectivo, puesto que la boca habla lo que siente el corazon. Ahora bien; Eurípides es el mas escandaloso entre todos los hombres de la bella antigüedad, pues fué bígamo, divorciado, pederasta, borracho é impío: *Fuit mulierosus et Euripides* (5). Tuvo dos mujeres, furias y cortesanas; repudió á

(1) Thomassino, *Método, etc.*, lib. I, c. II.
(2) El abate Barthélemy, *Anacársis, etc.*
(3) *Juicio de los sábios*, p. 185.
(4) Barthélemy, *ubi supra.*
(5) Athen., lib. XIII, 14.

la primera y sorprendió á la segunda *in fraganti* delito de adulterio con uno de sus actores llamado Ctesifon. «Eurípides, decia un sugeto á Sófocles, detesta á las mujeres.» «Sí, contestó, pero solo en las tragedias: *at in cubili esse illarum amantissimus* (1).»

El amor infame llegó á dominarle de tal modo, que estando en un festin en compañía del rey de Macedonia, y habiendo bebido socráticamente, se puso á hacer impúdicas caricias al poeta Agathon, que era entonces mas que adolescente. Preguntándole el monarca si era todavía Agathon amable á sus ojos: «El otoño de la hermosura, respondió el cínico, no es menos bello que su primavera (2).» No solo amó á Agathon, sino tambien á Cráteres, y últimamente á Eliano, siendo este amor la causa de su muerte; pues habiendo salido una noche de su casa para satisfacer su pasion fué devorado por los perros, y otros dicen que descuartizado por unas mujeres en el momento en que iba á visitar á la de Nicomedes (3).

Enemigo declarado de Sófocles y de Aristófanes, difamó á entrambos cuanto pudo, y no respetó nunca á los hombres ni aun á los dioses. Sus tragedias respiran la impiedad hasta tal estremo, que tuvo que variar los dos primeros versos de la *Menalipa*, porque atacaban la existencia del mas grande de los dioses. El famoso verso del *Hipólito*

Lingua juravi, mens vero manet injurata,

le valió el ser procesado por impiedad, y Plutarco le acusa terminantemente de ateismo.

(1) Stob., *De intemperan.*
(2) Plut., *Tratado del amor*, p. 130.
(3) Lib. II, c. XXI.

Pasemos ahora á hablar del virtuoso Sófocles, el trágico de los seminarios eclesiásticos (1).

«Autor admirable, cuyas obras son casi tan útiles como la *Imitacion de Jesucristo*; predica siempre el horror al vicio, el amor á la virtud y la sumision á la voluntad de Dios, y nos inspira las contínuas reflexiones que debemos hacer acerca de nuestras miserias y debilidades, y sobre nuestra moralidad, y la necesidad constante que tenemos de los auxilios del cielo. Sófocles, amado de los dioses, se hallaba particularmente colocado bajo su proteccion, los recibia familiarmente en su casa y ellos le habian concedido el don de hacer milagros (2).»

Ahora bien: el gran moralista fué un completo libertino, y el supuesto taumaturgo solo hizo milagros de libertinaje. No menos disipado y mas cínico, si cabe, que Eurípides, Sófocles fué durante toda su vida esclavo del deleite: *voluptati deditus*; y en todas edades se le vió sumido en los mas vergonzosos desórdenes y haciendo sus delicias de los actos mas abominables de la pederastia. Vivió además públicamente con una cortesana llamada Theórida, de la que tuvo un hijo, denominado Ariston; llegan-

(1) Leemos en el *Memorial de l' Allier* de Setiembre de 1858:

«No todos siguen la opinion de *L' Univers* en la cuestion de los clásicos; pues Monseñor Daniel, Obispo de Abranches, acaba de hacer representar en su seminario de Mortain, la tragedia de Sófocles intitulada, *Filóctetes*. Los profesores del seminario de Orleans, que ha sido el primero que ha dado el ejemplo de tan bien entendidas representaciones, dieron oportunos consejos á los jóvenes intérpretes del trágico griego, y todo salió perfectamente. Los discípulos recitaron con espresion ante un escogido auditorio la escelente poesía del maestro, y fueron colmados de aplausos. El venerable Monseñor Daniel pronunció con este motivo un discurso, que principió con estas palabras: «Dejad que hablen los detractores de la clásica antigüedad, pues esta no ha sido, como algunos dicen, reprobada por el Cristianismo, que lejos de condenarla, la estima y la protege.»

(2) Scalig., *Posterior.*, p. 229; Thomass., lib. I, c. I; Lilio Gyrald., *De poet. histor.*, dial. VII, etc.

do á tal estremo su pasion por ella, que dirigió á Venus una plegaria, cuyas palabras mismas constituyen un nuevo escándalo (1).

La vista sola de un jóven le excitaba. «Era, dice Ciceron, pretor en union con Pericles, y un dia que trabajaban juntos en negocios de su magistratura, Sófocles vió pasar á un lindo jóven! «Acuérdate, le dijo Pericles, que un pretor debe ser casto en sus ojos lo mismo que en sus manos: *Prætorem, Sophocle, decet non solum manus, sed etiam oculos abstinentes habere* (2);» pero Sófocles se rió de la leccion que le daba semejante maestro. A pesar de las arrugas de la vejez, se apasionó de Arquipo é introdujo la pederastia en el teatro. En su vida privada, dió muestras de una lubricidad tan repugnante y tan pública, que los griegos le designaron con el nombre de *Philomerax*.

Vengamos al tercer trágico griego ó sea Esquilo. Dos religiosos respetables, el P. Tomassino, del Oratorio, y el P. Rapin, de la Compañía de Jesús, dicen de él «que puede sacarse mucho partido de sus obras para evitar los vicios y practicar la virtud.» A los abominables vicios de Sófocles y Eurípides, agregó Esquilo el de la embriaguez, en medio de la cual componia siempre sus tragedias; siendo tal el cinismo de sus pasiones, que llegó á introducir en la escena borrachos, pederastas y blasfemos. Acusado de impiedad en una de sus composiciones, fué condenado, dice Eliano, á ser apedreado; pero pudo salvarle su hermano Amynias (3).»

(1) Præcantem audi, o nutrix juvenum: hoc concede petenti juvenum amorem et amplexus femina ut hæc renuat. —Athen., lib. XII, p. 592.

(2) *De officiis*, lib. I, n. 144.

(3) Poetæ magni Æschylus et Sophocles suis tragediis amorem in theatra induxerunt: hic quidem Achillis erga Patroclum... quam ob rem nonnulli tragœdiam pæderastem appellant. —Athen.... lib. XII, p. 601; Ælian., lib. V, versus finem.

La Grecia celebra otros poetas, cuyos nombres oirán pronunciar con elogio vuestros hijos, y entre los cuales se cuentan Aristófanes, Anacreonte y Píndaro. No os hablo de Homero, por la razon que sabeis. Aristófanes, segun el P. Brumoy, de la Compañía de Jesús, es un personaje respetable, y segun el P. Tomassino, una especie de santo, que enseña las virtudes políticas, militares y morales. «Nada hay comparable, añade Mlle. Lefévre, al placer que se esperimenta leyendo á Aristófanes. Aunque se hayan estudiado las obras todas de la antigua Grecia, no es posible conocer todos los encantos y bellezas del griego, sin haber leido á Aristófanes (1).» Escalígero va mas lejos todavía, y sostiene que no hay autores tan á propósito para hacernos entender las Sagradas Escrituras como Aristófanes, Cátulo, Tíbulo y Propercio (2); y un hombre de letras muy conocido, se gloria de haber pasado quince años de su vida estudiando á Aristófanes: «Y no solo, añade, no me arrepiento de ello, sino que en su lectura he hallado, hallo y hallaré gran placer: *Placuit magis, et placet, et placebit* (3).»

¿Qué jóven, pues, habrá que por pocos deseos que tenga de formar su gusto, su talento y su corazon, no se dedique, al oir tales recomendaciones, á leer los escritos del respetable y virtuoso Aristófanes? Confieso, señora, que cada vez me confundo mas al oir á hombres cristianos y religiosos hablar en este sentido de un pagano, que dió lugar á que uno de sus compatriotas escribiera acerca de él lo siguiente: «La musa de Aristófanes se parece á una mujer licenciosa que, despues de haberse entregado á todo género de desórdenes y perdido todos sus encantos,

(1) Thomas., etc., lib. I, c. XII; pref. sobre la 2.ª *comedia de Aristófanes*, p. 45.

(2) Prima Scalig., p. 23. In 8.°, 1669.

(3) Fabri, *in Aristoph.*

trata descaradamente de pasar por honrada. Aristófanes todo lo envenena: si quiere pintar un hombre prudente, lo hace astuto: si de buen sentido, lo convierte en una bestia; si habla de amor, busca siempre lo mas ignominioso y criminal de esa pasion; y no parece haber llevado mas objeto que captarse la benevolencia de los que tienen por oficio la maledicencia y todo género de desórdenes (1).»

La verdad es, que las composiciones de Aristófanes no son traducibles; que un Santo Padre de la Iglesia, creo que San Gerónimo, ha dicho que un cristiano no podia interpretar una sola línea de aquel autor; que de las once comedias que nos quedan de él, no hay mas que dos, segun opinion hasta de Dacier, y son *Pluto* y *Las Nubes*, que puedan decorosamente traducirse en lengua vulgar; y por último, que Aristófanes era un gran libertino y un borracho, que buscaba sus inspiraciones en el vino como el virtuoso Catón: «*Alcœus versuum lycorum scriptor et Aristophanes comicus poemata sua poti condebant.*

Si han de dar crédito vuestros hijos á sus profesores, Anacreonte no es menos inestimable y útil que Aristófanes. «Anacreonte, sábio en el arte de agradar, establece sus lecciones en medio de rosas. Sabe que, si la sabiduría necesita ser amenizada con algun tanto de locura, esta á su vez debe serlo por aquella. Sus poesías respiran la sabiduría y la gracia: siempre halaga, encanta é interesa; rie, se divierte con la inocencia encantadora de un niño, y sus odas no son mas que flores, bellezas y gracias contínuas (2).»

Para reducir á su valor estos escandalosos elogios y para hacer venir los colores á la cara de aquellos que se permiten hacerlos, basta saber que Ovidio incluye las

(1) Plut., *In Compar. Aristoph. cum Menand.*

(2) El abate Barthelemy, *Anacársis*; La Harpe, Gail, *pref. de Anacreonte*; Mauro, *Histor. de la literat. grieg.*; el P. Rapin, *Reflex.*, p. 30.

obras de Anacreonte en su *Biblioteca de seduccion (sit Coit nota poetæ)*, y con sobrado motivo. Anacreonte, tan infame en sus costumbres como licencioso en sus versos, fué concubinario, dominado por la embriaguez y pederasta, y pasó su vida en cometer crímenes y celebrarlos (1).

Vengamos ahora á Píndaro. La república literaria emplea toda su elocuencia para ensalzar las obras y la persona de este nuevo maestro de la juventud cristiana. El canónigo Policiano, uno de los jefes del Renacimiento, dice, comparando á Píndaro con David, que el primero trató de las virtudes y de los vicios en sus odas, como el segundo en sus salmos. «La diferencia está solo en que Píndaro espresó con mucha elegancia y gran majestad de estilo, lo que David trató de una manera sencilla y baja (2).» —Píndaro, genio vigoroso é independiente, escribe otro sacerdote, se da á conocer por sus movimientos irregulares, altivos y majestuosos, y es, por decirlo así, un águila, un torrente (3).» Casto como un ángel, añade un tercero, no perdió su salud ni su pureza con las cortesanas, ni conoció jamas los vicios infames que abundaban en la Grecia: *quibus Græcia referta erat*. Tú, el mas piadoso de los mortales, nada enseñas mas que la virtud: *vir piisimus, virtutes unice prædicat*. Tú, genio incomparable, el mas grande y erudito de los hombres, poeta castísimo y sapientísimo *(vates castissimus et sapientissimus)* nunca profanas tus escritos con ninguna impureza. El que los lea, jamás aprenderá á conocer los adulterios de Júpiter, pues tu lira solo hace resonar castos acentos:

(1) Ineptus (Anacreon) qui totam suam poësin ebrietatis mentione contexuerit.—Athen., lib. X, c. VII; p. 429.—Magnam carminum suorum partem in exprimendis amoribus consumpsit.—Pausan., lib. I, p. 23; Horac. *Epod.* 14.

(2) *Bibliog. curiosit. hist. philolog.*, p. 53.

(3) Barthelemy, *Anacársis*, etc.

Non vana Jovis hic adulteria disces, verum et pudico lyrico pudicam etiam lyram audies (1).»

Renovando un sábio profesor todos estos elogios, acaba de escribir lo siguiente en una obra premiada por la Academia francesa: «Píndaro es, si puede decirse así, el mas poético de todos los poetas (2). ¡Que vena la suya! ¡Qué imaginacion! ¡Qué entusiasmo! ¡Cómo sabe apasionarnos por los *héroes de la antigüedad pagana, por aquellos hombres enérgicos, nobles y modestos*, como lo son los versos en que los elogia! Acúsasele de sacrílego á ese hombre piadoso; llámasele traidor á ese griego apasionado por su patria; pero estas mezquinas ruindades de algunos envidiosos, estan como sumergidas en medio de los raudales de elogios y del entusiasmo que escitaban en toda la Grecia los sublimes acentos del cantor inspirado por los dioses; no habiendo sido menos pródiga la posteridad en tributarle sus favores (3).»

Es, pues, cosa decidida que, por lo que hace á las cosbres, los versos de Píndaro no son menos intachables que su vida; y por lo tanto vuestros hijos tendrán en la persona de este santo poeta, un maestro que no alarmará vuestra solicitud maternal; poco es uno entre todos, pero al fin es algo. Recordad, señora, lo que acabamos de leer, y abramos las obras de Píndaro: «La ninfa Pinaté se unió á Neptuno *(Neptuno mista)*, hijo de Saturno, el que tuvo de ella una hija, de negra cabellera, llamada Evadné. Ella llevó en su seno el fruto de sus amores, y luego que fué madre, encargó á sus servidores que entregáran la

(1) Joan. Lonicer., *Vit. Pindari*, p. 9, etc.; Neander, *Astrolog. Pindar.* 1580.

(2) Inclusos Job é Isaías.

(3) M. Poyard, antiguo discípulo de la Escuela normal, profesor del Liceo imperial de Vendôme, *traduccion de Píndaro*, obra premiada por la Academia francesa en 1851; *pref.*, p. 5.

niña al héroe, hijo de Elato, que reinaba en Alfea, y allí fué criada, habiendo sido Apolo el primero que la hizo gustar las dulzuras del amor: *sub Apolline dulcem primum gustavit Venerem* (1).» Primera leccion de virtud que da á vuestros hijos el castísimo poeta: *vates castissimus virtutes unice prædicat!*

Otra les da tambien en la Olímpica VII, cuando canta los amores de Apolo, que se unió á la ninfa Rhodos, la cual le dió siete hijos. Otra tambien les da en la Olímpica IX, en la que el casto poeta presenta á su meditacion «los amores de Júpiter, que robó la hija de Oponte, y se unió en secreto á ella en el monte Minalo. La jóven esposa llevaba en su seno un gérmen ilustre...» Y eso que se nos habia dicho que no se mencionarian los adulterios de Júpiter: *non Jovis adulteria disces!*

La Pythica III y la IX son una continuacion de la casta enseñanza del poeta, que canta los amores de Apolo y de Coronis, y de aquel dios y Cirene, en versos tan excesivamente obscenos, que me ruborizaria si los citára.... *¡O vates castissimus!* En una de aquellas, el sapientísimo Píndaro enseña á los padres una receta muy ingeniosa, y sobre todo muy moral, para dar colocacion á sus hijas. «Danao, dice, halló medio de casar en menos de un dia sus cuarenta y ocho hijas, colocándolas al estremo de la liza donde corrian las carrozas, y haciendo que el primero que tocaba la meta, eligiera entre ellas la que le agradára.» En Homero y Virgilio, siempre es una mujer la recompensa del valor ó de un servicio prestado; pero aquí fué el premio de la carrera. La bella antigüedad es siempre la misma en todo.

Las ideas religiosas y filosóficas de Píndaro no son menos corrompidas que sus ideas morales. Segun él, el

(1) Olimp. VI.

destino que rige todas las cosas divinas y humanas reconoce como justos los actos mas violentos. El primer hombre salió del seno de la tierra, y Píndaro sabe que fué salvaje al principio, pero ignora el nombre del primero *que probó el venturoso fruto de la encina* (1).

Despues de haber celebrado las carrozas y caballos que figuraban en los juegos de la Grecia, así como los amores particulares de los héroes y dioses, el casto poeta celebra el amor en general, y de este modo acaba de formar el gusto, talento y corazon de la juventud. A pesar de la repugnancia que me causa, os dirijo algunos párrafos de las *odas sublimes* consagradas á este objeto. «Amable pubertad, tú que nos prometes las caricias deliciosas de Venus, y que enciendes un fuego divino en las miradas de las jóvenes y de los adolescentes, nos obligas á ceder á las leyes de tus ardientes deseos. La fortuna en los amores es el favor mas precioso de cuantos pueden concedernos los destinos... Hay una época para amar y ser amados, y es preciso que no la dejemos escapar. ¡Cuán dulces son los secretos favores de Cipris (2)!» Sin embargo de todo esto, ha habido un sacerdote que se atrevió á comparar á Píndaro con David, y á considerar al primero superior al segundo! Y no hay quien quiera confesar que la infatuacion por la antigüedad pagana ha trastornado las ideas!

Solo le faltaba á Píndaro, para ser digno de todos los grandes poetas del siglo de oro de Roma y de la Grecia, celebrar el amor contra naturaleza, y así lo hizo tambien. Oigamos, ó mas bien tapémonos los oidos para no oir al castísimo poeta *(vates castissimus)*, encomiar en una misma composicion y con un cinismo que nadie ha igua-

(1) Fragm., 28-113.

(2) *VIII Nemeena* y fragm. 77.

lado nunca, á las prostitutas de Corinto y á los adolescentes. «Jóvenes hospitalarias de la rica Corinto, sacerdotisas de la seduccion halagüeña; vosotras que quemais en honor de la reina de los amores las doradas lágrimas del árbol verde que produce el incienso, elevais al cielo vuestros pensamientos dirigidos á la divina Venus, que os favorece permitiéndoos recoger en vuestros lechos el dulce fruto de la pubertad. Preciso es, alma mia, coger la flor de los amores en la primavera de la vida. Si hay algun mortal que pueda contemplar los brillantes rayos que despiden los ojos de Teágenes sin sentir latir su corazon, habrá que decir que es de bronce su alma negra. Yo por mi parte me siento devorar por el deseo, y me derrito como la cera de las abejas cuando veo á un hermoso jóven en la flor de su pubertad. No quites á tu vida el placer, pues es el bien mayor de todos para el hombre (1).»

La muerte de Píndaro fué digna de su vida, y la antigüedad misma la consideró como un ejemplo terrible de la cólera de Dios para con él. Píndaro murió en el acto mismo del crímen (2).

Comparad ahora, señora, el elogio con la historia, y vereis la confianza que merecen desde la época del Renacimiento los maestros de la juventud cuando hablan de los llamados grandes hombres de la antigüedad pagana.

Los historiadores y filósofos, cuyos panegíricos resuenan en todas las casas de educacion, no valen mas que los poetas. Jenofonte, Platon, Aristóteles, Zenon, Pitágoras,

(1) Pindarus quo loco meminit Theoxenii amasii sui ait: «Ego corde velut ab ape mellifica puncto tabesco, donec juvenilia pubescentis pueri membra inspiciam. — *Athen.*, lib. XIII, p. 601.

(2) Pindarus, cum in gymnasio, super gremium pueri, quo unice delectabatur, capite posito, quieti se dedisset, non prius decessisse cognitus est, quam gymnasiarcho claudere eum jam locum volente nequaquam excitaretur. — Valer. Maxim., *Histor.*; Lilio Giraldo, *Dialog.* IX, p. 1001.

Epítecto y demás concubinarios y sodomitas, fueron todos puercos del rebaño de Epicuro (*Epicuri de grege porci*). Las pruebas son muy abundantes, las tengo á la vista; pero la falta de tiempo y espacio no me permiten presentároslas.

Haré, sin embargo, una escepcion en favor del divino Sócrates. Desde el momento en que supe que el maestro del *divino* Platon habia sido declarado como el mas sábio de los mortales por el oráculo de Delfos, es decir, por el diablo, se me hizo muy sospechoso, y conocí que eran fundadas mis sospechas. En efecto, Sócrates, que se nos presenta como el hombre mas virtuoso de la antiguedad; Sócrates, cuya muerte se ha querido comparar con la de nuestro Señor Jesucristo; Sócrates, á quien Erasmo califica de santo, á quien Ficino llegó á canonizar y á quien veneran como su patriarca los filósofos modernos, fué bígamo, concubinario, sodomita, hechicero, y por último borracho. Todas estas calificaciones estan consignadas en mil páginas, no de los Santos Padres de la Iglesia, sino de los autores paganos, y me falta espacio para copiarlas.

Diré solo dos palabras sobre la embriaguez de Sócrates, añadiendo á lo que acerca de ella espone Platon en *El Banquete*, el siguiente hecho: «Habiendo la república de Atenas declarado la guerra en cierta ocasion á la de Corinto, envió un cuerpo de ejército que sitiára la ciudad. Antígono, que mandaba la espedicion, eligió á Sócrates por su lugarteniente. Tomada la ciudad, el general en jefe confió á este la custodia de la ciudadela, mientras él iba á forrajear. El grave filósofo, constituido en jefe de fortaleza, celebró su nueva dignidad por medio de copiosas libaciones en union con su estado mayor, y la orgía se reprodujo varios dias seguidos. Sabiendo Arato de Siciona lo que pasaba, se apoderó fácilmente de la ciudadela, echó de ella á toda aquella comparsa de borrachos,

los obligó abandonar la ciudad é hizo cerrar las puertas. Cuando el general ateniense volvió de su espedicion, el valiente Sócrates estaba ya libre de los vapores del vino; pero en cambio la plaza se habia perdido (1).

Mis bosquejos biográficos concluyen en Sócrates, punto culminante de la virtud pagana, y aunque muy incompletos por la falta de espacio para estenderlos, son exactos y bastan para satisfacer vuestra curiosidad de mujer y vuestro interés de madre, conduciendo además á las dos siguientes conclusiones:

1.ª La antigüedad greco-romana, en la que vuestros hijos estan condenados por la educacion clásica á pasar los años decisivos de su vida, en vez de ser, como se dice, la cosa mas bella y pura del mundo, es la mas fea y mal sana de todas.

2.ª Segun los artículos 86, 332, 333, 334, 340, 351 y 361 de nuestro Código penal, que, sea dicho de paso, no es muy severo, todos los dioses de la bella antigüedad deberian estar en Cayena ó en Tolon, y las diosas todas en S. Lázaro ó en Clairvaux; y en virtud de los mismos artículos estarian hoy arrastrando una cadena todos estos grandes hombres y eminentes oradores, poetas y filósofos del Paganismo antiguo, maestros celebrados de la juventud cristiana, que si hubiesen vivido hace cien años, hubieran sido quemados vivos.

Admiremos ahora dos cosas: la veracidad de la historia antigua escrita por los hombres del Renacimiento y popularizada en la Europa moderna, gracias á la enseñanza de los colegios, y el respeto con que la Europa mira á la juventud. El niño bautizado es un hijo de Dios, un tem-

(1) Frivola studia mente semper versans, Acrocorinthum sibi ab Antigono rege commissam, dum assiduis compotationibus ad ebrietatem usque indulget, simul cum urbe Corintho amissit, Arati Sicyonii bellicis artibus deceptus et fugatus. — Hermippus, *apud Athen.*, lib. IV, p. 162.

plo del Espíritu Santo, una flor divina que debe brotar y desarrollarse con los rayos del sol de la gracia y de la verdad, y un candidato del cielo, cuya educacion toda debe ser una obra santa, puesto que tiene que ser el desarrollo de la vida sobrenatural que recibió en el bautismo; y en vez de confiarla á maestros santos y santificadores, como los grandes escritores y santos Padres de la Iglesia, se confia á maestros corruptores y corrompidos, como lo son los librepensadores y libertinos del Paganismo.

CARTA XXIII.

Una objecion. — Respuesta. — Los autores paganos son necesarios para formar el gusto y para adquirir formas bellas artísticas y literarias. — Respuesta.

Roma 19 de Febrero.

SEÑORA:

Apartándonos en un todo de la máxima de Sócrates, confiamos nuestros hijos á hombres ébrios, nuestras hijas á personas relajadas y nuestros almacenes á ladrones; y para justificar esta monstruosa aberracion que ha causado la ruina de la Europa, se nos dice: «¿Qué quereis? Es preciso formar el gusto de la juventud, enseñar á esta las formas bellas del lenguaje y el bello griego y latin. Para esto no hay mas que un medio, y es enviarla á la escuela de los grandes maestros de la antigüedad.»

Esta objecion carece de importancia, y bien pudiéramos desentendernos de ella, pues la cuestion de educacion no es, y hoy menos que nunca, un mezquino asunto de literatura, sino una cuestion social de primer órden. Por otra parte, el objeto principal de la educacion no fué nunca el aprender á hablar, sino á pensar bien; mas sin embargo, vamos á examinar lo que vale esa objecion tantas veces rebatida.

El gusto es el sentimiento de lo bello, y este es el reflejo de lo verdadero (*splendor veri*), y tantas mas bellezas se encontrarán en un autor, cuantas mas sean las verdades que enseñe; y cuantas mas sean las bellezas, mas fácilmente podrá formarse el gusto. Falta ahora saber si los

autores paganos son ricos en verdades, y si lo son mas que todos los otros. Si lejos de esto lo son en ideas falsas, es evidente que en vez de formar el gusto, le depravan pervirtiendo el espíritu y empobreciendo la razon. Para fijar vuestro juicio sobre este punto capital, debeis recordar lo que ya habeis leido, y meditad tambien el siguiente dicho de S. Agustin: «La verdad cristiana es incomparablemente mas bella que todas las verdades del mundo pagano: *Incomparabiliter pulchrior est veritas christianorum quam Helena græcorum* (1);» y las siguientes palabras de S. Isidoro de Pelussa: «Los autores paganos nada tienen que se parezca á la gravedad de nuestra religion santa, pues en ellos todo se reduce á mentiras, impiedades, crímenes, ó cuando menos á virtudes falsas (2).»

Si no es esto bastante, oigamos á un hombre de nuestra época, oráculo literario de su país y enteramente imparcial en la cuestion que nos ocupa. En efecto, ved aquí lo que hace treinta y seis años escribia el ilustre Manzoni: «La parte moral de los clásicos antiguos es falsa, *generalmente* hablando. Falsas son sus ideas sobre el vicio y la virtud, y falsas tambien, inciertas, exageradas, contradictorias é incompletas sus nociones acerca de los bienes y de los males, de la vida y de la muerte, de los deberes y de las esperanzas, de la gloria y de la sabiduría. Ellos formaban juicios falsos acerca de los acontecimientos, y lo que no era completamente falso carecia de esa primera y última razon, es decir, de la razon cristiana que los antiguos tuvieron la desgracia de no conocer y de la que seria locura querer prescindir. Ahora bien; la parte moral es la mas importante en materias literarias, ocupa en ellas un puesto preferente, y es mas general de lo que á primera vista parece.

(1) Epist. IV, n. 7.
(2) Lib. I, ep. 63.

»Así, pues, si bien no quisiera decir que nuestros maestros en literatura se han engañado y se engañan en la mayor parte de su enseñanza, deseo de todas veras que en vez de presentarlos, como se viene haciendo desde hace mucho tiempo á la imitacion de la juventud, se someta la cuestion al exámen meditado de un talento grave, elevado y concienzudo. Interin no se halle un juez de estas condiciones, deseo que cuando menos se pierda esa veneracion tan profunda, solemne y magistral que se profesa á los clásicos, pues ella es la causa que impide todo juicio razonable acerca de lo que valen; y deseo sobre todo que cuando se hable de los clásicos á la juventud, se use de un lenguaje mas mesurado y menos entusiasta (1).»

Juzgad, pues, señora, del buen sentido de nuestra educacion desde la época del Renacimiento. Nosotros los cristianos tenemos á nuestro alcance la verdad, abundante y limpia de toda mezcla, y sin embargo, la desdeñamos, y con peligros y esfuerzos inauditos vamos á buscarla en partículas plagadas de mil errores en las obras del Paganismo, creyendo formar así el gusto de la juventud.

Mas ¿dónde hallar las bellas formas literarias y artísticas y el buen lenguaje, si no se buscan en los grandes modelos de Roma y Grecia? Al oir á ciertas gentes, cualquiera creeria que si no hubieran hablado Ciceron y Demóstenes, el mundo seria mudo; y que si no hubieran existido Fidias y Praxiteles, nadie hubiera sabido manejar el buril ni el pincel. Hasta tanto que las revoluciones no han venido á iluminar el debate con sus siniestros resplandores y á hacer ver que la cuestion de los clásicos es algo mas que un asunto de fórmula, esa pretension ha sido siempre el elemento de guerra de antiguos y modernos, y todavía es hoy el principal argumento de algunos míopes

(1) Carta al marqués de Azeglio, 1822.

que, segun el dicho de S. Agustin, no verian la luna aunque la tuvieran colgada de la nariz. Diremos por lo tanto dos palabras acerca de esta segunda objecion.

La educacion clásica viene empleando desde el Renacimiento la siguiente fórmula, que para ella es un axioma: «Para realizar lo bello en toda su perfeccion, es preciso buscar la idea en el Cristianismo y la forma en el Paganismo (1).» Por consiguiente se ha visto y se ve todavía á la Europa entera desechar con desprecio la forma artística, poética y literaria de la Edad media, y enviar sus hijos á buscar á todo trance lo bello en la antigüedad griega y romana. Este pretendido axioma envuelve tres suposiciones: primera, que una idea puede existir sin su forma; segunda, que se puede quitar á una idea su forma para aplicársela á otra; y tercera, que el Cristianismo no ha sabido dar á sus ideas la forma conveniente.

Si algo cierto hay en filosofía, es el siguiente axioma, diametralmente contrario al de la educacion: «Toda idea lleva la forma en sí misma (2).» Supongamos que soy un escultor y que quiero hacer una estátua de la Virgen. Ahora bien, si me pongo á meditar, concibo la idea de la belleza virginal, celestial y elevada á su mas alta perfeccion y realizada en una criatura humana. Al instante se refleja esa concepcion en mi espíritu con sus rasgos característicos é intrasmisibles, que son la forma misma ó espresion de la idea. En vez, pues, de tomarla para inspiracion y hacerla resaltar en el mármol, ¿qué debo hacer para conformarme con el principio de la educacion clási-

(1) Este viene á ser, aunque en otros términos, el mismo pensamiento que acaba de publicarse: «La fe va volviendo á Dios; pero el escritor se va volviendo á la Grecia.»

(2) Para nosotros la idea es aquí sinónimo de conocimiento, y por lo tanto hablamos de la idea particular y no de la idea general ó abstracta, sobre cuya formacion habria mucho que hablar.

ca? Ponerme á contemplar detenidamente alguna estátua antigua, la Venus de Milo y la Venus Calípiga, por ejemplo, coger el cincel y aplicar á mi tipo cristiano de la belleza virginal los rasgos y la forma de la belleza pagana. ¿Se creerá que así habré representado la Vírgen?

Las caricaturas sacrílegas de que han plagado la Europa la escultura, la pintura y la arquitectura desde la época del Renacimiento, dan un solemne mentís á ese pretendido axioma de la educacion.

Siendo, como es, igual el principio, preciso es raciocinar respecto de la poesía y elocuencia del mismo modo que de las artes. Supongamos tambien que yo soy orador ó poeta, y quiero celebrar á un héroe del Cristianismo. Meditando, pues, concibo la idea del heroismo cristiano, de ese heroismo que haciendo al hombre superior á sí propio, me presenta un conjunto de fuerza y de dulzura, de decoro y de humildad, de calma y de valor, de firmeza, de bondad y de justicia. Formada idea de este tipo, aparece á mi vista con rasgos característicos que son la forma misma ó la espresion de mi idea, y el hombre en quien la personifico, lleva en todo el sello propio é intrasmisible de aquel.

A fin, pues, de conformarme con el axioma de la educacion clásica, abandono esa forma natural y espontánea, me pongo en contemplacion ante un héroe antiguo como Alejandro, César, Caton ó Bruto, y aplico á mi tipo de héroe cristiano la forma del héroe del Paganismo, prestándole su lenguaje y actitud y cubriéndole con su manto. Creereis sin duda que os he presentado un Teodosio, un Carlo Magno, un S. Fernando ó un S. Luis, y en realidad solo habré creado un personaje indefinible, que no será cristiano ni pagano, y una verdadera caricatura de grande hombre, que demostrará á lo vivo la falsedad del principio de la educacion clásica.

Este principio es, en efecto, falso por el hecho de suponer que cada idea no tiene su forma propia en sí misma, y tambien porque encierra un problema insoluble. No es posible, señora, aislar una idea de su forma sin tomar algo de la primera, y mucho menos aun aplicarla á otra idea. Si intentais ejecutar semejante operacion, como que la forma que quereis adaptar á vuestra idea, no es la suya propia y natural, no guardará armonía con ella, y para hermanarlas os vereis obligado á modificar vuestra primitiva idea, á darle un aspecto nuevo y á torturarla, haciéndola sufrir la operacion del lecho de Procusto. Así es, que sin apercibiros de ello, habreis sustituido á vuestra idea otra enteramente nueva, puesto que en último resultado manifestais esteriormente la idea, cuyo reflejo es la forma que para hacerla sensible empleais.

La educacion exige que se busque en la antigüedad pagana la forma de lo bello, y por la fuerza de las cosas ha venido á resultar que no pudiendo estar la forma separada enteramente de la idea, y que no siendo ni pudiendo ser la forma de la idea pagana la misma que la de la cristiana, la juventud y poco á poco la sociedad entera han sustituido la primera á la segunda, bajo el pretesto de embellecer esta con aquella. Esto se observa no solo en la literatura y en las artes, sino tambien en la política, en las instituciones sociales y en todo cuanto existe, y por mas que se haga, siempre sucederá lo mismo. Este es, pues, el trabajo absurdo á que la educacion clásica nos condena.

Su axioma además no solo es un absurdo, salvo error, sino tambien una blasfemia, pues supone que el Hijo de Dios ó el Verbo Eterno, orígen de toda palabra y prototipo de toda belleza, no ha sabido dar á sus magníficas ideas su forma conveniente, y ha rehusado á la Iglesia su esposa, y á sus hijos los cristianos, un don que segun nues-

tros adversarios prodigó esclusivamente y en toda su perfeccion al espíritu de mentira y á sus adoradores. En una palabra, se quiere dar á entender que el Dios de sabiduría ha dispuesto que con el fin de obtener la perfeccion, pensáran los hombres como cristianos y habláran como paganos, que adquirieran sus ideas en la Biblia, en el Evangelio, en los Santos Padres y en los concilios, y que buscáran la forma en Homero, Ciceron y Tito Livio. Segun, pues, acabamos de ver, esto produce un trabajo filosóficamente absurdo, un problema lógicamente imposible y un género de eclecticismo mas ridículo que todos los demás.

Mañana hablaremos del bello griego y latin.

Aceptad, señora, etc.

CARTA XXIV.

Latin cristiano.—Su superioridad.—El Renacimiento lo repudió como bárbaro.—Esfuerzos para generalizar el latin pagano.—¿Sabemos hoy el latin?—Palabras de Mercier,—de M. Lenormand,—de M. Gatien Arnoult, examinador de la Universidad,—de un profesor de la misma y de un antiguo laureado en ella,—y del P. Judde, de la Compañía de Jesús.—¿Porqué no sabemos ya el latin?

Roma 20 de Febrero.

SEÑORA:

Al criar el Hijo de Dios un mundo nuevo por medio de la efusion de su Santo Espíritu, crió necesariamente un idioma nuevo, como tambien un arte nuevo, espresion natural y propia de las ideas con que enriqueció el entendimiento del hombre y de los sentimientos que grabó en su corazon. De aquí un idioma cristiano, latino ó griego, tan superior á la lengua latina y griega de los paganos, como lo es la humanidad regenerada á la humanidad caida. El latin cristiano, pues, formado por los genios mas sublimes, como S. Cipriano, Lactancio, S. Gerónimo, S. Agustin, S. Gregorio y S. Bernardo, fué la lengua sábia de la Europa hasta el Renacimiento.

En esta época fué relegada al desprecio, así como todo lo que era de creacion cristiana. Repudiósela como bárbara para sustituirla con el latin pagano, idioma del siglo de oro, y con ardor febril acudieron todos á la escuela de los antiguos, siendo increibles las vigilias, estudios y trabajos de todos géneros que se han empleado para aprender su idioma. La educacion pública no tuvo objeto

mas importante que este, y aun hoy dia es condicion necesaria el conocimiento de aquel para la admision en las carreras liberales. «Si quereis llegar á saber algo, decia hace poco á un jóven el jefe de un establecimiento importante, engolfaos en las *Conciones*: aprended latin y mas latin (1).»

¿Qué resultado han producido tantas fatigas? ¿Sabemos el latin pagano? ¿Lo supieron los mas afamados renacientes? ¿Podemos nosotros saberlo? Estas son otras tantas cuestiones que importa mucho examinar; pues son el gran caballo de batalla de los obstinados campeones de la enseñanza actual.

¿Sabemos nosotros el latin?—Desde luego podemos decir que ignoramos el latin cristiano, y que nos gloriamos de no aprenderlo, porque lo consideramos como latin bárbaro y de cocina. Mas por lo que hace al latin pagano, oigamos lo que nos dicen testigos nada sospechosos. En 1782 escribia Mercier lo siguiente: «Diez colegios hay en París en pleno ejercicio de la enseñanza; en ellos se dedican los jóvenes á aprender la lengua latina por espacio de siete ú ocho años, y de cien escolares los *noventa y nueve* salen de ellos sin saberla (2).»

¿Hemos llegado á hacernos mejores latinos desde aquella fecha? M. Lenormand, uno de mis mas ardientes adversarios, ha publicado una obra en la que se lee lo siguiente: «El dicho comun en las escuelas de la Edad media, *græcum est, non legitur*: está en griego, no se entiende, es aplicable enteramente entre nosotros. Por lo que hace al latin, si decimos que habrá *doscientas* personas en París y *quinientas* en toda la Francia que lo lean por recreo,

(1) Las *Conciones* son, bajo el punto de vista político, una de las obras mas perniciosas que existen, pues vienen á ser la escuela de la democracia, de odio de los plebeyos contra los nobles, de la guerra sin piedad, de las virtudes vanas, y de las ideas subversivas de nuestro órden social.

(2) *Tableau de Paris*, t. I, c. LXXXI.

será mucho aventurar.» Mas adelante añade: «Yo habia tambien seguido mis estudios en aquella famosa Universidad bajo la direccion de profesores buenos por lo general, y mi nombre figuró entre los laureados de la época; mas sin embargo, cuando quise elevarme al orígen de los autores clásicos, conocí desde luego que *mi ignorancia era inmensa* (1).»

Un profesor, examinador en la Universidad, dice tambien: «El griego y el latin, objetos aparentes de los estudios en los colegios, se enseñan muy mal, y prueba de ello es que *todos* los discípulos ignoran el primero de dichos idiomas, y que *ninguno* sabe bien el latin. Hay además una piedra de toque para probar el valor científico de la enseñanza en Francia, y son los exámenes llamados del bachillerato. Ahora bien, lo declaro francamente, hace siete años que asisto á esos exámenes, y durante ellos no he hallado uno solo por cada diez examinandos, que respondiera medianamente á las preguntas (2).»

Otro indivíduo de la Universidad, profesor de filosofía en uno de los liceos de mas importancia, dice: «El nivel de los estudios ha llegado á estar tan bajo hoy dia, que es cuestionable si podrá ya descender mas. En todas partes y especialmente en París, donde nuestros hábitos de centralizacion hacen que se despache anualmente á los mas brillantes hijos de las provincias, la mitad de los alumnos son *deplorablemente flojos*. En París media un abismo entre los cinco ó seis primeros y los restantes, y otro mayor todavía entre los diez siguientes á aquellos y lo que se llama la *cola de la clase*, la cual es interminable. En los departamentos sucede sin diferencia lo mismo.

(1) *De la enseñanza de los idiomas vivos*, p. 28.—Paris, 1845, etc.
(2) M. Gatien Arnoult, Cartas, etc.

«Estas apreciaciones se comprueban de la manera mas triste é irrefragable en los exámenes á que me he referido. Los examinadores no son muy rigurosos, y sin embargo, es verdaderamente formidable la proporcion de los candidatos reprobados por no haber sabido hacer medianamente una version. Por lo que hace á los ejercicios orales, pido á Dios con toda mi alma que no vaya á presenciarlos ningun aleman ni inglés, ó que evite á lo menos á mi amor propio el dolor y humillacion de hallarme á su lado. No tengo valor para decir mas; el que quiera, puede venir á verlo (1).»

Tened, señora, entendido que los colegios tienen la pretension de que en ellos se enseña el latin mejor que en los seminarios. «Es cosa sabida (2), dice un antiguo alumno de la Universidad, que los estudios de los colegios son mas completos que los de los seminarios, es decir, que de cada diez por ciento de los que saben latin, despues de haberlo estudiado durante seis años, los que salen de los colegios lo saben algo mejor que los que salen de los seminarios... Tantas veces he hablado de la locura de semejante educacion, que de nada sirve, que nada prevé y que no defiende de nada, que me causa vergüenza hablar mas de ella (3).»

Esa ignorancia del latin no solo es propia de los alumnos, sino tambien de los profesores. El P. Judde, jesuita, decia, hace cien años, á los regentes de su compañía: «Vosotros no podeis formar un tema que valga algo, sin dedicar á él muchísimo tiempo.» Hoy es mas difícil todavía, pues las oraciones latinas estan plagadas de defectos segun se ha probado ya varias veces, y eso que son obra de los maestros mas distinguidos, los cuales las me-

(1) Véanse mis *Cartas á Monseñor Dupanloup*, p. 221.
(2) ¿Por quién? ¿De dónde?
(3) Alfonso Karr, *Las Avispas*, 1844.

ditan, escriben y rumian con todo descanso y holgura (1).

Ved aquí á qué altura nos encontramos en punto á conocimiento del griego y del latin, al cabo de tres siglos de conocimientos y de estudios. Otras muchas pruebas pudiera aducir para demostrar nuestra *fabulosa ignorancia* en este punto, como dice M. Lenormand; pero para vos, señora, y para todos los que estan enterados de lo que pasa, hay bastante con lo dicho. Se nos castiga por donde hemos pecado. El Cristianismo nos habia dado un idioma latino, magnífico bajo todos sus aspectos, y deber nuestro era conservarlo y hablarlo; pero nosotros lo repudiamos, como repudiamos tambien el arte cristiano, y ha venido á resultar que no hemos sabido ni sabemos el latin pagano ni el cristiano.

Aceptad, señora, etc.

(1) No es Alfonso Karr, antiguo laureado de la Universidad, el último en burlarse de él. Bien conocida es la crítica que ha hecho de los discursos latinos pronunciados en el gran concurso: «Omnium facile *savantorum* consensu, illud unice utile est assequi hominibus ut, omnis juventutis ardore et assiduo labore, illas tantummodo linguas *parlent* quæ nusquam parlentur et nullius *usagi* possunt fieri. =Sunt quidem nebulones et *mechantes* qui prætendunt hanc instructionem esse omnino inutilem et creusam. His nebulonibus et *mechantis*, inter quos numerandus est quidam Alphonsus Karrus, respondere victoriose hæc oratio habet pro *buto* etc.

CARTA XXV.

¿Supieron latin los mas célebres latinos del Renacimiento? Dichos de ellos mismos. — Acúsanse todos reciprocamente de ignorar el latin. — Bembo. — Justo Lipsio. — Erasmo. — Escaligero. — Scioppio. — Lorenzo Valla. — Poggio. — Worstio. — Vives. — Balzac. — Mureto. — Estos declaran que saben el latin peor que los cocineros de Roma.

Roma 21 de Febrero.

SEÑORA:

No faltará quien os diga: «Si nosotros no sabemos latin, es porque no lo estudiamos como se estudiaba en otros tiempos, pues el Renacimiento produjo hombres que conocieron, escribieron y hablaron perfectamente el idioma de Ciceron.»

Esto me induce á examinar la segunda cuestion propuesta en mi carta anterior, es decir, si supieron el latin pagano los renacientes mas célebres.

Entre los humanistas de los siglos XV, XVI y XVII, que consagraron su vida al estudio del latin de los antiguos, que constantemente lo escribieron y hablaron, unos durante veinte y otros por espacio de cuarenta años, y que pasan por los que mejor lo conocieron, se cuentan, recorriendo para ello la Europa entera, Bembo, Erasmo, Valla, Poggio, Scioppio, Worstio, Escaligero, Vives, Lipsio y Mureto. Todos estos latinos, pues, escribieron los unos contra los otros abultados volúmenes, para convencerse mútuamente de que no sabian una palabra de latin; que no lo comprendian ni sabian traducirlo; que no podian distinguir á qué idioma sério ó vulgar correspon-

dian tales ó cuales palabras; que incurrian á cada momento en barbarismos y solecismos, y que eran totalmente incapaces de juzgar del mérito relativo y hasta de la latinidad mas ó menos pura de los autores antiguos. Nada hay mas curioso, ni al mismo tiempo mas instructivo, que esa prolongada disputa, que duró cerca de doscientos años, sin que se supiera ni pueda nunca saberse quién tenia razon y quién no.

Bembo se gloriaba de hablar latin con tal pureza que no empleaba palabra alguna que no fuera tomada de Ciceron, y Justo Lipsio le prueba detalladamente, que muchas veces no solo no es ciceroniano, pero ni latino siquiera. Erasmo creia tener monopolizada la bella latinidad y muchos lo creian como él, pero Escaligero le envia groseramente á la escuela á que aprenda la gramática y evite los numerosos defectos latinos en que abundan sus obras (1).

Estos sublimes renacientes no se limitan á simples críticas, sino que al ejemplo de los ilustres maestros de la antigüedad acompañan sus acusaciones de ignorancia con una multitud de amenidades de que necesito daros una muestra, si quereis conocer el *espíritu* de que estaban animadas aquellas generaciones de la vieja Europa. Erasmo, siguiendo á otros muchos, tanto antiguos como modernos, se permitió criticar á Ciceron. Escaligero, considerando esto como un crímen, le dijo: «Solo tu impiedad para con Dios, Jesucristo y la religion pudo inducirte á tener envidia á Ciceron. Tu eres un orgulloso, malvado, embustero y perdido: *Mendax, vir nihili;* un impuro, miserable y ébrio: *impurum, infandum, vino sopitum;* un loco, un mónstruo: *monstrum, quo alio te ap-*

(1) Quæ si nescis, jam comperies apud omnes grammaticos... atque hæc quidem quot quantisque erroribus involuto exciderint satis clarum arbitror.—*In Desid.*, Erasmo, p. 25.

pellem nomine?; fiera, verdugo, tres veces parricida, y una hidra, en fin, de que hay que purgar al mundo literario: *parricida, triparricida, hydra.*

Escalígero, despues de haber proferido todas estas injurias, fielmente copiadas de Ciceron, concluye por donde debia haber principiado, es decir, confesando que apenas podemos balbucear el latin, y que nos es imposible justificar nuestros elogios ó críticas de los autores antiguos. «Difícilmente podemos hablar el latin: *vix possumus quantum valemus Romani esse in dicendo*; y tú te atreves á criticar á los autores de la antigüedad, y acusas á Tito Livio de patavinidad y á Ciceron de defectos garrafales! ¿Quién eres tú para erigirte en censor? ¿Qué medios emplearás para probar tus acusaciones, si yo llego á negarlas? *¿Si negavero, quid tu mihi respondebis? ¿Quibus argumentis?*»

Ninguno; como tampoco dos alemanes que solo conocieran el francés por la gramática, el diccionario y los buenos autores, podrian resolver, sin la intervencion de un natural de Francia, una dificultad gramatical relativa á la lengua francesa.

Veamos ahora como Scioppio pone á raya á Escalígero, que tan fuerte se creia en materia de latin. Aquel rey de los eruditos *(eruditorum rex)* le echa en cara mil defectos latinos, le califica *quinientas doce veces* de embustero y le compone letanías griegas y latinas, que no llenan menos de trescientas páginas en 4.°, por el mismo estilo que las de Escalígero á Erasmo (1).

El P. Strada, jesuita, publicó su historia *De bello belgico*, que pasa por escrita en latin de lo mas puro, y sin embargo, Scioppio hace notar solo en la primera década mas de mil espresiones impropias ó bárbaras (2).

(1) Escalig., *Hypobolymœus*, etc. In 4.°, 1607.
(2) *Observat. philolog.*—Amstelodami, 1663.

Viene luego Lambecio á probar doctamente á Scioppio que no es mas que un ignorante y envidioso; designándole además con el nombre de perro de la gramática: *canis grammaticus*. Aparece Santeul, cuyos himnos escitan la admiracion de los mas hábiles latinos, y Ménage, la Monnoye y otros varios demuestran que estan llenos de defectos.

Lorenzo Valla, que vivió en los primeros años del Renacimiento, se creyo restaurador del bello latin del siglo de oro, y publicó en supuesto latin ciceroniano un abultado volúmen en 4.° sobre dicho idioma antiguo. Poggio le contestó con otro tomo de igual tamaño, probándole con autores de dicho siglo de oro que no sabia formar una sola oracion latina, y concluyendo por figurarlo conducido en triunfo sobre un asno coronado de estiércol. Valla contestó con un libro intitulado: *Antidotum in Poggium*, en el cual hace ver con infinitos testos de los mas célebres escritores que Poggio era un bárbaro en materia de latin y él un fénix, acompañando sus pruebas, que ocupan doscientas páginas en folio, con amenidades que respiran el gusto antiguo: «Cuanto mas me atacas, dice á Poggio, mas demuestras tu ignorancia de la lengua latina, y voy á hacerte entrar en razon como á Facio y Panormita. Bárbaro en tu lenguaje y sentimientos, inmundo, lengua canina, pútrido, insolente, viejo loco *(delirus senex)*, gladiador, dragon, macho cabrío de largos cuernos, ébrio como Antonio, cancervero, falsario, avaro, sacrílego, adúltero, fruta de horca (*furcifer*), yo te haré ver que eres un ignorante, y lanzaré contra ti el rayo como Júpiter contra el gigante Tifon. Tú me has conducido en triunfo, y yo te conduciré á mi vez precedido de tus innumerables errores. Este sí que será un verdadero triunfo, y no imaginario como el que tú me decretaste, y entonces conocerás que soy Júpiter: *in isto curru tuo me Jovem esse senties.*»

¿Quién creerá que semejante diatriba está dedicada al papa Nicolas V? ¿Quién creerá que los renacientes todos la aplaudieron, que Francisco Diana escribió á Valla diciendo que su Apología le hacia superior á los hombres, y que mereció en el mundo literario el dictado de divino: *Apologus fuit valde gratus; non hominem te, sed cum admiratione summa divinum appellant?* ¡Y hay quien se admira de las groseras injurias que tanto abundan en las obras de Lutero, Ulrico de Hutten, etc., siendo así que fueron hijas del gusto de aquella hermosa época! Esta es una prueba mas de que el Protestantismo, tanto en el fondo como en la forma, es descendiente legítimo y directo del Renacimiento: *ego peperi ovum, Luterus exclusit.*

De estos hechos y otros muchos que pudiera citar, resulta que los mas famosos humanistas del Renacimiento se acusan y se prueban recíprocamente por $a + b$, valiéndose de los autores del siglo de oro, que no saben escribir ni hablar latin, y nadie puede decidir quién tiene ó no razon, pues desde la época del Renacimiento no ha habido un solo hombre en Europa que, habiendo escrito cuatro solos renglones en latin, pueda jurar y decir que Ciceron, Salustio ó Tito Livio habrian escrito como él. Si hubiera quien tal dijese, cien voces se dejarian oir para probarle lo contrario, pues se han escrito volúmenes enteros para dar á conocer los solecismos en que incurrieron los renacientes mas célebres que, como os he dicho, dedicaron toda su vida al estudio del latin, el cual constituia su pasion favorita (1).

No solamente ignoraban, segun propia confesion, el verdadero modo de hablar y escribir el latin, sino que muchas veces eran incapaces de distinguir el antiguo del

(1) Véase entre otras, la obra titulada: *Amœnit. litter. de solecis. litter.*, t. V y VI, p. 3.

moderno. Hubo algunos que se entretuvieron en procurar cogerlos en renuncios, presentándoles como modernas ciertas páginas inéditas de autores antiguos, que criticaban con igual confianza que acrimonia, y como antiguas ciertas narraciones y fábulas escritas pocos dias antes, en las cuales hallaban el aroma de la mas pura antigüedad (1).

Su ignorancia llegaba hasta el estremo de hacerles equivocarse en punto á la legitimidad de ciertos vocablos y espresiones, desechando como bárbaro lo que era latino y admitiendo como latino lo que realmente era bárbaro. «Los que magistralmente, dice Bayle, se atreven á calificar como barbarismos y solecismos ciertas frases, son demasiado aventurados; pues muchas veces se les han hecho notar en los autores llamados clásicos, los términos y espresiones por ellos criticadas (2).» Si queremos conocer la ridiculez de sus juicios, basta leer la obra de Worcio intitulada: *De latinitate merito aut falso suspecta* (3); la de Vossio: *De vitiis sermonis*; y las de Celario, Munthe y otros infinitos. En ellas se verá, sea dicho de paso, justificada la latinidad de la *Vulgata* por la autoridad de los autores clásicos, y la intachable correccion de ciertos términos, giros de frases y espresiones que nuestros maestros habian calificado de solecismos de marca mayor, y que probablemente se califican aun como tales en los colegios.

No solo desconocen la legitimidad de los términos y frases, sino hasta los diversos sentidos de las palabras, tanto que despues de las grandes elucubraciones latinas de los jefes del Renacimiento, decia su émulo Luis Vives: «A pesar del estremado ardor con que los modernos, á

(1) Erasmo, *Ciceron.*, etc.
(2) Bayle, art. *Scioppius*.
(3) En 18.°, 1764.

contar desde Lorenzo Valla, han tratado de restaurar el latin, nunca han logrado distinguir los términos y frases populares de los que son propios de la buena sociedad, las palabras verdaderamente romanas de las de orígen estranjero, ni aquellas cuya significacion varía cuando se emplean por chiste (1).»

Si, pues, no saben escribir, hablar ni apreciar en su valor la lengua latina, ¿saben cuando menos traducirla? Leed los prefacios de todos los traductores, y oireis á todos demostrar la necesidad de su trabajo, poniendo de manifiesto las inexactitudes y contrasentidos que segun ellos se advierten en todas las traducciones de sus predecesores. Leed las ediciones llamadas *Variorum* por haber enriquecido el testo con comentarios los mas hábiles latinos, y vereis qué prodigiosa diversidad de opiniones, ó mejor dicho, qué increible incertidumbre reina entre todos ellos respecto del verdadero sentido de tales ó cuales palabras, de la naturaleza de ciertos usos y de otra porcion de cosas que eran elementales para los latinos de la antigüedad (2).

Con el griego suceden mas percances todavía, y Boileau, gran helenista del gran siglo, incurrió en mil defectos, y lo mismo acaeció á otros muchos anteriores y posteriores á él.

El Renacimiento, que hizo á la Europa olvidar el latin cristiano, no le enseñó el latin del Paganismo, y mas bien le impidió que lo aprendiera, reduciéndolo al estado de esqueleto. Si por mí y ante mí dijera esto, no faltaria quien segun costumbre, clamára diciendo que exageraba ó

(1) Nec hi recentiores qui à Laurentio Valla ad hanc ætatem fuerunt, cum summa sint in revocanda latina lingua usi diligentia, nondum tamen distinguere potuerunt verba quæ urbana, quæ rustica, quæ germane romana, quæ peregrina, quæ per jocum detorta. — *De disciplinis, etc.*, t. I, lib. II, p. 73. Lyon, 1551.

(2) Véanse entre otros los escritos de M. Dacier, del abate Desfontaines, etc.

sentaba una paradoja; pero no soy yo quien exagera, sino un hombre que sabia mas latin durmiendo que todos sus modernos contradictores despiertos, uno de los individuos del triunvirato literario del siglo XVI, en una palabra, el célebre latino Luis Vives. Oid cómo se espresa.

«El uso es el rey y maestro del lenguaje, y como no hay pueblo alguno que hable el griego ni el latin, tenemos que buscar en los escritores la legitimidad de las espresiones. Ahora bien; hay algunos que si no se acuerdan de haber leido esta ó la otra palabra, la desechan al instante; otros hay tan apegados á tal ó cual autor, que si no hallan en él una espresion que les choca, aun cuando otros la usen con frecuencia, la rechazan como poco latina; otros, en fin, convierten en regla general un giro ó una frase particular, cometiendo así todos un sinnúmero de errores: *In his omnibus multipliciter erratur.*

»Nosotros hemos empobrecido el tesoro de la lengua latina, quitándole *mas de una tercera parte* de palabras legítimas, que hemos desechado como moneda falsa, y desdeñosos todavía en medio de tal penuria nos hacemos mas pobres cada dia, pues no hay uno solo de los que se creen guardadores de los tesoros de la lengua latina, que por conservar su pureza nativa no elimine ciertos giros y palabras. Es una fortuna hallar en algun autor ciertas voces y espresiones, pues si así no fuera, las desterrariamos de la república literaria, á pesar de su puro origen romano. Semejante puritanismo me desagrada, y si tuviéramos un pueblo cuyos individuos hablaran griego ó latin, mejor querria vivir con ellos un año, que pasar diez en la escuela de nuestros grandes maestros (1).»

Los grandes humanistas del Renacimiento, incapaces de hablar, escribir, apreciar y aun de traducir bien el latin, y de distinguir lo que es latin de lo que no lo es, con-

(1) Lib. II, p. 66.

fiesan que no son mas hábiles para juzgar del mérito de los antiguos; que dictan sus decisiones por rutina, y que son ridículos cuando quieren elogiar ó criticar el estilo y las formas de un autor, y dar la preferencia á unos sobre otros. En una palabra, se acusan mútuamente de que hablan del mérito de los autores del mismo modo que de la legitimidad de los vocablos, es decir, como hablarian los ciegos de los colores.

«Aunque Julio César Escalígero, dice Balzac, se erige en crítico universal, yo no puedo menos de recusarle casi *in totum* y apelar de sus juicios en muchas ocasiones, pues suele criticar cosas *escelentes* y elogiar otras *medianas*. Desconoce completamente el genio de la sátira latina, la urbanidad propia de los patricios romanos, y aquella Venus secreta y encubierta que se descubre en las obras maestras.

»José Escaligero nos hace el favor de salir á la defensa de Ovidio y de protegerle contra el crítico Victorio, al propio tiempo que desprecia á Lucano (1), que seguramente habria merecido la proteccion del poeta elegíaco. Dice tambien que la *Tebáida* de Estacio es un mal poema, indigno de un principiante. Justo Lipsio asegura por el contrario que aquel está divinamente escrito, y que es la obra maestra de un autor consumado. No acierto á comprender tampoco que Mureto, que tanto despreció los *Epigramas* de Marcial, elogiára tanto las *Dionisiacas* de Nonno.

»Cuando ese mismo Justo Lipsio prefiere Séneca á Ciceron, le perdono tan enorme injusticia; pero no puedo sufrir que crea á Plauto superior á Terencio. Mi vecino Escévola de Sainte-Marthe tampoco es mejor crítico, pues no ha mucho quise leer un libro de epígramas muy ce-

(1) Fenelon y Boileau llaman á Lucano fabricante de oropel.

lebrado por él, y no encontré uno solo que valiera el papel en que se imprimió (1).»

Ved aquí, pues, á los grandes conocedores y compositores de latin, lo acordes que estan entre sí acerca del mérito y estilo de los autores antiguos: leed la obra titulada *Juicios de los sábios*, y de seguro creereis hallaros en la torre de Babel en el momento de la confusion de las lenguas.

Concluyamos haciendo mencion del testimonio de una persona cuyo nombre solo es una autoridad, que pasó sesenta años de su vida estudiando, hablando, escribiendo y enseñando el latin, y cuyas obras, anualmente reimpresas y anotadas en Alemania, pasan por modelos de la mas bella y elegante latinidad moderna. En una palabra, oigamos al *Napoleon* de la lengua latina, Marco Antonio Mureto.

Dos ilustres latinos, Alciato y Ferreti, habian criticado el estilo de Tácito, y tomando Mureto la defensa de este escritor, con una franqueza que le honra tanto como nos instruye: *¿Quiénes somos nosotros*, dice, *que nos figuramos hoy que sabemos hablar latin*, para erigirnos en censores de un escritor de tanto mérito? *Qui autem nos sumus, si omnes in unum conferamur, quicumque hac tempestate latine loqui videmur, ut de scriptore sapientissimo judicare audeamus?* Despues de la pérdida de un gran número de autores antiguos, nadie puede responder que las pretendidas incorrecciones de Tácito no fueran imitacion del estilo de alguno de ellos.

«Si hoy dia un aleman ó un polaco, que nunca hubiera estado en Italia ni oido hablar á un italiano, pero que conociera este idioma por haberlo aprendido en los libros, se encontrára con un hábil florentino y le tratára de bár-

(1) *Respuesta á algunas cuestiones*, t. II, p. 595.

baro porque empleaba palabras y giros que él no hubiera hallado en sus libros, ¿no nos reiriamos todos de él á carcajadas? ¿Somos nosotros, por ventura, menos necios cuando criticamos el lenguaje de unos hombres, cuyos cocineros y mozos de mulas entendian y hablaban el latin mucho mejor que nosotros? *Quorum coqui et muliores multo melius quam omnes nos latine intelligebant et loquebantur* (1)?»

Así ridiculiza Mureto á todos los pedantes del Renacimiento, que se precian de ser grandes latinos, y vemos que no se perdona á sí mismo, pues dice: *Mucho mejor que todos nosotros: Multo melius quam omnes nos.* Calculad, pues, señora, con qué perfeccion podremos nosotros hoy comprender, hablar y escribir dicha lengua. Y sin embargo, se condena á la juventud á gastar los mejores años de su vida, y hasta á esponer su fe y sus costumbres, por aprender ese bello latin que por mucha que sea su aplicacion y aptitud, nunca llegará á saber tan bien como el último cocinero de los Romanos. ¡Y hablamos de los importantes resultados de los estudios! ¡Y hay periodistas que declaran que los discípulos de tales ó cuales colegios y seminarios conocen *todas las gracias y primores del idioma del siglo de oro!*

Aceptad, señora, etc.

(1) *Orat. XIV, In Tacit.*, t. I, edit. in 8.° 1789.

CARTA XXVI.

¿Podemos saber el latin pagano?—Palabras notables de un sábio del siglo XVII. Diálogo entre Horacio y Santeul.—Conclusion.—No se escluyen enteramente los autores paganos, sino que se les da el lugar que les corresponde.—Resultados de la reforma de la educacion.—Este es el único medio de salvar á la sociedad.

Roma 22 de Febrero.

SEÑORA:

Acabamos por una parte de oir á los mas célebres latinos modernos acusarse mútuamente de no saber latin, y probar además sus recíprocas acusaciones con testos auténticos y numerosos de autores profanos, y por otra parte vemos que los exámenes llamados del bachillerato, unidos á los mas exactos testimonios, demuestran nuestra fabulosa ignorancia de la lengua ciceroniana hasta el estremo de haber dicho un hombre de gran talento estas palabras: *Dentro de pocos años no habrá en Francia un solo hombre capaz de componer en latin el epitafio de la lengua latina.* Y si esto es cierto con respecto á Francia, lo es tambien con relacion á la Europa entera.

Falta ahora otra cuestion, y es la de si podemos nosotros saber el latin pagano.—Podremos saberlo poco mas ó menos como un europeo que nunca ha salido de su país, ni visto un solo chino, ni hombre alguno que haya estado en la China, puede saber el idioma del celeste imperio, por mas que lo haya estudiado en los libros; y ya sabeis con qué perfeccion poseemos el chino y otras lenguas vivas estudiadas de esta manera.

Ahora bien; los idiomas muertos ofrecen todavía mayores dificultades. Nos es desconocido su genio; somos estraños á las creencias, costumbres, instituciones y usos de los pueblos que los hablaban; cosas todas que dan á las frases un sello y á las palabras significaciones y colorídos que para nosotros pasan desapercibidos. ¡Cuántas trasposiciones de adjetivos, preposiciones y adverbios, que empleamos en ciertos casos, y que consideramos como elegancias de estilo, y cuántos giros que creemos usar oportunamente en casos dados harian reir á carcajadas á los Griegos y los Romanos, como nos reimos nosotros de los estranjeros á quienes oimos hablar nuestro idioma! Añádase á esto que carecemos de autoridad infalible que pueda rectificar nuestros errores, y comprenderemos el dicho de un famoso latino, que hablando del ardor con que los pueblos modernos se han venido aplicando desde la época del Renacimiento al estudio del idioma ciceroniano, decia: «Eso es sembrar harina y recoger ceniza: *Farinam spargere et cinerem colligere* (1).»

Dignaos tambien, señora, leer la siguiente página, llena de buen sentido y escrita por uno de los hombres mas sábios y juiciosos del siglo XVII. «Ni vos, ni yo, dice, ni ningun hombre en el mundo, puede conocer perfectamente el latin, pues no hay un solo profesor que pueda decirnos en qué consiste la *patavinidad* de Tito Livio y la *melifluidad de Herodoto*, cosas, sin embargo, que deberian conocer si su habilidad fuera perfecta. He oido decir á un gran personaje, que si un romano del tiempo de Ciceron hubiera oido declamar á Mureto, que fué el primer hombre de su siglo en punto á bella latinidad, hubiera reventado de risa á cada momento, pues contínuamente habria oido algunas palabras fuera de su natural sentido ó algu-

(1) Vives, *De discip.*, p. 42.

na frase intempestiva, lo cual junto con una pronunciacion enteramente distinta de la de su época, le pareceria tan ridículo como lo sería para nosotros una arenga francesa, compuesta y pronunciada por un aleman recien llegado á Francia.

«Llevais el asunto, me dirán, hasta el último estremo. Al contrario, no digo lo bastante; pues en primer lugar, por lo que respecta á la pronunciacion, el aleman que ha aprendido nuestro idioma de la viva voz de un francés tiene mucho adelantado, al paso que Mureto ignoraba enteramente la pronunciacion latina (1). Por lo que hace al fondo del idioma, suponiendo que Mureto supiera cuanto puede enseñar la lectura de los buenes autores, es preciso reconocer que carecia del auxilio de una persona á la cual le fuera natural el latin, y de la que no carece el aleman para estudiar nuestra lengua. De aquí deducireis que mi comparacion peca mas bien de débil que de exagerada, y podeis sacar la consecuencia de que si los estranjeros no entienden ni hablan nunca nuestro idioma con toda perfeccion, á pesar de tener la ventaja de poderlo estudiar con los mismos naturales franceses, tenemos que vernos precisamente en peor situacion con respecto á las lenguas griega y latina.

»Apenas hay un estranjero que no incurra en mil defectos, aun en los casos en que cree haber hablado con propiedad, pues suelen tomar por reglas las que no son mas que falsas analogías, y hay infinitos escollos en los cuales tropiezan á cada momento (2).»

Preciso es pues, señora, que todos los latinos del Renacimiento, y mas aun los de nuestros dias, confiesen que no es posible que sepamos con perfeccion el latin paga-

(1) Hasta el modo de pronunciar el nombre de Ciceron: cuatro opiniones distintas hay sobre este punto, y nadie es capaz de decir cuál es la verdadera.

(2) Perrault, *Paralelo*, etc., t. II, p. 18.

no; que nada hay tan ridículo como nuestra pretension de hablarlo y escribirlo correctamente, y que, á menos que no lo copiemos palabra por palabra de algun autor antiguo, no nos es dado formar una sola oracion que podamos sostener y probar que es verdaderamente latina. Esta verdad, humillante sin duda para nuestro orgullo, pero que no por esto es menos cierta, ha sido puesta en escena en una anécdota que voy á referiros antes de concluir.

Santeul es considerado como el poeta latino mas eminente del siglo VII. Sus himnos, reputados como obras maestras dignas de Horacio, han reemplazado en los breviarios modernos á los de San Gregorio y San Ambrosio. Luego que murió Santeul y bajó á los campos Elíseos, salióle al encuentro Horacio, y echándose en sus brazos le dijo: «Largo tiempo hacia ya que te esperaba, pues eres otro yo, que, al cabo de diez y siete siglos despues de mi muerte, me has hecho hablar en la corte de tu gran monarca, del mismo modo que yo hablaba en la de Augusto.» Dicho esto, recitó algunas estrofas de sus himnos ensalzándolas hasta las nubes.

Santeul confundido vertió lágrimas de ternura, y con la modestia propia de un poeta incensado, dijo á Horacio: «Eres muy indulgente conmigo, y si algun mérito tengo, solo á ti lo debo. Los elogios que te dignas tributarme son mi mas grata recompensa, y desde hoy me harán disfrutar en toda su plenitud de los goces de la eternidad. ¿Mas qué hacias tú mientras me esperabas?»

«Aprender el francés, respondió Horacio. Traté de hacerme con vuestros mejores autores, gramáticas y diccionarios, y hace cien años que los estudio; tanto, que creo poseer vuestro hermoso idioma lo bastante para hablarlo y escribirlo correctamente. Inclinado por mi talento á la poesía, como tú sabes, he compuesto versos

franceses, y entre otros acabo de escribir un madrigal al célebre médico *du Gardit*, que ha venido hace poco á los Campos Elíseos. Te lo voy á leer y espero que me dirás tu opinion.»

«No podrá menos de merecer mis elogios, respondió Santeul, pues al cabo de cien años de estudios, un genio como tú no puede menos de ser el Apolo del Parnaso francés como lo fuiste del latino.»

Conviene advertir, que en este diálogo Horacio y Santeul hablaban en su lengua nativa. Horacio, pues, tomó su manuscrito, rogó á Santeul que se sentára sobre la verde yerba, y leyó con grave entonacion lo siguiente:

Louis du Gardit
At un bon esprit
Et raison sortable,
Quand par un soin dru
Fourre en corps membru
L ame raisonnable.

Al oir Santeul tanto disparate, abrió unos ojos espantados y una gran boca, y aunque por el pronto se contuvo, al fin, dejándose llevar de su carácter, prorumpió en una estrepitosa carcajada.—¿De qué te ries? le preguntó Horacio.—Perdona, ilustre poeta, pero los dioses no han dado á los mortales todos los *conocimientos reunidos: Non dii, non concessere columnæ.* Como nunca has hablado con franceses, no es estraño que se te hayan escapado algunas incorrecciones.—¿Cómo que? Al cabo de cien años de estudios habia de incurrir en faltas? Dime, pues, en qué consisten.—Ya que me lo permites, debo manifestarte que no se dice *at* un bon esprit, y sí *a* un bon esprit.—Horacio, encastillado en su gramática, trata de dar una disculpa peor todavía que su locucion, diciendo: «Es regla de vuestra poesía la de que debe evi-

tarse la cacofonía. Mira si no este tratado de versificacion francesa. Además, ¿no está tan bien dicho *at un bon esprit* como *a-t-il de l'esprit*, *a-t-elle* du bien, a-t-on diné? No creo, pues, que haya menos razon para poner una *t* entre *a* y *un*, que *a* é *il* ó *elle*, puesto que es una misma la cacofonía que hay que evitar. Ademas, así como se conjuga *je bats*, *tu bats*, *il bat*, no veo porqué no se ha de conjugar tambien *j'ai*, *tu as*, *il at*. Por último, aquí he visto venir algunos habitantes del Lyonesado y de la Bretaña que hablan de esta manera.»

Santeul, todo asombrado, se abstuvo de contestar, y Horacio continuó diciéndole: ¿Qué te parece de mi tercer verso: *une raison sortable?* — Que no es francés.—¿Pues no se lee á cada momento en vuestros autores *un parti sortable* para significar un partido conveniente? ¿Qué razon hay entonces para no decir *une raison sortable?* —No soy yo quien se opone á ello, sino el uso. — De manera que de los tres primeros versos que he leido, tenemos ya dos que no son franceses?

«¿Qué dices ahora del cuarto: *quand par un soin dru!*» Santeul soltó una gran carcajada, redoblando su risa cuando Horacio trató de hacer resaltar la belleza poética de su epiteto. — «Advierte, dijo Horacio á Santeul, que la palabra *dru* es una metáfora tomada de las aves, y que forma un sentido mas noble y poético que los adjetivos *assidu* ó *empressé*, que hubiera usado á haber escrito en prosa. — *Dru* no es francés en prosa ni en poesía.— Quiere, pues, decir, que tenemos otro verso perdido?

«Por lo que hace al quinto, que me costó mucho trabajo componer, creo que no tendrás nada que criticar: *fourre en corps membru.*» Santeul responde reventando de risa: «Todavía, es menos francés que los anteriores. —¿Pues qué notas en él? ¿No son francesas todas las palabras de que se compone? No concuerda el adjetivo con

el sustantivo en género y número? ¿No es exacto su sentido y noble y pintoresca la imágen? Por él he querido significar que el alma dotada de razon, no solo entra en el cuerpo humano para unirse al mismo, sino que el Criador la introduce en él y la difunde hasta en sus estremidades, lo cual se espresa perfectamente por medio de la palabra *fourre*.

»He dicho *membru* para significar que tiene miembros, así como vosotros decis *vetu* para significar lo que está vestido, *branchu* lo que tiene ramas, etc. ¿Tienes algo que contestar á esto?—Todas las palabras, ilustre poeta, que empleas en los versos que has leido son francesas; pero no el uso que de ellas haces, ni el sentido especial que les das, ni la composicion de las frases. Esto no es estraño, en atencion á que no es posible dejar de incurrir en mil errores, cuando en el estudio de los idiomas nos guiamos por la analogía, la gramática y los libros.—¿Es decir que mis versos son ridículos? Santeul bajó la cabeza y no respondió.

«Te comprendo, dijo Horacio. Hazme ahora el favor de leerme algunos de tus preciosos himnos latinos.—Santeul comienza su lectura, y á los pocos renglones principia Horacio á reir á carcajadas.—¿De qué te ries, le pregunta Santeul?—Perdona, ilustre poeta, pero los dioses no han concedido á cada mortal todos los *conocimientos reunidos*: *Non dii, non concessere columnæ*. No es, pues, estraño, que no habiendo conversado nunca con ningun latino, se te hayan escapado algunas incorrecciones; continúa.—Santeul volvió á seguir su lectura, interrumpiéndole Horacio con nuevas carcajadas.»

Horacio, por último, le dijo: «Al leer mis versos franceses, quise darte una idea de tus versos latinos. Los mios te han parecido ridículos y estoy plenamente convencido de que tienes razon; pero los tuyos no lo son me-

nos. Todas las palabras que has usado son latinas; pero no la manera de emplearlas, ni el sentido y giro especial que les has dado. Esto no debe sorprenderte, pues, cuando en el estudio de los idiomas nos dejamos guiar por la analogía, la gramática y los libros, tenêmos precisamente que incurrir en mil defectos. Sometámonos, pues, á la fatalidad, y si quieres creerme, haremos consistir una parte de nuestra dicha eterna en burlarnos los dos en los Campos Elíseos, de los que son tan tontos que admiran en el mundo tus versos latinos y mis versos franceses.»

Todavía estaba Horacio pronunciando las últimas palabras, cuando se presentó en medio de los dos interlocutores una sombra armada de un látigo: era la de Malherbe.—«Por Apolo y las Musas, te doy gracias, ilustre satírico, dijo á Horacio; pero dígnate escuchar la sentencia que viviendo en la tierra, pronuncié en nombre del sentido comun contra Santeul y sus iguales.»—¿Cuál es? —«No es posible conocer el genio de los idiomas que se aprenden solo por las reglas de la gramática, y si Horacio volviera al mundo, daria de latigazos á Bourbon, Sirmond y á todos los modernos que se ocupan en escribir versos latinos (1).»

Así terminó su conversacion, y la nuestra, señora, va á terminar tambien. Accediendo gustoso á vuestros deseos os he dado á conocer la bella antigüedad, en la que vuestros hijos deben pasar los años decisivos de su vida, y habeis visto que lejos de ser la cosa mas bella del mundo, es por el contrario la mas horrible; que en lugar de ser la mas rica en verdades y virtudes, es precisamente la mas pobre; y que lejos de ser la mansion mas á propósito para conservar fresca y pura á la juventud, es la mas propia para enervarla y corromperla. Os he revela-

(1) Niceron; *Memor.*, art. Malherbe.

do lo que son los pretendidos grandes hombres que deben ser maestros de vuestros hijos. Al analizar los crímenes, errores é infamias que deshonraron á los malhadados paganos, no hubiera esperimentado mas sentimiento que el de la compasion, si el apóstol S. Pablo, que los conocia mejor que nosotros y que tenia la medida de su culpabilidad, no los hubiese cargado de anatemas por haber tenido á la verdad cautiva, por haber sumido y retenido á sus contemporáneos en las abominaciones de la idolatría, y por haberse entregado ellos mismos contra el grito de su conciencia á las iniquidades mas monstruosas.

La compasion debe reservarse para los niños cristianos que se entregan á semejantes maestros; para la Europa cristiana, que admira á semejantes hombres hasta el punto de creerlos mas grandes que sus doctores, profetas y santos; para la Iglesia, cuyo rebaño viene á diezmar el comercio íntimo y prolongado con los paganos, haciendo que generaciones enteras crezcan en medio de la ignorancia y desprecio del Cristianismo; para la sociedad, á la cual ponen cada dia en peligro de muerte las teorías políticas de los autores paganos; para la razon humana que, alimentada con fábulas, errores, verdades incompletas y doctrinas inaplicables, se va empobreciendo visiblemente, cae en el escepticismo y tiende á estinguirse entre los groseros goces de la liviandad; para aquellos que teniendo la mision de remediar el mal no lo hacen; y finalmente, para el griego y el latin en que estan escritos los archivos y las glorias del mundo cristiano, lenguas sábias que poseian en la época en que apareció el Renacimiento las naciones de Oriente y Occidente; lenguas admirables, que á no ser por aquel hubiéramos conservado, pudiéndolas escribir y hablar hoy todavía con cierta correccion, por la circunstancia de ser las fuentes de nuestras lenguas vivas, y tener por lo tanto gran re-

lacion con el genio moderno, siendo por lo mismo los únicos intérpretes posibles de nuestras ideas; lenguas, en fin, desdeñadas hoy y relegadas al olvido para sustituirlas con un griego y un latin, que no sabemos, que nunca hemos sabido y que jamás sabremos tan bien como el último cocinero de Roma ó de Atenas: *Quorum coqui et muliores multo melius quam omnes nos latine intelligebant et loquebantur.*

No por esto, señora, pretendo desterrar enteramente los autores paganos, pues sabeis que los admito y tambien por qué motivo y con qué condiciones, sino que quisiera dar á cada uno el lugar que le corresponde, y restablecer el órden en las ideas y en los hechos, restableciéndolo en la educacion. Si la reforma que solicito, y me atrevo á asegurar solicitan conmigo, y mas elocuentemente que yo la religion y la sociedad, se pusiera formalmente en práctica, los estudios, lejos de descender como descienden hoy, se robustecerian y serian mas completos, y hasta el conocimiento de los autores paganos seria mas provechoso, y mas seguro el desarrollo del entendimiento.

En vez de permanecer los jóvenes circunscritos á las nociones imperfectas que poseyó la antigüedad, verian reflejarse en sus almas las luces que trajo al mundo el Cristianismo; se evitaria el indecible peligro en que pone á la religion y al órden social la admiracion fanática de los filósofos, de los pretendidos grandes hombres, de las instituciones políticas y de las falsas virtudes; la civilizacion y la libertad del Paganismo. El elemento cristiano y nacional recobraria su imperio, y en vez de disfrutar de una vida prestada tendriamos vida propia, y en lugar de una civilizacion híbrida y sin consistencia, tendriamos otra fuerte y homogénea.

De este modo formaria la educacion verdaderos hombres de su país y de su siglo, y formándolos así, vendria á

ser la última tabla de salvacion en medio del naufragio general de las creencias y de las costumbres. Mientras no entremos en este órden providencial, no esperemos nada para la razon humana, para la religion ni para la sociedad. La primera yacerá en contínua postracion; la segunda sufrirá crueles desengaños, y la tercera esperimentará revoluciones y catástrofes.

Aceptad, señora, etc.

LA REVOLUCION.

EL RENACIMIENTO.

IV.

LA REVOLUCIÓN.

EL RENACIMIENTO.

IV

INTRODUCCION.

Hánsenos hecho varias advertencias relativas á nuestro último volúmen, y vamos á contestar á ellas en pocas palabras. «¿Por qué, se nos ha dicho, no habeis dejado ocultos los vergonzosos misterios de la vida y de la muerte de los autores paganos? ¿Por qué, sobre todo, dirigís á una madre de familias la relacion de aquellos?» El ejemplo que repetidas veces nos dan las sagradas Escrituras, nos ha servido de guia y nos servirá de justificacion. Para apartar Dios á su pueblo de la idolatría y del trato y comunicacion con los idólatras, publicó las abominaciones de aquella y los crímenes de estos últimos: *Ostendam gentibus nuditatem tuam*. Nosotros con igual fin, y á pesar de nuestra repugnancia á emprender semejante tarea, hemos levantado una punta del velo que oculta los vergonzosos misterios del Paganismo y de sus pretendidos grandes hombres, pues necesitábamos hacerlo.

Era preciso, si se considera posible verificarlo, curar á la Europa de su fanático entusiasmo por la antigüedad greco-romana, causa primera de todas sus desventuras.

Era preciso hacer que se avergonzáran de sus estravagantes patrañas los guias infieles, que de cuatro siglos á esta parte vienen diciendo que «la antigüedad clásica es lo mas bello de cuanto ha habido en el mundo; que forma en torno de la juventud una atmósfera moral, tanto mas eficaz cuanto mas natural es ó parece serlo, y que la

educacion mas beneficiosa es la que nos pone en íntimo contacto con ella (1).»

Era preciso inspirar á los profesores legos y eclesiásticos una confusion y vergüenza saludables, induciéndolos á reflexionar sobre la naturaleza de las funciones que ejercen.

Era preciso tambien instruir á las familias y decirles alguna vez en qué mundo se educa á sus hijos y quiénes son los hombres que se les dan por modelos y maestros.

Era preciso, por último, que nosotros mismos nos justificáramos; pues si no hubiéramos obrado de la manera que lo hemos hecho, no se hubiera cesado de tachar de exagerada nuestra lucha contra el Paganismo. Ahora, pues, queda inutilizado ese gran caballo de batalla de nuestros adversarios.

El cuadro de la bella antigüedad, por mas que se haya cubierto de gasas, es horriblemente feo, y si bien sabemos que á nadie puede ser tan repugnante como á una madre de familias, estamos persuadidos de que á nadie mas que á ella le interesa conocer la verdad, ni nadie está mas dispuesto á utilizarla, ni es mas capaz de aprovecharse de tan útil conocimiento. Sabido es además que la idea que llega á entrar en el dominio de las mujeres es una idea victoriosa, razon por la cual dirigimos nuestras cartas á una madre de familias. No debe temerse el haber dicho demasiado, pues nadie ignora hoy el mal, y solo seria dañoso el no haber dicho lo bastante. ¿Seremos tan afortunados que demos lugar á una reclamacion enérgica ó á una queja eficaz? ¿Caerá algun autor pagano de las manos de un solo maestro? ¿Habrá algun jóven cristiano á quien se le dispense de estudiar una sola línea de la biblia de los demonios?

(1) Testo de MM. Thiers y Cousin.

Sea de ello lo que quiera, un ilustre y santo obispo ha creido nuestro anterior volúmen tan á propósito para desvanecer las ilusiones favorables al Paganismo, que ha traducido á su idioma nativo cada una de las cartas que comprende, y las ha remitido á todos sus compañeros y á todos los maestros de la juventud.

Vuestros argumentos y consideraciones son harto trascendentales, y de aquí en adelante no habrá quien quiera estudiar los autores paganos, lo cual redundará en grave perjuicio de las lenguas sábias, del bello latin y del bachillerato. Todo el que quiera podrá estudiar los autores paganos, pues nunca hemos pretendido proscribirlos por completo; pero se sabrá al menos lo que son y lo que es la antigüedad clásica, y las precauciones con que debemos viajar por un país infestado por la peste y comunicarnos con hombres invadidos de enfermedades contagiosas.

Hablais de lenguas sábias y os inquietais por su suerte; pero ¿podreis decirme cuál es la que han tenido hasta ahora? Desde la época del Renacimiento la juventud europea pasa ocho años de su vida estudiándolas en los autores paganos, y sin embargo, quisiera que se me dijese quién es el que las conoce.

¡Las lenguas sábias! Apruebo el interés que os inspiran, pero ¿por qué no se estudia tambien el hebreo, que es igualmente lengua sábia y el idioma sagrado en que Dios mismo pronunció sus oráculos, y que se considera como la raiz y clave de los demás, especialmente de los idiomas desconocidos de las estremidades del Oriente? ¿Cómo es que no abogais por él ni clamais contra el desprecio de que es objeto? ¿Por qué habeis de tener dos pesos y dos medidas?

¡Las lenguas sábias! El latin y griego cristiano tienen pretension de merecer ese nombre con mas derecho que el latin y griego de los paganos, y poseen mas y mejores

cosas que los idiomas de Ciceron y Demóstenes. En ellos se hallan todas las palabras de las lenguas profanas, pues el Cristianismo no repudió ninguna, sino que ennobleció el sentido de muchas de ellas y creó además otras nuevas. Lo único que hizo fué desechar la forma, á la manera que la oruga se desprende de su grosero traje cuando se convierte en mariposa. Dichas lenguas son la llave de todos nuestros tesoros, y los archivos de la humanidad cristiana no pueden sernos conocidos sino por medio de ellas. Estas, pues, son las lenguas verdaderamente sábias, verdaderamente filosóficas, verdaderamente buenas para servir de gimnasia intelectual á la juventud, verdaderamente dignas de ser estudiadas, y que necesariamente deben conocer si no todos, al menos los que componen la flor de la sociedad.

¿Por qué, pues, guardais tambien silencio sobre este particular? ¿Por qué lo desdeñais? ¿Por qué os servís de dos balanzas? ¿Por qué borrais de los Diccionarios todas las palabras de esas lenguas como ilegítimas, por el solo hecho de que nacieron del Cristianismo y no del Paganismo? ¿Por qué las marcais con un sello de ignominia, y reprendeis al escolar que las emplea? ¿Por qué llamais *bárbaros* á los genios inmortales que crearon esas palabras y formaron esos idiomas? ¿Por qué calificais los siglos en que se hablaron de *épocas en que los hombres eran semianimales?* ¿Por qué sustituis en vuestros discursos y escritos sus fórmulas intachables, exactas y consagradas, con la fraseología vaga, ridícula y comunmente peligrosa de los autores paganos?

Hablais de la aprobacion de la Iglesia; pero falta saber si la teneis para eso, y mucho menos cuando desterrais de vuestros programas oficiales todos los escritores de la lengua latina cristiana, condenando á la juventud bautizada, lega y eclesiástica, á alimentarse esclusivamente de autores paganos por espacio de ocho años, y menos aun cuando por

medio de comedias, tragedias, declamaciones, amplificaciones y narraciones paganas, y de otros mil recursos ridículamente paganos tambien (1), le inspirais admiracion

(1) ¿Quereis saber lo que se practica aun hoy dia en ciertos colegios? Cada clase está dividida en dos campos ó bandas: la de Cartago y la de Roma, con sus correspondientes grados militares. En el momento en que un escolar llega á sobresalir en una composicion ó tema, se le hace maestro de la caballería, procónsul ó general, y como tal se le proclama segun costumbre del siglo de oro. Acomódansele las insignias de su grado, se le coloca en un trono ó en una silla curul, y se le entrega un título impreso, firmado por César mismo y su primer lugarteniente, es decir, por el director del colegio y por el profesor, en estos términos: *Quod felix faustumque sit.*—Schola coll. N ....—*Ob sedulam in litteris operam navatam, ob thema in primis studiosius elaboratum. — Relatione à præceptore peracta. — Rogatoque sententiam coll. præside.—Dignus habitus fuit N..... — Qui præclaro imp. Roman. nomine donaretur. — An.* CIↃ. IↃ. CCC. LVII. *decim. kal. jun.*

N..... M. magistrat. numero habeatur.—Utque. Carth. imp. honore. utatur liceatque. ei. hujus. Gradus. insignia habere. et proprio subsellio uti.

La victoria obtenida en la clase daba derecho al triunfo, y el patio del colegio venia á ser el *territorium triumphale* de la *antigua Roma*. El emperador bajaba á él con todos sus compañeros de clase, entre los que se nombraba á los doce primeros cónsules, procónsules y senadores. Una voz gritaba: *Vivat exercitus Romanorum: Vivat N. Imperator Romanorum*, y todos los demás repetian dichos *vivas*. Faltaba luego subir al Capitolio, y el emperador, con sus cónsules y senadores, verificaba la gloriosa ascension entrando sucesivamente en todas las aulas. Allí se reproducian los vivas y todos aquellos Romanos aclamaban al vencedor, y sin duda para dar gracias á los dioses esclamaban: *Vivat conceptus immaculatus beatæ Mariæ Virginis.* Nada le faltaba á la parodia.

Si el general romano es vencido por su adversario el cartaginés, una escena lastimosa tiene lugar en presencia de ambos campamentos; escena solemne, que trae á la memoria uno de los mas sublimes recuerdos de la bella antigüedad. El vencido se convierte en Turno y el vencedor en Eneas. El primero, herido de muerte, se arroja á los pies del segundo, tiende hácia él sus manos en actitud suplicante, y en prueba de su derrota le alarga, no su espada, sino la siguiente cédula firmada de su puño: *Cedo tibi N..... utere sorte tua. Vicisti, et victum tendere palmas me N... socii videre. Die* 10 *jan. ann.* 1858.

Todo esto es presidido por hombres respetables y practicado por niños y delante de niños. Y luego no se querrá que los adolescentes y los hombres formales sueñen con Roma y con Cartago. ¿No hay por ventura otros medios para escitar la emulacion? Esos ecos que vosotros empleais, ¿eran por ventura conocidos de los primeros cristianos.

no solo hácia los idiomas, sino tambien hácia los hombres, ideas, usos é instituciones de la antigüedad greco-romana; pues todas estas cosas y otras muchas forman parte de la enseñanza que practicais, que defendeis y que decís estar autorizada por la Iglesia hasta el punto de que segun vosotros, es ofender á esta el atacarla.

¡Las lenguas sábias! Sí, nosotros conocemos tambien toda su importancia, y sentimos, como vosotros, verlas cada vez mas descuidadas é ignoradas; pero apartándonos de las funestas preocupaciones del Renacimiento, creemos que el único medio de reanimar su estudio es hacer que se aprendan nuestros idiomas cristianos, así como para regenerar la literatura y las artes es preciso introducir en ellas el elemento cristiano, artístico y literario.

¿Mas qué será del buen latin si no se estudian poco ó mucho los autores del siglo de oro? — Este es el eterno estribillo de que se echa mano para contradecir la reforma de los estudios. En vano es que la historia demuestre hasta la evidencia que la Europa camina á su perdicion por efecto del sistema de enseñanza pagana, pues se cierran los ojos para no ver y los oidos para no oir, y solo se abren los labios para esclamar: ¡El buen latin! ¡Salvad el buen latin! Siendo de notar que la mayor parte de los que claman con mas vehemencia, no conocen siquiera lo que es lo bello ni lo que es latin, semejantes á aquellos revoltosos que en tiempo de la Restauracion iban gritando: *Viva la Carta*, sin saber lo que esta era. Mil veces han sido rebatidas sus objeciones (1) y garantido el buen latin, probándoles que el Cristianismo no ha perjudicado á nadie; pero todo ha sido en vano, pues el pueblo no raciocina y menos aun los sistemáticos.

(1) Especialmente por Erasmo, analizado en nuestro prefacio á las *Epistolas de S. Bernardo*.

No porque esperemos iluminar á los incautos, sino por interés de las personas que sinceramente buscan la verdad, vamos á examinar la última vez sus pretensiones. Segun los patronos de la enseñanza clásica hay dos religiones: la de lo verdadero y la de lo bello. El Cristianismo es la religion de lo verdadero, y la de lo bello el Paganismo. Aquel es verdadero, pero desgraciadamente no es bello: este no es verdadero, pero es estraordinaria y esclusivamente bello. Ambas religiones opuestas son necesarias, aunque no en un mismo grado, pues lo bello es mas necesario que lo verdadero. Para conocer la religion de lo bello y practicarla medianamente, es decir, para no ser escluido como bárbaro de la república literaria, es preciso estudiar el Paganismo diez horas diarias por espacio de nueve años: para conocer la religion de lo verdadero y no ser condenado á las penas eternas, bastará estudiar el Evangelio solo los domingos por espacio de algunas horas.

¿Qué quereis hacerlo? dicen. El Verbo eterno no supo hablar y llegó muy tarde; pues cuando él vino al mundo, el siglo del buen lenguaje habia pasado ya para no volver mas. El Hijo de Dios pudo muy bien crear un mundo nuevo; pero no supo formar un idioma. No pudo ó no quiso enriquecer á su esposa la Iglesia ni á sus hijos los cristianos, con los dones que el espíritu de mentira prodigó á sus adoradores. El condenó su religion á ser eternamente tributaria del Paganismo que destruyó, y es lástima que Jesucristo no fuera retórico. La inferioridad de los Apóstoles y Santos Padres proviene de haberle tenido por maestro, en vez de haber tomado por tales á Ciceron y Demóstenes, y como el Cristianismo salió de Jerusalen, no tiene ni puede tener literatura. Para que el pensamiento cristiano pueda ser acogido en el mundo literario, es preciso, es de rigor, que vaya á engalanarse á Atenas ó

á Roma, únicos puntos donde residen los sastres, perfumistas y peluqueros de la idea. Todo lo que no sale de sus tiendas es grotesco y bárbaro.

No solo es el Paganismo la religion de la belleza literaria, sino tambien de la artística, filosófica, social y hasta religiosa segun algunos. Así, pues, lo que no lleva su sello es puramente gótico y debe ocultarse ó destruirse; y por consiguiente, durante trescientos años, se les ha visto á los guardadores de la religion de lo bello, mutilar nuestros monumentos indígenas, desfigurar nuestras filosofías, trastornar nuestras instituciones y acabar por rehabilitar en los templos greco-romanos, reedificados por ellos, las bellas deidades del Olimpo. Su ardor está mas apagado, y ya nadie se atreveria hoy á sostener que la *Suma* de Santo Tomás, la santa Capilla de París y la antigua constitucion de la monarquía francesa son obras bárbaras. Dentro de poco, lo mismo sucederá respecto del idioma y literatura del Cristianismo.

«Para esto, decís, será preciso que la opinion vuelva de los antípodas.» Volverá, sí, pues ya sabeis que no desconoce el camino. «Hace veinte años, se reian todos de los que se atrevian á suponer la catedral de S. Pedro de Roma inferior á la de Reims, y yo me acuerdo muy bien de haber faltado poco para verme calificado de imbécil é impío por un hombre respetable, á quien manifesté en 1839 esa misma preferencia. Dentro de treinta años se reirán todos tambien del cristiano que vacile en creer á los Santos Padres y eminentes escritores de la Edad media, superiores *bajo todos conceptos* á los autores clásicos y á sus modernos imitadores (1).»

La verdad en todo esto es que el Cristianismo es á la vez la religion de lo verdadero y de lo bello; y lo es de

(1) M. de Montalembert, *Carta* de 25 de Octubre de 1851.

lo segundo, por lo mismo que lo es de lo primero: *Pulcrum splendor veri.*

La verdad es que el Cristianismo, como hecho divino, es completo y no necesita mendigar nada de nadie para satisfacer todas las facultades del hombre, y para ennoblecerlas y desarrollarlas.

La verdad es que el Cristianismo no empobreció á la humanidad al libertarla de la esclavitud del demonio; pues le dejó todos los dones naturales del genio, del arte, de la elocuencia y de la poesía en el mismo buen estado en que los poseyeron los paganos, agregando además los dones sobrenaturales, fuentes mucho mas fecundas y ricas en inspiraciones literarias, oratorias, artísticas y poéticas.

La verdad es que el Cristianismo, heredero de todas las cosas *(hæres universorum)* tomó, ó mas bien recuperó, todo cuanto el Paganismo tenia de bueno, verdadero y bello en todos los géneros y órdenes, sin dejarle mas que sus errores é ignominias.

La verdad es que el Cristianismo nada destruyó al recobrar lo que era suyo, y antes por el contrario, todo lo conservó, purificó y ennobleció, y por lo mismo que se ensanchó el horizonte y se engrandeció la humanidad, lo bello se hizo mas bello todavía, lo verdadero mas cierto y lo bueno mucho mejor.

La verdad es que el Cristianismo, literalmente hablando, trastornó completamente el mundo; pues puso abajo lo que en las cosas y opiniones humanas estaba arriba, y arriba lo que estaba abajo. ¿Por ventura pudieron realizarse estas grandes revoluciones del Verbo divino, sin que *su forma*, que es la palabra, variára tambien en su espíritu y en sus gustos? Desgraciadamente nosotros hemos perdido el verdadero gusto de lo bello por haber debilitado la idea cristiana nuestro prolongado comercio con el Paganismo.

En una palabra, la verdad histórica y filosófica está en que el Cristianismo creó un órden especial de bellezas, que trasfiguran la literatura y las artes: *bellezas verdaderas*, opuestas á las *bellezas convencionales* de la antigüedad profana. Esto quiere decir, pues, que el Cristianismo tiene arte, literatura é idioma propios, y que ese idioma literatura y arte se hallan á la altura del Cristianismo. Desventurados aquellos que no lo ven así.

¿Pero y el bachillerato? ¿Cómo formar bachilleres con clásicos cristianos?—De la misma manera que se forman con clásicos paganos. ¿Qué se necesita para ser bachiller? Saber algo de todo, sin saber el todo de nada; traducir una página de latin en francés y *viceversa*, con algun que otro solecismo; explicar, sin muchos contrasentidos, algunas frases griegas y latinas; amplificar en estilo mas ó menos correcto algunos lugares comunes; contestar bien ó mal á ciertas preguntas, cuya solucion requiere sobre todo aplomo y memoria, y nada mas. ¿Creereis, pues, con formalidad que el estudio de los autores cristianos, tal como lo hemos indicado, es un obstáculo invencible para la adquisicion de ese rico tesoro de ciencia y literatura? ¿Cómo lo sabeis? ¿Qué esperiencia podeis alegar?

«Lo sabemos *à priori*.»—Nosotros tambien nos permitimos afirmar *à priori* lo contrario. ¿Convenís conmigo en que cuanto mas fértil es un terreno, tanto mas rápida y vigorosa es la vegetacion de las plantas que fecundiza? Pues bien, decidme: ¿qué terreno es mas fértil, el del Cristianismo ó el del Paganismo? Las potencias todas de las almas, educadas en el primero, se harán mas vigorosas y adquirirán mayor aptitud para las ciencias que en el segundo. Así, pues, con nuestro método de enseñanza no solo formareis bachilleres, sino lo que es mejor todavía, hombres graves y ciudadanos útiles. La presuncion por lo tanto está, *à priori*, en favor de los autores cristianos.

«Concedido: pero en la aplicacion varía el caso; pues no es el latin cristiano el que es preciso aprender para ser bachiller, sino el pagano, tanto que á nadie se le examina por los escritos de San Agustin y San Crisóstomo, sino por los de Ciceron y Demóstenes.» —Desde luego puedo responderos que el latin que se exige para ser bachiller, no es, rigurosamente hablando, cristiano ni pagano, sino un latin cualquiera; y añado, y lo sostendré hasta que se me demuestre lo contrario, que el jóven que sea capaz de explicar de memoria las obras de San Crisóstomo, de Tertuliano, de San Agustin y de San Gerónimo, estará en aptitud de explicar del mismo modo las de Demóstenes, Tácito, Ciceron y Salustio. Concedamos, sin embargo, por un momento, que por medio de los autores cristianos no se aprenda tan pronto ni tan bien el latin que se exige para el grado de bachiller en letras: todavía, sin embargo, hay un medio fácil para evitar ese inconveniente.

Dejemos hablar á un padre de familias:

«La coleccion de autores paganos con que la juventud pierde esclusivamente el tiempo durante los diez mas preciosos años de su vida, se compone de algunos volúmenes que podrian ser leidos, explicados y comentados en su totalidad en menos de un año, una vez conocidos el griego y el latin. Esto nadie podrá negarlo, pues lo atestiguan así los exámenes para el grado de bachiller en letras, minotauro moderno de las inteligencias. ¿No vemos en París varios profesores, que bajo el nombre de preparadores para dicho grado, se dedican á llenar en tres ó seis meses los vacíos de una educacion poco segura de suyo?

»Si esa industria, que restaura así á un latino en unos cuantos meses, subsiste desde el orígen del bachillerato hasta hoy, es porque produce resultados; pues de otro modo hubiera ya nacido muerta. En vano es decir que

tales alumnos son mas débiles que los otros, pues claro es que si son aprobados, valen tanto como los demás para el resultado final.

»Concedamos, aunque no sea mas que gratuitamente, que no se aprenda fácilmente con los autores cristianos el latin necesario para el grado de bachiller en letras, y convengamos tambien, y este es un hecho cierto, que los profesores que preparan á los alumnos para recibirlo, exigen seis meses, ó un año si se quiere, para reformar á un latino pagano. Esto supuesto, fuerza será conceder que bastarian dos años para lograr igual objeto en un establecimiento que adoptára la reforma, y de este modo quedarian conciliados el cristianizar la enseñanza y las exigencias del bachillerato.

»Para llenar, pues, los diez años que ordinariamente duran los estudios clásicos, quedan ocho todavía para completar la instruccion, y lo que es mucho mejor, la educacion de la juventud por medio de nuestros autores cristianos. Madurada entonces la razon de los discípulos en el seno vivificador de los eminentes literatos, poetas, prosistas, oradores y filósofos de la Iglesia, se hallará fortificada contra las falsedades y vacíos que se advierten en los autores paganos, y los hacen siempre peligrosos por mas espurgados que esten. Entonces solo podrá ser ventajoso el estudio de los autores paganos bajo el punto de vista literario y moral, como perfectamente lo ha sabido demostrar Mr. Bastiat y vos mismo, Monseñor, en vuestros luminosos escritos (1).»

No se crea que todo esto es una mera suposicion, pues los establecimientos de educacion que han adoptado la

(1) De R... 11 de Abril de 1838.—El autor, con un excelente buen sentido, impugna la rutina del método actual de enseñanza de los idiomas. Nosotros participamos en un todo de sus mismas ideas, como puede verse en nuestra primera obra: *El Catolicismo en la Educacion*, 1835.

reforma, se han convencido por experiencia de que el latin y el griego se aprenden mas pronto y mejor por medio de los autores cristianos que de los clásicos del Paganismo. Los exámenes públicos en el extranjero, y en Francia los del bachillerato, han venido á justificar unas verdades ya de suyo evidentes.

Se nos han hecho tambien otras preguntas y entre ellas la siguiente: «¿A quién persuadireis que Virgilio y Cornelio Nepote han causado la ruina de Europa?»—¿Qué hemos de contestar á unas personas que no comprenden que la encina sale de la bellota; que no saben, ó que aparentan no saber, que la educacion forma el hombre, y el hombre la sociedad; que la educacion se forma por medio de la trasmision de las ideas, y estas por la palabra escrita ó hablada; que la palabra escrita, que se desarrolla y explica por la palabra hablada, se trasmite por medio de los libros que se ponen en manos de los niños, que se les dan como modelos y son el alimento de su alma durante los años decisivos de la vida? ¿Qué hemos de responder á unas personas que creen haber triunfado, cuando para tener derecho de burlarse, reducen una cuestion inmensa á las mezquinas proporciones de un chiste necio? Si quereis saber de qué modo el Paganismo clásico produjo el Paganismo social, leed *La Revolucion*. ¿Por ventura la zizaña no produce zizaña?

«Sin duda, dirán algunos; pero los autores paganos no son zizaña.»—Si los autores paganos, considerados bajo el aspecto de la religion, de la virtud, de la política, de la filosofía, de las costumbres y de los ejemplos no son zizaña, quereis decirnos qué son?

«¿Pero no hay cosas buenas en los autores paganos?» Sí, del mismo modo que en un campo lleno de zarzales se hallan de trecho en trecho algunas espigas. Los autores paganos, como se ha dicho de los Epigramas de Marcial,

tienen algo de bueno, poco mas de mediano y mucho de malo: *Sunt quædam bona, sunt mediocria, sunt mala plura.*

«¿Qué cosa hay de la cual no se abuse?» — Esta máxima, verdadera en sí misma, es completamente falsa aplicada al estudio constante de los autores paganos durante la juventud. El que, despues de haberse alimentado con ellos, llega á ser republicano ó revolucionario en política, naturalista en religion y racionalista en filosofía, no abusa, sino que usa lógicamente de dichos autores; pues no hay principio alguno revolucionario, sensualista ó racionalista que no se halle en esos tan encomiados escritores. Preguntad á Maquiavelo, Pomponacio, Hobbes, Espinosa, Voltaire, Rousseau, Robespierre, Marat, Mazzini, Gallenga, Quinet, Orsini, y todos los que niegan el Cristianismo, de donde tomaron las premisas de sus argumentos, y vereis que no hay uno que no os ponga á la vista algun autor clásico, y que no os pruebe de una manera capaz de imponer silencio á toda persona de buena fe, que no ha abusado sino que por el contrario ha usado lógicamente de sus doctrinas. Cuando decis que el Paganismo solo existe hoy en estado de momia, y que en él no puede ya ser peligroso para nadie, os engañais, pues ese cadáver que creeis disecado, contiene principios deletéreos y exhala miasmas ponzoñosos, y cuando un jóven cristiano lo diseca en los anfiteatros literarios, un leve vaporcillo puede causarle la muerte: así lo dice la experiencia.

Ya veis, pues, que la opinion que rechaza la reforma cristiana de los estudios, no tiene fundamento en que apoyarse. Unos se oponen á ella por rutina, pereza ó espíritu de sistema; otros por amor propio individual ó colectivo, que no quiere confesar que se engaña; otros porque carecen de fe en la importancia de una cuestion que no han

estudiado, y que, sin embargo, domina todas las demás, dependiendo de ella la salvacion de la Europa; y muchos, en fin, porque profesan odio instintivo ó calculado al Cristianismo. Poco les importa el buen griego ó buen latin, y si rechazan el Cristianismo en la educacion, es porque no lo quieren en su conducta ni en la sociedad.

Este es el fondo, lo demás es el pretesto de la polémica.

LA REVOLUCION.

EL RENACIMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

MI GENEALOGÍA.—ANTES DEL RENACIMIENTO.

Su antigüedad.—Ojeada á los tiempos anteriores al Mesías.—A los posteriores hasta el Renacimiento.—Constitucion apostólica.—Reclamaciones incesantes contra el estudio de los autores paganos.—Repulsa general.—Tres hechos culminantes: el latin de la Edad media, su conducta y sus caractéres generales.—Dos hechos particulares: correccion impuesta al Petrarca y títulos del libro de Boccacio.

¿Sois, nos dicen, un innovador?—¿Por qué?—Porque sosteneis una tésis que nadie ha tratado nunca de sostener; porque formais protestas en que ninguno pensó jamás; porque haceis notar peligros que nadie ha temido nunca, y porque indicais un remedio que nadie ha imaginado siquiera.

«Vos, añaden, insultais á la Iglesia.—¿Por qué?—Porque criticais un sistema de enseñanza aprobado por ella, y practicado durante largos siglos con provecho de la religion y de la sociedad por las corporaciones religiosas mas respetables, en Roma misma y á la vista de los soberanos Pontífices.»

Tal es la doble acusacion que desde hace ocho años viene siendo asunto de la polémica de mis adversarios, y

cuyo valor é importancia conviene ya poner en claro. Para ello basta presentar mi *Genealogía*, recordando primero la tésis en que se pretende hallar una novedad y una injuria.

Al ver por una parte el torrente del mal desbordándose por la vieja Europa, desde hace cuatro siglos, con desconocida violencia y amenazando hoy destruirlo todo, y al considerar por otra la impotencia de los diques que se alzaban para detenerlo, creimos que este doble fenómeno era producido por una causa profunda y siempre activa, en la que la Europa no fijaba su atencion, ó á la que no daba la importancia que en sí tiene. Ahora bien, el desórden existe en los hechos, porque el mal está en las almas; estas son lo que se las hace, y quien las forma es la educacion. «Cuando vemos á una generacion extraviarse, dice Mr. Guizot, al momento preguntamos por quién ha sido educada.»

Hasta la época de la Revolucion francesa, las clases ilustradas de los paises católicos fueron casi exclusivamente educadas por el clero secular y regular. ¿Cómo es, pues, que erraron el camino hasta el punto de conducir á la Europa al borde del precipicio? La educacion clásica que las formó, se compone de tres elementos: la doctrina religiosa, el ejemplo de los maestros y la enseñanza literaria. El clero dedicado á la enseñanza es, segun confesion de sus enemigos, intachable en cuanto dice relacion con los dos primeros puntos; por consiguiente, ó hay que negar la influencia de la educacion en la sociedad, ó hay que buscar en la enseñanza literaria la causa verdadera y siempre fecunda del mal, cuyos progresos no han podido ser detenidos hasta ahora. La naturaleza de esa enseñanza, que pone en contacto íntimo y habitual á las generaciones de colegio con el Paganismo rodeado de todos sus encantos seductores, y los testimonios irrecusables de

la historia; una multitud de hechos á cual mas elocuentes, y las numerosas confesiones de las víctimas y hasta de los apóstoles del mal, desde la época del Renacimiento hasta nuestros dias; todo se ha reunido para demostrar que dicha enseñanza es en efecto el *gusano* que *roe* las sociedades modernas atacando su raiz vital.

Una vez reconocido este hecho, hemos propuesto el remedio, manifestando la necesidad de introducir ámpliamente el elemento cristiano en la enseñanza literaria, de espurgar severamente los autores paganos que deban dejarse en manos de la juventud, y enseñar cristianamente, en cuanto sea dable, los autores paganos que nunca hemos tratado de escluir. De esto debe salir, como el aroma sale de la flor, la enseñanza cristiana de la historia, de la filosofía y de todas las demás ciencias.

Para probar hasta la evidencia la necesidad del remedio, hemos tenido que trazar el cuadro de los funestos efectos del sistema seguido desde hace cuatro siglos; pero al lamentarnos de tan malhadado sistema, *que está dentro de la Iglesia, pero que no es de la Iglesia*, hemos prescindido siempre de las personas. Tal es el fondo y la esencia de nuestra tésis.

Sentado este precedente, vengamos á mi genealogía. Pudiera en rigor contentarme con nombrar mis antepasados desde el Renacimiento hasta hoy, pero quiero además dar una rápida ojeada á los tiempos anteriores á aquel, para demostrar mas y mas la antigüedad de la innovacion de que se me acusa.

La tésis que sostengo, considerada en su esencia, es una tésis de sentido comun que se remonta al orígen del mundo, pues desde el dia en que el mal se introdujo en el corazon del hombre, existió en la tierra una doble enseñanza; la del bien y la del mal. En efecto, la enseñanza es el imperio, y de aquí lo que el mundo ha visto y verá

siempre, es decir, la lucha incesante de la enseñanza del bien con la del mal, ó sea la protesta contínua de la una contra las invasiones de la otra.

El género humano estaba aun en la cuna cuando Satanás opuso su enseñanza á la de Dios. Dios formó mas tarde la suya por órgano de los profetas, fijándola en un libro depositario de sus verdades, y prohibiendo la de su adversario bajo las penas mas severas. Satanás por su parte trazó tambien la suya por conducto de sus falsos profetas: las fijó en libros depositarios de sus mentiras, y no perdonó artificio alguno para disgustar al mundo de la enseñanza divina. Dios, pues, tiene su Biblia y Satanás la suya, y ambas, como bases que son de la educacion, forman los pueblos á su imágen. Dios tiene su pueblo y Satanás el suyo, y este es el espectáculo que nos presenta el mundo anterior al Mesías.

Igual antagonismo continuó observándose en los tiempos posteriores al Evangelio. El establecimiento, conservacion y propagacion del Cristianismo vienen á ser una lucha de doctrinas. El Hijo de Dios, que descendió de los cielos y vino al mundo para reunir en una misma sociedad á los pueblos todos, extraviados por la enseñanza del demonio, dió al hombre un libro depositario de sus oráculos, y ese libro, el mas escelente y sublime de todos, vino á ser para el mundo regenerado lo que la raiz al árbol, el manantial al rio y la brújula al navegante; y la vida religiosa, civil, pública y privada, la filosofía, la poesía, la literatura, las artes y la civilizacion, debian salir de aquel libro como los rayos de un foco luminoso, las ramas del árbol y las consecuencias del principio. Para ser bajo todos conceptos tan perfectos como puede permitirlo la debilidad humana, basta que los pueblos, discípulos de ese libro, se alimenten con sus doctrinas y las practiquen en sus obras.

Así lo comprendió el nuevo pueblo de Dios, y apenas se escribió el Evangelio, cuando se le vió protestar contra la Biblia de Satanás. Los hombres apostólicos, á medida que se iban regenerando por medio del bautismo, decian á las naciones: «Absteneos de leer los libros de los gentiles *(abstine ab omnibus libris gentilium)*; pues nada teneis que ver con sus doctrinas, leyes y falsos profetas, que han seducido á algunos hombres ligeros y hécholes perder la fe. Todo lo teneis en el código divino, y no necesitais por lo tanto recurrir á las fábulas. ¿Quereis historia? En él teneis el libro de los Reyes. ¿Necesitais filosofía y poesía? Buscadlas en los Profetas, en Job y en los Proverbios, y las hallareis mas perfectas y abundantes que en ninguna obra de los sofistas y poetas paganos. ¿Quereis el género lírico? Leed los Salmos. ¿Deseais examinar antiguos orígenes? Estudiad el Génesis. ¿Buscais leyes y preceptos de moral? Tomad el código divino del Salvador. Absteneos, pues, de todas las obras profanas y diabólicas: *Ab omnibus itaque alienis et à diavolo excogitatis fortiter abstine* (1).»

¿He dicho yo mas que esto por ventura?

El monumento capital que hemos citado, y que es á la vez una protesta enérgica contra el estudio de los autores paganos y una elocuente escitacion al de los autores del Cristianismo, tiene de existencia diez y siete siglos; y sin embargo, hay quien dice que soy un innovador! En él se halla fielmente resumido el pensamiento de la Iglesia, y no obstante hay quien dice que la insulto (2)!

Ahora bien, la Iglesia no se desdice ni es capaz de

(1) *Constit. apost.*, lib. I, c. VI; apud. Labb., t. I, p. 215, y el *Gusano roedor*, p. 37.

(2) Omnis enim regularis ordo in ipsa habetur, et nihil a fide adulteratum, neque a confessionis neque ab ecclesiastica gubernatione et regula. S. Epiph. ap. Bar., t. II, p. 102, núm 9.

contradecirse. El espíritu que la animaba en su cuna es el mismo que la anima hoy y que la animará siempre. Por consiguiente, y en vista de la Constitucion apostólica que acabo de citar, tenemos derecho para afirmar *à priori* y sin recurrir á otras pruebas, que la Iglesia no cesó nunca ni cesará de ser antipática al estudio de los libros paganos. Para creerlo así, no hay necesidad de reconocer en ella la asistencia divina, sino que basta concederle la dósis de buen sentido que se reconoce en todo ser dotado de razon. Todo pueblo tiene *un libro* por maestro, y la mision de la Iglesia es la de formar pueblos cristianos. ¿Cómo, pues, habremos de suponer que vea con indiferencia en manos de sus hijos los libros paganos, que son á sus propios ojos los libros del demonio *(à diavolo excogitatis)* y como dice uno de sus mas autorizados intérpretes, la Biblia de Satanás: *Cibus est dæmoniorum, secularis philosophia, carmina poetarum, rhetoricorum pompa verborum* (1)? La luz, pues, que arrojan estos grandes principios es la que debe servir para ilustrar los puntos mas ó menos oscuros de la tradicion.

Nosotros, sin embargo, no estamos circunscritos á simples raciocinios, pues la historia tambien nos dice que la protesta, principiada por la Iglesia contra los autores paganos, se ha reproducido constantemente. Siendo como es imperecedero el mal, el demonio se ha esforzado de siglo en siglo á restablecer en su fuerza y vigor su Biblia entre los cristianos. « Hasta en las épocas mas solemnes, dice Ozanam, existen *hombres de letras indisciplinados*, que no buscan sus inspiraciones ni en el silencio del claustro ni en las piadosas tradiciones del pueblo, y sí en las fuentes profanas, resucitando en sus composiciones, no solo las fábulas, sino tambien el sensualismo de los paganos (2). »

(1) S. Hieron., *Epist. ad Dam. de duob. filiis opp.*, t. IV, p. 153.

(2) *Las Escuelas de Italia*, p. 20 y siguientes.

El espíritu cristiano no permaneció mudo, pues á cada nueva tentativa opuso enérgicas protestas, que sería ocioso recordar aquí, mucho mas habiéndolas mencionado ya en otras ocasiones (1). Nos contentaremos, pues, con presentar algunos hechos generales y evidentes como la luz del dia, que resumiendo la tradicion auténtica, prueban á la vez la perpetuidad y el poder de esa protesta que en los siglos anteriores al Renacimiento llegó á ser la reina de la opinion y la regla general.

Primer hecho: *el latin de la Edad media*. Algunos de mis adversarios, que á todo precio han querido y quieren hacerme pasar por innovador, me han acriminado por haber dicho que en la época del Renacimiento habia habido un verdadero rompimiento en la educacion; siendo así que el Renacimiento no hizo mas que continuar el sistema anteriormente á él establecido. Aun concediendo que así fuera, habria que resolver la cuestion de si los autores paganos eran los libros clásicos de la juventud (2), y si se estudiaban y explicaban como se ha hecho desde el Renacimiento durante ocho ó diez años escolares; y habria tambien que examinar cuál era la causa de que nuestros abuelos de la Edad media, como lo aseguran todos los renacientes, no supieran el latin, de que el que ellos escribian fuera bárbaro, y de que fuera preciso el Renacimiento para enseñárselo nuevamente á la Europa.

De este mal paso solo se puede salir de dos modos: ó sosteniendo que nuestros padres eran de naturaleza inferior á la nuestra, ó que la parte estudiosa de la sociedad, que llenaba las universidades de Europa con un crecido número de escolares de quince á cuarenta años, pasaba el

(1) Véanse el *Gusano roedor*, las *Cartas á Monseñor Dupanloup* y el *Racionalismo*.

(2) Entonces no habia libros; los manuscritos eran muy raros y se vendian á un precio escesivo.

tiempo *pensando en las musarañas*. Ambas suposiciones son á nuestros ojos absurdas, mientras no se nos pruebe lo contrario; por cuya razon tenemos que afirmar que en la Edad media no se estudiaban los autores paganos como los estudiamos nosotros.

Hecho segundo: *la conducta de la Edad media*. La Europa moderna, hija del Renacimiento, adora á los autores paganos hasta el punto de no perdonar viajes, vigilias y trabajos de todos géneros para descubrir, descifrar y hacer inteligibles hasta sus mas insignificantes fragmentos. Tanto es así que hemos visto á la aristocracia clásica pagar un manuscrito á precio de oro y hasta á cambio de sus alhajas y casas de campo; siendo debido este amor filial, que la Europa les profesa, á su educacion y á nada mas. Nuestros abuelos de la Edad media se mostraban por lo general animados de disposiciones enteramente contrarias, pues ó miraban con indiferencia ó despreciaban los autores que á nuestros ojos merecen tanto amor y veneracion, cuando menos, como los santos doctores de la Iglesia.

Si deseaban copiar algun pasaje de la Biblia, un tratado de cualquier Santo Padre, una fórmula de oracion ó la historia de algun santo ó mártir, y si tenian necesidad de escribir las bases de un contrato ó un acto público ó privado, en vez de comprar pergamino, lo cual no era difícil, creian mas sencillo y fácil borrar el manuscrito de cualquier autor profano que habian á las manos, fuera Ciceron, Tito Livio ó cualquier otro, y escribir en él, una vez purificado de este modo, aquello que querian conservar. Esto se verificó en Europa por espacio de muchos siglos, y los numerosos *palimpsestos* (1) que aun hoy dia

(1) Esta palabra significa *tableta*, *vitela* ó *pergamino*, dispuesto para apuntar y escribir en él, y borrar lo que parece, para volver á escribir.
N. del T.

existen en las bibliotecas de Roma, Bobbio, Grotta-Ferrara, Paris, Madrid, Milan, Turin, Venecia y Viena, son una prueba irrefragable del *aprecio* con que se miraban los autores paganos en la Edad media (1).

Podreis calificar de bárbara esta costumbre, y de Godos y Vándalos á los que la practicaron; pero no por eso lograreis destruir el hecho ni su significacion. Tendreis, sí, que convenir en que jamás se les hubiera ocurrido la idea siquiera de semejante conducta, si hubieran estado poseidos de respeto hácia los autores paganos, y si sus obras hubieran sido el alimento comun y general de la juventud.

Tercer hecho: *los caractéres generales de la Edad media*. La educacion forma al hombre, y el hombre forma la sociedad; y si las clases ilustradas de una nacion no pueden considerarse como la nacion toda, por lo menos la caracterizan. Estos principios son mas incontestables que los axiomas geométricos. Ahora bien; la Europa de la Edad media y la del Renacimiento no se parecen en nada. La Europa moderna, educada, solo de cuatro siglos á esta parte, en la escuela de los autores paganos, ha llegado á adquirir un fuerte colorido de Paganismo greco-romano. Cuadros, estátuas, edificios, composiciones literarias, todo recuerda fielmente las obras de los paganos de Grecia y Roma.

La Europa, no contenta con esto, ha adquirido tambien el espíritu de sus maestros, es decir, la emancipacion de la razon y los sentidos, doble sello que señala á la antigüedad pagana. Oyese por do quier un contínuo concierto de alabanzas en honor de esas dos famosas repúblicas; sus instituciones sociales han venido á ser el

(1) Los *palimpsestos* en manuscritos cristianos son muy poco comunes, y por lo tanto en nada desvirtuan la regla general que establecemos.

sueño dorado de las generaciones de colegio; los reyes han tomado su política por modelo; los filósofos sus máximas; los oradores su elocuencia. La libertad, la tribuna, los teatros, las denominaciones de las cosas, los nombres propios y hasta las costumbres privadas de aquellos pueblos clásicos se han ensalzado, admirado y realizado en lo posible en las naciones modernas. En una palabra, desde hace cuatro siglos el movimiento general de Europa tiende á una restauracion filosófica, política, artística, literaria y moral de la antigüedad greco-romana.

¿Cómo, pues, la Edad media, educada, segun decís, en la misma escuela durante mil años, no aprendió ni llegó á ejecutar nada parecido, dando lugar á que la apellideis bárbara por esto mismo? ¿Cómo es que jamás intentó restaurar el arte, ni la literatura, ni el idioma, ni las instituciones, ni las formas republicanas, ni la filosofía, ni la moral, ni la elocuencia, ni los usos, ni las ideas, ni los teatros de Roma y Grecia? ¿Cómo es que practicó todo lo contrario, y que su movimiento general se obró en sentido favorable al desarrollo filosófico, político, artístico, literario y moral del Cristianismo? En esta ocasion tambien hay que recurrir á vuestra absurda hipótesi, y repetir con el P. Menestrier que los hombres eran semianimales en los siglos de Carlo-Magno, San Luis, San Estéban, San Eduardo y San Fernando, ó teneis que confesar que la Edad media no se alimentaba como nosotros de antigüedad greco-romana, y que los libros paganos no eran los clásicos de la juventud

En la época misma del Petrarca y de Boccacio, eminentes precursores del Renacimiento, continuaba en su vigor la indiferencia, desprecio y aversion tradicional de la Europa cristiana á los autores paganos. El primero era castigado por su padre, porque se dedicaba con aficion al

estudio de Virgilio y Ciceron (1); y el segundo, para no ir contra la opinion general, se vió precisado á intitular dos capítulos de su tratado *De genealogia deorum: La lectura de los poetas paganos no es pecado mortal (non esse exitiale crimen libros legere poetarum): No es indecoroso para algunos cristianos el ocuparse en asuntos paganos (non indecens esse quosdam christianos tractare gentilia)* (2).

Estos epígrafes, que hoy se creerán fabulosos, prueban, mejor que todos los discursos, la profunda aversion con que hasta en sus últimos dias miró la Edad media á los autores paganos, y su fiel observancia del precepto apostólico: Abstenéos de todos esos libros inventados por el diablo: *Alienis et à diabolo excogitatis abstine.*

(1) De Raumer, *Hist. de l'Ecol.*

(2) Nótese que se trata de personas de edad madura, y que Boccacio, á pesar de su inmoralidad y de su fanatismo por los autores paganos, condena á los que traten de hacérselos estudiar á los jóvenes que no tienen adquirido el conocimiento preservativo de las doctrinas cristianas, diciendo: «*Non tamen nego quin benefactum sit si puer abstineat, cui memoria tenax et tenellum adhuc ingenium nedum satis plene christiana religione agnita.*» Lib. XV, c. IX. — Luego quiere decir que no se los esplicaban á los niños.

CAPITULO II.

MI GENEALOGÍA. — DESPUES DEL RENACIMIENTO.

Algunos de mis antepasados del siglo XV. — Los predicadores y los teólogos. — Sus clamores contra la enseñanza de los autores paganos. — Filelfo. — Buschio. — Plan de estudios de Filelfo semejante al nuestro. — Cristóbal de Carlebiez. — Su carta señala como nosotros una ruptura en la enseñanza clásica. Savonarola, llamado el último cristiano de la Edad media. — Heróico antagonista del Renacimiento. — Sus actos en Florencia. — Su *Tratado de la division y dignidad de las ciencias*. — Elevacion de su espíritu. — Poder de su lógica. Lucha á muerte con el Paganismo. — Triunfo del arte cristiano. — Liga contra Savonarola. — Su muerte. — Su gloriosa rehabilitacion.

Aun cuando nos hemos limitado á un rápido bosquejo, ya se puede haber visto que tenemos ilustres antepasados en los tiempos que precedieron al Renacimiento; pero á contar desde la grande invasion del Paganismo en el siglo XV, se multiplican nuestros abuelos, y las reclamaciones son mas frecuentes y solemnes.

Varios sacerdotes venerables son los primeros á ver el peligro del estudio de los autores paganos introducidos en Europa. En los púlpitos católicos resonaban sus advertencias á las familias y sus anatemas contra un sistema corruptor abiertamente opuesto á los usos de sus mayores. Los Renacientes (á quienes debemos este precioso detalle), en vez de contestarles, juzgan mas cómodo lanzar injurias contra ellos. «¿No os parece ridículo, dice Filelfo, ese predicador imbécil, vano y charlatan (*vanus et nugator*), que en vez de dar á conocer al pueblo la voluntad de Dios y de dictarle reglas de conducta, se ha permitido infamar odiosamente desde lo alto del púlpito (*ex alto sug-*

gestu), á todos los oradores y poetas, y particularmente á los padres de la lengua latina, Virgilio y Ciceron?.... Los detesta de tal modo, que prohibe que bajo ningun pretesto se les haga á los jóvenes estudiar sus escritos: *Quos, et acerrime detestans, prohibebat ne pueris ullo modo legendi darentur* (1).»

Lo que se hacia en Italia se verificaba tambien en Alemania, en Francia y en la Europa entera; pues la voz de los predicadores y teólogos hallaba muchos y poderosos ecos en otros muchos. «Los adversarios del Renacimiento de las letras, dice el protestante Buschio, son tan numerosos (*tales in magno numero*), que pueblan no un oscuro rincon, sino los gimnasios, las plazas públicas y hasta los templos (*ipsa etiam templa*). Forman una liga poderosa contra nosotros los aficionados á la literatura antigua: *Arctissime inter se confederati adversus nos ipsos qui veteris eloquentiæ studiosi sumus* (2).

Filelfo se ve al propio tiempo obligado á confesar que aquellos á quienes trata tan incivilmente de imbéciles y charlatanes, son defensores de la antigua costumbre de alejar severamente á la juventud del contacto con los autores profanos (*id enim et majoribus nostris placuit*); pues segun él mismo, estos contribuyen á corromper las costumbres (3). En su consecuencia, á pesar de su paganismo los reserva para el fin de la educacion, la cual es de advertir que en aquella época se terminaba á los veinticinco ó treinta años y aun mas tarde: *Ad firmiores usque annos, in quibus minus periculi timendum erit, reserva-*

(1) *De liber. educat.*, c. XIII, in 4.°, edit. 1553.

(2) Apud Hamelmann, *Oper. genealog. histor., etc.*, p. 298.

(3) Nam si per picturam exemplo Jovis stuprantis, adolescens incitabatur, quis putavit per poema quæ expressius sæpe humani affectus depinguntur, non moveri etiam tenellam ætatem, ac plurimum ad quodcumque legerit excitari. *Ibid.*

buntur. ¿Qué aprecio ha hecho el Renacimiento de esta regla de prudencia y de caridad?

Lo que viene á ser mas notable todavía, es el plan de estudios trazado por Filelfo, pues cualquiera diria haber sido dictado por nosotros. Dominado, no obstante sus estudios paganos, por el buen sentido cristiano, que conservaba todavía una gran parte de su fuerza, compuso su programa de los mismos autores que se comprenden en el nuestro, á saber: los libros históricos y morales de la Sagrada Escritura, los Santos Padres de la Iglesia, los autores cristianos, latinos y griegos, y al fin de los estudios los autores paganos espurgados: *Qui ut supra diximus, nulla turpitudine legentium animos inficere possint.*» Sigue á esto un magnífico elogio de la Escritura y de los Santos Padres, especialmente de S. Agustin. «La antigüedad profana, concluye diciendo el gran orador de los paganos, no me ha presentado nada comparable á nuestra literatura cristiana. *Legens admirarer, admiransque maxime delectarer.*» Esto lo decia hace cuatro siglos el célebre Renaciente, y sin embargo, hoy se me trata por algunos de innovador, y se dice que mi tésis es falsa históricamente hablando.

Hácia aquella misma época Cristóbal de Carlebiez, hablando de la variacion que se notaba en la enseñanza de las clases ilustradas, demuestra: 1.° que antes del Renacimiento se invertia poco tiempo en el estudio del latin. «Los jóvenes todos, dice, aun antes de haber aprendido bien las reglas de la gramática, se dedicaban unos al estudio de la medicina y otros al del derecho y al de las sagradas letras: *Antequam grammaticas rationes probe didicissent.* Los profesores mismos enseñaban las ciencias mas sublimes, sin cuidarse mucho de ser buenos latinos: *Priusquam aliquid de lingua latina judicare possent, maximarum rerum professionem assumerent* (1). 2.° Que no

(1) *Epist.*, apud Laur. Valla, edit. in fol., Basil., 1465.

se hacian composiciones retóricas, amplificaciones, narraciones ni ningun otro ejercicio oratorio de los que se usaban entre los Griegos y los Romanos, sobre cuyos modelos hemos reformado nuestro método de enseñanza. 3.° Que la elocuencia pedagógica dejó de existir con el estado social pagano, en el que el charlatanismo desempeñaba un papel muy importante. «Si hoy dia, dice, no se emplean estos recursos, si no imitamos la disciplina de los antiguos, es mas bien culpa de nuestro siglo que culpa nuestra: *Ejus fortasse rei culpa, notam ad nos quam ad tempora pertinet.* La costumbre de pronunciar arengas, el modo de raciocinar usado entre los antiguos, la libertad concedida á cada ciudadano para poder acusar, las luchas de la palabra promovidas diariamente por las aspiraciones de los partidos, y la licencia é impunidad de que disfrutaban los oradores, cosas son que desaparecieron, y cerrado está por lo tanto el teatro de la elocuencia: *Eloquentiæ theatrum clauserunt.*»

Ved aquí por cierto uno de los mas bellos elogios del estado social formado por el Cristianismo. Sobre las ruinas de las tribunas profanas, agitados palenques de los partidos y pasiones, en los que la verdad es casi siempre crucificada por la mentira, el Cristianismo solo dejó en pié la tribuna santa, desde la cual descienden con autoridad soberana, lo mismo para los monarcas que para los súbditos, los inmutables oráculos de la justicia, de la verdad y de la sabiduría.

El Renacimiento, en el hecho de restaurar un método de enseñanza destinado á formar oradores profanos, fomentaba y promovia la restauracion de un estado social, en el que fueran posibles tales oradores. ¿Por ventura se aprende toda esa elocuencia para no poder hablar? Si para hablar he estudiado, necesito un estado social en que me sea fácil y permitido el uso de la palabra, y ese esta-

do tiene su tipo en las repúblicas de Grecia y Roma, y consecuencia de mi educacion es el tratar de resucitarlas. Lo que en los primeros discípulos del Renacimiento pudo ser solo un instinto, ha venido á ser en sus sucesores un proyecto razonado y una idea fija, y algo de ello sabe la Europa.

A todo esto el siglo XV continuaba con cierto género de frenesí su restauracion de la antigüedad pagana, siendo Florencia el centro de su tarea insensata; pero la verdad no quedó aquí tampoco sin defensor. En efecto, al entusiasmo pagano se opuso el entusiasmo cristiano, y Ferrara vió en 1452 nacer al justamente llamado *el último cristiano de la Edad media*, al dominico Savonarola. Para comprender su celo contra el Paganismo, es preciso que nos remontemos á la época y circunstancias en que hablaba. El gran predicador hizo inmensos esfuerzos para avivar el espíritu cristiano en Florencia, y obtuvo los mas halagüeños resultados. Sus palabras conmovieron durante siete años no solo á Florencia, sino á toda la Toscana. Verificáronse numerosas conversiones, y aquel afortunado país parecia haber vuelto á los tiempos venturosos de la primitiva Iglesia.

Pero enfrente de la cátedra cristiana de Savonarola se alzaban en Florencia cuatro cátedras de Paganismo. La cátedra de filosofía pagana, en la que Ficino, divinizando á Platon y fanatizando á sus numerosos oyentes en favor del platonismo, minaba la fe y propagaba el libre exámen; la cátedra de política pagana, en la que Maquiavelo preparaba el aniquilamiento de todas las franquicias y libertades introducidas en el mundo por el Cristianismo, rehabilitando, á imitacion de los gobiernos modernos, el sistema político de los romanos; la cátedra de literatura pagana, en la que Policiano, ultrajando sin reserva las glorias literarias del Cristianismo, creaba en Florencia y

en la Europa entera un pueblo de literatos y poetas, que resucitaron todas las infamias del antiguo Paganismo; y la cátedra del arte pagano en la que los artistas, pintores, grabadores y escultores se apasionaban por las obscenidades históricas y mitológicas de Roma y Grecia, monumentos corruptores que reproducian bajo todas formas y esponian á las miradas de los cristianos escandalizados en las galerías, palacios, paseos y casas particulares, y hasta en las iglesias.

Savonarola, al ver á su amada Florencia amenazada é invadida por el Paganismo, esperimenta lo que S. Pablo al ver á Atenas sumida en la idolatría: *Incitabatur spiritus in illo, videns idolatriæ deditam civitatem.* Y como padre y pastor, quiere salvar á todo precio á sus hijos y ovejas. Por lo tanto opone á la palabra la palabra, y á los escritos escritos; y en su tratado *De divisione et dignitate scientiarum* mina por su base el Paganismo naciente, atacándole en sentido filosófico. Dicha obra, fruto de un talento superior y en la que sobresalen la lógica del raciocinio y la lucidez de la doctrina, es una de las mas robustas síntesis de los conocimientos humanos de cuantas ha producido el hombre. Cualquiera que la lea se sorprenderá de que el ilustre adversario del Renacimiento haya sido acusado de fanatismo y locura.

El hombre ha sido criado para Dios, y los conocimientos todos, unidos entre sí por medio de misteriosos vínculos, forman un órden gerárquico, cuyos diferentes grados elevan al hombre hasta Dios, verdad infinita y bien supremo: he aquí el punto de partida, la brújula y la piedra de toque del autor. Merced á este principio luminoso, forma sin trabajo el árbol genealógico de las ciencias y artes, las coordina, las hermana, señala con exactitud su naturaleza y objeto, espresa sus relaciones mas ó menos directas con el último fin del hombre, y con igual

claridad indica los estudios que merecen mas ó menos estimacion y los conocimientos que mas ó menos deben ocupar el pensamiento del hombre. Los desarrollos de esta magnífica teoría conducen lógicamente á la conclusion católica de que todas las ciencias vienen á parar en la teología y de ella proceden, como ciencia que es divina y humana, práctica y especulativa. Así, pues, se vió nuevamente promulgada en presencia del Paganismo renaciente la unidad poderosa, á la que la Europa cristiana debe su superioridad.

El gran lógico Savonarola contempla y examina desde esta altura las ciencias y las artes procedentes de los paganos, las ve profundamente degradadas y demuestra que son un obstáculo para el objeto final del arte y de la ciencia. La filosofía pagana detiene el desarrollo del hombre en Dios, puesto que mata la fe y conduce al Racionalismo. «Esa epidemia de la soberbia, dice Savonarola, ha hecho tales estragos, que ha llegado á infestar una gran parte del pueblo cristiano: *Et tantum hic morbus increvit ut universum fere populum christianum tabefecerit.*

La elocuencia pagana empobrece la razon, falsea el gusto, inspira desprecio á las sagradas letras y conduce á la infatuacion por la antigüedad profana. «Es una elocuencia palabrera, estéril y vacía de sentido, que llena las almas de vanidad, en vez de alimentarlas con verdades. Sin embargo, hay cristianos que no solo se glorían de beber en tan corrompidas fuentes, sino que, y esto es mas odioso todavía, se atreven á preferir las ciencias, literatura y sabiduría de los paganos á la sabiduría de Dios, que hace elocuentes hasta los labios de los niños: *Relicta sacrarum litterarum simplicitate, ad gentilitatem se penitus converterunt.*

La poesía pagana conduce al sensualismo. «El conocimiento de los dáctilos y espondeos, de las sílabas largas y

breves, de la cadencia y de las imágenes no constituyen la poesía, sino el genio, y en esta parte es enorme la diferencia que media entre los poetas paganos y los profetas. En los primeros ha escondido el demonio un lazo, pues como inspirador de esos versos destinados á conducir á los hombres á su culto, no ha dejado en ellos mas que una soberbia vanidad (*superbissimam vanitatem*), y un olor infecto de vanagloria; pero las poesías de los profetas, inspiradas por el Espíritu Santo, exhalan siempre y en todo el saludable aroma de la sabiduría, de la caridad y de la humildad santificante.

»¿Qué diré de las comparaciones y figuras, recursos poderosos de la poesía? Las que emplean los poetas sagrados son muy superiores á las de los poetas paganos. Las de los primeros son narraciones verdaderas, ó parábolas graciosas llenas de honestidad; y las de los segundos son ficciones que dan sueño, fábulas llenas de locuras, iniquidades y torpezas imputadas á los hombres y á los dioses, insulseces impuras y criminales, que dadas por alimento á las almas inocentes, las llenan de las mentiras é impurezas de la antigua idolatría y acaban por pervertirlas enteramente (*adeoque totos perdunt*).

»De aquí aquella ley de Platon que nuestros cristianos de hoy no quieren desgraciadamente comprender ni ejecutar, y en virtud de la cual alejaba de la República á todos los poetas en razon á que su prurito de hablar de los vergonzosos misterios de los dioses era causa de que se desbordára sobre el mundo un torrente de inmundos deleites. ¿Qué hacen, pues, nuestros príncipes? ¿Por qué disimulan semejante escándalo? ¿Por qué se muestran menos religiosos que los paganos, y no adoptan una medida de rigor contra esos libros y los que los propagan é imitan? *Quid igitur faciunt principes nostri? Cur hæc dissimulant?*

»Nosotros, dicen algunos, no celebramos el amor ni los ídolos, sino que únicamente empleamos las formas paganas para componer himnos en honra del Dios verdadero y para celebrar la virtud. El celebrar al verdadero Dios, dándole el nombre del muy impuro y libidinoso Júpiter, no es alabarle sino vituperarle, pues escrito está en el libro de Oseas: «No volvereis á llamarme Baalim.» Y sin embargo, este nombre de superioridad era aplicable á Dios; pero por la sola circunstancia de parecerse al de un ídolo, no quiso que se le diera. Dios, cuyo nombre es superior á todos los demás, solo debe ser alabado con aquellos que él se da á sí mismo ó que le da su esposa la Iglesia: *Deus enim laudari non debet nisi per nomina quæ in scripturis sanctis et doctrinis Ecclesiæ sunt usitata.*

»Vosotros, segun decis, celebrais la religion, las costumbres y la virtud, y lo que haceis es sobrecargar de oropeles mitológicos á todas esas hijas del cielo, y cubrir sus mejillas de arrebol pagano: *demonis fucoque tegentes.* Vuestras obras pueden á primera vista parecer buenas y necesarias; pero los que tienen tomado el gusto á las cosas de Dios, las consideran poco útiles para el desarrollo de las costumbres cristianas, para la defensa de la fe y para el aumento de la caridad, y los hombres espirituales no pueden soportar su lectura. ¿Por qué, pues, oh poetas, os arrastrais por el suelo? Dejad ese género pueril, evitad el culto vano de los ídolos y acudid á la cruz. Allí, tranquilos á su sombra, con la frente coronada, no de hiedra terrenal, sino de laurel divino, alcanzareis la inmortalidad: *non terrestri hedera, sed cœlesti lauro coronati ævum ducetis.*»

Por lo que hace al arte pagano, apóstol especial de sensualismo é impureza, no se contenta Savonarola con anatematizarlo, sino que lo persigue do quiera que osten-

ta sus obras inmundas, y le hace expiar por medio del fuego los estragos por él causados en las almas. Un dia reunió en la espaciosa catedral de Florencia todos los niños de ambos sexos de diez á doce años, y enseñando á sus jóvenes oyentes que en otro tiempo entregaba el Señor al *anatema* los despojos de las naciones idólatras, les dijo: Id, hijos de Israel, de puerta en puerta, y pedid en nombre de Jesús que os entreguen el *anatema*. Con este nombre designaba todas las producciones corruptoras del Paganismo, como pinturas lascivas, grabados obscenos, estátuas impúdicas, poesías licenciosas y libros inmorales. La numerosa cohorte de pequeños misioneros se esparció por la ciudad, «y fué inaudita, dicen los testigos oculares, la prodigiosa cantidad de objetos que llevaron á los piés del Padre (1).

Reunidos los despojos de Satanás, propuso Savonarola una procesion solemne, que fué el triunfo mas brillante del Cristianismo sobre el arte pagano, y no hay elocuencia capaz de describirle: *Non è eloquenza che basti a descriverlo*. Todos los habitantes de la ciudad caminaban detras de una multitud de niños de ambos sexos, que se dirigieron cantando versos hácia la gran plaza del Palacio, en la cual, por disposicion del P. Savonarola, se habia plantado un árbol gigantesco, desde cuya cima hasta el pie se habian colocado espaciosos redondeles de madera, de menos diámetro en la parte superior, pero que iban siendo mayores conforme se acercaban á la base, y sobre los cuales estaban dispuestos en órden todos los objetos destinados al *anatema*.

(1) Lá venner ammucchiati libri di canzoni licenziose, fasci d' incisioni oscene, Decameroni, Morganti, e una quantitá stragrande di pitture e scolture, le quai, per pace di lor coscienza, propietarii ed autori offrivano in olocausto sul rogo espiatore. Véase *Dante e Colombo*, por el célebre conde T. Dandolo, t. II, p. 229.

Para completar el triunfo, se pusieron en contribucion todas las artes inspiradas por el Cristianismo. Un niño Jesús, obra maestra de Donatello, fijo en un pedestal de oro, fué conducido en procesion y estaba representado en actitud de bendecir á los concurrentes. Cuadros magníficos, estandartes de esquisito trabajo, dibujados por Baccio della Porta, Lorenzo de Credi y el hermano Benedetto, estátuas y bajos relieves de Luc della Bobbia, enseñaban que el arte no perece ni degenera haciéndose cristiano.

Un mercader veneciano, judío tal vez, al ver que todas aquellas riquezas iban á ser presa de las llamas, ofreció comprarlas por veinte mil escudos; pero lo único que consiguió fué que se hiciera su retrato, que se colocára en la cima del árbol sobre una silla, y que fuera quemado con todos aquellos vergonzosos despojos del Paganismo, como príncipe de tales vanidades. Dióse fuego á la hoguera á son de clarines, campanas y aclamaciones de la multitud, y cuando la llama envolvió la espaciosa pirámide, el pueblo, lleno de júbilo, entonó el himno triunfal ó sea el *Te Deum*.

Esta fiesta, que completó la obra de purificacion y de renacimiento cristiano emprendida por Savonarola, fué su sentencia de muerte. El Paganismo es igual en todos tiempos. San Pablo arruinó en Efeso el culto de los falsos dioses, y los artistas y plateros que se enriquecian, unos fabricando y otros vendiendo estátuas y cuadros de Diana, se amotinaron y hubieran hecho perecer al grande Apóstol, si varios cristianos animosos y valientes no le hubieran salvado. Así tambien los literatos, poetas, artistas, mercaderes y sobre todo usureros de Florencia, formaron contra el Padre dominico una liga formidable. Acusado, pues, de maquinaciones, cuya historia sería supérfluo referir, el heróico antagonista del Paganismo rena-

ciente, colmado de ultrajes como su divino Maestro, murió como él en un patíbulo el año de 1498.

En aquel nuevo calvario y en presencia de la víctima, unos aplaudian y otros se convertian y temblaban por la ciudad culpable. Policiano esclamó como el Centurion: «Verdaderamente era un santo! *¡Vomo santissimo per diportamenti e dottrina!* Ficino escribia estas palabras: «Los castigos que esperimenta Florencia, fueron ya predicados por el hermano Jerónimo de la órden de Predicadores, hombre eminente, sábio y santo: *sanctimonia sapientiaque præstantem*. Una sola cosa nos queda que hacer, y es seguir todos nosotros los consejos de aquel Apóstol y decir al Señor: «Consolidad la obra que habeis principiado entre nosotros (1).» El célebre Pico de la Mirándula lo califica de santo, declara, por haberlo visto, que una de sus reliquias curaba las enfermedades y lanzaba los demonios, y manifiesta que la mayor parte de sus perseguidores murieron miserablemente (2).

Roma fué en este particular eco de Florencia, pues cuando diez años despues del trágico suceso, pintaba Rafael, en uno de los salones del Vaticano, la célebre *Disputa acerca del Santísimo Sacramento*, colocó á Savonarola en medio de los doctores de la Iglesia católica. Esto acontecia en el pontificado de Julio II, «y para quien conoce el carácter de este Papa, dice el conde Dandolo, es evidente que el artista no hubiera osado dibujar su retrato y consagrarlo de ese modo, si el mismo Papa no le hubiera sugerido la idea.

No solo se consideró inocente á Savonarola en aquel siglo, sino que se le tuvo por santo. Su proceso se revisó en Roma con motivo de la canonizacion de Santa Catali-

(1) Epist. ad Joan. Cavalcant. Véase á Schollern. *Amœnit. litter.*, etc., tit. I, p. 73; id. Henric. Warthon, *Append. ad histor. litter.*, etc., p. 112.

(2) *In Vit.* 3 vol. in 12.°, 1674.

na de Ricci, á la cual acusaba el promovedor de la fe, vulgo abogado del diablo, de haber invocado al hermano Jerónimo. «Mientras la Congregacion deliberaba, se supo que San Felipe de Neri oraba á Dios con gran fervor, para que no permitiera que el admirable campeon del Cristianismo *(admirabile campione)* tuviese que pasar por la ignominia de una segunda condenacion. Los ruegos del Santo fueron oidos, y públicamente se vieron puestas á la venta en las calles de la capital del mundo cristiano, medallas con la efigie de Savonarola y la siguiente leyenda: *Doctor y mártir* (1).

La obra capital de Savonarola, á la que consagró su vida y que causó despues su muerte, fué la lucha contra el Renacimiento y la enseñanza pagana; y si en ello fué un innovador é insultó por ello á la Iglesia, ¿cómo es que Roma permitió que se le diera el dictado de doctor y mártir?

(1) A tali pii voti corrispose l'effetto; e furono esposte in vendita per le vie della capitale del mondo cristiano medaglie colla effigie di Savonarola e la leggenda: *Dottore e martire.*» T. Dandolo, *ubi supra.*

CAPITULO III.

SIGLO XVI.

El concilio de Letran. — Impugna y afea la filosofía y literatura paganas, declarándolas inficionadas en sus raices. — Erasmo. — Protesta enérgicamente contra el Renacimiento y la enseñanza clásica. — Prueba que el latin cristiano es buen latin; — que es para las sociedades modernas el intérprete de sus ideas; — que es un monstruoso contrasentido el pretender formar grandes escritores por medio de los autores paganos, — y que los estudios clásicos ejercen sobre la religion y la sociedad una influencia fatal. — Pide, en fin, clásicos cristianos.

Nuestra genealogía en el siglo XVI principia en el concilio de Letran. La augusta asamblea, presidida por Leon X, animada por Bembo, pero dirigida por el Espíritu Santo, no se dignó siquiera mencionar en su programa de estudios los autores paganos, considerados por nosotros como indispensables para la educacion de la juventud cristiana, y no solo no hizo mencion de ellos para dicho fin, sino que imprimió en la frente del Renacimiento y de la enseñanza pagana, una marca de ignominia que nadie podrá borrar jamás. En efecto, el concilio declara que toda esa filosofía y literatura paganas, que anatematizamos, y por lo cual se nos acrimina, *estan inficionadas en su raiz: radices philosophiæ et poeseos esse infectos* (1).

Considerando Erasmo el nuevo método de enseñanza, señala, como nosotros, los estragos causados por ella en las inteligencias, siendo de advertir, para demostrar el

(1) Véanse, por lo que hace á los detalles, nuestras *Cartas á Monseñor Dupanloup*, p. 190; y el *Racionalismo*.

poder inmenso de la verdad, que nadie ridiculizó con mas ingenio el funesto método contra el que nosotros protestamos, que el mismo que contribuyó con mas ardor á propagarlo. Indignado en cierta ocasion del desprecio de algunos renacientes hácia la Edad media, y de su ridículo culto á Ciceron y á la antigüedad pagana, toma la pluma y les prueba de una manera invencible los cuatro puntos siguientes: que el latin cristiano es muy buen latin; que solo él puede servir para interpretar las ideas de las sociedades modernas; que es un enorme contrasentido el querer formar Cicerones estudiando, como se practica desde el Renacimiento, los escritos de Ciceron y de los demás autores paganos, y que los estudios clásicos ejercen sobre la religion y la sociedad una influencia funesta.

1.° *El latin cristiano es un latin bueno y bello.* «¿Porqué, pregunta Erasmo, no ha de ser bueno el latin cristiano?—Porque se sirve de palabras nuevas y de giros que no conocieron Ciceron ni los autores del siglo de Augusto. Pero, si hemos de considerar como bárbaro todo lo que es nuevo en el lenguaje, no hay palabra ni giro que antes de ser usual no se haya considerado como bárbara. ¡Cuántas de esas novedades no hallamos en los escritos mismos de Ciceron, y sobre todo en las obras en que trata del arte oratoria y de la filosofía! ¿Qué oido latino habia escuchado, hasta que él las pronunció, las palabras *beatitudo*, *visio*, *species*, *propositio*, *occupatio*, *contentio* y *complexio*? Él fué quien se atrevió á forjarlas y á darles una significacion desconocida hasta entonces de los Romanos.

»¡Cuántas otras palabras fueron introducidas en la lengua latina por Plauto, á quien tanto admiraba Ciceron, y por Ovidio, Cátulo, Séneca, Plinio, Tácito y otros de los mas acreditados autores! Horacio mismo justifica semejantes innovaciones, y traza las reglas conforme á las

que pueden hacerse. ¿Con qué título, pues, negareis á los mas eminentes escritores del Cristianismo, un derecho que nadie se atrevió á disputar á los de la antigüedad? ¿Habian por ventura de encadenar el genio cristiano con las trabas del pagano, y dejar sin espresion esa multitud de ideas nuevas con que dotó al mundo el Cristianismo?

«Yo por mi parte os digo que el buen latin consiste, entre los cristianos, en emplear las palabras y giros convenientes para espresar las cosas cristianas, así como entre los paganos consistia en espresar bien las ideas paganas. Ciceron mismo, si hoy viviera, hallaria el nombre de Dios Padre tan elegante como el de Júpiter óptimo máximo, y creeria que el de Jesucristo daba tanta gracia cuando menos al discurso, como el de Rómulo ó el de Escipion. No tratemos, pues, de falsear el gusto de la juventud, y evitemos que, bajo el pretesto de hacerla ciceroniana, llegue á hacerse pagana por completo: *Ne simplex ac rudis ætas ciceroniani nominis præstigio decepta, pro ciceroniana fiat pagana* (1).»

Erasmo se pregunta de donde proviene el desprecio del latin cristiano, y contesta diciendo que dimana de que la nueva enseñanza deja que la juventud ignore y desconozca el Cristianismo. «Aliméntesela, dice, con abundantes estudios cristianos, y entonces nada le parecerá mas magnífico que la religion, ni hallará cosa alguna mas grata que el nombre de Jesucristo, ni nada mas elocuente y bello que los nombres empleados por los grandes genios cristianos para espresar las cosas del Cristianismo. Entonces conoceremos que en tanto es bello un idioma, en cuanto se halla en relacion con la persona que lo usa y con aquello de que habla, y comprenderemos tambien que hay algo de monstruoso en desfigurar las cosas cristianas

(1) *Ciceronianus*, sive *De optimo dicendi genere*, p. 102.

con las bagatelas del Paganismo: *Monstruosus est qui materiam christianam paganicis nugis contaminat.*»

Esto por lo que respecta á las palabras nuevas: por lo que hace á los giros nuevos de frases, cabe el mismo raciocinio, puesto que los autores cristianos han usado en este particular del mismo derecho que los paganos. ¿Os atrevereis á afirmar, añade Erasmo, que los giros deben para ser latinos parecerse á los de Ciceron? En tal caso habremos de decir que César, Salustio, Tito Livio, Quinto Curcio, Séneca, Plinio y Tácito no sabian escribir el latin, pues el giro de sus frases no se parece en nada al de las de Ciceron. Tambien observamos una gran diferencia entre la forma epistolar de este último y la de Bruto, Celio Planco, Pompeyo, Balbo, Léntulo, Caton, Craso, Dolabela, Trebonio, Cecina, Polion y otros muchos personajes del siglo de Augusto.

El estilo y giros de frases empleados por los autores cristianos, no se parecen á ciertos tipos que os habeis formado, y por esta razon los calificais de bárbaros; nombres que os convienen mejor á vosotros. Causa asombro oiros desacreditar á los Padres de la Iglesia y á los grandes escritores de la Edad media, como Santo Tomás, Escoto, Durando y otros, siendo así que no teneis autoridad para ello. Examinada la cuestion á sangre fria, aquellos grandes hombres, que no se gloriaban de ser elocuentes ni ciceronianos, son mas ciceronianos que vosotros que quereis pasar hasta por verdaderos Cicerones: *Magis ciceroniani sunt quam isti qui postulant haberi, non jam ciceroniani, sed ipsi Cicerones.* ¿No es cierto, segun vosotros mismos lo confesais, que es un Ciceron todo aquel que *dice y esplica bien* cualquier asunto que trata? Pues bien; para este efecto son esenciales dos cosas: conocer á fondo la materia, y tener el valor y conviccion que producen las palabras. Tal es el principio de Horacio y de

Fabio, de suyo evidente además, y ahora os corresponde á vosotros probar que los autores cristianos no conocian las cosas de que hablaban, ni tenian la conviccion y valor necesarios para expresarlas.

No se nos diga que Ciceron no habló como ellos, pues esta objecion es buena solo para niños. ¿Qué tiene de extraño que aquel orador no usára su lenguaje, si carecia de las ideas que aquellos tenian? ¿Cuántas cosas decimos nosotros en las cuales no pudo pensar siquiera Marco Tulio? Sin embargo, si hoy viviera, las espresaria como nosotros: *et si viveret, nobiscum eadem loqueretur*. Palabras, giros, propiedad de lenguaje, todo es tan intachable en nuestros buenos escritores cristianos como en los autores paganos, y por consiguiente su latin es bueno y elegante en su género y tan ciceroniano como el del mismo Ciceron.

2.° *El latin cristiano es el único que puede servir de intérprete á las sociedades modernas.* «Observad, dice Erasmo, la falta que cometemos al imitar las artes, el idioma y la literatura de los paganos. Para que el lenguaje sea bello, elocuente y puro es preciso que esté en perfecta armonía con las cosas, los tiempos, los hombres y las ideas. Ahora bien, ¿se parece el estado actual del mundo al de la época en que vivió y habló Ciceron? ¿No han variado la religion, las formas sociales, las instituciones, la filosofía, las ciencias, las leyes, las costumbres y los gustos? ¿Por qué, pues, se nos dice resueltamente que el único lenguaje capaz de expresar todas las cosas es el de Ciceron?

»¿No es, por el contrario, evidente en extremo que, habiendo variado por completo la escena del mundo, el único medio de que tenemos que valernos para hablar y escribir como es debido, es el de usar un lenguaje y estilo enteramente distintos del de Ciceron? Por mas que

sostengais que no es posible hablar bien el latin, si no se habla el del siglo de Augusto, los hechos mismos claman que nadie puede hoy dia hablar bien dicho idioma, si no se aparta, en cuanto sea dable, del latin de Ciceron y del referido siglo: *res ipsa clamitat neminem posse bene dicere; nisi prudens recedat ab exemplo Ciceronis, nisi multum Ciceronis dissimilis.*

» Juzgad vosotros cuántas cosas ridículas y peligrosas diria el que quisiera valerse solo de frases y giros de la bella antigüedad para expresar ciertas ideas, y cuántas veces tambien se veria en la imposibilidad de expresarlas! En la lengua latina de los paganos no hallais las palabras Jesucristo, Espíritu Santo, Trinidad, Evangelio, Moisés, profeta, Pentateuco, salmo, obispo, diácono, Iglesia, herejía, símbolo, bautismo, Eucaristía, absolucion, excomunion, Misa y otras muchas que expresan la vida entera religiosa y social de las naciones modernas.

¿Qué habrá de hacer, pues, el admirador esclusivo del bello latin de la antigüedad? ¿Se callará ó variará los nombres adoptados por los cristianos? En este último caso renacerán, como ya lo estamos viendo, las antiguas herejías, y el mundo volverá á convertirse en pagano: *sub hoc fuco veteres hæreses, sub alio Paganitatem.* Lo menos que podria decir el hombre de sana razon que nos juzgára con equidad, seria que deshonrábamos la majestad del Cristianismo: *Ciceronis verbis, figuris ac numeris, christianæ philosophiæ majestatem fœdari.*

3.° *Es un monstruoso contrasentido el querer formar Cicerones, estudiando, como se hace hoy, los escritos de Ciceron y de los autores paganos.* Erasmo, despues de haber vengado victoriosamente al lenguaje latino cristiano, y demostrado hasta la evidencia que los verdaderos bárbaros son aquellos que pretenden que los pueblos católicos usen el lenguaje de los pueblos paganos, pone á la vista clara-

mente otro contrasentido mas monstruoso y grave todavía, que nosotros hemos indicado con insistencia en muchas ocasiones. «Estais, dice, completamente equivocados si pretendeis hacer Cicerones á vuestros hijos, es decir, grandes escritores y oradores eminentes, obligándolos á estudiar los autores paganos, pues semejante pretension es un verdadero contrasentido. Podreis sí con ese método formar cimbalos sonoros y habladores en verso y prosa, pero no oradores ni escritores sublimes.

»Las palabras suponen ideas, y para formar Cicerones es preciso comenzar por el concienzudo trabajo á que se dedicó el mismo Ciceron, trabajo en el que vosotros no os ocupais ni podeis ocuparos, puesto que practicais todo lo contrario. Será un Ciceron aquel que estudie la religion y sociedad cristiana, y los hombres y cosas de su época, con el mismo ahinco que empleó Ciceron en estudiar la filosofía pagana. El que reuna tales conocimientos podrá aspirar al título de ciceroniano, que no habrá dificultad en darle, si convenis en que es un Ciceron el hombre que habla con conocimiento de causa, con lucidez, abundancia, vigor y decoro, segun la naturaleza del asunto, de la época, de los paises y de las personas.

»Horacio os lo ha dicho y vosotros lo olvidais: *Scribendi recte sapere est et principium et fons.* Primero es preciso que haya ideas; las palabras vendrán despues. El obrar de otro modo es locura: *Prima sit sententiarum cura, deinde verborum... Stultum est autem hoc conari ut alieno scribas stomacho.* La educacion tiene la culpa de esa locura, pues gracias á ella, apenas estudiamos el Cristianismo, base de nuestro órden social, y despreciamos y miramos con disgusto á nuestros profetas, historiadores y comentaristas. ¿Cómo, pues, hemos de ser ciceronianos? *¿Qui tandem erimus ciceroniani?*»

4.º *Los estudios clásicos ejercen sobre la religion y la*

sociedad una desastrosa influencia. Muchos se obstinan en no ver en los clásicos mas que una simple cuestion de griego ó de latin, siendo asi que es ante todo una cuestion religiosa y social. Erasmo, pues, examinando el Renacimiento en su verdadero punto de vista, pues lo conocia mejor que nadie, decia hace mas de tres siglos, lo que nosotros mismos decimos hoy: «Nuestra infatuacion por la antigüedad pagana nos ciega *(paganitas nostra nos seducit)*, y bajo pretesto de aprender la bella literatura, dejamos de ser cristianos para paganizarnos. Esto lo advierto especialmente en ciertos jóvenes de nuestro pais, que vuelven de Italia y sobre todo de Roma: *Nimirum ut pro christianis reddemur pagani.*

»Ved, continúa, á qué altura hemos llegado en materia de literatura y artes. Ciceron no ponia dificultad en engalanar sus escritos con citas de Homero, Euripides, Sófocles y Ennio, y de varios filósofos é historiadores, y nosotros creemos profanar nuestros discursos si esas mismas galas que Ciceron, siendo como era pagano, tomaba de los autores del Paganismo, las tomamos nosotros los cristianos de los Profetas, de los Salmos, del Evangelio ó de las Epístolas de los Apóstoles. Consideramos como otras tantas perlas cuantas sentencias de Sócrates podemos intercalar en nuestros escritos, y como lunares y defectos las máximas ó proverbios de Salomon! ¿Por ventura nos parece este inferior á Sócrates? *¿An præ Socrate nobis putet Salomon?*

»¿Cuál es la causa de esa depravacion del buen sentido y del buen gusto? Si hemos de ser ingénuos, tenemos que confesar que es efecto de la educacion: *Hoc accepimus.* Hásenos dicho que las frases y palabras de los paganos son cultas y de buen gusto, y las de los cristianos groseras y bárbaras; pero podeis creerme: quien nos persuade de tales cosas, seduciendo nuestros oidos, es el Pa-

ganismo. Nosotros somos cristianos solo de nombre: *Titulo duntaxat sumus christiani.* Nuestro cuerpo se purificó por medio de las aguas del bautismo, pero nuestra alma permanece impura; la cruz brilla en nuestra frente, pero nuestro espíritu se avergüenza de ella; confesamos á Jesucristo con los lábios, pero llevamos en nuestro corazon á Júpiter y á Rómulo: *Christum ore confitemur, sed Jovem et Romulum gestamus in pectore.* Ved, pues, hasta qué punto nos estravian en materia de literatura nuestra imaginacion paganizada y nuestros sentimientos poco cristianos: *Tantum de vocibus imponit nobis imaginatio paganica.*

»Por lo que hace á las artes, todavia damos un espectáculo mas triste. En efecto, nos quedamos asombrados y estáticos al ver una estátua de los antiguos demonios y hasta al contemplar un solo fragmento de cualquiera de ellas, y miramos con desden una efigie de Jesucristo ó de los santos! Admiramos una inscripcion ó un epitafio grabado en cualquier lápida antigua, carcomida por el tiempo, y aunque llena de Paganismo y hasta vacía de sentido, la besamos, la veneramos y casi llegamos á adorarla, al paso que nos burlamos de las reliquias de los Apóstoles! Nos envanecemos con tener en alguna medalla el busto de Hércules ó de Minerva, de la Fortuna ó de la Victoria, de Alejandro ó de cualquiera de los Césares, y tratamos de supersticiosos y ridiculizamos á los que conservan, como objetos preciosos, imágenes de los santos ó madera de la verdadera Cruz!

»Si por casualidad habeis visitado en Roma los museos de los *ciceronianos*, quiero que me digais si haceis memoria de haber visto en ellos alguna estátua de Jesucristo ó de los Apóstoles, pues estan llenos todos de monumentos del Paganismo: *Paganismi monumentis plena reperies omnia.* Júpiter convertido en lluvia de oro y seduciendo á Dánae, llama mejor nuestra atencion que el án-

gel Gabriel anunciando á la Vírgen María el misterio de la Encarnacion; Ganimedes, arrebatado al Olimpo por el águila de Júpiter, nos deleita mucho mas que la Ascension de Jesucristo á los cielos, y nuestros ojos se fijan con mas placer en las fiestas obscenas y torpes de Baco y del dios Término, que en Lázaro resucitado ó en el Hijo de Dios bautizado por San Juan! Ved, pues, los misterios que se ocultan con el velo del amor y admiracion por la bella antigüedad, pretestos que sirven para tender lazos á los simples y para seducir á la juventud inocente: *Insidiæ tendantur simplicibus et fraudem idoneis adolescentibus*. No atreviéndonos á hacer pública profesion de Paganismo, nos disfrazamos con el nombre de ciceronianos: *Paganitatem profiteri non audemus, Ciceroniani cognomen obtendimus* (1).»

No tenemos noticia de que se haya escrito nada mas vehemente contra la enseñanza clásica que los párrafos que acabamos de trascribir. El usar semejante lenguaje es, segun nuestros adversarios, insultar á la Iglesia, y sin embargo, el *ciceroniano* no ha sido nunca objeto de ninguna crítica ni censura eclesiástica, al paso que sí lo han sido muchas de sus obras. En una de ellas en que se revela el espíritu del Renacimiento, Erasmo, *cristiano á pesar suyo*, va mas lejos todavía y pide, como los Padres de la Iglesia, que los Sagrados Libros sean los primeros clásicos de la juventud. «Si quereis seguir mis consejos, poned en manos de los niños los Proverbios de Salomon, el Eclesiástico y el libro de la Sabiduría, y despues el Evangelio: *Proponet Proverbia Salomonis, Ecclesiasticum et Librum Sapientiæ... Mox Evangelia* (2).»

(1) Hemos cercenado mucho de lo que dice Erasmo, y de ello se hallará un análisis mas completo en nuestro *Prefacio á las Epistolas de S. Bernardo*, un vol. en 18.°

(2) *Instit. Princip.*

CAPITULO IV.

SIGLO XVI.

Luis Vives.—Señala un rompimiento en la enseñanza.—Demuestra el peligro de los autores paganos.—Scioppio.—Manifiesta las precauciones que tomó para que no le corrompiera la enseñanza clásica.—Precauciones desconocidas hoy.—A pesar de todas ellas llegó á hacerse estóico.—Otras reclamaciones.—El mismo Leon X conoce el peligro.—Adriano VI.—Combate vigorosamente al Renacimiento y á los Renacientes.—Paulo II imita á su predecesor.—Conducta de los demás Pontífices.—Melchor Cano.—Protesta contra el estudio de los autores paganos despues de probar el peligro que ofrecen.—El P. Fr. Luis de Granada deplora la pérdida de las almas causada por la enseñanza pagana.—Bonifacio prueba que empobrece la razon; el Mariscal de Tavannes dice que conduce al regicidio, y Montaigne evidencia que nos hace paganos.

Luis Vives, émulo de Erasmo en latinidad y compañero suyo en Renacimiento, hace notar el trastorno profundo que sufrió la enseñanza despues de la entrada de los Griegos de Constantinopla, demostrando que hasta entonces no se estudiaba el griego ni se sabia el latin, ni se hacian amplificaciones ni narraciones retóricas, sacrificándolo todo á la idea, y que se habia llegado á cobrar tal aversion á los autores paganos, que se deseaba que se perdieran todos (1).

Despues de haber lanzado esta acusacion contra la Edad media, entona el himno obligado en honra del Renacimiento; pero dominado despues, como Erasmo, por el espíritu cristiano, herencia inestimable de aquellos si-

(1) *De corrup. disciplin.*, t. I, lib. I, p. 47. Lyon, 1551.

glos que él califica de bárbaros, hace notar los terribles peligros que ofrece el estudio de los autores paganos. « Por esta razon, dice (aludiendo sin duda á la Constitucion apostólica), nos prohibió el Señor, que conoce nuestra debilidad y las ocultas emboscadas del demonio, que tuviéramos comunicacion con el Paganismo: *Vetuit ne quid penitus nobis esset cum illo comercii.* Tal vez no sea peligroso para algunos ese comercio; pero lo que constituye un peligro comun debe prohibirse por medio de una ley general: *Commune periculum in commune prohibetur;* y ningun hombre de buen sentido ignora que la educacion cristiana solo puede verificarse con autores cristianos: *A christianis christiane.* »

Cediendo, sin embargo, al gusto de la época, habla de emplear en ella los autores profanos; pero exigiendo, como nosotros, una espurgacion severa, y maestros piadosos y prudentes que guien á los demás por tan peligroso camino. Como nosotros, quiere tambien que los jóvenes estén provistos de un antídoto *(præmunitus antidoto);* que no se les dé á conocer mas que lo estrictamente necesario, y que se ponga sumo cuidado en apartar á los escolares del autor, cuyos escritos propendan al desarrollo de su defecto dominante; es decir, de Ovidio al voluptuoso; de Marcial al satírico; de Ciceron al vanidoso, etc.

Insistiendo Luis Vives con vigor en consignar estas precauciones, muy difíciles de practicar y que para nada las tiene en cuenta la educacion, añade: « Es preciso tener presente que la sabiduría profana está llena de falsedades, y que viajar por terrenos paganos es caminar entre espinas y respirar los venenos mas nocivos y los miasmas mas pestilentes: *Meminerit se per gentiles iter facere, id est, inter spinas, inter toxica aconita et pestes præstantissimas* (1). » No creemos que sea posible señalar con

(1) Lib. III, p. 286.

mas vigor el peligroso contrasentido de una educacion literaria, que consiste en el estudio casi esclusivo de los autores paganos.

Scioppio, rey de los eruditos *(eruditorum rex)* se expresa en el mismo sentido que Vives, y su testimonio es de tanto mayor peso, cuanto se funda en su propia esperiencia. Colocado por las exigencias de la educacion clásica en medio de los venenos y miasmas pestilentes del Paganismo, no tardó en experimentar los funestos efectos de la atmósfera corrompida en que vivia. Oigamos ahora las precauciones que el virtuoso jóven tuvo que tomar para neutralizarla y conservar sus costumbres comprometidas con la lectura de sus autores clásicos. «Maceraba mi cuerpo, dice, por medio de una rigurosa dieta; en Alemania ayunaba dias enteros; en Roma renuncié por completo al vino, carne, huevos y pescado, y no hacia mas que una comida al dia, que se componia de manjares muy comunes, y tanto en invierno como en verano mi cama se componia de dos tablas y una almohada (1).»

¡Y hay quien se atreve á decir que es moral un sistema de enseñanza que justifica semejantes austeridades para preservar las almas de la muerte, y que atacándole se ultraja al sentido comun y se injuria á la Iglesia!

¿Cuál fué el resultado de esas precauciones escepcionales y completamente desconocidas de la juventud estudiosa? Scioppio confiesa que, á pesar de las salvadoras barreras de que procuró rodearse, vino á estinguirse casi enteramente en su alma el espíritu del Cristianismo. «Llegué, dice, á vivir como un estóico y no como cristiano, y solo por medio de la lectura de un libro piadoso pude salir del naturalismo que me dominaba: *Etiamnum abesse oporteret, nisi, genio meo propitio, in Fr. Coster libellos incidissem.*»

(1) Hypobol., p. 250.

Otras mil voces se dejan oir para indicar el peligro que corren la religion y la sociedad por el hecho de despreciar los siglos cristianos y profesar un fanático entusiasmo por la antigüedad pagana. Ellas anuncian á la Europa que el afan de resucitar la literatura, las artes y la filosofía del Paganismo greco-romano, rompe las grandes líneas de su civilizacion; que deja de tener existencia propia, y que introduce en su seno un elemento nuevo, cuya presencia tiene que ser causa perpétua de luchas, decadencia y catástrofes, muchas de las cuales nos son harto conocidas. Los cinco tomos de *La Revolucion* publicados hasta hoy, no son mas que ecos de esas voces proféticas. No recordaremos aquí las enérgicas palabras del príncipe de Carpi que frecuentaba la corte de Leon X., ni las de la universidad de Colonia, ni las del protestante Gentillet, ni las de los historiadores de Thou, Mezerai y de Laplanche, ni las del célebre Beda, doctor de la Sorbona, ni las del P. jesuita Pallavicini dirigidas á Leon X, ni las de otros infinitos.

Este Papa, criticado públicamente y sin contradiccion por el historiador del concilio de Trento, no fué el último en conocer el estravío padecido por la Europa cristiana bajo la accion del Renacimiento. «El movimiento nuevo, dice Mr. Charpentier, producido por el estudio de la antigüedad, y la atrevida crítica que impugnaba alternativamente los dogmas y las instituciones, llamaron la atencion hasta de los hombres menos reflexivos. Roma y los príncipes trataron de poner los medios de detener, si era posible, la revolucion que se verificaba en las ideas. Leon X habia sido deslumbrado por el brillo de la literatura profana; pero su vista penetrante llegó á entrever el peligro, y ya el concilio de Letran en su sesion octava, contestando á las dudas que la filosofía platónica introducia en las grandes cuestiones, habia proclamado co-

mo dogma la inmortalidad del alma. Otros hechos menos notables prueban tambien que la solicitud de Leon X iba saliendo de su letargo (1).»

Tal es, pues, reducida á su valor histórico, la autoridad de dicho Pontífice, que se complacen algunos en invocar en favor del Renacimiento y de la enseñanza de los autores paganos. Si á la vez lo tenemos en favor y en contra nuestra, su sucesor Adriano VI figura sin disputa entre nuestros mas ilustres antepasados. Este escelente Papa, enviado por Dios para contrarestar la imponente invasion del Paganismo, se mostró digno de su mision. Hombres y cosas, todo le repugnaba en el Renacimiento.

Uno de los primeros actos de su pontificado fué retirar las pensiones concedidas por su predecesor á los Griegos que habian venido de Constantinopla. Su antipatía contra ellos y sus discípulos se manifestaba en todas ocasiones, pues le hacian considerar como sospechosas su fe y sus costumbres, el lenguaje pagano que usaban y el entusiasmo que ostentaban por la antigüedad (2). Para él no eran cristianos, sino *terencianos*, y constantemente fué irreconciliable adversario de todos ellos: *Omnibus litteratis inimicitias minitaretur* (3). Así como su divino Maestro lanzó fuera del templo á los vendedores, así él echó fuera de Roma á los Renacientes, que deshonraban con sus lecturas, poesías y pinturas el centro del Catolicismo. Unos se condenaron voluntariamente al destierro; otros, perseguidos mas de cerca, huyeron por las ventanas de sus casas, y otros en fin, se escondieron en lugares retirados: *Quos, cum odisse atque etiam persequi cœpisset, voluntarium alii exilium..... alii latebras quærentes latuere.*

(1) *Hist. del Renac.*, t. II, p. 158.
(2) Paul. Jov., *In Adrian.*, p. 277.
(3) Pier. Valer., *De litter. infelicit.*, lib. II.

No era menor el horror que le inspiraban las obras todas del Paganismo. Si le querian hacer que fijára la atencion en alguna de aquellas estátuas antiguas, inoportunamente colocadas en el Vaticano, apartaba la vista á otro lado, y decia que todas ellas no eran mas que simulacros de la impiedad pagana que él reduciria á cal (1).

La guerra duró tanto como el pontificado de tan santo Papa. «Si hubiera vivido mas tiempo, dicen los Renacientes contemporáneos, hubiera vuelto á sumir el mundo en la barbarie gótica: *Si aliquanto diutius vixisset, gottica illa tempora adversus bonas litteras videbatur suscitaturus* (2). «Un beneficio del cielo, añaden, libró de él á la tierra en el año segundo de su pontificado.» ¡Miserables! Lo que ellos se atreven á llamar beneficio del cielo fué, si hemos de creer al rumor público, un crímen abominable. El digno sucesor de S. Pedro, no solo destruia los ídolos y perseguia á los fanáticos restauradores de la antigüedad pagana, sino que se preparaba tambien á atacar con vigor las iniquidades sin ejemplo causadas por la restauracion del Paganismo. Deciase que iban á publicarse bulas terribles, y los Renacientes se hallaban muy asustados.

De repente muere el Pontífice, y al dia siguiente de su fallecimiento aparece colgada en la puerta de la casa de su médico una corona de hojas de árbol, con la siguiente inscripcion en abultados caractéres: «Al libertador de la patria, el Senado y pueblo romano: *Liberatori*

(1) Ornamenta insignia picturæ et statuarum priscæ artis, nequaquam magni fecit, adeo ut Vianesto, Bononiensium legato commendante statuam Laocoontis, quam in Velvederii viridariis Julius ingenti prætio emptam ad loci dignitatem collocarat, aversis statim oculis tanquam impiæ gentis simulacra vituperet. — Paul. Jov., *In Adrian.*, p. 277. — Véase *El Princ.* de Balzac, c. XII.

(2) Pedro Valeriano, *De litterat. infelicit.*, lib. II. — Paul. Jov., *ibid.*, p. 281.

patriæ, S. P. Q. R. (1).» El médico no protestó contra esta demostracion. Así perdieron la Iglesia y la sociedad al gran pontífice que «con una rudeza algo brusca, dice M. Charpentier, pero dominado de un sentimiento católico, vió y condenó en la rehabilitacion indiscreta de la antigüedad la *restauracion misma del Paganismo* (2).»

No se mostró Paulo II menos hostil al Renacimiento y á su enseñanza; pues para él, lo mismo que para su predecesor, los literatos, y sobre todo los poetas, eran envenenadores del alma y profanadores del Cristianismo. «Este buen Papa, decia Balzac, creia que todos los poetas que habia en Roma no eran cristianos, aunque se contaban entre ellos varios sacerdotes y religiosos. Persuadiéronle, ó él llegó á persuadirselo (3), que tenian conciliábulos de noche, y que en su corazon adoraban los falsos dioses, así como los invocaban en sus poemas. Nuestros domésticos creen casi lo mismo, y tratan á nuestros amigos de allende los montes de impíos y paganos. Lo bueno es que no son príncipes soberanos, y esto nos vale (4).»

El hecho es que Paulo II disolvió la academia de Calímaco, cuyos indivíduos fueron en su mayor parte reducidos á prision, logrando algunos hallar su salvacion en la fuga. Estos nuevos ciudadanos de Roma y Atenas, fanatizados por su educacion, conspiraban contra la vida del Papa, y en la capital misma del Catolicismo soñaban con la restauracion del politeismo antiguo. Uno de sus jefes, Pomponio Leto, se arrogaba el título de soberano Pontífice, como lo prueba una inscripcion grabada en las paredes de una gruta donde celebraban sus tenebrosas asam-

(1) Pier. Valerian., *De litter. infelicit.*, lib. II.—Paul. Jov., *ibid.*, p. 284.
(2) T. II, p. 159.
(3) Con razon, segun lo hemos demostrado en *El Racionalismo*.
(4) Balzac, t. I, p. 652.

bleas. «Los Papas, dice Charpentier, que hubo desde entonces, siguieron protegiendo las letras, pero solo las sagradas; y también las artes, pero esforzándose en darles cierto carácter cristiano (1).

Entre tanto el mal producido por el Renacimiento causaba inmensos estragos. Los literatos racionalistas de Italia habian puesto el huevo, y Lutero lo habia empollado: *Ego peperi ovum, Lutherus exclusit.* El manto de la Iglesia habia sido desgarrado por el cisma y la herejía, y la iniquidad era general. Necesitábase, pues, una reforma, y al efecto convocó Paulo IV el concilio de Trento.

Melchor Cano, uno de los mas célebres teólogos de aquella augusta asamblea, protestó enérgicamente contra el estudio fanático de la filosofía y literatura paganas, haciendo notar sus desastrosos efectos: «Los Santos Padres, dice, condenan á los que prefieren la filosofía al Evangelio, y á aquellos que reputan á Averroes igual á S. Pablo, Alejandro de Afrodisia á S. Pedro, y Aristóteles á Jesucristo, y creen que Platon es un Dios: *Non divinus sed Deus.* La Italia, sobre todo, abunda en hombres de esta clase, que despreciando las sagradas letras, se adhieren á las doctrinas de aquellos filósofos, y amarrando su barquilla á la roca de las Sirenas entonan cánticos, no en alabanza de los profetas, apóstoles y evangelistas, sino de Ciceron, Platon y Aristóteles. Los que se dedican demasiado á la literatura pagana, se llenan pronto de errores, de que difícilmente se los puede apartar: *Qui vix elui possunt;* dando por lo tanto motivo al decreto del concilio de Letran. Hay, sin embargo, entre nosotros una ley tres veces santa, que prohibe semejantes estudios fuera de cierta edad, permitiéndola á los adolescentes y no á todos, sino á aquellos que dan muestras de tener mas talento (2).»

(1) Véase el *Racionalismo.*

(2) *De locis theologicis*, lib. IX, c. IX.

En la misma época otra voz, no menos autorizada que la de Melchor Cano, hacia notar, como nosotros, los estragos producidos por la lepra pagana, comunicada á la Europa cristiana por el Renacimiento. El primer efecto de esa enfermedad vergonzosa es el que S. Agustin y S. Jerónimo esperimentaron en sí mismos, y que es inevitable, tanto, que puede verse hoy reproducido en mayor escala en las generaciones de los colegios de cuatro siglos á esta parte: hablo de la aversion á la literatura cristiana y á la Sagrada Escritura. Oigamos á uno de los mas profundos ascéticos del siglo XVI y á uno de esos hombres de Dios, cuya palabra es una autoridad.

«La sabiduría mundana, dice Fr. Luis de Granada, llena de vanidad el corazon, y la de Dios le inflama en caridad. Si cuando Dios mismo me enseña su palabra, me aparto de él para recurrir á maestros del siglo y de la tierra, injurio al divino Maestro y desprecio su doctrina: cuando la considero inferior á la de los hombres, prefiero la de estos á la suya. Si no fuera tan grande el número de los que caen en semejante error, tendríamos menos motivo de queja; pero ¿qué habré de decir cuando casi el mundo todo vive de tamaño abuso? Se dice que de cada tres navíos que pasan el estrecho de Magallanes, perece uno cuando menos; pero en el estrecho de que hablo, apenas se salva uno de cada ciento.

»¡Cuántos estudiantes cuenta hoy el mundo, y cuán pocos discípulos Jesucristo! Apenas han abierto los ojos para conocer á Dios, cuando ya se abandonan á la lectura de los filósofos y de las letras humanas, sin oir en muchos años pronunciar el nombre de Jesucristo, ni una sola palabra de su doctrina! Deberíamos considerar tales estudios como una gran calamidad y una desgracia en nuestra vida, si meditáramos las palabras de S. Gregorio Nacianceno, cuando dice, que las ciencias y raciocinios pa-

ganos, semejantes á las plagas de Egipto, han penetrado en la Iglesia para castigo de nuestros pecados (1).»

Pero lo que mas escita su dolor, así como el nuestro, es el ver que se alimenta á la infancia con tan ponzoñosa leche, en vez de reservar para una edad mas avanzada el estudio de las cosas paganas. «Ya que la miserable condicion de nuestro siglo, continúa diciendo el piadoso y sábio escritor, nos reduce á tal necesidad, sería conveniente al menos aguardar á una época mas propia, y esperar á que el que se dedica á tal estudio estuviera preparado por medio de virtudes que le hicieran sobrellevar fácilmente semejante tarea. ¿Mas quién podrá ver sin estremado dolor que cuando una alma es tierna todavía, y no hace mas que principiar á gustar la dulzura de Jesucristo, se la aparta de sus pechos y se ponen en su boca los de los paganos, en los que no halla mas alimento que argumentos y sofismas? ¿Qué viene á ser, decidme, todo esto, si debidamente se considera, mas que hacer lo que el cruel Faraon hacia para destruir el pueblo de Dios, cuando mandaba sumergir en el Nilo á todos los hijos varones que nacieran? ¿No es esto lo que vemos hoy, cuando apenas un alma ha principiado á renacer en Jesucristo y á adquirir algun vigor en este nuevo ser que recibe, se la sumerge en esas aguas en que se ahoga y pierde todo el espíritu de devocion que antes habia llegado á adquirir (2)?»

El estudio del Paganismo no solo estingue la piedad y el espíritu cristiano, sino que además empobrece la razon y crea generaciones de utopistas. Así lo advertia, hace tres siglos, Baltasar Bonificio, cuando decia: «En las escuelas de nuestra época, nuestros hijos se hacen completa-

(1) *Tratado de la Oracion*, p. II, parr. 8.°, c. IV.
(2) *Idem ibid.*

mente estólidos *(pueri nostri hodie in scholis stultissimi fiunt)* por la razon de que no se les enseña nada que sea aplicable á nuestro estado actual. Creemos haber hecho una gran cosa en su favor cuando les damos, como dice el Apóstol, maestros que les aturden los oidos, y que con su enseñanza apartan sus entendimientos de la verdad y los apasionan por las fábulas: *A veritate quidem auditum avertant, totoque animo ad fabulas convertantur* (1).»

Además de la aversion al Cristianismo y del empobrecimiento de la razon, fruto del estudio de los autores paganos, produce este la glorificacion de las teorías revolucionarias y conduce al regicidio. El mariscal de Tavannes, uno de los hombres de Estado mas eminentes de su siglo, se espresa en estos términos: «Las traducciones de *Herodoto*, *Plutarco*, *Apiano y Tito Livio* han contribuido á fomentar en Europa las guerras civiles. Ha habido alguno que hubiera querido ser *César* para trastornar ó cambiar el estado de las repúblicas; otros hubieran deseado ser *Brutos* ó *Timoleones*, para matar á los tiranos... (2).»

Montaigne declara terminantemente con su natural franqueza, que la enseñanza clásica hace pagana á la Europa. «Atendida la manera de educarnos é instruirnos, dice, no es estraño que maestros y discípulos no lleguen á ser muy hábiles por mas que se hagan eruditos. Es indudable que nuestros padres solo hacen esfuerzos para llenarnos la cabeza de ciencias, sin pensar para nada en la virtud y el sano juicio. Se nos han puesto en las manos para estudiar, no los libros de opiniones mas sanas y verdaderas, sino aquellos que contienen mejor griego y latin, y por medio de bellas y sonoras palabras, se nos han

(1) *Hist. Ludicr.*, lib. III, c. XVII, p. 104.
(2) *Memorias de Saulx-Tavannes*, etc.

infiltrado los mas *vanos humores de la antigüedad* (1).»

¿Hemos dicho mas que esto nosotros, ó los que con nosotros protestan contra la enseñanza pagana? ¿No justifica tristemente la esperiencia sus palabras y las nuestras?

(1) Ensayo, etc.

CAPITULO V.

SIGLO XVI.

El concilio de Trento.—Su programa de estudios.—Para nada habla de los autores paganos.—Silencio elocuente.—Regla VII del Indice.—Expurgacion de los autores paganos posterior al concilio.—San Cárlos.—Su conducta.—El P. Curci.—Uso *discreto* de los autores paganos.—Lucha contra el Renacimiento.—Pico de la Mirándula.—Fabricio.—Crispo.—Budeo.—Protesta este último contra el Renacimiento, fomentado antes por él.—Sus efectos, á saber: desden hácia los estudios cristianos, indiferencia en materia de religion, impiedad y sensualismo.—Vanidad de la belleza literaria, que no es mas que un lazo de Satanás.—Justas inquietudes de Budeo sobre el porvenir.

El pontificado, que por conducto de Adriano VI y Paulo II, se habia apresurado á verificar una reaccion contra el Paganismo, convocó el concilio de Trento, cuyo principal objeto fué combatir las herejías y reformar los abusos. Naciones enteras se habian estraviado por haberse dejado guiar por ciegos, y el mundo se habia llegado á corromper por haberse desvirtuado la sal de la tierra. ¿Cuál fué, pues, la causa de todo esto?

La educacion forma el hombre, y el hombre la sociedad. La augusta asamblea conocia mejor que nadie este aforismo, y por lo tanto fijó especialmente sus cuidados en la educacion de la juventud clerical, que debia llegar á ser la sal de la tierra y la guia de las generaciones. El concilio, pues, teniendo presente la esperiencia de todos los siglos, partió del principio de que la juventud es por naturaleza inclinada al mal, y manifestó que, sin una educacion completamente cristiana que la forme para la virtud desde sus mas tiernos años *(a teneris annis)*, es casi

un milagro de la omnipotencia de Dios que persevere en la regularidad de la via eclesiástica: *Nunquam perfecte, ac sine maximo ac singulari prope modum Dei omnipotenti auxilio, in disciplina ecclesiastica perseveret* (1).

¿Cuál es por lo tanto la educacion que el concilio prescribe? La misma que en todos tiempos prescribió la Iglesia y muy especialmente el concilio de Letran. Así que los Padres del de Trento apoyan su decreto en la base inmutable de la tradicion. ¿Qué estudios se ordenan para los clérigos y qué autores se les indican? «Estudiarán, dice el concilio, la gramática, el canto, el cómputo eclesiástico, y otras buenas ciencias; la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos y las homilías de los Santos (2).»

Obsérvese que no se dice una palabra acerca de los autores paganos, que el concilio de Trento no se digna nombrar siquiera, como no los nombró el de Letran, y su silencio es harto elocuente. El concilio quiere una educacion que ponga un dique á las pasiones nacientes de la juventud, y que desde los mas tiernos años forme el corazon para la piedad y la religion *(ad pietatem et religionem)*, sin que para ello indique, como libro de clase, ningun autor pagano. ¿Es esto, por ventura, una prueba de que los autores paganos oponen un dique á las pasiones de la juventud, y *forman el corazon* para la piedad y la virtud?

No es solo esto. Si, como pretenden algunos aun hoy dia, son indispensables los autores paganos para formar el espíritu y el gusto de la juventud cristiana; si son además los verdaderos y los únicos buenos modelos de literatura, elocuencia y poesía, y por consiguiente la fuente necesaria ó cuando menos la mas fecunda del desarrollo

(1) Sess. XXIII, c. XVIII.
(2) *Ibid.*

intelectual, ¿por qué el concilio no aconsejó su estudio? ¿Por qué en su plan de educacion eclesiástica solo nombra autores cristianos? ¿Quiso por ventura la augusta asamblea constituir al clero en un estado permanente de inferioridad con respecto á las demás clases del Estado, en el hecho de no recomendarle ni indicarle siquiera el verdadero medio de llevar el cetro en la república literaria como lo lleva en la Iglesia?

Para que pudiéramos contarle en el número de nuestros predecesores, quisiérais sin duda que hubiera protestado mas directamente contra el estudio clásico de los autores paganos, tan funesto segun nosotros; pero semejante pretension solo puede fundarse en la ignorancia de la historia. El estudio de la antigüedad, por lo que respecta á los niños, no hacia mas que principiar en la época en que tuvo lugar el concilio de Trento, y como era únicamente local, no podian todavía conocerse sus efectos. El programa generalmente observado para las clases inferiores era el tradicional, confirmado por el concilio de Letran. Erasmo, Ramus, Budeo, Filelfo y otros muchos, atestiguan que en su época comenzaron á introducirse los autores paganos en las clases de gramática. Dicha introduccion, pues, fué muy lenta en realizarse (1).

Sin embargo, nada se ocultó á la solicitud de la augusta asamblea, pues conociendo la costumbre que trataba de introducirse, ordenó espresamente en la regla VII del *Indice*, que bajo ningun pretesto se obligára á los niños á estudiar los libros lascivos ú obscenos del Paganismo: *Nulla tamen ratione pueris prælegendi erunt*. Esto era lo mismo que prohibir á un tiempo todos los autores

(1) Por lo que hace al estudio apasionado de la filosofía y poesía paganas, que se estudiaban en las universidades, el concilio de Trento nada dice, en atencion á haber sido anteriormente reprobado por el de Letran, y á que subsistia en su fuerza y vigor la prohibicion.

de la antigüedad, puesto que casi todos tratan, refieren ó enseñan cosas lascivas ú obscenas: *Tractant, narrant, aut docent.*

Cierto es que el testo dice *ex professo;* mas para estar dentro de la prohibicion, creo que no es necesario que desde la primer hoja del libro hasta la última, se refieran ó enseñen directamente cosas obscenas, sino que basta que bajo una ú otra forma las contengan algunas de sus partes. El celo de la Iglesia en conservar la fe y costumbres de la juventud, autoriza demasiado esta interpretacion, que nuestros mismos adversarios toman por regla de su conducta. Nos complacemos en creer que en este momento no habrá uno solo que quiera se lean en las clases las obras completas de los poetas paganos y las de varios de los que escribieron en prosa. El concilio, sin embargo, no hizo escepcion alguna, ni habló de *espurgaciones*, que entonces no existian (1); pues no preveia que para hacer admirar las *obras maestras* de la antigüedad, se concibiera la idea de mutilarlas y de cubrir con un velo algunas de sus partes. Así es, que prohibió pura y simplemente que se obligára á los niños á estudiar, no los pasajes, sino los libros *qui res lascivas tractant.*

Así, pues, el uso *discreto* de los autores paganos, invocado tantas veces en la cuestion magna de los clásicos, es, como la *espurgacion* para uso de los niños, una invencion posterior al concilio, acerca de la cual nada pudo

(1) «Despues del concilio de Trento (dice un sábio moderno) y para conciliar su prohibicion con la enseñanza de la bella antigüedad, se dió en la idea de *espurgar* los escritores griegos y latinos, y de poner solo *estractos* de ellos en manos de los niños. Hasta entonces no se habia conocido el remedio de la espurgacion, y la prueba de esto es perentoria, pues admitiendo, como quieren algunos, que la Edad media puso en manos de los niños, no manuscritos, pues era de todo punto imposible, sino fragmentos de manuscritos paganos, no es creible que lo hiciera sin corregirlos ni espurgarlos. Por consiguiente, aun está por descubrir el primero de esos manuscritos espurgados.»

decidir. Quisiéramos por otra parte saber qué entienden nuestros adversarios por uso *discreto* de los autores paganos. San Cárlos, que desgraciadamente lo ignoraba, pero sin duda conocia perfectamente la idea del concilio de Trento, se apresuró, luego que volvió á su diócesi, á desterrar de la enseñanza literaria los autores paganos, ejemplo que imitaron varios santos obispos. «Trataron, dice el P. Curci, de abolir en las escuelas los autores paganos, por temor de que las almas tiernas de los jóvenes se imbuyeran demasiado en las ideas del Paganismo (1).»

Si llamais discreto al uso que se ha hecho de dichos autores antes y despues del concilio de Trento, yo os diré que produjo el Racionalismo, como lo asegura M. Cousin; y el Protestantismo, como lo demuestran Jurieu y Mélanchton; y el Cesarismo, como lo prueba Maquiavelo; y el Volterianismo, como nos lo dicen Mably, Voltaire y Montesquieu; y la Revolucion francesa, como ella misma lo proclama. Ese uso discreto, segun el Padre Grou, de la Compañía de Jesús, ha paganizado la Europa y ha reproducido y perpetuado en el mundo moderno las antiguas teorías de la democracia y del regicidio, como lo confiesan todos los revolucionarios de nuestros dias. ¿Es este un uso discreto por ventura? Tiempo es ya de decirlo, pues el sembrar en la discusion términos vagos, no es ilustrarla sino embrollarla y oscurecerla. Para entenderse, es preciso definir las palabras. Entre tanto no se hace así, continúo mi genealogia.

El Renacimiento seguia hallando en todas partes una

(1) Respuesta al *Jesuita moderno*. El temor harto fundado de ver á la juventud milanesa tomar el camino de las universidades y gimnasios protestantes, en los que reinaban Homero y Virgilio, obligó á San Cárlos á modificar su primer plan. De aqui la mezcla que se advierte en sus programas de estudios.— *Act. Eccles. Mediolan.*, t. I, p. 3, 72, 73, 172, 720; t. II, p. 860.

viva oposicion. Pico de la Mirándula (tio) reclama con energía contra la interrupcion de la cadena tradicional de la enseñanza. Jorge Fabricio declara que el enviar los niños á la escuela de los autores paganos, es cometer para con ellos el pecado de escándalo anatematizado por Jesucristo. «Yo tambien, dice, tengo por inútil y perniciosa *(inutilem et perniciosam)* esa educacion que pulimenta el lenguaje, pero que corrompe las almas *(in qua excolitur sermo, corrumpitur animus)* y que solo da á la sociedad habladores elegantes é impíos (1).»

El célebre Cripsipo denunció en Roma el Renacimiento como causa principal de los males de la Europa *(hinc nostri prima mali labes)* obteniendo por ello la aprobacion y elogios de la autoridad. Despues de haber protestado con mas energía que nosotros mismos, contra la infatuacion por el Paganismo: «Es preciso, dice, que nos sirvamos de los autores paganos como de la víbora, cuya cabeza despues de aplastada se emplea para curar sus picaduras: *Remedium bestiæ carnem adhibere* (2).»

En la corte misma de Francisco I se formó una liga poderosa para desterrar los autores paganos y relegarlos á las tinieblas en que los tuvo sumidos la Edad media, en la cual figuraban doctores ilustres por su ciencia y virtudes. Al momento los humanistas se asustaron, y con una habilidad, cuyo secreto legaron á sus sucesores, promovieron intrigas, fingieron miedo en punto á la conservacion de las luces, pusieron en conmocion á la plebe clásica, y con un lenguaje que no ha variado nunca, trataron á sus adversarios de perversos *(perversi quidam homines)* y dignos de especial odio y vituperio: *Majore odio digni graviusque vituperandi* (1).

(1) *Poet. Veter.*, etc. Præf. p. 4.
(2) *De ethnicis phil. caute legend.*, 1594.
(3) Dion. Lamb. *Præf. ad Car. IX.*

Sus clamores dieron por resultado que no fueran escuchadas las voces proféticas; pero estas continuaron haciéndose oir, y los legos mas eminentes unieron sus protestas y quejas á las de los obispos y teólogos. Entre los hombres de gran mérito que previeron el término fatal á que el estudio de los autores paganos podria conducir á la Europa, hubo uno cuya opinion es de tanto mayor peso, cuanto habia sido, como Erasmo, un ardiente propagador del Renacimiento.

He aquí las graves advertencias que hace á Francisco I, á la Europa y á las naciones modernas en una obra célebre, fruto de la reflexion y de la esperiencia: «Harto me pesa, dice, de haber por tan largo tiempo descuidado el estudio de las letras cristianas. Necesario es unir la enseñanza literaria y filosófica cristiana, pues de otro modo las obras del ingenio humano no serán mas que un comercio de palabras y una feria ridícula de ideas vacías de sentido. No es conveniente detenerse ante la aparente rudeza del lenguaje cristiano, ni arredrarse por su aspecto severo, pues en penetrando mas en el fondo, se hallarán tesoros de belleza y elegancia. La literatura cristiana es una cadena de oro, que baja desde el cielo á la tierra para conducirnos al primero.

»Es muy urgente hacer una reforma en la enseñanza, estudiando los autores cristianos antes que los paganos; de lo contrario pereceremos, pues llegaremos á olvidar la sabiduría cristiana, que es la única verdadera é indispensable, y la única que conserva las costumbres y las letras que son espresion suya. ¿Cómo al ver lo que está pasando, dejaremos de deplorar amargamente la indiferencia de los literatos de nuestra época, indiferencia hija del culto idolátrico de la literatura pagana, que llega hasta la impiedad y á la negacion de las verdades fundamentales de nuestra religion santa?

«De tal modo han venido á prevalecer las ideas paganas, que los hombres de ingenio se burlan de la Biblia y la desdeñan; hacen estensiva su irrision á las prácticas religiosas y á la liturgia; se burlan de su prosa y de sus himnos, y consideran los salmos como rapsodias. ¿Somos cristianos ó no? ¿Por qué afectamos esterioridades de tales, si es pagano nuestro corazon? ¿Cómo, si este es cristiano, habremos de esplicar nuestro desprecio pagano hácia las formas esteriores del culto? Es tal hoy dia el abuso que se hace del estudio de los autores paganos, que muchos escritores elegantes y humanistas de primer órden, no cesan de injuriar y menospreciar el dogma de la libertad humana y sus defensores, afirmando que en los libros de teología no se hace mencion del libre albedrío y de la justicia divina sino por burla y entretenimiento, y tanto les agradan estas simplezas, que las repiten mil y mil veces.»

Nuestro ilustre predecesor, con la superioridad del genio que ve desde muy lejos, porque su mirada se estiende desde lo alto, denuncia á la Europa cristiana la restauracion del elemento pagano como fuente y orígen de todos los males que desde entonces ha consignado la historia. «Solo Dios sabe, añade, los desastres que nos amenazan. El culto esclusivo de los autores paganos produce la ignorancia de las buenas doctrinas y destruye las virtudes, y por consiguiente, es preciso emplear medios enérgicos para conjurar los inminentes peligros que todo cristiano está en el caso de prever. ¿Qué será de la ciudad de Dios, si despreciando todas las glorias y bellezas religiosas y literarias del Cristianismo, se nos hace adoptar la sabiduría pagana y se nos reduce á practicar las costumbres de la antigüedad? Veremosla convertida en un laboratorio de desenfrenada licencia, en un asilo de inmoderados placeres, en un foco de deleites, en un lugar in-

mundo de prostituciones y en una sentina de vicios. A esto tiende y nos conduce la sabiduría pagana y á este fin dirige todos sus esfuerzos (1).

Hoy dia, no obstante, hay sacerdotes que se atreven á designar el Renacimiento, que ha rehabilitado la sabiduría pagana, con el nombre de movimiento magnífico!

« Desgraciadamente, continúa diciendo el grande hombre, no tardaremos mucho en dar á conocer que no es este un temor quimérico, pues en gran parte está realizado ya. El Cristianismo no solo habia enseñado á los hombres verdades divinas y hasta entonces desconocidas, sino que les hizo tambien olvidar lo que el Paganismo, hijo del error, les habia enseñado; mas ahora el mundo, obrando con ingratitud, vuelve á su antigua ignorancia y se apasiona por una filosofía y literatura fangosa, tosca y groseramente materialista: *Et mundus jam immemor revolutus est ad luteamque adeo quamdam scientiam pinguem et corpulentam* (2); » y hasta tal punto es así, que casi han desaparecido ya *(obrita sunt)* el pudor, la modestia, la caridad y la nocion de lo justo é injusto. ¿De qué ha servido el Renacimiento si ha resucitado la ambicion, la codicia, la soberbia, y la sed de todas las cosas vedadas y abolidas por el Cristianismo? *¿Quid igitur hellenismi profani transcriptio ad Christianismi circumcisionem profecit?*

Hablando hace tres siglos, como hablan hoy Mr. de Montalembert y el ilustre obispo de Arras, añade: « Los

(1) Hæc insignia, hæc decora, hos ritus religionis, si è civitate Dei persuasio gentium sustulerit, si mores antiquaverint: ¿quid erit tunc postea Ecclesia Dei? Nimirum officina quædam amplissima perditæ licentiæ, effrenis voluptatis asylum, plena lenociniorum contubernium, collegium et sodalitas omnium vitiorum. (Lib. II.)

(2) Lib. II, p. 94.

apóstoles del Renacimiento son tan peligrosos cuando menos como los partidarios de la reforma protestante, pues conducen los hombres al embrutecimiento. Las ideas paganas nunca han formado mas que esclavos, y solo al Cristianismo debemos la libertad. ¿Iremos, pues, á recobrar nuestras cadenas, haciéndonos paganos? El Paganismo rebaja la dignidad del hombre y le hace esclavo de mil dioses diferentes é infames; el Cristianismo, por el contrario, quiere que el hombre no obedezca mas que á un solo Dios, sumamente bueno y grande. Los propagadores de las ideas paganas principiaron su obra con timidez, dando solo lo que los antiguos dejaron y nada mas; pero, envanecidos hoy, se salen de la letra y del comentario.»

¿Cuál ha sido la causa de todo esto? El autor señala la misma que nosotros hemos indicado, y la que indicará todo hombre imparcial y formalmente instruido: el demonio hizo brillar á los ojos de la Europa la belleza del fruto prohibido, y ella se dejó seducir. «¿Qué viene á ser, dice, en último análisis, esa belleza de la forma literaria, que constituye el principal estudio de los jóvenes ricos y elegantes: *juventutis lautæ et elegantis præcipuum studium?* Una corteza podrida y comida de gusanos *(putris et vermiculosa)*; los despojos del hombre viejo que el cristiano debe desechar y alejar de sí *(vetusti hominis exuviæ objiciendæ procul non modo et deponendæ)*; un lazo tendido por el cazador infernal para apoderarse de las almas; lazo tanto mas peligroso, cuanto apenas lo vemos, nos fascina: *plagulæ ab illo quidem animarum aucupe in mundo dispositæ.... aspectabilis oculis mortalibus* (1). Los eternos admiradores de los paganos, que desprecian la literatura cristiana, so pretesto de que no pueden en-

(1) Lib. II, p. 86.

señar á bien decir, son locos que corren tras una sombra: *In summa ipsi versantur inanitate studii adumbratamque tantum persequentes philosophiam* (1).»

Lo que mas alarma al eminente filósofo es la ceguedad de los que gobiernan el mundo. Un elemento nuevo se ha introducido en el seno de las naciones cristianas, y cual gusano roedor va poco á poco minando las bases mismas de la sociedad. Esto, sin embargo, nadie quiere reconocerlo. «Si contemplo, dice concluyendo, á los que deben velar por la salvacion de la nave que dirigen, véolos sumidos en un profundo sueño, ó haciendo ostentacion de su vanidad personal y de su talento en las cátedras y academias, y fomentando con su pereza los desórdenes que nos dominan y que aumentan considerablemente cada dia. Muchas cosas se venden en este mundo, y una de ellas es la enseñanza pagana. La concupiscencia nos hace abandonar el Cristianismo para volver al Paganismo, pero es imposible vivir sin la ambrosía y sustancioso pasto del Evangelio (2).»

¿Es este un cuadro del siglo XVI, ó un bosquejo de retratos contemporáneos? Difícil es dejar de equivocarse.

Tal es el rápido análisis de la obra, cuyo solo título abarca el fondo de la misma: *De la necesidad de pasar del Paganismo al Cristianismo* (3). Si nosotros la hubiéramos escrito, la república literaria no tendria bastantes piedras para arrojarlas sobre nosotros, pero afortunadamente no es nuestra ni de ningun sacerdote. Su autor es un lego, un individuo del parlamento de París, un embajador de Francia, el mas sábio de los nobles y el mas noble de los sábios; y lo que es mas, uno de los

(1) Lib. III, p. 129.
(2) Lib. III, p. 132.
(3) *De transitu helenismi ad christianismum*, in fol. 1635.

padres del Renacimiento, llamado Guillermo Budeo (1).

Su obra, así como la de Erasmo anteriormente citada, constituye una de las mas elocuentes protestas del siglo XVI contra el Renacimiento y la deplorable enseñanza que introdujo en Europa. ¿Qué dirian hoy ambos hombres eminentes si vieran justificadas sus predicciones por medio de tantas catástrofes como se han sucedido desde entonces? ¿Cuál no sería la energía de sus palabras? ¿Podrian, por ventura, figurarse que se calificáran de innovadores los que convertidos en ecos débiles de su voz, hacen notar el siniestro desarrollo del mal, cuya causa entrevieron ellos?

(1) Budeo está mas enérgico aun, si es posible, en su tratado *De studio litterarum*. Llama *inepto y repugnante* al método de los literatos, que buscan en los autores paganos las gracias del lenguaje, cuyo mérito todo se reduce á infestar el mundo cristiano con el veneno de la impiedad.

CAPITULO VI.

SIGLO XVI.

Protestas en todas las clases de la sociedad. — Loisel. — Bernardo de la Rochefiavin. — Wimpheling. — Protestas en Francia. — El célebre doctor Gabriel de Puy-Herbault. — Señala con precision y energía el orígen del mal. — Su estension. — Su causa. — Su remedio. — Cualquiera diria que escribió en pro de nuestra tésis.

Necesaria es toda la ignorancia de nuestro siglo para creer que en nuestra gran lucha contra el Paganismo moderno carecemos de genealogía, así como es precisa toda su presuntuosa vanidad para sostener que injuria á la Iglesia el que critica el sistema de estudios introducido por el Renacimiento. La verdad es que no es posible cambiar en un solo dia las ideas, inclinaciones y costumbres de un pueblo, y menos aun de todo un mundo. La Europa, cristiana durante muchos siglos, luchó con energía por medio de sus hombres mas eminentes contra la introduccion de la literatura, filosofía, artes y teatro del Paganismo. La verdad es tambien que los hombres mas recomendables por su ortodoxia ó por su piedad vituperaron el Renacimiento y la enseñanza de los autores paganos, del mismo modo que nosotros, sin que jamás se le ocurriera á nadie acusarlos de falta de respeto, ni ellos soñáran siquiera en que incurrian en ella.

A los nombres ya citados añadiremos otros, que elegimos de intento en las diferentes condiciones sociales, y demuestran la unanimidad de la protesta. Loisel, abogado en el parlamento de París, recuerda el sistema pedagó-

gico de los siglos cristianos, y dice: «Deseando sobre todo nuestros mayores que sus hijos recibieran su primera educacion, no aprendiendo los cuentos y fábulas de los paganos sino estudiando los libros de la religion cristiana, los jóvenes de mas talento de los que seguian la carrera eclesiástica hacian escelentes versiones griegas y latinas de los libros y misterios principales de la cristiandad, bajo la direccion de eclesiásticos (1).»

Su ilustre compañero del parlamento de Burdeos, Bernardo de la Rocheflavin, señala la odiosa ruptura verificada por el Renacimiento en la enseñanza tradicional, y demuestra sus desastrosos efectos. «Nos encomendamos, dice, á falsos dioses, somos estranjeros en nuestra propia patria, y abandonamos nuestro patrimonio, es decir, nuestras tradiciones, historia y religion, para cultivar el campo ajeno: *Alienum fundum aramus, incultum familiarem deserimus* (2).»

El sábio Wimpheling, así como su santo amigo Juan Geiler, predicador perpétuo de la catedral de Strasburgo, combate enérgicamente las tendencias paganas del Renacimiento. «No quiero, dice, que se haga uso de los poetas y prosistas paganos en las escuelas, pues llenan la imaginacion de los jóvenes de pensamientos obscenos y fábulas ridículas, y pretendo que se reemplacen con las obras de Prudencio y con diversos escritos de los Santos Padres. El conocimiento de los eminentes autores cristianos es mas propio que ningun otro para ilustrar y desarrollar el entendimiento; y cuando se trata de educacion, el fondo debe ser siempre superior á la forma (3).» En esta gran lucha, Wimpheling es apoyado por el Beato

(1) *Defensa, etc.*, p. 7, 1586.

(2) Trece libros de los *Parlamentos de Francia, etc.*, 1619, en folio.

(3) Véase la *Historia del Protestantismo en Alsacia*, por M. de Boussierre, etc.

Rhenano y otros sábios no menos adictos á la Iglesia.

Antes de pasar adelante nos será permitido hacer aquí una observacion, cuya importancia sabrá apreciar el buen sentido católico. Entre los apóstoles ó admiradores del Renacimiento no hemos podido hallar todavía un solo siervo de Dios, es decir, un solo santo; hecho que en nuestro concepto da mucho que pensar, y al cual le dará una significacion mas importante aun la continuacion de nuestra genealogía: prosigamos.

El sol del Renacimiento habia producido en literatura, nubes de Cátulos, Tibulos, Petronios y Anacreontes; en filosofía, generaciones de racionalistas, panteistas y epicúreos; y en artes, enjambres de pintores, grabadores y escultores, cuyos ojos contemplaban con avidez las obscenidades paganas, y cuyas manos las espresaban con refinada lubricidad. Costumbres, creencias, instituciones religiosas y sociales, todo vaciló en la vieja Europa conmovida por el torrente impetuoso del Paganismo, que para memoria de su invasion dejó en pos de sí una corrupcion sin ejemplo en los anales de los pueblos cristianos. A vista de mal tan inaudito, terrible presagio de incalculables infortunios, no faltan voces elocuentes y animosas que adviertan el peligro, y denuncien á la Iglesia y á la sociedad el Renacimiento y su enseñanza.

Una de las mas elocuentes es la del célebre Gabriel de Puy-Herbault (*Gabriel Putherbœus*), doctor de la Sorbona, controversista vigoroso, martillo del Protestantismo y una de las glorias católicas del siglo XVI. Habituado por una larga esperiencia á conocer los corazones, revela toda la profundidad de la llaga, da el grito de alarma, y figura en nuestra genealogía como uno de sus mas brillantes anillos. El ver á un hombre que existió hace tres siglos en tan completa armonía con nuestro modo de pensar, es suficiente para absolvernos de muchos cargos y

para mitigar nuestros disgustos. La obra (1) de que vamos á trascribir algunos párrafos, es tan importante como poco conocida, y demuestra por esto último la conspiracion del silencio en que tan hábiles son los Renacientes de todas épocas. El autor describe el origen, estension, causa y remedio del mal, y señalando el foco primitivo del Renacimiento, dice: «¡Ojalá que los italianos hubieran guardado para sí sus mercancías, drogas y libros! Muchas cosas les debemos; pero muchas mas hay que quisiéramos no deberles. Toda su literatura está respirando Paganismo, y es de buen gusto entre ellos no decir mas que cosas profanas y celebrar los dioses y héroes corrompidos de la antigüedad. Desdéñanse entre ellos las sagradas letras hasta el estremo de serles desconocidas las obras maestras de los Santos Padres, y gastan su talento y sus capitales en enseñar á la Europa todas las infamias de los autores paganos: *Ne apud sordidos scriptores quidquam ignoremus.*»

Despues de nombrar como nosotros á los infinitos Renacientes italianos, legos, sacerdotes, religiosos y hasta obispos que pasaron su vida esplicando los epígramas de Marcial, las infamias del *Asno de Oro* de Apuleyo y las *Priapeyas* de Virgilio, y en erigir de nuevo los altares de Rómulo, cita uno que en medio de su fanatismo pagano esclamaba: ¡Oh afortunado Virgilio, que no tuviste que insertar en tus versos el nombre de Pedro ni el de Pablo! *O te felicem, P. Maro, cui non fuerit in carmine Petrus aut Paulus inserendus!* «Yo, dice Puy-Herbault, esclamo tambien ahora: ¿Crees acaso, ó hombre delirante, que las acciones de los dioses, héroes y hombres del Paganismo, que fueron prodigios de maldades é infamias, son mas propias para la poesía que las cosas santas y las glorias del Cristianismo?»

(1) *De tollendis et expurgandis malis libris*, 1549, in 8.°

Entre tanto las doctrinas paganas, gracias á las relaciones que tienen con el corazon humano, iban cundiendo como el cáncer. «Revélanse, dice el ilustre doctor, en los libros, en los espectáculos y en lo que llaman obras del arte. La Europa, y sobre todo la Francia, está inundada de libros, en los que sin rubor ni reserva se describen los amores impuros, las pasiones de los enamorados y sus artificios, caricias, intrigas, perjurios y desesperacion. Cada dia salen muchos de ellos á luz, se venden en todas las ciudades y se hallan en los tocadores de las señoras, en las tiendas de los artesanos, en los bufetes de los magistrados, y para decirlo todo, en los templos y hasta en las cátedras de los Pontífices (1).

Dichos libros son de tal género, que no hay mujer, por bien educada y virtuosa que sea, que pueda permanecer casta despues de haberlos leido. El mundo no ha visto jamás nada mas impuro y obsceno que las composiciones teatrales, poesías y canciones que se ven por todas partes en nuestra época, y es tal el ardor infernal con que se procura difundirlas, que se hallan de venta en todas las librerías y en las plazas públicas, y se ofrecen aun á aquellos á quienes causan aversion y repugnancia: *Venales vel invitis et despuentibus obtruduntur*. Enseñan á los niños cosas impropias de su edad, convierten sus corazones en volcanes y hacen á los ancianos esperimentar los ardores de la concupiscencia.

A los malos libros se agregan los espectáculos. ¡Qué lecciones nos dan! Ya nos presentan un jóven que declara la pasion que le devora; ya un amante que refiere sus proezas; ya unas prostitutas que dan á luz el fruto de su

(1) Atque adeo, si verum fateri licet, in cathedris pontificum in ipsis templis offendas —Cita un obispo que se dejó olvidada en la Iglesia la composicion de Clemente Marot intitulada: *A mi juventud*; y otro que se entretuvo en traducir las *Heróidas* de Ovidio.

deshonor en medio de músicas y bailes, viniendo todo ello á constituir un comercio contínuo de mentiras y engaños, que no respeta ni cuenta por nada el derecho, la honestidad y la virtud. ¿Qué edad, sexo ó condicion hay que no pierda sus costumbres (*quem ordinem, quem sexum, quem ætatem non maculatam*) en esa escuela, en que se aprende á no reparar en obstáculos para satisfacer el amor, en que se ponen á la vista infidelidades conyugales, juramentos violados, odios, envenenamientos y asesinatos, y en que todas estas cosas se aconsejan, elogian y enseñan minuciosamente: *Qua ratione, quo astu perfici queant?*

Los cuadros, las estátuas y la música completan la obra corruptora de los libros y teatros. «No temen adornar sus infames libros con grabados mas infames todavía, para que todo contribuya á la corrupcion. Ponen á la vista de todos sin el menor pudor lo que la naturaleza quiere que permanezca oculto, como si los ojos no constituyeran el sentido mas activo y poderoso para fascinar el corazon, olvidando las palabras de la Escritura que los señalan como las ventanas del alma. Se vitupera á los iconoclastas antiguos y modernos que despojaron las iglesias de cuadros é imágenes bajo el pretesto de que eran perniciosos para la fe, y no se condena, sino que se retribuye generosamente, á los artistas afamados que llenan las galerías, salas y pórticos de estátuas obscenas y pinturas lascivas, pudiendo decirse que hasta en los oratorios domésticos en que el alma solitaria, respetuosa y penitente debe entregarse á la oracion en presencia del Padre celestial, se halla en un lugar completamente profano: *Affines constat artes esse pictoriam et meretriciam.*

La música ha llegado tambien al estremo degradante de invocar, elogiar y celebrar á Cupido, instigador de to-

do género de infamias, y á todos los demás dioses que establecieron la máxima de que es permitido todo lo que agrada. Esos músicos, destructores de las costumbres públicas *(publicæ disciplinæ vastatores)* se introducen en el seno de las familias, y los niños de ambos sexos aprenden el mal en su escuela. Las tiernas doncellas cantan versos que respiran el delirio del amor, y adaptan sus cuerpos á los voluptuosos movimientos del baile. Saben muy bien quiénes son Venus, el Amor y las Musas, antes de tener idea de Jesucristo, del reino de los cielos y del Evangelio... y aun antes de saber si existen!

»Lo mas estraño es el esmero é interés verdaderamente fanático de los padres por todas estas cosas. Desgraciados! Ellos creen haber llenado todos sus deberes cuando han invertido mucho tiempo y dinero para que sus hijos aprendan tan culpables desatinos y para que sus hijas bailen y canten mucho mas de lo que conviene á mujeres honradas: *Quo virgines suæ cantare saltareque doctius calleant quam probis conveniat.*»

Nada de esto ha variado, y por la existencia permanente de los hechos reconocemos que subsiste la causa. ¿De dónde provenia en el siglo XVI y proviene hoy esa invasion del Paganismo con todas sus corrupciones? «De la educacion, responde sin vacilar nuestro ilustre antepasado: *Ita educati sumus.* A ella, pues, debemos nuestra aversion á todo lo que es bueno y nuestro desenfrenado amor á todo lo malo: *Ut si qua juvant abeant, inimica tenacius hæreant.* ¿Qué dirian S. Agustin y S. Jerónimo si vivieran en este siglo de inaudita corrupcion? ¡Cómo tronarian al ver trastornada por completo la sociedad y desconocido el Cristianismo! *Si vivant jam et videant hoc nostro seculo corruptissimo, inversam omnium rerum scenam?*

«¡Cuan útiles y castos son los autores que se estudian!

Quales auctores, quam graves, quamque pudicos proponunt ediscendos! Y no obstante esto, esos autores son los verdaderos maestros *(nam et hi magistri sunt)*; mudos cuando se leen, y elocuentes cuando se esplican: *Muti si per te legas, et vocales si de aliis audias.* En su escuela necesitan los jóvenes el auxilio de un pedagogo, y yo quisiera que los niños no llegáran siquiera á conocer muchos de ellos, por muy hábiles que se los suponga en el arte de bien decir. Haciendo abstraccion de la elegancia del estilo y del talento de invencion, nada ó casi nada hay en ellos *(nihil omnino vel parum admodum)*, que lejos de ser digno de leerse, no merezca ser condenado al fuego. Si por cada impertinencia que consignan dichos autores pudieran recibir una bofetada, todo su cuerpo seria un puro cardenal.»

Al decir hace tres siglos el elocuente defensor de nuestra causa lo que nosotros mismos hemos dicho, añade que las generaciones de los colegios, educadas en la corrompida escuela del Paganismo, difunden por todas partes la corrupcion, y son causa de que la Europa se haya pervertido. «Los jóvenes, dice, aprenden el arte del adulterio estudiándolo en los autores paganos, y muchos que han acudido castos á sus lecciones, salen despues de ellas corrompidos: *Pudici processerunt, impudici revertuntur.* Meditan lo que han oido y lo refieren, y causa asombro ver el gran foco de vicios que abrigan en sí mismos y fomentan en los demás, mostrándose siempre lentos para la virtud y prontos para todo género de crímenes: *Ad virtutem tardi, ad omne facinus veloces!*»

El gran doctor, despues de haber señalado el mal en su orígen, indica el remedio, que es el mismo propuesto por nosotros, á saber: algunos estractos irreprensibles de los autores paganos y la introduccion ámplia de los autores cristianos. «Elíjanse, dice, entre los

poetas aquellos que sean castos, ó estráctense al menos algunos trozos cuyo estudio no sea perjudicial para la juventud: *Excerpantur quæ pueris prælegi tuto possint* (1).»

Así y todo, el uso de los autores paganos en la educacion de la juventud cristiana no es para él mas que una concesion hecha á las tristes necesidades del siglo. «¿Para qué, dice, necesitamos los autores paganos? ¿No tenemos, por ventura, libros en prosa y verso en que se ven reunidas la pureza de costumbres, la integridad de la fe, la piedad y la sinceridad de la doctrina con las gracias de la locucion y las riquezas del estilo? *¿Ex æquo certant sermonis delitiæ ac lautitiæ dicendi?* ¿De dónde ha provenido la invasion de los libros extranjeros y pestilenciales en la Iglesia? ¿Acaso no tenemos en la literatura cristiana materia bastante para instruirnos y deleitarnos? ¿Por qué buscamos flores cuando tenemos los frutos á la mano? *¿Quid, te quæso, flores reposcimus, quum fructus sit ad manum?*»

Recordando luego á la Europa el espíritu de las Constituciones apostólicas, y tratando de inspirarle aversion á los libros paganos y amor á nuestros tesoros de literatura cristiana: «Tomemos, dice, amemos y leamos continuamente las sagradas letras; alejémonos de las cisternas secas, puesto que tenemos cerca de nosotros la fuente de agua viva, que se eleva á la vida eterna: *Cisternas*

(1) Ved aquí lo que hace cuatro siglos vienen reclamando la religion, la sociedad y el buen sentido, y lo que, séanos permitido decirlo, nadie mas que nosotros ha realizado en los *dos volúmenes de clásicos paganos*. Los que actualmente se usan no estan espurgados como debieran estarlo con arreglo al espíritu de la encíclica de 21 de Marzo de 1853. ¿Quién se atreverá á decir que estan suficientemente espurgados, cuando en este momento y para solo citar un ejemplo, se hallan íntegras en manos de toda la juventud de los colegios y seminarios de Europa las obras de Virgilio incluidas por Ovidio en su biblioteca de seduccion, como las mas á propósito para corromper las costumbres?

dissipatas ne quæramus, cum præsto sit fons vivus, scaturiens in vitam æternam. Recordemos el dicho de San Jerónimo, añade el eco poderoso de la tradicion: «Amad el estudio de la Escritura y no amareis los vicios de la carne: *Ama scientiam Scripturarum et carnis vitia non amabis.*»

Nada mas profundo que estas palabras. El Paganismo y los libros paganos son orgullo y deleite, y el estudio asiduo de aquellos desarrolla necesariamente en el hombre esa doble pasion. El Cristianismo, por el contrario, es todo humildad y castidad, y el estudio constante de la Escritura y de la literatura cristiana fomenta y perfecciona esa doble virtud.

Desenvolviendo Gabriel de Puy-Herbault su programa de estudios, agrega á la Sagrada Escritura los escritos de los Santos Padres y los de los poetas y autores cristianos, magníficos comentarios del Libro por escelencia.

«Entre los cristianos, dice, la educacion debe principiar por el estudio de autores tambien cristianos, pues de otro modo creerá el mundo que, como preferimos la literatura pagana á la divina, amamos á los dioses, ídolos y vicios de los paganos mas que á nuestro Dios (1).

«¿Por qué no hemos de hacerlo así? ¿Qué es lo que nos arredra? No es sublime la elocuencia de S. Jerónimo, grata y suave la oratoria de S. Ambrosio, y profunda la ciencia y literatura de S. Agustin? ¿Qué falta nos hacen César y Ciceron? ¿Quién se atreverá á preferir Salustio y Tito Livio á S. Cipriano? ¿Quereis autores griegos? Ahí teneis á S. Crisóstomo, S. Basilio, S. Gregorio Nazianceno, Eusebio y otros muchos, todos grandes oradores, historiadores, filósofos y genios eminentes, con los

(1) Nisi velimus homines hoc sibi de nobis persuasum habere, quod ut nobis præponderat humana eloquia divinis, sic deos, idola et vitia ethnicis propria, magis colamus quam Deum.—Lib. 1, p. 58.

cuales no pueden ser comparados Demóstenes, Lysias, Pericles, Isócrates, Xenofonte ni Platon, como no puede compararse el grajo con el cisne ni el mochuelo con el águila.

¿No tenemos en punto á poesía á Prudencio, S. Avito, Mario Victor y otros infinitos, que cantaron nuestras antiguas glorias y solo los ignorantes pueden menospreciar? ¿No tenemos cánticos sagrados admirables por su majestad y uncion? ¿No tenemos, por último, tesoros de elocuencia y poesía, que me sería ahora imposible enumerar?»

El ilustre orador, lleno de sentimiento é indignacion al ver menospreciadas tantas riquezas, esclama como nosotros: ¿De dónde proviene semejante demencia? *¿Quæ ergo vexania est?* ¿Por qué, para educar niños cristianos, buscais libros extranjeros y llenos de Paganismo; es decir, vanos, fútiles y blasfemos, y despreciais los que debiéramos pedir prestados si de ellos careciéramos? ¿A qué buscais en paises estraños los mas activos venenos, cuando tenemos en el nuestro escelentes alimentos: *Aliunde asciscere venenatissimos, cum domi habeas plenissimos bonæ frugis?* ¿Qué otra cosa es esto mas que aborrecer la vida, la salud y la felicidad, para precipitarse voluntariamente en la muerte: *An hoc est aliud quam vitam, salutem, felicitatemque suam aversari et sponte ad exitum properare?*

«¿Sabes, desventurada y culpable Europa lo que haces? El emperador Maximino, mónstruo coronado, hizo forjar unas Actas de Pilato, en las cuales se acumulaban contra Jesucristo todo género de crímenes, blasfemias y horrores, y por medio de un edicto mandó difundirlas por todas las provincias del imperio, ordenando al propio tiempo, que tan abominable folleto se pusiera en manos de los jóvenes en vez de los demás libros clásicos, se esplicára

cuidadosamente por los maestros y lo aprendieran de memoria los discípulos (1).

¿No imitamos, pues, nosotros á Maximino cuando ponemos en manos de los niños los libros paganos, castigándolos si no los aprenden bien, y obligándolos de este modo á apartarse de la religion y á hacerse insubordinados y libertinos? Cuando son niños retienen lo que aprenden; luego que llegan á la adolescencia se apresuran á practicar lo que estudiaron, y durante toda su vida conservan en la memoria las máximas perversas que les inculcó el estudio constante de todas ellas: *Retinent tenelli quod mox cum adoleverint implere conentur.*»

El ilustre doctor termina su escelente discurso, que cualquiera creeria escrito por nosotros, sentando la máxima fundamental de que la literatura cristiana es mas que suficiente para los pueblos cristianos, é invitando á la Europa á responder á los admiradores y propagandistas del Paganismo lo que los Judíos contestaron á los Espartanos: Nada necesitamos, pues nos bastan los libros sagrados que poseemos: *Nihil horum indigere ut qui ex libris sacris quos habemus in manibus, solatium capiamus.*

(1) Euseb., lib. IX, c. V et VII.

CAPITULO VII.

SIGLO XVI.

Respuesta á una objecion.—Algunas obras maestras de latinos de nuestros dias.—Protestas en Italia contra el Renacimiento y su enseñanza.—El P. Juan de S. Demetrio.—Comparacion escelente.—El P. Paz, jesuita español.—Prueba éste que el estudio del Paganismo profana la palabra de Dios, inspira aversion á la santa Escritura, inclina á los estudios frivolos, empobrece la razon, mata el espíritu de oracion y abre el camino á las revoluciones.

Las enérgicas protestas quo se dejaron oir en Francia, hallaron ecos poderosos en el resto de Europa. Los modernos campeones del Renacimiento, lo mismo que sus antepasados, quieren suponer que no es posible aprender el buen latin sino en los autores profanos, llegando hasta á afirmar que si el clero dejára de estudiarlos, no podria seguir correspondencia con las Congregaciones romanas.

Nunca se ha dicho mayor despropósito que este, aun contando el de Mr. Thiers, que afirma que la antigüedad pagana es la cosa mas bella de cuantas ha habido en el mundo, cuando se ha planteado la cuestion de los clásicos, acerca de la cual han desvariado tantas personas. La verdad es, como dice Erasmo, que el único medio de saber hoy bien el latin, es hablarlo de distinta manera que los paganos, en atencion á que el latin de estos últimos no puede ser el intérprete de las ideas y cosas cristianas, y mucho menos de las eclesiásticas. La verdad es que el latin cristiano disfruta solo de este privilegio, y que el que lo hablára y escribiera como S. Bernardo, S. Grego-

rio y S. Leon, seria un verdadero fénix, lo mismo en Roma que en todas partes.

Es muy chocante que traten algunos de alejar á la juventud, y sobre todo al clero, del estudio de los autores cristianos, cuando ellos mismos, despues de haber estudiado los del Paganismo, cometen *veintisiete* faltas latinas en una *Memoria oficial* de algunas páginas; cuando en un escrito mas solemne todavía dan el nombre de *Helvetii* á los *suizos* de las iglesias (1); cuando se glorian de hablar latin en todas ocasiones y cometen un enorme barbarismo en una inscripcion de dos líneas, y dan á un venerable cabildo el dictado de *emeritissimus*; cuando se ven precisados, para que se los comprenda, á hacer en francés la mayor parte de sus esplicaciones; cuando los futuros doctores tienen que buscar personas que les redacten sus tésis latinas; y cuando en los exámenes de filosofía y teología, apenas pueden los alumnos componer algunas frases que no tienen nada de latin pagano ni cristiano, y que son mas bien versiones de sus ideas en un idioma desconocido. Es, pues, muy estraño, que haya quien en vista de esto se muestre escrupuloso respecto del latin de la Iglesia y de los Santos Padres.

Sea lo que quiera de tales enormidades y de otras muchas que pudiéramos citar, lo cierto es que la objecion no es nueva; pues ya en Italia, en el foco mismo del Renacimiento, un ilustre indivíduo de la órden de S. Francisco, la refutó victoriosamente hace tres siglos. Así como puede uno aprender buena arquitectura estudiando la Santa Capilla de Paris y la catedral de Reims, y buena filosofía estudiando las obras de San Anselmo ó de Santo Tomás, así el sábio religioso prueba que se puede apren-

(1) Llámanse en Francia *suizos* los que armados con una alabarda y uniforme especial, hacen guardar el órden y compostura en las iglesias.

der buen latin estudiando esclusivamente los autores cristianos, y demuestra además la aberracion de los que buscan aquel en los escritores profanos, así como las ventajas de órden superior que produjo el estudio de los autores del Cristianismo. Su tésis, como se ve, tiene puntos de contacto con la de Erasmo, y es á sus ojos tan importante que no vacila en esplicarla y desenvolverla en un sermon.

«Un libro clásico, dice á sus oyentes, que reune á la riqueza de los pensamientos la del lenguaje, es preferible al que solo tiene en su favor la forma ó la palabra. En efecto, la forma es á los libros lo que la cáscara á la almendra, y sabido es que esta vale mucho mas que aquella. Si no es posible que la una exista sin la otra, claro es que todos desearán que ambas sean buenas. Al pretender, pues, aprender el latin, nuestro mayor deseo debe ser buscar libros que á la belleza de la forma reunan la escelencia del fondo...

«Si quereis, pues, obras que sirvan á la vez para aprender el latin y formar el entendimiento y el corazon, las hallareis en abundancia en los autores cristianos que escribieron en prosa ó en verso. ¿Quién puede negar que S. Jerónimo y S. Cipriano reunen ambas ventajas? ¿Quién se atreverá á decir que las Cartas de S. Bernardo no son las mas familiares, las mas santamente amables y las mas útiles de cuantas se han escrito? ¿Quién negará que los poetas que celebraron á S. Francisco y S. Bernardo y la augusta Eucaristía, son modelos de elegancia y fuentes de inspiracion muy superiores á los poetas paganos? Si quereis hallar prosa y poesía en un solo autor cristiano y mártir, ahí teneis á Boecio, á quien Santo Tomás no temió comparar con Ciceron por la elocuencia y con Virgilio por la versificacion: *Niente timendo san Tomaso di Aquino d'agguagliarlo á Cicerone in prosa et a Virgilio in*

verso. Creedme, pues, y abandonemos en el estudio de los idiomas los autores paganos, que de nada pueden servir para la conducta de la vida, y hagamos uso de los autores cristianos: *ad laudem et gloriam Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen* (1).»

La España protestó como la Italia contra la invasion del Paganismo, uniendo su voz el P. Paz, de la Compañía de Jesús, á la del hijo de S. Francisco. El gran doctor se fija especialmente en denunciar los espantosos estragos que el estudio de los autores paganos causa hasta en el clero mismo secular y regular. Adquirida en los gimnasios y universidades, la infatuacion por la antigüedad profana penetró en el santuario y en los claustros, inspiró desvio de los estudios serios, estinguió el espíritu de piedad, y evaporando la sal conservadora de la sociedad, preparó una corrupcion general.

Oigamos al nuevo Jeremías lamentar tamaña desgracia, hija del Renacimiento. «A vosotros, dice, profesores de teología y de Sagrada Escritura; á vosotros, predicadores de los divinos oráculos, van dirigidas mis palabras. ¡Cuántos veo hoy entre vosotros que, apasionados por los libros paganos, *libris gentilium nimis addictos* (2), dejan á un lado la Sagrada Escritura y los Santos Padres, se complacen en leer fábulas mitológicas, aprenden de memoria las sentencias de los filósofos, estudian y meditan las historias profanas, y van luego á predicarlas en el púlpito al pueblo, ansioso de oir la palabra de Dios! Muchos conservan ya solo por adorno en sus librerías las obras de S. Agustin, S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Ambrosio y otros Santos Padres, y buscan para estudiarlas las de los poetas, filósofos é historiadores profanos de Grecia y Ro-

(1) F. Jiovani da S. Demetrio, *Prediche*, etc. Venecia, 1568. Obra aprobada por los superiores de la Orden y por la Inquisicion.

(2) *De vit. Spirit.*, in fol.; Lugd., 1611.

ma: *Poetæ vero et gentiles philosophi et profanæ Græcorum et latinorum historiæ ad occupationem comparantur*. Los primeros callan, los segundos hablan en las conferencias y en el púlpito: borrados aquellos de la memoria, duermen en sus sepulcros; estos intervienen hasta en los discursos sagrados; los elegidos por Dios para enseñar, son postergados; los que la Iglesia tolera apenas, *quos Ecclesia vix permittit* (1), son los doctores de la educacion de la juventud en Israel; como si para los cristianos pudiera valer mas Ovidio que S. Pablo; como si Ciceron fuera mas persuasivo moralista que el Evangelio, y como si la autoridad de Homero y Séneca fuera mayor que la del Espíritu Santo!

»El leer las obras de semejantes autores y el meditarlas y citarlas en los sermones, segun lo hacen muchos jóvenes, y hasta ancianos, dándolas á conocer en las asambleas de los fieles, es un proceder que no puede disculparse. Si considerariamos siempre como una irreverencia sacrílega el colocar sobre el altar del Dios vivo, donde ofrecemos el augusto sacrificio, la imágen de Jesucristo y la de César, la de la Santísima Vírgen y la de Venus, la de S. Pedro y la de Pompeyo, la de S. Pablo y la de Heliogábalo, y la de un santo con la de un histrion, ¿por qué no hemos de considerar como una falta igualmente grave, el oir en la Iglesia donde nos reunimos para escuchar la voz de Jesucristo, citar alternativamente al Salvador y á Ovidio, á S. Pablo y á Virgilio, á los profetas sagrados y á los poetas profanos, á los Evangelistas y á los filósofos, á los santos y á los cómicos?

»Lo haceis, decis, para esplicar la Escritura; pero esta no necesita para ello un género de interpretacion des-

(1) Este *vix* es precioso, pues demuestra la persistencia inmutable del espíritu de la Iglesia.

conocida de los Santos Padres. El plomo y el estaño, lejos de hacer mas brillante el oro, lo afean y lo deslucen, y vuestras citas de autores paganos, en vez de aclarar el testo, lo oscurecen.

»Decis tambien que lo haceis para amenizar el discurso y fijar la atencion del pueblo, como si la Iglesia no tuviera en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres recursos bastantes para atraer las almas, sin necesidad de echar mano de tan viles condimentos: *His vilissimis salsamentis indigeat.* El ajo puede ser presentado en la mesa del esclavo para sazonar su pan; pero no en la de los reyes que necesitan otras sustancias mas esquisitas. La predicacion es la mesa de un gran monarca que convida á ella á sus hijos los cristianos, y vosotros presentais en ella manjares propios de los esclavos! ¿Por qué incurris en tan estraña conducta? Porque desconoceis la suavidad de la Escritura: *Scripturæ sacræ suavitatem ignoratis.*»

La profanacion, pues, de la palabra de Dios, así como la del arte y poesía del Cristianismo, es el primer resultado del estudio entusiasta del Paganismo restaurado por el Renacimiento; pero además produce otros todavía mas deplorables. «Dicho estudio, continúa diciendo el sábio jesuita, causa aversion á la Escritura y á las letras cristianas, inclina al estudio de las cosas frívolas y empobrece la razon. ¿Quién podrá decir hasta qué punto nos aleja de las Sagradas Escrituras el estudio de los autores paganos? *¿Quis explicet quantum isti his profanis studiis ab studio divinarum Scripturarum avocentur?* El hombre que ama á una cortesana, pierde el cariño á su esposa, y el alma que se apasiona por las futilidades paganas, concibe aversion á las doctrinas celestiales, enervándose poco á poco y poniéndose en estado de no poder soportar la majestad de las Escrituras. Así es, que necesita novelas y fábulas sazonadas con una sal pútrida (*pu-*

trido sale conditum), y llenas de insulsos desatinos y vanidades; estos son los libros que buscan sus manos y sus ojos codician.»

Continuando el P. Paz la descripcion de los estragos que causa semejante lepra, añade: «El estudio de que hablo desagrada á Dios, puesto que turba la tranquilidad del alma y la llena de imágenes vanas que la afean y profanan ¿Cómo en efecto ha de ser agradable á Dios el alma que, siendo como es santuario del Espíritu Santo, se adorna voluntariamente de versos, historias y máximas profanas? El estudio de estas cosas es una inmensa desgracia para la Iglesia y un gran obstáculo para la conversion de los fieles (1).»

Recuerda el autor la severa correccion impuesta á San Jerónimo, y como si estuviera encargado de justificar nuestra tésis en todos sus puntos, dice que el estudio de los autores paganos destruye el espíritu de oracion y prepara al mundo crueles calamidades. «No sé, dice, cómo los admiradores de los paganos no se avergüenzan despues de haber leido su prosa y versos, de presentarse á entonar en presencia de su Criador los cánticos del Rey profeta, ó á meditar sobre la vida de nuestro divino Salvador. ¿No saben que S. Pablo dice que no es posible beber á un mismo tiempo el cáliz del Señor y el de los demonios? ¿Cómo, pues, se atreven á orar y á pedir el vino de la inteligencia y del amor despues de haber leido un libro profano, lascivo ó poco casto? El que así se conduce es á mi modo de ver un insolente, y desde luego digo que no obtendrá nada de lo que pida en sus oraciones: *Satis perfricatæ frontis est qui hoc audet, et satis mihi compertum est, quod non obtineat.*

(1) Sciant tamen hi, istis profanis studiis maximam sanctæ Ecclesiæ et conversioni jactaturam afferre, quod alio loco ex professo dicemus.

Los que acuden á la oracion con el alma dominada por semejantes vanidades, hallarán en el Señor un juez justo que se burlará de ellos. «¿Dónde estan ahora, les dirá, vuestros dioses en quienes confiábais, alimentándoos con la grasa de sus víctimas y bebiendo el vino de sus libaciones? Levántense y vengan á auxiliaros, á sacaros de vuestros apuros, á fortificaros con sus necias simplezas y á satisfaceros con sus deleites, pues no teneis que esperar de mí apego ni amor á las cosas celestiales, de las que os habeis hecho indignos: *Indignos reddidistis.*»

¡Y hay, sin embargo, en nuestros dias, católicos, sacerdotes, y hasta, segun se dice, algunos obispos, que se glorian de no acostarse un solo dia sin haber conversado varias horas con Horacio y Virgilio!

El espíritu pagano, introducido en las almas por la enseñanza, lucha en ellas con el espíritu cristiano recibido en el bautismo, y el piadoso jesuita ve en la presencia de estos dos elementos el gérmen de las pugnas y discordias internas, que reproducidas algun dia en el órden social habrán de convertirse en revoluciones y catástrofes. «Si dos hermanos, dice, se peleaban en el seno de Rebeca y atormentaban sus entrañas maternales hasta el estremo de hacerla lamentarse de ser madre, ¿qué efectos causarán en el alma dos doctrinas, no hermanas, sino enemigas, una de las cuales eleva al hombre al cielo y la otra le humilla hasta la tierra? ¿Qué milagro habrá capaz de sostener vivo el espíritu cristiano en un corazon paganizado por los inmundos ejemplos de los falsos dioses y por las vanas ficciones de los poetas? ¿Qué sociedad puede haber entre Jesucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas y entre el fiel y el infiel? ¿Qué relacion pueden tener entre sí David y Horacio, el Evangelio y Virgilio, los Apóstoles y Ciceron? *Quid facit cum Psalterio Horatius, cum Evangeliis Maro, cum Apostolis Cicero?*

Tales son, pues, segun un testigo ocular, los singulares estragos causados entre el clero mismo á fines del siglo XVII por el estudio apasionado del Paganismo. ¿Qué diria hoy el P. Paz si viviera? Ahora bien; esa infatuacion fanática por la antigüedad profana, que fascina y corrompe hasta á los sacerdotes y religiosos ¿de dónde provenia? Indudablemente de la educacion de los colegios. Y si la pasion por los autores paganos hace tales estragos en almas favorecidas por tantas gracias particulares, maduras por la edad é iluminadas por la esperiencia ¿qué no hará en la edad de las pasiones en las almas ardientes é inespertas de los jóvenes? Aplicados, pues, de este modo á los estudios de colegio los raciocinios del P. Paz, se convierten sin disputa en argumentos *à fortiori*. ¿Estarán convencidos de ello sus compañeros?

CAPITULO VIII.

SIGLO XVI.

El P. Possevin. —El Renacimiento y la enseñanza son las causas del mal. — Análisis de la *Biblioteca selecta*. —Aprobacion de esta obra. —El. P. Possevin traza el mismo programa de estudios que nosotros, á saber: la Sagrada Escritura, las Actas de los Mártires, los escritos de los Santos Padres y algunos estractos de autores paganos, enseñados cristianamente y solo en las clases superiores.

El P. Possevin, contemporáneo del P. Paz é individuo tambien de la Compañía de Jesús, es todavía mas esplícito que él; pues con superior talento señala la educacion pagana introducida por el Renacimiento, como causa de los males de la Europa y el principio de su ruina futura. Habiendo tenido varias veces en nuestras distintas obras ocasion de citar á ese hombre eminente, nos limitaremos á recordar aquí algunas de sus palabras: «La educacion lo hace todo, dice con Aristóteles: *Non parum sed totum est qua quisque disciplina imbuatur à puero*. En medio de Roma misma, á vista de su dispersion, cumplimiento palpable de las profecías y amenazas de Jesucristo contra Jerusalen y la Sinagoga, y en presencia de los arcos triunfales, monumentos de la victoria de Tito, los Judíos permanecen siempre tales. ¿Y por qué? Porque desde su infancia maman ya con la leche las ponzoñosas doctrinas del judaismo, y obstinados en su odio á todo lo que es cristiano, difícilmente se convierten. Lo mismo les sucede á los Turcos,

Tártaros, herejes y cismáticos, pues la educacion lo hace todo (1).»

«¿Cuál, pues, creeis que sea la causa terrible de lo que vemos hoy? ¿Por qué las almas se engolfan en sus propios apetitos y en las impurezas, las blasfemias, las usuras y el ateismo? Porque en las escuelas, que son los planteles del Estado, se enseña todo á la juventud, escepto la piedad, y se le hace estudiarlo todo, menos los autores cristianos *(si è letto ogni altra cosa che i sinceri è cristiani autori)*; ó si en ellas se habla algunas veces de Cristianismo, es mezclándolo con las cosas mas impuras y lascivas, verdaderas pestes del alma. ¿De qué sirve, pues, el verter un vaso de vino bueno en un tonel de vinagre, es decir, el enseñar cada semana algo de catecismo y derramar sobre las almas el vinagre y el vino corrompido?»

Despues de decir como nosotros que el único medio de salvar á la sociedad es cortar la raiz del árbol, desterrando de la educacion los libros paganos, impíos y obscenos, declara tambien como nosotros que la cuestion es de vida ó muerte, y que de ella depende la salvacion del mundo: *Uno de' principali punti quœsto onde dipenda la salute dell'universo*. Reduciendo luego á polvo la famosa objecion fundada en la necesidad de estudiar el buen latin y griego, dice: «Si, bajo el pretesto de enseñar á la juventud el buen griego y latin, la haceis aprender el idioma del infierno. Luego que los jóvenes salen de los colegios y llegan á ser magistrados, médicos y comerciantes, olvidan muy pronto las pocas palabras latinas que aprendieron, pero las lecciones y ejemplos de libertinaje que estudiaron nunca se borran de su memoria, y conservan siempre una apasionada inclinacion á las lecturas frívolas y un gran tedio á la palabra divina.

(1) Raggion., etc., p. 19.

«No proscribo, sin embargo, de una manera absoluta esos autores paganos, inútiles para franquear al hombre los tesoros científicos de la Europa; pero sí me opongo á que la juventud malgaste sus dias en estudiar meras fábulas. No quiero que estudie los autores paganos antes de estar fortificada en la religion y en la piedad, por medio de autores que de suyo reunen toda la elegancia necesaria. El estudio de los primeros debe reservarse para la edad madura *(in età matura)* cuando ya la razon es capaz de distinguir el bien del mal, y ha pasado el peligro. De esta manera los autores profanos no serán perniciosos, ni veremos las almas, pródigas de sí mismas, precipitarse en el Paganismo para alimentarse en sustancia con bellotas, mondaduras y desperdicios de legumbres, que solo se dan á los puercos *(che si danno à porci)*.

Para acabar el P. Possevin de convencer el ánimo de sus lectores, invoca, como nosotros, en favor de su tésis la historia contemporánea y la tradicion desde S. Agustin hasta el último concilio de Letran. El ilustre campeon, despues de destruir hasta en sus cimientos la enseñanza corruptora del Renacimiento, traza un programa de estudios tal como lo exigian entonces y lo exigen hoy con mayor razon la religion y la sociedad, desarrollándolo al efecto en su *Bibliotheca selecta de ratione studiorum*.

Esta preciosa obra, publicada en Roma en 1592, dedicada al Papa Clemente VIII, amigo íntimo de Possevin, aprobada por el maestro del sacro palacio, recomendada por el general de la Compañía, que la denominó *opus ad gloriam Dei perutile*, destinada á servir de compendio y de guia á los Jesuitas encargados de la educacion de la juventud, en su lucha contra la invasion de las doctrinas impías é inmorales que producia á torrentes el Renacimiento, reune todas las condiciones necesarias para ser considerada cómo la espresion del espíritu de la Iglesia

y de la Compañía de Jesús en los últimos años del siglo XVI por lo que respecta á los estudios clásicos.

Téngase entendido que la *Biblioteca* no es un libro oratorio, como el célebre *Discurso* que hemos analizado, y en el que algunos de nuestros adversarios, á falta de razones para desvirtuarlo, han querido ver las exageraciones de la elocuencia, sino una obra didáctica compuesta con la calma de la meditacion y despues de haber hecho el P. Possevin, en calidad de Nuncio apostólico, muchos viajes, en los cuales tuvo ocasion de reconocer los males y necesidades que aquejaban á la Iglesia y á la sociedad en la Europa entera. Ahora bien; el programa del P. Possevin es, literalmente hablando, el mismo que nosotros hemos propuesto, pues señala idénticos libros, espíritu y precauciones; con la única diferencia de que el Padre jesuita halló asentimiento en todos, y nosotros suscitamos en todas partes tempestades que revelan los adelantos del espíritu cristiano.

El primer libro clásico que nosotros proponemos es la *Biblia párvula*. «Ante todo, dice el P. Possevin, es preciso inculcar en el alma inocente y pura de los niños la verdad cristiana, para que conozcan la fuente en que bebieron los paganos y todo lo que de bueno contienen sus libros, si es que hay algo en ellos: *Fontem unde ethnici derivarunt in suos libros, si quid boni deprompsere* (1). Importa sobre manera que se alimenten con la leche cristiana antes que con la pagana. Los que se educan de otro modo difícilmente se dejan despues guiar por la sabiduría divina, que debe ser su primera y principal maestra. Será, pues, conveniente hacerles estudiar un claro y corto compendio del Antiguo y Nuevo Testamento, desde la creacion del mundo hasta los tiempos de nuestro Señor Jesucristo.»

(1) C. XVI, lib. IV.

Al compendio de la Historia sagrada agregamos nosotros varios estractos de los libros sapienciales. «Cuando los niños sean mayores *(jam grandioribus)* dice el P. Possevin, deberán estudiar máximas escogidas de los Proverbios, del Eclesiastés, del Eclesiástico y del libro de la Sabiduría: *Selectarum sententiarum ex Proverbiis et Ecclesiastis, sive etiam Ecclesiastici ac Sapientiæ libellus.* ¿Por qué, en efecto, no se les ha de formar su razon con los oráculos de la eterna Sabiduría mas bien que con las máximas de Isócrates, Epicteto y otros, cuyos escritos podrán leer en edad mas avanzada?»

Nosotros proponemos despues, para preparar á los jóvenes para la vida pública, el estudio de las máximas que la divina Sabiduría nos presenta en las vidas de los grandes monarcas y héroes del Antiguo Testamento. «Para los jóvenes, dice el P. Possevin, que se destinan á cargos públicos ó á la carrera de las armas, será muy ventajosa la esplicacion de la historia de Josué y de los reyes y hombres eminentes que Dios en su infinita sabiduría quiso dejar por modelos á la posteridad: *Quos Deus in sacris litteris summa prudentia posteris proponi voluit.*

Para los pueblos cristianos todo proviene del Evangelio y todo se dirige á él, y por consiguiente el punto capital de la educacion está en darlo á conocer bien. Sin esto no hay educacion posible, ó si la hay tiene que ser anormal y no menos funesta para la sociedad que para la educacion. Así que el libro clásico que nosotros proponemos en cuarto lugar es el testo mismo del Evangelio. «Los niños, ya mas adultos *(facti grandiusculi)* dice el referido Padre, oirán la esplicacion de un Compendio de la vida de nuestro Señor Jesucristo, y lo aprenderán de memoria: *Compendium aliquod vitæ D. N. J. C. et audiant, et memoriæ mandent.*»

El Evangelio, pues, es á la vez un hecho y un código. Como hecho, tiene sus raices en lo pasado, y la histo-

ria del Antiguo Testamento ha preparado ya al niño para conocerlo bien: como código necesita un comentario, y el mejor de todos, por mas inteligible y persuasivo, es el ejemplo. Por esta razon damos en quinto lugar como clásicos las vidas de los Santos y los hechos de los Mártires. Los mismos tambien propone el P. Possevin (1).

La Providencia ha cuidado de añadir al comentario práctico del Evangelio un comentario oral, que por la elegancia, gracia, claridad y energía del estilo, por la riqueza de ideas, por la elevacion de sentimientos, por la nobleza de imágenes, por la fuerza de raciocinios, y en una palabra, por la magnificencia de la forma y del fondo, es el mas bello monumento del genio del hombre, si es que el hombre pudo erigirlo por sí solo: hablamos de las obras de los Santos Padres de la Iglesia, á las que nosotros damos ámplia cabida en nuestros clásicos y tambien el P. Possevin: *Sancti Patres lectitandi sunt.*

El ilustre jesuita, despues de pedir como nosotros, como toda la tradicion católica y el buen sentido mas vulgar, la introduccion mas ámplia posible del elemento cristiano en los estudios clásicos, pasa á tratar de la enseñanza de los autores paganos, exigiendo en este punto las tres cosas que nosotros hemos propuesto: una estremada prudencia, una espurgacion severa y una enseñanza cristiana. Sesenta páginas en folio no le parecen suficientes para enumerar las precauciones que deben adoptarse á fin de evitar que sean funestos para las costumbres, la fe y la razon y hasta para los niños.

«Lo primero, dice, que debe evitarse, es el hablar con énfasis de los autores paganos, pues los elogios exagerados que de ellos se hacen, falsean el juicio de la juventud, que acostumbrada á creer en las palabras de sus maestros,

(1) C. XXII, p. 330.

llega á figurarse que los autores paganos son tales como se le pintan. Así que, los que dan á Platon el dictado de *divino*, y citan en su apoyo los testimonios de los Padres de la Iglesia y especialmente de S. Agustin, sin hacer mencion de lo que mas tarde escribieron contra él, luego que conocieron el veneno de su ciencia, causan un mal inmenso á la filosofía y á la religion: *sane philosophiæ atque religioni magnopere incommodant.*»

Este defecto, tan juiciosa y oportunamente advertido por el P. Possevin, y cometido por muchos con gran imprudencia, por no decir descaro, desde la época del Renacimiento, lo hemos advertido nosotros mil veces, y nos atrevemos á asegurar que lo hemos hecho ya imposible para todo hombre que se respete á sí mismo, mostrando tales como son á los grandes hombres de la antigüedad.

El P. Possevin, examinando el estudio de los prosistas paganos, latinos y griegos, indica los grandes peligros que ofrece, consigna las infinitas precauciones que deben adoptarse para neutralizarlos, y pasa luego á hablar de los poetas. Mas severo aun que nosotros en esta parte, opina no porque se espurguen, sino porque se destierren del todo los poetas obscenos, y reproduciendo un dicho célebre, no teme calificarlos de impúdicos seductores, mas perniciosos aun que los reos de lenocinio: *Perniciosissimis lenonibus deteriores.*

«La espurgacion, dice, es peligrosa y hasta imposible. Hace algunos años se publicaron en Roma los poetas profanos espurgados *(obscenitate sublata)*; pero no se logró el resultado que se esperaba, pues los versos suprimidos se reemplazaron con estrellas ó renglones en blanco, escitándose así la curiosidad del lector, que era natural ansiára leer los pasajes enteros, y además se acompañaron con comentarios y vocabularios llenos de infamias suprimidas en el testo: *Fœditatibus eisdem scatentia.*

»Hay algunos que, para ocultar las supresiones, han ideado el sustituir los versos y palabras impuras del original con frases mas decorosas; pero yo no apruebo semejante estratagema, pues por una parte es absurdo tal trabajo, en atencion á que no puede menos de descubrirse el piadoso fraude, y por otra es imposible, por el hecho de que sea la que quiera la espurgacion, el asunto que por sí es obsceno conserva siempre algo de su índole primitiva: *Quia quantacumque adhibeatur purgatio, semper tamen liber, cujus argumentum turpe sit, pristinum ac nativum redolet odorem.* Palabras, imágenes, alusiones, sentimientos, impregnados con el virus de que estaba llena el alma del autor, se destilan gota á gota en la del que lo lee, aun sin pensarlo él mismo: *Quod virus hauserunt ab auctoris animo id in lectoris mentem, quamvis ea de re nihil cogitatem, latenter instillant.*

Nosotros, en vez de perder el tiempo en espurgar los autores paganos, hemos hecho estractos de sus escritos, y en este punto como en todos los demás tenemos la satisfaccion de estar acordes con el P. Possevin. Este sábio jesuita, despues de hacer una severa, pero exacta y merecida crítica, de Homero y de Virgilio, demostrando en ella hasta la evidencia que es un contrasentido monstruoso el poner los escritos de aquellos poetas en manos de la juventud, indica los pasajes que conviene estractar. «Poco, dice, hay que escoger en las Eglogas, pues casi todas respiran el amor impúdico: *Amatoriis scatent.* El presentar á Eneas á la juventud como un modelo de virtudes, es insultar el sentido cristiano, y el hacerle esplicar el libro VI de la Eneida es incurrir en una aberracion incomprensible: *Certe mihi numquam probatum fuerit ut adolescentibus prælegeretur.*»

Falta, pues, para completar la reforma, enseñar cristianamente los autores paganos. Las condiciones fun-

damentales de dicha enseñanza son en nuestro concepto las siguientes: 1.ª, reservar el estudio de los autores paganos para los últimos años de aquella, pues de este modo los jóvenes, sólidamente nutridos con el estudio de los autores cristianos, podrán viajar por Egipto sin hacerse egipcios, y verificar un estudio comparado de la literatura cristiana y de la pagana; y 2.ª, poner en relieve la superioridad que bajo todos aspectos tienen los autores cristianos sobre los paganos. Ahora bien, el P. Possevin consigna esas mismas condiciones. «No se nos cite, dice, el ejemplo de los antiguos Padres de la Iglesia, que si estos estudiaron minuciosamente los autores paganos, fué para destruir el Paganismo mas bien que para aprender á bien decir.» «Así como se necesita, dice S. Gregorio Nazianceno, una gran habilidad y prudencia para buscar el oro entre el lodo, así tambien ningun hombre virtuoso y de buen sentido debe estudiar los autores del Paganismo, sin haber antes estudiado los libros cristianos y aprendido el medio de desarmar á nuestros enemigos (1).»

Por lo que hace á la comparacion de los autores cristianos con los paganos, nuestro ilustre antepasado, no contento con recomendarla, cuida de proponernos el modelo, haciendo resaltar en su obra, como en ella puede verse, con singular talento, la ventaja que los Santos Padres de la Iglesia llevan sobre todos los prosistas de la antigüedad, y la de los poetas católicos sobre todos los profanos (2). Su conviccion es tal que da á cada uno de sus capítulos el título siguiente: *Los paganos carecen de*

(1) Nec probi nec judicio recte utentis est hoc moliri, priusquam Sanctorum Scriptorum libros evolverimus, quibus edocemur qua ratione ea tela ex hostium manibus extorquenda sint. — P. 476.

(2) Oratoria Ciceronis contulimus cum Patribus, atque monstravimus neque copiam neque eloquentiam iis defuisse, quin etiam copiosiorem atque efficaciorem extitisse. C. XVII, p. 223.

verdadera elocuencia (1). Despues de demostrarlo con pruebas que es mas fácil negar *à priori* que destruir, manifiesta en un magnífico cuadro que la elocuencia misma de los Santos Padres es muy débil comparada con la de las Sagradas Escrituras.

Añadid á todo lo dicho una enérgica protesta contra la profanacion de la lengua latina cristiana por la introduccion en ella de palabras paganas, y otra no menos enérgica contra los pintores y escultores del Renacimiento, corruptores del arte y de las costumbres, y adquirireis una pálida idea del célebre trabajo del hombre tal vez mas eminente de la Compañía de Jesús. Recordad al mismo tiempo que todas las ideas que contiene fueron publicadas en Roma por un jesuita, íntimo amigo del Papa, para que sirvieran de remedio al mal y de norma á los Jesuitas; que las aprobó la censura romana y las elogió sobre manera el general de la Compañía, y quedareis íntimamente convencidos, como mis adversarios, de que por el mero hecho de haberlas reproducido, soy un innovador atrevido que insulto á la Iglesia y á los Jesuitas.

(1) Lib XVIII, c. XII.

CAPITULO IX.

SIGLO XVII.

El teólogo protestante Andreae habla como pudiera hacerlo un Padre de la Iglesia. —Condena enérgicamente la educacion pagana, haciendo ver sus consecuencias. —Pide que se estudien los autores cristianos, demostrando su superioridad. —Otro prueba que la educacion clásica mata el espíritu nacional. —Perrault revela la causa que impide la reforma de los estudios. —Balzac hace ver que el estudio admirativo de los autores paganos destruye el genio y falsea el sentido moral. —Clavigni dice que altera el derecho público. —El P. d'Argentan manifiesta que estravia y corrompe las almas.

Es tal la evidencia é importancia capital de nuestra tésis, que cuenta entre sus defensores los hombres mas eminentes de todas las épocas y paises sin distincion de estados ni de condiciones. Dos jesuitas, uno español y otro italiano, completan nuestra genealogía en el siglo XVI, y un teólogo protestante de Alemania da principio á la del XVII. En un diálogo titulado *Teófilo* (1), que hizo gran ruido en toda Europa, se espresa Juan Valentin Andreae de este modo: « *Teófilo:* El secreto y la base de toda buena educacion es la piedad. — *Demócido:* Así es sabido. — *Teófilo:* No tanto como creeis, pues no entiendo por piedad ciertas prácticas religiosas, ni los sentimientos mas ó menos afectuosos para con Dios, sino una fe firme é ilustrada y una caridad verdadera, que domine el alma de la juventud y la acompañe durante toda su vida. — *Demócido:* Eso es pretender formar frailes. — *Teófilo:* Lo que

(1) Theophilus, sive concilium de christiana religione sanctius colenda..... de litteratura rationabilius docenda. Edit. 1706.

quiero es formar cristianos. ¿No es una verdad que el hombre ha sido criado para Dios, y que la vida es el camino por donde vuelve á aquel de quien procede? ¿No es cierto que la educacion forma al hombre? ¿No es cierto tambien que el hombre en la época en que se educa, debe aprender á conocer á Dios y amarle con perfecion, sin hipocresía ni disimulo?»

De estos aforismos, en que se apoyan todos los adversarios de la educacion pagana para batirla en brecha, saca Andreae consecuencias no menos incontestables que sus principios.

«*Teófilo:* Afirmo, pues, y sostengo que las sagradas Letras, oráculos de Dios mismo y semillas de todas las virtudes, deben ser enseñadas á la juventud, esplicadas á su entendimiento y confiadas á su memoria, mas bien que las fábulas de Eneas ó las metamorfósis de Ovidio. Un niño cristiano debe conocer mejor las máximas de la eterna sabiduría que los versos de Virgilio, y saber de memoria y recitar con mas frecuencia los himnos sagrados que los cánticos obscenos dedicados á Venus. En un palabra la educacion debe imprimir en todas las almas bautizadas las verdades de la religion, de un modo mas profundo é indeleble que las vanas y peligrosas ficciones de la religion pagana: *Quam paganæ inanitatis lenocinium firmius imprimat.*

«*Demócido:* Si no se dedica tanto tiempo á la literatura cristiana, ¿qué queda entonces para las bellas letras? —*Teófilo*: Pues qué, las letras cristianas no son de suyo muy bellas y elegantes? ¿No lo han demostrado así Erasmo, Vives, Fabricio y otros? Nosotros, sin embargo, queremos mejor que la juventud admire la literatura pagana, á fin de que el camino de su corazon esté abierto para Satanás y cerrado para Jesucristo. No queremos que ame mas las cosas espirituales que las carnales, para

no ahorrarle lucha alguna en el resto de la vida. Todo exige que se fortifiquen sus almas por medio del estudio formal del Cristianismo, en vez de afeminarlas con los seductores atractivos del Paganismo, y que se guarden para Jesucristo en vez de entregarlas al mundo; y nosotros hacemos todo lo contrario, olvidándonos de que los jóvenes solo son buenos cuando son cristianos, y tanto mas malos cuanto mas se apartan de las reglas del Cristianismo: *Satis futuri boni, si vere christiani, tanto vero semper pejores quanto illud minus.*»

Descendiendo luego Andreae al fondo de la cuestion, recuerda que el Cristianismo es esencialmente humilde y casto, al paso que el Paganismo solo respira orgullo y deleite, y que el estudio constante de la literatura y artes paganas crea en la juventud, y por consiguiente en la sociedad, un espíritu pagano que la enerva y aniquila. Al efecto ese hombre, que cualquiera diria que era un Santo Padre, mas bien que un teólogo protestante, invoca toda la tradicion.

Apoyado en los eminentes varones S. Agustin y S. Jerónimo, dice: «Los niños cristianos estan destinados para el cielo, y por consiguiente, lejos de ponérseles trabas, hay que darles alas para volar á él. El cristiano no debe ser formado á imitacion de Rómulo, Dracon ó Licurgo, sino á imágen de Jesucristo, y sus afecciones, gustos, vida y lenguaje deben estar en armonía con este divino modelo. Su literatura debe ser la de David, la de S. Pablo y la de Isaías, y no la de Virgilio, Homero, Ciceron y Demóstenes. Sus oidos viciados se escitan con la voz de Platon y no con la de S. Juan; su juicio falseado prefiere Aristóteles á Moisés; su paladar enfermo halla mas grato á Ciceron que á S. Pablo, y su corazon mezquino halla mas vigor en Séneca que en Jesucristo. Delirio, fábula, charlatanismo, frialdad, todo esto es lo que no

está á la altura de Jesucristo y de los autores cristianos; pues una sola palabra de estos encierra mas vida que mil profanas, y devora y absorbe toda la sabiduría pagana, como la serpiente de Moisés devoró las culebras de los magos egipcios.

«*Demócido*: Estais diciendo cosas que sorprenden. — *Teófilo:* Nada tiene de sorprendente lo que digo sino lo que nosotros hacemos, pues confesamos de boca á Jesucristo y le colocamos en el último lugar de nuestros estudios. Si formáramos para él la juventud, tendriamos verdaderos literatos y ciudadanos... El educar bien á aquella es formar ó reformar la sociedad. *Recte curare adolescentiam, est efformare aut reformare etiam rempublicam.*»

El pretendido desarrollo del alma cristiana por medio de la enseñanza de los autores paganos, viene á ser á los ojos del autor empobrecimiento de la razon, estravío del sentido cristiano, compresion del entendimiento y trabajo ingrato y estéril. «Desgraciada memoria, dice, que se llena de tales simplezas! ¡Tiempo infausto que se pierde en semejantes vaciedades! ¡Dinero perdido que las paga! ¡Castigos indignos, lágrimas inmerecidas, juventud perdida! ¿Y por qué? Por una cosa que calificaré con el nombre mas suave: por una nada: *Ob rem, uno verbo, sed mitissimo, nihili.*»

La costumbre absurda, introducida por el Renacimiento de hacer estudiar á la vez dos ó tres literaturas, poesías ó filosofías, divide las fuerzas del alma, comprime el genio y llena el mundo de orgullosas medianías. De este hecho, mas sensible hoy que nunca, deduce el autor nuevamente la necesidad urgente de la unidad cristiana de la enseñanza. «¿Qué cosa mas razonable, dice, que consolidar hasta por medio del estudio de las lenguas, los fundamentos de la vida presente y de la futura? ¿Qué cosa mas justa que preferir en los estudios la vocacion de

Abraham al destierro de Ciceron; la prision de José al tonel de Régulo; la salida de Egipto á la espedicion de Jerjes; el Decálogo á las Doce Tablas; el combate de David al parricidio de Horacio, y las peregrinaciones de la Iglesia á las aventuras de Apuleyo?

»Los mejores maestros de los niños no son los poetas, sino los Profetas; no los retóricos, sino los Santos Padres; no los filólogos, sino los teólogos, y sin embargo, esta verdad tan sencilla no podré inculcársela á todos. Algunos quieren mejor que los jóvenes pasen la edad de la inocencia en las sentinas, cloacas y lupanares, y se consagren á Moloch en vez de conservarse puros para el Dios que los ha salvado: *Malunt per sentinas, cloacas et lupanaria imo Molochi renovati ignem, innoxiam ætatem transire, quam impollutam Christo soteri sistere atque consecrare.* Nosotros, por desgracia, gastamos mas tiempo, castigos, trabajos y pesares para perder á la juventud, de los que serian necesarios para salvarla. El convertir un arbusto cristiano en una zarza, un inocente pajarillo en pavo real vanidoso, y un ser inteligente en asno, es un verdadero crímen: *Facere ex homine ingenioso asinum, facinus.*»

Tales son á los ojos de este testigo nada sospechoso los resultados del Renacimiento y de su enseñanza. A la debilitacion de la fe y de la razon pública se agrega, segun uno de sus contemporáneos, la pérdida del espíritu monárquico, reemplazado por el espíritu republicano, orígen de revoluciones y trastornos. «El criticar, dice, la costumbre de hacer que los jóvenes estudien los autores paganos, es imitar á aquellos antiguos romanos que reprendian á los que enviaban sus hijos á las escuelas de la Grecia, en las cuales adquirian las costumbres y carácter de los Griegos. Decian que los que se educaban en una nacion monárquica no podian menos de ser sospechosos para los que vivian en un Estado republicano, y que por

lo tanto los que estudiaban en las escuelas de un país constituido en república se hacian republicanos y deseaban dicha forma de gobierno, de lo cual resultan grandes males en los Estados monárquicos (1).»

La infatuacion por la antigüedad clásica, lejos de aumentar la fe de las naciones cristianas, la altera y la destruye; en vez de purificar las costumbres, las corrompe; y lejos de fortificar el espíritu nacional, falsea la civilizacion, segun todo se desprende de los testimonios que acabamos de citar. Todo el que es capaz de hermanar dos ideas, infiere con razon que la literatura y las artes, puestas bajo una misma influencia, en vez de progresar, ejecutan un movimiento retrógrado. Nosotros hemos perdido nuestra originalidad haciéndonos discípulos de los Griegos y los Romanos. Las inspiraciones naturales y espontáneas del genio han sido ahogadas y comprimidas, y hemos dejado de ser lo que éramos, para convertirnos, como dice Horacio, en un rebaño de serviles imitadores. Poesías, arengas, novelas, teatros, pinturas, esculturas, todo es una mala imitacion del antiguo Paganismo.

Tan estraña aberracion fué demostrada ya por el académico Perrault, uno de los literatos mas sensatos del siglo XVII; pero era ya tal el imperio del interés en unos y del espíritu de sistema en otros, que sus palabras se las llevó el viento, siendo necesario que sobrevinieran revoluciones para fijar la atencion del mundo. Perrault mismo habia previsto el resultado que producirian sus esfuerzos; pero no por eso dejó de protestar con la energía de un ánimo esforzado y el desinterés de un buen ciudadano contra la causa que aun hoy dia se opone á la necesaria é indispensable reforma de la educacion. «Estoy, dice, muy lejos de aspirar á adquirir celebridad, puesto

(1) Véase el *Mercurio de Francia*, año de 1622, p. 410.

que lastimo las opiniones de una gran parte de aquellos que la dan, es decir, de un cierto número de sábios que encaprichados por la antigüedad fundan todo el mérito en entender bien los autores antiguos, y que se estasían en la esplicacion verosímil de un párrafo oscuro y en la restauracion de un pasaje alterado.» Esto por lo que hace al espíritu de partido.

Ved ahora por lo que respecta al interés. «No he pretendido tampoco, dice, convertir á esa nacion de sábios. Aunque se hallaran en estado de aceptar mis razones, lo cual nunca habrá de suceder, siempre perderian mucho en cambiar de opinion, y el exigírselo sería una impertinencia, pues equivaldria á proponer la baja del valor de las monedas á una persona, cuya riqueza consistiera solo en dinero contante. ¿Qué sería, pues, de sus tesoros de lugares comunes y de observaciones? Tendrian que refundir todas esas riquezas y darles nuevo carácter y forma, lo cual solo es propio del hombre de genio, y ellos carecen de él. Eso no sería razonable, pues es preciso que los que pueden citar, venga bien ó mal, un verso de Píndaro ó de Anacreonte, ocupen un lugar algo distinguido en el mundo (1).»

Balzac apoya la opinion de Perrault, y aunque adorador del Renacimiento, no puede menos de confesar que hace al mundo moderno esclavo de la antigüedad pagana, y que por medio del cebo engañoso de la bella literatura conduce las naciones á su ruina. Ved aquí sus notables palabras: «No nos dejemos deslumbrar por la fama de la sabiduría de los Griegos, y hagamos uso alguna vez de nuestra libertad de discurrir, que no siempre ha de ser esclava del juicio de los Griegos y Romanos..... Seguramente no hay mejor medio para debilitar el vigor de los

(1) *Paralelo de los antig., etc.*, pref.

ánimos que el ocuparlos en ejercicios pacíficos y sedentarios, ni puede haber aliciente mas peligroso ni sutil para introducir la ociosidad en los Estados mas cultos, que el estudio de la literatura. Esas personas ociosas y llenas de pereza son las que en gran parte han arruinado el comercio y la agricultura, y causado la debilidad de nuestra situacion y la vileza de nuestro siglo (1).»

Si es muy peligroso considerar á los paganos como modelos de elocuencia y poesía, no lo es menos el tomarlos por maestros en materia de virtudes. Balzac, sin temor á contradecirse, califica como se merecen los santos del Paganismo y la simpleza de sus admiradores. Los paganos, dice, cortesanos asíduos, pero desgraciados, de la naturaleza, han vegetado en el patio; pero nosotros, favoritos de Dios, aunque indignos, hemos sido recibidos en el gabinete desde el primer dia.»

Clavigny de Sainte-Honorine, contemporáneo de Balzac, recuerda la antigua prohibicion de la Iglesia, y su tolerancia actual respecto de la lectura de los autores paganos; critica con vigor dicha lectura, convertida en una pasion desde la época del Renacimiento, y entre otras cosas demuestra que causa la ruina de la Europa falseando la nocion del derecho público. «La lectura de los autores profanos, dice, fué tan odiosa en otros tiempos, que la simple alegacion que hizo S. Paciano de unos versos de Virgilio, produjo un escándalo público. La Iglesia temia que el estudio de los autores paganos que corrompieron las verdades mas esenciales, honraron el vicio y sancionaron la venganza y la irreconciliacion, alterára las costumbres de los cristianos (2).»

Si hoy no está prohibida de un modo absoluto su lec-

(1) *El Príncipe*, h. XII.

(2) *Del modo de discernir y hacer uso de los libros sospechosos*, en 18.°, 1672, p. I.

tura, la aficion á ella es criminal; los ángeles la castigaron en un Santo Padre de la Iglesia, y de ella hablaba S. Paulino cuando escribia á Ausonio lo siguiente: «Me exhortas á que vuelva á entablar relacion con las Musas profanas; pero un corazon vencido por la gracia no es ya capaz de ofrecer incienso á Apolo. Esa aficion á que aludes me era comun contigo; pero el Dios á quien hoy adoro, exige de mí inclinaciones mas inocentes. El arte de los sofistas, las ilusiones de la filosofía y la ciencia de los Griegos, llenan el corazon de vanidad. Hay además un fin superior á la palabra, y los que pasan su vida en el estudio de la elegancia, buscan la puerta del palacio y jamás entran en él.»

El que en los escritos de los paganos se hallen algunas verdades apreciables, no es razon suficiente para leerlos. «Si Mahoma, dice Pedro de Cluny, permitió la sensualidad, tambien recomendó la oracion; y esta mezcla de bien y de mal es una astucia de que tambien se valen los herejes, ateos é infieles..... Aristóteles, dice Orígenes, es el jefe de los ateos políticos, pues permite á los conquistadores que se valgan de la injusticia para vencer á sus enemigos. Tácito concede al interés general lo que Aristóteles á la pasion por la gloria, pues quiere que la utilidad pública, que es para él el principio de la razon de estado, justifique la violacion de las leyes y las desgracias de los particulares. Las consideraciones religiosas nada valen para semejantes políticos, que someten siempre las leyes de la conciencia á las exigencias de sus cálculos. Horacio se propasó á corromper hasta las apariencias mas santas para fortalecer la perfidia.....

.....Da fallere, da sanctum justumque videri
Noctem peccatis et fraudibus objice nubem.

Esto es pedir á Dios en la oracion la simulacion y la astucia.

El monstruoso contrasentido de la educacion clásica, que tan chocante es á los ojos de los hombres del mundo, hace á los hombres de Dios estremecerse. «¡Cuán deplorable me parece, dice el santo y célebre P. d'Argentan, el educar entre fábulas y mentiras á niños cristianos destinados por Dios á ser guiados por el camino de las grandes verdades de la fe á la posesion eterna de la verdad infinita! Oblígaseles á aprender ante todas cosas las ficciones de los poetas, los amores de los falsos dioses y todos los sueños de la antigüedad fabulosa, y con esto se dice que conocen las bellas letras; pero yo no vacilo en afirmar que solo saben viles ignorancias (1).»

El P. d'Argentan habla como S. Agustin, y este no es mas que eco de la tradicion cristiana y del sentido comun. Tan cierto es que en la cuestion de los clásicos, los innovadores no son los que se creen.

(1) *Grandezas de Dios, Conferencia XIV.*

CAPITULO X.

SIGLO XVII.

Bayle protesta contra el estudio de Ciceron. — Malebranche demuestra que la educacion clásica vuelve á conducir el mundo al Paganismo. — De Chanteresne pide la misma reforma que nosotros. — Opinion de Bossuet acerca de Virgilio y de los demás autores paganos. — Fenelon recuerda las prohibiciones de la Iglesia primitiva, y quiere que se estudie la Escritura y las obras de los Santos Padres. — Fleury propone nuestro plan de estudios. — Sacy evidencia los inconvenientes del método actual. — Saber de nuestros adversarios.

Segun acabamos de ver, partian del seno de la república literaria, en la época de su apogeo, incesantes protestas contra el Paganismo, y para que nada falte á la generalidad de los testimonios, citaremos aun algunos nombres elegidos entre muchos. En pos de los protestantes, académicos y hombres de mundo, viene el escéptico Bayle. Este Voltaire del siglo XVII, á pesar de ser tan descreido, se escandalizaba al ver en manos de la juventud el mas celebrado de los autores paganos. «Me asombra, dice, que se propongan por modelo á la juventud los escritos de Ciceron, hombre el mas maldiciente, colérico y satírico de todos, y cuyas arengas estan llenas de las invectivas mas violentas que pueden imaginarse. Así es, que nos parecemos á aquellos que se acostumbran de tal modo al aguardiente, que el vino mas espirituoso les parece flojo (1). ¿Qué pensaria, pues, de los demás?

Malebranche es de la misma opinion que Bayle, pues,

(1) *Cart. critic., etc.*

al ver convertida en pagana la educacion, anuncia la vuelta de la sociedad al Paganismo. Es tal á sus ojos la intensidad del mal, que desespera de que pueda servir el remedio indicado tan claramente por el buen sentido y la tradicion. «Es preciso, dice, que seamos cristianos y franceses antes que gramáticos, poetas, historiadores y estranjeros; en una palabra, es preciso principiar los estudios por las ciencias mas necesarias, ó sea por aquellas que pueden contribuir con mas eficacia á la perfeccion del espíritu y del corazon (1).

«Bien conozco que solo digo paradojas, y que seria necesario pronunciar grandes discursos para comunicar á los demás hombres mis ideas; pero esto al menos servirá para que algunos abran los ojos. ¿Vemos por ventura que los que conocen bien á Virgilio y Horacio sean mas sábios y prudentes que los que entienden medianamente los escritos de S. Pablo? La esperiencia es la que ha de convencer á los que no quieren consultar á la razon. ¿Qué esperiencia, pues, hay que demuestre que la lectura de Ciceron es mas útil que la de las palabras enteramente divinas de la eterna sabiduría?.... ¡Pobres niños! Educados vosotros como ciudadanos de la antigua Roma, adquirís el lenguaje y las costumbres de los Romanos (2). Nadie se cuida de haceros hombres razonables, verdaderos ciudadanos y habitantes de la ciudad santa. S. Agustin se lamentó en vano de ello, y es inútil que yo me tome este trabajo.»

Las espurgaciones, catecismos, conferencias y congregaciones piadosas no serán nunca mas que paliativos insignificantes, pues mientras el elemento pagano con-

(1) Desde la época del Renacimiento la educacion viene haciendo todo lo contrario.

(2) En el siguiente siglo se realizó la profecía en medio del terror del mundo entero.

tinúe siendo la base de la enseñanza literaria, veremos siempre, añade el profundo filósofo, á los jóvenes que salen de los colegios, cuando debieran ser sábios (pues en seguida dejan casi todos de estudiar), los veremos, digo, ignorar el conocimiento del hombre, de la religion y de la moral (1).»

M. de Chanteresne, autor de *La Educacion de un príncipe*, habla como Bayle y Mallebranche. «En la educacion de los niños, dice, todo debe referirse á la moral de Jesucristo, incluso lo que deba enseñárseles en punto á retórica; pues esta se funda en la verdadera moral, en razon á que debe siempre dar una buena idea del que habla, y hacerle pasar por hombre honrado. Nótase, por ejemplo, un aire de vanidad, de afectacion y de amor á la fama en Plinio el Jóven, que malea sus cartas y las hace de mal género, por lo mismo que nos lo hacen suponer hombre vanidoso y ligero. El mismo defecto hace despreciable la persona de Ciceron que se deja ver en todas sus obras, y no hay hombre alguno de honor que quiera parecerse á Horacio ni á Marcial en su malignidad y falta de modestia. Ahora bien, el inspirar tales ideas de sí mismo es pecar contra la verdad retórica.»

El medio mejor de evitar semejante inconveniente, es, segun M. de Chanteresne, hacer lo que nosotros pedimos, que es dar por base de la educacion los autores cristianos, y enseñar cristianamente los paganos que se crea poder dejar en manos de la juventud.

No es mejor la opinion de Bossuet respecto de Virgilio. ¿Está probado por ventura que el obispo de Meaux fuera gran partidario de un sistema de educacion que obliga á los jóvenes cristianos á consagrar una especie de culto á los autores profanos y fundar sus delicias en Virgilio,

(1) *Tratado de Moral*, c. X.

cuando él anatematiza á este poeta, designándole con los nombres de *abogado de lo verdadero y de lo falso*, *escelente epicúreo*, *adorador de la vanagloria y despreciador de la verdad*, y cuando veia con dolor que los poetas é ingenios cristianos seguian el mismo camino que los paganos (1)?

Bossuet, hablando del *Telémaco*, es decir, de la aplicacion mas castigada del Paganismo á la educacion, da el siguiente parecer: «El Telémaco de Monseñor de Cambray es, bajo el nombre del hijo de Ulises, una novela instructiva para Monseñor el duque de Borgoña; pero los hombres de ingenio estan divididos respecto de esta obra: *la cábala la admira*, pero el resto del mundo la halla poco seria y poco digna de un sacerdote (2). Bossuet, por último, apreciaba tan poco la fraseología pagana, que no podia sufrir ni aun la palabra *divus* sustituida á la de *sanctus* para designar los héroes del Cristianismo, cuyas virtudes consagra la Iglesia con honores públicos (3).»

Si alguna duda quedára acerca del modo de sentir del obispo de Meaux, bastaria para desvanecerla oir á su historiador: «Bossuet, dice, hubiera deseado que la poesía hubiese desdeñado en su lenguaje sublime esos frívolos adornos ideados para hacer mas seductores los encantos de un culto que solo hablaba á los sentidos; de una religion que solo presentaba á la adoracion de los pueblos cuadros voluptuosos, reminiscencias culpables y escándalos enormes. En cambio creia que las grandes imágenes, los pensamientos nobles, la riqueza, el vigor y la originalidad de espresion que abundan en los Libros sagrados, podian muy bien suplir con ventaja las mas afortunadas concepciones de una poesía estraña á la religion, á la

(1) *Trat. de la concup.*, c. XVIII.
(2) T. XV, edit. Deforis, p. 227.
(3) *Carta* al abate Nicaise, 9 de Feb. de 1679.

moral, á la legislacion y á los hábitos de los pueblos modernos. Temia, pues, que estraviáran la imaginacion de la juventud y abrieran su corazon á la seduccion de las pasiones, lejos de inspirarla esas grandes creaciones que han honrado á algunos grandes genios, á quienes no por eso dejaba de admirar (1).»

Nosotros ahora nos permitiremos espresar la misma duda acerca de Fenelon, que la que acabamos de enunciar respecto de Bossuet. Es indudable que el célebre arzobispo de Cambrai, á pesar de la educacion de colegio que le habia hecho apasionarse por la antigüedad pagana, estraviándole hasta el punto de hacerle considerar como monumentos bárbaros las catedrales góticas, no escluia los autores cristianos como indignos de la enseñanza literaria, ni consideraba indispensables los paganos para formar el gusto, espíritu y corazon de la juventud cristiana; y en cierto modo tenemos derecho á contarle entre nuestros antepasados, sin que esta pretension pueda calificarse de exagerada.

Despues de haber indicado el hecho deplorable, pero lógico, que nosotros hemos demostrado, es decir, que los Renacientes del siglo XVI fueron en su mayor parte racionalistas y libertinos, hace Fenelon decir á su interlocutor estas palabras: «Yo desearia que un hombre estudiára con solidez *durante su juventud* cuanto hay de útil en la poesía y elocuencia griega y latina.» «Eso, responde Fenelon, *no es necesario*. Cierto es que cuando uno ha seguido con aprovechamiento dichos estudios, puede sacar de ellos gran fruto para entender la Sagrada Escritura (2), como lo probó S. Basilio en un tratado que escribió ex profeso sobre este asunto; pero tambien es cierto que

(1) *Hist.*, etc., por el Cardenal de Beausset, t. II, p. 93.

(2) Comprender bien el Cristianismo es hasta el objeto de los autores paganos.

nos podemos pasar sin ellos, *como así era en los primeros siglos de la Iglesia* (1).

»Los que habian estudiado tales materias cuando vivian en el siglo, reportaban grandes ventajas para la religion cuando llegaban á ser pastores; pero no se permitia que estos las aprendieran, si es que las ignoraban, cuando estaban ya estudiando las sagradas letras, pues *habia la persuasion de que era suficiente la Escritura*. De aquí provino lo que se advierte en las constituciones apostólicas que exhortan á los fieles á no leer los autores paganos. En efecto, no es necesario, como lo hemos visto, buscar en otra parte lo que puede formar el gusto y el raciocinio, aun por lo que respecta á la elocuencia (2).»

Fenelon, pues, creia, como la Iglesia primitiva, que el Libro divino basta para formar la juventud, como basta para formar la sociedad misma en todo género de perfecciones. ¿Hemos dicho nosotros otra cosa?

Fenelon, no contento con esto, agrega al estudio del testo sagrado el de los Santos Padres, que son sus brillantes y magníficos comentaristas. «Los Padres de la Iglesia, dice, son nuestros maestros, y todos ellos fueron genios sublimes, almas grandes, poseidas de sentimientos heróicos, y hombres que tenian una maravillosa esperiencia de los espíritus y de los corazones, y que habian adquirido una gran autoridad y elocuencia. Todos ellos eran muy cultos y urbanos; pues estaban perfectamente instruidos en el arte de hablar en público, de conversar familiarmente y de desempeñar todas las funciones de la vida civil. Así es que en sus escritos se advierte una gran *urbanidad y finura*, no solo *de palabras*, sino de sentimientos y costumbres. Esa misma urbanidad, que no está

(1) ¡Y se dice que soy innovador!

(2) *Dial. sobre la elocuencia*, etc.

reñida con la sencillez, producia grandes resultados para la religion. *Por lo tanto, despues de la Escritura, ellos son las fuentes limpias.*

Fenelon, no satisfecho con dar consejos, ordenó los estudios del duque de Borgoña para el año de 1696 de la manera que consta en una carta recientemente descubierta, y es la siguiente: los libros sapienciales, los libros poéticos de la Escritura, tratados selectos de S. Jerónimo, S. Agustin, S. Cipriano, S. Ambrosio, Prudencio y San Paulino (1). Ahora bien: ¿no consiste en esto, en cuanto al fondo, toda la reforma que nosotros exigimos?

Algunos de nuestros adversarios se admiran de que Fenelon y Bossuet no fueran mas esplícitos acerca de los peligros que ofrece la enseñanza pagana, y convierten esa misma admiracion en un arma contra nosotros; pero olvidan que ambos eran hijos de su educacion de colegio hasta el estremo de considerar como obras bárbaras nuestras catedrales góticas; que hasta los hombres mas previsores dejan muchas veces de ver las últimas consecuencias de una institucion nueva ó de una costumbre que se introduce, y que aun no estaba esperimentado el sistema que combatimos. Si Bossuet y Fenelon vivieran hoy, y vieran como nosotros el Paganismo desbordado por todas partes en las ideas y costumbres, y si hubieran presenciado la Revolucion francesa, drama espantoso que en todas sus fases vino á ser una parodia atroz ó ridícula del Paganismo greco-romano y en su conjunto la traduccion literal de los estudios de colegio, ¿en qué campo combatirian?

Citemos además otro testigo de la corte de Luis XIV. Fleury, en su *Eleccion de estudios*, recuerda, como nosotros, la conducta de la primitiva Iglesia, fundado en la tradicion: «El principal estudio de los cristianos, dice,

(1) Véanse los *Anal. de phil. chrét.*, Febrero de 1857, p. 161.

consistia en meditar la ley de Dios y las sagradas Escrituras, segun la tradicion de los pastores, que habian conservado fielmente la doctrina de los Apóstoles. Todo lo demás lo designaban con el nombre de *estudios estraños ó esteriores, y lo desechaban como parte de las costumbres de los paganos*: los poetas, como profetas del diablo, y los filósofos y oradores, como corruptores de la fe, de la moral y de la verdad. No puede negarse que hubo varios cristianos muy sábios en las ciencias profanas; pero, si bien se examina, se verá que la mayor parte de ellos las habian aprendido antes de hacerse tales (1).»

A pesar de los hechos particulares que pudieran citarse, la aversion general á los autores paganos duró hasta la época del Renacimiento. «Lo notable, dice Fleury, es que los demás pueblos han tenido igual aversion á los libros estraños á su estado social ó contrarios á su religion. Nunca los árabes se aplicaron al estudio de la lengua griega, pues bastaba para hacérsela despreciable, que fuera la de sus enemigos. Su religion les prohibia leer los poetas griegos, y ellos tenian tal horror á la idolatría, que ni aun se permitian pronunciar los nombres de los falsos dioses (2); tanto que en los miles de volúmenes que han dejado escritos, apenas hay uno que los cite; por consiguiente, estaban muy lejos de estudiar todas esas fábulas, que con tanto ahinco aprenden nuestros poetas modernos.»

Fleury reprende severamente á los hijos del Renacimiento que, con desprecio de la tradicion cristiana y hasta del sentido comun, «pasan su vida estudiando el griego, el latin, la mitología, la retórica y la poesía de los paganos; y profesan á los antiguos tan ciego respeto, que han llegado á seguir sus errores, en vez de tomarse la

(1) N. IV.

(2) Dicho horror lo adquirieron de los judios.

libertad de juzgarlos.» Los protestantes, víctimas de esa misma infatuacion, fueron mas lejos todavía, pues «consideraron los estudios profanos como medio necesario para la reforma de la Iglesia, y pretendieron alegar como la primer señal que Dios daba de su vocacion en este punto, la renovacion de los estudios literarios.»

Fleury es tanto menos sospechoso en su crítica contra los Renacientes, cuanto él pertenecia al gremio de estos: «El lenguaje de la filosofía escolástica, añade poco despues, no merece de suyo ningun especial respeto, como tampoco nuestras iglesias antiguas. La arquitectura que llamamos *gótica*, no es mas venerable ni mas santa, por el hecho de haberse aplicado á usos santos en unos tiempos en que no se conocia otra mejor, y por lo tanto sería una delicadeza ridícula el no querer entrar en iglesias edificadas con arreglo á aquel estilo (1).» Así, pues, unos no quieren leer la Escritura por temor de viciar su estilo, y otros se arredran de entrar en nuestras catedrales góticas por miedo de falsear su gusto. ¡Ved aquí hasta qué estremo llegaron ciertos humanistas del siglo de Luis XIV, que se nos proponen como reguladores infatigables de nuestros juicios en todas materias!

Fleury, preciso es decirlo en su elogio, á pesar de ser *pagano*, obedecia aun al espíritu cristiano, pues hablando de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, no teme atacar de frente á esos entendidos puristas que solo hallan en los autores paganos la belleza *natural* poética y oratoria. «Cuando los niños, dice, se hallen en estado de leer la Escritura, se cuidará de darles á conocer sus bellezas esteriores, ó sea la escelencia de sus diversos estilos, y hacer que vean cuán ordenados y escogidos estan los hechos en las historias, cuán concisa es la narracion y

(1) N. XIII.

cuán vivo y claro el conjunto. Es preciso que observen en la poesía la nobleza de la locucion, la diversidad de las figuras y la elevacion de los pensamientos; en los libros de moral, la elegancia y brevedad de las sentencias, y en los de los Profetas, la vehemencia de las acriminaciones y amenazas y la riqueza de las frases (1).»

No solo es la Escritura el tipo de la bella elocuencia y narracion histórica, sino la única fuente de la bella poesía. Fleury, despues de haber demostrado la inferioridad de los paganos latinos y griegos, añade: «Para hallar una poesía pura, fundada sobre un cimiento estable, en que se pueda disfrutar tranquilamente del placer que el lenguaje puede proporcionar á los hombres, es preciso que nos remontemos á los cánticos de Moisés, David y otros verdaderos profetas, pues en ellos es donde hay que buscar la verdadera idea de la poesía. Todas las demás son juegos de niños ó abusos sacrílegos de los dones de Dios (2).»

La educacion, pues, está, segun Fleury, en el deber de purificar el gusto corrompido por el Renacimiento, reconciliando el ingenio con el buen sentido y con la virtud. El primer medio para conseguirlo es, segun él, el estudio de la Sagrada Escritura; y el segundo, el de los Santos Padres y eminentes autores cristianos. ¿Hemos dicho mas nosotros?

Lamentando, como nosotros tambien, la ignorancia y hasta el menosprecio del Cristianismo que nuestra educacion clásica fomenta en el mundo literario, dice: «Muy mal me parece que la mayor parte de los cristianos que han estudiado, conozcan mejor á Ciceron y á Virgilio que á S. Agustin ó á S. Crisóstomo. Diríase que solo los paganos

(1) N. XVII.
(2) N. XXXII.

tuvieron ingenio y saber, y que los autores cristianos solo son buenos para los clérigos y los devotos. *Su título de Santos es el que les perjudica*, pues hace que muchos crean que sus obras solo abundan en exhortaciones ó meditaciones fastidiosas.

«Buscan, pues, la filosofía en Aristóteles, siendo así que en S. Agustin se halla una filosofía de todo punto cristiana. ¿Por qué no buscan tambien la elocuencia en S. Crisóstomo, S. Gregorio Nazianceno ó S. Cipriano, como en Ciceron y Demóstenes? ¿Por qué no se ha de buscar en ellos la moral con mas razon que en Séneca ó en Plutarco? Yo quisiera que se advirtiese á los jóvenes cristianos, que muchos de los santos mas celosos por la Religion y mas severos en sus costumbres, fueron hombres de grande ingenio y sumamente cultos, y que si despreciaron las letras y ciencias humanas, lo hicieron con conocimiento de causa (1).»

Para espresar Fleury el conjunto de nuestras ideas, solo le falta poner en relieve la pretension de los Renacientes de conocer el buen griego y latin, el contrasentido de hacer estudiar los autores paganos antes de estar los niños en edad de sacar provecho de ellos, y la importancia exagerada que se da á semejante estudio. Todo esto lo consigna Fleury.

«Es preciso, dice, desvanecer el error de los que creen que puede aprenderse perfectamente el latin ni ningun otro idioma muerto. Nosotros no podemos saber mas de lo que está escrito, y aun de esto no todo podemos comprenderlo. En las obras de Caton y de los demás autores hay infinitas palabras que nadie entiende, y aun en los discursos mismos que creemos comprender, hay mil sutilezas que pasan desapercibidas. Si, pues, es casi impo-

(1) N. XVII.

sible aprender con toda perfeccion las lenguas vivas, ¿qué hemos de esperar de aquellas que solo subsisten en los libros?

»Los autores paganos permanecen por lo comun ignorados y despreciados por falta de lectores que los entiendan, pues se dan á leer á niños que no entenderian en francés escritos parecidos, por carecer de esperiencia de las cosas de la vida y de la suficiente atencion para comprender los asuntos graves (1).»

Mientras Fleury protesta en nombre del sentido comun contra el estudio apasionado de los autores paganos, y recuerda como nosotros á la Europa las verdaderas fuentes de vida, es decir, la Escritura y los Santos Padres, Mabillon se alza en nombre del sentido cristiano contra los impertinentes pedagogos, que destierran del *Diccionario* las palabras consagradas por la Iglesia, so pretesto de que no se hallan en los escritores del siglo de Augusto.

«Es preciso, dice el sábio religioso, evitar el esceso de ciertas gentes que, apasionadas ciegamente por la antigüedad, forman escrúpulo de usar algunas palabras latinas que no se hallan en Ciceron ni en los demás escritores profanos del siglo de oro, y que por lo tanto no se resuelven á usar palabras consagradas por la religion cristiana, sustituyéndolas con otras que rayan en impías. Así es, que algunos, segun advierte Mureto, emplean la palabra *persuasio* en vez de *fides*, y los herejes de nuestros dias usan el *Sanctificum crustulum* para espresar la *Eucaristia*. Solo falta usar la palabra *Jupiter* en vez de la de *Christus*, porque esta no se halla en Ciceron.

»Mas lo que me parece insoportable, es que los mismos católicos se arredren de usar la palabra *Salvator*, y pon-

(1) N. XXXIII.

gan en su lugar la de *Servator*, porque la primera no se halla en los autores latinos. Ya S. Agustin habia clamado contra semejante desórden, diciendo: «Por mas que los gramáticos digan que la voz *Salvator* no es latina, basta para los cristianos que esprese bien la verdad de lo que creen. Cierto que *salvare* y *Salvator* no eran palabras latinas antes de la venida del Salvador; pero las hizo tales desde el momento en que vino para los Latinos: *Salvare et Salvator non fuerunt latina antequam veniret Salvator, quando ad Latinos venit hæc et latina fecit* (1). Aprendamos de los paganos á ser mas religiosos y á conservar las espresiones consagradas por la religion: *Illa mutari vetat religio et consecratis utendum est.* Téngase presente que el uso y la costumbre dan curso á las palabras, como el busto del príncipe á la moneda: *Consuetudo certissima loquendi magistra, utendumque plane sermone et nummo cui publica forma est* (2).»

Erasmo, Mureto, el P. Possevin y otros infinitos habian hablado como Mabillon; pero el espíritu de partido es como aquellos ídolos, que tienen ojos y no ven y oidos y no oyen, y así es que el siglo XVII vió aparecer numerosas elucubraciones en verso y prosa, léxicos, aparatos y diccionarios para uso de la juventud, de los cuales se desterraron todos los términos consagrados por la Iglesia y se acompañaron con una nota infamante. Semejante puritanismo y semejantes innovaciones sacrílegas provenian del mismo orígen que la corrupcion de las costumbres y la estincion de la fe, es decir, del estudio apasionado de la antigüedad pagana.

A las reclamaciones incesantes que hemos citado contra esa infernal costumbre, que debia conducir la Europa

(1) *Ser.* 299, n. 6.
(2) Quintil., lib. I, c. VI.—Mabill., *Estud. monast.*, p. II, c. II.

al abismo, falseando el camino de la juventud, agregaremos entre otras muchas las de Sacy. «Los padres y maestros, dice, solo pueden formar el entendimiento tierno de los niños y fortificarlos contra el contagio del siglo, enseñándoles desde muy temprano las principales máximas del Evangelio adecuadas á su edad; pero desgraciadamente sucede con frecuencia que, en vez de historias edificantes é instructivas, se los entretiene con cuentos fastidiosos y ridículos, que solo sirven para hacerlos necios é impertinentes. Dánseles por lo comun á leer poetas poco castos é historias fabulosas de los antiguos, que corrompen su imaginacion y llenan su ánimo de ideas enteramente paganas antes de estar instruidos en las verdades cristianas necesarias para su salvacion (1).»

Sacy, como Fleury y la mayor parte de nuestros antecesores, invoca la autoridad de la tradicion, cita las quejas de S. Agustin é indica las mismas precauciones que nosotros hemos señalado. «Tres cosas serían, dice, necesarias para sacar alguna ventaja del estudio de los autores paganos. La primera elegir entre ellos y entre los poetas sobre todo, los mas útiles y menos corrompidos, y no darlos á leer sino despues de haberlos espurgado de ciertos pasajes peligrosos.

La segunda hacer que el estudio de los autores paganos no perjudique en nada al de los libros de la Escritura que convienen á la juventud y al estado á que se la destina. La tercera hacer á los niños aprender de memoria los mejores trozos del Nuevo Testamento y los libros sapienciales, en vez de sobrecargar su memoria con oraciones de Ciceron ó versos de Virgilio y Horacio, que *en lo sucesivo no les han de servir de nada*. La esperiencia demuestra que los que de este modo se educan, reportan grandes

(1) *Coment. sobre la segunda epist. á Thimot.*, c. III.

beneficios para su salvacion y para la edificacion de los demás.»

Pudiéramos aumentar la lista de nuestros antepasados en el siglo XVII. Thomassino, Ferrer, Nicole y otros muchos vendrian á repetir lo que ya hemos oido, á saber: que la Europa moderna ha errado el camino por haber bebido en las ponzoñosas fuentes del Paganismo greco-romano; que el camino que sigue conduce al abismo, y que el único medio de evitar una suprema catástrofe es la reforma cristiana de la educacion.

Antes de proceder al exámen de nuevos testigos, nos detendremos un momento para admirar la ciencia de nuestros adversarios. «La tésis de M. Gaume, escriben con la satisfaccion propia del que está seguro de lo que habla, es falsa históricamente hablando, pues no ha tenido mas antecesor en su cruzada contra el Paganismo, que el P. Possevin en el siglo XVI.»

«Mentid, calumniad con descaro, decia Voltaire, que siempre queda algo.» Ah! ¡No puede negarse que son hijos dignos de su padre!

CAPITULO XI.

SIGLO XVII.

El Gusano roedor publicado en 1641.—Aprobacion solemne dada á esta obra. Títulos de algunos capítulos.—Análisis.—El autor previó todo lo que vemos, y dijo cuanto nosotros hemos dicho.—El origen del mal es el Paganismo clásico.—El demonio volvió á introducirlo en el mundo.—Causa los mismos estragos que en la antigüedad: empobrece la razon, falsea el juicio y debilita el sentido moral.

Al título de innovador que me regalan los defensores de la enseñanza actual, añaden el de ultrajador de la Iglesia. Ambos dictados no son de los menos halagüeños que me dan; pero desgraciadamente para ellos, no merezco ninguno de los dos: así se ha visto ya, y así se va á ver más claramente todavía.

A mediados del siglo XVII vió la luz una obra en 4.°, de cuatrocientas sesenta páginas, sobre la gran cuestion de la reforma cristiana de los estudios, que viene á ser la protesta mas completa, mejor motivada y mas solemne contra el sistema de enseñanza introducido por el Renacimiento. El autor dice todo lo que nosotros hemos dicho; igual es su punto de partida, iguales sus razones, su plan, su fin y sus vaticinios. Si antes de suscitar la cuestion hubiésemos conocido esa obra maestra, nos hubiera bastado reimprimirla: dicha obra es *El Gusano roedor*, publicado en 1641.

Su autor no es un hombre oscuro, sino un sábio religioso, profesor de teología, que conocia perfectamente la antigüedad pagana y la cristiana, las necesidades de su época y la cuestion de los clásicos. No se presenta solo

ante el público, sino que su obra va acompañada de las aprobaciones mas importantes. La primera es la del célebre cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, que por órgano de su teologal y de su gran vicario, uno doctor de la Sorbona y otro protonotario apostólico, declara que la obra «no contiene nada que no sea ortodoxo y de singular piedad, y que no sea muy ventajoso para la república cristiana y para el conocimiento y eleccion de la verdadera ciencia.» Las segundas emanan de seis doctores de las facultades de teología de París y de Burdeos, los cuales certifican que despues de un exámen de seis meses, han reconocido la obra y convenido en que «es completamente ortodoxa, útil en estremo y digna de ver la luz.» Finalmente la aprobacion del provincial de la Orden viene á coronar las demás. Este venerable sacerdote declara que la obra ha sido examinada de órden suya, y que autoriza su impresion.

Un libro que se presenta con tales garantías merece, á no dudarlo, entera confianza, ó cuando menos no podrá ocurrírsele á nadie decir que su autor insulta á la Iglesia y á las Ordenes religiosas. Supuesto que este libro contiene todas nuestras doctrinas, dejamos á nuestros amigos, y aun á nuestros mismos enemigos, el cuidado de sacar la induccion que les parezca. Falta ahora saber si es tal como nosotros suponemos, y para ello basta el título de algunos de sus capítulos y un rápido análisis del mismo (1).

«Que las academias profanas de la antigüedad son indignas de figurar en el Cristianismo.

»Que los mas sábios escritores de la antigüedad profana desdicen de la sencillez de la academia cristiana.

(1) La obra se titula: *Triunfo de la Academia cristiana sobre la profana*, por el R. P. Felix Dumas, Recoleto y Lector en sagrada teología, impresa en Burdeos en 1641.

»Que los discípulos de la academia cristiana no necesitan para nada los libros del Paganismo.

»Que los poetas profanos de la gentilidad son indignos de ejercitar la imaginacion de los jóvenes escolares que frecuentan las escuelas cristianas.

»Que los historiadores profanos de la antigüedad no deben ser los primeros que ejerciten la memoria de los jóvenes alumnos de nuestra santa academia.

»Que los autores paganos que mejor han discurrido no son capaces de formar bien el juicio de la juventud cristiana.

»Que la lectura de los autores paganos que en otros tiempos tenia lugar en las antiguas escuelas del Cristianismo, fué mas censurada que aprobada por los grandes doctores de la Iglesia.

»Que los mas eminentes talentos del siglo desean ardientemente que la juventud cristiana renuncie por completo al estudio de los autores paganos.

»Que los que se dedican á la instruccion de la juventud no deben permitir que se estudien á un tiempo los libros de la academia cristiana y de la pagana.

»Que los profesores de nuestra academia deben enseñar á sus discípulos cuándo y cómo pueden estudiar impunemente algunas obras de la academia profana.

»Que los maestros de la juventud serán mas sábios y prudentes por medio del establecimiento de la academia cristiana.

»Que solo la academia cristiana puede inducir á la juventud del reino á leer los buenos libros y á aborrecer los malos.

»Que las doctrinas de nuestra divina academia pueden hacer perder el frecuente comercio con la falsa elocuencia sagrada que profesan los predicadores á la moda.

»Que el estudio solo de los libros cristianos puede ha-

cer que nuestros jóvenes cobren horror á las esculturas impúdicas y á los cuadros obscenos.

»Que las instrucciones de nuestra divina academia pueden hacer que la Francia odie las insolentes libertades del teatro.»

Segun puede observarse, *El Gusano roedor* se halla todo él comprendido en estos títulos, que bajo la pluma del P. Dumas se convierten en otros tantos axiomas victoriosamente demostrados. El análisis de la obra hace todavía mas semejante la conformidad de nuestras ideas con las del autor. Al ver el mal que hoy dia se manifiesta claramente en proporciones gigantescas, y con caractéres desconocidos en la Edad media, nos espresamos del siguiente modo: «El Paganismo ha vuelto al mundo con el Renacimiento, el cual es el único que esplica lo que vemos y el que conduce la Europa al abismo. El solo medio de salvacion que nos queda es la educacion profundamente cristiana de las generaciones influyentes.» Tal vez no tenga ningun mérito el ver y decir esto en la actualidad; pero el haberlo visto y dicho hace doscientos años, revela un genio superior.

«No es justo, dice el sábio y piadoso escritor, atribuir el mal que crece visiblemente y amenaza al mundo con catástrofes inauditas, á la decadencia natural de las cosas humanas, ni á la ambicion de los príncipes, ni á la insubordinacion de los pueblos; pues la causa está en la educacion de la juventud, y sobre todo de la juventud ilustrada, que desde mucho tiempo ha se viene poniendo en contacto con la antigüedad profana. Así lo creen los hombres mas importantes de nuestra época, y tal es la opinion de un escritor de nuestros dias cuando dice que detesta el desarreglo de ciertas escuelas, que lejos de formar buenos, juiciosos y honrados escolares, solo educan y producen jóvenes ignorantes, indiscretos, perdidos, in-

constantes y calaveras (1). Es tal el mal de semejantes generaciones, que desalienta el celo mas apostólico, haciéndole abandonar á los hombres y ocuparse en atender con especialidad á las mujeres.»

Viniendo luego á las pruebas, describe el autor la infatuacion por la antigüedad pagana, y hace ver que se halla en abierta oposicion con el espíritu de la Iglesia. «La ocupacion de los jóvenes y el gran objeto de sus estudios, dice, consiste en interesarse por una oda de Horacio, en disputar sobre algunas frases de Ciceron, en justificar la licencia poética de un verso de Virgilio, y en aprender á declamar con alguna gracia tal cual oracion ó poema de un autor pagano.»

Ved ahora lo que dice respecto de la edad madura: «Ya nadie tiene en cuenta para nada las reglas de los Santos Padres, ni el espíritu del Cristianismo, ni los peligros de los autores paganos. ¡Cuántos hombres de letras vemos hoy que pasan su vida manejando los volúmenes profanos de la antigüedad, que siguen sus falsas luces para guiarse en los precipicios, y que desprecian los autores cristianos, á pesar de saber muy bien que sus escritos contienen la ciencia, la elocuencia y todo cuanto puede satisfacer las razonables aspiraciones del alma! ¿No es esto violar con escesiva vileza el cánon de los Apóstoles, que escomulga á los que llevan aceite al templo de los ídolos ó encienden su lámpara con sus propias manos (2)?

Semejante inclinacion, contraida en la infancia, nunca los abandona; y así es que se los ve en la edad madura y en las celdas mismas de los conventos, disgustados de los autores cristianos, acudir á los paganos, componer fábulas y novelas, por haber adquirido desde la infancia la

(1) De Lancre, *Cuadro de la inconstancia de los ánimos*, lib. III, discurso IV.

(2) Can. 70.

costumbre de ocuparse largo tiempo en los escritos del Paganismo. Esta es la causa, como dice un sábio teólogo, de que por efecto de un justo y severo castigo de Dios se vean privados de la inteligencia y de los consuelos que los libros cristianos proporcionan á las almas puras, humildes y dóciles: *Severissimum est judicium Domini, ut isti qui libris vanis assuescunt, nec libros sacros legant, nec intelligant, nec sciant* (1).

» Deberiamos considerar que la Iglesia nos permite ver los escritos profanos, mas bien por *tolerancia* que por agrado, y solo con objeto de que nos sirvan *algunas veces* de recreo y no de ocupacion, de accesorio y no de principal, de pasatiempo y no de estudio. Es muy espuesto aventurar nuestra afeccion y libertad á autores estraños, para un cristiano que ha jurado apartarse de ellos al recibir el bautismo. Sabido es que el gran S. Jerónimo fué reprendido y castigado por ser ciceroniano y no cristiano, sobre lo cual se espresa así S. Pedro Damiano: «¿Es honesta y útil una ciencia que se hermana con negar á Jesucristo, que dice relacion con la perfidia de los herejes, y que equivale á renunciar á la fe del Evangelio (2)?»

Una vez demostrado el mal, el sábio autor indica la causa de él. Esta es el demonio mismo, nuevamente triunfante en el mundo, con sus astucias y odio al género humano y sobre todo á la infancia. Despues de referir varios ejemplos de su rabia especial contra los niños, en el antiguo Paganismo y en las naciones que permanecen en la idolatría, añade: «Hace algunos siglos que Satanás forma especial empeño en corromper á los niños de las naciones cristianas, quitándoles los libros católicos y po-

(1) Paz, lib. V., c. XXXIX.

(2) ¿Honesta satis et utilis sapientia nimirum quæ cum Christi negatione confertur? ¿Quæ hereticæ perfidie comparatur, ut idem valeat legere quam Deum negare? — Opusc. 45, c. VIII, *ad Ariprad.*

niendo en sus manos los del Paganismo. El ángel rebelde tuvo el atrevimiento de ostentar á los ojos del Hijo de Dios las grandezas, riquezas, pompa y magnificencia del mundo, para obligarle á amar su vano brillo y á rendirle homenaje en pago de sus ofertas.

»Así tambien, valiéndose de iguales insinuaciones y astucias, ha persuadido á muchos profesores, que todo lo que hemos heredado de los autores paganos lleva consigo un mundo de tesoros y de luces á propósito para instruirnos ó recrearnos. Del mismo modo nos seduce todavía y corrompe á la infancia, para atraernos á su servicio por medio de la práctica de las cosas profanas. S. Agustin acusa con razon á sus maestros de haberle espuesto á ser presa de los cuervos infernales, haciéndole estudiar los libros paganos, y preciso es que nosotros convengamos en que el espíritu maligno no cesa de engañar y seducir aun hoy dia á millones de cristianos por medio de los libros de los gentiles, á fin de fomentar el reinado del vicio.»

El grave teólogo, despues de reconocer por padre del Renacimiento al demonio, que para seducir á la Europa ostenta á sus ojos la belleza del Paganismo, esclama: «¿Qué juicio formaremos de los muchos maestros de escuela, á quienes se confia la educacion de la juventud cristiana, que cifran toda su aficion y complacencia en los libros paganos? Preciso es decir, con Tertuliano, que son víctimas y esclavos de las astucias de Satanás: *Hæc prima diabolo fides ab initio eruditionis ædificatur* (1); que prefieren el cáliz de Babilonia al del Salvador, segun la alegoría de un célebre religioso (2), y *que convierten á sus alumnos en precursores del Antecristo*, en vez de hacerlos discípulos de la Sabiduría increada, semejantes en esto á aquellos

(1) Lib. de Idol., c. X.
(2) Paz, *ubi supra*.

insectos que se alimentan con inmundicias.» Así se espresa terminantemente S. Jerónimo en favor de nuestro asunto (1).

Estas enérgicas palabras no son, como algunos pudieran creerlo, vanas declamaciones, ó como á nosotros se nos ha echado en cara, exageraciones insostenibles; pues el autor consigna hechos numerosos é incontestables, que justifican su severo juicio. Describiendo los estragos del Paganismo en Europa, lo designa como causa de todos los males que señalaron su reinado en la antigüedad.

Desde luego se ve que empobrece la razon mientras los libros cristianos abren ante nosotros ilimitados horizontes. Por medio de ellos el entendimiento humano, apoyado por la fe, penetra en lo infinito y aprende á conocer los misterios de Dios y del hombre, los de lo presente y los de lo porvenir, conocimientos sublimes y únicos capaces de desarrollar debidamente una inteligencia destinada á la posesion eterna de la verdad. «El autor cristiano nada tiene de bajo ni pueril, y por el contrario sostiene el ánimo del escolar siempre elevado y generoso, le proporciona ideas divinas, le eleva sobre las cosas terrenales, le hace cobrar aficion á la lectura de las cosas sagradas, proporciona á su entendimiento una verdadera libertad, y le predispone para las mayores ilustraciones.

»La verdad es el pasto del alma; pero este puro y sólido alimento, propio para fortalecer el entendimiento de los jóvenes cristianos, no se halla en los escritos de los paganos, que solo hablan de las locuras, crímenes y vanidades de este mundo. Sus escritos son, como dice un grande hombre, puerros y cebollas de Egipto, que llenan el cerebro de mil espesos vapores que debilitan la imaginacion y oscurecen el entendimiento, y pan de mentira, que es

(1) In Habac., c. II.

grato al paladar, pero que, como dice Salomon, llena la boca de arenas luego que se ha deshecho entre los dientes (1).

Juzgad, pues, cuánto rebajan el entendimiento y retardan el desarrollo de la razon de sus discípulos, esos maestros que les hacen estudiar los autores idólatras, obligando así á unos jóvenes príncipes á hacer la corte á sus lacayos. De aquí deduzco que, si se difiere por mas tiempo el seguir los autores cristianos, seremos ricos de latin, pero pobres de razon (2).»

Falsea además el raciocinio. «Hoy abundan en el mundo esos espíritus mal acondicionados, que no discurren bien acerca de cosa alguna y que dominados, como dice Tertuliano, de una doble ceguedad, creen ver lo que no hay y no ven lo que existe (3). Por esta razon prefieren los ídolos de Babilonia al santuario de Jerusalen, las cañas del desierto á las columnas del templo, y los autores del Paganismo á los autores cristianos. Esta falsa estimacion proviene, dice S. Isidoro (4), de las primeras impresiones que los libros paganos han causado en el entendimiento de esos árbitros temerarios, á los cuales se les ha persuadido en las escuelas de primera enseñanza, que los famosos doctores de la antigüedad profana poseyeron cualidades mas aventajadas que los nuestros; que fueron guiados por un genio mas puro y sublime; que sus ideas fueron mas elevadas que las nuestras, y que de ellos procede cuanto hay de culto y curioso en las letras humanas.»

La esposicion de los errores y miserias de los mas célebres autores paganos, justifica lo erróneo de este modo de pensar, por cuyo motivo el ilustre escritor concluye

(1) Prov., c. XX.

(2) Desgraciadamente estamos pobres de razon sin estar ricos de latin.

(3) *Apolog.*, c. IX.

(4) Lib. III, *Sentent.*

diciendo con Casiodoro: «Esos maestros de la antigua idolatría no tienen derecho alguno á dirigir nuestro entendimiento, y menos aun á llevar la voz en las universidades y colegios de los cristianos, pues su autoridad no nos es menos sospechosa que odiosa su supersticion.»

Debilita, por último, el sentido moral. «Guian á la juventud por mal camino los que proporcionan instruccion por medio de los autores infieles, que convierten en ídolos sus vicios infames, que glorifican el odio, la venganza, la crueldad y el amor deshonesto, y que destierran el temor que inspira el mal, desterrando la justicia divina por efecto de los aplausos é impunidad de que van seguidos sus actos mas reprensibles. Eso es hacer que los niños vean escritos los vicios que corrompieron la inocencia de sus padres; es inducirlos á malos hábitos por medio de célebres ejemplos; es echar aceite en el fuego de su concupiscencia, y es, como dice S. Agustin, preparar un veneno agradable para matar todas sus buenas disposiciones para la virtud: *Prava diserte dicta, valde sunt noxia* (1).»

No solo debilitan los autores paganos el sentido moral en los jóvenes, haciéndoles amable el vicio y desarmando la justicia de Dios, sino sustituyendo tambien las virtudes cristianas con otras puramente humanas y enseñándoles á contentarse con ellas. «Decís, continúa el admirable escritor, que los autores cristianos son inútiles para la juventud de nuestras escuelas, que solo necesita las virtudes morales para disponerla á las virtudes cristianas, y que los escritos de los paganos abundan en buenos preceptos que enseñan y aseguran su práctica; pero esto es sostener que hay una edad en que el hombre cristiano está dispensado de los deberes religiosos y de las obligaciones que

(1) *De origin. peccat.*, lib. II.

contrajo con la fe; que su vida mortal es el límite de los derechos de Dios; que hay una época en que el alma no tiene necesidad de referir á él sus mas bellas acciones, si pueden llamarse tales las que S. Agustin califica de vicios, por no ir encaminadas á tan supremo fin (1).»

A pesar de los avisos proféticos de nuestros ilustres antepasados, continuaron en boga en las escuelas los autores paganos; y hoy ve la Europa cristiana en su seno numerosas generaciones de naturalistas, que se contentan con las virtudes humanas, que dejan para los *místicos* las virtudes evangélicas, y que en materia de moral se proclaman con orgullo discípulos de Sócrates. ¡Y no se abrirán los ojos!

(1) *De civit. Dei*, lib. X, c. XXV.

CAPITULO XII.

SIGLO XVII.

Otros estragos del Paganismo clásico.—Este deprava el gusto, prostituye las artes, desnaturaliza el teatro, altera la religion, y conduce la sociedad al precipicio.—Respuesta á las objeciones.—Primera objecion: la conducta de los Santos Padres.—Segunda: la belleza del estilo y la pureza del lenguaje.—Tercera: las cosas útiles que se hallan en los autores paganos.—Cuarta: el tédio que causaria á la juventud el estudio de los autores cristianos.

Continuando el sábio religioso la enumeracion de los estragos de la enseñanza pagana, demuestra que deprava el gusto, prostituye las artes, desnaturaliza el teatro, inspira aversion á los estudios cristianos, corrompe las costumbres, altera la Religion y conduce la sociedad al precipicio, y nosotros, por falta de espacio, nos limitaremos á las dos últimas proposiciones.

La enseñanza clásica altera y destruye la Religion. Esta tiene en el alma del niño su trono, el cual se halla sostenido por el Símbolo y el Decálogo. Por lo tanto, la educacion del niño cristiano no puede ni debe ser, sopena de convertirse en homicida en caso contrario, mas que el desarrollo de ese doble principio, es decir, de la vida que le comunica el sagrado bautismo. Todo, pues, debe tender á dicho fin. «Todo ser recibe su acrecentamiento del principio que le produce, lo cual es un axioma: *Ex iisdem nutrimur ex quibus nascimur*. El árbol que brota del seno de la tierra, recibe de esta misma el jugo que le sustenta, y lo mismo sucede con el niño cristiano. Como que adquiere un nuevo ser en el seno de la Iglesia, debe alimentarse con la leche de su madre, ó sea con los princi-

pios de la Religion, por medio de contínuas lecciones de piedad hasta que llegue á la edad madura. Evidente es, que solo en los autores cristianos puede hallarse la fuente de esa vida, y por esta razon son los maestros necesarios de la juventud (1).

El autor así lo prueba. demostrando con sublime elocuencia la oposicion radical en que se hallan los autores paganos con cada uno de los artículos del Símbolo y de los preceptos del Decálogo. «Es indudable, concluye diciendo, que los paganos fueron constantes violadores del Símbolo y del Decálogo, y que los desórdenes de su vida pasaron á sus escritos. ¿Cómo, pues, quereis que la juventud que enviais á su escuela no se acostumbre insensiblemente á imitar sus pecados? Juzgad vosotros mismos si es verdad lo que digo, y si tengo razon para afirmar que es preciso preferir enteramente los autores cristianos, si queremos conservar la fe, pues ellos solos pueden imprimir en el ánimo la exacta observancia de la Religion, ya por la elocuencia del lenguaje y ya por la del ejemplo, que es el mejor comentario y la leccion mas provechosa que puede darse á la juventud cristiana... ¿En qué pensais, pues, maestros pedagogos, cuando educais á esta por medio de libros paganos?

La debilitacion de la fe, la corrupcion de las costumbres en proporciones asombrosas y el trastorno general de la Religion en Europa, se presentaban á la vista del eminente escritor hace tres siglos, y la historia harto nos ha probado que no le engañaron sus ojos, así como tambien nos demuestra la verdad de sus predicciones por lo que respecta al órden social. El caracterizar, como pudiéra-

(1) Doctores sacri mente ac vigilantibus oculis tenendi sunt qui tanquam arcturi nunquam Occidentis lucentia sidera, stabili fide steterunt, et lucem fidei fundentes, erroris occasum nescierunt.—Abb. Rupert., lib. III, *in Joan.*

mos hacerlo nosotros hoy, los peligros á que espone á la sociedad la enseñanza clásica, y el anunciar que esto sería causa de su ruina, solo es propio de un gran genio; pero es de advertir tambien que era igual la conviccion de los mas previsores contemporáneos del P. Dumas.

« Los franceses mas sábios de nuestra época, dice, publican que el mundo se altera y pierde cada dia parte de su bondad y perfeccion; que es de temer que el todo siga á la parte, y que la juventud que ha principiado ya á inclinarse al mal, esponga el siglo futuro á un diluvio de malicia universal. Por lo cual es, segun ellos, muy conveniente prevenir semejante desgracia y cortar completamente sus raices.

Siendo, pues, una verdad que el vigor y debilidad de un cuerpo humano provienen ordinariamente del primer alimento que recibe en la infancia, y la robustez y duracion de un árbol dependen del jugo y fuerza de la raiz, no lo es menos que la felicidad ó desgracia de las sociedades proviene de la buena ó mala educacion de la juventud. ¿Qué es, pues, lo que podemos esperar de bueno para la Religion y la sociedad, si los que deben venir en pos de nosotros terminan sus estudios con los libros profanos del siglo, despues de haberlos principiado con los de la antigüedad pagana? ¿Cuál ha de ser el resultado de un método que hace que las tinieblas caminen delante de la luz? ¿Qué se ha de esperar de esa desventurada práctica de las escuelas primarias que abusan impunemente de la juventud, haciéndola imitar únicamente á los Griegos y Romanos que florecieron en los tiempos de la idolatría?

¿Cuánto no es de temer que progrese la malicia, á consecuencia de esa ceguedad que induce al desprecio y olvido de las obras admirables de nuestros doctores, propias para ilustrar á los adolescentes y á los hombres de edad madura? Preciso es ser *ciego* ó *estúpido* para ne-

gar que son los mejores guias de la juventud, y que poseen escelente gloria literaria. Sus máximas respiran probidad, sus raciocinios sabiduría y sus discursos forman el mejor libro de todos, puesto que reunen la riqueza del fondo y la belleza de la forma, tanto que por efecto de un prodigio que escede á toda admiracion, hacen virtuosos á los que quieren guardar silencio y elocuentes á los que tienen precision de hablar (1).»

Las predicciones del piadoso y profundo filósofo vinieron á convertirse en hechos históricos, y desde que las revoluciones, hijas de los estudios de los colegios, han alzado su voz, no es ya lícito oponerse á la reforma cristiana de la enseñanza, á no ser estúpido ó ciego como dice nuestro autor, pues es una cuestion de vida ó de muerte cuya solucion va siendo de hora en hora mas apremiante. Ante la esperiencia de lo pasado y las necesidades de lo presente son vanas é inútiles todas las objeciones. En el siglo XVII podrian tener algun valor para los ánimos vulgares, y el P. Dumas, que las conocia, las rebate todas de una manera victoriosa. Vamos á analizar rápidamente esta parte de su trabajo, no tanto para contestar á dificultades ya añejas, cuanto para demostrar la obstinacion del error en reproducir siempre unos mismos sofismas.

Permítasenos decirlo de paso: mil veces se han pulverizado de cuatro siglos á esta parte las objeciones contra la soberanía temporal del Papa; otras tantas se ha demostrado que los Estados Romanos estan tan bien administrados, por no decir mejor, que cualquier otro de Europa; que en ellos está bien distribuida la justicia, y es tan adelantada la educacion y tan grande la libertad,

(1) Gloriosa est scientia (nostra) litterarum quæ quod primum est in homine mores purgat; quod secundum verborum gratiam subministrat, ita utroque beneficio mirabiliter ornat, et tacitos et loquentes. — Cassiodor., lib. III, *Variar. epist.*

y los pobres estan tan bien auxiliados como en otra cualquier nacion, siendo además menos considerables las contribuciones y mas paternal el gobierno que en ninguna de ellas; y sin embargo, la revolucion reproduce hoy con igual aplomo todas las calumnias de otros tiempos, así como las relativas á la reforma de los estudios.

La primera objecion que han considerado triunfante muchos de nuestros adversarios, que para nada tienen en cuenta las diferencias de las épocas ni la necesidad de las circunstancias, se funda en la conducta de los Santos Padres de la Iglesia. Las respuestas del sábio religioso son las mismas que nosotros hemos dado, viniendo á resumirse de este modo: la mayor parte de los Santos Padres estudiaron los autores paganos antes de recibir el bautismo, y despues los estudiaron por una razon de caridad: 1.° para convertir á los paganos á la fe y afirmar en ella á los cristianos, y esta razon no existe hoy, por lo cual es inútil obligar á la juventud cristiana á leer los escritos de los paganos y á conocer su mezquina metafísica; 2.° para enterarse de las fuerzas y astucias de los enemigos de la Religion y defenderse de sus ataques; y 3.° para recobrar de los paganos lo que era propio de la Iglesia. Estos dos motivos tampoco militan hoy. «Los Santos Padres, dice nuestro sábio escritor, aconsejaron á algunos ó toleraron el estudio de los autores paganos por haberse visto precisados á ello, pero no por inclinacion particular que les tuvieran; semejantes en esto al patriarca Jacob, que temeroso de perecer de hambre, permitió, aunque á su pesar, que el tierno Benjamin siguiera á sus hermanos en el viaje á Egipto (1).» Preciso es convenir en que tam-

(1) Véase á S. Basilio, S. Gregorio, S. Jerónimo, S. Agustin y otros. Es preciso examinar en particular la rica erudicion y los claros raciocinios con que discute la opinion de S. Basilio, presentándola en estremo favorable á nuestra tésis.

poco esta razon existe, pues somos tan ricos en todo género de composiciones, que la abundancia actual compensa con esceso la escasez anterior.

La segunda objecion es la belleza del estilo y la pureza del lenguaje, y el P. Dumas se contenta con oponer á ella la rotunda negativa de los hombres mas competentes. «No es posible dar mejor respuesta á esta nueva réplica que la decision de los mas célebres oradores del Cristianismo, tanto antiguos como modernos, los cuales convienen en que es apreciar mal las cosas buenas el dar la preferencia á los autores profanos, considerándolos mas entendidos, y dar mas importancia á sus escritos que á los mas elocuentes personajes de nuestra Religion.

»Preciso es en realidad ser estúpido para ignorar que la Iglesia es hoy tan rica en toda clase de buenos libros, compuestos por sus propios hijos y dignos de ser verdaderos modelos de la juventud, igualmente perfectos en la elocuencia y seguros en la doctrina, segun la estensa y vigorosa demostracion que hace el docto Bozio en sus escritos: *Iniqui sunt censores qui ingeniis et studiis ethnicorum plus tribuunt quam christianorum* (1). ¡Y hay quien quiere que la juventud se baje á beber las turbias aguas del Nilo, teniendo escelentes manantiales en la Palestina!»

La tercera objecion se funda en las cosas útiles que se hallan en los autores paganos. Despues de demostrado que como ha declarado Pio IX en su Encíclica, es posible aprender con perfeccion el arte de escribir y hablar en los autores cristianos, se dirige nuevamente á los defensores de la enseñanza clásica, diciéndoles: ¿Cuáles son las cosas útiles que pretendeis hallar esclusivamente en los

(1) Causs. *Reth.*, lib. III, c. V; S. August., *De Doctr. christ.*, lib. IV; Lact., lib. V, *De Justic.*, c. IV; S. Hieron., *Epist.* 146; Ludov. Granat., *in Rhetor.*; Ant. Possev. *in Biblioth.* — Nadie ha esclarecido tanto esta verdad como el mismo P. Dumas en su *Tratado de la Elocuencia sagrada*, en 4.°

autores paganos? ¿Virtudes morales? Su estudio es incomparablemente mas seguro, libre, generoso y perfecto en nuestros autores que en los del Paganismo. ¿Máximas escelentes y conocimientos agradables? Estas abundan en estremo en los autores cristianos. Para cada sentencia que se halla en los libros profanos hay infinitos sofismas, mentiras é impurezas. Las mejores máximas, las mas raras noticias de los autores paganos, dice S. Ambrosio, dan mas bien la muerte que la vida. Tienen palabras altisonantes y frases sonoras, hablan de Dios y adoran al diablo: *Deum loquuntur, simulacra adorant* (1). Ya podeis, pues, calcular si aquel eminente doctor llevaria hoy á bien el ver los autores paganos en manos de niños católicos, y si tanto él como S. Agustin dejarian de aprobar la fundacion de una Academia hasta tal punto cristiana, que desterrára para siempre de su seno los libros paganos.

Nosotros, decís, no permitimos en nuestras escuelas mas que la lectura de los autores paganos mejores y mas sábios de la gentilidad. ¡Ojalá que no pudieran demostraros lo contrario millares de estudiantes del reino!

Mas aun cuando la juventud cristiana de nuestros dias pudiera, sin arriesgar su salvacion, hacer adquisiciones en tierras idólatras ¿qué vendrian á ser sus riquezas? La ganancia de un mercader, que despues de haber hecho un viaje á las Indias, volviera cargado de loros, flores, pieles y plumas, en vez de traer perlas, oro, plata y pedrería (2). Nuestros sábios, pues, repiten con S. Isidoro: ¿Qué provecho se saca de los grandes progresos en las ciencias humanas, si nos esponemos á perder mil verdades divinas; y de qué sirve conocer todos los secretos de la mitología de los falsos dioses, si esto nos ha de hacer con-

(1) *In Apocal.*, c. VI, lib. II, epist. 12.
(2) S. August., lib. *De magist.*, c. IX.

cebir aversion á los misterios del Señor? Preciso es, pues, renunciar á los libros paganos, que son causa de que aborrezcamos las letras cristianas: *Cavendi sunt ergo gentilium libri, et propter amorem sunt scripturarum vitandi* (1).»

La cuarta objecion se funda en el tedio que causaria á la juventud el estudio de los autores cristianos. Esta objecion, sostenida poco ha en nuestra presencia por un sacerdote, solo lo es *à priori*, pues no está justificada por ningun género de esperiencia. Ahora bien, *à priori mismo es absurda*. El alma humana, segun Tertuliano, es naturalmente cristiana: *Anima naturaliter christiana;* y nada, añade S. Agustin, desea con mas vehemencia que la verdad: *Nihil fortius desiderat anima quam veritatem.* Entre ambas media un secreto atractivo, que es tanto mas fuerte en los niños cuanto que estos no temen conocer la verdad. Por lo demás, si la objecion fuese fundada, sería preciso privarles el estudio del Catecismo, y no creemos que pretendan esto nuestros adversarios (2).

Sea de ello lo que quiera, nuestro ilustre antepasado responde por nosotros en estos términos: «Decís que la juventud no se halla en estado de principiar sus estudios usando familiarmente nuestros diversos autores. Criticad, pues, la conducta general de los Romanos, que segun refiere el orador Quintiliano, ponian en manos de los niños las obras de Homero y Virgilio para principiar á estudiar las bellas letras; pues estos dos poetas son aun mas superiores á la capacidad de la infancia que nuestros mas elocuentes escritores. Ellos, sin embargo, dice Fabio, obraban de este modo, para que esa primera vista inclinára á los niños á estudiar con mas provecho algun dia dichos

(1) Lib. III, *Sentent.*

(2) Podemos afirmar, fundados en los numerosos testimonios de muchos obispos y profesores, que los jóvenes estudian los clásicos cristianos con mayor *interés* que los paganos.

autores. Criticad tambien á los Santos Padres de la Iglesia, que quieren que principiemos por estudiar nuestros divinos autores. Convenid mas bien en que la educacion del jóven cristiano, que se verifica por medio de autores del Paganismo, es insensata, y solo puede seducir á las medianías que dan mas valor á las flores que á los frutos, y á las palabras que á las cosas.»

Añadiendo luego que el verdadero medio de hacer que los jóvenes cobren aversion al estudio de los libros cristianos y de condenarlos para siempre á la ignorancia de la Religion, de corromper sus costumbres y de inclinarlos á lecturas perniciosas, es el obligarles á estudiar los clásicos paganos, dice: «La malicia que en nuestros dias destruye las buenas costumbres tiene raices como el árbol, y manantial como los riachuelos. De la educacion pagana, pues, ha nacido el abuso detestable de nuestros dias de aborrecer los buenos libros y apreciar los malos, de inducir á un gran número de almas generosas, por efecto de una ceguedad harto lamentable, á leer los antiguos libros paganos sin permitirles apenas leer los del Cristianismo. Este desórden llega á tal estremo, que para obligar á la juventud francesa á leer un libro, basta asegurarla que la instruye en las prácticas del amor deshonesto, que censura á los que mandan, que justifica el baile y las comedias, que autoriza el ateismo ó el libertinaje, que canoniza todos los vicios y que desacredita todas las virtudes. Ved aquí á qué estrema desgracia ha conducido el estudio de los libros paganos á la mayor parte de los habitantes del reino que estudian las bellas letras.

«Los mejores ingenios de la Nacion, añade despues, aseguran públicamente que la juventud mira con tedio los mas raros volúmenes de nuestra Religion desde el momento en que sale de las aulas (1), y que el único medio de

(1) ¿Qué dirian hoy si vivieran?

evitar este desórden es hacer que estudie aquellos desde el momento en que pasa de la infancia. Nuestra juventud, que se ha hecho pagana en la escuela de los paganos, solo conoce la ociosidad, la intriga, la molicie, la ambicion y los deleites. Presentadle alguna escelente obra cristiana, diciendo que bastante han leido ya los libros paganos, que les habeis interpretado en las escuelas con objeto, decís, de que empleáran despues el resto de su vida en la lectura de los mejores autores de nuestra santa Religion, y no dejarán de contestaros que solo leen novelas y tragicomedias con el mismo fin con que estudiaron los autores paganos bajo vuestra direccion; que quieren aprender las reglas de la elocuencia francesa, así como solo tuvieron comunicacion con los paganos para aprender las de la latina durante su adolescencia.

»En este lenguaje se espresaron dias pasados conmigo varios escolares. Ved, pues, cuánta es la astucia del espíritu maligno, que oculta sus fines bajo un pretesto tan especioso y que aparta hoy del servicio de Dios á muchas almas bajo la apariencia de tan funestos estudios, que son el precipicio en que cae cada dia la juventud francesa y en que pierde su honor, hacienda, conciencia y salud.»

La esperiencia que tuvo principio hace tres siglos se halla hoy consumada, y nadie, á menos que trate de engañarse á sí mismo, puede negar que el estudio clásico de los autores profanos se revela por medio de tres resultados incontestables, á saber: una propension general á los estudios frívolos y peligrosos; un peligro permanente para la sociedad, que recluta generaciones *fabulosamente* ignorantes en materia de Religion, y un empobrecimiento progresivo de la razon humana tan estraordinario, que muchos han llegado al estremo de no poder soportar la lectura de un artículo serio, ni aun en los periódicos.

CAPITULO XIII.

SIGLO XVII.

Verdadero sistema de estudios.—Facilidad de ponerlo en ejecucion.—¿Cuál es la causa de la oposicion que encuentra? — Conducta criminal de los que se obstinan en rechazarlo y en seguir el sistema pagano.

Para destruir por completo el campamento enemigo, el vigoroso atleta lo recorre en todas direcciones, y echa por tierra todas sus trincheras. Pulveriza por lo tanto la última objecion, tomada de la pretendida enseñanza de la Religion en los colegios y seminarios. «Cierto es, dice, que los preceptores de las escuelas dan algunas lecciones para inculcar las máximas cristianas en el corazon de sus discípulos; pero en realidad no constituyen mas que una enseñanza pasajera que desaparece pronto, que unos relámpagos que deslumbran la vista en vez de producir luces fijas y constantes.» No trataremos de insistir mas, pues en este punto serían supérfluas las pruebas, puesto que en nuestro sistema actual la instruccion religiosa es un vaso de vino bueno vertido en un tonel de vinagre (1).

Ved ahora el método que es preciso sustituir al sistema de educacion que ha perdido á la Europa: «En vez, dice el docto escritor, de enseñar al niño que ha de recibir instrucciones conformes á la inocencia del santo bautismo, las sentencias morales del profano Caton, es preciso hacerle leer primero y aprender despues las sagradas

(1) Véase al P. Possevin anteriormente citado, y los *Discursos II y III pronunciados en las Tullerias* por el P. Ventura.

máximas de los *Proverbios de Salomon* ó del *Eclesiastés*, para ilustrar su entendimiento con los primeros rayos de las divinas luces. Así lo quieren los Santos Padres de la Iglesia (1). En cuanto á la gramática, el maestro debe emplear la que contenga ejemplos tomados *esclusivamente de las Sagradas Escrituras* ó *de los escritos de los Santos Padres*, y despues enseñar la poesía cristiana al discípulo, el cual *solo debe estudiar é imitar á los poetas cristianos*, de los que tenemos inmensos tesoros que bastan para todo.

El estudio de la gramática y de la poesía debe ir acompañado del de la historia eclesiástica (2), de la cronología, de la dialéctica y de la física, y terminar por el de la elocuencia, que es á las demás ciencias y estudios lo que la gracia al semblante y la forma á la materia. Cáusame asombro el ver hoy dar lecciones de retórica á la juventud en una edad en que no está formada la razon, y sin haber precedido el estudio de la dialéctica, como lo aconsejan los mas sábios doctores (3). ¿Quién es el pintor que principia su cuadro por el colorido? ¿No es esto colocar lo accesorio antes de lo principal? ¿No es trastornar el órden del arte y de la naturaleza, que prescribe que la materia preceda siempre á la forma?»

Nada mas cristiano, lógico, mejor, verdadero y necesario, ya se considere en los autores que deben estudiarse, ya en el órden y gradacion de los estudios, que este plan de educacion, que da derecho al autor para espresarse en los siguientes términos: «Los principios que acabo de establecer son incontestables á los ojos del buen sentido, de la moral y de la Religion, y seria carecer de razon el contradecirlos. Principiad, pues, caros lectores,

(1) S. Basil., *ubi supra;* y S. Jerónimo, *in Proem. Lament. Jerem.*

(2) En torno de la cual gravitan todas como los astros al rededor del sol.

(3) Bed. Ven., lib. IV, *De elem. philos.*: Ricard., lib. I, *Exempt.*

si teneis algun celo é interés por las letras cristianas, á practicar sin dilacion lo que á la hora de vuestra muerte quisiérais no haber descuidado. Desterrad los libros paganos y sustituidlos con los de nuestros mas sábios escritores á fin de principiar el siglo de oro de nuestra santa reforma, é imitad cuando menos á los políticos, que para aplicar remedios serios á la corrupcion de costumbres, se afanan en desacreditar los antiguos usos para establecer otros nuevos. Para autorizar mejor nuestros autores cristianos, desprendeos prontamente de la mala costumbre de elogiar con esceso la elocuencia de los autores profanos, pues que así se tiende un lazo á la juventud, en razon á que la elocuencia pagana es siempre inferior á la sagrada, como os lo prometo demostrar, si Dios se digna favorecerme con su gracia (1).»

La reforma solicitada por el ilustre escritor es para él, como para nosotros, el único medio de salvar á la sociedad, y por el mero hecho de ser necesario es tambien posible. No lo entienden así los hijos del Renacimiento, que amenazados en su fanatismo por la antigüedad pagana, atacados en sus hábitos rutinarios é inquietados en sus intereses, califican de imposible, bárbaro, absurdo y ruinoso para las letras todo lo que llega á tocar siquiera á sus ídolos. ¡Desgraciados, que no ven ó no quieren ver que su idolatría es la que corrompe al mundo cristiano, la que le ciega y conduce de nuevo hácia la region de las sombras de la muerte, y la que arma el brazo de Dios contra Israel!

¿Es razonable, es posible, dicen, desterrar enteramente de la educacion los libros paganos estableciendo entre ellos y los cristianos un divorcio irreconciliable?

«Es muy razonable y posible, responde el eminente

(1) En efecto, el P. Dumas nos ha dejado otra obra no menos importante y considerable que la primera, titulada: *Cuadro de la elocuencia sagrada*, aprobado y colmado de elogios por doce doctores en teología.

filósofo, y basta que nos conformemos con una ley universal de la Providencia. Las víboras, los basiliscos, la cicuta, el antimonio y todas las plantas venenosas se hallan lejos de nuestra presencia y ocultas en el seno de la tierra, lo mismo que los metales que exhalan partículas mortíferas, al paso que las yerbas, los árboles que dan los mejores frutos, las viñas, los trigos, las flores y todas las producciones de la naturaleza que hacen nuestras delicias y nos enriquecen, se dejan tocar, dirigir y recolectar. Lo mismo son los autores cristianos comparados con los de la gentilidad. Estos son estraños para nosotros por la época en que vivieron y por su carácter de infieles. Nuestros santos doctores, por el contrario, nacieron en el seno del Cristianismo, trabajaron para nosotros y adquirieron lo que nosotros debemos poseer á título de herencia. Tenemos á la mano la abundancia y riqueza de sus escritos, que bastan para nuestras necesidades, sin que sea preciso recurrir á los Griegos ni á los Romanos.»

Los Renacientes, que siempre estan acusando de exageracion á sus adversarios, incurren ellos mismos en ese defecto. Así es que entonces decian como dicen ahora: «Si eso es así, quiere decir que no se permitirá leer los autores paganos, y será preciso quemarlos todos.»

«No se necesita, dice el P. Dumas, usar de tanto rigor, pues lo único que pedimos es que no formen parte de las obras destinadas á educar á la juventud. Si en los Estados se castigan los crímenes atroces con suplicios que quitan la vida; si hay destierros y relegaciones perpétuas; si el mal, como dice el angélico Santo Tomás, no puede nunca figurar entre las ideas de Dios (1) ¿por qué los que dirigen las escuelas cristianas no hacen esclavos y guar-

(1) Primera parte, cuestion XV, art. III.

dan bajo llave los libros paganos, que tantos estragos han hecho ya en el ánimo de los jóvenes? ¿Quién impide que se destierren despues de haber introducido en nuestras escuelas las *primeras* semillas de la herejía, del libertinaje, del ateismo y de otros infinitos desórdenes é impiedades? Sigamos, pues, el consejo de S. Dionisio que dice que no conviene ni aun tocarlos (1).»

El sábio religioso, despues de rechazar como nosotros la absurda acusacion de ser discípulo de Omar, hace igual concesion que nosotros, indicando el tiempo y medida con que puede autorizarse el estudio de los autores paganos. Glorioso es para nosotros hallarnos de acuerdo con este grande hombre, así como él lo está con los Santos Padres de la Iglesia. «Si no obstante esto, exigiera otra cosa la curiosidad de los discípulos, podrian fácilmente los maestros marcarles el tiempo á propósito para leer los libros paganos que los sábios tienen por menos sospechosos. Es indudable que ofrecen menos peligro en la *edad perfecta*, en que el juicio está formado y el sentido comun en su vigor, y en que el entendimiento, fortificado por los libros de nuestra santa Academia, es mas capaz de conocer las cualidades y defectos de un autor profano, de discernir los errores entre las verdades, y de separar los axiomas de una doctrina pagana favorable á la virtud, de los que autorizan el vicio.

»Es, pues, indudable que el cristiano que se halla en la edad viril, posee, como nos lo asegura el sábio Tertuliano, las condiciones necesarias para examinar los libros paganos sin comprometer su salvacion, si se contenta con leer los mas conformes con la verdad de nuestra sagrada Religion; pues fortificado y prevenido por nuestra santa doctrina, no tiene que temer el veneno. Si por acaso encuentra en ellos algo que sea pernicioso, su edad le

(1) Lib. *De Eccles. hierarch.*

da capacidad para tomar lo bueno y dejar lo malo (1).

Jamás habló el buen sentido un lenguaje mas claro y tranquilo, cualidades que hallamos tambien en nuestro admirable predecesor cuando descubre los verdaderos motivos de la oposicion que se hace á la reforma cristiana de los estudios. Los principales, tanto entonces como hoy y siempre, son la envidia, la pereza, la rutina y la pérfida infatuacion por el Paganismo. «Hay algunos, dice, que condenan todo lo que ellos no han inventado; que tienen por sospechosas todas las proposiciones nuevas sin considerar antes si son razonables; que creen llenos de espinas todos los caminos por donde se les quiere hacer andar, y que pudiendo hacer mas de lo que se les dice, hacen menos de lo que deben, porque en todo hallan pretendidas imposibilidades para ocultar su vileza: *Aliquos torquet livor edax, si quod non agunt fiat ab aliis* (2).

»¿Cómo es que, á pesar de tantos raciocinios y autoridades, se ha perpetuado en las escuelas el uso de los autores paganos? Por efecto de la tiranía de la costumbre y de la del hombre viejo.

»En materia de educacion no somos seres razonables sino meros imitadores: *Non ad rationem, sed ad similitudinem vivimus*. Hasta los mismos sábios han cedido ante la costumbre en el hecho de tolerar en nuestras escuelas la lectura pública de los escritores idólatras, por mas que no ignoren que dichas producciones del Paganismo han autorizado siempre escesos contrarios á la moral y á la Religion, cosa que los hombres mas notables del Cristianismo, que no discurren como el vulgo y que solo estan animados por la pasion á la verdad, no pueden aprobar en

(1) Si fidelis cœperit sapere, prius sapiat oportet quod prius didicit, id est, de Deo et de fide. Deinde si litteras discit insertas idolorum prædicatione, erit tam tutus quam qui sciens venenum ab ignaro accipit nec bibit. *De idololat.*, c. X.

(2) Gers., *De parv. ad Christian. trahend.*, etc.

este siglo, y por el contrario califican de torrente funesto, como S. Agustin, la costumbre de tolerar libros paganos en las escuelas, y suspiran por ese último triunfo de la academia cristiana, que ha de obligar á nuestra juventud á renunciar *completamente* al uso de los libros profanos de la gentilidad. Esto, segun todos ellos dicen, es necesario para remediar un mal que tan profundo es ya en nuestra época; pues hay en realidad muchos que, invirtiendo el órden de las cosas, dan de balde las que son del cielo, y en caso de necesidad harian á sus hijos pajes del Antecristo á trueque de hacer fortuna.»

La tiranía del hombre viejo es otra causa de oposicion. El demonio se cree favorecido con el estudio de libros inspirados por él, y el hombre viejo se halla en su elemento con el Paganismo, que es por esencia soberbia y deleite. Dicha tiranía creció con los siglos posteriores al Renacimiento, y nuestro autor atestigua este hecho, diciendo á mediados del XVII: «El mundo, la carne y Satanás parecen hacer hoy sus últimos esfuerzos contra el género humano, é inspiran á la juventud vicios que jamás habia conocido. Por esta razon, dicen los sábios del dia, conviene mucho alejarla de las ocasiones del mal, y separarla del precipicio por medio del estudio de los autores cristianos.»

Despues de haber hecho justicia á todos los vanos pretestos que se oponen á la reforma de los estudios, el elocuente escritor infiere con razon que es un crímen combatirla y no ponerla en práctica. «Si esta reforma, dice, es tan necesaria para la conservacion de la república cristiana, como ámpliamente lo hemos justificado por medio de infinitas pruebas y testimonios, ¿á qué diferir por mas tiempo el someterse á ella? ¿Os será sospechosa, porque, como dice Tertuliano, viene de la Judea y no de la Grecia(1)?

(1) *De anim.*, c. I.

» Es indispensable, hoy mas que nunca, que un niño católico se fortifique con poderosos socorros, y vosotros no le dais mas que débiles apoyos que le esponen á perderse, y esto es una villania.

» Es necesario que consolide su fe y vivifique su caridad, y vosotros le dais fábulas y mitología, y esto es una perfidia.

» Es preciso que su entendimiento se ilustre y se instruya plenamente por medio de lecciones de elocuencia, inseparables de la piedad y mas frecuentes que las instrucciones pasajeras de un catecismo, y vosotros pasais años enteros en enseñarle alguna filípica de Ciceron ó de Demóstenes, y este es un proceder inícuo!

» Los maestros que lo educan deben preservar su espíritu y su corazon de las luces malignas y de las impresiones peligrosas, y en vez de hacerlo así, le esplican las poesías de la antigüedad profana, que son todas impuras; y esto es faltar al deber de preceptores.

» Despues de todo esto, admiraos de que las personas de mas recto juicio del Reino condenen semejante abuso y suspiren por una academia que sea enteramente cristiana. Si es cierto que el método de enseñar á los niños por medio de libros paganos, es via segura para encaminarlos á Jesucristo, habrá quien quiera oponerse á esta venturosa union? Si el demonio, la carne y el mundo, dice un sábio autor, se hubieran opuesto á ella, lamentariamos esta desgracia sin asombro; pero el saber que los discípulos mismos del Salvador del mundo desempeñan en esta ocasion el papel del diablo, turba nuestro ánimo y nos llena de espanto y de dolor (1).»

(1) ¿Quis non stupeat videns discipulos Christi impedire ne veniam ad Christum? Si diabolus, caro, mundus venissent non mirarer; sed quod discipuli Christi partes agant diaboli, quis non doleat? *Palat. in Matthæum.* — En los escritos del P. Possevin se halla un pensamiento análogo.

Del rápido, pero exacto análisis de la obra monumental del P. Dumas, resulta que en el siglo XVII se dijo todo lo que nosotros hemos dicho acerca de la causa del mal en las sociedades modernas; de la necesidad de reformar radicalmente la enseñanza clásica; de los peligros á que el sistema pagano espone á la Religion y á la sociedad; del único medio capaz de detener los progresos de la revolucion; de la obligacion de emplearla inmediata y resueltamente, y de la tremenda responsabilidad que cae sobre los que directa ó indirectamente se oponen á esta obra salvadora. Todas estas ideas no son de un solo hombre, sino de todos los mas sábios del siglo XVII; no estan destituidas de valor extrinseco, y por el contrario han sido aprobadas, despues de un maduro exámen, por las autoridades mas competentes, y declaradas por ellas *completamente ortodoxas, útiles y dignas de ser difundidas.* Dichas ideas son literalmente las nuestras: saquen ahora nuestros adversarios la consecuencia.

CAPITULO XIV.

SIGLO XVIII.

El P. Andrés, jesuita.—Su opinion acerca de la enseñanza de su Compañia.—El abate de Saint-Pierre.—Su opinion.—Carrel, doctor en teología.—Funestos efectos de la educacion clásica en el clero.—Peticion de la reforma.—Falster, órgano de los sábios de su época.—Pide que se destierren los autores paganos.—Otro señala el contrasentido de la enseñanza clásica.—Ensayo de la reforma.—Montesquieu.—Rousseau.

Nunca la verdad ha quedado sin defensores que la atestigüen, y así es que en el siglo XVIII se dejaron oir voces animosas, que designaron el gusano roedor de las sociedades modernas, es decir, que protestaron con energía contra el sistema de enseñanza pagana, declarando que conducia á la Europa al precipicio. Precisados á ser breves, citaremos solamente algunos nombres.

El P. Andrés, jesuita, caracteriza la enseñanza clásica de la Compañia, y anuncia á la Europa lo que debe esperar de ella. En el mes de Abril de 1715, escribia á M. de Larchevêque, profesor del colegio de Jesuitas de Rouen: «Os compadezco, porque sois eco de necedades, y estais asalariado para enseñar á niños mil simplezas, que es preciso olvidar para ser hombre de bien. ¿No se abrirán los ojos al fin acerca de la educacion de la juventud?»

Escribiendo en el mes de Setiembre del mismo año á M. de Marbeuf, se espresa de este modo: «Me causa gran sensacion el ver esa inmensa juventud cristiana, que solo

acude á los colegios para formar su espíritu en el buen gusto (1) y su corazon en la virtud, salir de ellos con un talento falso y superficial, y casi siempre con un corazon pervertido por las máximas completamente paganas que aprendieron en ellos. En todas partes he observado con la mas tierna compasion hácia los niños que se educan en ellos, que no hay en ninguno órden, consecuencia ni sombra de buen sentido, sobre todo en la filosofía que se les enseña. Estraño es esto; pero es cierto por desgracia. El primer paso que debe dar un niño al salir del colegio para ser hombre honrado, es olvidar todo lo que en él aprende.»

En una carta dirigida á dicho abate Marbeuf un mes mas tarde, se queja especialmente de la filosofía clásica, cuya enseñanza es á sus ojos tan mala como la de las bellas letras: «En esta materia, dice, puede asegurarse que en los colegios *no hay siquiera uno que practique el bien: Non est qui faciat bonum; non est usque ad unum.* Nadie examina, nadie profundiza, nadie se toma el trabajo de escribir acerca de lo que en ellos se dicta. La forma es allí tan mala como el fondo, y no parece sino que se pa-

(1) Como prueba de lo que dice el P. Andrés y como modelo de ese buen gusto, fruto esclusivo, dicen, del estudio de los autores paganos, citaremos entre mil, el siguiente pasaje de la *Oracion fúnebre* de Luis XIV por el P. Porée, uno de los mas afamados compañeros del P. Andrés. «Me engaño, dice, todas tienen motivo para quejarse de haberos perdido. La pintura se queja de no poder espresar la dignidad de vuestro semblante. La escultura se lamenta de no poder representar la majestad de vuestra estatura. La poesía se lamenta de que la grandeza de vuestras hazañas la ha puesto fuera del caso de fingir. La Academia de inscripciones se queja de no poder hallar títulos bastante brillantes para designaros. La historia se queja de que sois causa de que se la trate de fabulosa. La lengua francesa se queja de que ha agotado por el *número de vuestras virtudes* la multitud de sus palabras. Finalmente, las ciencias todas y las artes se quejan de que despues de haberlas hecho ricas, las habeis empobrecido, y hécholas mudas despues de haberlas hecho discretas.» Esto es capaz de dar zelos al panegirista de Trajano.

ga á los maestros para viciar el espíritu de la juventud (1).»

Lo que se siembra, se coge. Las generaciones de colegio, alimentadas con las máximas paganas, trasmitieron lo que habian recibido, y el siglo XVIII fué testigo de la Revolucion francesa.

El célebre abate de Saint-Pierre habla como el P. Andrés. Llénale de asombro el contrasentido de la educacion clásica, de la esterilidad de las prácticas religiosas que se verifican durante ella y de los males que produce.

«Entretiénennos, dice, en hacer versos griegos, amplificaciones retóricas y versos latinos; se nos enseña lo inútil, y se nos deja ignorar lo mas importante. ¿Cuál es la causa de que disminuyan las virtudes? No la busqueis mas que en nuestra educacion. ¿Por qué nos fijamos en las oraciones y otras devociones ligeras, mas bien que en el perdon de las injurias y otras partes de la justicia? Buscad la respuesta en nuestra educacion de colegio. En la primera juventud conservamos una gran parte de las opiniones y hábitos de la infancia, y en la edad madura otra buena parte de los de la juventud.

»Necesitamos ciudadanos virtuosos, sufridos, discretos, aplicados y generosos, y comunmente salen de nuestros colegios jóvenes altaneros, impacientes, groseros é indiscretos, que solo piensan en engañar á los demás y en vengarse de ellos; que corren en pos de las distinciones frívolas y de las modas; que hacen mas caso de las grandes riquezas que de las virtudes, y que se glorian de ser notables por su holgazanería (2).» ¿Qué diria hoy, si viviera?

(1) *OEuvr. philosoph.*, etc., in 12.° Paris, 1843 *Introd.*, p. 140, 143 y 145.

(2) *Annal. polit.* etc., t. I, p. 37, 59 y 632

Casi en la misma época un sábio doctor en teología, clamaba con vigor contra el estudio de los autores paganos, sobre todo en las escuelas eclesiásticas. Ignorancia y tédio á las letras cristianas, futilidad de vida, mal gusto, pérdida del tiempo, corrupcion de costumbres y supresion del espíritu cristiano, son á sus ojos los frutos del continuo comercio con los autores paganos, y en su consecuencia clama con toda la energía de su celo contra semejante abuso opuesto á la tradicion de la Iglesia; demuestra que el Cristianismo es bastante rico para instruir á sus hijos, y declara que el latin pagano es inútil para comprender la Escritura y los Santos Padres. «¿Qué importa, dice con razon, que no sepa perfectamente el latin de Ciceron, si comprendo bien el de S. Agustin? Nada significa que ignore algunas frases de Plauto, si entiendo las de S. Jerónimo. Bástame saber de corrida el latin de la Vulgata, por mas que me detenga el estilo de Salustio ó de Justino. Si para entender á Ciceron no hay necesidad de estudiar un autor mas latino que él, tampoco es esto preciso para comprender los escritos latinos de los autores cristianos (1).»

Examinando la opinion de los Santos Padres acerca de esta cuestion, prueba que jamás aconsejaron el estudio de los autores paganos, ni autorizaron con su ejemplo lo que reprobaron con sus palabras. «Tan luego como se advierte en los escritos de algun santo una frase de un poeta ó la sentencia de un filósofo, se dice que dicho santo los leia con frecuencia, y este es mal modo de discurrir. Esos versos y sentencias son corrientes en el lenguaje familiar, y todos pueden haberlos aprendido sin haber sido necesaria para ello ninguna lectura particular. Así es, que S. Pa-

(1) *La Science ecclesiast. suffisante à elle-même*, etc., par M. Carrel. Lyon, 1709.

blo tampoco necesitó de ella para los dos ó tres versos que cita, pues le bastaba estar en la sociedad para saberlos. Por lo demás, no es posible decir en que época pudo S. Pablo dedicarse al estudio ó lectura de los poetas, pues no pudo ser cuando vivia en el judaismo, en razon á que pertenecia á la secta de los fariseos que tenian horror á la literatura pagana (1), y mucho menos despues de su vocacion al Cristianismo y al Apostolado, en atencion á que siempre predicó contra la vanidad de la política y sabiduría de los paganos.

«Del mismo modo deben entenderse otras citas semejantes, que se hallan en los escritos de los demás santos. Si en los de algunos Padres de la Iglesia se ven vestigios de elocuencia y erudicion profana, es preciso atribuirlo á disposiciones adquiridas antes que Dios los llamára. Es de notar tambien, que todos ellos se acusaban de haber incurrido en tal defecto. «Nada tiene de estraño, dice S. Paciano, que me haya valido de una espresion de Virgilio, pues caí en ese pecado en mi infancia; pero vos, hermano, parece que estudiais hoy lo que quereis que yo me avergüence de haber aprendido en otro tiempo (2).»

Apoyado el sábio doctor en el buen sentido y en la tradicion, concluye espresándose en los siguientes términos, que son los nuestros: «Si los hombres acatan estas ideas, ya no se harán mas que estudios sólidos. Los falsos atractivos del Paganismo no recrearán á nadie, y todos se dedicarán á los conocimientos divinos, que tienen la ventaja de apagar la concupiscencia que los humanos inflaman. La sencillez de la doctrina santa nos hará adquirir la rectitud en que el hombre fué criado, y que perdió al entregarse á mil vanas investigaciones.»

(1) Y lo mismo los demás judíos.

(2) *Epist.* 2, *ad Sempron.*— S. Jerónimo se espresa del mismo modo en su epístola á Magnus.

El sábio Falster preveia las innumerables catástrofes á que el Paganismo triunfante habia de conducir á las naciones, espresando, como el P. Dumas lo habia hecho cien años antes, los temores de los sábios contemporáneos suyos, y manifestando con ellos que el unico remedio del mal es desterrar los autores paganos. «Muchos, dice, creen que es necesario estirpar de la enseñanza la literatura pagana, como una planta venenosa, y que deben quitarse de manos de los niños todos los escritos de los gentiles, para hacerles estudiar esclusivamente los autores cristianos: *Scripta omnium gentilium de manibus juniorum excutienda, christianis scriptoribus operam unice dandam.*»

Otro escritor señala el contrasentido de la enseñanza clásica, que nada enseña, que de nada sirve y que da á la sociedad generaciones enteras sin inclinaciones formales ni principios fijos; y que constituyendo á su vez la sociedad misma, habrán de caminar de unas aberraciones en otras, hasta llegar al precipicio. «Los escolares, dice, no reportan de lo que aprenden mas fruto que la fatiga y el disgusto, y es un prodigio que algunos conserven algo de aficion al estudio..... Lo que mas que nada da á conocer los vicios esenciales del método que se usa en nuestros colegios, es el ver que los jóvenes, al terminar sus estudios, no saben el latin. Todos, con razon, se quejan de esto, y es indudable que lo que aquellos aprenden es á hablar atrevidamente de materias de que solo tienen una nocion confusa, y á repetir frases que no entienden.

»El resultado moral de esta escelente educacion es que los jóvenes que, cuando salen de los colegios no abandonan enteramente el estudio, solo se aplican á aquellas materias literarias que exigen menos séria reflexion; leen los escritos de los poetas y quieren hacer versos; sus tentativas los inclinan á escribir para el teatro y hacen malas

comedias y peores tragedias; pero el fuerte de nuestra juventud son las novelas (1) de que nos inundan.»

Esto por lo que respecta á los discípulos; veamos ahora lo que son los profesores. Componer mal latin en prosa y verso y amplificaciones las mas absurdas, y dictar, copiar y estudiar palabra por palabra cuadernos que el profesor se avergonzaria de ver impresos, constituyen la tarea en que los maestros ocupan á sus discípulos, que hastiados ya, esperan las apetecidas vacaciones. ¡Qué indignas son semejantes funciones de los sacerdotes y religiosos! ¿Acaso la instruccion que han de dar á los fieles tiene que estar fundada especialmente en la historia profana? ¿Es propio de un sacerdote, y sobre todo del que aspira á un grado mas elevado de perfeccion, el pasar la mayor y mas preciosa parte de su vida en meditar y esplicar las obras de Homero, Virgilio, Terencio, Horacio, Juvenal y todos los demás escritores profanos?

Si al menos la juventud adquiriera ideas útiles, que no pudieran hallarse en otra parte, al invertir sus mejores años en aprender el latin pagano que, como dice Mureto, nunca llegar á ásaber tan bien como el último cocinero de Roma, menos malo sería; pero no sucede así, pues al paso que los autores cristianos le ofrecen con abundancia el oro puro y sin liga alguna, en los autores paganos no halla mas que plomo, ó si halla en ellos algunas particulas de aquel precioso metal, estan mezcladas con tierra, lodo y mil cuerpos estraños, que hacen indispensable un lavado penoso y un crisol muy fuerte y hábilmente preparado, para obtener despues de gran trabajo un uno por ciento. Esto mirándolo por el lado mas favorable, pues muchos, sin practicar estas operaciones, conservan en su alma las materias heterogéneas y ponzoñosas que

(1) Hoy dia las novelas y los periódicos.

contiene el metal clásico. Con tan falsificado producto fabrican la moneda de sus ideas, sentimientos y acciones que ponen en circulacion por medio de sus discursos y libros. La que es de buena ley disminuye en cantidad y en valor, la sociedad va poco á poco preparándose á hacer bancarrota en perjuicio de la fe, de Dios y de la Iglesia, y acabará por ser insolvente.

Algunos sacerdotes del siglo XVIII, que preveian este funesto resultado, trataron de oponer al mal el único remedio eficaz, es decir, la educacion cristiana; pero su tentativa no tuvo defensores y antes bien fué denigrada, no diré por quienes; pero no por eso dejó de ser como una protesta auténtica contra la enseñanza pagana, que hemos demostrado haber sido perpétua. Mas previsores los filósofos que ciertos miembros del clero, comprendieron la importancia de semejante empresa, y no dejaron de confesar que una educacion pagana en medio de naciones católicas es una anomalía que produce el dualismo que guia siempre á la ruina. «La educacion de los antiguos, dice Montesquieu, tenia sobre la nuestra la ventaja de no ser nunca desmentida. Epaminondas decia, escuchaba, veia y practicaba en los últimos años de su vida las mismas cosas que en la edad en que principió á educarse (1).»

«La educacion, dice Rousseau, es lo que debe dar á las almas la forma nacional, y dirigir de tal manera sus inclinaciones y gustos que sean patrióticas por inclinacion, por pasion y por necesidad. Un niño debe ver su patria desde que abre los ojos, y continuar viéndola siempre hasta que muera. Quiero que cuando aprenda á leer, lea las cosas de su país; que á los diez años conozca sus producciones, á los doce las provincias, á los quince la historia y á los diez y seis las leyes, y que no haya en

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. IV, c. IV.

su patria accion bella ú hombre ilustre que no tenga en el corazon y en la memoria, y de la que no pueda dar razon al instante (1).» Poned en vez de patria Religion, y tendreis una verdad.

Deplorando y ridiculizando despues la educacion pagana, añade: «Las costumbres van caminando visiblemente á la decadencia, y nosotros vamos siguiendo de lejos las huellas de los mismos pueblos, cuya suerte lamentamos. Díceseme, por ejemplo, que la educacion de la juventud es mas buena hoy que en otros tiempos, pero el mejor medio de probarlo es hacer ver si forma mas buenos ciudadanos. Cierto es que los niños hacen mejores cortesías, y saben dar con mas galantería la mano á las señoras y decirles una infinidad de requiebros, por los cuales yo les haria dar azotes; y es cierto tambien que saben decidir, interrogar y cortar la palabra á los hombres, é importunar á todo el mundo sin modestia ni discrecion. Díceseme tambien que esto los forma, pero yo digo que solo contribuye á que sean impertinentes, que es lo único que no olvidan de todo cuanto se les enseña por dicho método (2).»

Rousseau se equivoca, pues las generaciones de colegio se acuerdan, y mucho, de las máximas epicúreas de los poetas profanos, de los principios y actos de independencia intelectual, de las utopias republicanas, de las virtudes de ostentacion, de las falsas glorias y de las ávidas ambiciones que el Paganismo les enseña, y Rousseau pudo haber observado, algunos años despues, en los demagogos de la Revolucion la pertinacia de todas estas reminiscencias.

(1) *Gobierno de Polonia*, c. IV.
(2) *Carta á d'Alembert*, p. 156.

CAPITULO XV.

SIGLO XVIII.

El autor del *Ensayo de educacion nacional.* — Demuestra la nada y anomalía de la educacion clásica. — Ignorancia del latin. — Ridiculez de las comedias y amplificaciones. — El autor del *Método de educacion nacional.* — Prueba que la educacion de los colegios corrompe las costumbres. — Vanière reclama los autores cristianos y los vindica. — Condorcet. — Venerey. — El P. Grou, jesuita.

Los hombres de mundo se unen á los sacerdotes y filósofos para protestar contra la enseñanza clásica. El autor del *Ensayo de educacion nacional*, publicado en 1763, insiste, como todos los hombres sensatos, en la nada y anomalía de la educacion clásica. «Apelo, dice, á la esperiencia y testimonio de la nacion. Los conocimientos que se adquieren en los colegios no pueden llamarse tales, pues al cabo de diez años de trabajo no se saben ni aun las lenguas que solo son instrumentos para abrir el camino de las ciencias. Escepto un poco de latin, que es necesario volver á estudiar si ha de hacerse uso de él, la juventud está interesada en olvidar al entrar en el mundo casi todo lo que sus pretendidos maestros le han enseñado, y no es por cierto este el fruto que la nacion debia prometerse al cabo de diez años de trabajo..... De cada cien estudiantes apenas hay cincuenta que necesiten el latin, cuatro ó cinco á quienes pueda serles útil el escribirlo y hablarlo, y ni uno solo que tenga necesidad de hablar el griego ó de hacer versos latinos; por consiguiente, es contrario á la razon el formar un plan de educacion

general que solo ha de servir para tan corto número de personas.»

Estudios estériles, diversiones ridículas y gimnástica absurda, forman la educacion introducida por el Renacimiento. «Las únicas distracciones de nuestros colegios, continúa el autor, son los enigmas, los bailes y composiciones dramáticas ridículamente escritas y declamadas, y tales ejercicios son tanto mas despreciables cuanto á la pérdida de tiempo se agregan los ejemplos de un mal gusto sin igual.

»Quisiera que se proscribiesen enteramente esas amplificaciones ridículas y paráfrasis fastidiosas que tanto se usan. ¿Qué ideas pueden ser las de un jóven á quien se obliga á amplificar la arenga de César á sus soldados en los campos de Farsalia, si no conoce á César, ni á Pompeyo, ni á los Romanos, é ignora los intereses, debilidad y fuerza de ambos partidos? El maestro, que se atreve á ponerse en el lugar de César ó á interpretar sus sentimientos, no le conoce mejor, y por lo tanto no puede salir de un asunto tan mal preparado nada que no sea detestable. Mejor quisiera que un jóven supiese describir lisa y llanamente una flor, una planta ó un molino, que hacer todas las amplificaciones de colegio y otras simplezas parecidas. Los conocimientos adquiridos en los colegios se olvidan pronto por la sencilla razon de que no tienen relacion alguna con la vida comun.»

Cuanto mas se acercan á la edad madura los malos frutos de la educacion pagana, mas se multiplican las protestas y advertencias. En el mismo año de 1763 apareció otra obra intitulada: *Método de educacion nacional*. Considerando el autor la enseñanza de los colegios bajo el punto de vista de las costumbres, ve la Europa cubierta de malversaciones, raterías, mala fe, opresiones, violencias é impiedades. «¿Y por qué? pregunta; porque en vez de

inculcar á los jóvenes en nuestras escuelas, colegios y universidades, ideas y nociones á propósito para adquirir conocimiento de Dios, de sí mismos y de sus deberes, y prepararlos para los diversos estados de la sociedad, se les cierra la puerta para todo esto, y solo se les llena la memoria de idiomas estranjeros, amplificaciones, poesías y narraciones fastidiosas; y porque el estudio de la historia de los antiguos Egipcios, Persas, Macedonios, Griegos y Romanos, que no presentan mas que nociones, costumbres, máximas y métodos groseros y supersticiosos, ha reemplazado al de la de los pueblos cristianos, y la enseñanza de los sistemas envejecidos de los antiguos filósofos á las nociones y esperiencias de nuestra época.

»Consiste, por último, en que despues de haber perdido los hombres una parte de su juventud en fatigar su cabeza é imaginacion con tan malos y repugnantes estudios, se han visto reducidos á recoger en la sociedad y en los libros modernos las ideas y principios que han creido necesarios, y á formarse á sí mismos. A consecuencia de esto, muchos se han entregado á sus sentidos y pasiones, y han introducido la turbacion y el desórden en la sociedad convirtiéndola en mansion de tinieblas, calamidades y horrores.» Y sin embargo, la educacion de la juventud europea estaba casi toda en manos del clero.

En la misma época, Vanière, sobrino del jesuita de este nombre, reprendia elocuentemente la aberracion pedagógica y el espíritu pedantesco de partido, de que era víctima la Europa; y movido de compasion á vista de la juventud afeminada, de la sociedad conmovida y de la Religion despreciada, trataba de traer á su siglo al camino del buen sentido y de la buena fe. «Es tan importante, dice, el destino del hombre, tan estensos sus deberes, tan corta su vida, tan viciosas sus inclinaciones, tan favorables sus primeros años para la instruccion, y tan decisi-

vos para la felicidad pública, que el mayor servicio que puede hacerse al Estado es facilitar á la juventud y á la infancia el camino de sus deberes.»

Ahora bien; el medio de conseguir esto es hacer que los jóvenes estudien cosas cristianas, y en primer lugar la lengua latina creada por el Cristianismo. «Ella es, dice, la que depone nuestros votos y cánticos al pie del trono del Eterno desde que del solio de los Césares pasó al de la Iglesia. Basta tener piedad y aficion á las bellezas literarias cristianas para decidirse á aprenderlas; porque lo que se recita y canta en el oficio divino es muy propio para escitar en el alma menos sensible que lo comprende, los sentimientos de la piedad mas tierna y activa, y porque *nada hay en los autores profanos mas celebrados que pueda compararse con la bella literatura que reina en todos nuestros Libros santos.*

Literatura grande y sublime y al propio tiempo natural y sencilla; pero dotada de esa noble y majestuosa sencillez en que reside la perfeccion de todas las obras de la naturaleza y del arte, y que tan perfectamente caracteriza la indivisible unidad del Ser, de quien emana toda belleza. «Los Salmos, dice M. de Fenelon, son como el maná que reunia el sabor de todos los alimentos. En ellos se halla todo: las mas vivas y magníficas pinturas, las espresiones mas vigorosas y tiernas, los rasgos mas atrevidos y originales, y los encantos de la mas sublime poesía. Las mas admiradas odas de los poetas profanos que solo celebran á los dioses corrompidos y á sus vanos héroes, son débiles y mezquinas cuando se las compara con esos cánticos sagrados.»

El autor, pues, se indigna contra el desprecio estúpido que los siglos hijos del Renacimiento muestran á los Libros santos, considerados como clásicos. «No puedo menos, dice, de hacer aquí una observacion en estremo do-

lorosa para un francés que conoce todas las ventajas que una buena educacion procura á la sociedad, y los males todos que una mala le acarrea. La idea de no hacer aprender sino buen latin domina en los colegios hasta el estremo de sacrificar á ella los intereses mas preciosos. ¿Quién no creerá al ver la atencion escrupulosa que se pone para no hacer esplicar en ellos mas autores que los del siglo de Augusto, que la felicidad de los particulares, de las familias y del Estado dependen de una mera y brillante latinidad?

»¡Qué sorpresa, sin embargo, esperimenta un justo apreciador de las cosas, cuando dirigiendo la vista á los diversos estados que abrazan los escolares no halla que se haga en ellos uso alguno de esa tan ponderada latinidad! Mas aun cuando el latin fuera tan necesario como se dice, y aun cuando al estudiarlo en los autores cristianos hubiera algun riesgo (*lo que yo no admito*) respecto del lenguaje, no creo que haya hombre, por poco razonable que sea, que comparando aquel con la pérdida que esperimentan los escolares de los frutos inestimables de los libros cuya esplicacion se les rehusa, vacilase un momento en dar la preferencia al uno sobre el otro.»

El autor, despues de demostrar cuán estéril y perjudicial es el estudio obstinado del latin pagano, examina el método de enseñarlo y lo halla absurdo. El hombre, al salir de la cuna, aprende el idioma materno sin el menor esfuerzo, y por consiguiente conviene seguir en lo posible la marcha de la Providencia. ¿Qué habremos, pues, de pensar al ver las víctimas que el uso sacrifica á un trabajo ingrato, principiar á la edad de ocho ó nueve años una carrera penosa, que difícilmente termina á los quince, y en la cual los dias de la vida mejores y mas á propósito para conocer, gustar y practicar los infinitos deberes para con Dios y para consigo mismos, se inmolan

á un idioma extranjero, que la mayor parte de los escolares detestan y abandonan para siempre al salir de los colegios (1)?»

Despues de haber oido al sobrino de un Jesuita, escuchemos á un individuo de la Compañía: «La antigua enseñanza, dice, no era menos viciosa por su forma que por la eleccion y distribucion de las materias. Un estudio progresivo del latin durante seis años, constituia la esencia de la instruccion, y sobre ella se difundian los principios generales de la gramática, de tal cual conocimiento de geografía é historia y de algunas nociones del arte de hablar y escribir... ¿Bajo qué punto de vista debe ser considerado un idioma estranjero en una educacion general? ¿No es suficiente poner á los discípulos en estado de leer los libros verdaderamente útiles escritos en dicho idioma, para que puedan luego hacer nuevos progresos en él sin necesidad de maestro?

«¿Puede considerarse el conocimiento profundo de una lengua extranjera, y el de las bellezas de estilo que abundan en los hombres de talento que la usaron, como uno de esos conocimientos generales que todo hombre ilustrado y todo ciudadano que aspira á los mas importantes empleos de la sociedad no puede ignorar? ¿Por qué privilegio especial ha de ser el latin la única materia que se estudie detenidamente, cuando es tan corto el tiempo que se destina á la instruccion, y cuando el objeto mismo de la enseñanza obliga á circunscribirse en todos los géneros á conocimientos elementales, y á dejar en seguida libre el gusto de los jóvenes para dedicarse á los que desea cultivar? ¿Se considera como lengua universal de los sábios, á pesar de que cada dia va perdiendo mas esta ventaja? Es indudable que para leer libros escritos en latin, basta

(1) *Tratado de la Educacion*, etc.

tener conocimientos elementales de este idioma, y además no hay obra alguna científica, filosófica ó política verdaderamente importante, que no esté traducida, así como que todas las verdades que contienen los autores latinos, existen mejor esplicadas y reunidas á otras nuevas en los libros compuestos en lengua vulgar. La lectura de los originales no es útil, propiamente hablando, mas que para aquellos que necesitan estudiar, no la ciencia misma, sino su historia.»

Estas líneas estan llenas de buen sentido, pero las que siguen son mas notables todavía. «Ya que es preciso decirlo todo, y que es llegada la ocasion de que desaparezcan todas las preocupaciones, afirmaremos que el estudio dilatado y profundo de los idiomas de los antiguos, que apenas daria tiempo para leer los libros que nos dejaron, es tal vez mas pernicioso que útil (1).

»Lo que nosotros buscamos en la educacion, es el dar á conocer verdades, y los libros de los paganos estan llenos de errores: tratamos de formar la razon, y ellos son propios para estraviarla. Estamos tan lejos de los antiguos, y nos hemos adelantado tanto á ellos en el camino de la verdad, que es preciso tener muy fortificada la razon para que sus tan apreciados despojos la enriquezcan en vez de corromperla. Los autores antiguos, considerados como modelos en el arte de escribir, en la elocuencia y en la poesía, no pueden servir mas que para los talentos fortificados con otros estudios. ¿De qué valen, en efecto, unos modelos que no pueden imitarse sin tener continuamente presentes las variaciones que obligan á tener en cuenta la diferencia de costumbres, lenguaje, religiones é ideas?... Decidid, pues, si los autores antiguos deben proponerse como modelos en los primeros años de la juventud (2).»

(1) El mismo fué una prueba de esta verdad.

(2) *Informe acerca de la organizacion de la enseñanza, etc.*

El sugeto que así habla se llama Condorcet.

Pudiéramos citar otras protestas; pero no debemos ser ya mas difusos. Si el acuerdo unánime de todos los hombres amigos ó enemigos se ha considerado siempre como una prueba cierta de la verdad, no es posible dudar del vicio radical de la enseñanza clásica introducida por el Renacimiento, de sus funestos efectos y de la imperiosa necesidad de reformar la educacion en el sentido cristiano que hemos indicado. Si se esceptuan los artículos de la fe, ¿conoceis un punto que reuna en su favor testimonios mas unánimes? Sin embargo, hay quien dice que soy un innovador!

Despues de los Papas y Obispos, de los teólogos católicos y protestantes, y de los legos, sacerdotes y religiosos de todos paises, citaremos como nueva prueba de ese acuerdo unánime, las siguientes palabras de un testigo procedente del cisma. «Sería indudablemente un buen método, decia el abate Vernerey (1) en el Concilio constitucional de París en 1797, el que sin ninguna dificultad ni nuevos trabajos, proporcionára á los jóvenes las lecciones de latinidad y conocimientos eclesiásticos, que se grabarian en su memoria con caractéres indelebles. Para esto bastaria sustituir la esplicacion de los autores eclesiásticos selectos á la de los profanos, y disponerlos por el órden de facilidad de latin...

»Por este medio los alumnos llegarán á conocer sólidamente los principales hechos de la historia eclesiástica de los seis primeros siglos, y adquirirán otros conocimientos teológicos en una época en que los antiguos no tenian idea alguna de ellos. Esto será un recurso eficaz y acaso único para inspirar mejor á los sacerdotes la inclinacion

(1) Muy versado en las ciencias eclesiásticas, que se retractó nuevamente de sus errores menos del que tratamos.

al estudio de los monumentos antiguos de la Religion... En S. Leon, Sulpicio Severo y Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, se hallará un latin muy puro; pero aunque hubiera que sufrir alguna pérdida por lo que respecta al genio del idioma, quedaria superabundantemente compensada con las grandes ventajas que resultarian del estudio de aquellos (1).»

Concluiremos citando un testimonio, que emana de orígen muy distinto. Un Jesuita da principio á nuestra genealogía en el siglo XVIII, y otro va á terminarla. «Nuestra educacion, escribe el P. Grou, es completamente pagana, pues solo se dan á leer á los niños en los colegios y en sus casas las obras de los poetas, oradores é historiadores profanos... Fórmase en sus cabezas una mezcla indefinible de las verdades del Cristianismo y de los absurdos de la fábula, de los verdaderos milagros de nuestra Religion y de las ridículas maravillas referidas por los poetas, y sobre todo de la moral del Evangelio y de la moral puramente humana y sensual de los paganos. No dudo que la lectura de los antiguos, sean poetas ó filósofos, ha contribuido á formar el gran número de incrédulos que han existido desde el Renacimiento literario... La aficion al Paganismo, contraida por la educacion pública ó privada, se propaga despues por la sociedad. Verdad es que no somos idólatras; pero tambien lo es que solo somos cristianos esteriormente, si es que lo son la mayor parte de los literatos de hoy dia, y en el fondo somos verdaderos paganos en espíritu, corazon y conducta (2).»

¿Hemos dicho nosotros otra cosa?

(1) *Actas del Concilio*, t. III, p. 242.

(2) *Moral sacada de S. Agustin*, t. I, c. VIII.

CAPITULO XVI.

SIGLO XIX.

Bernardino de Saint-Pierre. — Dice que la Revolucion ha salido de los colegios. — Cárlos de Villers. — La enseñanza clásica desnaturaliza la literatura nacional. — Cárlos Nodier. — Su modo de pensar es como el de Bernardino de Saint-Pierre. — Napoleon. — Dice que la educacion clásica destruye la fe. — Kératry. — Sostiene que el conocimiento de la Religion es imposible con la enseñanza actual. — Mr. de Salinis. — Venga el latin cristiano del desprecio con que lo mira la educacion de colegio. — De Gasparin. — Deplora el contrasentido de la enseñanza clásica. — Monseñor Devie. — Califica el estudio de los autores paganos de uso deplorable. — Monseñor Parisis. — Demuestra que el Racionalismo, es decir la Revolucion en el órden intelectual, ha provenido del estudio de los autores paganos.

El siglo XIX no nos ha esperado para protestar contra la enseñanza clásica, pues apenas salió de entre las sangrientas ruinas acumuladas sobre el territorio europeo por el terrible ensayo de restauracion pagana, que se conoce con el nombre de Revolucion francesa, cuando ya designó en alta voz la causa de la catástrofe: «Los colegios, dice Bernardino de Saint-Pierre, han producido la Revolucion con todos los males de que es causa. Nuestra educacion pública altera el carácter nacional, y desmoraliza la juventud; llena su espíritu de contradicciones, insinuándoles, segun los autores que se le espliçan, máximas republicanas, ambiciosas y destructoras. A los hombres se los hace cristianos por medio del catecismo, paganos con los versos de Virgilio, y Griegos ó Romanos por el estudio de Demóstenes y Ciceron, pero nunca franceses. Esta educacion tan vana, contradictoria y atroz, los hace para toda su vida charlatanes, crueles, embusteros, hi-

pócritas, sin principios é intolerantes. Solo sacan de los colegios el deseo de ocupar los primeros puestos en la sociedad, pudiendo añadirse que de aquellos salen los males todos (1).»

Cárlos de Villers se lamenta al ver á la juventud de Europa alimentada desde la época del Renacimiento de sueños mitológicos, y formando su gusto sobre modelos enteramente contrarios á nuestras costumbres y creencias. «De este modo, dice, se ha cortado el hilo que unia nuestra cultura con la de nuestros padres, y nos hemos hecho infieles á sus ideas, para entregarnos sin reserva á otras estrañas que comprendemos mal, que ninguna relacion tienen con nuestra vida real, ni con nuestra Religion, costumbres é historia. El Olimpo con sus ídolos ha reemplazado al cielo de los cristianos y á los milagros.

»Nuestra naturaleza propia y original combate siempre en secreto esa vida artificial que se nos ha obligado á adoptar. La naturaleza de nuestra existeneia se ha alterado, y nos parecemos al monstruo de Horacio. El que la considere con atencion verá en ella la causa que ha producido la tibieza de las almas con respecto á la Religion, á la sencillez y santidad del Evangelio, y á todo lo verdaderamente grande, noble y humano, reemplazado hoy por lo gigantesco, ampuloso y amanerado (2).»

Considerando la enseñanza clásica bajo el punto de vista puramente literario, el sábio editor de Bouterweck atribuye á ella con razon «la literatura moderna híbrida y descolorida, compuesta unas veces de elementos heterogéneos y falsos por la base misma de su institucion, formados otras con arreglo á un tipo estraño á nuestras ideas y á nuestro modo de ser, y que no ofrecen mas que

(1) *Obras póstumas*, p. 447, edicion de 1840.
(2) Véase el *Almacen enciclopédico*, 1810; t. V.

una literatura griega con caractéres accidentales, mal copiada de los antiguos y sin sabor ni sustancia, como los frutos exóticos que se crian en nuestras estufas (1).»

En el absurdo sistema de estudios que muchos se obstinan en defender, Carlos Nodier ve como nosotros la verdadera causa de la Revolucion. Despues de describir las parodias á un tiempo atroces y ridículas de 1793, añade: «Lo notable es, que estábamos preparados para aquel órden de cosas escepcional todos los escolares, pues una educacion *anómala* y *anormal* nos habia predispuesto desde la infancia á todas aquellas aberraciones de una política sin base. Así es, que no teniamos que hacer un gran esfuerzo para pasar de los estudios del colegio á los debates del foro y á la guerra de los esclavos. Las instituciones de Licurgo y los tiranicidas de las Panateneas contaban de antemano con nuestra admiracion, pues siempre se nos habia hablado de estas cosas (2).»

En concepto de Napoleon, el trastorno de la fe en Europa proviene de la enseñanza pagana que se da á la juventud. Repetiremos aquí sus elocuentes palabras: «Observad, decia en Santa Elena, la torpeza de los que nos educan, que, debiendo alejar de nosotros la idea del Paganismo y de la idolatría, por la razon de que sus absurdos provocan nuestros primeros raciocinios y nos predisponen á resistir á la creencia pasiva, nos educan en medio de los Griegos y Romanos con sus millares de deidades. Tal ha sido, por lo que á mí hace, la marcha de mi espíritu. He tenido necesidad de creer y he creido; pero mis creencias han sido contrariadas é inciertas desde que principié á raciocinar, y esto lo esperimenté ya á la edad de trece años (3).»

(1) *Ensayos sobre la literatura española*, *Introd.*, p. 40 y siguientes.
(2) *Memorias*, t. I, p. 88.
(3) *Memorial de Santa Elena*, t. II, p. 123.

No basta para prevenir este funesto resultado que haya en los colegios capellanes, catecismos é instrucciones religiosas. «Nos engañamos, dice M. de Kératry, si creemos que la presencia de un eclesiástico en los colegios en dias fijos, por muy respetable que se le suponga, es suficiente para infundir en los niños un espíritu religioso de alguna duracion, pues este solo se adquiere por medio de la enseñanza constante de la ley divina, de la cual deberian participar hasta los estudios puramente literarios.» El protestante Kératry habla como el jesuita Possevin.

La educacion clásica, que destruye la fe de las generaciones de colegio y las deja crecer en una vergonzosa ignorancia de la Religion, les inspira tambien un altivo desprecio hácia el Cristianismo, haciéndolas considerar á sus hombres como medianías y á su lenguaje como pura barbarie. En 1825 una pluma elocuente atacaba esta odiosa preocupacion, hija de la enseñanza, poniendo al propio tiempo en relieve las inimitables bellezas del idioma de la Iglesia: «Lo que se llama estilo, escribia el abate de Salinis, hoy arzobispo de Anch, es lo en que menos se ocupó el autor de la *Imitacion*, y sin embargo, este libro es aun considerado, hasta bajo el aspecto literario, como de los mas bellos monumentos de un idioma que no se ha sabido apreciar dignamente; por lo cual no perdono al ilustre crítico Boileau el haberse burlado del latin de Kempis, que no es ciertamente el del siglo de Augusto, pero que basta para calcular la altura á que la Religion colocó el talento humano....

»Para espresar todas las ideas elevadas con que el Cristianismo engrandeció la inteligencia del hombre, y los sentimientos divinos con que enriqueció su corazon, fué preciso dar á las palabras antiguas acepciones mas sublimes, y crear otras enteramente nuevas. Así, pues, se formó con gran parte de los elementos de la lengua de los

latinos, otra enteramente distinta, que vino á ser el idioma admirable de la oracion, de la contemplacion y de esa elevada filosofía, que no es mas que la Religion ó las relaciones entre Dios y el hombre, manifestadas en el misterio del Hombre Dios. Y aun cuando ese nuevo idioma conoce los secretos del estilo armonioso y pintoresco que hacia el encanto de los hijos de la antigüedad, da menos importancia á esas bellezas materiales, si me es lícito espresarme así...

«Dicho idioma es esencialmente sencillo, pues los objetos que espresa son de suyo harto sublimes para que tenga necesidad de exagerarlos con palabras ampulosas, y además es la lengua de la Religion universal, que debe ser comprendida por todos. Pero si es verdad que aborrece las bellezas que son obras del arte, no escluye por eso las de un órden superior que provienen de la naturaleza misma de las cosas de que nos habla; pues teniendo que referirnos las maravillosas relaciones del tiempo y la eternidad, de la nada y del ser infinito, la obliga á ser original y sublime, y para ello no hay rasgo atrevido que la arredre. Aproxima las ideas unas á otras, hermana las palabras que mas parecen escluirse, y todo con exactitud y naturalidad asombrosas. Tales son en parte los caractéres del idioma que el Cristianismo formó con los restos del de la antigua Roma (1).»

Sin embargo, los Renacientes relegan ese idioma admirable al desprecio de los pedagogos y de sus discípulos, que lo califican de lenguaje de cocina!

El sistema de estudios que no solo falsea la razon, sino que corrompe el espíritu y corazon de toda la juventud europea, confunde á los protestantes mismos: «En lo futuro, dice M. de Gasparin, causará asombro el saber que una sociedad que se llamaba cristiana, dedicó los sie-

(1) *Memorial católico*, 1825, p. 280.

te ú ocho mejores años de la vida de sus jóvenes al estudio esclusivo de los autores paganos (1).»

A los hombres mas ilustrados de entre los protestantes, se agregan los católicos de mas nota. En 1836, Monseñor Devie, prelado famoso, muy venerado entre el clero francés y obispo de Belley, lamenta la funesta educacion que se da á la juventud; y en la santa indignacion de su celo, habla de los autores paganos como se merecen, y demuestra el peligro que ofrecen sus escritos, inclusos los espurgados, no teniendo reparo en calificar de *uso deplorable* el estudio de los clásicos profanos, y en aplicar á los pretendidos grandes hombres, que se dan por maestros á la juventud cristiana, las terribles palabras de S. Agustin: «Son celebrados donde no se hallan, y atormentados donde residen: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

«Por mas que se diga, añade el dignísimo obispo, y á pesar de cuanto cuidado se ponga en suprimir ciertos pasajes en que las pasiones vergonzosas se ostentan al descubierto, es imposible dejar de advertir el epicureismo de Horacio y ciertos versos suyos, juntamente con las Metamorfósis de Ovidio, las intrigas de Ciceron y la tendencia de todos ellos á no pensar mas que en lo presente y á perder de vista lo porvenir, que es de tan inmensa importancia.»

El piadoso autor dice que los clásicos paganos, inclusos los espurgados, son peligrosos no solo para las costumbres, sino tambien para las ideas. Por esta razon habla del cuidado que S. Francisco de Regis ponia en prevenir á sus discípulos contra los peligros de esa filosofía totalmente pagana, y de ese amor á la libertad é independencia, que dieron sus frutos mas tarde, y cuyo veneno

(1) *Porvenir del Protestantismo.*

no es aun suficientemente conocido. Luego añade: «Muchos sábios y profundos pensadores creen que las ideas republicanas, que germinan en Francia y hasta en toda Europa, son sugeridas por los autores griegos y latinos que se ponen en manos de los escolares (1).»

En 1837 otro prelado, cuyo nombre es una autoridad, veia en la enseñanza clásica el orígen del Racionalismo, que no es otra cosa que la Revolucion en el órden intelectual: «Durante trescientos años, escribe el obispo de Langres, se ha dicho á toda la juventud estudiosa, es decir, á la llamada á gobernar la sociedad, que formára su gusto por medio de los buenos modelos; que estos eran esclusivamente los autores paganos de Grecia y Roma, y que el estilo de los Santos Padres, doctores y escritores de la Iglesia era defectuoso y de gusto corrompido. Esto se ha dicho y hecho practicar á todos los estudiantes en la edad en que todos los hábitos vienen á formar indefectiblemente una segunda naturaleza.

¿Qué ha resultado de aquí? Que, como era forzoso que sucediera, la juventud toda se apasionó por el estudio de las producciones del Paganismo, pasando de la admiracion de las palabras á la de los pensamientos y obras. Así es que principiaron á inclinarse ante los siete sábios de la Grecia casi tanto como ante los cuatro Evangelistas; á estasiarse leyendo los pensamientos de Marco Aurelio y las obras filosóficas de Séneca, hasta el punto de dar á entender que nada habia mas profundo en los Libros santos, y á celebrar, por último, las virtudes de Esparta y Roma, hasta el estremo de dejar desairadas las cristianas.

¿Habrá quien crea que semejantes enseñanzas, unánimes y continuas, no debian tarde ó temprano disminuir la fe y sobrescitar desmesuradamente el orgullo de la razon?

(1) *Memorial del Clero.*

¿Habrá temeridad en decir que en el hecho de poner así por todas partes en relieve las obras del hombre con gran detrimento de la revelacion, que es por escelencia la obra de Dios, se preparaba el camino al reinado del Racionalismo desenfrenado, que ha llegado al estremo de adorarse á sí solo (1)?»

Uso deplorable, orígen ponzoñoso, foco de ideas revolucionarias, preparacion al Racionalismo que destruiria el Cristianismo si este no fuera divino, son las calificaciones que el santo obispo de Belley y el ilustre prelado de Langres dan al sistema de estudios que combatimos. Sin embargo de esto, no falta quien dice que dicho sistema está autorizado por la Iglesia, y que el impugnarlo es injuriarla y hacer un insulto á las congregaciones dedicadas á la enseñanza. Cierto es que cuando los sábios obispos citados escribieron, no habia llegado la grande época de 1852, época de luz, en la que la ciencia histórica y teológica de ciertas personas descubrió mil cosas desconocidas de nuestros padres. Fáltanos, pues, hacer rápida descripcion de ella.

(1) Carta al superior y directores del seminario. — Dos años antes, en 1835, habiamos nosotros espresado las mismas ideas en *El Catolicismo en la educacion*, en 8.°

CAPITULO XVII.

SIGLO XIX.

Publicacion de *El Gusano roedor*. — Divide á la Europa en dos campos. — Composicion del campo enemigo. — ¿Hemos quedado solos? — En Francia, número y cualidades de nuestros defensores. — Los Obispos. — Cartas. — El clero. — Cartas. — Los legos. — Cartas. — El R. P. Muard y Proudhon.

Acabamos de bosquejar ligeramente la historia de nuestra genealogía, desde el Renacimiento hasta la aparicion de *El Gusano roedor*. Lo que los cuatro últimos siglos cuentan de mas eminente entre los hombres, cuya atencion está fija en la enseñanza de colegio, figura por diversos títulos entre nuestros abuelos. Ni una de nuestras ideas deja de encontrarse en sus obras; de modo que segun tantas veces se ha repetido, hace siete años, no somos novadores. ¿Somos hoy el único descendiente de aquella ilustre familia? ¿Es acaso verdad, como todavía se complacen algunos en decir, que vivimos aislados; que nadie participa de nuestras ideas, ó que las adhesiones de que podemos lisonjearnos *brillan solamente por su escasez y mediania*, mientras nuestros adversarios se han granjeado todas las simpatías de la inteligencia y de la virtud? Respondamos.

Hagamos constar desde luego que la cuestion de los clásicos ha tenido el privilegio de ocupar á la Europa entera y aun de apasionarla. Traducido á todas las lenguas, *El Gusano roedor*, se ha hecho durante muchos años el tema de la discusion. Ahora bien; se reconocerá sin dificultad que la Europa actual no es bastante literaria para ocuparse largo tiempo y con pasion en una simple cues-

tion de griego y de latin; luego en la cuestion de los clásicos ha visto una cuestion de soberanía moral, y ha tenido razon. Sobre todo, el campo enemigo no se ha equivocado. Al instinto infalible que le caracteriza, debemos el inestimable honor de contar tantos adversarios cuantos volterianos, galicanos, eclécticos, racionalistas, naturalistas, en una palabra, revolucionarios en cualquier grado, hay en Francia, en Inglaterra, en España, en Alemania y en Italia. Sus folletos, sus discursos, sus periódicos, sus diatribas dan de ello auténtico testimonio.

Esta oposicion muy entendida de la Revolucion ha hallado bastantes auxiliares, al menos en Francia, entre los prelados, los sacerdotes y los hijos de la Iglesia. Fenómeno doloroso, á no dudarlo; pero que hemos visto sin sorpresa y sin horror. Sin sorpresa: ¿podriamos olvidar la misma oposicion venida del mismo campo á las doctrinas de la Santa Sede y á la liturgia romana? ¿No teníamos á la vista la gran coalicion de 1847, dirigida por un célebre arzobispo y compuesta de cincuenta y cuatro obispos, conjurándose para no volver á la unidad litúrgica? ¿No oiamos con nuestros oidos las conversaciones y los discursos, no leiamos los artículos de periódico, los libros y las órdenes dirigidas contra el sábio cura de Solesmes, tratándole de novador, de revoltoso, de insultante del episcopado? Sin horror: pues, á pesar de los esfuerzos contrarios, el movimiento hácia Roma y hácia la unidad litúrgica iba estendiéndose en términos de hacer presagiar una brillante victoria. Creer que la cuestion de los clásicos, cayendo de improviso sobre el mundo, hallando los ánimos desprevenidos, arrollando mas preocupaciones, conmoviendo mas intereses, hiriendo el mal en lo mas vivo, en una palabra, mas grave que todas las otras, habria de triunfar sin resistencia; ilusion infantil, que gracias á Dios nunca hemos tenido. Muy al contrario; las

primeras líneas de *El Gusano roedor* predicen tempestades y luchas en proporcion con la importancia de la causa.

¿Es verdad, no obstante, que nuestras palabras no han tenido eco, ó que solo lo han hallado en la parte menos ilustrada del clero de Francia y menos afecta á la Santa Sede? En este punto nos remitimos á la buena fe de nuestros adversarios. Ellos conocen, como nosotros, á los prelados que aplauden nuestros esfuerzos (1); pero no los conocen á todos. Además de los que han manifestado abiertamente sus simpatías, los hay que nos las han espresado en cartas particulares. Estas cartas, con esmero conservadas, son mas numerosas de lo que se cree. Solo citaremos algunas, cuyo orígen no es fácil sospechar:

«Muy Sr. mio y dignísimo Cura: antes de contestar á su estimada de 22 de Junio, he querido leer la interesante obra de V. (*El Gusano roedor*), á fin de poder dirigirle mis felicitaciones y darle las mas sinceras gracias. Ha puesto V. seguramente el dedo en la llaga: somos paganos sin saberlo, y las mas veces sin quererlo, porque la educacion y aun mas la instruccion, no se han empleado hace largo tiempo sino en desfigurar en nosotros el glorioso carácter de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo.

»A nosotros corresponde ahora, que gozamos de cierta libertad de enseñanza, refundir la sociedad, *recristianizarla*, si me es permitido espresarme así. Por mi parte he consagrado mi vida á esta obra, y el escelente libro de V. servirá todavía para estimular mi celo y dirigirlo por mejor camino; pues no solo ha escrito V. un bello libro, sino que ha hecho una buena y escelente obra.

»Reciba V. por ello, le ruego, todos mis cumplidos.

»† N.....

»3 Setiembre 1851.»

(1) Entre otros los de Reims, Arras, Perpiñan, Auch, Aviñon, Montauban, Rodez, Saint-Claude, Gap, etc. etc.

«Sr. Vicario, me escribe Monseñor el arzobispo de N...: he leido su obra, en la que por todas partes he hallado al respetable autor del *Catecismo de perseverancia*. Habia leido todos los artículos de M. Danjou acerca de la cuestion que trata V. con una superioridad incontestable. *El Gusano roedor* está escrito en estilo noble y puro. En la historia de la enseñanza es una escursion en las diversas épocas del Cristianismo, y una apreciacion exacta de los males causados por el principio pagano en la educacion. En sus fundamentos, la tésis de V. solo hallará por contradictores á los hombres descreidos.

»Reciba V. etc.

»† N.....

»5 Setiembre 1851.»

«Sr. Vicario: participo de todas sus ideas; pero circunstancias escepcionales que V. conoce, me impiden declarárselo abiertamente.

»† N.....

»14 Julio 1851.»

«Muy Sr. mio: doy á V. gracias por la bondad que ha tenido en enviarme los dos tomos de clásicos profanos espurgados que acaba V. de publicar. He resuelto que se adopten en mis pequeños seminarios, y deseo que este ejemplo se imite en todos los establecimientos de segunda enseñanza de la diócesis.

»Me felicito por haber tenido esta ocasion de espresarle la viva simpatía con que aplaudo sus generosos esfuerzos por la reforma de la enseñanza dada á la juventud católica. Muchas veces habia deplorado como V. que la inteligencia, la memoria y el corazon de las generaciones nacientes crezcan en una atmósfera casi esclusivamente pagana, y que niños cristianos tengan que pasar la época

mas decisiva de su vida, la que recibe impresiones mas duraderas, y de la que depende todo el porvenir, en una especie de íntima familiaridad con autores tan fuertemente impregnados de sensualismo y de máximas anticristianas.

»Gracias á su valiente iniciativa, felicísimos cambios se han efectuado ya en numerosas instituciones, y sobre todo, en los pequeños seminarios. Los autores cristianos han hallado holgado lugar en la enseñanza de las letras, y las riquezas incomparables que encierran, que se apreciarán cada dia mas, no permiten dudar de que el movimiento vaya generalizándose. Debia sin duda dejarse un hueco á los oradores y á los poetas profanos; V. no se lo ha rehusado, pero haciendo desaparecer de ellos lo que podian tener de peligroso, por las supresiones que han sufrido en la edicion que ha tenido el feliz pensamiento de hacer. Uno, pues, cordialmente mi voto á los demás, tan numerosos y de tanto peso, que V. ha recibido, los cuales son una recompensa bien merecida de los ataques que le ha valido su celo en favor de tan bella causa.

»† N....

»16 Diciembre 1857.»

Citaremos, por último, otra carta: «Sr. Cura: doy gracias á V. por su notable obra *El Gusano roedor*. Me ha encantado cuanto en ella he hallado de bueno y de escelente. Le ofrezco, pues, por ello mis cumplidos muy sinceros, y le doy las mas espresivas gracias. He hecho llegar al Santo Padre el ejemplar de su dicha obra, de que se ha servido V. hacerle un presente. Su Santidad ha agradecido tanto mas esta oferta, cuanto conoce bien todo el mérito de V., y especialmente su adhesion filial á la santa Silla Apostólica.

»† A... Arz. de Myra, Nuncio apost.

»París 15 Noviembre 1851.»

Trátase de presbíteros en todos los grados de la gerarquía, vicarios generales, canónigos, directores de grandes seminarios, párrocos, religiosos, y sobre todo, profesores de colegios católicos y de pequeños seminarios, á centenares contamos las cartas de simpatía que nos han dirigido hace siete años, y que todavía nos dirigen. Asombrariamos al mundo si razones fáciles de comprender nos permitiesen nombrar á sus autores; todavía debemos conservar aquí el anónimo y limitarnos á algunas citas.

«Mi venerado colega: dé V. gracias á sus adversarios que han servido la causa de V. mas de lo que ellos creian.

»Las cartas de V., tan perfectas en el fondo y en la forma, harán conversiones, á juzgar por el efecto que han producido en el ánimo de nuestro Obispo. Antes que viesen las obras de V. la luz pública, todos los años á la entrada del gran seminario, al hablar del espíritu que en él debe reinar, cuidaba yo de decir que no era el de las *Conciones*; que lo primero que debia hacerse, era *despaganizar* su espíritu y su corazon. Esto probará á V. de paso, cuán dispuesto estaba yo á adoptar sus ideas, puesto que ellas no han hecho mas que afirmar las mias y desenvolverlas.

»¡Oh, qué hermoso, ó mejor dicho, qué horrible capítulo podria yo añadir al *Gusano roedor* acerca de la influencia que la educacion pagana, dada á los jóvenes levitas, ha ejercido y ejerce aun en los sacerdotes! ¡Animo en su santa cruzada! Dios está con V., y lo prueba el que nunca ha pensado V. ni ha escrito tan bien como en sus *Cartas*. Ellas son un modelo de discusion respetuosa, tranquila, fuerte y llena de grandes ideas. Que Dios le recompense esta buena obra!

»N....

»29 Julio 1752.»

Uno de los profesores mas distinguidos, sin disputa, del clero de Francia, se espresa en estos términos: «Muy Sr. mio: cedo al deseo que hace largo tiempo me apremia de manifestar á V. la admiracion que me inspiran su sacrificio y sus importantes trabajos, puestos al servicio de una idea verdadera, noble, bella y útil. *La Revolucion* confirma la tésis de V., y me parece asegurarle una irresistible evidencia. ¡Nuestro Señor le dé la gracia de servir todavía largo tiempo y mucho á su Iglesia! Este es el mayor honor y la mayor dicha que puede desearse á aquellos á quienes se estima, y si me es permitido decirlo, á quienes se ama.

»D....

»10 Octubre 1856.»

Los sacerdotes, párrocos y canónigos de una gran ciudad, nos dirigen colectivamente la siguiente carta: «Muy Sr. mio: todo lo tocante á los sagrados intereses de la Iglesia, nuestra Madre, hace palpitar nuestros corazones. Esto es tanto como decirle que nos felicitamos por la discusion que tan á propósito ha suscitado V. respecto de los clásicos; y que todas nuestras simpatías estan por la causa que tan generosamente defiende V., y de la que es glorioso mártir.

»Sí, señor: al señalar como un abuso el uso casi esclusivo de los autores paganos en la enseñanza, ha puesto el dedo en una llaga demasiado real, y en el plan que V. traza para introducir una reforma, muestra tanta moderacion como prudencia. No ha sido para nosotros ligero motivo de asombro, el que hasta algunos obispos hayan creido poder censurar las miras y palabras de V.; pero cuando de su parte está la razon y el buen derecho, nos admiramos mas de ese ánimo firme, de esa perseverancia tranquila, con los cuales, sin hacer caso de las injurias de sus

adversarios, sabe V. rechazar sus exageraciones y sus errores.

»Ha probado V. ser digno campeon de tan noble causa. No ignoramos que ha recibido V. mas de un testimonio satisfactorio de personas las mas eminentes; que en todos los rangos de la sociedad hay corazones cristianos que le comprenden y participan de sus convicciones. En cuanto á nosotros, humildes ministros del Señor, conocemos perfectamente cuál es para el porvenir religioso de nuestra patria la importancia de la lucha en que V. se ha empeñado, y sentimos la necesidad de espresarle nuestra gratitud por el modo grande y generoso, por la ciencia y el talento con que defiende V. la verdad: y, mientras tan valerosamente sostiene V. el combate, rogamos, al menos, por el triunfo de una causa que ya Dios ha bendecido.

»N....

»4 Enero 1853.»

Terminemos con una carta que resume todas las precedentes; carta que no se nos ha dirigido, y es la espresion de una larga experiencia.

«Valensola 13 de Agosto de 1852.

»Señores:

»Habiendo sido superior de dos pequeños seminarios, (el de Forcalquier y el de Ajaccio), he seguido con vivo interés la polémica que sosteneis sobre la eleccion de las obras que deben ponerse en manos de la juventud. Me adhiero completamente á la doctrina del *Gusano roedor* de M. Gaume, y á la tésis que con tanto saber habeis desenvuelto. ¡Cuántas veces, enseñando humanidades, decia á mis discípulos: Hijos mios, arrojo el veneno á manos llenas en vuestros pechos! ¿Y por qué bajamos nuestra

cabeza, marcada con la señal de Cristo, á las pretendidas grandes obras de los siglos de Pericles y de Augusto, cuando tenemos á la mano en los Padres de la Iglesia, toda una literatura cristiana? En ella es donde podriamos recoger el oro á manos llenas, si no fuésemos esclavos de vanas preocupaciones. Oh! cómo mi corazon de sacerdote se contristaba al tener que explicar las odas, las sátiras y las epístolas de aquel que, haciéndose justicia á sí mismo, decia: *Ego de grege porcorum Epicuri!* Hasta en ese Homero tan ponderado, en ese Virgilio reputado por tan sábio, hallaba páginas infectadas de lujuria. ¡Cuántas veces, en el tribunal de la penitencia, me veia condenado á combatir en mis pobres niños las funestas impresiones que habian recibido en clase del estudio de los autores paganos! Ah! al menos procúrese que durante las clases de gramática, es decir, hasta la *tercera* inclusive, se tenga á nuestros jóvenes cristianos lejos de esas fuentes impuras, lejos de esos libros que, bajo bellas formas, ocultan el veneno mas mortífero, verdaderas sirenas que, con su voz encantadora, arrastran á tantos desdichados á su perdicion!

»Me he tomado el trabajo de hacer un estracto de todos los clásicos que el Paganismo nos ha legado, y se hallan diseminados en todas las clases, comenzando por Fedro mismo, y de remitirlos á algunos de nuestros ilustres adversarios, rogándoles que me diesen su traduccion. No sé qué sentido católico podria darse á este verso: *Et matronarum casta delibo oscula* (Fedro, fábula XXI, libro IV). Cómo se esplicaria el *Marte gravis* de Virgilio, *et in eamdem devenere speluncam*, del mismo; y la vergonzosa escena que pasa en el monte Ida entre Jupiter y Juno, engalanada con el ceñidor de Venus; y este verso tan frecuentemente repetido en Homero: πιγεναι ευνη και φιλοτητι; y todo el Olimpo convocado al espectáculo de las

torpezas de Marte y de Venus, y las chufletas de Luciano, y las obscenidades de Juvenal, etc., etc.? Pocos dias ha comunicaba mi pensamiento á uno de los mas sábios obispos de Francia, y tuve la dicha de ver que gemia por la estraña tésis sostenida por tan buenos católicos.

»Por espacio de mas de veinte años, me he visto condenado á hojear esos deplorables libros. Conozco todo el veneno que encierran, y calmaria un remordimiento de mi conciencia si, antes de morir, me fuera dado reparar el mal que he hecho á mis queridos y muy amados discípulos, cuando dejándome arrastrar por una fatal corriente, los iniciaba en las fatales doctrinas de los que S. Pablo ha caracterizado tan bien cuando dijo: *Volentes esse sapientes, stulti facti sunt.*

Si creen VV. que á estas cortas reflexiones, inspiradas por una larga esperiencia, puede darse un pequeño rincon en su escelente diario, concedo á VV. completa libertad para hacer uso de mi firma. Me harian VV. tambien un obsequio, porque esto sería protestar contra una enseñanza, á la cual me he asociado demasiado largos años, contra el grito de mi conciencia.

»Hombres de fe, no se desalienten, continuen combatiendo por la gloria de Dios y de su santa Iglesia! No olviden que, para hacer algun bien en este mundo, es menester pasar por el bautismo de las tribulaciones; el que *legitime certaverit, coronabitur.*

Con sentimiento de profundo reconocimiento por el bien que hacen VV., soy, señores, con toda la sinceridad de mi corazon, uno de sus mas afectos amigos (1).

»SILVA, *canónigo párroco.*»

(1) *L'Univers*, 15 de Setiembre de 1852.—Véanse confesiones semejantes, entre otras las del célebre P. Thomasino, en nuestras cartas á Monseñor Dupanloup.

Esto por lo tocante al clero de Francia. En cuanto á los legos, sus simpatías no han sido menos vivas ni numerosas. Entre nuestros mas celosos colaboradores, contamos á profesores de los colegios de París y á los inspectores de la Universidad. Desde el principio de la lucha hasta el momento en que escribimos, no hemos hallado un solo padre de familia que, al cuarto de hora de conversacion, no haya estado completamente de acuerdo con nosotros. Muchos hasta nos han suministrado, en confirmacion de nuestra tésis, terribles detalles acerca de la influencia pasada y presente de los autores paganos. En obsequio á la brevedad, solo citaremos algunas de sus cartas.

«Sr. Vicario general: permítame V., aunque no tenga el gusto de conocerle, espresarle todo el interés que tomo en la lucha que generosa y resueltamente ha emprendido V. por la mas bella, la mas verdadera, la mas santa de las causas. Con paciencia y una perseverancia invencible triunfará V., no lo dudo, de los obstáculos que parecen acumularse contra sus esfuerzos. Las cartas de V. sobre el Paganismo son irrefutables. Por otra parte, una causa que tiene á su favor el apoyo público de nuestros mas sábios obispos, es una causa ganada.

»Ya lo está á la mitad en la liturgia romana y en la arquitectura ojival. ¿Quién se atreveria á decir hoy que estas dos cuestiones no estan en camino de una victoria completa? Ahora bien, ellas no son sino una parte de la de V. Esté, pues, seguro de que, con el tiempo, la perseverancia y la lucha, la causa cristiana triunfará sobre toda la línea. Por lo demás, como dice V. muy bien y es demasiado evidente, la lucha de nuestros dias existe por do quiera entre el espíritu cristiano y el espíritu pagano, entre Dios y Satanás. Dios triunfará en nuestra bella Francia, donde cuenta todavía á su servicio tantas ca-

pacidades y afecciones. V. es uno de los mas aventajados y mas favorecidos de Dios. ¡Ojalá halle V. en él toda la fuerza moral y física que necesita para no sucumbir en la inmensa tarea que se ha impuesto!

»El Conde de M....

»21 Julio 1852.»

Con la misma fecha recibiamos de otro extremo de la Francia la siguiente carta: «Muy Sr. mio: los golpes y las injurias llueven sobre V., que con sus largos y gloriosos trabajos ha merecido tanto bien de la Iglesia y de la sociedad. No se inquiete V.: no es digno de ser el apóstol de la verdad sino el que se presta á ser mártir por ella.

»Comprendo el odio de los volterianos; pero no comprendo á ciertos obispos ni á ciertos escritores católicos: atacándoos asestan á sus mismas tropas. ¿Qué es lo que quieren? ¿Es que vuestras obras ponen en peligro la fe y las costumbres? No; pero dicen, es lo bello, la bella literatura, la bella elocuencia, la bella poesía, la bella pintura, la bella arquitectura, en una palabra, la antigüedad clásica, fuente de luz y de bellezas. ¿Qué vendria á ser el mundo cristiano, ¡gran Dios! si durante ocho años se dejase de hacer estudiar los autores paganos de Roma y de la Grecia?

»No conozco absurdo mas colosal.

»Pero este es el lado menos grave de la gran cuestion que con tanta valentía V. ha suscitado. De la investigacion ávida de la pretendida belleza literaria ha venido la investigacion y la admiracion de lo bello antigüo en todo género; y desde el Renacimiento, la sociedad ha tenido por única preocupacion la imitacion, la reproduccion de las ideas, artes, usos, instituciones y costumbres de la sociedad pagana. Niéguese este hecho comprobado, reconocido por todo el mundo; niéguese el Renacimiento,

y entonces no hay que discutir con gentes que niegan el sol en pleno medio dia. Pero si el Renacimiento no se niega, es imposible á un cristiano, con mayor razon á un obispo, aplaudirla, como le sería á un buen musulman aplaudir la introduccion de ideas cristianas en Turquía. Comprendo que en los tiempos pasados haya sido posible hacerse ilusion; pero hoy no hay escusa para no hacer del elemento cristiano, artístico y literario el nutrimento de los niños cristianos.

»Reciba V., etc.

»D.....

»20 Junio 1852.»

Citemos otra carta no menos esplícita que las precedente: «Sr. y venerable Abad: he leido su admirable libro *El Gusano roedor*. He tenido, no la desgracia, sino la dicha, de nacer judío; me esplicaré: si hubiera nacido católico, habria sido educado en la escuela de la antigüedad, y sería un socialista de aldea, ó un foragido tabernario, ó un profesor de Paganismo como tantos de mis amigos; pero habiendo nacido judío, de una madre que fué una verdadera santa de la Biblia, he mamado leche sagrada. A los doce años sabia de memoria la Biblia: solo contaba diez y nueve, y ya habia estudiado los autores paganos; pero despues de haber pasado quince en el estudio sagrado. ¿Qué sucedió? Los judíos me habian enseñado á conocer á Dios, y creyendo en el Antiguo Testamento, debia llegar naturalmente á creer en el Nuevo, que es su complemento: solo me faltaba ir rio abajo.

»Pero cuando los estudios paganos se apoderaron de mi alma, no solo me arrancaron la fe en el Evangelio, sino tambien en el Antiguo Testamento. Los judíos habian hecho de mí un cristiano, y los cristianos con su enseñanza clásica me han trasformado en pagano; y como yo ja-

más me paro en los hombres, sino en los principios, llevé hasta el estremo las consecuencias y me hice ateo y comunista. Solo á la edad de la razon, madurada por la esperiencia y fortificada con una gracia divina enteramente particular; solo despues de haber tomado mi querida Biblia, es cuando he vuelto á ser cristiano. Si el mundo quiere como yo volver á ser cristiano, estudie las fuentes cristianas, y sobre todo la Biblia y en hebreo. Toda la literatura pagana, inglesa, francesa, alemana, no vale la primera línea de los Salmos (1). Entre tanto, Dios ha escogido á V. para dar el primer golpe al innoble Baal del Paganismo. Gloria á V.

»N.....

»11 Febrero 1852.»

Tres meses mas tarde, un célebre doctor en medicina nos escribia: «La tésis de V. está superabundantemente probada; de anticanónica que era, los preparativos para la ofensiva vinieron á quedar en puro arranque y sablazos en el agua. Si se invocase el testimonio de los padres de familia, todos estarian unánimes. Sí, toda nuestra juventud la hemos pasado en los seminarios menores, y solo se nos ha enseñado un poco de piedad, no la fe; no conocemos nuestra historia católica, ni nuestra literatura: no tiene fundamento alguno nuestra enseñanza religiosa; la direccion se ha encaminado á nuestro corazon, á nuestra imaginacion, á nuestros sentidos; y cuando con la edad

(1) Conocida es la opinion del célebre Guillermo John, fundador de la academia de Calcuta: «He leido con mucha atencion las Santas Escrituras, y pienso que ese libro, independientemente de su celestial origen, contiene mas elocuencia, mas verdades históricas, mas moral, en una palabra, mas bellezas de todo género, que las que pudieran recogerse en todos los otros libros juntos, cualquiera que sean la lengua y el siglo en que se hayan compuesto.»

se debiliten el corazon y la imaginacion, ¿qué queda para alimentar la piedad?

»Ha hablado V. del Paganismo en las letras, ¿qué sería si hubiese V. tratado el Paganismo en las ciencias, sobre todo en la medicina? Allí ¡qué Paganismo abyecto! ¿No hemos llegado hasta discutir en plena Academia el parto prematuro, la sifilizacion preventiva, y mencionar en pleno Instituto instrumentos que repugno nombrar? He aquí adonde ha conducido á la Europa el Paganismo clásico.

»N.....

»Febrero 1852. »

A los testimonios de los padres de familia se unen las ardientes simpatías de una parte de la juventud. Se siente uno profundamente conmovido al oir vituperar la enseñanza pagana de que aquella es víctima. En prueba referiremos tan solo la siguiente carta de un jóven laureado de la Universidad:

«Muy Sr. mio: los piadosos obispos de la Edad media sabian vestir la coraza y ceñir la espada para combatir á los enemigos de la fe y mostrar, salvando á la Iglesia, cómo servian, llegada la ocasion, al Dios de los ejércitos. ¡Dichosos tiempos en que el puño de la espada era siempre una cruz! Compadezcamos á aquellos que en tiempos de postracion moral se componen con el enemigo, y formándose de su debilidad una virtud, toman por caridad su cobarde condescendencia y su falta de valor.

»Por eso todos los verdaderos católicos siguen con inquietud llena de interés y de simpatía la vigorosa y valiente lucha que V. sostiene contra el Paganismo. Demasiado lo sabe V., el enemigo ha entrado en casa; Satanás trabaja en silencio, y con sus blasfemias ensucia bocas de quince años. Espantoso es para nosotros, jóvenes, no po-

der replegarnos sobre nosotros mismos, sin hallarnos á la faz de esos odiosos recuerdos, de esas manchas que jamás se lavan. No, señor mio, por grande que haya V. visto el mal, no ha podido verle por completo. Torpezas hay que un hombre siempre honesto es incapaz de adivinar. Cuando V. haya dirigido su vista hácia ese innoble *dibujo*, fijado con grosera impudencia *en las puertas de un colegio*, ¿habrá V. comprendido todo nuestro pensamiento? Lo ignoro, señor mio; pero es siempre tal, que todos los jóvenes honrados se unirán á mí para decirle: Valor, perseverad en vuestra santa guerra; dejad que ladren sin cesar vuestros enemigos, y creed que aun en el seno de la juventud escolar, tanto tiempo estraviada, contais sinceros admiradores.

»N.....

»Paris 29 Junio 1852.»

Antes de dejar á Francia para interrogar á la Europa, consignaremos todavía dos testimonios, sobre cuya importancia no hay necesidad de llamar la atencion. Es el primero el del R. P. Muard, fundador de los Benedictinos predicadores; el segundo el de Proudhon. Un sacerdote, digno émulo de los Apóstoles por su celo, de los Padres de la Tebaida por sus austeridades, de los mas grandes santos por el heroismo de sus virtudes, ha aparecido en nuestro tiempo. El ha pasado haciendo bien; y consumido antes de tiempo, los pueblos le han canonizado. Apenas cerrada su tumba, atrae un concurso no interrumpido de peregrinos que vienen á pedir con confianza lo que se pide á los santos, milagros.

Ahora bien, he aquí lo que el hombre de Dios pensaba de nuestra obra: «Habiendo tenido durante una mision, dice su historiador, ocasion de examinar el curso de estudios de Mr. Gaume, quedó tan satisfecho que se propu-

so hacerlo seguir en su noviciado. ¡Qué ventaja, decia, ocupar el espíritu de los jóvenes con tan buenas y tan bellas cosas! Sirven de provecho durante toda la vida (1).»

La importancia y la necesidad de esta reforma eran pensamientos que no le abandonaban. Algunas horas antes de su muerte, nos escribe su fiel discípulo, entreteniéndose con algunos de sus niños, en cuyo número me hallaba, hizo girar la conversacion sobre el estudio de la Escritura Santa, y sobre todo de los Profetas. «Allí, dijo, se halla todo cuanto puede ilustrar el entendimiento y mover el corazon.» Y despues prorumpió en esta esclamacion: «¡Qué desgraciados somos! durante nuestros estudios no se nos ha inspirado gusto alguno por las Sagradas Escrituras; hemos recibido una enseñanza casi pagana (2).»

Estas palabras son como el testamento de un santo en el momento de comparecer ante Dios; y ¡se pretende que defendemos teorías *insostenibles* é *injuriosas* á la Iglesia!

Despues del testimonio de la mas eminente santidad, escuchemos el de la impiedad mas satánica. Proudhon, como puede pensarse, toma bajo su proteccion á los autores paganos. En su última obra escribe esta frase de dos filos: «Agradezco á Mr. Dupanloup que haya querido reparar, en cuanto de él depende, los yerros de Monseñor Gaume en punto á los clásicos; si bien en cuanto al fondo, Monseñor Gaume me parece *mas consecuente* en su modo de ver y *mas cristiano* que Mr. Dupanloup (3).»

Este hombre muerde besando.

(1) *Vida, etc.*, por M. Brullée.
(2) Carta del P. Benoist, 13 de Noviembre de 1857.
(3) T. II, p. 64.

CAPITULO XVIII.

SIGLO XIX.

En Europa, número y cualidad de nuestros defensores.—Todos los grandes diarios católicos sostienen nuestra causa.—Todas las inteligencias de mas reputacion estan de nuestra parte.—En Francia.—En Inglaterra.—En Holanda.—En Alemania.—En España.—En Saboya.—En Italia.—Los arzobispos y obispos del reino de Nápoles.—Cartas y mandatos.—Fuera de Europa: el arzobispo de Lima, el obispo de la Habana, el arzobispo de Santiago, el obispo de Jasson.

Estendamos los límites de nuestro horizonte y veamos qué parte ha tomado la Europa en la cuestion de los clásicos. ¿Es cierto que en Francia y en el extranjero nuestra causa no cuenta defensores sino entre los hombres menos inteligentes ó de un dudoso respeto á la Iglesia? Lo contrario es lo cierto. Por un privilegio escepcional la reforma cristiana de los estudios, tal como la hemos pedido, goza de las simpatías de cuanto hay mas elevado en el órden intelectual y católico en Europa. Desde luego tiene por campeones á los mas grandes diarios religiosos: en Francia, al *Univers* y al *Messager du Midi;* en Bélgica, al *Bien public de Gand;* en Holanda, la *Revista Neerlandesa;* en Italia, la *Armonía;* en España, la *Esperanza*, la *Regeneracion* y la *Monarquía Española;* otros aun en diferentes paises. ¿Con qué derecho colocais entre los *pobres de espíritu* á los hábiles redactores de todos esos diarios? ¿Qué pruebas teneis de que la Santa Sede haya lanzado su censura contra ellos por haberse hecho nuestros compañeros de armas?

Aun no para aquí: todas cuantas inteligencias de primer órden ú hombres de genio cuenta la Europa católica, estan de nuestra parte. Sin que sea necesario nombrarlos, toda Francia conoce á nuestros ilustres compañeros de armas, ya entre el clero, ya entre los legos. En Inglaterra tenemos entre otros á los sábios obispos de Birmingham y de Nottingham, á Pugin y al piadoso lord Philipp, *una de las almas* del movimiento católico. Todas sus cartas respiran entusiasmo por una reforma, de la cual dependen á su modo de ver la salud de Europa y el brillante triunfo del Cristianismo en todo el mundo. « Por lo que á mí toca, nos escribe, estoy convencido de que la cuestion, como V. la propone, y como nosotros la adoptamos y sostenemos, debe triunfar infaliblemente; porque todo cuanto V. dice es verdad y está sólidamente fundado y de acuerdo con la conciencia y con la conviccion cristianas. Esté V. tranquilo, que su causa es la de Dios: en el fondo estoy convencido de que todo cristiano sincero es del parecer de V.; y si por acaso sostiene alguna cosa en contrario, es efecto de alguna preocupacion que desnaturaliza la cuestion á su vista y no le deja en libertad de mirarla tal cual es en realidad. »

Hagamos tambien mencion, en Inglaterra, del inmortal Pugin, que llevaba siempre consigo nuestra primera obra, y al morir decia: « Muero contento, porque he visto dar el golpe de gracia al Paganismo. »

En Holanda hallamos á M. Alberdingk Thyim, el gran católico de este país, el cual nos escribe: « Siento una irresistible necesidad de espresar á V. mi reconocimiento y cordial simpatía por la grande y verdadera tésis que en su libro *El Gusano roedor* ha lanzado V. con valentía á la arena de las discusiones sociales. V. ha establecido sólidamente una de las verdades mas importantes, y que en lo sucesivo no es susceptible de una razonable refutacion.

Nosotros, cristianos germánicos, hijos de Carlomagno, no queremos ya para nodrizas de nuestros hijos á las *bellas muchachas de la antigüedad;* no formaremos ya su espíritu y su corazon en el mundo artificial de los Griegos y de los Romanos.

»Los combates de la verdad son hoy rudos: V. lo ha esperimentado, como yo, atacando al gusano roedor de la sociedad: cuando pienso en el libro de V., me gusta tomar la palabra *ver* en la significacion que tenia en mi bella lengua del siglo XI; *ver* es *worm*, y *worm* significaba monstruo: de muchas cabezas es el que V. ha atacado, pero saldrá V. victorioso del combate por la fuerza de las cosas y de la lógica. Ruego á Dios que le continúe su gracia y le conserve las fuerzas para trabajar en su gloria y en bien de la Iglesia.

»Febrero, 1853.»

En Alemania estan, entre varios, el célebre publicista Baron de Moy de Sons. En su *Filosofía del Derecho* muestra sus ardientes votos por la reforma clásica y define el Renacimiento: «El trastorno del órden, pues todo lo ha sometido, hasta la Iglesia, á las ideas paganas resucitadas.»

El doctor Reithmeier, que contando ya de antemano el triunfo, publica clásicos cristianos, «siguiendo el impulso dado por hombres eminentes en doctrina, ciencia y piedad: *Doctrina eruditione et pietate viri excellentes* (1).»

El venerable obispo de Ratisbona, que nos escribe: «Pienso como V. *(tecum sentio)*. La reforma de la educacion debe ser el objeto de todos los deseos y de todos los esfuerzos. Para ello no bastan maestros cristianos, precisos son tambien libros cristianos, que respiren el sentido de Jesucristo y que los maestros puedan hacer penetrar en el

(1) *Flor. Patr.*, etc.: Monach., 1853.

alma de sus discípulos: *Tales esse libros, quales sensum christianum spirent.* Por ahora, lo que siento es no ser libre, toda vez que el Gobierno es quien nos traza el programa de los estudios literarios.

»1.° Marzo 1853.»

Mas allá hallamos al ilustre Arzobispo de Erlau, primado de Hungría, que hace traducir *El Gusano roedor* á la lengua de su país, á fin de que el clero pueda aprovecharse de esta obra, cuya traduccion se ha dignado enviarnos, diciéndonos: «He creido que por este medio daria á V. de mi parte prueba de un pequeño reconocimiento, y quizá un consuelo en las adversidades que esta obra le ha causado. Esta traduccion demuestra tambien cómo opino en la cuestion, y lo persuadido que estoy de que no he pecado contra la intencion de la Iglesia, que ante todo quiere formar buenos cristianos por los mejores medios posibles.

»5 Diciembre 1852.»

En España uno de los mas grandes genios de nuestro tiempo, Donoso Cortés, mira como nosotros la situacion de Europa, y halla la causa de lo que vemos y de lo que quizá bien pronto veremos, en que el elemento pagano ha vuelto á entrar en el seno de las naciones cristianas. Nos escribe en estos términos: «Mi querido amigo: la obra de V. *El Gusano roedor* es escelente. No hay sino dos sistemas posibles de educacion: el cristiano y el pagano. La restauracion del último nos ha conducido al abismo en que estamos, y ciertamente no saldremos de él sino por la restauracion del primero. Esto quiere decir que estoy completamente de acuerdo con V. Hace falta que su obra se publique y reparta: la ejecucion corresponde al objeto: V. es siempre claro, lógico, perspicaz, y has-

ta ahora nadie ha puesto tan decididamente el dedo en la llaga.

»21 Abril 1851.»

Y en otra parte: «El retroceso ha comenzado en Europa con la restauracion del Paganismo *literario*, que sucesivamente ha traido en pos de sí los del Paganismo *filosófico*, del Paganismo *religioso* y del Paganismo *político*. Hoy el mundo está en vísperas de la última de esas restauraciones, la del Paganismo socialista.

»4 Junio 1849.»

No referiremos aquí la opinion tan solemnemente espresada del venerable confesor de la fe, el Sr. Obispo de Urgel (1), ni sus esfuerzos para propagar la reforma en su católica patria.

La Saboya nos presenta al pensador mas profundo de ese país, y de seguro á uno de los hombres mas notables de Europa. «El Renacimiento, escribe el Sr. abad Martinet, ha degradado el talento humillándole al papel de copista. El ha pervertido las costumbres, porque en vez de aplicarse á cultivar y embellecer las costumbres cristianas, se ha hecho intérprete y admirador de las ideas pueriles y de las disolutas costumbres de la antigüedad. Todavía mas desastrosos han sido nuestros ensayos de restauracion pagana en el órden político. La idea romana de crear naciones de soldados, que reinen sobre las demás por el derecho de la espada, no ha producido sino guerras sangrientas. La idea griega de hacer naciones de legisladores y de empleados, ha producido el menosprecio de las leyes del poder y nos ha hecho ingobernables. En suma, nuestros modernos educadores nada han descui-

(1) Le hemos citado en el tomo anterior.

dado para hacernos retrogradar veinte siglos, y obligar á los pueblos cristianos á que vuelvan á tomar los miserables pasos de una miserable antigüedad (1).»

En Italia, cuna del Renacimiento, hallamos al R. Padre Ventura, Manzoni, al conde Tullio Dandolo, al elocuente y animoso abad Margotti. Estos reyes de la ciencia y de la literatura han espresado tan á las claras su opinion, que es supérfluo referirla aquí. Otro tanto debe decirse del eminente cardenal príncipe Altieri, cuya admirable carta hemos citado (2). El honor y la esperanza de Italia es poder añadir á esta gloriosa lista un gran numero de venerables obispos, propagadores tan celosos como inteligentes de la reforma. Podria formarse una larga é interesante historia de cuanto hace seis años han escrito, de cuanto han hecho para asegurar su éxito, y de cuantos consoladores resultados han obtenido bajo todos aspectos: en nuestro poder estan los materiales, y puesto que la falta de espacio no nos permite publicarlos, nos limitaremos á algunos fragmentos.

En 4 de Abril de 1853, el ilustre obispo de Aquila escribia á uno de sus amigos la siguiente carta: «Mi queridísimo amigo: devuelvo á V. los tres volúmenes del abate Gaume. Los he leido con inmenso placer, y le doy las mas expresivas gracias, porque me ha proporcionado la ocasion de ver desenvuelta por completo, y de mano maestra, una cuestion sobre la cual hace largos años que mi esperiencia personal habia llamado mi pensamiento, y hecho que recurriese á mas de un espediente para hacer mas cristiana la instruccion de la juventud, sobre todo de la clerical.

»Nada añado. Solo le ruego que ofrezca mis sinceros

(1) *De la Educacion del hombre.*

(2) Prólogo puesto al principio del tomo V.

y respetuosos homenajes al abate Gaume, y le diga de mi parte que no se desanime por las contradicciones que halle en la adopcion de sus ideas. ¡Pobre humanidad; estamos así formados! frecuentemente nos obstinamos en cerrar los ojos para no ver lo que no hemos sido los primeros en notar. Pero la verdad ella misma se abre paso. Concluyo, porque semejante hombre no necesita de mi débil estímulo.

»† F. L. Filippi, *Obispo de Aquila.*»

Esta carta fué el principio de una activa correspondencia con el ilustre Obispo, que, nos felicitamos en decirlo, ha sido nuestro mas firme apoyo en medio de las tribulaciones y de las fatigas de la lucha. Gracias á él, la reforma ganó rápidamente once diócesis del reino de Nápoles. Los mas sábios obispos quisieron conocer la cuestion. *El Gusano roedor* se tradujo al italiano, y he aquí lo que escribia de él, en una carta que no se nos dirigió, el digno Arzobispo de Matera:

« Excmo. y Rmo. Sr.: Apenas tuve idea de la publicacion de la obra del abate Gaume, *Il Verme roditore*, me apresuré á hacerla venir de Nápoles por el correo. Comencé á leerla, y me encantó de tal modo, que lo devoré en pocos dias. Todo, todo me ha admirado; el órden de materias, la evidencia de la demostracion, tan palpable que es menester negar, no digo el buen sentido, sino el sentido comun, para no convencerse; la claridad de la elocucion, la elegancia del estilo, la pureza de la esposicion, el celo y el amor de la juventud, y otras mil cosas que me han causado impresion, me hacen concluir que el abate Gaume es el verdadero bienhechor de la sociedad y el promovedor de una nueva era reparadora de los males pasados: *Il vero benemerito della società ed il promotore di una era novella, reparatrice di passati danni.*

Doy á V. gracias por haberme hecho conocer tan gran

tesoro, y le aseguro que en el año próximo se pondrá en práctica en mi seminario el método del abate Gaume.

»† Ant., *Arz. de Matera.*

»10 Mayo 1854.»

Los venerables prelados no se han contentado con simples aprobaciones. Para ellos la reforma es un deber de conciencia: «No creemos, dicen, que un Obispo que la conoce y no la abraza, pueda tener seguridad de conciencia y tranquilidad en el momento de la muerte: *un vescovo il quale lo legesse è non dasse subito opera alla riforma cristiana delle scuole, non istarebbe bene in coscienza, ed in punto di morte avrebbe troppo di che pentirsi* (1).» Por eso han puesto resueltamente mano á la obra, á pesar de la gritería y de inevitables oposiciones. Dios ha bendecido sus esfuerzos. En un mandamiento dirigido á todos los Obispos de Italia, el ilustre Obispo de Aquila ha publicado el resultado de su esperiencia. He aquí algunos pasajes de este importante documento, que sentimos vivamente no poder citar íntegro.

«Hermano Luis Filippi, de la órden de Menores reformada de S. Francisco, Doctor en teología, Consejero Real *à latere*, etc., Obispo de Aquila.» —Despues de recordar su tierna solicitud por la juventud, cuyos estudios dirigió durante largos años, solicitud que se aumentó todavía mas por la uncion episcopal, y que le llevó á reformar la enseñanza: «No queremos disimularlo, continúa el eminente prelado; al inaugurar un nuevo sistema de estudios, esperimentamos un momento de turbacion. Temiamos que la pureza de nuestras miras diese por resultado un tardío é irreparable engaño; pero sostenidos de una parte por la bondad de la causa y por la elevada ra-

(1) Letter, 1.° de Octubre de 1853.

zon de los hombres ilustres que la defienden, nos veiamos de otra empujados por los irresistibles motivos que hacen necesaria, en los tiempos actuales, la reforma cristiana de la enseñanza. Tambien aguardábamos con afan, en el silencio de las mas largas y sérias reflexiones, el efecto que debiamos prometernos de ella.

»Gracias á Dios, ya se ha esperimentado. De hoy en adelante, podemos afirmarlo abiertamente, el éxito es tan feliz como incontestable; y con entera confianza podemos prescribir, de una manera invariable, la práctica de este método de enseñanza, seguido hasta hoy á título de ensayo.»

El prelado demuestra que la enseñanza por autores paganos es una enseñanza anormal, que enferma la inteligencia haciéndola trabajar en el vacío, en lo *inaplicable;* que repugna al muchacho y retarda sus progresos, al paso que el estudio de los autores cristianos da resultados enteramente contrarios. «Si nuestra alma, como dice Tertuliano, es naturalmente cristiana, ¿por qué sofocar sus afecciones? ¿por qué desviar de su objeto esta innata simpatía que esperimenta por las grandes verdades de la Religion? ¿por qué no ayudarla mas bien de modo que llegue á su pleno desenvolvimiento esta tendencia natural, que es como la primera sonrisa del alma á su Criador? Con los autores cristianos no solo aprenden los niños mejor y mas pronto el latin, sino que adquieren tambien ardor, gusto y pasion por la verdad religiosa; preservándose además de las funestas influencias, que en virtud de la correspondencia misteriosa que existe entre el fondo y la forma del pensamiento, entre las leyes de la inteligencia y las del gusto, ejercen los autores paganos en el alma de la juventud.»

Poniendo por testigos á sus profesores, el venerable Obispo añade: «Hé aquí para vosotros un hecho plena-

namente demostrado por dos años de esperiencia en la enseñanza de la lengua latina con los clásicos cristianos. ¿Cuál de vuestros discípulos no ha estudiado con placer, y no ha comprendido perfectamente las cosas enseñadas en esos libros? El público ilustrado, ¿no ha admirado la exactitud y la precision, verdaderamente pasmosas, con que en los exámenes públicos al fin del año escolar han esplicado y comentado sus autores? ¿No han pasado ellos mismos por la difícil prueba de traducir, donde se abriera el libro y con la mayor facilidad, cualquier pasaje que se les indicaba? ¿Quién de vosotros ha notado repugnancia, *ni aun de uno solo*, para el estudio de los clásicos cristianos? Todo lo contrario, ¿no habeis estado plenamente satisfechos del ardor con que los estudiaban?»

Considerando las ventajas de la reforma bajo otros aspectos: «Por ella, dice el prelado, contribuiremos poderosamente al fortalecimiento de la Religion, empapándose fuertemente en los principios de la fe las nuevas generaciones destinadas á perpetuarla en medio de las formidables pruebas que la rodean en este siglo corrompido y poco cristiano. Ayudaremos tambien poderosamente á salvar la sociedad por una educacion profunda y *constantemente* cristiana, sustituyendo el sobrenaturalismo al naturalismo en las ideas y en las costumbres; los verdaderos principios de órden, de subordinacion, de resignacion y de verdadera libertad, á los principios contrarios tomados tan desgraciadamente y hace *tanto tiempo de la escuela de las sociedades paganas*.»

La conclusion práctica no podia ser dudosa; el grande Obispo la forma en estos términos: «A este fin supremo tiende el método de enseñanza que de aquí en adelante permanece *irrevocablemente* establecido en nuestro seminario, y recomendamos á todos los profesores que dependen de nosotros en la diócesi. Tenemos la dulce confianza de

que lo abrazareis, á fin de reformar sobre el mismo plan los establecimientos de instruccion literaria. Nos complacemos en creer que no se hallará ninguno de los maestros que *prurientes auribus, à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur;* porque podria suceder que en castigo de su desden hácia el fin que les proponemos y por los respetables motivos que determinan nuestra conducta, se verificase en algunos este dicho del Apóstol: *Quidam aberrantes, conversi sunt in vaniloquium, volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quæ dicuntur, neque de quibus affirmant* (1).

»Aquila 4 de Noviembre de 1855. »

La publicacion de esta carta pastoral ha sido un acontecimiento. Los obispos de Italia han estudiado sériamente la cuestion. Un buen número ha seguido ya el ejemplo de tan animoso cofrade, y todos se jactan de ello. He aquí entre otros lo que nos escribe Monseñor de Castellaneta (2).» Como Obispo, he comprendido todavia mejor la necesidad de la reforma, y la obligacion en que estaba de abrazarla, puesto que estoy como el gran Possevin, convencido de que es un punto del que depende la salud del mundo. Mi conviccion se ha aumentado cuando he visto en V. que la cuestion del tradicionalismo sucedia á la de los clásicos. Estas dos cuestiones son, con efecto, hermanas, y si se dan la mano, pueden salvar la generacion

(1) El plan de estudios irrevocablemente adoptado en la diócesi de Aquila, seguido con éxito cada vez mas brillante de año en año, y propagado en mas de *cuarenta* diócesis del reino de Nápoles, como lo atestiguan las cartas del ilustre prelado posteriores á su mandamiento, es el nuestro con todos los clásicos que hemos publicado.

(2) Monseñor Bartol. de Avanzo, Obispo de Castellaneta, es uno de los obispos mas sábios de Italia. Por espacio de seis años ha sido profesor de dogma y de hebreo en el seminario de Nola, y es autor de varias obras muy notables acerca de las grandes cuestiones de filosofia contemporánea.

futura del caos en que ya ha puesto un pié la nuestra.

«He aquí mi razonamiento: si el alma humana es una tabla rasa (*tabula rasa*), en el sentido en que lo entienden, segun Santo Tomás, los tradicionalistas católicos, síguese necesariamente que si se escribe en ella el Cristianismo por medio de los clásicos cristianos, el alma será cristiana; si el Paganismo, será pagana. De aquí resulta, á mi juicio, que los que estan por el tradicionalismo en filosofía del R. P. Ventura y del Sr. Parisis, estan por la enseñanza de los clásicos cristianos. Pero si la misma razon humana es la maestra y la reina que *dicta*, ya por medio de una manifestacion espontánea, ya de la instruccion ó de otra cualquiera manera, por la cual los racionalistas esplican el orígen de las ideas, entonces será indiferente para el niño estudiar los clásicos cristianos ó los paganos. En efecto, siempre tendrá en sí mismo al maestro que le hará distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. He aquí porqué todos los racionalistas y hasta los semiracionalistas en filosofía, estan, acaso sin saber la razon, por el estudio de los autores paganos y porqué se obstinan en sostener que estudiando: *Ah! Corydon, Corydon!* el jóven fijará su atencion en la frase y no en el sentido. Tal es mi conviccion.

»Por lo demás, para consuelo de V., que despues de tantos años ha descendido con tanto valor á la arena, y que segun me escribia uno de mis sábios amigos es una gloria viviente de la Iglesia, le diré que Dios ha hecho crecer la buena semilla. La reforma está adoptada de aquí en adelante casi por entero en los seminarios de la Pouille, y me glorio de ser su apóstol.»

Tales son en sustancia las cartas que el venerable prelado nos ha hecho el honor de dirigirnos en 28 de Julio de 1858 y 16 de Enero de 1859.

Confiando en la fuerza de la verdad, no hemos hecho

hasta aquí uso alguno de tantas cartas tan honrosas y consoladoras. Queriamos por otra parte evitar que se irritára el debate lanzando nombres propios; pero en el momento de abandonar la arena, deber nuestro es nombrar á algunos de nuestros compañeros de armas, y mostrar al público que se le induce á error repitiéndole que somos los únicos de nuestra opinion, ó que las adhesiones de que podemos lisonjearnos, solo brillan por su rareza y por su mediania. Así escriben la historia los partidos.

Puestos ya en camino de decirlo todo, vamos á dar á conocer algunas de las numerosas escitaciones que nos han hecho desde paises estraños á la Europa. Ellas probarán una vez mas que no nos batimos por el mero griego y latin, sino que nuestra grande y santa causa es una cuestion capital que interesa al mundo entero. «Participo por completo de las ideas de V., nos escribe el Sr. Arzobispo de Lima, y abrigo la esperanza de que su aplicacion será un auxilio eficaz para volver al sentimiento cristiano y religioso el fervor y la fuerza, cuya relajacion aquí como en Europa deploramos.

»5 Marzo 1852.»

A su vez nos dice el venerable obispo de la Habana: «La idea de V. es grandiosa; merece mi aprobacion. Será un medio muy seguro de preservar á nuestros jóvenes de una corrupcion que cada dia hace entre ellos rápidos progresos. No puedo menos de elogiar que V. quiera afirmar por un medio tan profundamente religioso los fundamentos de un edificio que tan obligados estamos todos á defender. Haré cuanto de mí dependa para probar á V. que me intereso vivamente porque se logre una obra digna del mas feliz éxito.

»8 Febrero 1852.»

Oigamos todavía al sábio Arzobispo de Santiago: «Un hombre como V., mi venerable Sr., no necesita de mi pobre y humilde voto. Sus producciones literarias prueban que es V. competente para juzgar de la reforma de la enseñanza. Aseguro á V. sin vacilar que abundo en su idea de *despaganizar* la educacion, las letras, las ciencias, la política y todas las tendencias de la época actual; porque allí está el cáncer que corroe la sociedad. Me felicito de poder aplaudir el celo que le anima por los intereses de la Religion, y que ha manifestado V. principalmente en el *Catecismo de perseverancia* y en *El Gusano roedor*, que conservo en grande estima.

»14 Marzo 1852.»

Por último, el moderno apóstol de las Indias, el santo Obispo de Jassen, en Maïssour, nos escribe esta carta capaz por sí sola de consolarnos en todas nuestras tribulaciones:

«Sr. Vicario general: ¡Sea Dios bendito! y reciba V. mis pobres, pero sinceras felicitaciones! Gracias á V. hemos hallado una coleccion de obras suficientes y necesarias para formar un clero indígena. ¡Pobres jóvenes! Apenas salidos de la idolatría, rodeados todavía por completo de brillantes fiestas de este mismo culto, tan celebrado en los clásicos latinos y griegos, ¿cómo concebirán horror á la idolatría de su país, viéndola sin cesar embellecida por los autores paganos que les damos para el estudio?

»Pero sobre todo, ¿cuándo nuestros jóvenes clérigos estudiarán la Historia sagrada, la de la Iglesia y algo de los Santos Padres? ¿Despues que sean sacerdotes? ¿Tendrán entonces tiempo y gusto para ello? ¿Se les inoculará el espíritu de estos libros, como sucederia si se hubieran habituado y nutrido en él en sus estudios mismos? Mucho lo dudo, á juzgar por nuestra esperiencia en Europa: siempre ignorarán la ciencia mas necesaria. En vez de

conocer la historia de nuestros mártires y de nuestros doctores, sabrán la de Júpiter, de Hércules, de la Venus de Europa. En vez de conocer los escritos de un Cipriano, de un Gerónimo, de un Lactancio, sabrán algunas palabras de Ciceron, de Virgilio, de Ovidio, de Horacio.

»¡Cuántas veces me ha dolido no tener que dar á traducir á mis discípulos mas que un *De viris* de Roma pagana, en lugar de un *De viris* de Roma cristiana; un *Epitome historiæ græcæ*, en lugar de un *Epitome historiæ ecclesiasticæ!* Y nos hemos fatigado en traducir esas obras á la lengua *canara*. Ah! Si hubiese yo tenido algunas actas de mártires ó vidas de santos en latin, las habria traducido á la lengua vulgar, mis niños habrian aprendido latin y la historia de esas grandes almas, y las contarian á sus parientes y amigos. ¿Qué digo? Aun esas traducciones habrian podido darse de lectura á los pueblos privados todavía de tan edificantes libros.

»Si yo no hubiese querido, Sr. Vicario, mas que procurarme la coleccion de sus clásicos, me habria bastado pedirla á nuestro seminario de París; pero quise atestiguar á V. la estima y admiracion que le profeso hace largo tiempo. Quise tambien, y ruego á V. me perdone, me atreví á esperar que mi débil voz, salida de mas allá de los mares, muy del interior de la India, podria sostener á V. en medio de las oposiciones y de los ataques que contra V. levanta su plan de estudios, probándole la inmensa utilidad de su empresa mucho mas de lo que quizá V. pudiera prever.

»Estoy persuadido de que en adelante todas las Misiones admitirán las obras de V. como libros clásicos. Si nuestros jóvenes necesitan habituarse y formarse en el valor moral, en las virtudes que honran á la humanidad, en una fe sólida, en una probidad inviolable, en la castidad, en la fidelidad conyugal, sin ir á proponerles por

modelo á Aristides, Fabio, Escipion, Lucrecia ó Virginia, podemos y debemos mucho mas presentarles con confianza y con una justa entereza cristiana, esa innumerable multitud de héroes de ambos sexos, de todas edades y de todo país, que con el precio de su sangre conservaron su fe y su honor, y practicaron todas las virtudes. En ellos no hay ostentacion, ni vanidad, ni interés humano, como en los héroes de Cornelio Nepote.

»Reciba V., pues, de nuevo, Sr. Vicario, la sencilla pero sincera y afectuosa espresion de mi reconocimiento y admiracion, por su feliz iniciativa en *cristianizar* la educacion de la juventud.

»22 Noviembre 1852.»

Debo aquí hacer una confesion, al releer esas cartas y otras muchas del mismo género he tenido la debilidad, á pesar de todo mi deseo de agradar á mis adversarios, de no creerme como dicen, un *bárbaro*, ni un *insultador de la Iglesia*, ni un *campeon de teorías insostenibles*. Si no me engaño, convendrán al menos en que tengo elevados y numerosos compañeros.

Terminaremos este capítulo, que sería fácil estender mucho, con dos nuevos testimonios. En cada uno de los cuatro ultimos siglos hemos oido á hombres opuestos al Catolicismo, pero deseosos de conservar en Europa un resto de Cristianismo, protestar con nosotros contra el Paganismo clásico destructor del uno y del otro. El mismo acuerdo vuelve á hallarse desde la aparicion de *El Gusano roedor*.

En Alemania el doctor protestante Kapff presenta en cifras inexorables el cuadro de la actual desmoralizacion de su país, «donde la inmensa mayoría tiene por divisa: *Mi Dios es mi rey*; *mi Iglesia está allí donde los vasos sirven de campanas*; *y mi Biblia es una baraja de naipes.*»

Despues pregunta qué es lo que arruina al pueblo aleman bajo el aspecto religioso y moral y le conduce al Paganismo; y responde: «la *primera causa* es el falso humanismo, ó la adoracion de los clásicos paganos. Muchos sábios estan todavía infatuados con la antigüedad pagana: no ven en cuán alto grado la disolucion interior y esterior de Grecia y de Roma atestigua que ese género de educacion es incapaz de poner remedio al mal que devora la sociedad. La mayor parte de los profesores se estasían delante de sus discípulos hablando de Atenas y de Roma, mucho mas que si habláran de Jerusalen. De aquí proviene que los establecimientos de instruccion envien con tanta frecuencia al mundo hombres que ni aun conocen los rudimentos del Cristianismo, y que por consiguiente tienen menos religion que los paganos mismos (1).»

Los *puseistas* ingleses hablan como los racionalistas alemanes. Véase el artículo que acaba de publicar la *Union*, su órgano en Lóndres. Este diario refiere una visita hecha por el dean Colet y por Erasmo á la catedral de Cantorbery, visita en la cual esos *ilustres* personajes mostraron una irreverencia *del todo clásica* á las reliquias de Santo Tomás, el valeroso primado de Inglaterra.

Despues continúa: «Esto forma una historia singular que data del año 1512! Pero estos dos hombres eran los apóstoles del Renacimiento. Eran los primeros heraldos de la literatura clásica y del nuevo Evangelio! Veíase en ello como un presagio de la terrible revolucion que iba á echar por tierra á la cristiandad; sonaba el clamor fúnebre de la antigua fe!

»Pero no debemos preguntarnos qué efecto ha debido producir en la gran masa de la juventud cristiana, el es-

(1) Cuadro etc., 1858. Véanse otros testimonios protestantes al frente del tomo V de *La Revolucion*.

tudio esclusivo de la literatura clásica, cuando vemos el que ha producido en hombres como Erasmo y el dean Colet? Y decimos el estudio *esclusivo*, porque al considerar el sistema de estudios que ha prevalecido en Europa hace tres siglos, juzgamos que aquel término es exacto. Ciertamente que ha sido tan escasa la instruccion cristiana dada á la juventud cristiana aun en las escuelas y en los colegios mas dignos de estimacion, que no podia neutralizar el veneno arrojado por otra parte.

Escuchemos, además, lo que en su prision de Santa Elena decia Napoleon I, ese profundo pensador, ese observador tan penetrante de la naturaleza humana. «Pensemos un momento, esclama, pensemos un momento en la extrema locura de los que pretenden elevarnos. Ellos deberian, de seguro, esforzarse cuanto pudiesen para apartar de nuestros espíritus la idea del Paganismo y de la idolatría; porque si alguna cosa puede debilitar el sentimiento de la fe, es ciertamente un contínuo comercio con los absurdos de la estupidez pagana. Y, sin embargo, ¿qué hacen esos sábios preceptores? Nos trasportan al medio de los Griegos y de los Romanos, y de las innumerables divinidades de su absurda mitología! Esto es lo que me ha sucedido en mi infancia, y yo sé el efecto que ha producido en mi espíritu. Precisamente el momento en que me habria sido mas necesario nutrirme en los sentimientos de la fe, era cuando estos sentimientos tenian aun vigor, y aquellos imbéciles me llenaron de todas las necedades de la antigüedad y dieron un golpe terrible á las convicciones de mi infancia; de suerte que la duda entró en mi espíritu á la edad en que apenas gozaba del uso de mi razon. Sí, tal fué mi desgracia cuando aun era de edad de trece años!»

Lo que Napoleon decia en la soledad de su lúgubre prision, no era mas que el eco de las palabras cuatrocien-

tos años antes pronunciadas por el mayor y mas sábio de los doctores de la Iglesia: «He aprendido, dice S. Agus»tin, he aprendido estudiando á Virgilio, muchas palabras »de dudosa utilidad, ó que habria aprendido con mucha »mas utilidad en los libros piadosos. Mis maestros me »obligaron á seguir las aventuras de no sé qué fabuloso »Eneas, mientras yo olvidaba mis propios errores. Yo »aprendia á verter lágrimas por las desgracias de Dido, »que se habia dado muerte por su amor excesivo, y »no tenia lágrimas para llorar la pérdida de mi alma, que »se alejaba de vos ¡oh mi Dios! en esos malhadados es»tudios! Ah! cuán desdichado soy! porque, ¿quién mas »desdichado que el hombre que no conoce su propia des»dicha?»

«He aquí lo que pensaba este ilustre Padre de la Iglesia de la educacion de su país. Y, sin embargo, este sistema podia tener escusa, porque la sociedad de ese tiempo apenas acababa de salir del Paganismo; los hombres vacilaban todavía entre la idolatría y el verdadero Dios, y las escuelas no habian hecho mas que conservar la antigua rutina. No obstante, los consejos de S. Agustin fueron escuchados por la generacion siguiente, y desde la época de S. Gregorio Magno hasta la de Erasmo y de Maquiavelo, fué un sistema de educacion cristiana el que prevaleció en toda la cristiandad. ¡Qué habrian dicho S. Agustin y S. Jerónimo, si hubiesen podido creer que despues de siglos de Cristianismo vendrian maestros de la juventud que abandonarian de propósito su sistema, y que reemplazarian la Biblia y los Padres con los clásicos paganos; que, en vez de actas de mártires y de santos, llenarian el espíritu de los jóvenes cristianos de repugnantes historias de dioses y diosas de la mitología!

»Ha habido en esto una incomprensible aberracion. No se explica cómo la Europa cristiana ha podido volver

á un sistema de educacion vituperado doce siglos antes por S. Agustin. Y sin embargo, esto es lo que ha hecho el Renacimiento. Los clásicos paganos han sido exaltados, y ocupan en la enseñanza un lugar tan importante como en el tiempo en que los hombres adoraban la madera y la piedra, como en el tiempo en que adoraban como á dioses inmortales á los autores de crímenes los mas abominables. Los grandes hombres, los hombres como S. Cárlos Borromeo, S. Ignacio y su ilustre discípulo el sábio Possevin, se esforzaron en detener el torrente, pero no lo lograron. En vano los jesuitas han procurado, con un noble celo, estirpar el veneno espurgando los clásicos; podian bien ocultarlo, pero no impedir la curiosidad de la naturaleza corrompida en penetrar en ese foco de obscenidades. Lo que los jóvenes aprendian en los libros, lo hallaban reproducido de una manera todavía mas viva por el cincel de los escultores, por la paleta de los pintores, de modo que la atmósfera estaba corrompida por completo. ¿Habrá que admirarse de las consecuencias? ¿Habrá que admirarse de que esta degradacion universal de reyes y de nobles, sumergidos en el abismo del vicio, haya engendrado esta democracia salvaje que amenaza al presente los tronos?

».....Ya es tiempo, cualquiera que sea la política de los reyes y de las córtes, que los padres cristianos piensen en lo que han de hacer para conducir á sus hijos por el camino que salve su honor en esta vida y les asegure la bienaventuranza en la otra. Monseñor Gaume ha propuesto la reforma conveniente sobre el particular. Este eminente escritor exige que los estudios de los niños, hasta el cuarto año, se consagren á la Sagrada Escritura, á los escritos de los Santos Padres y á las actas de los mártires, al mismo tiempo que se les dote de los conocimientos de historia, ciencias ó industria en armonía con las

diversas profesiones que mas tarde deban abrazar. No quiere que se les inicie en el estudio de los autores paganos antes de tener los conocimientos referidos, y pide además que el elemento pagano no entre en la enseñanza sino en muy corta proporcion.

»Este plan de enseñanza ha sido completamente aprobado por todo el mundo cristiano, y el Papa lo ha sancionado elevando á su autor á la alta dignidad de protonotario apostólico; y el cardenal Gousset, arzobispo de Reims, le ha alentado dirigiéndole una carta en que le anuncia la adopcion de su plan en todos los seminarios de su diócesi. Otros muchos obispos de Francia, de Austria y de Lombardía han seguido este ejemplo. Pasan de doce los obispos de Nápoles que han aceptado la reforma en aquel reino, figurando á la cabeza el ilustre obispo de Aquila, el cual ha manifestado tanto celo por su aplicacion, que Pio IX no ha temido honrarle con el título de *apóstol de la reforma de la educacion*. No ha permanecido indiferente el episcopado español, y el venerable obispo de Urgel ha dado una prueba de que las miras de Monseñor Gaume han sido secundadas en España.

»En resúmen, vemos claros testimonios que nos alientan en nuestra empresa. Toda la Europa despierta y siente la necesidad de volver á un Cristianismo mas completo en su educacion, en la arquitectura, en las artes y en la política. Todo el mundo desea el planteamiento de un sistema que garantice todos los derechos y las libertades todas, bajo la influencia de una enseñanza cristiana: de un sistema en que la humanidad pueda, por fin, cumplir este precepto del Salvador: *Dad al César lo que es del César* y á *Dios lo que es de Dios*.

»3 Diciembre 1858.»

No tenemos que añadir á estas notables consideracio-

nes, sino que, al paso que deben avergonzar á ciertos católicos, son dignas de toda la atencion de los hombres de Estado y de los encargados de dirigir á la juventud. Ellas prueban una vez mas que el mal causado por una enseñanza esclusivamente pagana, salta á la vista de todos. El renacimiento del Paganismo ha sido la introduccion del Protestantismo: estos dos azotes, fortificados el uno por el otro, han acarreado todos los males contra los cuales lucha la sociedad contemporánea.

CAPITULO XIX.

SIGLO XIX.

Coalicion de 1847 y 1852.—Un episodio de la lucha.—Tres testos alegados contra nosotros.—Su valor.—Viaje á Roma.—El Indice y el P. Módena.—Exámen de mis obras.—Consulta del P. Cirino.—Torpeza de mis adversarios en no dirigirse sino á mí.—Otras personas que hay que poner en el Indice.

Tengo buenas razones para dudar de que los adversarios de la reforma crean ellos mismos lo que dicen, y aun puedo afirmar que nunca lo han creido ni poco ni mucho; y sin embargo, hubo un tiempo en que quisieron parecer convencidos. Del mismo modo que en 1847 formaron una coalicion contra el promotor de la liturgia romana, formaron otra en 1852 contra el de la reforma cristiana de los estudios: los mismos motivos y los mismos pretestos: los mismos medios y las mismas personas. En uno como en otro caso hicieron mucho ruido con sus convicciones y aun con sus alarmas, y se abandonó el combate obligado contra el Protestantismo y el Racionalismo para atacar á los novadores que venian á sembrar la division en el campo de la Iglesia. En las dos épocas llovieron mandamientos, cartas, artículos de periódicos y libros. Aunque tengo á la mano los elementos oficiales de esta historia, no la escribiré, al menos por hoy: me contento con referir un episodio.

Durante todo el año de 1852, cayeron sobre mí los golpes como el granizo en un campo de trigo. Todo el

mundo tomó parte en la cruzada, y todo pareció bueno para humillar, desacreditar y para destruir al atrevido autor de *El Gusano roedor*. Exagerado, sofista, embrollador, bárbaro, discípulo de Omar y de Juliano Apóstata, fariseo, hermano estraviado y no sé qué mas, vine yo á ser; pero estas calificaciones *clásicas* me afectaban poco y respondí con el silencio. Las injurias no se refutan; se perdonan y se dejan á cargo de los que las infieren.

A las injurias sucedieron las acusaciones. Un obispo, á quien no nombraré, me acusó en un documento oficial de haber violado las leyes canónicas con la publicacion de mis obras, y fuí amenazado con una próxima condenacion del Indice. El digno prelado, para fundar su acusacion, no encontró nada mejor que los tres testos siguientes: «*Statuimus et ordinamus quod nullum librum, »aliquem* (sic) *imprimere seu imprimi facere præsumat, »nisi prius ab episcopo diligenter examinetur et approbe»tur. — Libri typis non cudantur, nisi eorum editioni »suffragetur Ordinarii auctoritas et approbatio. — Pres»byteri et diaconi sine sententia et voluntate episcopi ni»hil peragant.»

Estos testos se escribieron en latin para demostrar su autenticidad, y á los ojos de la mayor parte de los lectores debieran parecer concluyentes.

He aquí lo que valen: el primero, es un testo *fabricado* con un pasaje mutilado del quinto concilio de Letran, pasaje que, restablecido en su integridad, prueba justamente lo contrario de lo que se queria!

El segundo es un *título de capítulo* dado para un artículo de ley. Ahora bien este título, obra del compilador, tiene el doble mérito de no probar nada, y pertenece tanto al derecho canónico como los títulos ó sumarios colocados por los benedictinos á la cabeza de las obras de los Padres que no pertenecen á la Patrología!

El tercero es un cánon apostólico relativo á la *administracion temporal de los bienes de la Iglesia*, aplicado juiciosamente á la publicacion de libros!

En cuanto á las amenazas de condenacion, se me escribia: «Sé de buena tinta que las obras de V. se han delatado en Roma, y que va V. á ser puesto en el Indice.» Aun cuando me fuese imposible admitir que obras públicamente aprobadas por el ilustre arzobispo de Reims y estimuladas por nuestros mas sábios prelados fuesen un ultraje á la Iglesia, esta acusacion, lo confieso, me causó como sacerdote y como escritor católico una pena fácil de comprender. Partí para Roma: era esto en Enero de 1853.

Mi primera visita fue al R. P. Módena, secretario de la Congregacion del *Indice*. Habiéndole dicho mi nombre, indicado el objeto de mi viaje y hecho relacion de las amenazas, el escelente religioso me abrazó con efusion, diciendo: «*Ma che! ma che! credono, dunque i francesi che abbiamo il cervello nelle calcagne!* Pero qué! pero qué! sin duda los franceses creen que tenemos el cerebro en los talones! ¡Condenarle á V., á V..... por haber querido despaganizar la enseñanza!.... Esto sería formar el proceso á todo nuestro Orden, que se gloría de tener un mártir de la misma causa (1).—Pero, Padre mio, si V. no quiere condenarme, yo quiero que al menos me examine: he venido á Roma para eso, y no me marcharé sino con una absolucion ó una condena en mi bolsillo.»

«La Congregacion, se me respondió, no examina sino las obras denunciadas.» Pero como yo insistiese, el venerable religioso me dijo sonriéndose: «Toda vez que V. se empeña en ello, diríjase á aquel reverendo Padre, y es el mejor medio de hacer que se le condene.» Diciendo esto, me mostró uno de los mas sábios consultores del In-

(1) Savonarola.

dice. «Le acepto,» respondí; y en el momento remití al doctor un ejemplar de mis obras (1), rogándole que las examinára. Tuvo la bondad de aceptar esta tarea, acompañándose, por modestia, de otros hábiles canonistas. Esto pasaba en 3 de Febrero. El 28 recibí del M. R. P. Cirino, consultor general de los Clérigos regulares, etc., la siguiente consulta.

«Sr. y muy respetable abate: los principios de fe y de celo que han inspirado á V. el raro valor de suscitar una cuestion tan útil y delicada como es la del abuso de los clásicos paganos en las escuelas, serán infaliblemente reconocidos y admirados por quien quiera proporcionarse la ventaja de leer lo que V. á este propósito ha publicado.

»Atacar de frente una costumbre inveterada y universal ha parecido á algunos presuncion é injuria á la Iglesia. Sin embargo, esté V. tranquilo; pues por una parte personajes, y no en pequeño número ni oscuros, sino en gran número y de los mas distinguidos, alientan á V., le secundan y se hacen sus compañeros de armas en esa guerra contra el Paganismo infiltrado en la educacion y desbordado en las sociedades modernas. Esto basta plenamente para tranquilizar el corazon de V. contra todos los temores que hayan podido hacer nacer en él las acusaciones de adversarios dignos por otra parte de consideracion y respeto.

»Comprendo cuán doloroso es para un hijo enteramente afecto á la Santa Iglesia, oirse denunciar públicamente como insultador de la Iglesia y violador de sus leyes. Sin embargo, aunque nadie puede ser juez en su propia causa, su Reverencia ve bien que el ultraje que se le echa

(1) *El Gusano roedor*, las *Cartas á Monseñor Dupanloup*, el *Resúmen de la cuestion de los clásicos*.

en cara haber hecho á la Iglesia no es, en último análisis, sino un deseo y un consejo de que se quite de manos de los niños, y solo de los niños, los autores paganos, para sustituirles la Escritura, los Santos Padres, las Actas de los mártires. Pero ¿y qué viene á ser todo esto?

»Impedir á los jóvenes que deben estudiar griego y latin el que beban sus primeras ideas en los autores paganos, de los cuales, escepto la lengua, nada bueno se aprende, y de los que debe aprenderse mucho malo; y poner por otra parte en sus manos libros cristianos donde aprendiendo una lengua que tambien es griega ó latina, el espíritu y el corazon de los niños, fáciles para recibir y fieles en retener las primeras impresiones, se penetren, casi sin apercibirse, de religion, virtud, piedad, que en último resultado son lo esencial de la vida moral del hombre: seguramente nada de todo esto puede llamarse ultraje á la Iglesia. Yo diria mas bien que es un medio de secundar sus miras, dirigidas siempre al mayor bien del individuo y de la sociedad en el órden espiritual y eterno. El consejo de una cosa buena (y no creo, muy honorable señor, que haya persona que no mire como tal el método de V., aun suponiendo que no se reconociese su necesidad, su oportunidad, su conveniencia), semejante consejo nunca fué llamado ultraje.

»Como tal, sin embargo, han mirado algunos el sistema de V. para los primeros estudios; porque al proponerle declara V. directa ó indirectamente defectuoso el seguido en los seminarios y en los colegios dirigidos por eclesiásticos ó por Ordenes religiosas. Pero declarar defectuoso y perjudicial un sistema de estudios literarios tan universalmente seguido cuanto se quiera por eclesiásticos, ¿puede decirse que es ultrajar á la Iglesia? Paréceme que es hacer demasiado honor á Homero y Virgilio, á Demóstenes y Ciceron, declarar á la Iglesia soli-

daria de la injuria que se les hace desterrándolos de las escuelas. Yo no sé que la Iglesia haya hecho nunca cánon alguno para sancionar una regla, un programa de estudios elementales. Así es que cada obispo, cada congregacion religiosa tiene plena libertad de seguir el método que reconozca mas apropiado á las circunstancias de los tiempos y mas conforme á las prácticas locales, ó bien de introducir un sistema que le sea del todo propio. En este último caso sería una novedad, nunca una injuria á los demás obispos ó á las demás congregaciones, mucho menos todavía á la Iglesia.

»La Iglesia no ha *impuesto* el uso de los clásicos paganos, le ha *tolerado: la Chiesa non ha imposto l'uso de' classici pagani, lo ha tollerato.* Ella no mirará, pues, como injuria, si de ella se aparta LO QUE EN ELLA ESTABA, PERO QUE NO VENIA DE ELLA: *Se si elimina da essa cio che era in essa, e non proveniva da essa.* El uso de los clásicos paganos fué impuesto por las exigencias del siglo, y con gran pesar adoptado por los pastores espirituales. ¿Qué no hizo S. Cárlos para escluir del programa de estudios de su seminario á los autores paganos? Debió, sin embargo, por una prudente condescendencia tolerar que en él se introdujesen.

»No siempre puede hacerse el bien que se quiere, y el tiempo, fortificando siempre mas y mas un desórden, lo sanciona y hace que se adelante desapercibido, y no es poco si se consigue en seguida disminuir un poco el mal. Y si al cabo se levanta un hombre que habiendo creido descubrir en el sistema universalmente adoptado un principio y una fuente de desmoralizacion para la sociedad, da el grito de alarma para que se despierte y apresure á poner eficaz remedio al mal; y ese hombre hace esto sin traspasar los límites de la sumision debida á la suprema autoridad, de la cual espera el fallo definitivo; y lo hace

sin violar las leyes de la caridad, sin olvidar las reglas del respeto para con los que indirectamente estan comprendidos en la causa: por ningun título merece tal hombre la censura de que injuria á la Iglesia.

»Desórdenes graves y largamente estendidos han afligido en diversas épocas á la Iglesia. Todo fuerte de Israel sentia desfallecer su corazon, viendo el vasto torrente penetrar hasta el fondo del santuario. La voz de algun humilde cenobita, animada por el Espíritu Santo; la voz de un Hildebrando, de un Bernardo, de un Cayetano, ha disipado el sueño ó la inercia de los unos, y alentado la tímida virtud de los otros. Ahora bien, esos hombres que quizás al principio fueron acusados de escitar escándalos y divisiones en la Iglesia, de introducir la perturbacion é incertidumbre en las conciencias, han obtenido al cabo la absolucion, y claramente se ha visto que Dios habia querido servirse de ellos para dar á conocer el mal, á fin de que la suprema autoridad viniese á ponerle remedio. Por lo demás, las respuestas dadas por su Reverencia á las acusaciones ó á las objeciones de ese género me parecen del todo victoriosas.

»Para concluir, diré á su Reverencia que segun mi modo de ver puede sin inquietud, sin dificultad ó inconveniente sostener su tésis, que secunda las miras de la Iglesia lejos de contrariarlas. Así toda medida que contra ella pudiera á este propósito tomarse, no sería, como decia un eminentísimo personaje, sino un acto del *derecho de abuso*. Yo abrigo la esperanza de que, calmada la efervescencia, tranquilizados los espíritus, acallados los vivos y ardientes debates, y dado tiempo á una reflexion mas profunda, se reconocerá que en último análisis lo que V. desea y aconseja no conduce ni á la ruina ni á la barbarie de las lenguas, sino que al contrario es un sistema en cuya virtud se sabrán un dia mejor que hoy se saben.

»Reciba V., Sr. mio y escelente abate, la manifestacion de mi sentimiento, dictado por la mas íntima conviccion y por la profunda estima en que le tengo. La dirijo á V. para consolar su corazon abrevado de amargura con tantas contradicciones, mas que para afirmar á V. en su obra, lo cual no era necesario.

»Roma 28 de Febrero de 1853.»

Tal fué el resultado de mi viaje: nada añadiré sino que en 1852 los adversarios de la reforma se engañaban en amenazar solo á mí con las condenaciones de la Santa Sede. Hoy sería mayor todavía su engaño si continuasen en tomarla solo conmigo. El dia en que se decidan á delatar mis obras al Indice, tengan la bondad de acordarse de que no soy el unico culpable: cómplices tengo no menos culpables y mas peligrosos que yo. En lo pasado, todos los hombres eminentes de Europa hace cuatro siglos, cardenales, arzobispos, dominicos, franciscos, jesuitas, doctores en teología, cuyos testimonios he citado, y que han hablado peor que yo del Renacimiento y de la paganizacion de Europa por la enseñanza clásica. Al presente, las mas elevadas inteligencias de Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda, España é Italia, las cuales declaran todas con Donoso Cortés, que la educacion pagana es la que ha conducido á la sociedad al precipicio.

Hay, sobre todo, algunos nombres que deben figurar á la cabeza de la lista de los acusados. En primera línea está el muy sábio, muy romano y hasta aquí tal cual ortodoxo, el cardenal Gousset, arzobispo de Reims, que al aprobar públicamente por escrito y con elogio *El Gusano roedor* y las *Cartas á Monseñor Dupanloup*, ha sancionado de hecho con la autoridad de su nombre, ó lo que casi no es menos reprensible, no ha señalado, como

era su deber, « las injurias á la Iglesia y á las congregaciones religiosas, las teorías insostenibles y funestas, las falsificaciones de los Padres y de los concilios, » en que hormiguean mis obras.

Inmediatamente despues, deberán venir en la misma lista, y recomendarse particularmente á la justa severidad de la sagrada Congregacion, el muy venerable pero muy culpable arzobispo de Erlau, primado de Hungría, que ha hecho traducir á su lengua materna *El Gusano roedor*, á fin de proporcionar su lectura á su clero, y que se permite escribir al autor para felicitarle por el servicio que ha hecho á la Iglesia; despues, el incorregible obispo de Aquila, que no contento con cometer el mismo delito en su diócesi, á las puertas mismas de Roma, pone en práctica las insostenibles teorías de *El Gusano roedor*; que se atreve á publicar edictos, para declarar á todos los obispos de Italia que le parece muy bien; que ha arrastrado ya á este camino de perdicion á un buen número de sus colegas, entre otros al sábio obispo de Castellaneta, el cual se ha hecho un nuevo apóstol de la malhadada reforma; que, en fin, para colmo de escándalo, envia cartas de gran vicario al autor tan comprometido de *El Gusano roedor*. En España, el venerable confesor de la fe, el Sr. Obispo de Urgel, que hace mas allá de los Pirineos lo que el obispo de Aquila hace mas allá de los Alpes.

Esta es solo una parte de los culpables.

Para hacer buena y completa justicia, será preciso citar el mayor número de mis principales adversarios. En efecto, ellos son tambien culpables del crímen de que me acusan, y segun su mismo dicho, antes que yo, llegando hasta formarse de esta prioridad un título de gloria. En sus escritos piden una reforma de la enseñanza clásica: pedir la reforma de una cosa, es hallarla imperfecta, ma-

la, perjudicial... ¿Y qué es esto sino quejarse, desaprobar, vituperar á los que la han hecho, á los que la conservan, á los que directa ó indirectamente la aprueban y la sancionan?

Mas este método cuya reforma piden, es el de las corporaciones religiosas, y en particular de los jesuitas, que han trazado su programa oficial, programa que ha venido á ser el de la Universidad y de los colegios en toda Europa. Pero no hallar perfecto este método, pedir que se modifique, ¿acaso no es hacer una injuria á las corporaciones religiosas, á la compañía de Jesús, á la Iglesia misma que, segun los adversarios, lo ha autorizado al menos con su silencio, y lo practica todavía en Roma á vista de los soberanos pontífices?

Síguese de aquí, que la culpabilidad de mis acusadores es tan evidente como la mia. Yo he pedido una reforma mas completa que ellos, y en eso consiste mi crímen. Habria debido imitarlos: ellos han adivinado con exactitud lo que hacia y lo que no hacia falta: está bien; pero al cabo, ellos y yo hemos cometido un pecado del mismo género: la diferencia es del mas al menos, lo cual significa que si yo he merecido el patíbulo, ellos por lo menos han merecido galeras. Vayan, pues, á ellas, y no hay mas que hablar.

Mucho me estenderia si, aun sin salir del campo en que combato, quisiera completar mi lista, en la cual no debe omitirse al ilustre obispo de Arras, que se permite llamar al Renacimiento y á la enseñanza que de él ha resultado, *la mas formidable prueba de la Iglesia desde su cuna;* ni al conde de Montalembert, el cual escribe que *el Renacimiento ha causado á la Europa mas mal que el Protestantismo.* Importa sobre todo no olvidar al eminente cardenal príncipe Altieri, camarlengo de la santa Iglesia Romana, el cual, á vista del Papa, no teme aprobar

muy abierta y esplícitamente *La Revolucion*, destinada á dar, entre otras, la prueba histórica de las insostenibles é injuriosas teorías de *El Gusano roedor*.

Por último, para completar el triunfo de mis acusadores, les aconsejo que hagan se ponga al Papa mismo en el *Indice;* y ahora se verá que con un poco de lógica no es imposible conseguirlo. Dígase lo que quiera, el título con que el soberano Pontífice se ha dignado honrarme, tiene una significacion que regocija á los unos mientras á los otros importuna. ¿Qué no se ha hecho, qué no se ha dicho para atenuarlo? Yo no quiero recordar lo que se ha hecho, y todo el mundo sabe lo que se ha dicho. Se ha dicho y repetido con cierto personaje, que «ese título nada significa, toda vez que Su Santidad ha concedido el mismo favor á otros eclesiásticos franceses, uno de los cuales al menos es opuesto á mis doctrinas.»

Ya sé que los talentos, las virtudes, los servicios, las buenas doctrinas de esos venerables sacerdotes, eran notorios títulos á esta alta distincion. Nada tiene de asombrosa su nominacion; son protonotarios apostólicos POR-QUE; pero yo lo soy AUNQUE: en eso consiste el valor incomunicable del título que se me ha conferido. De seguro, á los ojos de mis adversarios, grandes y pequeños, eclesiásticos ó legos, si en Francia hubiera un sacerdote que para siempre debiese ser escluido de los honores de la prelatura romana, ese sería el impenitente autor de *El Gusano roedor*, «el insultador de la Iglesia y de las Ordenes religiosas, el violador de las leyes canónicas, el falsificador de los Padres y de los concilios, el obstinado campeon de teorías insostenibles y peligrosas.» ¡Y sin embargo ese sacerdote es protonotario apostólico!

Notad, os lo ruego, la muy agravante circunstancia del *tiempo*. Despues de los ruidosos debates de 1852, despues de la publicacion de las *sábias* obras de varios

sacerdotes y religiosos, despues de todas las acusaciones, libros, edictos, diarios, *Memorias*, dirigidas al Papa contra mí y contra mis escritos, es cuando el Papa se ha dignado darme ese brillante testimonio de su alta benignidad.

Recompensar con distinciones honoríficas á los que injurian á la Iglesia, esto no se comprende. ¿Acaso no es alentarme á perseverar en el mal camino en que estoy? ¿No es al menos declararme menos culpable que lo que se publicaba en 1852, y que lo que hoy se repite? Luego siendo este un hecho del soberano Pontífice, y pudiendo este hecho tener perniciosas consecuencias para las buenas doctrinas ó para la disciplina, los canonistas de la Sagrada Congregacion probarán sin trabajo que ha lugar á continuar la lista: y he ahí al Papa en el *Indice*.

Mientras tanto, yo rogaria á mis adversarios que crean tener razon con ilustres inteligencias, que me permitan ir equivocado con inteligencias no menos ilustres, conforme á la máxima de S. Agustin: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. Si esta autoridad no basta, yo les recordaré su propia declaracion: «La cuestion de los autores clásicos es ciertamente de gran importancia. Todos cuantos de entre nuestros Señores los obispos han espresado su opinion, han declarado que la discusion acerca de este punto era libre, á condicion de guardarse la moderacion, buena fe y respeto que exige toda controversia, especialmente aquella en que se versan tantos y tan graves intereses (1).»

(1) *El Amigo de la Religion*, 6 de Julio de 1852.

RESUMEN GENERAL.

CONCLUSION.

Ha terminado nuestra tarea, y solo nos resta resumirla. Vamos á hacerlo en pocas palabras.

I.

Al ver el pasajero un campo cubierto de zizaña, dice sin temor de equivocarse: aquí se ha sembrado zizaña. Al atravesar un país en donde se profesa el Luteranismo, el Calvinismo, el Mahometismo, dice con igual seguridad: aquí se ha sembrado el Luteranismo, el Calvinismo, el Mahometismo. Cuando veo un mundo en donde se ostenta el Paganismo con grandes caractéres, ¿por qué no he de atreverme á decir que allí se ha sembrado el Paganismo?

II.

¿Qué era el Paganismo greco-romano en los dias que precedieron á su ruina, es decir, en aquellos tiempos llamados por antífrasis, sin duda, los *buenos tiempos* de Pericles y de Augusto? En el órden intelectual; *la emancipacion de la razon*, descreimiento y naturalismo en Religion, racionalismo en filosofía, libre exámen en todas las cosas. En el órden moral; *la emancipacion de la carne*, sensualismo en las costumbres y en los gustos, materialismo en las artes y en la literatura, culto febril de todas las ambiciones, con millares de proletarios á su servicio, y una civilizacion material llevada á su último límite. En

el órden político; *cesarismo*, concentracion de todos los poderes en manos de un hombre emperador y pontífice, llamado Areópago ó César: centralizacion y despotismo por un lado: supresion de toda libertad y odio por el otro: temor y ansiedad en todas partes.

III.

Como consecuencias palpables: la indiferencia política hácia todos los cultos, admision de todos los dioses en un mismo Panteon, el *sí* y el *no* sobre todas las cuestiones, el desprecio de todos los deberes, resumiéndose la vida en dos palabras: pan y placeres; el suicidio á la órden del dia, Satanás con sus manifestaciones sensibles, sus sacerdotes, sus prestigios y sus oráculos.

Para completar el cuadro, añadid á esto de parte de los últimos paganos de Atenas y Roma, el odio y el desprecio del Cristianismo, odio y desprecio de los hombres y de las cosas, que se revela por la injuria, por la calumnia, por la espoliacion hasta llegar al degüello.

IV.

Echad una ojeada sobre la Europa actual; comparad el presente con el pasado; escuchad lo que se dice; leed lo que se imprime; conoced los proyectos de la Revolucion y decidme cuál es de entre todos esos caractéres el que hoy nos falta, ó el que, á no ser un milagro, nos faltará mañana? Filosofía, política, costumbres generales, pintura, escultura, arquitectura, poesía, teatro y literatura, ¿no está todo en las naciones modernas colorado con tinta fuertemente pronunciada de Paganismo greco-romano? Las prácticas mismas demoniacas de la antigüedad, no se han renovado en una vasta escala? ¡Pobre Europa! se le ha enseñado tan bien el Paganismo, que lo ha aprendido de memoria; y sin que ella misma se aper-

ciba, no hace sino repetir la leccion; duerme en los brazos de Satanás, que contiene su aliento para no despertarla.

V.

Que el mundo actual vuelve á convertirse en pagano, es una afirmacion que solo puede ser paradoja para los espíritus poco acostumbrados á reflexionar. No hay mas que dos poderes: Jesucristo y Belial, el Catolicismo y el Paganismo; y la razon es que el uno es la última palabra de la afirmacion, como el otro lo es de la negacion. Ahora bien: es una ley del mundo moral, lo mismo que del mundo físico, que todos los seres graviten perpétuamente hácia su centro. El hombre no puede vivir sin religion. Si se sustrae al imperio de Jesucristo, vuelve á caer en proporciones análogas bajo el de Satanás. Que llegue á romper por completo con el Catolicismo, y le veremos, despues de haber andado algun tiempo errante por el desierto de la incredulidad, volver al Paganismo bajo una ú otra forma.

VI.

En la antigüedad, el pueblo judío, figura anticipada de todos los pueblos, nos ofrece en cada página de su historia el ejemplo de esa inevitable alternativa. La Revolucion francesa, con su culto público de Venus y Cibeles, se levanta en medio de los siglos modernos como un monumento de esa ley imperecedera. Chaumette y sus compañeros no fueron, como se ha dicho, energúmenos ni locos: eran lógicos. La Revolucion de 1848 ha manifestado las mismas tendencias; y se afirma que los demócratas romanos de 1849, en sus reuniones nocturnas, adoraban en el Capitolio á una estátua de Quirino. Si el mundo actual, mas avanzado en el mal que los Politeistas de

1793, gravita hácia alguna cosa, tengamos por cierto que no es ni hácia la confesion de Augsburgo, ni hácia el Talmud, ni hácia el Coran: es simplemente hácia la religion del hombre esclavo y seducido por Satanás, que solo ve la de su maestro el Paganismo (1).

VII.

Seguid la marcha de esa porcion de la sociedad que se emancipa del reinado de Jesucristo. El punto mas avanzado de su movimiento está marcado en la moderna obra de Proudhon. La revolucion pagana que amenaza al mundo tiene dos períodos: el de destruccion y el de reconstruccion. Hasta la catástrofe de 1793, su grito de guerra fué: *Aniquilemos al infame!* período de destruccion. Hoy, de pié sobre las ruinas que ha hecho, su grito de guerra es: *Adoremos á Satanás!* período de reconstruccion. Marcando Proudhon este segundo período, no está mas aislado que Voltaire cuando indicaba el primero.

En toda Europa su voz tiene ecos numerosos: solo citaremos uno.

En nuestros dias, M. Renan escribe: «De todos los seres en otro tiempo malditos, que la tolerancia de nuestro siglo ha relevado de su anatema, Satanás es, sin contradiccion, el que mas ha ganado en los progresos de las luces y de la civilizacion universal. Un siglo tan fecundo en rehabilitaciones de toda clase, no podia carecer de razones para escusar á un desdichado revolucionario, á quien la necesidad de accion llevó á empresas atrevidas. Para atenuar su falta, podrian hacerse valer una multitud de motivos contra los cuales no tendríamos el derecho de

(1) ¿Dejará Dios esta triste satisfaccion á los pueblos apóstatas? Todo induce á creer que los aniquilará mas bien que permitirles, al menos por largo tiempo, tan insolente triunfo.

ser severos.» M. Renan no es mas que un escolar. Los maestros piden la vuelta formal al Politeismo, y proponen que se adore á Satanás bajo la forma mas groseramente obscena, cuyos vestigios hayan conservado la idolatría de la India y los monumentos de Pompeya. He aquí una débil medida de lo que se escribe, de lo que se quiere. ¿Dónde hay un mundo cristiano, en el cual hayan venido á ser posibles la espresion de iguales votos, la manifestacion de tendencias semejantes? ¿un mundo que lo oiga y no proteste?

VIII.

¿Cómo, despues de diez y ocho siglos de Cristianismo, las naciones modernas han venido á asemejarse, así como dos gotas de agua, á las naciones paganas en los dias de su decadencia? Dime con quien andas, yo te diré quien eres. El pueblo cristiano, como el antiguo pueblo de Dios, se ha puesto en íntimo y habitual contacto con los gentiles: se han cruzado los relámpagos: el pecado original, el orgullo y el sensualismo innatos en el hombre, se han hallado multiplicados por el orgullo, el sensualismo y el pecado, ataviados con todos sus seductores atractivos y constituidos en estado permanente en el seno de la antigüedad greco-romana. La Europa se acostó en la cama del leproso y se le ha pegado la lepra: he aquí el hecho. Estudiada escrupulosamente la historia en los seis volúmenes de *La Revolucion*, es imposible negar la época, la naturaleza y la trasmision perpétua de ese hecho.

IX.

¿Qué medio queda á la Europa, si no para escapar de la Revolucion, al menos para reconstruir el edificio despues de la catástrofe? Solo uno. Por la educacion ha entrado el Paganismo en las naciones cristianas: por la edu-

cacion debe salir de él. Ningun pueblo cristiano puede vivir sin el Cristianismo. Tanto vale la educacion, tanto vale el pueblo. ¿Quereis sériamente una Europa cristiana? Tened una educacion completamente cristiana en los libros y en los hombres: reconducid la Europa á las fuentes de la vida. El dia en que por medio de una medida, única capaz de desatar ante Dios y los hombres, ante el presente y el porvenir, la responsabilidad de los que gobiernan el mundo, las generaciones que forman á las otras á su imágen se hallen durante los ocho años decisivos de la vida en íntimo y habitual comercio — con *Dios*, hablando por las Santas Escrituras, — con los *Padres*, hablando por sus obras inmortales, — con los *Mártires*, hablando por sus actos heróicos, — con nuestros *abuelos cristianos*, hablando por sus gloriosos anales, — con la *Filosofía*, las *Ciencias* y las *Artes*, hablando el lenguaje de la fe: ese dia, y solo ese dia, será vencida la Revolucion. Entonces comenzará otra Revolucion bastante poderosa para mejorar lo presente y salvar lo porvenir. Todo lo que se haga, sin hacer esto, es hacer nada: la conciencia lo dice, la esperiencia lo acredita.

X.

Hace cuatro siglos, la Iglesia, la sociedad, las familias cristianas tocan retirada en toda la línea. Cada dia pierden terreno. Conmovidos, menospreciados, negados, echados por tierra sus principios, aseméjanse á heridos que para en adelante no tienen fuerzas, ó á cadáveres en el campo de batalla. ¿Cuál es la causa de esa lamentable derrota, no oida en las naciones cristianas? ¿Han faltado defensores? Nunca fueron mas numerosos, mas elocuentes, mas sólidos. La historia de los cuatro últimos siglos está llena de sus heróicos esfuerzos. ¿Habrá el Cristianismo perdido algo de su fuerza intrínseca? Hoy es lo que ayer

era, lo que será siempre: el principio divino que ha sacado al mundo de la barbarie, y que todavia saca de ella á pueblos antropófagos. ¿Cuál es, pues, ese asombroso misterio?

XI.

Evidentemente, en el corazon de las naciones modernas hay una permanente repulsa, que paraliza la accion del Cristianismo y embota las armas de sus soldados; y evidentemente tambien, esa repulsa es un nuevo elemento que hace cuatro siglos no existia. Ese elemento no es, pues, simplemente el pecado original, toda vez que este existia hace cuatro siglos, y el Cristianismo no ha dejado por eso de reinar sobre las almas y de dominar en Europa. ¿Cuál es, pues, esa repulsa anticristiana, ese elemento desconocido por nuestros padres? Volved, revolved la cuestion por todas sus fases, acribad la historia, y siempre tendreis por resultado al Paganismo vuelto á Europa con el Renacimiento, perpétuamente introducido por la educacion de colegio en el corazon de las generaciones jóvenes, y desde allí reverberando sobre toda la sociedad en masa, donde reproduce los mismos hechos que señalaron su imperio en el seno de las naciones antiguas.

XII.

Tal es para nosotros la síntesis del mal, la fórmula de lo que estamos viendo, el dato, el único dato que esplica los sucesos, sin él incomprensibles, de los cuatro últimos siglos; como la ley de la atraccion, y solo ella, esplica los fenómenos del sistema planetario. De no admitirlo, quedais obligados á dar el vuestro. Esplicad, si no, la asombrosa esterilidad de la polémica cristiana desde el

Renacimiento, y la marcha siempre invasora de la Revolucion. Tiempo es ya de hablar; la sociedad está enferma, muy enferma, vosotros convenís en ello: decid, pues, lo que debe hacerse para que no perezca. Rehusar la solucion á pretesto de que la damos nosotros, sería un error, porque las mas profundas inteligencias contemporáneas os la dan en toda Europa. Sin cesar la han estado proclamando todos los hombres eminentes que de cuatro siglos acá han fijado su atencion en la enseñanza de las clases literatas. Decir que no ha sido aceptada, sería pueril: como si no fuera fácil comprender, que uno se hiciera ilusiones en punto á los peligros de una educacion que todavía no habia producido todos sus frutos, y que se hayan cerrado los oidos á las voces proféticas que señalaban el peligro. ¿Nó es esto lo que todavía vemos diariamente?

XIII.

Esperando que os plazca indicar con precision la causa del mal que devora á la moderna Europa, y formular con no menor precision el remedio capaz de curarlo, repetiremos, que atacar á un enemigo no es mantenerse en la defensiva, es atravesar sus fronteras y llevar el fuego á su territorio. Siendo la Revolucion la *negacion absoluta*, atacar la Revolucion es proclamar la *afirmacion absoluta:* proclamarla en el lugar y en el tiempo en que puede serlo con buen éxito. Esta afirmacion absoluta es el Catolicismo; este lugar son las almas jóvenes, abiertas á todas las impresiones y vírgenes aun de la zizaña revolucionaria; este tiempo es el de la educacion, no hay otro.

Si no sabeis, si no quereis aprovechar este tiempo favorable, para apoderaros de la plaza todavía desocupada y estableceros sólidamente en ella, para sembrar *esclusi-*

vamente (1) y limpia de toda mezcla la afirmacion católica en las almas, para cultivar con celoso esmero esta preciosa semilla, para protegerla hasta que haya echado hondas raices y se haya esplayado en vigorosas ramas; si lo empleais, siquiera parcialmente, en sembrar la grande negacion que se llama el Paganismo, la Revolucion en su misma esencia; entonces no atacais de veras la Revolucion, preparais su triunfo en la sociedad perpetuando su reinado en las almas.

XIV.

Tal es el resúmen de nuestro trabajo. Por ligero que sea, parécenos bastante para justificar el dicho de uno de los mas profundos pensadores de nuestra época, Donoso Cortés. «La cuestion suscitada por *El Gusano roedor*, nos decia, es la mas grave y aun la única cuestion del siglo XIX. Bajo todos sus aspectos es cuestion de vida ó muerte. Quien no comprenda su importancia ú oportunidad, no sabe lo que ve, ni lo que dice, ni lo que hace. Lo pasado, lo presente y lo porvenir, son para él letra muerta.

XV.

Nada mas cierto: á la educacion de las clases ilustradas se ligan hoy, *mas que nunca*, todas las cuestiones de cualquiera naturaleza que sean; filosóficas, literarias, científicas, artísticas, religiosas ó sociales. Del modo de resolverla, pende la salvacion ó la ruina. A vista de este interés supremo ¿nó es tiempo ya de olvidar nuestros diminutos intereses, nuestras mezquinas disputas, nuestras lamentables preocupaciones? ¿No es tiempo ya de salir de nuestra apatía, de abrir los ojos, de organizar la lucha, de unir nuestras fuerzas?

(1) Todas nuestras obras y especialmente nuestro prólogo á los clásicos profanos, esplican el sentido que damos á esta palabra.

El hecho contemporáneo que domina á todos los demás, es la division del mundo en dos campos: una parte de la sociedad se hace abiertamente pagana, la otra francamente católica. Todo acelera este doble movimiento. El dia en que no haya sobre la tierra mas que paganos y cristianos, no habrá en ella mas que perseguidores y mártires. ¿Quién saldrá victorioso? Dios lo sabe. Puesto que el presente no nos ofrece mas que un punto de apoyo vacilante, el porvenir debe ser el verdadero campo de batalla. El porvenir lleno de esperanzas para los unos, de terrores para los otros, de misterios para todos: saludado por unos como el triunfo absoluto del bien, temido por otros como el reinado absoluto del mal, con ansiedad esperado por todos, el porvenir será como nosotros lo hagamos. Sean cuales fueren los destinos del mundo, no quedará infructuosa la educacion cristiana que hayamos dado á las generaciones que nos sucedan: ella formará NOBLES VENCEDORES ó NOBLES VÍCTIMAS.

Tal es el objeto de la tarea laboriosa que damos por concluida: tales son los motivos que apremian á todo hombre que se ocupe de los grandes intereses que hoy se cuestionan, á tomar parte en esta lucha del bien contra el mal, del Paganismo contra el Cristianismo; y á no descuidar nada en la posicion que Dios le ha colocado, á fin de asegurar la victoria: *In his omnis homo miles.*

París, 19 de Marzo, dia de S. José, 1859.

FIN.

INDICE.

EL RENACIMIENTO. — III.

INTRODUCCION. . . . . pág. 5

CARTA PRIMERA.

Motivo y objeto de estas cartas. — Inquietudes maternales. — Lo que vienen á ser los maestros de la juventud. — Dos clases de maestros. — Los maestros antiguos. — Se desea conocerlos. 13

CARTA II.

Los niños entran en un mundo nuevo en el momento que atraviesan los umbrales del colegio. — ¿Y para qué? Para hacerles vivir en medio de la bella antigüedad. — Elogios. — Palabras de M. Thiers. — Se desea hacer la autopsia de la bella antigüedad. 19

CARTA III.

En qué se funda el aserto de que la antigüedad clásica es la cosa mas bella de cuantas ha habido en el mundo. — Exámen de la misma en su conjunto, en religion, en política, en instituciones sociales y domésticas, y en costumbres públicas. — Cita del conde de Maistre. 23

CARTA IV.

Continuacion de las bellezas de la antigüedad clásica. — En costumbres. — En filosofía. — En historia general y particular. 35

CARTA V.

Continuacion de las bellezas de la antigüedad clásica. — En literatura general. En elocuencia. — En poesía. — En artes. — En virtudes. — Razon y valor de los elogios de la bella antigüedad. 45

CARTA VI.

Situacion de los niños cristianos en medio de los autores clásicos del Paganismo. — Consecuencia de semejante situacion. — Palabras de M. Alloury. — Primeros maestros de los jóvenes latinos: *Epitome historiæ sacræ*. — Papel que desempeña la Sagrada Escritura en la educacion. — El *Appendix de diis*. — Palabras de Napoleon. — El *De viris*. — Proclama italiana. 56

CARTA VII.

Nueva estancia en la Grecia. — Los hijos de los cristianos en la escuela de los grandes hombres de aquel pais. — Elogio histórico de Cornelio Nepote. — De Milciades. — De Epaminondas. — De Aristides. — De Temistocles. — De Licurgo. — Dos palabras acerca de Plutarco. 64

CARTA VIII.

Solon: elogio histórico. — Pausanias. — Lisandro. — Alcibiades. — Cimon. — Pericles y su siglo: elogio histórico. — Guerra de Samos. — Guerra del Peloponeso. — Proceso de Aspasia. 74

CARTA IX.

Quinto Curcio. — Idea de un gran capitan. — Qué debemos pensar de Alejandro. — Peligros de estudiar á Quinto Curcio. — Helvecio. — Cárlos XII de Suecia. 83

CARTA X.

César. — Elogio histórico. 88

CARTA XI.

Ovidio: elogio histórico. 97

CARTA XII.

Virgilio: elogio histórico. 107

CARTA XIII.

Ciceron: elogios. 117

CARTA XIV.

Ciceron filósofo. — Su principio filosófico. — *Los Académicos.* — Su filosofía religiosa. — *El tratado de la Naturaleza de los dioses.* — *Las Tusculanas.* *El tratado de la adivinacion.* — Su filosofía social. — Origen de la sociedad. — Doctrina del regicidio. 124

CARTA XV.

Ciceron moralista. — Su principio filosófico sirve de base á su moral. — Esta carece de base, de regla y de sancion. — Es además incompleta, falsa, peligrosa y contradictoria. — Ciceron destruye toda moral y religion. . . 137

CARTA XVI.

Ciceron retórico. — Precepto escelente que enseña. — La educacion clásica lo viene conculcando desde la época del Renacimiento. — Palabras notables de

Erasmo. — Otro precepto enteramente distinto del primero. — Ciceron enseña á mentir, y él mismo miente. — Defensas y acusaciones de Sila, Milon, Manacio, Marcelo y Verres. — Ciceron ultraja la moral. 149

CARTA XVII.

Ciceron orador. — Definicion del orador. — Opinion de los antiguos acerca de Ciceron. — Exámen de su elocuencia bajo el punto de vista de las costumbres. — Exámen de la filipica II, calificada de obra *divina*. — Detalles históricos acerca de Antonio y Ciceron. — Análisis de la filípica II bajo el punto de vista de la forma. 161

CARTA XVIII.

Ciceron hombre de Estado. — Es en política lo que en moral y filosofía. — Esclavo de la vanidad, anda vacilando entre todos los partidos. — Contemporiza con César y calumnia á Craso. — Quiere asesinar á César y á Pompeyo. — Déjase engañar por César. — Habla mal de todo el mundo, menos de sí mismo. — Adquiere numerosos enemigos. — Es débil en la adversidad. — Historia de Filasco. — Hácese instrumento de Pompeyo. — Imprudencia política. Llega á ser engañado por César y por su ambicion. — Lleno de irresolucion, da seguridades á Pompeyo y á César. — Inconstancia y palinodias continuas. Ciceron engañado por Octavio. — Despreciado por todos los partidos, y por último asesinado. 170

CARTA XIX.

Ciceron simple ciudadano. — Su apología fundada en la del P. Schott, jesuita. — Pobreza, modestia, constancia, prudencia, fortaleza, agradecimiento y castidad de Ciceron. — Ciceron y los ciceronianos. 187

CARTA XX.

Horacio. — Salustio. — Plauto. — Terencio. — Tíbulo. — Cátulo. — Propercio. — Lucano. — Lucrecio. — Juvenal. — Séneca. — Plinio el antiguo. — Plinio el jóven. — Tácito. — Caton. — Bruto. 203

CARTA XXI.

Segundo viaje á Grecia. — Los jóvenes cristianos acaban de conocer á los grandes hombres de aquel país. — Demóstenes; sus virtudes, valor, integridad, patriotismo, incorruptibilidad, moralidad y muerte. 218

CARTA XXII.

Elogio histórico de Eurípides, Sófocles, Esquilo, Aristófanes, Anacreonte, Píndaro, Jenofonte, Platon, Aristóteles, Zenon, Pitágoras, Epitecto y Sócrates. — Dos conclusiones: la antigüedad pagana fué la cosa mas horrible y

fea de cuantas hubo en el mundo. — Sus dioses y grandes hombres eran dignos de vivir en presidio. 226

CARTA XXIII.

Una objecion. — Respuesta. — Los autores paganos son necesarios para formar el gusto y para adquirir formas bellas artísticas y literarias. — Respuesta. 241

CARTA XXIV.

Latin cristiano. — Su superioridad. — El Renacimiento lo repudió como bárbaro. — Esfuerzos para generalizar el latin pagano. — ¿Sabemos hoy el latin? — Palabras de Mercier, — de M. Lenormand, — de M. Gatien Arnoult, examinador de la Universidad, — de un profesor de la misma y de un antiguo laureado en ella, — y del P. Judde, de la Compañía de Jesus. — ¿Porqué no sabemos ya el latin? 248

CARTA XXV.

¿Supieron latin los mas célebres latinos del Renacimiento? Dichos de ellos mismos. — Acúsanse todos reciprocamente de ignorar el latin. — Bembo. — Justo Lipsio. — Erasmo. — Escaligero. — Scioppio. — Lorenzo Valla. — Poggio. — Worstio. — Vives. — Balzac. — Mureto. — Estos declaran que saben el latin peor que los cocineros de Roma. 253

CARTA XXVI.

¿Podemos saber el latin pagano? — Palabras notables de un sábio del siglo XVI. Diálogo entre Horacio y Santeul. — Conclusion. — No se escluyen enteramente los autores paganos, sino que se les da el lugar que les corresponde. — Resultados de la reforma de la educacion. — Este es el único medio de salvar á la sociedad. 264

EL RENACIMIENTO. — IV.

Introduccion. 277

CAPITULO PRIMERO.

MI GENEALOGÍA. — ANTES DEL RENACIMIENTO.

Su antigüedad. — Ojeada á los tiempos anteriores al Mesías. — A los posteriores hasta el Renacimiento. — Constitucion apostólica. — Reclamaciones incesantes contra el estudio de los autores paganos. — Repulsa general. — Tres hechos culminantes: el latin de la Edad media, su conducta y sus caractéres

generales. — Dos hechos particulares: correccion impuesta al Petrarca y títulos del libro de Boccacio. 293

CAPITULO II.

MI GENEALOGÍA. — DESPUES DEL RENACIMIENTO.

Algunos de mis antepasados del siglo XV. — Los predicadores y los teólogos. — Sus clamores contra la enseñanza de los autores paganos. — Filelfo. — Buschio. — Plan de estudios de Filelfo semejante al nuestro. — Cristóbal de Carlebiez. — Su carta señala como nosotros una ruptura en la enseñanza clásica. Savonarola, llamado el último cristiano de la Edad media. — Heróico antagonista del Renacimiento. — Sus actos en Florencia. — Su *Tratado de la division y dignidad de las ciencias*. — Elevacion de su espíritu. — Poder de su lógica. Lucha á muerte con el Paganismo. — Triunfo del arte cristiano. — Liga contra Savonarola. — Su muerte. — Su gloriosa rehabilitacion. 304

CAPITULO III.

SIGLO XVI.

El concilio de Letran. — Impugna y afea la filosofía y literatura paganas, declarándolas inficionadas en sus raices. — Erasmo. — Protesta enérgicamente contra el Renacimiento y la enseñanza clásica. — Prueba que el latin cristiano es buen latin; — que es para las sociedades modernas el intérprete de sus ideas; — que es un monstruoso contrasentido el pretender formar grandes escritores por medio de los autores paganos, — y que los estudios clásicos ejercen sobre la Religion y la sociedad una influencia fatal. — Pide, en fin, clásicos cristianos. 317

CAPITULO IV.

SIGLO XVI.

Luis Vives. — Señala un rompimiento en la enseñanza. — Demuestra el peligro de los autores paganos. — Scioppio. — Manifiesta las precauciones que tomó para que no le corrompiera la enseñanza clásica. — Precauciones desconocidas hoy. — A pesar de todas ellas llegó á hacerse estóico. — Otras reclamaciones. — El mismo Leon X conoce el peligro. — Adriano VI. — Combate vigorosamente al Renacimiento y á los Renacientes. — Paulo II imita á su predecesor. — Conducta de los demás Pontífices. — Melchor Cano. — Protesta contra el estudio de los autores paganos despues de probar el peligro que ofrecen. — El P. Fr. Luis de Granada deplora la pérdida de las almas causada por la enseñanza pagana. — Bonifacio prueba que empobrece la razon; el Mariscal de Tavannes dice que conduce al regicidio, y Montaigne evidencia que nos hace paganos. 327

CAPITULO V.

SIGLO XVI.

El concilio de Trento.—Su programa de estudios.—Para nada habla de los autores paganos.—Silencio elocuente.—Regla VII del Indice.—Expurgacion de los autores paganos posterior al concilio.—San Cárlos.—Su conducta.—El P. Curci.—Uso *discreto* de los autores paganos.—Lucha contra el Renacimiento.—Pico de la Mirándula.—Fabricio.—Crispo.—Budeo.—Protesta este último contra el Renacimiento, fomentado antes por él.—Sus efectos, á saber: desden hácia los estudios cristianos, indiferencia en materia de religion, impiedad y sensualismo.—Vanidad de la belleza literaria, que no es mas que un lazo de Satanás.—Justas inquietudes de Budeo sobre el porvenir. 339

CAPITULO VI.

SIGLO XVI.

Protestas en todas las clases de la sociedad.—Loisel.—Bernardo de la Rochefiavin.—Wimpheling.—Protestas en Francia.—El célebre doctor Gabriel de Puy-Herbault.—Señala con precision y energía el orígen del mal.—Su estension.—Su causa.—Su remedio.—Cualquiera diria que escribió en pro de nuestra tésis. 351

CAPITULO VII.

SIGLO XVI.

Respuesta á una objecion.—Algunas obras maestras de latinos de nuestros dias.—Protestas en Italia contra el Renacimiento y su enseñanza.—El P. Juan de S. Demetrio.—Comparacion escelente.—El P. Paz, jesuita español.—Prueba éste que el estudio del Paganismo profana la palabra de Dios, inspira aversion á la Santa Escritura, inclina á los estudios frívolos, empobrece la razon, mata el espíritu de oracion y abre el camino á las revoluciones. 363

CAPITULO VIII.

SIGLO XVI.

El P. Possevin.—El Renacimiento y la enseñanza son las causas del mal.—Análisis de la *Biblioteca selecta*.—Aprobacion de esta obra.—El P. Possevin traza el mismo programa de estudios que nosotros, á saber: la Sagrada Escritura, las Actas de los Mártires, los escritos de los Santos Padres y al-

gunos estractos de autores paganos, enseñados cristianamente y solo en las clases superiores. 372

CAPITULO IX.

SIGLO XVII.

El teólogo protestante Andreae, habla como pudiera hacerlo un Padre de la Iglesia.—Condena enérgicamente la educacion pagana, haciendo ver sus consecuencias.— Pide que se estudien los autores cristianos, demostrando su superioridad.— Otro prueba que la educacion clásica mata el espíritu nacional. Perrault revela la causa que impide la reforma de los estudios. — Balzac hace ver que el estudio admirativo de los autores paganos destruye el genio y falsea el sentido moral. — Clavigni dice que altera el derecho público. — El P. d'Argentan manifiesta que estravía y corrompe las almas. 382

CAPITULO X.

SIGLO XVII.

Bayle protesta contra el estudio de Ciceron. — Malebranche demuestra que la educacion clásica vuelve á conducir el mundo al Paganismo. — De Chanteresne pide la misma reforma que nosotros. — Opinion de Bossuet acerca de Virgilio y de los demás autores paganos. — Fenelon recuerda las prohibiciones de la Iglesia primitiva, y quiere que se estudie la Escritura y las obras de los Santos Padres. — Fleury propone nuestro plan de estudios. — Sacy evidencia los inconvenientes del método actual. — Saber de nuestros adversarios. 392

CAPITULO XI.

SIGLO XVII.

El Gusano roedor publicado en 1641. — Aprobacion solemne dada á esta obra. Títulos de algunos capítulos. — Análisis. — El autor previó todo lo que vemos, y dijo cuanto nosotros hemos dicho. — El origen del mal es el Paganismo clásico. — El demonio volvió á introducirlo en el mundo. — Causa los mismos estragos que en la antigüedad: empobrece la razon, falsea el juicio y debilita el sentido moral. 407

CAPITULO XII.

SIGLO XVII.

Otros estragos del Paganismo clásico. — Este deprava el gusto, prostituye las artes, desnaturaliza el teatro, altera la Religion, y conduce la sociedad al precipicio. — Respuesta á las objeciones. — Primera objecion: la conducta

de los Santos Padres. —Segunda: la belleza del estilo y la pureza del lenguaje. — Tercera: las cosas útiles que se hallan en los autores paganos. — Cuarta: el tédio que causaria á la juventud el estudio de los autores cristianos. 418

CAPITULO XIII.

SIGLO XVII.

Verdadero sistema de estudios. —Facilidad de ponerlo en ejecucion. — ¿Cuál es la causa de la oposicion que encuentra? — Conducta criminal de los que se obstinan en rechazarlo y en seguir el sistema pagano. 428

CAPITULO XIV.

SIGLO XVIII.

El P. Andrés, jesuita. —Su opinion acerca de la enseñanza de su Compañía. — El abate de Saint-Pierre. —Su opinion. —Carrel, doctor en teologia. —Funestos efectos de la educacion clásica en el clero. —Peticion de la reforma. —Falster, órgano de los sábios de su época. —Pide que se destierren los autores paganos. —Otro señala el contrasentido de la enseñanza clásica. —Ensayo de la reforma. —Montesquieu. — Rousseau. 437

CAPITULO XV.

SIGLO XVIII.

El autor del *Ensayo de educacion nacional*. — Demuestra la nada y anomalia de la educacion clásica. —Ignorancia del latin. —Ridiculez de las comedias y amplificaciones. —El autor del *Método de educacion nacional*. —Prueba que la educacion de los colegios corrompe las costumbres. — Vanière reclama los autores cristianos y los vindica. —Condorcet. —Venerey. —El P. Grou, jesuita. 446

CAPITULO XVI.

SIGLO XIX.

Bernardino de Saint-Pierre. — Dice que la Revolucion ha salido de los colegios. — Cárlos de Villers. — La enseñanza clásica desnaturaliza la literatura nacional. —Cárlos Nodier. — Su modo de pensar es como el de Bernardino de Saint-Pierre. — Napoleon. — Dice que la educacion clásica destruye la fe. —Kératry. — Sostiene que el conocimiento de la Religion es imposible con la enseñanza actual. —Mr. de Salinis. —Venga el latin cristiano del desprecio con que lo mira la educacion de colegio. —De Gasparin. —Deplora el contrasentido de la enseñanza clásica. —Monseñor Devie. —Califica el estudio de los autores

paganos de uso deplorable. — Monseñor Parisis. — Demuestra que el Racionalismo, es decir la Revolucion en el órden intelectual, ha provenido del estudio de los autores paganos. 455

CAPITULO XVII.

SIGLO XIX.

Publicacion de *El Gusano roedor*. — Divide á la Europa en dos campos. — Composicion del campo enemigo. — ¿Hemos quedado solos? — En Francia, número y cualidades de nuestros defensores. — Los Obispos. — Cartas. — El clero. — Cartas. — Los legos. — Cartas. — El R. P. Muard y Proudhon. 463

CAPITULO XVIII.

SIGLO XIX.

En Europa, número y cualidad de nuestros defensores. — Todos los grandes diarios católicos sostienen nuestra causa. — Todas las inteligencias de mas reputacion estan de nuestra parte. — En Francia. — En Inglaterra. — En Holanda. — En Alemania. — En España. — En Saboya. — En Italia. — Los arzobispos y obispos del reino de Nápoles. — Cartas y mandatos. — Fuera de Europa: el arzobispo de Lima, el obispo de la Habana, el arzobispo de Santiago, el obispo de Jasson. 480

CAPITULO XIX.

SIGLO XIX.

Coalicion de 1847 y 1852. — Un episodio de la lucha. — Tres testos alegados contra nosotros. — Su valor. — Viaje á Roma. — El Indice y el P. Módena. — Exámen de mis obras. — Consulta del P. Cirino. — Torpeza de mis adversarios en no dirigirse sino á mí. — Otras personas que hay que poner en el Indice. 502

RESÚMEN GENERAL. — Conclusion. 514

ESTANTE 16
Tabla 7.ª
N.º 114

GAUME

LA REVOLUCION

INVESTIGACION

HISTÓRICAS

6

14.673